SERIE CRAVE

anhelo



Tu nueva obsesión. Lo vas a devorar.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
0. Si no vives al límite, estás ocupando demasiado espacio
1. Aterrizar no es más que lanzarte al suelo con la esperanza de no fallar
2. Vivir en una torre no te convierte en un príncipe
3. Las reinas vampiro no son las únicas que tienen una mordedura dolorosa
4. Los príncipes azules son tan del siglo pasado...
5. Cosas que el rosa eléctrico y Harry Styles tienen en común
6. No, de verdad que no quiero hacer un muñeco de nieve
7. Algo muy perverso viene hacia aquí
8. Vive y deja morir
9. Incluso el infierno tiene sus pandillas
10. Resulta que el diablo viste de Gucci
11. En la biblioteca nadie oirá tus gritos
12. Todo es juego y diversión hasta que alguien pierde la vida
13. Muérdeme sin más
14. Llamando a la puerta de la muerte
15. Así que el infierno sí que puede congelarse...
16. A veces, mantener a tus enemigos cerca...
17. La mejor amiga de una chica es la discreción, no los diamantes

18. ¿Cuántos tíos buenos se necesitan para ganar una guerra de bolas de nieve?

19. Vinimos, luchamos, me congelé

20. Nunca hay un paracaídas cerca cuando lo necesitas

21. Me gusta valerme por mí misma, pero dejarse llevar tampoco está tan mal

22. Bonita, aquí hace mucho calor...

23. Nunca lleves una cuchara de helado a un tiroteo

24. Los gofres son la forma de ganarse del todo a una mujer

25. Truly, Madly, Deeply

26. El uniforme no hace a la mujer, pero sin duda saca a relucir las inseguridades

27. El ambiente que se respira en la mesa de los populares...

28. «Ser o no ser» es una cuestión, no una frase para ligar

29. Con amigos como éstos, todo el mundo necesita cascos

30. Tú haces temblar la tierra bajo mis pies... y todo lo demás también

31. Las niñas mayores no lloran (a menos que quieran hacerlo)

32. No es casualidad que «congelación» y «negación» compartan tantas letras

33. Madonna no es la única con buena estrella

34. Todo vale en el amor y en los terremotos

35. El suflé Alaska es más que un simple postre delicioso

36. Sin daño, todos delincuentes

37. No hagas la pregunta si no puedes encajar la respuesta

38. Nada dice «me gustas» mejor que un colmillo en la garganta

39. Nunca tienes un alucinógeno a mano cuando lo necesitas

40. Cuidado con lo que brujeas

41. Vampiros, dragones y hombres lobo: ¡qué fuerte!

42. Menos mal que las tortitas no están...

43. Lo que no te mata te da un susto de muerte

44. Alaska: hogar, dulce hogar
45. Siempre supe que había fuego entre nosotros...
46. Caeréis en mi poder, tú y tu perro
47. La primera mordedura es la más profunda
48. ¿Es una estaca de madera lo que tienes en el bolsillo...
49. «Al final el mundo nos rompe a todos»
50. Él, que vive en torres de piedra...
51. Prueba de fuego de dragón
52. If You Can’t Live Without Me...
53. Si este beso va a iniciar una guerra...
54. ¿Qué podría ser más interesante que besarme?
55. De nada sirve llorar sobre la infusión derramada
56. Girl Gone Wild
57. «Doble, doble confusión, y un montón de...
58. Nunca practiques un ejercicio de confianza...
59. Carpe Kill-em
60. Algunos lo llaman «paranoia»...
61. Los palos y piedras podrán lastimarte...
62. Donde hay humo, hay un vampiro muerto
63. Una herida para recordar
64. Bien está lo que acaba con nubes de azúcar
65. ¿Por qué no puede una tener un final feliz...
0. Ella persistió (Jaxon)
Sólo crees que eres un príncipe...
Sólo hace falta un vampiro sexy...
Si quieres sentirte mejor...
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

«Aquí todo es raro: la escuela, los alumnos. En este sitio nada tiene sentido, y aquí estoy, una simple mortal entre dioses… o monstruos. Todavía no sé a qué bando pertenezco, si es que pertenezco a alguno… Solo sé que lo que les une a todos es su odio hacia mí.

Pero entre ellos está Jaxon Vega, un vampiro con oscuros secretos que no ha sentido nada durante un siglo. Algo en él me atrae, algo roto que encaja con lo que hay roto en mí, lo cual podría significar el fin del mundo. Porque Jaxon despareció por una razón, y parece que alguien quiere despertar al monstruo dormido, y me pregunto si me trajeron a este lugar intencionadamente como anzuelo…»

ANHELO

(Serie Crave 1)

Tracy Wolff

Traducción de Vicky Charques

Planeta

Para mis chicos, que siempre han creído en mí,
y para Stephanie, que me ayudó a volver
a creer en mí misma

0

Si no vives al límite, estás ocupando demasiado espacio

Estoy en la puerta que da a la pista de despegue mirando la avioneta en la que estoy a punto de subirme y esforzándome al máximo por no morirme del miedo. Es más fácil decirlo que hacerlo.

Y no sólo porque esté a punto de dejar atrás todo lo que conozco. Ésa era mi principal preocupación hasta hace un par de minutos. Pero ahora, mientras observo esa chatarra que no sé si merece el honor de llamarse «avioneta», un nuevo nivel de pánico se apodera de mí.

—Bueno, Grace. —El hombre que mi tío Finn ha enviado a recogerme me mira con una sonrisa paciente. Creo que ha dicho que se llamaba Philip, pero no estoy segura. Casi no puedo oírlo; los frenéticos latidos de mi corazón me lo impiden—. ¿Lista para una aventura?

No. No. No estoy lista en absoluto. Ni para una aventura, ni para nada de lo que está a punto de sucederme.

Si me hubieses dicho hace un mes que acabaría en un aeropuerto de Fairbanks, en Alaska, te habría contestado que estabas mal informado. Y si me hubieses dicho que el motivo que me llevaría a Fairbanks sería coger el saltacharcos más minúsculo del planeta hasta el mismísimo fin del mundo

(o, en este caso, un lugar a los pies del Denali, la montaña más alta de Norteamérica), te habría preguntado que qué te habías fumado.

Pero en treinta días pueden cambiar muchas cosas; puedes perder muchas cosas.

De hecho, con lo único que he podido contar en las últimas semanas es con la certeza de que, por muy mal que vaya todo, siempre puede empeorar...

1

Aterrizar no es más que lanzarte al suelo con la esperanza de no fallar

—Ahí está —dice Philip cuando dejamos atrás los picos de varias montañas, y levanta una mano de la columna de dirección para señalar un pequeño grupo de edificaciones en la distancia—: Healy, Alaska. Hogar, dulce hogar.

—¡Vaya! Parece...

Minúsculo. Tremendamente minúsculo. Mucho más pequeño que mi barrio en San Diego y, desde luego, infinitamente más que la ciudad entera.

Pero bueno, desde aquí arriba no se ve gran cosa. Y no por las montañas, que se ciernen sobre el lugar como si fuesen monstruos olvidados hace tiempo, sino porque nos encontramos en medio de una especie de neblina extraña a la que Philip se refiere como «crepúsculo civil», aunque no son más que las cinco de la tarde. Aun así, veo lo suficiente como para distinguir que la supuesta población que señala está repleta de edificios dispares agrupados de forma aleatoria.

Por fin, me decido a acabar mi frase con un...

—... interesante. Parece interesante.

No es la primera descripción que me ha venido a la cabeza (no, la primera ha sido que parecía que el infierno se había congelado), pero sí la

más educada. Philip desciende un poco más y yo me preparo para lo que, con toda probabilidad, será otro terrible incidente en la serie de terribles incidentes que me han venido aconteciendo a lo largo de las últimas tres horas, cuando me he subido al primero de los tres aviones que he tenido que coger.

Y, en efecto, apenas he vislumbrado el área que hace las veces de aeropuerto en este pueblo de mil habitantes (gracias, Google), cuando Philip anuncia:

—Agárrate bien, Grace. Es una pista de aterrizaje corta porque aquí cuesta mucho mantener una pista más larga despejada de nieve o hielo aunque sea durante poco tiempo. Va a ser un aterrizaje rápido. —No tengo ni idea de qué significa «aterrizaje rápido», pero no suena bien. De modo que me cojo a la barra que hay en la puerta de la avioneta, que fijo que existe por este preciso motivo, y me aferro a ella mientras seguimos descendiendo—. Bueno, allá vamos. ¡A ver si hay suerte! —dice Philip, lo cual, por cierto, es una de las cinco peores cosas que puede decir tu piloto mientras seguís en el aire.

El suelo se aproxima, blanco y firme, y cierro los ojos con fuerza.

Segundos después, noto que las ruedas rebotan en él. Philip frena con tanta brusquedad que salgo disparada hacia delante. Si no me golpeo la cabeza con los controles es gracias al cinturón de seguridad. La avioneta chirría. No sé qué parte está emitiendo ese ruido espantoso, o si se trata de un toque de difuntos colectivo, así que decido no centrarme en ello. Sobre todo cuando empezamos a patinar hacia la izquierda.

Me muerdo el labio y mantengo los ojos cerrados con fuerza a pesar de que siento que el corazón se me va a salir del pecho. Si esto es el fin, no necesito verlo llegar.

Ese pensamiento me distrae y hace que me pregunte qué debieron de ver mis padres, y justo en el momento en que decido apartar ese pensamiento

de mi mente, Philip consigue que la avioneta se detenga tras una ligera sacudida.

Sé exactamente lo que se siente. Ahora mismo me tiemblan hasta los dedos de los pies.

Despego los párpados despacio resistiendo la necesidad de palparme el cuerpo para comprobar que sigo de una pieza. Pero Philip se echa a reír y se felicita:

—Un aterrizaje de libro.

Puede ser, si ese libro es una novela de terror. O uno que estás leyendo boca abajo y de atrás adelante.

Pero no digo nada. Fuerzo la mejor de mis sonrisas y recojo la mochila de debajo de los pies. Saco el par de guantes que el tío Finn me envió y me los pongo. Después, abro la puerta de la avioneta y salto, rezando para que las rodillas me sostengan al impactar contra el suelo. Y lo hacen, aunque a duras penas.

Tras concederme unos segundos para asegurarme de que no me voy a desmoronar (y para ceñirme más el abrigo nuevo, porque estamos literalmente a unos trece grados bajo cero), me dirijo a la parte trasera de la avioneta para recoger las tres maletas que son todo lo que queda de mi vida.

Siento una punzada en el estómago al mirarlas, pero no me permito regodearme en todo lo que he tenido que dejar atrás, del mismo modo que no me permito obsesionarme con la idea de que haya unos desconocidos viviendo en la casa en la que me crie. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tienen una casa o el material de arte o una batería cuando he perdido mucho más que eso?

Así que me recompongo, agarro una de las bolsas de la bodega de la minúscula avioneta y la lanzo al suelo. Cuando estoy a punto de alcanzar la segunda, llega Philip y levanta las dos maletas restantes como si estuviesen rellenas de almohadas en lugar de contener todo lo que me queda.

—Venga, Grace. Vámonos antes de que empieces a ponerte azul aquí fuera. —Señala con un gesto un aparcamiento (no un edificio, no: sólo un aparcamiento) a unos ciento ochenta metros de distancia, y quiero protestar.

Hace tanto frío que ahora estoy temblando por motivos ajenos al aterrizaje. ¿Cómo se puede vivir así? Es surrealista, y más teniendo en cuenta que estábamos a veintiún grados cuando me he levantado esta mañana.

Pero no me queda otra que asentir, y es lo que hago. Agarro mi maleta por el asa y empiezo a arrastrarla hacia un pequeño espacio hormigonado que pasará por un aeropuerto en Healy, pero dista mucho de las bulliciosas terminales del de San Diego.

Philip me adelanta sin dificultad con una maleta grande colgando de cada mano. Me dispongo a decirle que puede extender las asas y arrastrar las maletas usando las ruedas, pero justo en ese momento termina la pista y la nieve cubre el suelo en todas las direcciones. Supongo que por eso las lleva así: es imposible arrastrar una maleta pesada por la nieve.

A pesar del grosor del abrigo y de los guantes forrados de piel sintética, a medio camino del aparcamiento (que afortunadamente sigue libre de nieve), ya estoy casi congelada. No estoy segura de qué se supone que tengo que hacer una vez aquí, ni cómo representa que voy a llegar al internado que dirige mi tío, así que me vuelvo para preguntarle a Philip si en este lugar existe Uber o algo parecido. Pero antes de que me dé tiempo a abrir la boca, alguien sale de detrás de una de las camionetas aparcadas y corre hacia mí. Creo que es mi prima Macy, pero es difícil de decir pues va tapada de los pies a la cabeza con un equipo de protección contra las inclemencias del tiempo.

—¡Ya has llegado! —exclama la masa andante de gorros, bufandas y chaquetas.

No me equivocaba: sin duda, se trata de Macy.

—Ya he llegado —confirmo con sequedad.

Me pregunto si aún estaré a tiempo de replantearme lo de la casa de acogida. O la emancipación. Cualquier situación posible en San Diego tiene que ser mejor que vivir en un lugar cuyo aeropuerto se compone de una minipista de aterrizaje y un aparcamiento enano. A Heather le va a dar algo cuando le escriba para contárselo.

—¡Por fin! —exclama mi prima, y abre los brazos para abrazarme.

Es algo incómodo, en parte por toda la ropa que lleva, pero también porque, a pesar de tener un año menos que yo, que tengo diecisiete, mide unos veinte centímetros más.

—¡Llevo más de una hora esperándote!

Le doy un abrazo rápido y contesto:

—Lo siento, el avión desde Seattle se ha retrasado. La tormenta ha complicado el despegue.

—Sí, suele pasar —dice con un mohín—. Seguro que el tiempo allí es aún peor que el nuestro.

Quiero replicar. Que haya kilómetros de nieve a la redonda y tener que llevar puesto un equipo protector que ni los astronautas a mí me parece algo bastante horrible. Pero, a pesar de nuestro parentesco, no conozco mucho a Macy, y lo último que quiero es ofenderla. Además, aparte del tío Finn y, ahora, Philip, ella es la única persona que conozco aquí. Y también la única familia que me queda.

De ahí que al final me limite a encogerme de hombros. Le debe de parecer una respuesta lo suficientemente buena, porque me sonríe antes de volverse hacia Philip, que sigue cargando mi equipaje.

—Muchísimas gracias por recogerla, tío Philip. Papá dice que te debe una caja grande de cerveza.

—Tranquila, Mace. Tenía que ir a hacer unos recados a Fairbanks de todos modos —responde restándole importancia, como si subirse a un avión para un viaje de ida y vuelta de un par de miles de kilómetros cada trayecto no fuese gran cosa.

Aunque tal vez aquí, que no hay nada más que montañas y nieve mires a donde mires no lo sea. Después de todo, según Wikipedia, en Healy sólo hay una carretera principal por la que se entra y se sale, y a veces en invierno hasta ésta se cierra.

He pasado el último mes intentando imaginar lo que tiene que ser eso. Cómo tiene que ser vivir así. Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—Bueno, de todos modos, dice que se pasará a verte el viernes con la cerveza para ver el partido. —Se vuelve hacia mí—. A mi padre le sabe mal no haber podido venir a recogerte, Grace. Ha tenido una emergencia en el instituto y era el único que podía ocuparse de ello. Pero me ha pedido que le avise en cuanto lleguemos.

—No te preocupes —respondo.

¿Qué otra cosa iba a decir? Además, si algo he aprendido desde que mis padres murieron hace un mes es la poca importancia que tienen la mayoría de las cosas.

¿Qué más da quién venga a recogerme mientras llegue al instituto?

¿Qué más da con quién vaya a vivir si no es con mamá y papá?

Philip nos acompaña hasta el espacio del aparcamiento despejado de nieve, donde deposita mis maletas. Macy se despide de él con un abrazo rápido. Yo le doy la mano y murmuro:

—Gracias por venir a por mí.

—Un placer. Si alguna vez tienes que volar, soy tu hombre. —Me guiña el ojo y regresa a la pista para ocuparse de su avioneta.

Observamos cómo se aleja durante un par de segundos y, entonces, Macy toma las asas de las dos maletas y empieza a arrastrarlas por el diminuto aparcamiento. Me indica que haga lo mismo con la que yo llevo y obedezco, aunque una parte de mí sólo desea volver corriendo a la pista con Philip, subirse en esa minúscula avioneta y exigir que la lleven de vuelta a Fairbanks. O, aún mejor, a su hogar en San Diego.

Es una sensación que no hace sino empeorar cuando Macy pregunta:

—¿Quieres hacer pis? El trayecto de aquí al centro es de unos noventa minutos largos.

¿Noventa minutos? Pero si desde arriba parecía que se podía recorrer la población entera en quince, veinte como mucho. Aunque, bueno, desde lo alto no he visto ningún edificio lo bastante grande como para ser un internado para cerca de cuatrocientos adolescentes. Tal vez el instituto no esté ubicado en Healy.

No puedo evitar pensar en las montañas y los ríos que rodean este lugar en todas las direcciones y preguntarme adónde narices voy a ir a parar antes de que acabe el día. Y dónde exactamente espera Macy que orine aquí fuera.

—No, estoy bien —respondo al cabo de un minuto, aunque tengo un cierto malestar nervioso en el estómago.

Todo el día de hoy ha consistido en llegar hasta aquí, cosa bastante mala ya de por sí. Pero, mientras arrastro las maletas en la semioscuridad, con el aire gélido golpeándome en la cara a cada paso que damos, todo se vuelve superreal superrápido. Sobre todo cuando mi prima atraviesa el aparcamiento entero hasta la motonieve estacionada junto a la acera.

Al principio creo que me está tomando el pelo, pero entonces empieza a cargar mis maletas en el trineo a remolque y me doy cuenta de que esto va muy en serio. Estoy a punto de ir en motonieve, casi de noche, por Alaska, y a treinta grados bajo cero si la aplicación del móvil es de fiar.

Sólo falta la Bruja del Oeste amenazándonos con que caeremos en su poder yo y mi perro. Aunque, bueno, eso a estas alturas seguramente resultaría redundante.

Observo cómo Macy asegura mis maletas en el trineo medio horrorizada, medio fascinada. Debería ofrecerme a ayudar, pero no sabría ni por dónde empezar. Lo último que quiero es que las pocas pertenencias que me quedan en el mundo acaben esparcidas por la ladera de una montaña, así que

supongo que será mejor que deje las cosas en manos de una experta como ella.

—Ten, necesitarás esto —me dice mi prima mientras abre una bolsa que lleva en su trineo.

Rebusca un momento antes de sacar un par de pantalones para la nieve y una gruesa bufanda de lana. Las dos prendas son de un rosa eléctrico, mi color favorito cuando era pequeña, aunque ahora no me gusta tanto. Aun así, es evidente que Macy lo recordaba de la última vez que nos vimos, y no puedo evitar emocionarme un poco cuando me los tiende.

—Gracias —respondo, y me esfuerzo por esbozar algo parecido a una sonrisa.

Tras algún intento fallido, consigo ponerme los pantalones por encima de la ropa interior térmica y los pantalones de pijama de emojis (los únicos con forro de lanilla que tengo) que me había puesto siguiendo las instrucciones de mi tío antes de subirme al avión en Seattle. Después observo durante un largo momento cómo lleva Macy envuelta su bufanda multicolor alrededor del cuello y de la cara, y hago lo mismo con la mía.

Es más difícil de lo que parece, sobre todo intentar colocarla lo bastante bien como para que no se me resbale de la nariz en cuanto me muevo.

Pero al final lo consigo y es entonces cuando mi prima me alcanza uno de los cascos colocados sobre el manillar de la motonieve.

—El casco está aislado, así que, además de protegerte la cabeza en caso de accidente, te mantendrá calentita —me informa—. También lleva una visera para protegerte los ojos del aire frío.

—¿Se me pueden congelar los ojos? —pregunto no poco traumatizada mientras acepto el casco e intento pasar por alto lo que cuesta respirar con la bufanda sobre la nariz.

—Los ojos no se congelan —responde Macy con una risita, como si no pudiera contenerse—, pero la visera evitará que te lloren y hará que estés más cómoda.

—Ah, vale. —Agacho la cabeza al sentir el rubor en las mejillas—. Soy una idiota.

—No, qué va. —Macy me rodea los hombros con un brazo y me estrecha con fuerza—. Alaska es mucha Alaska. Todo el que llega aquí tiene que pasar por un proceso de aprendizaje. Pronto te familiarizarás con todo.

Yo no me haría demasiadas ilusiones. Me cuesta imaginar que este lugar frío y extraño me pueda resultar familiar en algún momento, pero no digo nada. Macy se ha esforzado mucho por hacer que me sienta bienvenida.

—Siento que hayas tenido que venir aquí, Grace —continúa un segundo después—. A ver, a mí me encanta que estés aquí. Es sólo que ojalá no fuera por...

Deja la frase sin terminar, pero a estas alturas ya me he acostumbrado a eso. Llevo semanas viendo a mis amigos y profesores andarse con pies de plomo conmigo, y he asimilado que nadie quiere pronunciar esas palabras. No obstante, estoy demasiado cansada como para rellenar los huecos, así que cuelo la cabeza en el casco y lo aseguro como me ha enseñado mi prima.

—¿Lista? —pregunta una vez que tengo la cara y la cabeza lo más protegidas posible.

La respuesta no ha cambiado desde que Philip me formuló esa misma pregunta en Fairbanks. «No estoy lista en absoluto.»

—Sí, claro.

Espero a que ella se monte sobre la motonieve para colocarme detrás.

—¡Agárrate a mi cintura! —grita mientras arranca.

Segundos después avanzamos a gran velocidad por la oscuridad que se extiende infinitamente ante nosotras.

No he tenido tanto miedo en toda mi vida.

2

Vivir en una torre no te convierte en un príncipe

El trayecto no es tan malo como pensaba.

A ver, bueno no es, pero eso tiene más que ver con el hecho de que llevo todo el día viajando y sólo quiero llegar ya a alguna parte, la que sea, donde pueda quedarme más tiempo que lo que dura una escala. O que lo que dura un larguísimo recorrido en motonieve.

Y si ese lugar resulta ser también cálido y desprovisto de la fauna autóctona que oigo aullar en la distancia, mejor que mejor. Y más teniendo en cuenta que se me ha dormido todo de cintura para abajo...

Estoy intentando dar con la forma de despertar mi trasero entumecido cuando, de repente, nos desviamos del camino (y digo «camino» en el sentido más vago de la palabra) que hemos estado siguiendo hacia una especie de meseta en la ladera de la montaña. Y, justo cuando atravesamos a toda prisa la enésima arboleda, veo por fin unas luces a lo lejos.

—¡¿Es eso el instituto Katmere?! —grito.

—Sí. —Macy reduce la velocidad un poco y sortea los árboles en zigzag como si estuviésemos en una competición de eslalon—. Deberíamos llegar en unos cinco minutos.

Menos mal. Si se alarga mucho más la cosa perderé un par o tres dedos de los pies, incluso con los dos calcetines de lana que llevo en cada uno. A ver, todo el mundo sabe que en Alaska hace frío, pero nadie se imagina hasta qué punto y, la verdad, yo no estaba preparada.

Oigo otro rugido en la distancia, pero cuando por fin atravesamos el bosquecillo cuesta prestar atención a otra cosa que no sea el inmenso edificio que tenemos delante y cuyo tamaño aumenta más y más a cada segundo que pasa.

¿O debería decir «el inmenso castillo que tenemos delante»? Porque la construcción que se eleva ante mis ojos no se asemeja en nada a un edificio moderno. Y, desde luego, no tiene nada que ver con ningún instituto que haya visto. Intenté buscarlo en Google antes de venir, pero, al parecer, el instituto Katmere es tan exclusivo que ni siquiera el famoso buscador ha oído hablar de él.

Para empezar, diré que es grande. Pero que muy muy grande. Y extenso. Desde aquí parece que el muro de ladrillo que rodea el castillo abarque media montaña.

En segundo lugar, es elegante. Pero que muy muy elegante. Con una arquitectura que sólo había oído describir en mis clases de Arte. En su estructura predominan los arcos abovedados, los arbotantes y unas enormes ventanas ornamentales.

Y, en tercer lugar, conforme nos vamos aproximando, no puedo evitar preguntarme si me engaña la vista o si realmente hay gárgolas, gárgolas auténticas sobresaliendo de lo alto de los muros del castillo. Sé que son cosas de mi imaginación, pero mentiría si dijera que no esperaba ver a Cuasimodo aguardándonos al llegar.

Macy se detiene ante la inmensa verja frente a la escuela e introduce un código. Segundos después, ésta se abre y nos ponemos en marcha de nuevo.

Cuanto más cerca estamos, más surrealista me parece todo. Es como si estuviese atrapada en una película de terror o en un cuadro de Salvador

Dalí. «Puede que el instituto Katmere sea un castillo gótico, pero al menos no hay ningún foso —me digo a mí misma mientras atravesamos una última arboleda—. Ni ningún dragón que escupa fuego protegiendo la entrada.» Sólo hay un acceso largo y serpenteante similar al de cualquier otra escuela secundaria privada de las que aparecen en televisión, excepto por el hecho de que está cubierto de nieve. Menuda sorpresa. Y porque termina en las gigantescas puertas maravillosamente ornamentadas del instituto.

Unas puertas antiguas. Puertas de castillo.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas. ¿En qué se ha convertido mi vida?

—¿A que no ha sido tan malo? —pregunta Macy cuando nos detenemos delante del centro levantando una nube de nieve a nuestro paso—. Ni siquiera nos hemos encontrado un caribú, y mucho menos un lobo.

Es verdad, así que asiento y finjo que no estoy completamente abrumada. Finjo que no tengo el estómago lleno de nudos y que todo mi mundo no se ha vuelto del revés por segunda vez en un mes. Finjo que estoy bien.

—Vamos a subir las maletas a tu cuarto para que puedas deshacerlas. Te ayudará a relajarte.

Macy se baja de la motonieve y se quita el casco y el gorro. Es la primera vez que la veo sin todo el equipo contra el frío y no puedo evitar sonreír al fijarme en su pelo de colores, corto y desenfadado, que debería estar aplastado y pegado a la cabeza después de tres horas encerrado en un casco y que, sin embargo, parece recién salido de la peluquería.

Lo cual, ahora que lo pienso, encaja con el resto de su ser. Con su chaqueta, sus botas y sus pantalones para la nieve a juego, parece una modelo de alguna revista de moda para la naturaleza alaskeña.

Yo, en cambio, seguro que tengo el aspecto de haberme peleado con un caribú cabreado. Y de haber perdido. Miserablemente. Y me parece bien, ya que más o menos es así como me siento.

Macy se apresura a descargar mis maletas y, en esta ocasión, soy yo quien levanta dos de ellas. Pero después de unos pasos por el largo camino hasta las imponentes puertas del castillo ya me cuesta respirar.

—Es por la altura —dice Macy quitándome una de las maletas de la mano—. Hemos subido bastante rápido y, como vienes del nivel del mar, tardarás unos días en acostumbrarte a lo fino que es el aire aquí arriba.

La idea de no poder respirar desencadena el inicio del ataque de pánico que apenas he logrado mantener a raya a lo largo del día. Cierro los ojos e inspiro hondo, o al menos lo más hondo que el aire de Alaska me permite, e intento controlarlo.

Inspiro, contengo la respiración cinco segundos, espiro. Inspiro, contengo diez segundos, espiro. Inspiro, contengo cinco segundos, espiro. Como me enseñó la madre de Heather. La doctora Blake es psicóloga y me ha estado dando consejos para lidiar con la ansiedad que he tenido desde que murieron mis padres. Pero no estoy segura de que sus consejos puedan combatir todo esto más que mi voluntad.

Aun así, no puedo quedarme aquí congelándome eternamente, como una de las gárgolas que me observan desde lo alto. Y menos sintiendo la preocupación de Macy incluso con los ojos cerrados.

Inspiro hondo una vez más, abro los ojos de nuevo y le regalo a mi prima una sonrisa que estoy muy lejos de sentir. Lo de «fingirlo hasta sentirlo» aún está de moda, ¿no?

—Todo irá bien —me dice con los ojos llenos de compasión—. Tranquila, recupera el aliento. Ya acerco yo las maletas a la puerta.

—Puedo hacerlo.

—En serio, no pasa nada. Relájate un minuto. —Levanta la mano formando el gesto universal de «no te muevas»—. No hay ninguna prisa.

Su tono me ruega que no discuta, así que no lo hago. Sobre todo porque el ataque de pánico que estoy intentando evitar sólo hace que me cueste aún

más respirar. Así que asiento y la veo llevar mis maletas, de una en una, hasta la puerta principal.

Entretanto, un fogonazo de color en lo alto llama mi atención. Aparece y desaparece tan rápido que no estoy segura de haberlo visto de verdad. Pero entonces se repite. Un fogonazo rojo en la ventana iluminada de la torre más alta.

No sé quién es ni qué importancia puede tener, pero me quedo paralizada. Observando. Esperando. Preguntándome si quienquiera que sea hará otra aparición.

No tarda mucho en hacerlo.

Es difícil distinguirlo bien: la distancia, la oscuridad y el cristal distorsionado de la ventana me lo impiden, pero me parece vislumbrar una mandíbula fuerte, el pelo negro y desgreñado, y una chaqueta roja recortada contra un fondo de luz.

No es mucho, y no hay razón para que eso haya llamado mi atención (y, desde luego, no hay razón para que la siga llamando), pero me quedo mirando hacia la ventana tanto tiempo que Macy ya ha llevado las tres maletas a lo alto de las escaleras sin que me haya dado cuenta.

—¡¿Lista para intentarlo de nuevo?! —grita desde las puertas.

—Sí. Por supuesto.

Empiezo a recorrer los pocos pasos que me separan de las puertas pasando por alto el modo en que todo me da vueltas. Mal de altura: una cosa más por la que nunca tuve que preocuparme en San Diego. Fantástico.

Levanto la vista hacia la ventana por última vez, y no me sorprende nada descubrir que quien fuera que me había estado observando ha desaparecido. Y, sin embargo, me invade una inexplicable decepción. Como no tiene ningún sentido, decido olvidarme de ello: tengo cosas más importantes por las que preocuparme en estos momentos.

—Este lugar es increíble —le comento a mi prima mientras empuja una de las puertas y pasamos al interior.

Y ¡joder! Pensaba que todo esto del castillo con sus arcos apuntados y su ornamentada mampostería era imponente desde fuera..., pero, ahora que lo he visto por dentro, creo que debería ir haciendo reverencias por ahí sin parar. O al menos inclinando la cerviz. Es que... ¡madre mía! ¡Es increíble! No sé adónde mirar primero, si al techo, con su recargada lámpara de araña de cristal negro, o a la ardiente chimenea que ocupa toda la pared derecha del vestíbulo.

Al final me decido por la chimenea, por el calor. Y porque es absolutamente maravillosa. El marco que la rodea se compone de un complejo patrón de piedra y vidrio cromado que refleja la luz de las llamas por toda la estancia.

—Es chula, ¿eh? —dice Macy sonriendo detrás de mí.

—Mucho —respondo—. Este sitio es...

—Mágico. Lo sé —replica y sube las cejas—. ¿Quieres ver un poco más?

La verdad es que sí. Esto del internado en Alaska sigue sin convencerme, pero eso no significa que no quiera explorar el castillo. Porque, a ver, es un castillo, con sus muros de piedra y sus elaborados tapices; no puedo dejar de pararme a admirarlo mientras atravesamos la entrada hacia una especie de sala común.

El único problema es que cuanto más nos adentramos en la escuela, con más alumnos nos vamos encontrando. Algunos están de pie en grupitos diseminados, hablando y riendo, y otros están sentados a varias de las mesas de madera rayada de la sala, inclinados sobre un libro o sobre la pantalla de un teléfono o un portátil. Al fondo de la sala, en un rincón, tirados sobre varios sofás de aspecto antiguo tapizados en tonalidades de rojo y dorado, hay un grupo de seis chicos jugando a la Xbox en un televisor enorme, mientras otro puñado más se apiña a su alrededor para mirar.

Sólo al ir acercándonos caigo en la cuenta de que no están pendientes del videojuego. Ni de sus libros. Ni siquiera de sus teléfonos. Me están mirando a mí mientras Macy me guía, y por *guiar* quiero decir que me exhibe por el centro de la estancia. Se me hace un nudo en el estómago y agacho la cabeza para ocultar mi malestar evidente. Entiendo que todo el mundo quiera ver a la nueva, y más si es la sobrina del director, pero entenderlo no hace que soportar el escrutinio de un puñado de desconocidos resulte más fácil. Sobre todo cuando estoy convencida de que tengo el peor caso de pelo de casco jamás registrado.

Estoy demasiado ocupada evitando el contacto visual y regulando mi respiración como para hablar mientras atravesamos la sala, pero, cuando salimos a un largo y sinuoso pasillo, por fin le digo a Macy:

—No puedo creer que estudies aquí.

—Ambas estudiamos aquí —me recuerda con una fugaz sonrisa.

—Sí, pero... —«Yo acabo de llegar y jamás me había sentido tan fuera de lugar.»

—¿Pero...? —dice enarcando las cejas.

—Esto es una pasada.

Echo un vistazo a las hermosas vidrieras de las ventanas que salpican el muro exterior y las molduras minuciosamente talladas que decoran el techo abovedado.

—Sí. —Reduce el paso hasta que la alcanzo—. Pero además es un hogar.

—Tu hogar —susurro esforzándome en no pensar en la casa que he dejado atrás, donde las campanas de viento y los molinillos del porche de mi madre eran lo más emocionante que tenía.

—Nuestro hogar —responde mientras se saca el móvil del bolsillo y envía un mensaje rápido—. Ya lo verás. Por cierto, mi padre quiere que te dé a elegir qué tipo de habitación quieres.

—¿Qué tipo de habitación? —repito mirando a mi alrededor mientras me vienen a la mente imágenes de fantasmas y armaduras animadas.

—Sí, es que este trimestre las habitaciones individuales ya están todas asignadas, pero papá me ha dicho que podíamos mover a algunas personas para conseguirte una, aunque la verdad es que esperaba que quisieras compartir cuarto conmigo. —Sonríe esperanzada durante un instante, pero el gesto se borra pronto de su cara cuando continúa—: Aunque entendería perfectamente que necesitases tener tu propio espacio después de...

Ahí está la frase inacabada de nuevo. Me saca de quicio, como siempre. Por lo general lo paso por alto, pero ahora no puedo evitar preguntar:

—¿Después de qué?

Sólo por esta vez, quiero que alguien lo diga. Tal vez así se vuelva más real y menos una pesadilla. Pero cuando veo que a Macy se le corta la respiración en la garganta y se vuelve del color de la nieve del exterior, me doy cuenta de que no va a ser ella. Y es injusto por mi parte esperarlo.

—Lo siento —susurra.

Y ahora parece que esté a punto de echarse a llorar. Y no. No puede ser. De eso nada. No cuando lo único que me mantiene entera es mi actitud mordaz y mi capacidad para compartimentar. No pienso arriesgarme a perder el control de ninguna de las dos cosas. No aquí, delante de mi prima y de cualquier otra persona que pueda pasar. Ni ahora, cuando todas las miradas evidencian que soy la nueva atracción del zoo.

Así que, en lugar de hundirme en el pecho de Macy y de buscar el abrazo que tan desesperadamente necesito, y en lugar de permitirme a mí misma pensar en cuánto echo de menos mi casa, a mis padres y mi vida, doy un paso atrás y pongo mi mejor sonrisa.

—¿Por qué no me enseñas nuestra habitación?

La preocupación que refleja su mirada no disminuye lo más mínimo, aunque ahora ha aparecido también un atisbo de alegría.

—¿Nuestra habitación? ¿En serio?

Doy un largo suspiro para mis adentros y me despido cariñosamente de mi sueño de disfrutar de un poco de soledad. No me cuesta tanto como

creía, aunque, bien pensado, en el último mes he perdido mucho más que mi propio espacio.

—En serio. Compartir cuarto contigo suena estupendo.

Ya la he disgustado una vez, y no es para nada mi estilo. Como tampoco lo es echar a nadie de su dormitorio. Además de ser algo irrespetuoso y un acto de nepotismo, parece también un modo infalible de cabrear a todo el mundo, algo que definitivamente no consta en mi lista de quehaceres.

—¡Genial! —Macy sonríe y me aprisiona en un abrazo rápido pero intenso. Después mira la pantalla de su móvil y pone los ojos en blanco—. Mi padre aún no ha respondido a mi mensaje. Es lo peor, nunca mira el teléfono. ¿Te quedas por aquí y voy a por él? Sé que quería verte en cuanto llegases.

—Puedo ir contigo...

—No, siéntate, Grace. —Señala las butacas de estilo provenzal francés situadas a ambos flancos de una pequeña mesa de ajedrez en un hueco a la derecha de la escalera—. Seguro que estás agotada. Ya voy yo, en serio. Relájate un minuto mientras voy a buscar a mi padre.

Tiene razón. Me duele la cabeza y aún me cuesta respirar. Así que asiento y me dejo caer en la butaca más cercana. Estoy más que cansada y sólo quiero echar la cabeza hacia atrás, contra el respaldo, y cerrar los ojos un momento. Pero temo quedarme dormida si lo hago. Y no pienso arriesgarme a ser la chica a la que pillaron babeando en el pasillo en su primer día... ni nunca.

Más para evitar dormirme que por un interés real, cojo una de las figuras del ajedrez y la levanto delante de mí. Está elaborada con piedra minuciosamente tallada, pero abro los ojos como platos al darme cuenta de lo que estoy contemplando: una representación perfecta de un vampiro, con capa negra incluida y una mueca aterradora en la que muestra los colmillos. Encaja tan bien con el rollo gótico del castillo que no puedo evitar que me haga gracia. Además, está muy bien hecha.

Ahora, con gran curiosidad, alcanzo una pieza del otro lado, y casi me echo a reír en voz alta al ver que se trata de un dragón: feroz, majestuoso y con unas alas gigantes. Es absolutamente precioso.

Todo el juego lo es.

Dejo la pieza en su sitio y cojo una de otro dragón. Éste es menos fiero, pero con sus ojos soñolientos y las alas plegadas resulta todavía más elaborado. Lo observo con atención, fascinada por el nivel de detalle de la figura. Todo, desde las puntas perfectas de las alas hasta la delicada curva de cada garra, refleja el cuidado que puso el artista en cada pieza. Nunca he sido mucho de ajedrez, pero estos trebejos podrían hacer que llegase a interesarme.

Devuelvo la figura del dragón a su sitio y cojo a la reina vampiro del otro lado del tablero. Es preciosa, con una melena larga y suelta, y una capa caprichosamente decorada.

—Yo que tú tendría cuidado con ésa. Su mordedura es muy dolorosa.

Las palabras, graves y susurradas, suenan tan cerca que casi me caigo de la butaca. En cambio, me levanto de un brinco y la pieza de ajedrez escapa de mis manos y cae al suelo con gran estrépito. Después me vuelvo, al borde del infarto, y me encuentro frente a frente con el chico más intimidante que he visto en la vida. Y no sólo porque esté bueno..., que lo está.

Y, sin embargo, hay algo más en él, algo diferente, poderoso y abrumador, pero no tengo ni idea de qué es. A ver, sí. Tiene uno de esos rostros que tanto les gustaba describir a los poetas del siglo XIX: demasiado intenso como para ser hermoso y demasiado imponente como para ser ninguna otra cosa.

Los pómulos, muy marcados.

Los labios, rojos y carnosos.

La mandíbula, tan afilada que podría cortar la piedra.

La piel, lisa y alabastrina.

Sus ojos... dos obsidianas profundas que todo lo ven y que nada revelan, rodeadas de las pestañas más largas y sexis que haya visto jamás.

Y, lo que es peor, esos ojos omniscientes están fijos en mí ahora mismo, y de repente me aterra que pueda ver todo lo que con tanta intensidad y durante tanto tiempo me he esforzado en ocultar. Intento agachar la cabeza, arrancar mi mirada de la suya, pero soy incapaz. Me tiene atrapada, hipnotizada por las olas de puro magnetismo que emanan de él.

Trago saliva para recuperar el aliento.

No funciona.

Ahora sonríe; un extremo de su boca se curva hacia arriba formando una media sonrisa que siento en cada una de mis células, cosa que no hace sino empeorarlo todo, pues su gesto indica que sabe perfectamente el efecto que está ejerciendo sobre mí. Y, lo que es peor, que lo está disfrutando.

Al caer en esto, me invade la rabia, borrando el aturdimiento que me dominaba desde la muerte de mis padres, despertándome de ese estupor que era lo único que evitaba que me pasara los días gritando por lo injusto que era todo. Por el dolor y el horror y la impotencia que se habían apoderado de mi vida.

No es una sensación agradable. Y el hecho de que quien me haya obligado a sentirla haya sido este tío, con esa sonrisa y esa cara y esos ojos que se niegan a liberarme a pesar de que me reclaman que no mire demasiado a fondo, me cabrea más todavía.

Y es precisamente esa rabia la que al final me proporciona la fuerza suficiente como para zafarme de su mirada. Aparto la vista y busco desesperada cualquier otra cosa en la que fijarla.

Decidida a evitar sus ojos, miro a cualquier lugar excepto a ellos. Con la mala fortuna de que mi mirada aterriza en su figura, alta y fuerte. Ojalá no lo hubiera hecho, porque los vaqueros negros y la camiseta que lleva le marcan el estómago y los bíceps, duros y definidos. Por no hablar de esos

hombros tan anchos, que son los que me han bloqueado la vista en primer lugar.

Si tenemos también en cuenta el cabello, denso y oscuro, un poco demasiado largo, justo a la altura de esos pómulos vertiginosos, no me queda otra que rendirme y admitir que, incluso a pesar de la sonrisa impertinente, este chico está tremendo.

Algo malote, muy rebelde y del todo peligroso.

El poco oxígeno con el que he conseguido abastecer a mis pulmones a esta altitud desaparece por completo al darme cuenta de esto. Cosa que me cabrea más aún si cabe, porque, en serio, ¿en qué momento me he convertido en la *prota* de una novela romántica? ¿La chica nueva bebiendo los vientos por el chico más guapo e inalcanzable del instituto? Es asqueroso. Y no va a pasar.

Decidida a cortar de raíz lo que quiera que sea esto, me obligo a mirarlo a la cara de nuevo. Esta vez, cuando nuestras miradas se encuentran y chocan, me doy cuenta de que no importa que yo esté actuando como un auténtico cliché de novela romántica.

Porque él no lo hace.

Percibo a simple vista que este chico misterioso de ojos herméticos y actitud pasota no es el protagonista de ninguna historia. Y menos de la mía.

3

Las reinas vampiro no son las únicas que tienen una mordedura dolorosa

Decidida a no dejar que esta lucha de miradas que parece una especie de demostración de dominio continúe, busco algo con lo que romper la tensión. Y encuentro la respuesta en lo único que realmente me ha dicho hasta ahora.

—¿Quién tiene una mordedura dolorosa?

Se agacha, recoge la figura que se me había caído y sostiene la reina para que la vea.

—No es muy simpática.

Me quedo mirándolo perpleja.

—Es una pieza de ajedrez.

Sus ojos de brillante obsidiana me devuelven la mirada.

—¿Y...?

—Pues que es una pieza de ajedrez. Está hecha de mármol. No puede morder a nadie.

Inclina la cabeza como queriendo decir: «Nunca se sabe».

—«Hay más cosas en el cielo y el infierno, Horacio, que las que contempla tu filosofía.»

—En la tierra —le corrijo sin pensar.

Enarca una oscura ceja en un gesto interrogante, así que continúo:

—La frase es «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio».

—¿Ah, sí? —Su expresión no cambia, pero su voz ha adquirido un tono burlón que antes no tenía, como si fuese yo la que está equivocada, y no él. Pero sé que tengo razón. En clase de Literatura Avanzada justo leímos *Hamlet* el mes pasado, y mi profesor se pasó horas hablando de esa frase—. Creo que me gusta más mi versión.

—¿Aunque esté mal?

—Sobre todo porque está mal.

No tengo ni idea de qué se supone que tengo que responder a eso, así que niego con la cabeza. Me pregunto si me perdería si me largara a buscar a Macy y al tío Finn. Probablemente sí, teniendo en cuenta el tamaño de este lugar, pero estoy empezando a pensar que debería arriesgarme. Porque, cuanto más tiempo paso aquí, más veo que este chico me inspira tanto miedo como intriga. No sé cuál de las dos cosas es peor. Y a cada segundo que pasa tengo menos claro si quiero averiguarlo.

—He de irme —me obligo a decir y, entonces, me doy cuenta de que estoy apretando la mandíbula.

—Sí, por supuesto. —Da un paso atrás y señala con un gesto hacia la sala común que acabamos de atravesar Macy y yo—. La puerta está por ahí.

No es la respuesta que estaba esperando y me pilla desprevenida.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que no me golpee al salir?

Se encoge de hombros.

—Mientras te largues de aquí, me da igual si te golpeas o no. Ya le advertí a tu tío que aquí no estarías segura, pero está claro que no te tiene mucha estima.

Sus palabras me cabrean sobremanera y eliminan por completo los resquicios del estupor que me asolaba.

—¿Y quién se supone que eres tú? ¿El comité de recibimiento desagradable de Katmere?

—¿Recibimiento desagradable? —Su tono es tan impertinente como su cara—. Créeme, éste es el recibimiento más agradable que vas a tener aquí.

—¿Ah, sí? —Enarco las cejas y extiendo los brazos a mi alrededor—. ¿La gran bienvenida a Alaska?

—Más bien, bienvenida al infierno. Venga, lárgate.

Esto último lo dice con un rugido que hace que el corazón se me suba a la garganta. Pero también eleva mi mala leche hasta niveles estratosféricos.

—¿Es el palo que tienes metido en el culo lo que hace que seas tan capullo? —pregunto—. ¿O es tu encantadora y natural personalidad?

Lo digo rápido, furiosa, sin apenas darme cuenta. Pero, una vez pronunciadas las palabras, no me arrepiento de haberlas soltado. Y menos al descubrir su cara de sorpresa y ver cómo se le borra por fin esa fastidiosa sonrisita.

Al menos durante un minuto. Después, contraataca.

—He de decirte que si ésa es tu mejor arma, te doy como máximo una hora.

No debería preguntar, pero lo dice con tanto engreimiento que no puedo controlarme.

—¿Antes de qué?

—Antes de que alguien se te coma. —No lo dice, pero lo de «obviamente» viene implícito en su tono, y eso me cabrea más aún.

—¿En serio? —Pongo los ojos en blanco—. Y no pensarás hacerlo tú, ¿verdad?

—Pfff, paso. —Me mira de arriba abajo—. No me servirías ni de merienda. —Entonces se acerca y se agacha hasta que llega a la altura de mi oreja y me susurra—: Aunque tal vez como aperitivo...

Cierra los dientes produciendo un fuerte chasquido que me hace pegar un brinco y temblar al mismo tiempo. Cosa que detesto... profundamente.

Echo un vistazo a nuestro alrededor para comprobar si hay algún testigo de esta situación, pero así como antes todos los ojos estaban puestos en mí,

ahora parecen evitar mirar en mi dirección. Un pelirrojo larguirucho incluso mantiene la cabeza girada de forma antinatural hacia un lado mientras recorre la sala de tal manera que casi choca con otro alumno.

Eso me dice todo lo que necesito saber sobre este chico.

Decidida a recuperar el control de la situación, y de mí misma, doy un gran paso atrás. Después, haciendo caso omiso a los fuertes latidos de mi corazón y a los pterodáctilos que aletean en mi estómago, pregunto:

—¿Qué narices te pasa? —En serio, tiene los modales de un oso polar rabioso.

—¿Tienes un siglo o tres?

La sonrisita ha vuelto; está claro que le enorgullece sacarme de quicio y, por un momento, pienso en lo satisfactorio que sería darle un puñetazo en toda la boca.

—¿Sabes qué? No tienes por qué ser tan...

—No me digas lo que tengo que ser o lo que no. No cuando no tienes ni idea de dónde te has metido viniendo aquí —me amenaza.

—¡Ay, no! —Pongo cara de estar aterrada—. ¿Ahora viene cuando me hablas de los horribles monstruos del lugar y de la hostil fauna de Alaska?

—No, ahora viene cuando te muestro a los horribles monstruos de este castillo.

Da un paso adelante reduciendo la escasa distancia que había logrado poner entre nosotros. Y ya está otra vez mi corazón latiendo como un pájaro enjaulado desesperado por escaparse.

Lo odio.

Odio que me haya vencido. Y odio que estar tan cerca de él me haga sentir un montón de cosas que no debería por un tío que está siendo un absoluto capullo conmigo. Y odio más aún esa expresión en sus ojos que me dice que sabe perfectamente lo que estoy sintiendo.

Reaccionar de esta manera ante su presencia cuando parece que lo único que siente él por mí es desprecio resulta humillante, así que doy un

tembloroso paso atrás. Y después otro. Y otro.

Pero me sigue, avanzando un paso por cada uno que yo retrocedo hasta que me veo atrapada entre su cuerpo y la mesa de ajedrez, que se me clava contra la parte trasera de los muslos. Y, a pesar de que no tengo adónde huir y de que está casi pegado a mí, se inclina más todavía y se acerca más aún, hasta que puedo notar su aliento en la mejilla y el roce de su sedoso cabello negro en la piel.

—Pero ¿qué...? —El escaso aliento que he logrado recuperar se me queda atrapado en la garganta—. ¿Qué haces?

Extiende la mano por detrás de mí. Al principio no responde. Pero, cuando se aparta, tiene una de las figuras de los dragones en la mano. La sostiene ante mí para que la vea, con una ceja en alto con aire provocador, y contesta:

—Eras tú quien quería ver los monstruos.

Éste es feroz, con los ojos entrecerrados, las garras amenazadoras y la boca abierta para mostrar sus dientes afilados. Pero sigue siendo sólo una pieza de ajedrez.

—No me dan miedo los dragones de ocho centímetros.

—Ya, bueno, pues deberían dártelo.

—Ya, bueno, pues no me lo dan.

Mis palabras salen más ahogadas de lo que pretendía, porque, aunque haya retrocedido un paso, sigue estando demasiado cerca. Tanto que aún siento su respiración en la mejilla y el calor que irradia su cuerpo. Tanto que si inspirase hondo acabaría pegando mi pecho al suyo.

La idea desata un nuevo caleidoscopio de mariposas en mi interior. No puedo alejarme más, pero puedo inclinarme un poco hacia atrás sobre la mesa. Y lo hago mientras esos ojos insondables observan cada uno de mis movimientos.

Se hace el silencio entre nosotros durante uno..., diez..., veinticinco segundos, hasta que por fin pregunta:

—Y si no temes a los monstruos, ¿a qué le tienes miedo?

Me vienen a la mente las imágenes del coche de mis padres hecho un amasijo, seguidas de las de sus cuerpos maltrechos. Yo era la única familia que tenían en San Diego (o en cualquier lugar, a excepción de Finn y Macy), así que tuve que ir yo misma a la morgue. Tuve que ir yo a identificar los cuerpos y también tuve que verlos magullados y ensangrentados y rotos antes de que la funeraria los hubiese recompuesto.

Siento que se forma una angustia conocida en mi interior, pero hago lo que llevo semanas haciendo: ignorarla. Fingir que no existe.

—A pocas cosas —respondo con la mayor ligereza posible—. Cuesta temer algo cuando ya has perdido todo lo que te importa.

Mis palabras lo dejan helado. Su cuerpo se tensa de tal manera que parece que vaya a romperse en cualquier momento. Incluso sus ojos cambian, la rabia va desapareciendo de un parpadeo al siguiente, hasta que sólo queda calma. Calma y un dolor tan profundo que cuesta detectarlo tras las capas y capas de defensa que ha creado.

Pero lo veo. Es más, siento cómo llama a mi propio dolor. Es una sensación horrible y alucinante al mismo tiempo. Tan horrible que apenas puedo soportarla. Y tan alucinante que no puedo detenerla. Así que no lo hago. Y él tampoco. En vez de eso, permanecemos ahí, quietos. Devastados. Conectados por nuestras respectivas pesadillas de un modo que puedo notar aunque no llego a comprender.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, mirándonos a los ojos. Reconociendo el dolor del otro, porque no podemos reconocer el propio.

El tiempo suficiente como para que toda la hostilidad que sentía hacia él desaparezca.

El tiempo suficiente como para ver las motas plateadas en sus ojos del color de la medianoche, estrellas lejanas brillando en la oscuridad que no intenta ocultar.

Más que suficiente como para controlar mi corazón desbocado. Al menos hasta que acerca la mano y coge con suavidad uno de mis millones de rizos.

Y así, sin más, me olvido otra vez de respirar.

Un calor me atraviesa el cuerpo entero cuando estira el mechón y dejo de sentir frío por primera vez desde que he abierto la puerta de la avioneta de Philip al aterrizar en Healy. Es confuso y abrumador, y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Hace cinco minutos, este chico estaba siendo un auténtico capullo conmigo. Y ahora... ahora no sé qué pensar. Sólo que necesito espacio. Y dormir. Y poder respirar durante unos minutos.

Con eso en mente, levanto las manos y empujo sus hombros en un intento de apartarlo para que me dé un poco de espacio. Pero es como empujar una pared de granito. No cede. No hasta que susurro:

—Por favor.

Espera un segundo más, puede que dos, o tres, hasta que me siento confundida y empiezan a temblarme las manos, antes de dar un paso atrás y soltar el rizo.

Después se pasa la mano por el cabello oscuro. Su largo flequillo se aparta lo suficiente como para revelar una irregular cicatriz que va desde el centro de su ceja izquierda hasta la comisura izquierda de su boca. Es fina y blanca, apenas visible contra su piel pálida, pero ahí está, especialmente si miras la malvada uve que forma en el extremo de su oscura ceja.

Esto debería restarle atractivo, debería hacer algo, lo que sea, para negar el increíble poder de su aspecto. Pero, por alguna razón, la cicatriz no hace sino enfatizar el peligro; hace que deje de ser un chico de aspecto angelical más y lo convierte en alguien mil veces más cautivador. Un ángel caído con un rollito de chico malo... y un millón de historias que respaldan ese rollito.

Y eso, combinado con el dolor que he podido sentir en su interior, lo hace todavía más... humano. Más cercano y más devastador, a pesar de las

oleadas de oscuridad que emana. Una cicatriz como ésta sólo puede causarla una herida inimaginable. Cientos de puntos, múltiples operaciones, meses, tal vez años de recuperación. Detesto que haya sufrido tanto, no se lo deseo a nadie, y menos a este chico que me frustra, me aterra y me pone a partes iguales.

Sabe que he visto la cicatriz. Lo noto por el modo en que entrecierra los ojos, por el modo en que sus hombros se tensan y cierra cada mano en un puño. Por el modo en que agacha la cabeza para que el pelo vuelva a cubrirle la mejilla.

Lo detesto. Detesto que piense que tiene que esconder algo que debería lucir como una medalla de honor. Se requiere mucha fuerza para pasar por algo así, para superarlo, y debería estar orgulloso de poseer esa fuerza. No avergonzado de la marca que le ha quedado.

Sin siquiera haber tomado la decisión consciente de hacerlo, levanto la mano y cubro con ella su mejilla cicatrizada. Sus ojos oscuros se encienden de furia y creo que va a apartármela de un manotazo. Pero al final no lo hace. Se queda quieto y deja que la acaricie con el pulgar durante un buen rato.

—Lo lamento —susurro cuando mi voz logra atravesar por fin el nudo de compasión que se me había formado en la garganta—. Esto tuvo que dolerte muchísimo.

No responde. En su lugar, cierra los ojos, hunde el rostro en la palma de mi mano e inspira de forma profunda y entrecortada. Después se aparta y pone distancia entre nosotros por primera vez desde que me ha aprisionado contra la mesa, hace lo que me parece toda una vida.

—No te entiendo —me dice de repente con una voz de magia negra tan baja que tengo que esforzarme por oírlo.

—«Hay más cosas en el cielo y en el infierno, Horacio, que las que contempla tu filosofía» —respondo usando deliberadamente su frase errónea.

Sacude la cabeza como intentando aclarársela. Inspira hondo y deja salir el aire muy despacio.

—Si no te vas...

—No puedo irme —le corto—. No tengo adónde ir. Mis padres...

—Han muerto. Lo sé. —Sonríe con tristeza—. Bien, pues si no vas a marcharte, tienes que escucharme muy pero que muy atentamente.

—¿Qué quieres...?

—Intenta pasar desapercibida. No mires durante demasiado rato a nadie ni a nada. —Se inclina hacia delante, y su voz se torna grave para terminar —: Y ándate siempre con ojo, siempre.

4

Los príncipes azules son tan del siglo pasado...

—¡Grace! —estalla la voz de mi tío Finn por el pasillo, y me vuelvo hacia él de forma instintiva.

Sonrío y lo saludo con la mano, aunque una parte de mí está paralizada en el sitio tras recibir lo que ha sonado como una amenaza espantosa.

Me vuelvo para enfrentarme a míster Alto, Oscuro y Arisco, y preguntarle a qué debería tenerle tanto miedo exactamente, pero ya no está.

Echo un vistazo a mi alrededor, decidida a averiguar hacia dónde ha ido; sin embargo, antes de poder verlo, el tío Finn me envuelve en un enorme abrazo de oso y me levanta del suelo. Me aferro a él con todas mis fuerzas y dejo que su reconfortante esencia me invada, la misma fragancia silvestre que poseía mi padre.

—Siento no haber podido ir a recogerte al aeropuerto. Un par de chicos se han hecho daño y he tenido que quedarme para ocuparme de cosas aquí.

—Tranquilo. ¿Están bien?

—Sí. —Sacude la cabeza—. No son más que un par de idiotas haciendo el idiota. Ya sabes cómo son los chicos. —Me dispongo a decirle que no tengo ni idea de cómo son los chicos, sirva de ejemplo mi último encuentro con uno de ellos, pero un extraño instinto que no alcanzo a comprender me

advierte de que no le mencione al chico con el que acabo de hablar. Así que no lo hago. Decido reír y asentir en su lugar—. Pero no hablemos de los quehaceres de un director —dice estrechándome para darme otro abrazo rápido antes de echarse hacia atrás para analizar mi rostro—. ¿Qué tal el viaje? Y, lo que es más importante, ¿cómo te encuentras?

—Ha sido largo —le respondo—. Pero todo ha ido estupendamente. Y yo estoy bien.

La frase del día.

—Seguro que eso de «bien» es un decir —suspira—. Estas últimas semanas tienen que haber sido muy difíciles para ti. Ojalá hubiese podido quedarme más tiempo tras el funeral.

—No te preocupes. La inmobiliaria a la que llamaste se ocupó de casi todo. Y Heather y su madre se encargaron del resto. En serio.

Es evidente que quiere decir algo más, pero tampoco le apetece entrar en una conversación profunda en pleno pasillo. Así que al final asiente y dice:

—Está bien. Ve a instalarte con Macy. Pero ven a verme mañana por la mañana, hablaremos de tu horario. Y de paso te presentaré a nuestra orientadora, la doctora Wainwright. Creo que te caerá bien.

Genial. La doctora Wainwright. La orientadora del instituto, que también es psicóloga, según la madre de Heather. Y no una psicóloga cualquiera. Mi psicóloga, al parecer, pues tanto ella como mi tío opinan que necesito una. Yo tengo mis objeciones, pero, puesto que he tenido que esforzarme mucho para no llorar en la ducha cada mañana durante el último mes, supongo que tal vez no me venga mal del todo.

—Claro. Hecho.

—¿Tienes hambre? Haré que te lleven algo de comer, ya que te has perdido la hora de la cena. Y hay un tema del que hemos de hablar. —Entrecierra los ojos y me observa con detenimiento—. Aunque... ¿cómo llevas la altitud?

—Bien. No fantásticamente bien, pero bien.

—Ya. —Me mira de arriba abajo y después refunfuña comprensivo antes de volverse hacia Macy—. Asegúrate de que se tome un par de ibuprofenos cuando llegue a la habitación. Y de que beba mucha agua. Le pediré a alguien que te lleve una sopa y un refresco. Algo ligero para esta noche, y a ver cómo te encuentras por la mañana.

«Ligero» suena perfecto. Sólo de pensar en comer me entran ganas de vomitar.

—Vale.

—Me alegro de que estés aquí, Grace. Y te prometo que todo irá siendo más fácil.

Asiento. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Yo no me alegro de estar aquí. Ahora mismo, para mí estar en Alaska es como estar en la luna, pero espero que todo vaya siendo más fácil. Sólo quiero pasar un día sin sentirme como una mierda.

Esperaba que fuera mañana mismo, pero tras conocer a míster Alto, Oscuro y Arisco sólo puedo pensar en su cara cuando me ha dicho que me fuera del instituto Katmere. Y en cómo se ha enfurecido cuando me he negado. Así que... probablemente no lo sea.

Como imagino que ya hemos terminado, cojo el asa de una de mis maletas. Pero entonces mi tío dice:

—Deja eso. Le pediré a uno de los chicos que... —Deja la frase inacabada y grita hacia el pasillo—. ¡Eh, Flint! ¿Me echas una mano?

Macy emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un estertor de la muerte cuando su padre empieza a recorrer el pasillo, supongo que para intentar alcanzar al tal Flint.

—Venga, vámonos antes de que papá lo atrape.

Coge dos de mis maletas y prácticamente sale corriendo hacia las escaleras.

—¿Qué tiene de malo el tal Flint? —pregunto mientras agarro la maleta que queda e intento seguirle el ritmo.

—¡Nada! Es genial. Es increíble. Y... está superbueno. No es preciso que nos vea así.

Imagino que quiere decir que no es preciso que me vea a mí así; seguro que parezco medio moribunda.

—Pero si estás fantástica.

—Eh... no. No, qué va. Venga, vamos. Vámonos antes...

—¡Eh, Mace! No te preocupes por las maletas. Ya las subo yo.

Una voz profunda resuena desde varios pasos por debajo de nosotras, y me vuelvo justo a tiempo de ver a un chico con unos vaqueros rasgados y una camiseta blanca que corre hacia mí. Es alto, casi tan alto como míster Alto, Oscuro y Arisco, y parece igual de fuerte. Pero ahí es donde terminan todas las similitudes, porque aquel otro chico era taciturno y frío, mientras que éste es desenfadado y cordial.

Tiene unos ojos ambarinos y brillantes que parecen arder desde su interior.

Y la piel cálida y morena.

Y un pelo negro y afro que le queda genial.

Quizá lo más interesante de todo sea el hecho de que sus ojos parecen sonreír, todo lo contrario a la frialdad de los del otro, gélidos como las estrellas que se ven por la ventana en el infinito azul de la medianoche.

—Tranquilo, si ya está —dice Macy, pero él hace caso omiso y sube los escalones de tres en tres.

Primero se detiene a mi lado y me quita con suavidad el asa de la mano, cosa que no le debe de costar mucho, ya que la sostengo a duras penas.

—Hola, chica nueva. ¿Cómo estás?

—Pues bien, un poco...

—¡Está mareada, Flint! —grita mi tío desde abajo—. Le afecta la altura.

—Ah, ya. —Sus ojos se iluminan con compasión—. Es un asco.

—Un poco, sí.

—Bueno, pues venga, chica nueva. Súbete a mi espalda. Te llevo.

La mera idea hace que se me revuelva aún más el estómago.

—Eh... ¿qué? N-no, gracias. —Me aparto un poco de él—. Puedo caminar...

—Venga. —Dobla las rodillas para que me resulte más fácil agarrarme a sus anchísimos hombros—. Te quedan aún tres tramos largos.

Efectivamente, quedan tres tramos largos, pero preferiría morir antes que subirme a la espalda de un desconocido.

—Seguro que a ti se te hacen más largos aún si me llevas.

—Qué va. Eres diminuta, será como no llevar nada. Venga, ¿vas a subir o voy a tener que levantarte y cargarte sobre el hombro?

—No serás capaz —le digo.

—Ponme a prueba —coquetea con una sonrisa tan encantadora que me hace reír.

Pero no pienso subirme a su espalda. No pienso subir las escaleras ni a lomos ni sobre el hombro de uno de los tíos más buenos del instituto. Ni hablar. Me da igual lo mucho que me esté afectando la altitud.

—Gracias por el ofrecimiento, en serio. —Le sonrío lo mejor que puedo en estos momentos—. Pero creo que iré subiendo despacito. Estaré bien.

Flint niega con la cabeza.

—¿Testaruda? —Pero no insiste como me temía que iba a hacer. En lugar de eso, pregunta—: ¿Puedo al menos ayudarte a subir? Detestaría verte caer por las escaleras tu primer día aquí.

—¿Ayudarme? ¿Cómo? —Lo miro con recelo.

—Así —dice deslizando el brazo por mi cintura.

Ante el inesperado contacto, me pongo rígida.

—¿Qué estás...?

—Así puedes apoyarte en mí si te cansas mucho, ¿vale?

Iba a decirle que de eso nada, pero la sonrisa en sus brillantes ojos ambarinos al mirarme, como si justo esperara que lo hiciera, me hace

cambiar de idea. Bueno, eso y el hecho de que tanto el tío Finn como Macy parecen estar de acuerdo con todo el tema.

—Vale, está bien —respondo con un suspiro, y todo empieza a dar vueltas a mi alrededor—. Por cierto, soy Grace.

—Sí, ya lo sé. Foster nos dijo que vendrías. —Se dirige hacia las escaleras empujándome contra él con el brazo alrededor de mi cintura—. Yo soy Flint.

Se detiene un instante a los pies de las escaleras y hace ademán de coger las maletas.

—No te preocupes por las maletas —dice Macy, y su voz suena como tres octavas más aguda de lo normal—. Puedo subirlas yo.

—No me cabe duda, Mace. —Le guiña un ojo—. Pero ya que me he ofrecido voluntario, aprovéchate de mí.

Acto seguido, coge dos de las maletas con la mano izquierda y comienza a ascender.

Por suerte empezamos despacito, ya que después de los dos primeros escalones ya siento que me cuesta respirar. Pero no tardamos en movernos más rápido, no porque me haya acostumbrado a la altura, sino porque Flint ha asumido la mayor parte de mi peso y básicamente me lleva cogida de la cintura como si fuera una maleta más.

Sé que es fuerte: está claro que los músculos que se aprecian debajo de su camiseta no son de pega, pero no me puedo creer que sea tan fuerte. A ver, está subiendo por las escaleras dos maletas pesadas y a mí, y ni siquiera se le oye jadear.

Acabamos pasando a Macy, que no para de resoplar mientras carga mi tercera maleta por los últimos escalones que nos quedan.

—Ya puedes soltarme —le digo, e intento zafarme—. Prácticamente me has subido tú.

—Sólo intentaba ayudar —asegura, y mueve las cejas de un modo que me hace reír a pesar del apuro que siento.

Me suelta, y espero que se aparte cuando mis pies por fin tocan el suelo. Pero no lo hace. Mantiene el brazo en mi cintura y camina por el descansillo.

—Suéltame —repito—. Estoy bien.

Pero, al decir esto, me flaquean las rodillas y siento que me sobreviene un nuevo mareo. Intento ocultarlo, pero parece que no lo consigo, pues la expresión de Flint pasa de ser divertida a preocupada en cuestión de dos segundos. Entonces niega con la cabeza.

—Sí, para que te desmayes y te caigas por el hueco de la escalera. De eso nada. El director Foster me ha encargado que te lleve a tu cuarto sana y salva, y eso es lo que voy a hacer. —Empiezo a protestar, pero estoy tan floja que decido que aceptar su ayuda puede ser la mejor parte de ser valiente, y asiento. Entonces se vuelve y pregunta a mi prima—: ¿Todo bien, Mace?

—Genial —jadea, casi arrastrando mi maleta por el descansillo.

—Ya te he dicho que podía subirla yo —le contesta Flint.

—No es por el peso —se apresura a responder—. Es que he tenido que subirla muy rápido.

—Yo tengo las piernas más largas. —Mira a su alrededor—. ¿A qué pasillo la llevo?

—Estamos en el ala norte —responde Macy señalando hacia el pasillo que tenemos a la izquierda—. Seguidme.

Pese a lo entrecortado de su respiración, sale casi corriendo y nos deja a Flint y a mí siguiéndole los talones. La verdad es que, mientras corremos por el descansillo, agradezco el brazo que continúa sosteniéndome. Siempre he pensado que estaba en bastante buena forma, pero está claro que la vida en Alaska lleva lo de estar en forma a otro nivel.

Hay cuatro grupos de habitaciones dobles alrededor del descansillo, que, por cierto, es de pesada madera tallada. Macy se detiene en el grupo denominado «norte». No obstante, antes de que pueda alcanzar la

manecilla, la puerta se abre tan rápido que apenas tiene el tiempo justo de saltar hacia atrás para que no la golpee.

—¡Eh! A ver si... —empieza, y deja la frase a medias cuando cuatro chicos salen haciéndole caso omiso, como si ni siquiera estuviera ahí. Los cuatro son oscuros y taciturnos, y están buenísimos, pero yo sólo tengo ojos para uno de ellos.

El de antes, abajo.

Él, en cambio, ni me mira. Pasa por mi lado, inexpresivo y con la mirada gélida como un glaciar, como si no estuviera.

Como si no me viera, aunque tiene que sortearme para pasar.

Como si no hubiera pasado quince minutos hablando conmigo hace un rato.

Y, sin embargo... Sin embargo, al pasar, me roza el brazo con el hombro. A pesar de todo lo que nos hemos dicho el uno al otro, el contacto me provoca un calor abrasador. Y, aunque la lógica me dice que el roce ha sido accidental, no puedo dejar de pensar que lo ha hecho a propósito. Como tampoco puedo evitar volverme para verlo alejarse.

«Pero porque estoy enfadada —me aseguro a mí misma—. Porque quiero tener la ocasión de echarle la bronca por haber desaparecido de esa manera.»

Macy no le dice nada, ni a él ni al resto. Flint tampoco. Esperan a que desaparezcan y entonces se dirigen al pasillo como si nada hubiera pasado. Como si no acabasen de desairarnos de forma descarada.

Flint me agarra de la cintura con más fuerza, y me pregunto cómo puede ser que el chico con hielo en las venas me provoque ese ardor en la piel y que, en cambio, el que me está prestando literalmente su calor me deje fría. Al parecer, todo el trastorno que ha sufrido mi vida me ha trastornado también la cabeza...

Quiero preguntar quiénes son. O, mejor dicho, quién es él, para poder ponerle nombre a ese cuerpo y a ese rostro de infarto. Pero me temo que no

es el momento. Así que me quedo callada y me concentro en mirar a mi alrededor en lugar de obsesionarme por un tío que ni siquiera me gusta.

El pasillo norte está repleto de pesadas puertas de madera a ambos lados, la mayoría con alguna especie de elemento decorativo colgado. Unas rosas secas formando una X en una, lo que parece ser un elaborado carillón en otra y un montón de pegatinas de murciélagos en una tercera. No tengo claro si la persona que reside ahí pretende llegar a ser quiropterólogo o si tan sólo es fan de Batman.

Sea como fuere, por alguna absurda razón me alucinan todas estas decoraciones, en especial la de los carillones, ya que no creo que haya mucho viento en un pasillo interior, y no me sorprende cuando Macy se detiene frente a la puerta más minuciosamente adornada de todas. Una guirnalda de flores frescas rodea el marco al completo, y unas líneas de cristales multicolor unidos por un hilo caen a modo de cortina.

—Es aquí —dice Macy y abre la puerta haciendo un ademán ostentoso —. Hogar, dulce hogar.

Antes de que pueda poner un pie en el umbral, otro tío bueno vestido todo de negro pasa de largo. Y, aunque nos presta la misma nula atención que los que nos hemos topado en la entrada del pasillo norte, se me eriza el vello de la nuca. Porque, aunque estoy convencida de que son imaginaciones mías, de repente tengo la espantosa sensación de estar siendo vigilada.

5

Cosas que el rosa eléctrico y Harry Styles tienen en común

—¿Cuál es su cama? —pregunta Flint mientras me empuja por el umbral.

—La de la derecha —responde Macy.

Su voz ya vuelve a ser normal, así que miro por encima del hombro para asegurarme de que está bien.

Parece que sí, pero tiene los ojos muy abiertos, y primero mira a Flint, después al resto de la habitación, y de nuevo a Flint. Le lanzo una mirada como diciendo «¿Qué pasa?», pero ella niega con la cabeza como diciendo «No digas NADA». Así que no lo hago.

En vez de eso, echo un vistazo al cuarto que voy a compartir con mi prima durante los próximos meses. Enseguida veo que, a pesar de lo que me ha dicho de que no pasaba nada si prefería tener mi propia habitación, lleva tiempo preparando el cuarto para compartirlo conmigo.

Para empezar, todas sus posesiones están perfectamente ordenadas en un colorido lado de la habitación. Y, en segundo lugar, la que va a ser mi cama ya está hecha con unas sábanas color rosa eléctrico, por supuesto, y con una colcha rosa eléctrico con flores de hibisco estampadas por todas partes.

—Sé que te gusta hacer surf —dice al verme reparar en la chillona colcha—. Pensé que te gustaría tener algo que te recordase a casa.

Ese tono de rosa me recuerda a la Barbie surfista más que a casa, pero no pienso decírselo. No cuando es evidente que se ha esforzado muchísimo para que me sienta a gusto. Agradezco que se haya tomado la molestia de intentarlo.

—Gracias. Es muy bonita.

—Desde luego, alegre es —dice Flint mientras me ayuda a acercarme a la cama.

Me lanza una mirada irónica que hace que me caiga aún mejor. El hecho de que vea lo absurdas que son las elecciones de decoración de Macy, pero que sea tan majo como para no decir nada que pueda herir sus sentimientos, le hace ganar un montón de puntos conmigo. Si tengo suerte, puede que haya hecho otro amigo.

Deja mis maletas a los pies de la cama y se aparta mientras me hundo en el colchón, aún algo mareada.

—¿Necesitáis algo antes de que me marche? —pregunta Flint una vez que estamos completamente desenredados.

—Yo no —le digo—. Gracias por la ayuda.

—De nada, chica nueva. —Me lanza una sonrisa de diez mil kilovatios —. Lo que haga falta.

Me parece oír que Macy gime un poco al ver esa sonrisa, aunque no dice nada. Sólo se dirige a la puerta y sonríe débilmente mientras espera a que él se marche. Se despide de mí con la mano y a ella le choca el puño antes de salir. En cuanto mi prima cierra la puerta y echa el pestillo, digo:

—Estás colgada de Flint.

—¡Qué va! —exclama mirando con ojos frenéticos hacia la puerta, como si él pudiera oírnos a través de la gruesa madera.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué es lo que acaba de pasar?

—¿El qué? —Su voz suena unas tres octavas demasiado aguda.

—Ya sabes. —Retuerzo las manos, pestañeo y hago una imitación medio decente de los sonidos que ha estado haciendo desde que su padre le ha

pedido ayuda a Flint.

—Venga ya. Yo no hago esos ruidos.

—Claro que sí —aseguro—. Pero... no lo entiendo. Si te gusta, ¿por qué no has hablado más con él? Era la oportunidad perfecta.

—No me gusta así. ¡En serio! —insiste y suelta una carcajada cuando le lanzo una mirada de incredulidad—. A ver, sí, es guapo y simpático y superlisto, pero tengo novio y lo quiero mucho. Es sólo que Flint es tan... Flint. ¿Entiendes? Y ha estado en nuestra habitación, al lado de tu cama. —Suspira—. ¡Es para flipar!

—¿Para flipar o para babear? —la provoco.

—Bah. —Pone los ojos en blanco—. No me gusta, de verdad. Es más como...

—¿Como el aura que rodea al chico más popular del instituto?

—¡Sí! ¡Exacto! Sólo que Flint no está tan alto en la lista. Jaxon y su grupo ocupan las primeras posiciones.

—¿Jaxon? —pregunto intentando que suene casual, aunque todo mi cuerpo se ha puesto en alerta máxima. No sé por qué sé que se está refiriendo a él, pero lo sé—. ¿Quién es Jaxon?

—Jaxon Vega. —Finge desmayarse—. No sé cómo explicarte quién es Jaxon, pero... ¡un momento! ¡Si ya lo has visto!

—¿Ah, sí? —respondo intentando pasar por alto los dinosaurios voladores que se han instalado en mi estómago.

—Sí, cuando veníamos a la habitación. Era uno de los chicos que nos hemos cruzado en el pasillo, el que casi me da en la cara con la puerta. El tío bueno que iba delante.

Me hago la tonta, aunque de repente el corazón me late a mil por hora.

—¿Te refieres a esos que han pasado completamente de nosotros?

—Sí. —Se echa a reír—. Pero no te lo tomes como algo personal. Así es Jaxon. Parece que siempre está angustiado.

Es mucho más que eso, por lo que he podido deducir de nuestra conversación. Pero no voy a contarle lo que ha ocurrido a Macy cuando ni siquiera yo sé lo que siento al respecto todavía. Así que hago lo único que puedo hacer: cambio de tema.

—Muchas gracias por preparar la habitación para mí. En serio.

—Ah, tranquila. —Hace un gesto para restarle importancia—. No ha sido nada.

—Seguro que sí lo ha sido. No creo que haya muchas empresas que hagan reparto a noventa minutos de Healy.

Se pone un poco colorada y aparta la mirada, como si no quisiera que supiera todo lo que ha tenido que hacer para intentar que me sienta como en casa. Pero se encoge de hombros y dice:

—Sí, bueno, mi padre conoce a todas las que lo hacen. No ha supuesto ningún problema.

—Aun así, eres mi prima favorita.

Su expresión es irónica.

—Soy tu única prima.

—Eso no significa que no seas también mi favorita.

—Mi padre usa esa frase.

—¿Que eres su prima favorita? —bromeo.

—Ya sabes lo que quiero decir —suspira claramente exasperada—. Estás idiota; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

Se echa a reír mientras se acerca a la mininevera que hay junto a su escritorio.

—Toma, bébete esto —dice mientras saca una botella grande de agua y me la lanza—. Y te enseño el resto.

—¿El resto?

—Sí. Hay más. —Se acerca a uno de los armarios y abre las puertas—. Imaginé que tu armario no estaría precisamente preparado para Alaska, así

que te he comprado un par de cosillas.

—Lo de «un par de cosillas» es quedarse muy corta, ¿no te parece?

Colgadas en el armario hay varias faldas y pantalones negros, unas cuantas blusas blancas y negras, un puñado de polos negros o morados, dos *blazers* negros y dos bufandas de cuadros rojos y negros. También hay unas sudaderas con capucha, unos cuantos jerséis gruesos, una chaqueta acolchada y dos pares de pantalones más para la nieve. Afortunadamente, ninguno es rosa eléctrico. En el suelo hay unos cuantos pares de zapatos y botas para la nieve nuevos, así como una caja grande que al parecer contiene libros y material escolar.

—En los cajones de la cómoda tienes calcetines y ropa interior térmica, y algunas camisetas y pantalones con forro de lanilla. Imagino que mudarte aquí ya habrá sido bastante duro. No quería que tuvieras que preocuparte por nada más.

Y así, sin más, consigue derribar la primera línea de mis defensas. Las lágrimas me inundan los ojos y aparto la mirada parpadeando con rapidez en un esfuerzo de ocultar lo mal que estoy.

Está claro que no funciona, porque Macy suelta una exclamación consternada. Cruza la habitación en un abrir y cerrar de ojos, y me estrecha en un abrazo con aroma de coco que parece incongruente aquí, en el centro de Alaska. Pero también resulta curiosamente reconfortante.

—Es un asco, Grace. Todo lo que te ha pasado es un asco, y ojalá pudiera hacer que te sintieras mejor. Ojalá pudiera agitar una varita y hacer que todo volviera a ser como era.

Asiento, porque tengo un nudo en la garganta. Y porque no queda nada que añadir. Sólo que yo también deseo eso.

Ojalá las últimas palabras que intercambié con mis padres no hubiesen sido dardos que nos lanzábamos en una discusión que ahora me parece absurda.

Ojalá mi padre no hubiera perdido el control del coche dos horas después y no se hubiese despeñado junto a mi madre por un acantilado y caído al océano.

Y, sobre todo, ojalá pudiera oler el perfume de mi madre o escuchar la profunda voz de mi padre una vez más.

Dejo que Macy me abrace todo el tiempo que puedo soportarlo, que son sólo unos cinco segundos, y me aparto. Nunca me ha gustado especialmente que me toquen, y esto ha empeorado desde la muerte de mis padres.

—Gracias por... —Hago un gesto señalando la cama y el armario—. Por todo esto.

—De nada. Y quiero que sepas que, si alguna vez necesitas hablar o lo que sea, aquí estoy. Sé que no es lo mismo, porque mi madre se marchó, ella no murió. —Traga saliva con dificultad e inspira hondo antes de continuar—: Pero sé lo que es sentirse sola. Y se me da bien escuchar.

Es la primera vez que menciona el verbo *morir*. La primera vez que llama a lo que les ha sucedido a mis padres por su nombre. Esto hace que me resulte mucho más fácil darle las gracias y sentirlas, aunque recuerdo que Jaxon tampoco ha evitado el tema. Puede que haya sido un capullo, pero se ha referido a la muerte de mis padres como lo que ha sido. Y no me ha tratado como si fuese a romperme en mil pedazos bajo el peso de una palabra difícil.

Tal vez por eso sigo pensando en él cuando debería olvidarme de que existe, porque es un gilipollas.

Mi prima asiente y me mira con preocupación, cosa que sólo consigue hacerme sentir peor.

—Debería deshacer las maletas —digo mirando mi equipaje con disgusto.

Tengo la sensación de haber acabado de prepararlas. Lo que menos me apetece ahora mismo es deshacerlas. No cuando la cama rosa eléctrico me llama como una baliza.

—Te puedo ayudar, si quieres. —Señala la puerta al otro lado de la habitación—. ¿Por qué no te das una ducha y te pones el pijama? Yo voy a ver qué pasa con la sopa que iba a mandarte mi padre. Después puedes comer, tomarte un ibuprofeno y descansar. Con suerte, cuando te despiertes, estarás más aclimatada a la altura.

—Eso suena...

Me siento tremendamente mal, y lo de la ducha suena fantástico. Como lo de dormir, teniendo en cuenta que he estado tan nerviosa con el tema de la mudanza que no he podido hacerlo mucho durante la última semana y pico.

—Perfecto, ¿verdad? —dice terminando mi frase.

—La verdad es que sí.

—Bien. —Se acerca a su armario y saca un par de toallas—. Tú métete en la ducha. Voy a por esa sopa calentita. Seguro que como mucho en media hora te sientes mejor.

—Gracias, Macy. —Me vuelvo para mirarla—. En serio.

Una sonrisa divide su rostro e ilumina sus ojos.

—De nada.

Quince minutos después, salgo del cuarto de baño duchada y vestida con mi pijama favorito: una camiseta de Harry Styles de su primera gira en solitario y un par de pantalones color azul de lanilla con un estampado de margaritas blancas y amarillas por todas partes. Al entrar en la habitación, sorprendo a Macy bailando al ritmo de *Watermelon Sugar*. Tiene que ser el destino.

Mi prima alucina con la camiseta del concierto, cosa que entiendo perfectamente, pero, aparte de eso, me deja tranquila, excepto para asegurarse de que me beba una botella de litro de agua entera y de que me tome el ibuprofeno que me ha dejado en la mesilla.

Sobre ésta hay también un plato de sopa de pollo con fideos, pero ahora mismo no tengo energía para comer. En lugar de hacerlo, me meto en la

cama y me cubro con el edredón rosa hasta la cabeza.

Lo último que me viene a la cabeza antes de dormirme es que, a pesar de todo, esta noche ha sido la primera vez que me he duchado sin tener que esforzarme por no llorar desde que mis padres murieron.

6

No, de verdad que no quiero hacer un muñeco de nieve

Me despierto lentamente. Me siento algo mareada y el cuerpo me pesa un montón. Tardo un segundo en recordar dónde estoy —en Alaska— y que los leves ronquidos que se oyen en la habitación pertenecen a Macy y no a Heather, en cuyo cuarto he estado durmiendo las últimas tres semanas.

Me incorporo e intento no hacer caso de los lejanos aullidos, rugidos y, ocasionalmente, algún grito animal que tan poco familiares me resultan. Cualquiera se acojonaría, y más una chica nacida y criada en la ciudad, pero me consuela recordar que un castillo gigante me separa de todas esas bestias.

Aun así, si he de ser sincera, no es sólo la absoluta foraneidad de este lugar lo que hace que no pare de darle vueltas a la cabeza a estas horas. Sí, estar en Alaska me resulta raro en todo. Pero, una vez que destierro todo pensamiento sobre mi antigua vida, no es este estado lo que me ha despertado a las... 3.23 de la madrugada. No es Alaska lo que me impide volver a dormirme.

Es él: Jaxon Vega.

No sé nada más de él de lo que sabía cuando me dejó ahí plantada en el pasillo, enfadada, confundida y más dolida de lo que me gusta admitir,

aparte de que es el chico más popular del instituto Katmere. Y que parece que siempre está angustiado, cosa que es evidente. No necesitaba una bola de cristal para adivinar eso.

Pero, en serio, nada de lo que Macy me ha dicho importa, porque he decidido que no quiero saber nada más de él. Es más, no quiero ni conocerlo.

Y, sin embargo, cuando cierro los ojos, lo sigo viendo perfectamente. Con la mandíbula apretada. La delgada cicatriz que le atraviesa el rostro. La mirada gélida que me permite atisbar por un instante, sólo un instante, que conoce tan bien el dolor como yo. Tal vez mejor.

Y es en ese dolor en lo que más pienso aquí sentada en la oscuridad. Ese dolor hace que me preocupe por él, cuando no debería importarme en absoluto.

Me pregunto cómo se haría esa cicatriz. Fuera como fuese, tuvo que ser espantoso. Horrible. Traumático. Devastador.

Imagino que por eso se comportó de un modo tan frío conmigo. Por eso intentó hacer que me marchara y, al ver que me negaba, acabó lanzándome esa ridícula y, sí, algo desconcertante advertencia.

Macy ha dicho que parece que vive angustiado... ¿Significa eso que trata a todo el mundo como me ha tratado a mí? Y, si es así, ¿por qué? ¿Porque sólo es un capullo? ¿O porque siente tanto dolor que su única manera de gestionarlo es haciendo que todo el mundo le tema para poder mantener las distancias? ¿O acaso la gente ve la cicatriz y su ceño fruncido, y decide mantener las distancias directamente?

Es una manera de pensar horrible, pero me siento muy identificada. No con lo de que la gente me tema, pero sí con lo de que mantengan las distancias. A excepción de Heather, la mayoría de mis antiguos amigos desaparecieron cuando mis padres murieron. Su madre me dijo que era porque la muerte de mis padres les recordaba su propia mortalidad, les

recordaba que sus padres también podían morir en cualquier momento. Y ellos también.

Obviamente, sabía que tenía razón, que sólo intentaban protegerse de la mejor manera que sabían. Pero saberlo no lo hacía menos doloroso y, por supuesto, no hacía que la soledad se me hiciera más llevadera.

Cojo el teléfono y le mando un par de mensajes rápidos a Heather, cosa que debería haber hecho nada más llegar aquí anoche, para decirle que estoy bien y contarle lo del mal de altura.

Después me tumbo e intento volver a dormirme, pero me he desvelado del todo. Los pensamientos de Alaska, el instituto y Jaxon se entremezclan en mi mente hasta que sólo deseo que paren.

Pero no se detienen. Entonces siento que el corazón me late con fuerza y se me eriza el vello, poniéndome en alerta. Me llevo la mano al pecho e inspiro hondo un par de veces intentando averiguar qué es lo que me ha alarmado tanto que apenas puedo respirar.

Y, de repente, están justo ahí. Todos los pensamientos que había apartado las últimas cuarenta y ocho horas para sobrellevar el hecho de marcharme, para llegar hasta aquí. Mis padres, dejar San Diego y a mis amigos, el ridículo trayecto en avioneta hasta Healy. Las expectativas sobre nuestra amistad de Macy, el modo en que Jaxon me miró y después no me miró, lo que me dijo. La absurda cantidad de ropa que tengo que ponerme aquí para no tener frío. El hecho de que, básicamente, estoy atrapada en este castillo en medio de la nieve...

Todo se funde y forma un gran carrusel de miedo y arrepentimiento que no para de girar en mi cerebro. No tengo ningún pensamiento claro, ninguna imagen destaca de entre las demás. Sólo me invade la abrumadora sensación de que se avecina el desastre.

La última vez que me pasó algo así, la madre de Heather me dijo que experimentar emociones demasiado fuertes es algo muy normal tras haber sufrido una gran pérdida. La sensación de presión en el pecho, el remolino

de pensamientos, el temblor de manos, la impresión de que el mundo se te viene encima..., todo es completamente normal. Es psicóloga, así que sabe de lo que habla, pero ahora mismo no siento que nada sea normal.

Es aterrador.

Sé que debería quedarme donde estoy, este castillo es enorme y no tengo ni idea de dónde está nada, pero también sé que, si me quedo aquí mirando al techo, acabaré teniendo un ataque de pánico en toda regla. Así que inspiro hondo y me obligo a levantarme de la cama. Deslizo los pies en los zapatos y cojo mi sudadera de camino a la puerta.

En casa, cuando no podía dormir, salía a correr, aunque fueran las tres de la madrugada. Pero aquí no es una opción. No sólo porque haga un frío de muerte fuera, sino también porque vete tú a saber qué clase de animales salvajes me están esperando en plena noche. No me he quedado tumbada en la cama escuchando rugidos y aullidos durante la última media hora por nada.

No obstante, el castillo es enorme y sus pasillos, larguísimos. Quizá no pueda correr por ellos, pero al menos sí explorar un poco. A ver qué encuentro.

Cierro la puerta con cuidado al salir, pues lo último que quiero es despertar a Macy, con lo bien que se ha portado conmigo. Luego recorro el pasillo en dirección a las escaleras.

Da más miedo de lo que esperaba. Pensaba que los pasillos estarían iluminados de noche, por los protocolos de seguridad y todo eso, pero están en penumbra, con la luz justa para ver sombras imaginarias arrastrándose por ellos.

Por un instante, me planteo volver a mi habitación y olvidarme de lo de explorar el castillo. Pero la sola idea reactiva el tiovivo de mi cerebro, y ahora mismo no puedo enfrentarme a eso.

Saco el móvil y apunto con la linterna hacia el pasillo. De repente, las sombras desaparecen y parece un pasillo normal. Bueno, siempre y cuando

no tengamos en cuenta las paredes de piedra y los tapices antiguos.

No sé adónde voy, sólo sé que quiero alejarme de la planta de los dormitorios. Apenas soporto la idea de tener que tratar con Macy en estos momentos; tratar con cualquier otra persona se me hace totalmente imposible.

Llego hasta la larga escalera de caracol sin problemas, y bajo los escalones de dos en dos hasta la planta baja. Después de la ducha de anoche, Macy me comentó que ahí es donde se encuentra la cafetería, así como la biblioteca y varias aulas. Hay otras aulas en los edificios de alrededor, pero la mayoría de las clases principales por suerte se dan aquí, en el castillo. Cuanto menos tenga que salir con el frío que hace, mejor.

Los pasillos están repletos de más tapices, gastados y descoloridos por el paso del tiempo. Mi favorito mide varios metros de largo y tiene unos colores muy vivos. Morados, rosas, verdes y amarillos, todos entretejidos sin ton ni son. Sin embargo, al alejarme un poco y apuntar con el haz de la linterna una parte más amplia, veo que sí sigue un patrón. Se trata de una representación artística de la aurora boreal.

Siempre he querido verla y, de alguna manera, con todo el dolor y la preocupación que me causaba el hecho de mudarme aquí, había olvidado que ahora tengo asientos en primera fila para hacerlo.

Ese pensamiento me motiva y hace que me dirija hacia la entrada, hacia la doble puerta gigante que da al patio delantero. No estoy tan loca como para pasearme por la nieve en sudadera y pantalón de pijama, pero a lo mejor puedo asomar la cabeza por si veo alguna luz en el cielo.

Seguramente sea mala idea, debería regresar a la cama y dejar la aurora boreal para otra noche, pero ahora que me he acordado no me la puedo quitar de la cabeza. Mi padre solía contarme historias sobre ella, y contemplarla siempre ha estado en mi lista de cosas que hacer antes de morir. Ahora que estoy tan cerca, no puedo no echar un vistazo.

Uso la linterna para orientarme por el vestíbulo. Una vez allí, la sostengo para poder abrir las puertas; sin embargo, apenas localizo la primera, ambas se abren y aparecen dos chicos vestidos sólo con unas viejas camisetas de conciertos, vaqueros y botas con cordones. Sin chaqueta ni jersey ni sudadera siquiera. Sólo unos vaqueros rotos, camisetas de Mötley Crüe y botas Timberland. Es lo más ridículo que he visto en mi vida y, por un instante, me pregunto si este castillo, como el de Hogwarts, viene con sus propios fantasmas incluidos. Unos que murieron en un concierto de rock en los ochenta.

—Vaya, vaya, vaya. Parece que hemos llegado justo a tiempo —dice el más alto de los dos.

Tiene la piel de un cálido tono cobrizo, el pelo oscuro recogido en una coleta, y un septum negro adorna su nariz.

—¿Qué haces que no estás en la cama, Grace?

Algo en su voz provoca que se me ponga la carne de gallina.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Se echa a reír.

—Eres la chica nueva, ¿no? Todo el mundo sabe cómo te llamas. Grace.

Da un paso hacia mí, y juraría que me está olfateando, un gesto raro de narices. Y nada fantasmal.

—Y ahora, ¿qué tal si respondes a mi pregunta? ¿Qué haces que no estás en la cama?

No le hablo de la aurora boreal, sobre todo porque atisbo el cielo antes de que cierre la puerta y sólo se ve negro y salpicado de estrellas, como en cualquier parte del mundo. Una decepción más que añadir a la larga lista de todas las que he tenido últimamente.

—Tenía sed. —Miento con descaro, y cruzo los brazos alrededor de la cintura para protegerla de la fría ráfaga de viento que ha entrado con ellos y que aún perdura en el aire que nos rodea—. Quería un poco de agua.

—¿Y la has encontrado? —pregunta el segundo chico.

Es más bajo que el primero, y más fornido. Tiene el pelo rubio afeitado casi al cero.

Parece una pregunta inocua, excepto por el hecho de que camina hacia mí mientras la formula, invadiendo mi espacio personal hasta obligarme a decidir entre quedarme donde estoy o retroceder.

Y decido retroceder, principalmente porque no me gusta cómo me mira. Y porque, a cada paso que doy hacia atrás, estoy más cerca de las escaleras y, con suerte, de mi habitación.

—Sí, gracias —miento de nuevo, e intento sonar despreocupada—. Ya me iba a la cama otra vez.

—¿Sin darnos la oportunidad de conocerte? Eso no es muy amable por tu parte, ¿verdad, Marc? —comenta el del pelo corto.

—No lo es, no —coincide Marc, que ahora también está muy cerca—. Y menos teniendo en cuenta que Foster nos ha estado dando por culo contigo desde hace semanas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, olvidándome del miedo por un momento.

—Pues que hemos tenido tres reuniones distintas sobre ti para advertirnos que nos comportásemos lo mejor posible. Es un auténtico coñazo. ¿Verdad, Quinn?

—Sí. Si le preocupa tanto que estés aquí, no sé por qué no te dejó donde fuera que estuvieras.

Quinn extiende la mano y tira de uno de mis rizos con fuerza. Quiero apartarme, quiero empujarlo y gritarle que me deje en paz. Pero estoy en un lío. Lo siento, de la misma manera que siento la violencia apenas contenida que emanan ambos. Es como si estuviesen deseando hacerle daño a alguien, desesperados por darle una paliza. Y no quiero ser ese alguien.

—Dinos, Grace —empieza Marc con desprecio—, ¿crees que podrás soportar Alaska? Porque estoy seguro de que su selección natural no tardará en eliminarte.

—Yo sólo... pretendo apañármelas hasta la graduación. No quiero tener problemas.

Las palabras apenas logran abrirse paso a través del nudo que me oprime la garganta.

—¿Problemas? —Quinn se echa a reír, pero el sonido carece totalmente de humor—. ¿Te parecemos un problema?

Parecen la definición exacta de *problema*. Si buscase la palabra *problema* en el diccionario, aparecería su foto en primer plano junto con un enorme sello de advertencia. Pero no lo digo. De hecho, me quedo callada mientras mi cerebro busca rápidamente el modo de salir de esta espantosa situación. Una parte de mí cree que estoy soñando, porque parece la típica escena de una película para adolescentes en la que los malotes del instituto deciden atacar al nuevo para demostrarle quién manda.

Pero es la vida real, no una película, y yo no me he creído nunca la jefa ni aquí ni en ningún otro sitio. Quiero decirle eso, pero ahora mismo responder es aceptar la situación, y eso es lo último que se supone que hay que hacer al tratar con un abusón. Cuanto más les das, más quieren.

—Y, dime, Grace. ¿Has tenido ya la oportunidad de ver la nieve? —pregunta Marc, y de repente está demasiado cerca para mi gusto—. Seguro que nunca habías visto nieve antes.

—He visto mucha nieve de camino aquí.

—¿Montada en la motonieve? Eso no cuenta, ¿verdad, Quinn?

—No. —Quinn niega con la cabeza mientras gruñe enseñando muchísimo los dientes—. Tienes que acercarte más. Enséñanos lo que sabes hacer.

—¿Lo que sé hacer? —No tengo ni idea de qué están hablando.

—Bueno, está claro que tramas algo. —Esta vez, cuando inspira, no me cabe duda de que Marc me está olfateando—. Aunque aún no me hago una idea de lo que es.

—Sí —asiente Quinn—. Yo tampoco, pero está claro que algo quiere. Veamos qué tienes ahí, Grace.

Se vuelve, preparándose, y entonces caigo en la cuenta de lo que pretenden hacer y del auténtico peligro que corro.

7

Algo muy perverso viene hacia aquí

Me vuelvo cargada de adrenalina y corro hacia las escaleras. Pero apenas recorro unos metros antes de que Marc me alcance y me agarre. Tira de mí con fuerza hacia él y le golpeo el torso con la espalda. Me aprisiona con los brazos mientras yo empiezo a forcejear en serio.

—¡Suéltame! —grito lanzando el pie hacia atrás para golpearle las rodillas.

Pero no juego con mucha ventaja, y no parece ni inmutarse. Me planteo darle un pisotón en el pie, pero mis Converse poco pueden hacer contra sus botas, y menos contra los pies que contienen.

—¡Suéltame o gritaré! —le advierto intentando, sin lograrlo, no parecer asustada.

—Adelante —dice mientras me lleva a la fuerza hacia la puerta principal, que Quinn sostiene convenientemente abierta—. A nadie le va a importar.

Echo la cabeza hacia atrás y le golpeo la barbilla. Maldice y levanta un brazo para intentar sujetarme la cabeza en el sitio. Eso me cabrea tanto como me aterra. Entonces me inclino y le muerdo el brazo con todas mis

fuerzas. Grita y, al agitarlo, acaba golpeándome en la boca. Duele, y siento el sabor metálico de la sangre. Eso me cabrea todavía más.

—¡Para! —chillo sacudiéndome y propinándole patadas con todas mis fuerzas.

No puedo permitir que me saquen de aquí. No puedo. No llevo más que una sudadera y un par de pantalones de lanilla, y habrá doce grados bajo cero en el exterior. Tengo la sangre fina californiana: me congelaré o moriré de hipotermia antes de quince minutos, como mucho.

Pero el tío no me suelta, y sus brazos parecen de acero a mi alrededor.

—¡Quítame las manos de encima! —grito, esta vez sin importarme a quién pueda despertar.

De hecho, ojalá se despierte alguien. Quien sea. Todo el mundo.

Al mismo tiempo, lanzo la cabeza hacia atrás con la intención de romperle la nariz. Debo de haberle dado en alguna parte, porque me suelta maldiciendo. Las piernas me ceden y caigo de rodillas al suelo con fuerza, justo a tiempo para ver que Marc sale volando por el vestíbulo con los ojos como platos y se estampa contra la pared más alejada.

Pero no tengo tiempo para pararme a pensar en lo que ha pasado, porque sólo tarda un segundo en recuperarse y atraviesa corriendo la estancia directo hacia mí. Me vuelvo para huir, con los puños en alto por si Quinn intenta detenerme; pero, de repente, él también sale volando. Impacta contra una librería en lugar de contra una pared, y un florero cae desde el estante más alto sobre su cabeza y se rompe en mil pedazos.

Miro a mi alrededor buscando una salida, pero Marc es muy muy rápido y, de improviso, ya está ahí, interponiéndose entre la escalera y mi persona. Viro a la derecha, intentando decidir cuál es el mejor modo de huir, y es en ese momento cuando choco con una sólida pared de músculos.

Mierda. ¿Ahora son tres? El pánico se apodera de mí, y alargo los brazos hacia atrás para empujar a quienquiera que sea. Pero, al igual que Marc, el

tipo no se mueve. Al menos no hasta que me agarra de las muñecas y tira de mí hacia arriba con la fuerza suficiente como para levantarme del suelo.

Justo cuando tira de mí hacia él veo por primera vez su rostro y me doy cuenta de que se trata de Jaxon: no sé si debería sentir alivio o más miedo todavía.

Entonces me coloca detrás de él, interponiéndose entre los otros y yo, y les hace frente. Marc y Quinn se detienen en seco. La ansiedad en su rostro se transforma en miedo.

—¿Hay algún problema aquí? —pregunta Jaxon.

Su voz suena más grave y profunda que antes, y también más fría que las ventiscas que se levantan al otro lado de la puerta.

—Ninguno —responde Marc con una risita forzada—. Sólo queríamos conocer a la chica nueva.

—¿Es así como llaman a los asesinatos ahora? ¿«Conocer a alguien»?

No levanta la voz, no hace nada que pueda resultar amenazante. Y, sin embargo, los tres nos encogemos temiéndonos lo que está por llegar.

—No íbamos a hacerle daño, hombre —interviene Quinn por primera vez.

Suena mucho más quejica que hace unos minutos, cuando sólo estábamos ellos y yo. Pero parece articular las palabras con normalidad, así que supongo que el florero no le ha hecho demasiado daño.

—Sólo íbamos a dejarla fuera unos minutos.

—Sí —añade Marc—. Sólo era una novatada. Nada serio.

—¿Así llamáis a esto? —pregunta Jaxon y, de alguna manera, su voz se torna aún más fría—. Ya conocéis las reglas.

No sé a qué reglas se refiere, ni por qué habla como si estuviese a cargo personalmente de hacer que se cumplan, pero sus palabras consiguen que Quinn y Marc se encojan mucho más. Además, se están poniendo algo pálidos.

—Lo sentimos, Jaxon. Acabamos de venir de una escapadita y las cosas se nos han ido un poco de las manos.

—No es conmigo con quien tenéis que disculparos.

Se vuelve a medias y me ofrece la mano. No debería aceptarla. Toda la autodefensa que he podido aprender me dice que me largue de aquí. Que aproveche la ventaja que él, Jaxon, me está dando y que corra como una loca a mi cuarto.

Pero bajo su mirada de obsidiana bulle una ira muy intensa, y sé que se ha vuelto al ofrecerme la mano para evitar que los otros lo vean. No entiendo por qué, pero sé que no quiere que perciban lo cabreado que está por mi causa.

Sea como fuere, esta noche me ha salvado. Estoy en deuda con él. Le mantengo la mirada y le digo con la mía que guardaré su secreto.

Y entonces hago lo que él me pide sin hablar y me coloco delante de él. No acepto su mano, sería rebajarme demasiado después de lo que me ha dicho y hecho antes, pero camino hacia delante, pues sé que Jaxon no permitirá que ninguno de los dos me haga nada más.

Sin embargo, debo de haberme acercado más de la cuenta para su gusto, porque vuelve a colocarse parcialmente delante de mí una vez más y les lanza a ambos una fría mirada para advertirles que se comporten. Aunque puede que la advertencia no fuera necesaria, ya que los dos parecen bastante avergonzados.

—Lo sentimos, Grace —empieza Marc—. Nos hemos pasado. No pretendíamos asustarte.

No digo nada, porque desde luego no pienso decirles que no pasa nada. Y no tengo el valor suficiente como para mandarlos al infierno, ni siquiera con Jaxon como escudo. Así que hago lo único que puedo hacer: los miro con frialdad y deseo que la farsa de su disculpa acabe pronto para poder volver por fin a mi habitación.

—Sí, verás... —Quinn menea la mano hacia el techo—. Es el influjo de la luna...

¿En serio va a achacarlo a eso? ¿Al «influjo de la luna»? No tengo ni idea de qué significa eso y, sinceramente, me da igual. Estoy harta de este lugar y de todos los que habitan en él. Excepto de Macy y del tío Finn; y puede, sólo puede, que de Jaxon.

—Me voy a la cama.

Me vuelvo para marcharme, pero Jaxon me agarra de nuevo de la muñeca.

—Espera.

Es la primera palabra que me dirige desde la debacle de antes, y eso me detiene más bruscamente que su mano en mi muñeca.

—¿Por qué? —pregunto.

No responde. En su lugar, se vuelve hacia Marc y Quinn, y dice:

—Esto no ha acabado.

Ambos asienten, pero no dicen nada más. Sus palabras, aparte de una amenaza, parecen ser un permiso para que se marchen, ya que los dos se alejan por el pasillo. Nunca había visto a nadie correr tan rápido.

Observamos cómo se van y después Jaxon me mira. Durante unos largos segundos no dice nada. Sólo me mira de arriba abajo, analizando cada centímetro de mi ser. No voy a mentir: hace que me sienta algo incómoda. No de la misma manera que con Quinn y Marc, que parecían estar buscando alguna debilidad que explotar. Es más una incomodidad rollo «uf, parece que de repente hace mucho calor aquí» y «por qué narices tenía que llevar puesto mi pijama más viejo».

Desgraciadamente no sé qué pensar respecto a lo que siento.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, y sus dedos por fin me liberan la muñeca.

—Sí —respondo, aunque no sé si es verdad.

¿Qué clase de sitio es éste, donde la gente intenta sacarte a empujones a la nieve en plan novatada?

—No lo parece.

Eso me escuece un poco, pero sé que no se equivoca.

—Ya, bueno, el último par de días ha sido una mierda.

—Apuesto que sí. —Me mira muy serio—. No te preocupes por Marc y Quinn. No volverán a molestarte.

Omite lo de «me aseguraré de ello», pero lo oigo igualmente.

—Gracias —suelto con brusquedad—. Por ayudarme, digo. Te lo agradezco.

Levanta las cejas y sus ojos se tornan más oscuros todavía en la escasa luz, si es que eso es posible.

—¿Eso es lo que crees que he hecho?

—¿Acaso no es así?

Niega con la cabeza y suelta una pequeña carcajada que me acelera el corazón.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿De qué?

—De que acabo de convertirte en el peón de un juego que no alcanzas ni a comprender.

—¿Crees que esto es un juego? —pregunto sin dar crédito.

—Yo sé perfectamente lo que es esto. ¿Lo sabes tú?

Espero a que diga algo más, a que explique sus crípticos comentarios, pero no lo hace. Tan sólo se queda mirándome hasta que me revuelvo, incómoda. Nunca nadie me había mirado como él ahora, como si no tuviera claro si ha cometido un error al salvarme de una muerte inminente.

O a lo mejor es que no sabe qué más decir. En cuyo caso, bienvenido al puto club. Al final, tanto silencio se queda en nada.

—Estás sangrando —se limita a señalar.

—¿Sí?

Me llevo la mano a la mejilla, que me duele del golpe que me ha dado Marc con el hombro cuando intentaba zafarme de él.

—Ahí no. —Levanta la mano hasta mi boca y, tan suavemente que apenas lo noto, acaricia con el pulgar mi labio inferior—. Aquí.

Aparta el pulgar manteniéndolo levantado y, en la luz tenue, veo la mancha de sangre brillando en su piel.

—¡Ay, qué asco! —Acerco la mano para limpiarle la sangre—. Deja que...

Se echa a reír interrumpiéndome. Acto seguido, se lleva el pulgar a los labios y, manteniéndome la mirada, se lo mete en la boca y chupa poco a poco la sangre. Es lo más sexy que he visto en mi vida, y ni siquiera sé por qué. A ver, ¿no debería estar acojonada?

Tal vez sea por el modo en que sus ojos se tornan cálidos en cuanto prueba mi sangre.

Tal vez por el ruidito que hace al tragar.

O tal vez sea el hecho de que esa caricia de su dedo en mis labios, seguido del gesto de llevárselo a los suyos, me resulte más íntimo que cualquier beso que me haya podido dar con otro chico.

—Deberías irte. —Suena como si le arrancaran las palabras.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —Su expresión parece intencionadamente vacía. Como si se esforzara en no compartir conmigo lo que está pensando o sintiendo en realidad—. Y te sugiero muy en serio que, después de la medianoche, te quedes en tu dormitorio, donde tienes que estar.

—Que me quede en mi... —Me crispo ante lo que está insinuando—. ¿Estás diciendo que lo que ha pasado esta noche es culpa mía?

—No seas ridícula. Claro que no. Esos dos deberían saber controlarse más. —Es una extraña manera de decir que no deberían ir por ahí intentando matar a la gente, y quiero preguntarle al respecto. Pero él continúa sin darme tiempo siquiera a formular la frase—. Pero ya te he

advertido antes de que aquí tienes que andarte con cuidado. Éste no es como tu antiguo instituto.

—¿Cómo sabes cómo era mi antiguo instituto?

—No lo sé —dice con una sonrisa de suficiencia—. Pero seguro que no tenía nada que ver con el Katmere.

Tiene razón, por supuesto, pero no pienso recular ahora.

—Eso no lo sabes.

Entonces se inclina hacia delante, como si no pudiera evitarlo, hasta que su rostro y sus labios están a apenas dos centímetros de los míos. Y, como antes, sé que eso debería hacerme sentir incómoda. Pero no es así. Sólo me sube la temperatura. Y esta vez el temblor de mis rodillas no tiene ninguna relación con el miedo.

Separo los labios, el aliento se me queda atrapado en el pecho, el corazón me late a gran velocidad. Puede sentirlo, lo veo en sus pupilas totalmente dilatadas, en el modo en que se vuelve cauteloso y alerta. Lo oigo en la súbita aspereza de su propia respiración, lo siento en el leve temblor de su cuerpo contra el mío. Durante un segundo, sólo un segundo, creo que va a besarme. Pero entonces se inclina más todavía, más allá de mi boca, hasta que sus labios quedan casi pegados a mi oreja. Y tengo la extraña sensación de que me está olfateando, de la misma manera que lo han hecho Marc y Quinn, aunque tiene un efecto completamente distinto en mí.

—No tienes ni idea de lo que sé y de lo que no —susurra.

El calor de su aliento me deja sin aire, me derrite y hace que mi cuerpo entero se deje caer contra el suyo por sí solo. Él lo permite durante un par de segundos, con las manos en mi cintura y los hombros curvados hacia mí. Después, de repente, se aparta tan rápido que casi me caigo sin el apoyo de su cuerpo.

—Tienes que irte —repite con la voz aún más grave y áspera que antes.

—¿Ahora? —pregunto sin dar crédito.

—Ahora mismo. —Señala hacia la escalera con un gesto y, por alguna razón, empiezo a ir hacia ella, aunque nunca he tomado la decisión consciente de hacerlo—. Vete directa a tu cuarto y cierra la puerta con pestillo.

—Creía que habías dicho que no tenía que volver a preocuparme de Marc y Quinn —comento por encima del hombro.

—Así es.

—Entonces ¿por qué tengo que...?

Dejo la frase a medias al darme cuenta de que estoy hablando sola, porque, una vez más, Jaxon ha desaparecido.

Y me quedo preguntándome cuándo volveré a verlo. Y por qué eso es tan importante para mí.

8

Vive y deja morir

No voy a mentir, estoy un poco conmocionada cuando por fin regreso a mi cuarto. Son casi las cinco de la madrugada, y lo último que quiero es volver a meterme en la cama y quedarme mirando al techo hasta que Macy se despierte. Pero ya no me siento segura vagando por el instituto, teniendo en cuenta que, si Jaxon no hubiese aparecido en el momento en que lo ha hecho, ahora podría estar muerta.

Y, puesto que lo último que puedo hacer y lo último que quiero hacer es contar con que él me salve si acabo en otra extraña situación como ésa, creo que lo más sensato es que me quede aquí hasta que Macy se despierte y pueda darme su opinión sobre lo que acaba de suceder. Aunque, si su opinión no es «¡Madre mía! ¡¿Qué cojones...?!», pienso coger mis maletas aún por deshacer y volverme a San Diego. Vivir como un parásito con la familia de Heather durante los próximos ocho meses es mejor que morir. O al menos eso creo, y pienso ceñirme a ello.

Además, en San Diego no tengo mal de altura.

Me entran náuseas al atravesar la habitación de puntillas. Llego a mi cama a duras penas y me desplomo sobre ella con un suave gruñido. Macy debe de haberme oído, porque me dice:

—Te prometo que el mal de altura no durará siempre.

—No es sólo eso. Es todo.

—Lo entiendo.

No dice nada más y se crea el silencio entre nosotras. Imagino que lo hace para darme mi espacio y que aclare mis pensamientos, y decida si quiero compartir alguno. Me quedo mirando al techo de piedra gris que me oprime e inspiro hondo.

—Es que... Alaska es como si fuera otro planeta, ¿sabes? Aquí todo es tan distinto de casa que cuesta acostumbrarse.

Normalmente no hablo de mis cosas con gente que no conozco muy bien, es más fácil quedárselo todo dentro, pero Macy es lo más parecido a una amiga que tengo aquí. Y una parte de mí siente que voy a explotar si no hablo con alguien.

—Lo entiendo perfectamente. Yo he vivido toda mi vida aquí, y algunos días hasta a mí se me hace raro. Pero sólo llevas en este estado doce horas, y te has encontrado mal la mayor parte del tiempo. ¿Por qué no le das unos días? Espera a que el mal de altura desaparezca y a haber asistido a un par de clases. Tal vez las cosas no te resulten tan extrañas cuando hayas establecido una rutina.

—Sé que tienes razón. Y ya ni siquiera me encontraba mal cuando me he despertado hace un rato, hasta que... —Dejo la frase a medias intentando pensar en la mejor manera de contarle lo que acaba de pasar.

—¿Hasta que qué? —Aparta sus sábanas y se levanta de la cama.

—Sé que es un instituto muy grande, pero ¿conoces a dos chicos llamados Marc y Quinn? —pregunto.

—Depende. ¿Lleva uno de ellos un septum?

—Sí. Un aro grande y negro.

Me llevo los dedos a la nariz para que se haga una idea.

—Pues entonces sí, los conozco. Están en tercero, como yo. Y son buenos chicos, muy divertidos. De hecho, una vez... —No debo de estar poniendo cara de póquer, porque se detiene de repente y entrecierra los ojos

—. Ahora que lo pienso, debería empezar por preguntarte cómo es que tú los conoces.

—A lo mejor sólo estaban haciendo el tonto, pero... estoy bastante segura de que han intentado matarme esta noche. O al menos darme un susto de muerte.

—¿Que han intentado qué? —Pronuncia el último «qué» como un chillido y casi se le cae al suelo la botella de agua que acaba de sacar de la nevera para mí—. Cuéntame ahora mismo lo que ha pasado. Y no omitas nada.

Parece decirlo muy en serio, así que describo fielmente los hechos hasta que llego al punto en el que Jaxon me salva. No sé cómo sentirme sobre eso, o respecto a él, y aún no estoy preparada para hablar de ello. Y, desde luego, no estoy preparada para oír a Macy hablar de ello. Además, en cierto modo he accedido en silencio a guardar algo de esa interacción en secreto, aunque la verdad es que, ahora, de vuelta en mi cuarto, me pregunto si no me habré imaginado ese mudo intercambio.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado después? —pregunta al ver que no digo nada más—. ¿Cómo has conseguido librarte de ellos?

—Alguien ha oído la pelea y ha venido a ver qué pasaba. Cuando han visto que había un testigo, se han calmado rápidamente.

—Apuesto que sí, los muy cabrones. Lo último que querrían es que se enterase mi padre. Pero deberían haberlo pensado antes de ponerte las manos encima. Te lo juro, los voy a matar yo misma. —Por su aspecto y su tono, está tan cabreada que sería capaz, y continúa—: ¿En qué estaban pensando? Ni siquiera te conocen, ¿por qué hacen eso? —Se levanta y empieza a pasearse por la habitación—. Podrías haber sufrido hipotermia si te hubieran dejado fuera demasiado tiempo, por no hablar de lo que habría pasado si hubiesen sido más de diez minutos. Podrías haber muerto de verdad. Y no tiene sentido. Siempre son algo rebeldes, tienen mucha energía. Pero nunca los había visto comportarse con mala leche.

—Nada de esto tiene sentido. Estoy empezando a pensar que estaban colocados o algo, porque no encuentro otra explicación al hecho de que estuvieran por ahí fuera en vaqueros y camiseta. ¿Cómo es que no les ha dado a ellos una hipotermia?

—No lo sé —responde Macy, pero parece incómoda, como si supiera con certeza que toman drogas.

O como si pensara que estoy loca por insinuar siquiera que iban por ahí sin nada de abrigo. Pero sé lo que he visto. Esos dos no llevaban ningún tipo de equipamiento para el frío.

—A lo mejor sólo han estado fuera un par de minutos —sugiere al final, y me pasa un ibuprofeno—. Pero, en fin, sea lo que sea, ya lo averiguará mi padre.

Una parte de mí quiere pedirle que no se lo cuente al tío Finn, porque bastante difícil es ya ser la chica nueva como para encima ser una chivata. Pero cada vez que pienso en lo que podría haber pasado, en lo que habría pasado si Jaxon no hubiese intervenido, sé que el tío Finn tiene que estar informado. De lo contrario, podrían volver a hacérselo a otra persona.

—Ahora seguramente necesites dormir un poco más. A menos que tengas hambre.

La sola idea de tener comida en el estómago me revuelve las tripas.

—Me parece que paso —le digo—. Aunque tampoco creo que pueda dormir. Tal vez debería deshacer las maletas, preparar las cosas para mañana.

—No te preocupes por las maletas. Ya las he deshecho yo.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Anoche, después de que te durmieras. He pensado que, si no te gusta dónde guardo las cosas, puedes cambiarlas de sitio, pero al menos así las tienes a mano.

—No tenías por qué hacerlo, Macy.

—Ya lo sé, pero no te encuentras bien, así que he pensado que un poco de ayuda no hacía daño. Además, esta tarde tenemos una fiesta a la que asistir, y necesitarás tu maquillaje y tus cosas para arreglarte el pelo.

No sé qué me hace más gracia, el modo en que Macy me deja caer que espera que acuda a la fiesta con ella o el hecho de que confíe en que vaya maquillada, cuando prácticamente lo único que tengo es máscara de pestañas y un par de tubos de brillo labial.

Teniendo en cuenta que ayer cuando me recogió en la motonieve iba completamente maquillada, puedo imaginarme qué clase de fiesta será.

—¿Y qué clase de fiesta es exactamente? —pregunto mientras me acurruco bajo la colcha rosa eléctrico, que cada vez me gusta más; puede que sea porque es la más blandita y cómoda que he tenido en la vida.

—Es una fiesta de bienvenida del instituto Katmere para ti.

—¿Qué? —Me incorporo tan rápido que la cabeza me empieza a latir con fuerza de nuevo—. ¿Una fiesta de bienvenida? ¿Para mí? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Bueno, para ser sincera, el instituto celebra una especie de merienda-cena una vez al mes para promover la unidad estudiantil. Sólo hemos decidido hacer que la de hoy sea un poco más festiva en tu honor.

—Sí, claro. Como los alumnos se han mostrado superacogedores hasta ahora... —Hundo la cara en la almohada y gruño.

—Te juro que no todos somos malos. Mira Flint. Él es majo, ¿verdad?

—Pues sí, mucho. —No puedo evitar sonreír al recordar su manera de provocarme llamándome «chica nueva».

—La mayoría de las personas que conozcas aquí serán como él, no como Marc y Quinn. Te lo prometo. —Suspira—. Pero puedo cancelarla si quieres. Le diré a todo el mundo que no te encuentras bien por el mal de altura. Cosa que, visto lo visto, puede que ni siquiera sea mentira.

Se esfuerza por no sonar decepcionada, pero se lo noto en la voz hasta con una almohada sobre la cara.

—No, no la canceles —le digo—. Mientras no esté vomitando, iré.

Tengo que enfrentarme a estos chicos de secundaria en masa antes o después. Será mejor que sea hoy, que estarán todos bajo la supervisión de algún adulto y supongo que se comportarán de la mejor manera posible. Así tendré menos probabilidades de acabar en la nieve o de que me lancen por una ventana... Me echo a temblar. Es demasiado pronto para esa broma.

—¡Genial! —Se deja caer en la cama a mi lado y me tiende la botella de agua que me había dado antes guiñándome el ojo—. No olvides que el agua es tu amiga en estos momentos.

—No me apetece —lloriqueo de broma.

—Ya, bueno, yo que tú me la bebería de todas formas. Para superar el mal de altura hay que hidratarse mucho. Bueno, eso si no quieres morir de edema pulmonar o cerebral, cosa que podría matarte casi tan rápido como la hipotermia.

—¿En serio? —Pongo los ojos en blanco, pero cojo la botella de agua y me bebo la mitad de una sentada—. ¿Te han dicho alguna vez que eres mucho más dura de lo que pareces?

—Sí, mi novio. Pero creo que en el fondo le gusta.

—Bien por él. —Doy otro largo trago al agua—. ¿Tienes Netflix?

—¿Estás de coña? —Me mira con desprecio—. Vivo en una montaña en el centro de Alaska. Me moriría sin Netflix.

—Entendido. ¿Qué te parece *Legacies*? Mi mejor amiga Heather y yo empezamos a verla la semana pasada.

Macy abre los ojos como platos.

—*¿Legacies?*

—Sí. Es una serie muy guay sobre un puñado de vampiros, brujas y hombres lobo adolescentes que viven juntos en un internado. Sé que suena un poco tonto, pero es divertido imaginarlo.

—No me parece tonto en absoluto —dice Macy acompañando la frase de una tos—. Y me apunto. ¿Quién puede resistirse a un vampiro buenorro?

—Eso mismo pienso yo.

Empezamos la serie desde el principio para que Macy pueda ponerse al día. Cuando vemos al hermano de acogida del protagonista transformarse en hombre lobo, no puedo evitar pensar en lo que Marc y Quinn han dicho sobre la luna. A ver, seguro que sería alguna tontería. ¿Qué iba a ser sino?

Aun así, después de mis dos encuentros con Jaxon, y de que ambos terminasen con una advertencia por su parte de que tenga cuidado, me cuesta no preguntarme dónde me he metido exactamente al venir aquí.

9

Incluso el infierno tiene sus pandillas

—¡Para ya! —me dice Macy varias horas después golpeándome las manos, que no paran quietas, mientras nos preparamos para dirigirnos a la fiesta—. Estás perfecta.

—¿Estás segura?

Abro la puerta de mi armario y me miro en el espejo de cuerpo entero por décima vez, como poco, desde que me he vestido.

—Segurísima. Ese vestido te queda genial. El color es ideal.

La miro escéptica.

—No es el color lo que me preocupa.

—¿Qué te preocupa entonces?

—Ay, no lo sé. —Intento subirme el escote un par de centímetros o dos —. ¿Que se me salgan las tetas? No es precisamente la primera impresión que quiero dar.

Se echa a reír.

—Venga ya. El vestido es precioso.

Es verdad. Lo es. Y seguro que a ella, con su alta y esbelta figura, le queda más que respetable. A mí estos pechos grandes me complican un poco las cosas.

—A lo mejor si no respiro en toda la noche, todo va bien.

—Oye, quizá deberías ponerte los vaqueros, como habías pensado hacer en un principio. —Macy se dirige a mi cama y los sostiene en alto—. No quiero que te sientas incómoda.

Es tentador, muy tentador. Pero...

—¿Habrá más chicas en vaqueros?

—¿Qué más da lo que lleven las demás?

—Eso es que no. —Tiro del escote una vez más y, al final, me rindo y cierro la puerta del armario—. Venga, vámonos antes de que cambie de idea y decida quedarme a darme un atracón de Netflix durante toda la tarde.

Macy me abraza.

—Estás guapísima. Venga, vamos a divertirnos.

La miro escéptica por segunda vez, porque lo de «guapísima» es exagerar demasiado: con mi pelo caoba rizado, mis sencillos ojos marrones y las pecas que me salpican la nariz y las mejillas de forma aleatoria, soy más bien lo contrario a guapísima. En un día bueno, en todo caso soy mona. Al lado de Macy, que es absolutamente fantástica, soy más del montón, sosa y aburrida.

—Venga —continúa, y me coge del brazo y tira de mí hacia la puerta—. Vámonos, que vamos a llegar supertarde y es tu fiesta de bienvenida.

—¿Y si no vamos? Así no llegamos tarde —digo mientras me dejo llevar.

—Ahora no puedes echarte atrás —responde con una sonrisa de suficiencia—. Todos nos están esperando.

—Ah, genial.

A pesar del sarcasmo, salgo. Cuanto antes lleguemos, antes pasará la peor parte. Pero, cuando empiezo a abrirme paso entre las cuentas de cristal de la puerta, Macy dice:

—Espera, yo te las aparto. No quiero que te dé calambre. Lo siento, anoche no lo pensé.

—¿Calambre? ¿Qué quieres decir?

—Le dan calambre a todo el mundo. —Ladea la cabeza y me mira extrañada—. ¿No lo sentiste cuando saliste anoche?

—Pues... no.

Extiendo la mano y agarro varias tiras de cuentas, intentando entender de qué está hablando.

—¿En serio que no notas nada? —pregunta Macy al cabo de un segundo.

—No, nada. —Observo mis Converse de bota favoritas, con un diseño de una rosa tatuada—. A lo mejor es por las zapatillas.

—Puede ser. —Parece dudarlo—. Venga, vamos.

Cierra la puerta y, a continuación, pasa las manos por las cuentas varias veces, como si estuviera intentando que le diera calambre. Cosa que no tiene ningún sentido, pero es lo que parece.

—Oye —digo cuando por fin termina de hacer lo que sea que esté haciendo—. ¿Y por qué dejas una cortina de cuentas que acumula electricidad estática y da calambre a todo el que la toca?

—No a todos —responde señalándome con la mirada—. Y porque es bonita, obviamente.

—Obviamente.

Mientras avanzamos por el pasillo, no puedo evitar fijarme en las molduras del techo, con un fondo negro atravesado por espinosas flores doradas. Está repleto de detalles y es precioso y algo escalofriante. No tanto como las lámparas que salpican el techo, que parecen tríos de negras flores colgantes interconectadas por unos sarmentosos y espinosos tallos. Las bombillas de luz dorada penden del centro de las flores, parcialmente ocultas tras los pétalos.

El efecto es sobrecogedor y hermoso a partes iguales y, aunque yo no decoraría así mi habitación, he de admitir que resulta fascinante.

Tanto que casi no me doy cuenta de que, para cuando llegamos al segundo piso, mi estómago se ha calmado. Es más como si los pterodáctilos

se hubiesen transformado en mariposas. No me quejo, es un progreso considerable. Aún me duele un poco la cabeza por la altura, pero por ahora el ibuprofeno lo tiene todo bajo control.

Espero que siga siendo así.

Sé que Macy dice que se supone que esto es una fiesta de bienvenida, pero espero que sea una merienda-cena más. Mi objetivo es ser lo más invisible posible este año, y una fiesta en la que soy el centro de atención no encaja en ese plan. De hecho, más bien lo tira por tierra.

Cuando nos acercamos a la puerta, agarro a mi prima de la muñeca.

—No me harás ponerme de pie delante de todo el mundo, ¿verdad? Sólo nos mezclaremos con la gente y eso, ¿verdad?

—Claro. Bueno, creo que mi padre quiere dar un pequeño discurso de bienvenida, pero no será nada importante.

Cómo no. Estaba claro. ¿Quién no iba a pensar que pintar una diana en la espalda de la chica nueva no es buena idea? Tierra, trágame.

—Oye, no estés tan preocupada. —Macy se detiene delante de unas puertas minuciosamente talladas y me rodea con los brazos—. Todo irá bien. Te lo prometo.

—Me conformo con que no sea catastrófico —acepto, pero no las tengo todas conmigo.

No cuando me siento como si tuviera un enorme peso encima que me hace parecer más pequeña, que me transforma en nada. No es culpa del instituto, llevo todo el mes así. No obstante, estar aquí, en este lugar, en Alaska, de alguna manera lo ha empeorado.

—Confórmate con que sea increíble —me anima, y entrelaza su brazo con el mío.

Después se inclina hacia delante haciendo que las dos puertas se abran en ambas direcciones y entra como si fuera la reina del lugar.

Y tal vez lo sea. Por el modo en que todo el mundo se vuelve para mirarla, no me extrañaría nada. Pero entonces me doy cuenta de que mis

peores pesadillas se han hecho realidad y todo el mundo me está mirando a mí. Y nadie parece estar impresionado.

Así que decido centrarme en la decoración, que es fantástica. No sé adónde mirar primero, así que lo hago a todas partes. Admiro el papel pintado barroco de terciopelo negro y carmesí de las paredes, las lámparas de araña de hierro de tres niveles con cristales negros que penden de cada brazo repleto de detalles, las elegantes sillas rojas y las mesas cubiertas de manteles negros que ocupan la mitad más alejada de la amplia sala.

Cada metro y medio más o menos hay unos oscuros candelabros de pared que parecen contener velas encendidas de verdad. Me acerco para comprobarlos y me quedo fascinada al ver que cada uno de ellos está labrado con la forma de un dragón distinto. Uno tiene las alas extendidas delante de una bonita cruz celta, otro está enroscado alrededor de lo alto de un castillo, un tercero está claramente en pleno vuelo. En todos los candelabros, la llama de la vela queda justo a la altura de las bocas abiertas de los dragones y, al acercarme más todavía, veo que sí, que la llama es real.

No sé cómo se las apañará mi tío para que le dejen hacer eso, ningún inspector de seguridad del país permitiría que hubiese velas encendidas sin supervisión en un entorno lleno de estudiantes. Aunque, bien pensado, esto está en mitad de la nada, en Alaska, y no creo que ningún inspector venga a Katmere sin haber programado antes una visita.

Macy me tira del brazo y dejo a regañadientes que me aleje de los dragones para adentrarnos más en la sala. Entonces levanto la mirada y veo que el techo también está pintado de rojo, con las mismas molduras negras de antes bordeando la parte alta de las paredes.

—¿Vas a pasarte toda la fiesta admirando la decoración? —bromea Macy en un susurro.

—Puede.

De mala gana, aparto la vista del techo y la centro en las enormes mesas de bufé dispuestas a lo largo de la pared principal, repletas de bandejas de queso, hojaldres, sándwiches y bebidas.

Sin embargo, no hay nadie alrededor de la comida ni sentado a las otras mesas. Los alumnos están agrupados en varias zonas de la sala. Este aislamiento autoimpuesto podría ser lo único que me resulta familiar aquí. Supongo que da igual que estudies en un instituto normal en San Diego o en un internado exclusivo en Alaska, los grupitos se hacen en todas partes.

Y, al parecer, si estás en un internado exclusivo, esos grupitos son mil veces más esnobs y más inalcanzables de lo normal. Vaya, qué suerte la mía.

Conforme Macy y yo nos vamos adentrando en la sala, me sorprendo analizando las diversas... facciones, a falta de otra palabra más adecuada.

La energía (y el desdén) se palpa en el aire alrededor de los alumnos que se encuentran cerca de la ventana cuando me miran. Serán unos treinta y cinco, y están todos apiñados en un grupo grande, como si fuera un equipo repasando las jugadas antes de salir al campo. Todos los chicos llevan vaqueros, y las chicas, vestiditos minúsculos. Tanto las prendas de ellos como las de ellas revelan unos cuerpos fuertes y musculados.

En la cara de mis nuevas compañeras, al fondo de la sala, se refleja curiosidad y una buena dosis de menosprecio. Casi todas visten largos vestidos fluidos o camisas con estampados y tejidos de lujo que encajan perfectamente con la estancia. Tienen un aspecto más delicado que las del grupo junto a las ventanas y, antes de que Macy las salude emocionada con la mano, sé que se trata de su grupo.

Empieza a avanzar hacia ellas y yo la sigo, ocultando mi repentino nerviosismo con una sonrisa que estoy muy lejos de sentir.

De camino pasamos otra aglomeración de alumnos, y juraría que siento las oleadas de calor que emanan de ellos. Todas las personas que conforman el grupo son altas, incluso las chicas miden alrededor de un metro ochenta,

y el hecho de que me estén observando con tanto desprecio y recelo hace que pasar por delante de ellos sea especialmente incómodo. ¿Quién quiere jugar al baloncesto?

Entonces veo a Flint en el centro del grupo, que me mira sonriendo y moviendo las cejas tan rápido que no puedo evitar sonreír. Como los demás varones del grupo, viste vaqueros y una camiseta ceñida que le marca el pecho y los bíceps. Está bastante bueno. Como la mayoría de sus amigos. Me saca la lengua antes de que me vuelva, y esta vez suelto una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Macy, pero entonces ve a Flint y pone los ojos en blanco—. ¿Sabes cuánto tiempo me pasé intentando llamar su atención, sin éxito, hasta que me di por vencida? Si no fuéramos primas destinadas a ser también mejores amigas, te repudiaría.

—Seguro que Flint y yo estamos destinados a ser amigos también —le digo mientras me apresuro para seguirle el ritmo—. No creo que los chicos se pongan bizcos así ante las chicas que les interesan.

—Ya, bueno, nunca se sabe. Los dra... —De repente le entra una tos muy violenta, como si se hubiese atragantado con su propia saliva.

—¿Estás bien? —le pregunto dándole unas palmaditas en la espalda.

—Sí. —Tose de nuevo, aunque parece algo nerviosa mientras se arregla una de sus mangas acampanadas—. Drásticos.

—¿Drásticos? —repito totalmente confundida.

—Por si te lo estabas preguntando. —Me lanza una mirada escrutadora —. Antes. Que iba a decir «drásticos». En plan que, a veces, los chicos toman medidas drásticas para hacer que las chicas que les gustan se fijen en ellos. Eso es lo que iba a decir. Drásticos.

—Ah.

No añado nada más, porque tampoco entiendo nada de nada. No tanto por lo que dice como por lo enfática que está siendo. Pero, bueno, ayer ya se puso rara cuando apareció Flint. Igual es que se pone nerviosa cuando él anda cerca.

Macy no insiste en el tema y por fin llegamos al centro de la inmensa sala minuciosamente decorada. No me extraña, el grupo que estamos pasando ahora es, con diferencia, el más intimidante de todos. Y ya es mucho decir, teniendo en cuenta que todos los presentes son bastante inquietantes.

Pero éstos se llevan la palma. Van vestidos de distintos tonos de negro o blanco, con camisetas, vestidos, pantalones, zapatos y joyas de diseño. Se nota que están podridos de dinero... además de que emanan una especie de poder natural que resulta imposible pasar por alto. Aunque está claro que son un grupito como cualquier otro, se desprende una especie de formalidad entre ellos de la que carecen los demás, la sensación de que se defienden los unos a los otros contra el resto, pero ahí termina su alianza.

Al pasar a su lado, percibo otra gran diferencia entre los demás grupos y ellos: ninguno ha mirado en mi dirección.

La verdad es que lo agradezco, pues me tiemblan las rodillas cada vez más a cada paso que doy hacia las amigas de Macy. Estoy completamente abrumada, no sólo por la cantidad de gente que me está mirando, sino también por lo absurdamente cerrados que son los grupos. En serio, no hay ninguna interacción entre ellos. No se ve a ningún chico de los vestidos de negro charlando con una de las chicas de vestidos fluidos. Y ninguna de las chicas superaltas establece contacto visual con ninguno de los chicos o las chicas atléticos que se encuentran junto a la ventana.

No, en el instituto Katmere todo el mundo permanece firme en su lugar. Y, a juzgar por sus caras, no es el miedo lo que los retiene ahí. Es el desprecio por el resto de los presentes.

Fantástico. En serio. A ver, siempre he sabido que los centros privados eran exclusivos y algo esnobs. ¿Quién no? Pero no esperaba que lo fuesen hasta este grado. ¿Cuánto dinero, estatus y actitud altiva puede tener un grupo de personas?

Supongo que es una ventaja ser familia del director, o jamás cumpliría los requisitos para estudiar aquí. Que viva el nepotismo... o no, depende de cómo vaya la tarde.

No me extraña que estuviera nerviosa por venir a esta fiesta...

Sólo el orgullo me impide salir huyendo cuando nos aproximamos a sus amigas. Bueno, eso y el hecho de que actuar como una presa parece una muy mala idea ahora mismo. No me apetece pasarme el resto del curso evitando a todas las malotas del lugar.

—Estoy deseando que conozcas a mis amigas —me dice Macy cuando por fin llegamos al grupo al final de la sala. De cerca son todavía más espectaculares, y distintas piedras preciosas relucen en su pelo y su piel. Pendientes, colgantes, horquillas y aros en la ceja, en el labio y en la nariz, todos adornados con coloridas piedras.

No me había sentido tan simple en mi vida, y me cuesta un mundo controlarme para no volver a tirar del escote de mi vestido prestado.

—¡Hola, chicas! Ésta es mi prima, Gr...

—¡Grace! —la interrumpe una guapa pelirroja que luce un colgante gigante de amatista—. ¡Bienvenida al Katmere! Hemos oído hablar muuucho de ti.

Suena demasiado entusiasmada, tanto que parece que se esté burlando, aunque no sé si de Macy o de mí. Al menos hasta que la miro a los ojos, que son totalmente fríos, y están centrados exclusivamente en mí. Menuda sorpresa.

No sé qué se supone que tengo que contestar. Una cosa es ser amable y otra muy distinta participar cuando se están riendo de ti. Por suerte, mientras lo estoy decidiendo, una chica con una densa mata de pelo oscuro y rizado y unos labios de arco de cupido perfectos, responde antes que yo.

—Déjala en paz, Simone —dice, y se vuelve hacia mí con lo que parece (espero) una sonrisa sincera—. Hola, Grace. Soy Lily. —Sus cálidos ojos marrones son amistosos y lleva el cabello negro en unos mechones

entrelazados con unos brillantes lazos que enmarcan maravillosamente su preciosa piel marrón—. Y ella es Gwen.

Señala a la chica de rasgos orientales que viste un bonito vestido morado. Ésta sonríe y dice:

—Es un placer conocerte.

—Pues... Lo mismo digo.

Lo intento. De verdad que sí. Pero mi tono debe de sonar tan cargado de duda como se siente el resto de mi ser, porque sus ojos se nublan.

—No le hagas ni caso a Simone —dice casi silbando el nombre de la pelirroja—. Está amargada porque todos los chicos te están mirando. No le gusta que le hagan la competencia.

—Yo no le hago... —empiezo, y Simone resopla.

—Sí, claro, por eso estoy amargada. Me preocupa que me haga la competencia. No tiene nada que ver con el hecho de que Foster haya traído aquí a una...

—¿Vamos a por algo de beber? —interrumpe Macy descaradamente.

Me dispongo a decirle que no tengo sed, vuelvo a sentir una ligera náusea, pero mi prima no espera a mi respuesta. Me coge de la mano y me lleva por la sala hasta las mesas de bufé.

En un extremo hay dos teteras enormes y un montón de tazas junto con dos neveras portátiles abiertas repletas de botellas de agua frías y latas de refrescos. Extiendo la mano para coger una taza, pues no he parado de tener frío desde que aterricé en este estado. Pero entonces veo varios dispensadores blancos y naranjas de veinte litros dispuestos en una mesa aparte.

—¿Qué es eso?

Lo pregunto por curiosidad y porque parece haber demasiada bebida para la cantidad de personas presentes. Espero con toda mi alma que no tengan que venir todavía más alumnos. Con los que hay ya se supera con creces mi nivel de confort.

—Ah, sólo es agua —dice Macy con aire despreocupado—. Siempre tenemos unos cuantos bidones a mano por si acaso las temperaturas bajan de repente y se congelan las tuberías. Más vale prevenir que curar.

Pensaba que tendrían tuberías especiales y aislamiento adicional en lugares como Alaska para asegurarse de que eso no suceda. Pero ¿qué sé yo? A ver, sólo estamos en noviembre y ya hay temperaturas bajo cero en el exterior. Y eso es algo normal. Imagino que un invierno especialmente duro puede causar verdaderos estragos aquí.

Antes de que pregunte nada más, Macy se agacha, saca un Dr Pepper de una de las neveras y me lo tiende.

—Me he asegurado de que mi padre encargara Dr Pepper para la fiesta y para la cafetería. Sigue siendo tu bebida favorita, ¿no?

Es mi favorita. Pensaba que me apetecía más un té, pero esa lata granate despierta algo en mí. Me recuerda a casa, y a mis padres, y a la vida que tenía. La nostalgia me invade y acepto la bebida, desesperada por algo que me sea familiar, da igual el qué.

Macy me sonríe y asiente, como animándome, y me doy cuenta de que sabe lo que estoy sintiendo. El sentimiento de gratitud me ayuda a ahuyentar la nostalgia.

—Gracias. Eres la mejor.

—No es nada. —Choca su hombro con el mío—. ¿A quién quieres conocer ahora?

Señala con la mirada a dos chicos que están sentados en unos sillones de terciopelo rojo cerca del fondo de la sala. Van vestidos con unas camisas llenas de estampados que los marcan como miembros del grupo de mi prima.

—Ésos son Cam y su mejor amigo.

—¿Cam? —Ha pronunciado su nombre como si tuviera que saber quién es, pero no tengo ni idea.

—Mi novio. Se moría por conocerte. Vamos.

No puedo negarme a eso, así que ni lo intento, aunque sé que Cam, y cualquiera que «se muera por conocer» a la chica nueva, se va a llevar una decepción. No soy tan interesante.

—¡Cam! ¡Ésta es la prima de la que te he hablado! —exclama Macy antes siquiera de llegar junto a su novio.

El chico se pone de pie y me ofrece la mano.

—Grace, ¿verdad?

—Sí. —Se la estrecho y, al hacerlo, no puedo evitar fijarme en lo pálida que es su piel—. Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo. Macy lleva semanas hablando de tu llegada. —Me sonríe—. Espero que te guste la nieve, chica surfista.

No me molesto en decirle que no practico el surf. Yo también peco de estereotipar a la gente. Antes de llegar aquí, estaba convencida de que viviría en un iglú.

—No sé si me gusta o no —le digo—. La vi ayer por primera vez.

Eso llama su atención, y también la de sus amigos.

—¿Nunca habías visto nieve? —pregunta el otro chico sin dar crédito—. ¿Nunca?

—No.

—Es de San Diego, James. —Macy parece y suena exasperada—. ¿Tan difícil es de creer?

—Supongo que no. —Se encoge de hombros y me lanza una sonrisa que sé que pretende ser encantadora, pero que fracasa estrepitosamente.

Siempre he odiado a los chicos que miran a las chicas como si fueran comida que está ahí para engullirla.

—Hola, Grace —saluda.

—Bueno, y ¿qué te ha parecido Alaska hasta ahora? —pregunta Cam mientras rodea con el brazo la cintura de Macy.

Ni siquiera espera a que responda antes de volverse a sentar, colocando a mi prima sobre su regazo al hacerlo. Acto seguido, entierra el rostro en el

cuello de Macy y ella suelta unas risitas y hunde los dedos en su pelo liso y castaño, aferrándose a él.

Me tomo el gesto como una señal para marcharme, ya que las cosas empiezan a ponerse bastante incómodas. Sobre todo porque James sigue mirándome como si esperara que yo también me dejara caer sobre su regazo, cosa que está claro que no pienso hacer.

—Yo, esto... voy a por otra bebida —le digo levantando mi lata prácticamente llena de Dr Pepper.

—Si quieres voy yo a por ella —se ofrece, y se dispone a ello, pero doy un gran paso atrás.

—No es necesario.

—¿Estás bien, Grace? —pregunta Macy muy seria dejándose de risitas por un momento.

—Sí, claro. Estoy bien. Sólo voy... —Una vez más, levanto el Dr Pepper —. Ahora mismo vuelvo.

Cam debe de hacerle algo supersexy, porque la risa de mi prima cambia y se torna más grave casi al mismo tiempo que pierdo toda su atención.

No espero a que James vuelva a ofrecerse o, peor, a insistir. Así que salgo disparada como un rayo. Pero nada más llegar a la mesa de las bebidas, dos manos muy grandes y muy cálidas se posan sobre mis hombros.

10

Resulta que el diablo viste de Gucci

Me quedo totalmente helada y el corazón me late a mil por hora mientras repito «Que no sea James, que no sea James, que no sea James» en mi mente como un mantra. A ver, en serio. ¿Es que no tengo suficiente ya? ¿De verdad necesito también que un capullo intente convertirme en su merienda?

Pero, antes de que me dé tiempo a pensar qué decir, el chico se inclina hacia delante y, con una voz grave y profunda, pregunta:

—¿Te llevo a caballito?

Y así, sin más, la tensión desaparece, dejando nada más que una cautelosa alegría en su lugar.

—¡Flint! —Me vuelvo y veo que me está sonriendo, y sus ojos color ámbar brillan con picardía.

—Hola, chica nueva —dice alargando las palabras—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Mucho. —Levanto mi Dr Pepper—. ¿Acaso no lo parece?

—Lo que parece es que hay alguien que no capta las indirectas, así que he pensado en echarte una mano.

Nos volvemos los dos a la vez para mirar a James, quien, por lo visto, sí que me había seguido hasta la mesa de las bebidas y ahora regresa malhumorado con Cam y Macy, que siguen pegados el uno al otro.

—Muchas gracias, de verdad.

—La gratitud no se lleva esta temporada —dice poniendo una voz muy aguda que emula con éxito la que usaría cualquier chica mala.

Tanto la voz como el ridículo gesto de la mano que hace para acompañarla consiguen que me ría con tantas ganas que casi ronco. Y es entonces cuando me doy cuenta de que la mitad de los presentes en la sala me está mirando, mientras que la otra mitad decide ignorarme a propósito. Su indiferencia sería un alivio si no supiera que lo están haciendo para demostrarme lo insignificante que soy para ellos.

Cosa que... bah.

—¿Vamos a por algo de comer? —pregunta Flint señalando con un gesto la mesa detrás de nosotros.

Antes de que pueda responder, las pesadas puertas de madera de la sala se abren de golpe. Impactan contra la pared con un estruendo que hace saltar del susto a todos los presentes antes de volverse para mirar.

Considerándolo por la parte positiva, eso significa que ya nadie me está prestando atención. Porque todos lo están mirando a él. A Jaxon. Y, la verdad, no los culpo. Entra como si fuera el amo del lugar, y de todos los que habitan en él.

Vestido todo de negro y de Gucci, con un jersey de seda con el cuello en uve, unos pantalones de lana de raya diplomática y unos relucientes zapatos de piel, con el ceño de la cicatriz fruncido y con esa mirada oscura y fría como la nieve que cubre el suelo en el exterior, no debería estar sexy en absoluto. Pero lo está. Joder si lo está.

Lo malo es que toda esa frialdad, esa oscuridad, se dirige directamente a mí. Y a Flint, cuyo brazo de alguna manera ha acabado rodeándome los hombros.

Intento apartar la vista, pero es imposible. Trato de no mirar a Jaxon a los ojos, pero hoy está tan cautivador, tan hipnótico como lo estaba anoche. Y eso que aún no ha empezado a moverse siquiera, con esa gracia lánguida, con esos hombros imponentes, esas caderas firmes y esas piernas interminables.

Es abrumador.

«Es un chico más —me recuerdo al notar que se me seca la boca—. Un chico corriente, como todos los demás.» Pero sé que es mentira: Jaxon no tiene nada de corriente. Es de todo menos ordinario, ni siquiera aquí, entre toda esta gente extraordinaria.

Flint se ríe un poco y quiero preguntarle qué tiene tanta gracia, pero entonces veo que Jaxon viene directo hacia nosotros, con una gélida mirada vacía que me provoca escalofríos. Soy incapaz de articular palabra, se me ha cerrado herméticamente la garganta. Inspiro a duras penas en un intento de relajarme un poco. No funciona, pero la verdad es que tampoco lo esperaba.

No cuando lo único que veo es el aspecto que tenía anoche, cuando chupó mi sangre en su pulgar.

No cuando lo único que oigo es su voz, grave, mordaz, furiosa, advirtiéndome que cierre la puerta.

No cuando en lo único que puedo pensar es en besar esa boca, en recorrer con la lengua el arco perfecto de su labio superior, en atrapar su labio inferior entre los dientes y mordisquearlo sólo un poquito.

No sé de dónde salen estos pensamientos, yo no soy así. Nunca he pensado en un chico de esta manera, ni siquiera en mi antiguo novio de San Diego. Ni siquiera antes de que saliéramos me paré nunca a imaginar cómo sería besarlo.

Rodearlo con los brazos.

Presionar el cuerpo con firmeza contra el suyo.

Porque casi puedo sentirlo, casi puedo saborearlo. Intento forzarme a pensar en otra cosa. En la nieve. En las clases de mañana. En mi tío, que se supone que tenía que estar aquí, pero está desaparecido en combate.

Nada funciona, porque sólo lo veo a él.

Mi piel se calienta bajo su mirada, me arden las mejillas de la vergüenza que me producen los pensamientos que revolotean por mi mente. Y por el modo en que me está mirando, como si pudiera leer cada uno de ellos.

Es imposible, lo sé. Pero la idea me aterra tanto que aparto la mirada de él y me llevo el Dr Pepper a la boca, esforzándome por parecer despreocupada.

Por desgracia, la bebida carbonatada se me va por donde no toca y me atraganto.

Mis maltrechos pulmones se sublevan mientras me tapo la boca y toso con fuerza, con los ojos llenos de lágrimas y un tremendo sentimiento de humillación en el estómago. Me miento diciéndome que no me está mirando, que Flint no me está dando palmadas en la espalda, que no siento el peso de todas esas miradas frías mientras mis nuevos compañeros observan cómo intento que me llegue el aire a los pulmones, que se niegan a cooperar.

Tengo que librarme de la demasiado entusiasta ayuda de Flint, de la amenaza de Jaxon, de todas las miradas. Al menos, si encuentro el aseo más cercano, podré morir en paz.

Me pongo en marcha. Me parece haber visto un cuarto de baño en el pasillo un par de puertas más adelante, pero apenas he dado unos pocos pasos cuando Jaxon aparece a mi lado. No me saluda. Ni siquiera me mira al pasar. Pero, como ayer en las escaleras, nuestros hombros se rozan.

Mi ataque de tos desaparece tan rápido como ha empezado y el aire fresco inunda mis pulmones.

Si no supiera que es imposible, pensaría que él ha tenido algo que ver. No sólo con la tos, sino también con el ahogo.

Pero no puede ser. ¿Cómo va a ser? Es absurdo pensarlo.

Eso no evita que me dé la vuelta para verlo alejarse, aunque es lo peor que podría haber hecho, por mi salud mental y por mi reputación, a juzgar por el pitorreo y las risas que oigo detrás de mí.

Él no se vuelve. De hecho, no mira a nadie mientras recorre los extremos de la mesa de bufé, inspeccionando lo que contiene. Apenas levanta la vista cuando por fin coge una fresa grande y perfecta de un cuenco.

Espero que se la meta en la boca de inmediato, pero no lo hace.

En su lugar, se dirige al centro de la sala, hacia el enorme sillón orejero de terciopelo rojo con varios sillones dispuestos formando un semicírculo delante de él. Una vez allí, se deja caer con las piernas separadas y dice algo a los cinco chicos, todos oscuros, todos guapos, todos imponentes, que están sentados en los otros sillones.

Es la primera vez que veo a alguien sentado ahí.

Ahora casi todos los presentes observan a Jaxon e intentan captar su atención, pero él pasa de todo el mundo y estudia de forma deliberada la fresa que sostiene entre el índice y el pulgar.

Por fin, levanta la vista y me mira directamente a mí. Entonces se lleva la fresa a los labios y la muerde justo por la mitad.

No me cabe ninguna duda de que se trata de una advertencia, y bastante violenta, ya que una gota de zumo rojo se mantiene durante un segundo en su labio inferior.

Sé que debería quedarme, que debería enfrentarme a él. Pero cuando saca la lengua y se relame el jugo de la fresa como diciendo «Que os den» a Flint, a mí y a todos los demás, hago lo único que puedo hacer; me vuelvo hacia Flint y le espeto:

—Lo siento, tengo que irme.

Y me dirijo hacia la puerta lo más rápido que puedo sin parecer aún más patética y desesperada por alejarme antes de romperme en mil pedazos bajo el peso del evidente desprecio de Jaxon.

Porque una cosa está clara: ese espectáculo estaba pensado para subrayar lo insignificante que soy para cada una de las personas de ese salón. Ojalá supiera por qué...

11

En la biblioteca
nadie oirá tus gritos

Una vez fuera del salón, empiezo a correr desesperada por poner el mayor espacio posible entre Jaxon y yo. No tengo ni idea de hacia dónde estoy corriendo y tampoco creo que importe. No cuando no sé dónde está nada en este lugar.

Doblo a la izquierda al final del pasillo actuando por puro instinto, en mi absoluta desesperación por estar en cualquier parte menos en esa fiesta.

No sé qué he hecho para cabrear tanto a Jaxon, no tengo ni idea de por qué se comporta de esa manera tan íntima y tan fría conmigo. Me he topado con él en cuatro ocasiones desde que llegué a este infierno helado, y la experiencia ha sido diferente cada vez. La primera vez fue un capullo; la segunda, inexpresivo; la tercera, intenso; y la cuarta, furioso. Su estado de ánimo cambia más rápido que el *feed* de Instagram de mi mejor amiga.

Llego a otro extremo y, esta vez, giro a la derecha. Unos segundos más tarde me encuentro con una escalera, aunque ésta es sencilla y no tiene nada que ver con la principal, majestuosa y repleta de ornamentos. Subo un tramo, y otro, y otro, hasta que llego al segundo piso. Una vez ahí, voy de nuevo a la derecha, y no me detengo hasta que se acaba el pasillo.

También me quedo sin aliento y me siento un poco mareada por el mal de altura, que no parece disminuir. Me detengo un minuto y me permito respirar. Al hacerlo, la vergüenza por fin remite lo suficiente como para que mi pensamiento racional vuelva a tomar el control.

De repente, me siento como una auténtica gilipollas por reaccionar así y por haber huido de Jaxon y de su atemorizante acto de morder una fresa mientras me miraba.

En el fondo, sé que Jaxon es más que eso. Lo veo en su rostro, en la indolencia de su lenguaje corporal, en el evidente «Que te den» en sus ojos al mirarme. Y, aun así, haber huido de ese modo ahora me parece absurdo. No tanto como para hacerme volver a esa fiesta horriblemente incómoda, pero sí lo bastante como para sentir vergüenza de mis actos.

Mientras me recompongo e intento decidir qué voy a hacer (volver a mi habitación, tomarme otro ibuprofeno y dormir un poco lidera la lista de opciones), me doy cuenta de que estoy delante de la puerta de la biblioteca. Y, puesto que nunca he estado en una biblioteca que no me haya gustado, no puedo resistirme a abrir la puerta y entrar.

En cuanto lo hago, la sensación es extraña. El temor se me acumula en el estómago, y todo dentro de mí me indica que dé media vuelta y regrese por donde he venido. Es la impresión más rara que he tenido en mi vida y, por un segundo, me planteo seguir mi instinto y marcharme. Pero ya he huido suficiente por hoy, así que paso por alto la presión que siento en los pulmones y el incómodo revoltijo en el estómago, y sigo caminando hacia delante hasta que me encuentro delante de la mesa del bibliotecario.

Una vez ahí, me tomo unos minutos para admirar la biblioteca. En apenas un segundo, el temor desaparece por completo, reemplazado por una absoluta fascinación. Quien sea que gestiona esta biblioteca es mi clase de persona. Por una parte está la cantidad ingente de libros que contiene: habrá por lo menos decenas de miles ordenados en los numerosos estantes. Pero hay muchas más cosas.

En lo alto de algunas estanterías aleatorias hay posadas unas gárgolas que miran hacia abajo como si estuviesen protegiendo los libros. Unas pocas decenas de relucientes cristales, entrelazados con unas cintas brillantes, penden del techo en lo que parecen ser intervalos espaciados de forma aleatoria. Todos los espacios abiertos de la sala se han convertido en zonas de estudio, repletas de pufs y mullidos sillones, e incluso unos cuantos sofás de piel gastada allí donde hay hueco.

Pero el punto fuerte, lo que más hace que me muera por conocer al bibliotecario, son las pegatinas que hay por todas partes. En las paredes, en las estanterías, en las mesas, en las sillas y en los ordenadores. En todas partes. Pegatinas grandes, pequeñas, divertidas, alentadoras, de marcas, de emojis, sarcásticas... La lista es interminable, y una parte de mí quiere recorrer la biblioteca entera hasta haber leído o visto cada una de ellas.

Pero hay demasiadas para una sola excursión, demasiadas para una docena de excursiones, la verdad, así que decido empezar ésta por las pegatinas que me encuentro siguiendo las gárgolas.

Porque, después de ver el resto de la biblioteca, no creo ni por un instante que las estatuas estén colocadas al azar. Lo que significa que necesito saber con desesperación lo que el bibliotecario está dispuesto a enseñarme.

La primera gárgola, un ser despiadado con alas de murciélago y boca feroz, vigila un estante de novelas de terror. La estantería en sí está decorada con pegatinas de los Cazafantasmas, y no puedo evitar echarme a reír mientras sigo los lomos de autores como John Webster, Mary Shelley, Edgar Allan Poe o Joe Hill. El hecho de que haya un homenaje especial a Victor Hugo sólo mejora las cosas, sobre todo por lo irónico de colocar tres copias de *El jorobado de Notre Dame* justo en la línea de visión de la gárgola.

La segunda gárgola, una bestia acuclillada sobre sus patas traseras encima de una pila de cráneos, preside una estantería repleta de libros de

texto de anatomía humana.

La tercera se encuentra en la estantería del género fantástico, llena de libros deliciosamente encuadernados sobre dragones y brujas. Ésta tiene unas alas fabulosas y unas enormes garras alrededor del libro en miniatura que está leyendo. A diferencia de las otras, ambas con gesto feroz, ésta parece traviesa, como si supiera que se meterá en problemas por estar despierta cuando tendría que estar durmiendo, pero está tan enganchada a la historia que no puede dejar de leerla.

Decido al instante que es mi favorita y cojo un libro de su estante para leerlo esta noche si no puedo dormir. Casi me echo a reír en alto al pasar los dedos por los bordes de una pegatina que dice: «No soy ninguna damisela en apuros; soy un dragón disfrazado».

Continúo avanzando de estatua en estatua; desde un pequeño estante sobre arquitectura gótica hasta una estantería completa dedicada a historias de miedo. Este lugar es interminable y, cuanto más tiempo paso aquí, más convencida estoy de que el bibliotecario tiene que ser la persona más genial del mundo, y de que tiene un gusto fantástico para la literatura.

Llego hasta el final de la fila y doblo la esquina en la última estantería buscando la última gárgola; la encuentro señalando directamente hacia una puerta entreabierta. En ella, hay un cartel enorme que dice que los estudiantes deben tener permiso para entrar en ese espacio, y eso, claro está, aviva mi curiosidad. Sobre todo porque la luz está encendida y dentro suena una música algo extraña.

Aguzo el oído por si la conozco, pero, cuando me acerco, percibo que no es música, sino una especie de cántico en un idioma que no reconozco y que, desde luego, no entiendo. Mi curiosidad se transforma en emoción al instante.

En mis investigaciones sobre Alaska antes de venir, me enteré de que los nativos del estado hablan veinte idiomas diferentes, y me pregunto si será eso lo que estoy oyendo. Espero que sí, pues estaba deseando tener la

oportunidad de escuchar al menos uno de ellos, y más teniendo en cuenta que muchos están desapareciendo, incluidos un par con menos de cuatro mil hablantes en todo el mundo. El hecho de que estas lenguas nativas se estén extinguiendo es una de las cosas más tristes que he oído jamás.

Tal vez si tengo suerte pueda matar dos pájaros de un tiro: conocer a la bibliotecaria y aprender una lección de ella (porque la voz pertenece sin duda a una mujer) en alguna de las lenguas nativas. Cualquiera de las dos opciones me parece infinitamente mejor que quedarme en una supuesta fiesta de bienvenida donde todo el mundo me mira mal.

Pero, cuando atravieso la entrada dispuesta a presentarme, veo que la responsable del cántico no es la bibliotecaria, sino una chica más o menos de mi edad, con el pelo largo, oscuro y sedoso, y uno de los rostros más bellos que he visto en la vida. Puede que el más bello.

Tiene un libro abierto y está leyendo de él, lo que explica el cántico que he oído. Quiero preguntarle qué idioma es, ya que no distingo la portada, pero al ver el modo en que levanta la cabeza de golpe cuando atravieso el umbral las palabras se me secan en la garganta.

Quienquiera que sea parece muy cabreada, con las mejillas encendidas y la boca abierta del todo profiriendo los extraños sonidos de aquel idioma desconocido. Se detiene a media palabra, con una horrible expresión de furia en sus feroces ojos negros.

12

Todo es juego y diversión hasta que alguien pierde la vida

Intento encontrar la manera de disculparme o, al menos, una excusa, pero antes de dar con una, la ira de sus ojos desaparece. De hecho, se disipa con tanta rapidez que empiezo a pensar que me lo he imaginado todo. Sobre todo al comprobar que esa furia, o lo que fuera, se transforma en una afable bienvenida cuando viene hacia mí.

—Tú debes de ser Grace —dice con un ligero acento inglés cuando se detiene a unos treinta centímetros de mí—. Estaba deseando conocerte. —Me ofrece la mano y se la estrecho perpleja—. Soy Lia —continúa—, y tengo la sensación de que vamos a ser muy buenas amigas.

No es el recibimiento más raro que he tenido; ese honor le pertenece todavía a Brant Hayward, cuya versión del «Me alegro de conocerte» era limpiarse los mocos en mi vestido del primer día de clase cuando ambos íbamos todavía a la guardería, pero puede que sea el segundo. Aun así, hay algo contagioso en su sonrisa que me hace sonreírle también.

—Sí, soy Grace —confirmo—. Es un placer conocerte.

—Ay, no seas tan formal —me dice, y me vuelve suavemente para salir del cuarto sin darme tiempo a mencionar que quiero echar un vistazo.

Segundos después, apaga las luces y cierra la puerta, todo de la manera más eficiente posible.

—¿Qué idioma estabas hablando? ¿Era uno nativo de Alaska? Era precioso —digo mientras nos dirigimos al centro de la biblioteca.

—Ah, no. —Se ríe, un sonido despreocupado y tintineante que encaja a la perfección con el resto de su persona—. Es un idioma que he descubierto investigando. Nunca lo he oído pronunciar, así que ni siquiera sé si lo estoy haciendo correctamente.

—Pues sonaba de maravilla. ¿En qué clase de libro estaba?

Ahora desearía más que nunca haberle echado un vistazo a la cubierta.

—En uno aburrido —responde meneando la mano como quitándole importancia—. Este proyecto de investigación va a acabar conmigo. Bueno, venga, vamos a tomarnos un té y me lo cuentas todo sobre ti. Tendremos tiempo de sobra para hablar sobre las clases, casi vivimos en ellas.

Decido no mencionarle que comenzar las nuevas clases es básicamente lo único que me hacía ilusión de mudarme a Alaska. A ver, es que los centros públicos no ofrecen «La Caza de Brujas en el Mundo Atlántico» como parte de los créditos de Historia. Además, lo del té suena genial, sobre todo teniendo en cuenta lo que me acaba de pasar al intentar beberme la lata de Dr Pepper. Y también lo de hacer una nueva amiga en este lugar donde todo el mundo me mira como si tuviera tres cabezas... o como si no fuera nadie.

—¿Seguro que no estás ocupada? No pretendía interrumpir. Sólo quería explorar la biblioteca un poquito. Me encanta lo de las gárgolas, muy gótico.

—¿A que sí? La señorita Royce es así de estupenda.

—No me lo digas. ¿Camisas de franela y un rollito *hipster*?

—Se podría pensar que sí, pero en realidad es más el tipo de mujer que viste falda hippie y lleva coronas de flores.

—Ahora sí que estoy deseando conocerla.

Estamos en el lado opuesto al que he entrado de la biblioteca y atravesamos una zona para sentarse con un montón de sofás negros, salpicados de cojines morados con diferentes citas de películas de terror clásicas. Mi favorita es la famosa frase de Norman Bates en *Psicosis*: «Todos nos volvemos locos alguna vez». Aunque también me gusta la que está al lado: «Ten miedo. Ten mucho miedo».

—A la señorita Royce le encanta Halloween —dice Lia terminando en una carcajada—. Me parece que todavía no ha recogido toda la decoración.

Ah, vale. Halloween fue hace tres días. Estaba tan centrada en otras cosas que se me había olvidado por completo, incluso a pesar de que Heather se había pasado meses confeccionando su disfraz.

Dejo el libro que había cogido antes sobre la mesa más cercana; ya volveré a por él cuando esté la bibliotecaria. Lia abre la puerta principal y me indica que salga. Espero mientras apaga las luces y cierra la puerta con llave.

—La biblioteca suele estar cerrada los domingos por la noche, pero estoy haciendo un estudio independiente este semestre, así que la señorita Royce me deja trabajar aquí hasta tarde a veces.

—Lo siento, no sabía...

—No tienes por qué disculparte, Grace. —Me mira con exasperación—. ¿Cómo ibas a saberlo? Sólo te estoy explicando por qué lo dejo todo apagado y cerrado.

—Claro —respondo.

Me sorprende lo amable que está siendo. Empieza a avanzar por el pasillo.

—Viendo que no estás en la fiesta que te ha organizado Macy, deduzco que tu primer día en nuestro ilustre instituto no ha ido tan bien como tu prima esperaba.

Ha dado en el clavo, pero no voy a admitirlo, porque eso dejaría mal a Macy. Además, mi prima no es el problema. El problema es todo lo demás.

—La fiesta estaba bien. Pero ha sido un día muy largo. Necesitaba descansar unos minutos.

—Normal. A menos que vengas de Vancouver o algún sitio así, los primeros días aquí nunca son fáciles.

—Claro, y desde luego no vengo de Vancouver.

Empiezo a tiritar cuando una inesperada ráfaga de viento atraviesa el pasillo. Echo un vistazo a mi alrededor para ver de dónde puede venir, pero me distraigo cuando Lia enarca las cejas y dice:

—Alaska está muy lejos de California.

—¿Cómo sabes que soy de California?

A lo mejor por eso me miraba todo el mundo, se me debe de notar de alguna manera que no soy de aquí.

—Foster lo mencionaría cuando nos informó de que ibas a venir —responde—. Y he de decir que San Diego es probablemente el peor sitio desde el que mudarse aquí.

—Es el peor sitio desde el que mudarse a cualquier lugar —coincido—. Y sobre todo aquí.

—Seguro que sí. —Me mira de arriba abajo y sonríe—. ¿No te estás congelando con ese vestido?

—¿Estás de coña? Llevo congelándome desde que aterricé en Anchorage. Da igual lo que lleve puesto, ya tenía frío antes de que Macy me convenciera para que me pusiera esto.

—Entonces será mejor que vayamos ya a por ese té. —Señala hacia la escalera que acaba de aparecer ante nuestros ojos—. Mi habitación está en el cuarto piso, si te parece bien.

—¡Anda! La nuestra también. La mía y de Macy, quiero decir.

—Genial.

Lia sigue hablando mientras nos dirigimos a la escalera y señala diferentes espacios que cree que debo conocer: el laboratorio de Química, la sala de estudios, la tienda de *snacks*. Una parte de mí quiere sacar el móvil

y tomar notas o, mejor aún, dibujar un plano, ya que soy una negada con las direcciones. A lo mejor si consigo entender algo tan sencillo como la distribución del castillo, lo demás empezará a encajar también. Y así podré volver a sentirme segura de nuevo, algo que hace mucho tiempo que no ocurre.

Por fin llegamos a la habitación de Lia. Ella está en la que, imagino, es el ala oeste, a juzgar por su ubicación en relación con la mía. Me sorprende un poco cuando se detiene justo delante de la única puerta del pasillo, o puede que de toda la planta, que no tiene ningún elemento decorativo. Y se me debe de notar, porque dice:

—Ha sido un año complicado. No tenía muchas ganas de decorar cuando volví aquí.

—Lo siento. Lo del año complicado, no lo de la decoración.

—Te he entendido. —Sonríe con tristeza—. Mi novio murió hace unos meses, y todo el mundo cree que debería haberlo superado ya. Pero llevábamos juntos mucho tiempo. No es fácil dejarlo ir. Seguro que me entiendes.

Ha pasado un mes desde que mis padres murieron, y todavía estoy en shock la mitad del tiempo.

—No lo es, no.

A veces me despierto por la mañana y durante un minuto, sólo un minuto, olvido por qué me siento tan abatida.

Olvido que ya no están y que jamás volveré a verlos.

Olvido que estoy sola.

Y entonces me viene todo a la mente de nuevo y vuelve el dolor.

Subirme en aquel primer avión ayer por la mañana fue lo más difícil que he hecho en la vida, aparte de identificarlos, y creo que fue porque hacía que fuera un poco más consciente todavía de que habían muerto.

Lia y yo nos quedamos ahí de pie en medio de su habitación un instante: dos personas que aparentan estar bien por fuera, pero que están destrozadas

por dentro. No hablamos. No decimos nada en absoluto. Sólo permanecemos ahí y absorbemos el hecho de que otra persona sufre tanto como nosotras.

Es una sensación extraña. Y curiosamente reconfortante.

Al final Lia se dirige a una mesa donde hay un hervidor de agua enchufado. Lo llena con un poco de agua de la jarra que también está sobre la mesa y lo conecta. A continuación, abre un tarro que parece contener una mezcla de hierbas y llena con ellas un par de coladores de té.

—¿Te ayudo con algo? —pregunto, aunque parece tenerlo todo bajo control.

Es agradable verla realizar el ritual del té con esas hojas. Me recuerda a mi madre y a todas las horas que pasábamos en la cocina preparando distintas mezclas.

—No, tranquila. —Me indica con un gesto la segunda cama de la habitación, que tiene preparada como una especie de sofá cama de día con una manta y un puñado de cojines decorativos de distintos colores—. Siéntate.

Lo hago. Ojalá llevase puestas unas mallas o unos *leggings* en vez de este vestido para poder sentarme como una persona normal. Lia no dice mucho mientras prepara el té, y yo tampoco. Cuesta saber hacia dónde dirigir la conversación ahora que ya hemos tratado todos los temas, desde las lenguas en extinción hasta la muerte de nuestros seres queridos.

El silencio se alarga y empiezo a sentirme incómoda. Pero, por suerte, el hervidor no tarda mucho, y entonces Lia coloca una taza de té delante de mí.

—Es mi propia mezcla especial —dice mientras se lleva su taza a la boca y sopla suavemente—. Espero que te guste.

—Seguro que está buenísimo.

Envuelvo la taza con las manos y casi me estremezco de alivio al sentir el calor en los dedos. Aunque estuviera horrible, merece la pena sólo por

dejar de tener frío.

—Las tazas son preciosas —digo después de beber un sorbo—. ¿Son japonesas?

—Sí —contesta Lia sonriendo—. De mi tienda favorita de Tokio. Mi madre me envía un juego nuevo todos los semestres. Me ayuda a superar la nostalgia.

—Eso es genial.

Pienso en mi madre y en cómo todas las Navidades me regalaba una taza nueva para el té. Parece que Lia y yo tenemos muchas cosas en común.

—Bueno, ¿cómo ha ido la fiesta? Imagino que no muy bien, teniendo en cuenta que has acabado en la biblioteca; pero ¿has llegado a conocer a alguien al menos?

—Sí. Parecían bastante majos.

Se echa a reír.

—Mientes fatal.

—Ya, bueno, he pensado que sería de buena educación intentarlo. —Bebo otro sorbo de té, que tiene un sabor a flores tan intenso que no sé si me acaba de gustar, pero está caliente, y eso basta para que beba otro trago —. Aunque ya me lo han dicho antes, lo de que miento fatal.

—Deberías trabajar en ello. En Katmere saber mentir es de primero de Supervivencia.

Ahora es mi turno de echarme a reír.

—Supongo que tengo un problema, entonces.

—Así es.

Esta vez sus palabras carecen de humor, y entonces me doy cuenta de que tampoco lo había en su frase inicial.

—Oye —digo extrañamente desconcertada al analizar lo que ha dicho—. ¿Por qué es tan importante saber mentir? ¿Sobre qué tenéis que hacerlo?

Entonces Lia me mira a los ojos y responde:

—Sobre todo.

13

Muérdeme sin más

Me quedo sin saber qué responder a eso. A ver, ¿qué se supone que tengo que decir? ¿Qué se supone que tengo que pensar?

—No te escandalices tanto —me dice al cabo de unos segundos de silencio incómodo—. Era una broma, Grace.

—Ah, vale. —Me río con ella, porque ¿qué otra cosa puedo hacer? Aun así, no sé qué pensar. Tal vez sea por lo seria que estaba cuando me ha dicho que miente sobre todo. O quizá porque no puedo evitar preguntarme si ésa era la verdad y esto es la mentira... Sea como fuere, poco puedo hacer aparte de encogerme de hombros y decir—: Suponía que me estabas tomando el pelo.

—Claro, mujer. Deberías haberte visto la cara.

—Puedo imaginarla —respondo entre risas. No dice nada durante unos segundos, y yo tampoco, hasta que el silencio empieza a volverse incómodo otra vez. A modo de autodefensa, digo al fin—: ¿Qué idioma estabas leyendo antes? Sonaba muy guay.

Lia me mira durante un instante, como si se estuviese planteando si quiere contestarme o no. Al final, lo hace:

—Acadio. Es el idioma que evolucionó del antiguo sumerio.

—¿En serio? ¿Qué tiene, tres mil años de antigüedad?

Parece sorprendida.

—Algo así, sí.

—Es increíble. Siempre he admirado a los lingüistas y antropólogos que se dedican a eso, ¿sabes? Una cosa es descifrar lo que significa cada letra y las palabras que componen —digo, y sacudo la cabeza con fascinación—, pero ¿saber cómo se pronuncian? Es alucinante.

—¿A que sí? —Sus ojos brillan de emoción—. La base de los idiomas es algo tan...

Mi móvil empieza a vibrar al recibir varios mensajes de texto seguidos y la interrumpe. Lo saco. Imagino que Macy se habrá cansado de esperar a que vuelva. Cómo no, la pantalla está repleta de mensajes de mi prima, a cuál más histérico que el anterior. Parece que lleva un rato escribiéndome, pero tenía el sonido desactivado.

Oye, ¿dónde te has metido?

Estoy esperando a que vuelvas.

Oye, ¿¿¿dónde estás???

Voy a buscarte.

¿¿¿Estás bien???

¡¡¡Respóndeme!!!

¿Qué te pasa?

¿¿¿Te. Encuentras. Bien???

Le respondo un rápido:

Estoy bien.

Mi móvil empieza a sonar de nuevo. Miro el mensaje en mayúsculas de mi prima:

¿DÓNDE ESTÁS?

Soy consciente de que será mejor que me reúna con ella antes de que se ponga más nerviosa.

—Lo siento, Lia, pero tengo que irme. Macy se está asustando.

—¿Por qué? ¿Porque te has ido de la fiesta? Lo superará.

—Ya, pero creo que está preocupada de verdad.

No le cuento lo que me pasó con esos chicos la madrugada anterior, ni le digo que probablemente ése sea el motivo por el que mi prima está tan preocupada al no encontrarme. En vez de eso, me centro en el móvil y, antes de levantarme, le respondo:

En la habitación de Lia.

—Gracias por el té.

—Quédate al menos un par de minutos más y acábatelo. —Parece medio divertida, medio decepcionada, y continúa—: No querrás que tu prima crea que puede mangonearte, ¿verdad?

Llevo mi taza hasta la pila del cuarto de baño.

—No me está mangoneando. Creo que teme que esté disgustada o algo. —Parece más fácil darle esa explicación que contarle toda la experiencia con Marc y Quinn—. Además, la conozco, y sé que estará viniendo hacia aquí.

—Seguro que sí. Macy suele ponerse histérica con facilidad.

—Yo no he dicho eso...

Un golpe en la puerta me interrumpe. Lia me sonríe a modo de «Te lo dije».

—No te molestes en fregar la taza —dice quitándomela de las manos—. Ve y demuéstrale a tu prima que no estás hecha un mar de lágrimas y que no te he asesinado.

—No creo que piense eso. Sólo está preocupada por mí.

Aun así, me dirijo a la puerta y la abro para encontrarme, como imaginaba, con mi prima al otro lado.

—Aquí estoy —le digo sonriendo.

—¡Uf! ¡Menos mal! —Me abraza con fuerza—. Creía que te había pasado algo.

—¿Qué me iba a pasar si casi todo el mundo está en la fiesta? Sólo he ido a dar una vuelta —intento bromear.

—No sé. —De repente parece dudar—. Un montón de cosas...

—Creo que a Macy le preocupaba que hubieses salido fuera —interviene Lia—. Si hubieses salido con ese vestido a estas alturas estarías muerta.

—¡Sí! ¡Exacto! —Macy parece aferrarse a esa excusa—. No quería que murieras congelada antes de terminar tu primer día en Alaska.

Es una respuesta extraña, y más si tenemos en cuenta lo que me pasó anoche y que me aterrorizaba la idea de que me lanzasen al exterior justo por ese motivo. Pero éste no es el momento de entrar en todo eso, así que me vuelvo hacia Lia y le digo:

—Gracias por todo.

—Un placer. —Me sonríe—. Pásate algún día. Nos haremos la manicura o la pedicura o lo que sea.

—Suena genial. Y me encantaría que me hablases más sobre tu investigación.

—¿Manicuras y pedicuras? —repite Macy sorprendida—. ¿Investigación?

Lia pone los ojos en blanco.

—Evidentemente, tú también estás invitada.

Y entonces nos cierra la puerta en las narices. Cosa que me resulta extraña teniendo en cuenta lo simpática que ha sido toda la noche. Aunque, bien pensado, desde el instante en que Macy ha aparecido, Lia se ha vuelto

más cortante. Tal vez ese cambio repentino tenga más que ver con mi prima que conmigo. Macy suspira.

—No me puedo creer que Lia Tanaka te haya invitado a hacerte la manicura y la pedicura con ella. Y después de haberte invitado a su habitación.

No parece celosa, sólo confundida. Como si fuera lo más raro del mundo que Lia y yo tuviéramos algo en común.

—No es para tanto. Parece bastante maja.

—*Maja* no es el adjetivo que yo usaría para describirla —responde Macy cuando empezamos a alejarnos por el pasillo—. Es la chica más popular del instituto y por lo general suele esforzarse bastante por recordárselo a la gente. Aunque últimamente se ha estado recluyendo mucho.

—Sí, bueno, supongo que es normal, después de haber perdido a su novio.

Macy abre los ojos como platos.

—¿Te ha hablado de eso?

—Sí. —De repente se me pasa un pensamiento desagradable por la cabeza—. ¿Acaso es un secreto?

—No. Es sólo que... tengo entendido que no habla sobre Hudson.

Detecto algo extraño en su voz al decir esto y, de pronto, mira hacia todas partes menos a mí. Estoy segura de que es porque se siente incómoda y no porque el tapiz milenario que habrá visto un millón de veces ya le parezca más interesante que nuestra conversación. Ojalá supiera por qué.

—Bueno, no es algo tan raro, ¿no? —respondo—. En realidad no me ha hablado sobre él. Sólo me ha dicho que murió.

—Sí. Hace casi un año. Su muerte conmocionó a todo el instituto.

Sigue sin mirarme y su actitud me parece cada vez más extraña.

—¿Estudiaba aquí?

—Sí, pero se había graduado el año anterior a su muerte. Aun así, nos afectó mucho a todos.

—Me lo puedo imaginar.

Quiero preguntar qué pasó, pero se la ve tan incómoda que no me parece apropiado, así que lo dejo estar.

Caminamos en silencio durante un par de minutos, dando al tema tiempo para desvanecerse. Después Macy vuelve a su estado natural y pregunta:

—¿Tienes hambre? No has comido nada en la fiesta.

Iba a responder que sí, ya que no he comido nada más que el cuenco de Frosties que Macy me ha puesto esta mañana de su despensa, pero el mal de altura debe de haber vuelto, porque ha sido mencionar la comida y empezar a revolvérseme el estómago.

—Macy, creo que me voy a ir a la cama. No me encuentro muy bien.

De nuevo mi prima parece preocupada.

—Si mañana por la mañana sigues sin encontrarte bien, será mejor que vayamos a ver a la enfermera. Ya llevas aquí más de veinticuatro horas. Deberías empezar a acostumbrarte a la altura.

—Cuando lo busqué en Google, decía que dura entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas. Si no me encuentro mejor mañana después de las clases, iré, ¿de acuerdo?

—Si no te encuentras mejor después de las clases estoy convencida de que mi padre te arrastrará hasta allí él mismo. Ha estado muy preocupado por ti desde que le pediste que te dejara quedarte en San Diego hasta que terminase el trimestre.

Se hace otro silencio incómodo y, la verdad, ahora mismo no puedo con esto. Así que es mi turno de cambiar de tema y digo:

—No me puedo creer lo cansada que estoy. ¿Qué hora es?

Macy se ríe.

—Las ocho en punto, fiestera.

—Ya seré fiestera la semana que viene. Cuando por fin haya podido dormir... y se me haya pasado esta horrible angustia.

Me llevo la mano al estómago y las náuseas de antes vuelven con ganas.

—Soy una idiota —dice Macy y pone los ojos en blanco—. ¿Cómo se me ocurre prepararte una fiesta en tu segundo día aquí? Lo siento un montón.

—No eres idiota. Sólo pretendías ayudarme a conocer a la gente.

—Sólo quería presumir de mi fabulosa prima mayor.

—Pero si sólo te llevo un año.

—Pero eres mayor, ¿no? —Me sonríe—. En fin, quería presumir de ti y ayudarte a integrarte. No pensé en que igual necesitarías un par de días para poder respirar.

Llegamos a nuestra habitación, y Macy abre la puerta con un ademán ostentoso de nuevo. Unos segundos después de haber atravesado la puerta, mi estómago se rebela. Llego justo a tiempo al baño para vomitar una horrible mezcla de té y Dr Pepper.

Parece que Alaska está intentando matarme, después de todo.

14

Llamando a la puerta de la muerte

Me paso los siguientes quince minutos intentando vomitar el contenido de mi estómago y esperando a que, si este lugar dejado de la mano de Dios está tratando de matarme, lo haga de una vez. Cuando por fin cesan las náuseas, una media hora más tarde, estoy agotada y me vuelve a doler intensamente la cabeza.

—¿Voy a por la enfermera? —pregunta Macy, que camina detrás de mí con los brazos extendidos para atraparme si me caigo de camino a la cama —. Creo que debería ir a buscarla.

Refunfuño mientras me meto debajo de mis fantásticas sábanas.

—Esperemos un poco más.

—No creo que...

—Es mi privilegio de prima mayor —le digo con una sonrisa que no siento en absoluto, y me acurruco en la almohada—. Si mañana por la mañana no estoy mejor, llamaremos a la enfermera.

—¿Estás segura? —Macy cambia el peso de un pie al otro como si no supiera qué hacer.

—Ya he recibido suficiente atención desde que llegué a este instituto. Sí. Estoy segura.

Mi negativa no le complace lo más mínimo, pero al final asiente.

Me duermo y me despierto constantemente mientras mi prima se lava la cara y se pone el pijama. Justo cuando apaga las luces y se mete en la cama, me invade otra ola de náuseas. Me aguanto, intentando pasar por alto lo mucho que me gustaría que mi madre estuviera aquí para cuidarme un poco, y por fin entro en un sueño intermitente del que no despierto hasta que suena el despertador a las seis y media de la mañana siguiente. La alarma cesa de pronto cuando alguien golpea el botón de repetición.

Me despierto desorientada tratando de recordar dónde me encuentro y de quién es ese horrible despertador que me ha sonado en el oído. Entonces me viene todo a la mente. Tras una excursión más al baño sobre las tres para echar las tripas, las náuseas cesaron, afortunadamente. Y ahora me siento bastante bien: la cabeza ya no me da vueltas y, aunque tengo la garganta seca, tampoco me duele.

Uf. Parece que internet tenía razón con respecto a lo de las veinticuatro a cuarenta y ocho horas de aclimatación. Estoy como nueva.

Al menos hasta que me incorporo y veo que el resto de mi cuerpo es otro cantar. Me duelen casi todos los músculos, como si acabase de escalar el Denali después de correr un maratón. Estoy convencida de que es sólo deshidratación combinada con lo tensa que estaba ayer, pero, sea como fuere, no tengo ganas de levantarme. Y mucho menos de tener que estar poniendo buena cara en mi primer día de clase.

Vuelvo a tumbarme y me cubro la cabeza con las sábanas intentando decidir qué quiero hacer. Sigo ahí tumbada diez minutos después, cuando Macy se despierta gruñendo.

Lo primero que hace es golpear el despertador hasta que deja de sonar de nuevo, algo que agradezco profundamente pues ha escogido el sonido más chirriante y molesto jamás creado para despertarse, pero tarda apenas un segundo en salir de la cama y venir hacia mí.

—Grace —susurra con voz suave, como si quisiera comprobar mi estado, pero sin despertarme al mismo tiempo.

—Estoy bien —la tranquilizo—. Pero me duele todo.

—Uf. Estarás deshidratada.

Se dirige a la nevera del rincón de la habitación y saca una jarra de agua. Sirve dos vasos, me pasa uno y vuelve a su cama. Se pasa un minuto escribiendo un mensaje de texto, imagino que a Cam. Después deja a un lado el móvil y me mira.

—Yo tengo que ir a clase hoy, tengo tres exámenes, pero volveré cuando pueda para ver cómo estás.

Me encanta que dé por hecho que no voy a ir a clase, así que no se lo discuto. Aunque le digo:

—No es necesario que cambies tu rutina para venir a verme. Me encuentro mucho mejor.

—Bien, entonces puedes considerar esto un día de adaptación, del tipo «¡Joder, acabo de mudarme a Alaska!».

—¿Hay un día de adaptación para eso? —bromeo, y me muevo un poco para incorporarme, con la espalda pegada a la pared.

Macy resopla.

—Hay meses enteros de adaptación para eso. Alaska no es fácil.

Ahora es mi turno de resoplar.

—Y que lo digas. Llevo aquí menos de cuarenta y ocho horas y ya he llegado a esa conclusión.

—Pero eso es sólo porque te dan miedo los lobos —bromea.

—Y los osos —admito sin una pizca de vergüenza—. Como a cualquiera en su sano juicio.

—No te lo discuto. —Sonríe—. Tómate el día para ti y haz lo que te apetezca. Lee un libro, ve algo de telebasura, cómete mi alijo de guarrerías si tu estómago te lo permite. Papá les dirá a los profesores que empezarás mañana en vez de hoy.

Ni siquiera había pensado en el tío Finn.

—¿Le parecerá bien a tu padre que me salte las clases?

—Lo ha sugerido él.

—¿Cómo sabe...? —Alguien llama a la puerta y dejo la frase a medias —. ¿Quién...?

—Mi padre —responde Macy mientras atraviesa la habitación y abre la puerta con un ademán ostentoso—. ¿Quién sino?

Pero no es el tío Finn. Es Flint, que nos mira a Macy, vestida aún con su minúsculo camisón, y a mí, que todavía llevo puesto el vestido de anoche y tengo toda la cara manchada de maquillaje, y empieza a reírse como un idiota.

—¡Qué guapas! —silba bajito—. Supongo que decidisteis alargar un poco la fiesta, ¿eh?

—No quieras saberlo —bromea Macy, y se va directa al baño y a la intimidad que ofrece.

Yo ni me molesto en contestar, sólo le saco la lengua. Él se ríe y arquea las cejas a modo de respuesta.

—Me gustaría saberlo —me dice mientras atraviesa el cuarto y se sienta a los pies de mi cama—. ¿Adónde huiste? Y ¿por qué?

Contarle mis auténticos motivos implica intentar explicarle mis extrañas reacciones a Jaxon, por no hablar de todo lo que vino después, así que opto por una verdad a medias.

—La altura empezó a afectarme mucho. Tenía angustia, así que volví a la habitación.

Eso borra la sonrisa de su cara.

—¿Cómo te encuentras ahora? El mal de altura no es ninguna tontería. ¿Puedes respirar bien?

—Sí. De verdad —añado al ver que no parece convencido—. Hoy me siento casi normal. Supongo que sólo tenía que acostumbrarme a las montañas.

—Hablando de montañas. —La atractiva sonrisa de Flint vuelve a su rostro—. Justo venía para eso. Unos cuantos de nosotros haremos una guerra de bolas de nieve esta noche después de cenar. He pensado que a lo mejor te apetece venir, si te encuentras bien, claro.

—¿Una guerra de bolas de nieve? —Niego con la cabeza—. No creo que deba ir.

—¿Por qué no?

—Porque ni siquiera sé hacer bolas de nieve, y mucho menos lanzarlas.

Me mira como si fuera tonta.

—Coges un poco de nieve, la compactas formando una bola y, después, se la lanzas a la persona que tengas más cerca. —Usa las manos para ilustrar sus palabras—. No tiene ningún misterio.

Me quedo mirándolo, nada convencida.

—Venga, chica nueva. Inténtalo. Te prometo que será divertido.

—Ojo, Grace. —Macy sale del baño con el pelo envuelto en una toalla —. No confíes nunca en un...

Deja la frase a medias cuando Flint se vuelve hacia ella con las cejas subidas.

—Van a hacer una guerra de bolas de nieve esta noche, después de las clases —le digo—. Quiere que vayamos.

En realidad no ha invitado a Macy, pero no pienso ir sin ella. Y, por la súbita sonrisa en su rostro, creo que he hecho lo correcto.

—¿En serio? Tenemos que ir, Grace. Las guerras de bolas de nieve de Flint son legendarias.

—Eso no ayuda precisamente a aumentar mi nivel de confianza, si tenemos en cuenta que no tengo ni idea de en qué consisten.

—Todo irá bien —dicen los dos a la vez.

Ahora es mi turno de enarcar las cejas mientras los miro a ambos.

—Confía en mí —implora Flint—. Cuidaré bien de ti.

—No confíes en él —me dice Macy—. Se vuelve completamente diabólico cuando tiene una bola de nieve en las manos. Pero eso no significa que no sea divertido.

Sigo pensando que es una mala idea, pero Flint y Macy son mis únicos amigos de verdad en Katmere. No sé qué pasará con Lia, y en cuanto a Jaxon... Jaxon es muchas cosas, pero no lo definiría como un amigo, desde luego. Ni como una persona amistosa.

—Vale, está bien. —cedo, por fin—. Pero si acabo muriendo en plena batalla, os acosaré a los dos desde el más allá durante el resto de vuestras vidas.

—Sobrevivirás —me asegura Macy.

Flint, en cambio, sólo me guiña el ojo.

—Y, si no, se me ocurren maneras peores de pasar la eternidad. —Antes de que pueda pensar en una respuesta, se inclina hacia delante y me besa en la mejilla—. Hasta luego, chica nueva. —Y desaparece saliendo por la puerta sin mirar atrás.

Me deja con una Macy ojiplática y boquiabierta, a la que sólo le falta ponerse a dar palmas de emoción por ese beso inocente. Y con la triste certeza de que, por muy encantador que sea Flint, lo que siento por él no se parece en nada a lo que siento por Jaxon.

15

Así que el infierno sí que puede congelarse

—¡¿Acaba de...?! —exclama Macy en cuanto él cierra la puerta al salir.

—No es para tanto —le garantizo.

—Flint acaba de...

Al parecer, la palabra se le resiste, porque se toca la mejilla en el mismo punto donde él ha besado la mía.

—Que no es para tanto —repito—. No me ha besado en la boca ni nada de eso. Sólo estaba siendo simpático.

—Nunca ha sido así de simpático conmigo. Ni con nadie, que yo sepa.

—Ya, bueno. Tú tienes novio. Le dará miedo que Cam le dé una paliza.

Macy se echa a reír. La idea de que su novio, flaco y desgarbado, le dé una paliza a Flint parece algo absurda. Pero, aun así, ¿no debería al menos fingir que lo defiende?

—¿Quieres que hable con él? —bromeo—. ¿Para ver si te besa a ti la próxima vez?

—¡Claro que no! Estoy más que satisfecha con Cam y sus besos, gracias. Sólo digo que a Flint le gustas. —Coge un cepillo y empieza a pasárselo por el pelo.

A pesar de sus palabras, hay algo en su tono que me hace sospechar.

—Un momento. ¿Estás colgada de Flint de verdad?

—¡Qué va! Estoy enamorada de Cam.

Evita mirarme a los ojos mientras coge algún producto.

—Ya, eso suena superconvincente. —Pongo los ojos en blanco—. Oye, si quieres estar con Flint, ¿por qué no rompes con Cam y lo intentas?

—No quiero estar con Flint.

—Mace...

—En serio, Grace. Puede que me gustase antes, cuando estábamos en noveno curso o algo así. Pero eso fue hace mucho tiempo, y ya no tiene importancia.

—¿Por Cam? —Observo su rostro detenidamente en el espejo mientras se arregla el cabello corto y de colores.

—Porque quiero a Cam, sí —dice, y peina hacia arriba algunos mechones—. Y también porque las cosas no funcionan así aquí.

—No funcionan ¿cómo?

—Los distintos grupos no se mezclan mucho.

—Ya, lo vi en la fiesta. Pero eso no significa que no puedan hacerlo, ¿no? A ver, si a ti te gusta Flint y tú le gustas a él...

—Que no me gusta Flint —bufa—. Y, desde luego, yo a él tampoco. Y, en el caso de que me gustase, tampoco importaría, porque...

—¿Porque qué? ¿Porque es popular?

Suspira y niega con la cabeza.

—Es más que eso.

—¿Más que qué? Estoy empezando a sentirme como si estuviera en *Chicas malas* versión Alaska o algo así.

Alguien llama a la puerta antes de que pueda responderme.

—¿Cuánta gente suele pasarse por tu cuarto antes de las siete y media de la mañana? —bromeo mientras me dirijo a abrir.

Macy no responde, sólo se encoge de hombros y sonríe al tiempo que empieza a maquillarse.

Abro la puerta y me encuentro con mi tío, que me mira de arriba abajo con preocupación.

—¿Cómo te encuentras? Macy dice que anoche estuviste vomitando.

—Ya estoy mejor, tío Finn. Ya no tengo náuseas ni dolor de cabeza.

—¿Seguro? —Me indica con un gesto que vuelva a la cama y obedezco agradecida, la verdad. He dormido tan poco las últimas dos noches que tengo la mente algo nublada, aunque el mal de altura haya desaparecido por fin—. Bien. —Me pone la mano en la frente para comprobar si tengo fiebre. Me dispongo a bromear sobre el hecho de que el mal de altura no es un virus, pero cuando aparta la mano y me besa la frente, me quedo muda. Porque, ahora mismo, con el ceño y la boca fruncidos, resaltando aún más sus hoyuelos, el tío Finn se parece tanto a mi padre que me cuesta un mundo no echarme a llorar—. Aun así, creo que Macy tiene razón —continúa, ajeno a lo rota que me siento por dentro—. Será mejor que te pases el día descansando y que empieces las clases mañana. La pérdida de tus padres, el traslado, el instituto Katmere, Alaska... Son muchas cosas a las que acostumbrarse, aun sin mal de altura.

Asiento, pero aparto la mirada para evitar que perciba la emoción en mis ojos. No obstante, debe de haberse percatado de algo, porque no dice nada más. Sólo me da unas palmaditas en la mano y se dirige al tocador, donde Macy sigue arreglándose.

Hablan, pero lo hacen en un tono tan bajo que apenas oigo nada, así que desconecto por completo. Me meto en la cama, me cubro hasta la barbilla y espero a que pase el dolor por haber perdido a mis padres.

No tengo intención de dormirme, pero lo hago igualmente. Cuando me vuelvo a despertar, es más tarde de la una y me rugen las tripas sin parar. Sin embargo, esta vez la molestia se debe a que llevo más de veinticuatro horas sin ingerir nada que se asemeje a comida.

Hay un tarro de mantequilla de cacahuete y una caja de galletas saladas encima de la nevera, y alcanzo las dos cosas. Una tonelada de mantequilla

de cacahuete y una caja entera de galletas después, por fin vuelvo a sentirme humana.

También me siento atrapada dentro de esta habitación, de este instituto.

Intento pasar por alto la inquietud, ver una de mis series favoritas en Netflix o leer la revista que no acabé en el avión. Incluso le envío un mensaje a Heather, aunque estará en clase, con la esperanza de que podamos chatear un poco. Sin embargo, me escribe un único mensaje para informarme de que está a punto de hacer un examen de Cálculo, así que no puede entretenerme.

Nada funciona, por lo que decido salir de aquí. Quizá un paseo por la naturaleza de Alaska sea justo lo que necesito para despejarme.

Pero decidir ir a dar un paseo y prepararse para ello son dos cosas completamente distintas. Me doy una ducha rápida y, como soy una novata, busco en Google cómo vestirme para el invierno alaskeño. Resulta que hay que vestirse mucho y a conciencia, aunque estemos sólo en noviembre.

Cuando por fin encuentro una página que parece fiable, las prendas que Macy encargó para mí cobran mucho más sentido. Empiezo por unos leotardos de lana de los que me compró y una de mis camisetas de tirantes. Después añado una capa de pantalones largos interiores y una camiseta. Sobre los pantalones me pongo otros de lanilla (rosa eléctrico, claro) y una chaqueta polar gris. En la página da la opción de ponerse otra chaqueta de más abrigo encima, pero no hace tanto frío como lo hará en dos meses, así que decido saltarme este paso e ir directa al gorro, la bufanda, los guantes y los dos pares de calcetines. Finalmente, termino poniéndome la parka de cuerpo entero con capucha que me compró mi tío y el par de botas de nieve aptas para Denali que se encuentran en la parte inferior de mi armario.

Me miro un instante en el espejo y veo que estoy tan ridícula como me siento.

Pero supongo que estaré aún más ridícula si muero congelada en mi segundo día entero en Alaska, así que paso por alto esta sensación. Además,

si me entra calor durante mi excursión, puedo quitarme la capa polar, o eso sugiere la guía online, ya que el sudor es el enemigo número uno aquí. Al parecer, llevar la ropa húmeda puede producir hipotermia. En fin..., como todo en este estado.

En lugar de enviarle un mensaje para no interrumpirla si está en pleno examen, le dejo a Macy una nota para decirle que he ido a explorar los alrededores del instituto. No estoy tan loca como para ir más allá del muro, donde hay lobos y osos y Dios sabe qué.

Después salgo. Mientras desciendo las escaleras, ignoro prácticamente a todo el que me cruzo, que es casi nadie, ya que la mayoría de los alumnos están en clase en estos momentos. Debería sentirme culpable por no haber asistido, pero, la verdad, sólo noto alivio.

Una vez en la planta baja, abro la primera puerta que da al exterior que encuentro, y casi cambio de idea al sentir el viento y el frío que casi me abofetean la cara. Quizá debería ponerme una capa más, después de todo...

Sin embargo, ya es demasiado tarde, así que me cubro la cabeza con la capucha y hundo el rostro cubierto con la bufanda en el cuello alto de la parka. Acto seguido, me dirijo al patio, a pesar de que todos mis instintos me gritan que vuelva dentro.

Pero siempre he oído que se supone que tienes que terminar las cosas que empiezas, y no pienso ser una prisionera dentro de este centro durante el año entero. Por encima de mi cadáver. Me meto las manos en los bolsillos y empiezo a caminar.

Al principio me siento tan desgraciada que sólo puedo pensar en el frío que hace, a pesar de que cada centímetro de mi ser está cubierto por varias capas. No obstante, cuanto más camino, más calorcito tengo, así que acelero el paso y por fin tengo la oportunidad de echar un vistazo a mi alrededor. El sol ha salido hará unas cuatro horas (sobre las diez de la mañana), así que ésta es la primera vez que veo el entorno a la luz del día.

Me quedo fascinada ante tanta belleza, incluso aquí, en los terrenos del campus. Estamos en la ladera de una montaña y todo está en pendiente, lo que significa que estoy constantemente subiendo o bajando una colina u otra, algo nada fácil teniendo en cuenta la altura, pero al menos hoy respiro mucho mejor que hace dos días.

No hay muchas plantas distintas en estos momentos, pero un puñado de árboles de hoja perenne bordean los diversos senderos y se agrupan en diferentes puntos alrededor del campus. Son de un precioso verde que destaca contra el fondo de nieve blanca que lo cubre prácticamente todo.

Con curiosidad por saber el tacto que tiene, aunque no tanta como para quitarme los guantes, me agacho, cojo un puñado de nieve y dejo que se me escurra entre los dedos para verla caer. Con la mano ya vacía, me agacho y cojo un poco más. Entonces hago lo que Flint ha dicho antes y formo una bola.

Es más fácil de lo que pensaba y, en apenas unos segundos, lanzo la bola con todas mis fuerzas contra el árbol más cercano a la izquierda de donde el camino se bifurca hacia delante. Observo con satisfacción cómo impacta contra el tronco y estalla antes de dirigirme hacia el camino más allá de éste.

Pero, conforme me voy aproximando al árbol, me doy cuenta de que nunca había visto nada como sus raíces oscuras y retorcidas. Gigantes, grises y entrelazadas en una masa caótica digna de una horrible pesadilla, parecen gritar a quienquiera que pase que se ande con ojo. Si le añadimos las ramas rotas y la corteza arrancada del tronco, la cosa parece salida de una película de terror en vez del, por lo demás, inmaculado campus del Katmere.

No voy a mentir, me da que pensar. Sé que es absurdo sentirse así por un árbol, pero, cuanto más me acerco, peor pinta tiene, y peor sensación me da el sendero que protege. Teniendo en cuenta que ya he ido mucho más allá

de mi zona de confort por un día estando aquí fuera, decido tomar el camino moteado de sol de la derecha.

Es una buena elección porque, en cuanto doblo la primera curva, veo un puñado de edificios. Me detengo para observar la mayoría de ellos desde una distancia segura, ya que están en plena clase y lo último que quiero es que me pillen husmeando a través de la ventana como un bicho raro.

Además, cada casita —pues parecen pequeñas casitas— tiene un letrero delante con el nombre del edificio e indica para qué está destinado.

Me detengo al llegar a uno de los más grandes. En el cartel dice: CHINOOK: ARTE, y mi corazón se acelera ligeramente con sólo mirarlo. He dibujado y pintado desde que descubrí que las ceras sirven para mucho más que para dotar de color a los cuadernos de colorear, y una parte de mí desea con todas sus fuerzas recorrer a toda prisa el sendero bordeado de nieve y abrir la puerta de par en par, sólo para ver qué clase de estudio de Arte tienen aquí.

Me conformo con sacar el móvil y hacer una foto rápida del cartel. Ya buscaré «Chinook» en Google después. Sé que significa «viento» en al menos uno de los idiomas nativos de Alaska, pero será divertido averiguar en cuál.

Quiero saber lo que significan todas las palabras, así que, conforme avanzo por los distintos edificios, algunos más grandes que otros, saco una foto de cada uno de los letreros para poder buscar las palabras más adelante. Además, supongo que eso me ayudará a recordar dónde está cada cosa, ya que aún no tengo ni idea de dónde se encuentran las aulas de mis clases.

Me preocupa un poco tener demasiadas clases aquí fuera, porque ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Regresar a mi cuarto y ponerme toda esta ropa entre asignatura y asignatura? En tal caso, ¿cuánto duran los descansos entre las clases aquí? Porque con los seis minutos que nos daban en mi anterior instituto no será suficiente.

Cuando llego al final de la fila de edificios dispersos, me topo con un sendero bordeado de piedras que parece abrirse paso por los jardines que hay al otro lado del castillo. De repente, percibo en los hombros la extraña sensación de que debería dar media vuelta, como la de anoche en la biblioteca, y me detengo un instante.

Pero sé cuándo estoy dejando que mi imaginación me juegue malas pasadas. El árbol de antes me ha acojonado de verdad. Así que decido hacer caso omiso a esta impresión y avanzo por el sendero.

Sin embargo, cuanto más me alejo del edificio principal, peor se torna el viento, y acelero el paso para mantenerme caliente. Adiós a mis planes de tener demasiado calor y poderme quitar una capa como sugería el sitio web. La amenaza de transformarme en un polo con sabor a Grace se vuelve más y más real a cada segundo que pasa.

Aun así, no doy media vuelta. A estas alturas creo que he recorrido más de la mitad de los jardines, lo que significa que estoy más cerca del castillo principal si sigo adelante que si vuelvo por donde he venido. Me ajusto un poco más la bufanda alrededor de la cara, meto las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo y continúo avanzando.

Paso unos cuantos grupos de árboles, un estanque que está completamente congelado y por el que me encantaría patinar si pudiera mantener el equilibrio con toda esta ropa, y un par de edificios pequeños más. El cartel de uno de ellos dice SHILA: TIENDA, y el otro TANANA: ESTUDIO DE BAILE.

Los nombres de las casitas son geniales, pero las clases que se imparten en ellas me sorprenden un poco. No sé qué esperaba del instituto Katmere, pero supongo que no que ofreciese lo mismo que un instituto cualquiera, y muchísimas cosas más.

La verdad es que lo único que sé de los internados para niños ricos es lo que vi en el viejo DVD de mi madre de *El club de los poetas muertos* que me obligaba a ver con ella una vez al año. Pero, en esa película, la academia

Welton era superestricta, superdura y superestirada y, por el momento, el instituto Katmere parece ser sólo una de esas tres cosas.

El viento está empeorando, así que, una vez más, acelero el paso y dejo atrás un puñado de árboles más grandes siguiendo el sendero. Éstos son caducifolios; sus hojas cayeron hace ya tiempo y de sus ramas, cubiertas de escarcha, penden pequeños carámbanos. Me detengo a observarlos porque son preciosos, y porque la luz que se refleja a través de ellos genera arcoíris que danzan en el suelo a mis pies.

Me quedo embelesada mirando esta fantasía, tanto es así que, por un segundo, ni siquiera me molesta el viento, ya que es lo que hace que los arcoíris se muevan. Pero, al final, empiezo a tener demasiado frío como para quedarme quieta. Me alejo de los árboles y me encuentro con otro estanque congelado. Debe de tratarse de un espacio pensado para el esparcimiento, ya que hay varios asientos a su alrededor, así como un cenador cubierto de nieve a varios metros de distancia.

Doy un par de pasos hacia el cenador con la idea de sentarme a descansar un minuto, pero entonces veo que ya está ocupado. Por Lia... y Jaxon.

16

A veces, mantener a tus enemigos cerca es lo único que evita la hipotermia

Mierda.

Me había jurado a mí misma que no huiría como un conejo asustado la siguiente vez que viese a Jaxon, pero éste no parece el momento más adecuado para confraternizar. No cuando su conversación parece ser intensa y, lo que es más importante, privada, a juzgar por el ángulo de sus cuerpos, inclinados el uno frente al otro, pero sin llegar a tocarse, y por la rigidez de sus hombros.

Están completamente concentrados en lo que sea que está diciendo el otro.

Una parte de mí desearía estar más cerca, para poder oír lo que dicen aunque no sea asunto mío en absoluto. Aun así, está claro que cualquiera con una expresión tan seria y enfadada como estos dos tiene algún problema, y mentiría si dijera que no quiero saber cuál es.

No sé por qué me importa tanto, aunque detecto cierta intimidad en su discusión que hace que me duela el estómago. Lo cual es absurdo, teniendo en cuenta que apenas conozco a Jaxon y que dos de las cuatro veces que nos hemos encontrado ha pasado de mí como si no existiera: eso ya es una clara señal de que no quiere tener nada que ver conmigo.

Pero recuerdo la expresión en su rostro cuando ahuyentó a esos dos chicos de la primera noche. La dilatación de sus pupilas cuando me acarició el rostro y me limpió la sangre de los labios. El modo en que su cuerpo rozó el mío. Era como si todo dentro de mí le hiciese contener el aliento, esperando la ocasión de cobrar vida. En ese momento no parecíamos desconocidos.

Y es probable que ésa sea la razón por la que no dejo de observarlos, a Lia y a él, aunque sé que no debería.

Ahora están discutiendo acaloradamente, tanto que hasta puedo oír sus voces a pesar de lo lejos que me encuentro. No estoy lo bastante cerca como para distinguir las palabras, pero no necesito saber lo que están diciendo para apreciar lo furiosos que están ambos.

Y entonces Lia le arrea tal bofetada con la mano abierta en la mejilla donde tiene la cicatriz, que la cabeza de Jaxon sale volando hacia atrás. Él no le devuelve el golpe. De hecho, no hace nada en absoluto hasta que la mano de ella se dirige hacia su rostro de nuevo.

Esta vez la agarra de la muñeca y la sujeta con fuerza mientras ella intenta liberarse. Le está gritando a pleno pulmón; sonidos ásperos de rabia y dolor que se me clavan en el alma y hacen que se me llenen los ojos de lágrimas.

Conozco esos sonidos. Conozco el dolor que los causa y la rabia que hace que resulte imposible contenerlos. Sé que provienen de lo más hondo y que te dejan la garganta (y el alma) destrozadas a su paso.

Por instinto, doy un paso hacia ella, hacia los dos, motivada por el dolor de Lia y la violencia apenas desatada que se respira entre ellos. Pero un fuerte viento se levanta cuando doy ese primer paso y, de repente, ambos se vuelven hacia mí y me lanzan una mirada recelosa que me provoca escalofríos. Escalofríos que nada tienen que ver con la temperatura, sino con Jaxon y Lia y su forma de observarme: como si fueran unos depredadores y yo, la presa a la que están deseando hincarle el diente.

Me digo a mí misma que sólo estoy asustada, pero eso no consigue que me libre de esa extraña sensación, ni siquiera cuando los saludo con la mano. Ayer pensé que Lia y yo podríamos llegar a ser amigas, sobre todo cuando sugirió lo de hacernos la manicura y la pedicura juntas, pero está claro que esa amistad no se extiende a lo que sea que está pasando aquí. Y está bien. Lo último que quiero es meterme en una pelea entre dos personas que está claro que tienen algo juntas. Pero tampoco quiero dejarlos solos teniendo en cuenta que la cosa ha llegado a las manos y al punto de que él deba agarrarla para defenderse.

No sé qué se supone que he de hacer, así que me quedo parada donde estoy, incómoda, cautelosa, observándolos en un intento de evitar no sé bien qué mientras ellos me devuelven la mirada.

Cuando Jaxon suelta por fin la muñeca de Lia y da un par de pasos hacia mí, me vuelve a invadir exactamente el mismo pánico que anoche en la fiesta. Y también la misma fascinación que la primera vez. No sé qué es lo que tiene, pero cada vez que lo veo siento que algo que no logro identificar tira de mí, algo que soy incapaz de explicar.

Avanza un par de pasos más y mi corazón se salta otro latido, o cincuenta. Aun así, permanezco donde estoy. Ya he huido de Jaxon una vez. No pienso hacerlo una segunda.

Pero entonces Lia alarga el brazo, lo agarra, lo retiene y tira de él hacia ella. La expresión peligrosa desaparece de sus ojos (aunque no de los de él) hasta que es como si nunca hubiese existido, y me saluda con la mano con entusiasmo.

—¡Hola, Grace! Ven, acércate.

Esto... no, gracias. Ni de coña. No cuando todos mis instintos me gritan que me vaya corriendo, aunque no sé por qué.

Así que, en lugar de avanzar hacia delante, los saludo de nuevo y digo:

—Tengo que volver a mi habitación si no quiero que Macy envíe otra partida de búsqueda. Sólo me apetecía explorar un poco antes de empezar

las clases mañana. ¡Que paséis buena tarde!

Parece una respuesta bastante exagerada teniendo en cuenta la furia que percibo entre ellos, pero tiendo a cerrarme o a parlotear sin parar cuando estoy nerviosa, así que, después de todo, no está tan mal. O al menos eso es lo que me digo a mí misma cuando empiezo a alejarme todo lo rápido que puedo sin llegar a correr.

Cada paso es una lección de autocontrol, ya que tengo que esforzarme para no volverme y ver si Jaxon sigue mirándome. El vello de punta de la nuca me indica que sí, pero lo paso por alto.

Al igual que paso por alto la extraña sensación que me invade cada vez que lo veo. Me digo que no es nada, que no importa. Porque no pienso colgarme de un tío tan complicado.

Aun así, la necesidad de volverme perdura, hasta que Jaxon aparece a mi lado, con los ojos brillantes de interés y ese pelo tan sexy ondeando al viento.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunta colándose delante de mí, interponiéndose en mi camino y caminando hacia atrás para que estemos cara a cara y tenga que reducir la marcha o detenerme para no chocar contra él.

—A nada. —Bajo la vista para no tener que mirarlo a los ojos—. Tengo frío.

—¿En qué quedamos? ¿No es nada? —Deja de caminar, lo que me obliga a hacer lo mismo y, después, coloca un dedo bajo mi barbilla y presiona hasta que cedo y le devuelvo la mirada. Me lanza esa media sonrisa que me provoca reacciones indescriptibles en el corazón, motivo precisamente por el que evitaba mirarlo desde un principio. Y más teniendo en cuenta lo que acabo de ver entre Lia y él—. ¿O es el frío?

Si miro con detenimiento, todavía puedo apreciar la marca de la mano en su mejilla. Eso me cabrea más de lo que debería teniendo en cuenta que apenas conozco a este chico. Por eso doy un paso a un lado y digo:

—El frío. Así que, si me disculpas...

—Llevas puesta muchísima ropa —me dice confirmando que estoy tan ridícula como me siento, y vuelve a colocarse delante de mí—. ¿Seguro que lo del frío no es una mala excusa?

—No tengo necesidad de inventarme excusas contigo.

Y, sin embargo, lo hago: me invento excusas para huir de él y de lo que acabo de presenciar. Para huir de todo lo que me hace sentir cuando lo único que quiero es agarrarlo y aferrarme a él con fuerza. Es un pensamiento absurdo, una sensación absurda, pero eso no hace que sea menos real.

Ladea la cabeza, enarca una ceja y, de alguna manera, el corazón empieza a latirme aún más deprisa.

—¿Ah, no?

Ésta es la parte en la que debería empezar a caminar. La parte en la que debería hacer un montón de cosas, lo que sea, menos arrojarme a los brazos de Jaxon Vega como si yo fuera el lanzamiento que decide el partido en la World Series. Pero no lo hago.

En vez de eso, permanezco donde estoy. No porque él me esté bloqueando el paso, que también, sino porque todo lo que hay dentro de mí está respondiendo a todo lo que hay dentro de él. Incluso al peligro. Sobre todo al peligro, aunque nunca he sido de esas chicas que corren riesgos sólo para ver lo que se siente. Tal vez sea ésa la razón por la que, en lugar de rodearlo y salir corriendo hacia el castillo como debería hacer, lo miro directamente a los ojos y digo:

—No. Yo no respondo ante ti.

Se echa a reír. Se ríe con ganas, y es la risa más arrogante que he oído en mi vida.

—Todo el mundo responde ante mí... al final.

Madre. Mía. Qué. Capullo.

Pongo los ojos en blanco, lo sorteo y avanzo por el sendero con la espalda tiesa y a paso ligero para que entienda que no quiero que me siga. Porque, cuando habla de ese modo, da igual lo atraída que me sienta hacia él. Tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo con un tío que se cree el centro del mundo.

Pero, al parecer, a Jaxon no se le da tan bien leer el lenguaje corporal como yo pensaba, o simplemente le da igual. El caso es que no deja que me marche tranquila. Empieza a caminar a mi lado de nuevo y me sigue el ritmo por muy rápido que vaya.

Joder, es irritante, incluso sin esa fastidiosa sonrisita que no se molesta en ocultar. O sin las múltiples miradas de soslayo que preceden a sus palabras:

—Confraternizar con Flint Montgomery no es precisamente el mejor modo de evitarse problemas. —Paso de él y hago mi mejor imitación de Dory para mis adentros: «Sigue caminando, sigue caminando»—. Es para que lo sepas —continúa al ver que no respondo nada—. Entablar amistad con un dra... —Deja la frase a medias y se aclara la garganta antes de continuar—: Entablar amistad con un tipo como Flint es...

—¿Qué? —Me vuelvo hacia él muy frustrada—. ¿Qué pasa exactamente por entablar amistad con Flint?

—Pues que es como pintarse una diana en la espalda —responde, y mi furia parece haberlo cogido por sorpresa—. Es justo lo contrario a pasar desapercibida.

—Vaya, ¿en serio? ¿Y confraternizar contigo qué es, entonces?

Su rostro se vuelve inexpresivo, y no creo que vaya a responderme. Pero, al final, dice:

—Una soberbia estupidez.

No era la respuesta que estaba esperando, y menos de alguien tan arrogante e insufrible como él. Pero esa sinceridad atraviesa mis defensas y me obliga a responder cuando creía que ya no había más que decir.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Sí. —Su mirada misteriosa y desconcertada analiza cada centímetro de mi rostro—. Aquí estoy.

El silencio resuena entre nosotros, oscuro, cargado, insondable, y el ambiente se vuelve aún más tenso.

Debería irme.

Él debería irse.

Ninguno de los dos nos movemos. Ni siquiera estoy segura de poder respirar.

Al final es Jaxon quien rompe el silencio, aunque no la tensión, dando un paso hacia mí. Y otro, y otro, hasta que lo único que nos separa es el abultado peso de mi abrigo y un hilo de aire.

Unos escalofríos que no tienen nada que ver con el tiempo, y que tienen todo que ver con su proximidad, recorren mi espalda de arriba abajo.

El corazón me late con fuerza.

La cabeza me da vueltas.

Tengo la boca seca como el desierto.

Y al resto de mi ser no le va mucho mejor, sobre todo cuando Jaxon agarra mi mano cubierta por el guante y acaricia la palma con el pulgar.

—¿De qué hablabais Flint y tú en la fiesta? —pregunta al cabo de un segundo.

—La verdad es que no me acuerdo.

Suena como si quisiera escurrir el bulto, pero es la verdad. Con Jaxon tocándome, es un milagro que recuerde cómo me llamo. No pone en duda mis palabras, pero las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa de satisfacción cuando murmura:

—Bien.

Esa sonrisa activa mi cerebro, por fin, y entonces es mi turno de formularle una pregunta.

—¿Sobre qué discutíais Lia y tú?

No sé qué esperar, que su mirada se vuelva vacía de nuevo o que me diga que no es asunto mío.

—Sobre mi hermano —responde, en cambio, en un tono que no parece buscar compasión y que me advierte que no va a consentirla.

No es la respuesta que estaba esperando, pero cuando las poquísimas piezas que tengo empiezan a encajar en mi cabeza se me cae el alma a los pies.

—¿Hudson era... tu hermano?

Por primera vez sus ojos reflejan auténtica sorpresa.

—¿Quién te ha hablado de Hudson?

—Lia. Anoche, mientras tomábamos té. Me dijo que... —Dejo la frase a medias ante la frialdad glacial de sus ojos.

—¿Qué te contó?

Sus palabras son tranquilas, pero eso sólo hace que impacten con más fuerza, al igual que el modo en que me suelta la mano. Trago saliva y termino mi frase a toda prisa.

—Pues que su novio murió. No me dijo nada sobre ti. Sólo es que he pensado que a lo mejor su novio podría ser también...

—¿Mi hermano? Sí. Hudson era mi hermano.

Sus palabras son frías, imagino que en un intento de ocultarme cuánto le duelen. Pero yo también lo he vivido. Me he pasado semanas haciendo lo mismo, y a mí no me engaña.

—Lo siento —le digo, y esta vez soy yo la que extiende la mano para tocarlo a él, la que le acaricia la muñeca y el dorso de la mano—. Sé que no tiene ninguna importancia, que no alivia el dolor que sientes, pero lamento muchísimo que estés sufriendo.

Durante unos largos segundos no dice nada. Sólo se queda observándome con esos ojos oscuros que tanto ven y tan poco muestran. Al final, mientras rebusco en mi mente algo más que añadir, pregunta:

—¿Qué te hace pensar que estoy sufriendo?

—¿No es así? —pregunto.

Más silencio.

—No lo sé.

—No sé qué significa eso. —Niego con la cabeza.

Ahora niega él, y retrocede unos pasos. Mi mano se contrae añorando su tacto bajo mis dedos.

—Tengo que irme.

—Espera. —Sé que no debo, pero lo agarro de todas maneras, no puedo evitarlo—. ¿Así, sin más?

Deja que sostenga su mano un par de segundos. Después da media vuelta y regresa por el sendero hacia el estanque a toda prisa, casi corriendo.

Ni siquiera me molesto en seguirlo. Si algo he aprendido en estos dos días es que, cuando Jaxon Vega quiere desaparecer, desaparece, y no hay nada que pueda hacer al respecto. De modo que me vuelvo hacia la dirección opuesta y emprendo el regreso al castillo.

Ahora que tengo un destino en mente, el trayecto parece más rápido que antes, cuando iba deambulando sin rumbo. Pero no puedo despojarme de la incómoda sensación de estar siendo observada. Lo cual es absurdo teniendo en cuenta que Jaxon se ha ido en la otra dirección y que Lia ha desaparecido justo después de haber discutido con él.

La sensación me persigue durante todo el tiempo que paso fuera. Y hay algo más que me carcome, algo que no acabo de saber qué es. Al menos no hasta que llego al calor y la seguridad del castillo, de mi habitación, y empiezo a quitarme capas de ropa.

Es entonces cuando caigo en la cuenta: ni Lia ni Jaxon llevaban chaqueta.

17

La mejor amiga de una chica es la discreción, no los diamantes

—¿Seguro que quieres ir? —pregunta Macy varias horas después mientras cojo una sudadera del armario.

¿Está de coña?

—Para nada.

—Me lo imaginaba. —Exhala un sonoro suspiro—. Podemos cancelarlo si quieres. Les decimos a todos que aún no te has recuperado del mal de altura.

—¿Y que Flint piense que soy una gallina? No, gracias. —La verdad es que me importa bien poco que Flint piense que soy una cobarde o no, pero a Macy le hacía tanta ilusión lo de la guerra de bolas de nieve que no quiero que se la pierda. Y el hecho de que haya sugerido cancelarlo porque sabe que no me apetece mucho ir hace que esté aún más decidida—. Vamos a ir a esa guerra de bolas de nieve y vamos a...

—¿Darles una paliza?

—Estaba pensando en algo más en la línea de no hacer demasiado el ridículo, pero es bueno pensar en positivo.

Se echa a reír, justo como pretendía, y entonces salta de la cama y empieza a abrigarse muchísimo. En definitiva..., por fin alguien en este

estúpido instituto con algo de sentido común. Entre los capullos que me encontré la primera noche, y Jaxon y Lia después, empiezo a pensar que todos en este lugar tienen alguna especie de extraña inmunidad al frío. Es como si fueran extraterrestres y yo, la humana frágil e ignorante que vive entre ellos.

Cuando las dos acabamos de vestirnos, esta vez con seis capas, me guía hacia la puerta como un pastor a su rebaño.

—Venga, vamos. Si llegamos tarde nos tenderán una emboscada.

—Una emboscada. Con bolas de nieve. Suena fantástico.

¡Cuánto echo de menos San Diego!

—Espera y verás. Te va a encantar. Además, así podrás conocer a todos los amigos de Flint.

Comprueba su maquillaje una vez más en el espejo de la puerta y después me empuja hacia el pasillo.

—¿A todos los amigos de Flint? —pregunto—. ¿Cuántas personas habrá?

—No lo sé. Al menos cincuenta.

—¿Cincuenta personas? ¿En una guerra de bolas de nieve?

—Puede que más. Seguramente sean más.

—Pero ¿cómo puede ser? —digo.

—¿Acaso importa? —pregunta subiendo las cejas.

—Pues sí, importa. A ver, ¿cómo vas a defenderte de tanta gente intentando atacarte con nieve?

—No tienes que defenderte de nadie, sólo tienes que tratar de derribar a todo aquel con el que te cruces y evitar que te derriben a ti.

—Puede que tengas razón. Creo que el mal de altura ha vuelto.

—Demasiado tarde. —Enhebra el brazo en el mío y sonríe—. Ya casi hemos llegado.

—¿Puedes ser un poco más concreta sobre quién va a estar presente? ¿Alguien que ya haya conocido, aparte de Flint?

—No sé si Lia estará. Cam no irá. Flint y él no se llevan muy bien. Es un... problema.

Me planteo preguntarle a qué se refiere con eso de «problema», pero la verdad es que me da igual si Lia o Cam van. Sólo me interesa saber si habrá una persona en concreto, y ya que Macy no parece ir por ahí, me temo que voy a tener que preguntar.

—¿Y Jaxon? —Intento sonar lo más desenfadada posible, aunque, después de mi encuentro de hoy con él el corazón me late a toda velocidad con sólo mencionar su nombre—. ¿Crees que irá?

—¿Jaxon Vega? —Para cuando llega a la segunda sílaba del nombre de Jaxon, su voz se torna un chillido.

—Es el chico que vimos en el pasillo el primer día, ¿no?

—Sí. Mmm... Sí.

Macy abandona toda pretensión de calma y, de hecho, deja hasta de caminar. Se vuelve hacia mí, con los brazos en jarras:

—¿Por qué preguntas por Jaxon?

—No lo sé. Nos hemos encontrado un par de veces, y me preguntaba si le van las guerras de bolas de nieve.

—¿Te has encontrado con Jaxon Vega un par de veces? ¿Cómo puede ser? Si he estado contigo casi todo el tiempo desde que llegaste.

—Pues no sé, deambulando por el instituto. Sólo han sido unas pocas veces.

—¿Unas pocas veces? —Los ojos casi se le salen de las órbitas—. Eso es más que un par de veces. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Por qué te pones así?

Empiezo a arrepentirme muy en serio de haberlo mencionado. Ya se puso rara con lo de Flint, pero aquello era divertido. Ahora parece que está a punto de explotar de furia.

—Él estaba en el pasillo. Yo estaba en el pasillo. Tan sólo pasó.

—Con Jaxon las cosas nunca pasan por casualidad. No se lo conoce precisamente por pararse a charlar con nadie que no sea de... —Se detiene de golpe.

—¿Que no sea de qué? —pregunto.

—No lo sé. Pero...

—¿Pero...? —insisto.

Esboza una sonrisa algo forzada; no dice nada más y eso me cabrea. Me cabrea de verdad.

—¿Por qué no paras de hacer eso?

—¿El qué?

—Empiezas frases que nunca terminas. O empiezas a decir algo y, a la mitad, cambias lo que estabas diciendo por algo muy diferente.

—No es verdad.

—Claro que sí. Lo haces todo el rato. Y, sinceramente, empieza a ser un poco raro. Es como si hubiese alguna especie de secreto que no debo conocer. ¿Qué pasa aquí?

—Eso es absurdo, Grace. —Me mira como si me faltara un hervor—. Es sólo que el instituto Katmere está repleto de grupitos y hay un montón de normas sociales. No quería aburrirte con todas ellas.

—¿Es que prefieres que me suicide socialmente?

La miro con la ceja enarcada y ella pone los ojos en blanco.

—El suicidio social es lo último de lo que debes preocuparte aquí.

Es la primera verdad que me dice desde que hemos iniciado esta conversación, y decido aprovechar la ocasión.

—Entonces ¿de qué debo preocuparme?

Mi prima exhala un suspiro largo y lento, y algo triste. Pero entonces me mira a los ojos y dice:

—Sólo iba a decir que Jaxon no suele ser muy simpático con las personas que no pertenecen a la Orden.

—¿La Orden? ¿Qué es eso?

—No es nada. En serio. —Al ver que sigo mirándola para instarla a continuar, suspira de nuevo y añade—: Es como nos referimos a los más populares del instituto, porque siempre están juntos.

Pienso en los chicos con los que Jaxon entró en la fiesta y en los que estaban con él en el pasillo cuando Flint me llevó a nuestro dormitorio. Recuerdo que en aquel momento pensé que Jaxon parecía el líder, pero no me paré a reflexionar mucho en ello. Estaba demasiado ocupada intentando no mirarlo.

Según mis recuerdos, la explicación de Macy es razonable. Pero hay algo en su forma de decirlo, y en el modo en que mira a todas partes menos a mis ojos, que me hace pensar que hay algo más que no me está contando.

No obstante, supongo que este pasillo no es el mejor lugar para seguir presionándola y, además, si no nos ponemos en marcha llegaremos tarde.

Con eso en mente, empiezo a caminar. Macy también lo hace, pero no se aleja de mi lado. La miro extrañada, preguntándome a qué viene eso, al menos hasta que me pregunta en una especie de susurro:

—¿Has conocido también a los demás?

—¿Los demás de la Orden? —Se me hace ridículo hasta pronunciar el nombre en voz alta. A ver, son estudiantes de último curso en un internado, no dirigen ningún monasterio en el Tíbet—. No. Sólo a Jaxon.

—¿Sólo? ¿Quieres decir que estaba solo?

Ahora no sólo parece preocupada, sino también a punto de vomitar.

—Sí. ¿Por?

—¡Madre mía! ¿Qué te ha hecho? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—¿Jaxon? —No puedo contener mi tono de sorpresa.

—¡Claro! ¿Quién va a ser? Es de él de quien estamos hablando, ¿no?

—No, no me ha hecho daño. ¿Por qué piensas eso?

Eleva las manos al aire cargada de frustración y de miedo.

—Porque así es Jaxon. Es un equipo de demolición de un solo hombre. ¡Es a lo que se dedica!

—Pues... —Niego con la cabeza e intento pensar en la palabra correcta para describir nuestras interacciones. Al final opto por algo genérico, porque imagino que Macy no lo va a entender de todos modos—: La mayor parte del tiempo ha sido bastante... interesante.

—¿Interesante? —Esta vez me mira como si acabara de decir que quiero practicar *bodyboard* en la tundra alaskeña—. Vale, estoy confundida. ¿Seguro que estamos hablando de la misma persona? —Tira de mí hasta el hueco más cercano y después me toma las manos y me las aprieta con fuerza—. ¿Un chico muy alto, muy guapo y que da mucho miedo? ¿Con el pelo negro, los ojos negros, la ropa negra y que está muy bueno? ¿Y que tiene la arrogancia de una estrella de rock... o del autoproclamado dictador de un país no tan pequeño?

He de admitir que se trata de una descripción bastante acertada, sobre todo la parte de la arrogancia. Y la de que es muy guapo, aunque no incluya muchas de las cosas que lo hacen tan atractivo. Como esos ojos que ven demasiado y el modo en que su voz se torna oscura y grave cuando espera que las cosas salgan como él quiere. Por no hablar de la fina cicatriz que hace que deje de ser sólo guapo para convertirlo en guapo a morir. Y aterrador a morir también.

—Sí, exacto.

—No tienes por qué mentirme, lo sabes, ¿verdad? Puedes contarme lo que te ha hecho. Te juro que no se lo diré a nadie si no quieres que lo haga.

—Que no le dirás a nadie ¿qué?

Ahora estoy totalmente confundida porque, aunque puede que haya exagerado un poco calificando a Jaxon de «interesante», no entiendo por qué el hecho de haberlo conocido está provocando esta respuesta por parte de mi prima.

—¿Qué te ha hecho?

Empieza a mirarme de arriba abajo, como si estuviera buscando alguna prueba de que he sobrevivido a un furioso ataque.

—No me ha hecho nada, Macy. —Comienzo a impacientarme y aparto las manos de las suyas—. No es que fuera precisamente Gandhi, pero me ayudó cuando lo necesité, y te aseguro que no me hizo nada. ¿Por qué te cuesta tanto creerme?

—Porque Jaxon Vega no ayuda a nadie. Nunca.

—No me lo creo.

—Pues deberías —dice marcando cada sílaba en un intento de asegurarse de que escuche y entienda lo que está diciéndome—. Es peligroso, Grace. Muy peligroso, y deberías mantenerte lo más alejada de él que te sea posible.

Empiezo a decirle que él no es el peligroso, pero entonces recuerdo cómo cambiaron Marc y Quinn de actitud en cuanto él apareció. El temor se reflejaba claramente en sus rostros, y no porque los hubiera lanzado despedidos por la sala. Ahora que lo pienso, le tenían miedo. Pero miedo de verdad.

—Te lo estoy diciendo en serio. Debes tener cuidado con él. Si te ha ayudado en algún momento es sólo porque quiere algo. Y hasta eso se me hace raro, puesto que Jaxon suele coger lo que quiere sin preguntar. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Sólo llevo aquí tres días y hasta yo sé que eso no es cierto. Seguramente por eso digo:

—Jaxon fue quien evitó que Marc y Quinn me lanzaran al exterior, a la nieve, Macy. Y no creo que lo hiciese porque quisiera algo de mí.

—¿Qué? ¿Fue él?

—Sí. ¿Y por qué iba a hacer tal cosa si es tan malo?

—No lo sé. —Parece totalmente aturdida—. Pero que te haya ayudado una vez no significa que lo vaya a volver a hacer. Así que ándate con ojo con él, ¿de acuerdo?

—No fue él quien intentó matarme.

Resopla.

—Ya, bueno, sólo llevas aquí unos días. Dale tiempo.

—Lo que dices es... —Intento encontrar una respuesta que le demuestre lo absurdas que suenan sus palabras. Pero, al final, no puedo dejar pasar lo mucho que me cabrean sus comentarios y le digo justo lo que estoy pensando—: Lo que dices es horrible.

—Que sea horrible no lo hace menos cierto. —Me vuelve a mirar con un gesto que me indica que va muy en serio y que no encaja en absoluto con su personalidad por lo general efervescente—. Confía en mí en esto.

—Macy...

—Hablo en serio. No te preocupes si mis palabras son demasiado duras. —Y entrecierra los ojos a modo de advertencia—. Y no te preocupes por Jaxon Vega. A menos que sea para buscar el modo de mantenerte lo más alejada posible de él.

Algo detrás de ella me llama la atención y se me seca la boca.

—Ya, bueno, pues me temo que eso va a ser un problema —consigo articular a duras penas a pesar del nudo que se me acaba de formar en la garganta.

—¿Y eso por qué?

—Porque no pienso irme a ninguna parte —responde Jaxon con voz grave y divertida al resentimiento de mi prima, que abre los ojos como platos y se queda lívida al instante—. Y Grace tampoco.

18

¿Cuántos tíos buenos se necesitan para ganar una guerra de bolas de nieve?

Macy suelta un chillido, chilla de verdad, pero Jaxon sólo me mira a mí con las cejas levantadas. Tiene un gesto ligeramente divertido y totalmente perverso, y el corazón me empieza a latir como un metrónomo a toda velocidad.

Al menos hasta que Macy me silba entre dientes:

—Joder, podrías haberme dicho que estaba ahí.

—Yo no lo...

—Ella no lo sabía. —Me mira de arriba abajo y, por un segundo, sólo un segundo, una sonrisa alcanza las profundidades de esos ojos de obsidiana que tiene—. ¿Vas a aventurarte a pisar la nieve dos veces en un día? He de admitir que estoy impresionado.

—No lo estés tanto. Todavía tengo que salir de la guerra de bolas de nieve de una pieza.

La sonrisa se le borra del rostro y los ojos tan rápido como se había dibujado.

—¿Vas a la guerra de Flint?

Suena más a acusación que a pregunta, aunque no sé por qué.

—¿Es que tú no vas a ir?

—¿A una guerra de bolas de nieve? —Niega con la cabeza y emite un sonido desdeñoso desde el fondo de su garganta—. Creo que paso.

—Ah, pues... —La cosa no ha tardado en ponerse incómoda—. Eh... Nosotras tenemos que...

—... irnos —termina Macy.

Jaxon la ignora y apoya una mano en la pared que tengo detrás. Después se inclina hacia delante y, en voz tan baja que tengo que hacer verdaderos esfuerzos por oírlo, murmura:

—Te has empeñado en no escucharme, ¿no?

—No sé a qué te refieres —respondo también susurrando, pero no puedo mirarlo a la cara mientras lo digo.

No cuando sé que estoy mintiendo: sé perfectamente a qué se refiere. Y no cuando noto su aliento tan cálido y tan suave en la oreja que puedo sentirlo en todas partes, hasta dentro de mí.

—Es por tu propio bien —me dice, aún demasiado cerca.

Sus palabras, su proximidad y su envolvente fragancia a naranja y a agua oscura me provocan un intenso calor.

—¿El...? —Mi voz se corta, pues tengo la garganta tan cerrada y seca que apenas puedo articular palabra—. ¿El qué?

—No deberías ir a esa pelea de bolas de nieve con Flint. —Se aparta sin dejar de mirarme a los ojos, atrapando mi mirada—. Y desde luego no deberías ir por ahí fuera tú sola. Aquí no estás a salvo.

No es la primera vez que insinúa que el instituto Katmere es peligroso para mí. Y lo entiendo. De verdad. Alaska no es un lugar fácil para la gente que viene de fuera. Pero voy con Macy, y estaremos en los terrenos del instituto. Ella no permitiría que me sucediera nada.

—Estaré bien. —Me resulta más fácil respirar ahora que la boca de Jaxon está más alejada de mi oído, pero encontrar las palabras continúa siendo más difícil de lo que debería bajo su atenta mirada—. No tengo

intención de irme de excursión por ahí sola. Estaré con el grupo todo el tiempo.

—Ya. —No parece sorprenderle—. Eso es lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. Creía que te aliviaría saber que no tengo pensado acabar con ningún animal salvaje con mis propias manos.

—No son los animales salvajes los que me preocupan.

Antes de poder preguntarle qué significa eso. Macy interviene de nuevo:

—Tenemos que irnos ya o llegaremos tarde.

—Bueno, sea lo que sea lo que te preocupa, no debería —le aseguro negándome a marcharme sin haber zanjado el asunto—. Soy mayorcita. Sé cuidarme sola. Pero, si quieres, puedes acompañarnos.

—¿Acompañaros? —pregunta como si acabase de sugerir que volásemos hasta Marte con nuestros propios poderes.

No obstante, me niego a dejar que me disuada. No cuando sigue tan cerca en lugar de haber desaparecido como de costumbre.

—Será divertido. Y estoy segura de que a Flint no le importará.

—Estás segura de que a Flint no le importará. —Repite mis palabras y, de nuevo, no es una pregunta. Sin embargo, da la impresión de que esto le parece divertido otra vez, al menos si no clavo la mirada en sus ojos, completamente inexpresivos, como no los había visto desde que me estuvo observando en la fiesta—. Pues tengo que decirte que estoy bastante seguro de que sí le importará.

—¿Por qué iba a importarle? Ha invitado a un montón de gente.

Me vuelvo hacia Macy, que está tan pálida como la nieve que nos rodea. La miro con exasperación, molesta porque la idea de relacionarnos con Jaxon la asuste tanto, pero, antes de poder decir nada, Flint aparece detrás de mí y apoya las manos en mis hombros.

—Hola, Grace. ¿Lista para la pelea?

—Pues sí. —Me vuelvo y le sonrío porque es imposible no hacerlo: es divertido y encantador. Por no hablar del hecho de que lleva un gorro para

la nieve con la forma de un dragón que exhala fuego totalmente ridículo—. De hecho, estaba intentando convencer a Jaxon para que se uniera a nosotros.

—¿En serio? —Los ojos de Flint se tornan de un ámbar encendido cuando mira a Jaxon—. ¿Qué dices, Vega? ¿Quieres pelea?

A pesar de que sonríe, hasta yo detecto que no se trata de una invitación amistosa..., y eso antes de que otros tres chicos más, todos vestidos de negro, se acerquen formando un semicírculo detrás de Jaxon. Por primera vez, la frase de «cúbrete la espalda» cobra sentido para mí, porque es evidente que ésa es la razón por la que esos chicos están aquí. Para cubrirle la espalda a Jaxon. Lo que no sé es de qué.

Deben de ser miembros de la famosa Orden de la que hablaba Macy. Y entiendo por qué les pusieron ese apodo: existe una proximidad entre estos cuatro chicos que no pasa desapercibida. Una especie de vínculo que parece ir mucho más allá de una simple amistad.

Flint también lo nota. Lo sé porque se pone rígido y deja caer su peso hacia delante, sobre los dedos de los pies, como si estuviera esperando a que Jaxon lanzase el primer golpe. Es más, parece estar deseándolo.

Cosa que... no. De eso nada. Me importa un rábano que la repentina concentración de testosterona en este pequeño rincón sea suficiente como para iniciar la siguiente guerra mundial; no va a pasar. Al menos, no mientras Macy y yo estemos justo en medio.

—Venga. —Agarro a mi prima del brazo—. Elaboremos un plan para ganar esta pelea de bolas de nieve.

Eso capta la atención tanto de Jaxon como de Flint.

—Eso es mucho decir para alguien que nunca había visto la nieve hasta hace tres días —me pincha Flint y, aunque la tensión no se ha disipado del todo, es mucho menor que hace unos segundos, tal y como pretendía.

—Ya, bueno, ya me conoces. Soy una bravucona.

Sigo agarrando firmemente el brazo de Macy y empiezo a sortear a Jaxon y a sus amigos.

—¿Así es como tú lo llamas? —me murmura Jaxon al oído cuando paso por su lado.

De nuevo siento su aliento caliente contra el cuello, y un escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura me recorre la espalda.

Nuestras miradas se cruzan y, durante un segundo, sólo un segundo, el mundo parece detenerse. Macy, Flint y los demás alumnos que ríen y charlan al pasar por nuestro lado de camino a la puerta desaparecen hasta que sólo quedamos Jaxon y yo, y los arcos eléctricos que se forman entre nosotros.

Me quedo sin aliento y siento un intenso calor en todo el cuerpo. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo físico para no alargar la mano y tocarlo.

Creo que él debe de tener el mismo problema, porque levanta la suya y la sostiene en el aire entre ambos durante un momento largo, infinito.

—Grace.

Es apenas un suspiro, pero siento que me cala por dentro. Espero conteniendo la respiración a que diga algo más, lo que sea, pero justo entonces la puerta principal se abre y deja entrar una fuerte ráfaga de aire helado.

Esto rompe el hechizo y, de repente, sólo somos de nuevo dos personas en una estancia llena de gente. Me invade una inmensa decepción, sobre todo cuando Jaxon da un paso atrás y su rostro se vuelve de nuevo inescrutable.

Espero a que diga algo, pero no lo hace. En vez de eso, se limita a ver cómo Flint nos guía a Macy y a mí hacia la puerta abierta. Cuando cruzamos el umbral, levanto la mano en un pequeño gesto de despedida.

No tengo esperanzas de que me lo devuelva, y no lo hace. Pero justo cuando me vuelvo para dar mi primer paso en el exterior, me dice:

—No olvides construir un arsenal.

Son las últimas palabras que esperaba oír de él... ni de nadie, la verdad.

—¿Un arsenal?

—Es lo más importante para ganar una guerra de bolas de nieve. Busca una base donde puedas protegerte y concéntrate en construir tu arsenal. Ataca sólo cuando estés segura de tener suficiente munición para ganar.

Bolas de nieve. Y yo que creía que acabábamos de vivir un momento especial, y él está pensando en bolas de nieve. Genial.

—Esto... ¿gracias por el consejo?

Lo miro como diciendo «Pero ¿qué demonios...?». Jaxon responde con su molesta cara inexpresiva de siempre, pero juraría que sus ojos centellean un poco.

—Es un buen consejo. Deberías ponerlo en práctica.

—¿Por qué no lo pones tú en práctica? Ven conmigo y construimos juntos ese arsenal.

Enarca una ceja.

—Y yo que pensaba que era justo lo que estaba haciendo.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

Pero ya ha dado media vuelta y se aleja, y yo me quedo ahí plantada mirando cómo se va.

Como siempre.

Maldita sea.

Algo me dice que este chico y sus dichosas desapariciones van a acabar conmigo.

19

Vinimos, luchamos, me congelé

—Así que Jaxon Vega, ¿eh? —pregunta Flint mientras el frío me golpea en la cara por segunda vez hoy.

—No empieces —contesto y lo miro de reojo.

—No empiezo —se defiende y levanta las manos como si se estuviera rindiendo—. En serio.

Se queda callado durante un par de minutos mientras los tres nos concentramos en caminar a duras penas por la nieve hacia todos los demás. Y he de decir que Macy se ha quedado bastante corta cuando ha dicho que habría unas cincuenta personas. En el extraño crepúsculo civil que nos rodea por todos lados parece que haya más bien cien, o puede que todo el puñetero instituto; excepto Jaxon y sus amigos, claro.

Desde un punto de vista positivo, al menos todos llevan gorro, bufanda y abrigo..., lo que me hace pensar que no todos en este lugar son extraterrestres. Menos mal.

—Es sólo que no sabía que los tíos amargados e impertinentes fuesen tu tipo.

Lo fulmino con la mirada.

—Creía que no ibas a empezar.

—No lo hago. Sólo me preocupo por ti. Jaxon es...

—No es un amargado.

Se echa a reír.

—Pero no te molestas en negar que es impertinente, ¿eh? Y no te ofendas, Grace, pero eres nueva aquí. No tienes ni idea de lo amargado que está.

—¿Y tú sí?

—Sí. Y Macy también. ¿Verdad, Mace?

Macy no responde, se limita a seguir caminando y finge no haberlo oído. Empiezo a desear poder hacer lo mismo.

—Vale, vale, lo pillo. —Flint niega con la cabeza—. No diré nada más contra el Elegido. Pero ten cuidado.

—Somos amigos, Flint.

—Ya, bueno, te lo dice alguien que sabe de lo que habla. Jaxon no tiene amigos.

Quiero preguntarle a qué se refiere con eso, ya que Jaxon tiene a la Orden, y esos chicos parecen estar bastante unidos; pero hemos llegado a la primera fila de árboles, donde están reunidos los demás. Además, he dicho que no quiero hablar de Jaxon. Si empiezo a hacer preguntas, Flint tendrá carta blanca para decir lo que quiera, y no me parece justo ya que Jaxon no está para defenderse.

Flint se dirige al centro del grupo como si fuese el amo del lugar. Aunque, bien pensado, a juzgar por cómo responden los demás al verlo, tal vez lo sea. No es por el hecho de que todos le presten atención, sino más bien porque parece que todos quieren llamar su atención... y muestran un gran interés por escuchar lo que tiene que decir.

Me pregunto cómo se siente uno al disfrutar de esa clase de popularidad. No es algo que quiera para mí, seguramente la presión acabaría conmigo en menos de veinticuatro horas. Pero me pregunto qué se sentirá. Y qué siente Flint.

No tengo demasiado tiempo para ahondar en mis pensamientos. Flint empieza a repasar las normas, y la primera se parece muchísimo a la de «no hay normas», sólo que la sigue una que dice que si te golpean cinco bolas de nieve estás eliminado; a continuación dispersa a la gente. Cuando comienzan los cinco minutos de cuenta atrás, nos coge a Macy y a mí de las manos y corre con nosotras hacia un matorral grande de hoja perenne y unos álamos temblones a varios cientos de metros de distancia.

—Tenemos dos minutos para encontrar un buen escondite —dice—. Y otros dos minutos y medio para organizarnos antes de que empiece la batalla.

—Pero si todo el mundo encuentra un buen escondite, ¿a quién le lanzaremos las...?

—No lo harán —me interrumpen Flint y Macy a la vez.

—Tranquila —me dice Flint cuando por fin llegamos a los árboles—. Habrá mucha gente a la que presentar batalla.

¿Presentar batalla? Si apenas puedo respirar. Sé que es la combinación de la altura y el aire frío, pero no puedo evitar sentir cierta vergüenza por estar con la lengua fuera. Sobre todo cuando Macy y él están tan frescos como si acabasen de dar un apacible paseo por el jardín.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto, aunque es bastante evidente, puesto que Flint ya está recogiendo nieve y formando bolas.

—Construir nuestro arsenal. —Me lanza una sonrisa traviesa—. Que Jaxon sea un capullo no implica que no sepa de estrategia.

Nos pasamos los siguientes dos minutos confeccionando todas las bolas de nieve que podemos. Esperaba que Macy y Flint me superasen también en esta tarea, pero, al parecer, todos esos años de amasar y elaborar pasteles con mi madre sirvieron de algo, pues soy una productora de bolas de nieve excelente. Estoy a tope. Voy el doble de rápido que ellos.

—Están a punto de acabar los cinco minutos —anuncia Macy cuando suena su teléfono quince segundos antes de que venza el plazo.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! —grita Flint haciéndome un gesto con las manos para que me esconda detrás del árbol más cercano.

Y lo hago justo a tiempo, porque en cuanto suena la alarma de Macy a los cinco minutos exactos, se desata el infierno.

La gente sale de los árboles que nos rodean lanzando furiosas bolas de nieve en todas las direcciones. Otros pasan corriendo a velocidades vertiginosas, lanzándolas al estilo kamikaze a cualquiera que tengan al alcance.

Una bola pasa zumbando justo al lado de mi oreja derecha, y suspiro de alivio hasta que otra me golpea en el costado incluso a pesar de que estoy guarecida detrás del árbol y de Flint.

—Me han dado —digo con rabia, y me aparto de golpe a la derecha para evitar otra bola que viene directa hacia mí.

Ésta golpea a Flint en el hombro, que maldice entre dientes.

—¿Vamos a quedarnos escondidos aquí todo el día? —pregunta Macy desde su escondite, agachada en la base de un árbol cercano—. ¿O vamos a participar?

—Por supuesto —responde Flint, y le indica con un gesto que vaya ella primero.

Pone los ojos en blanco, pero tarda apenas unos segundos en formar dos bolas de nieve gigantes. Después las lanza acompañadas de un gran grito de guerra que prácticamente sacude la nieve de las ramas cercanas antes de correr hacia nuestro arsenal para recargar.

Entro en combate con ella, con una bola en los guantes esperando que se presente la oportunidad perfecta para lanzarla.

Y se presenta cuando uno de los chicos grandes del grupo de Flint viene corriendo hacia mí, con las bolas de nieve escondidas en la chaqueta que ha transformado en un saco. Las lanza contra mí, una detrás de otra, pero logro esquivarlas todas. Entonces le lanzo la mía con todas mis fuerzas. Le doy en toda su cara de sorpresa.

Hemos confeccionado unas cien bolas para nuestro arsenal, y las usamos todas, ya que cada vez aparece más gente por el bosque buscando dónde esconderse para recuperar el aliento e intentar formar unas cuantas bolas extra.

Me sorprende un poco ver lo cerrados que son los grupos y cómo las alianzas trascienden a los equipos de bolas de nieve y parecen estar formadas por las mismas facciones que percibí ayer en la fiesta. Aunque los miembros del grupito de Flint se han dividido en dúos o tríos, todos parecen aunar esfuerzos y cubrirse las espaldas cuando alguien de las otras facciones los amenaza, sin importar si pertenecen al grupo de personas delgadas vestidas con los colores de las piedras preciosas o al grupo más musculoso en el que luchan ahora Marc y Quinn.

También me fijo en que falta un grupo: el de Jaxon. No sólo la Orden, que, por supuesto, no está, sino toda la facción vestida con ropa negra de diseño que presidía la fiesta con evidente desdén. Supongo que Jaxon tenía razón al decir que Flint no lo querría aquí. Una parte de mí intenta encontrar la razón, pero ahora mismo estoy demasiado ocupada esquivando bolas y no puedo centrar la atención en eso.

Es una auténtica guerra de guerrillas: rápida, brutal y a todo o nada. Es la primera vez que me lo paso tan bien desde que murieron mis padres, puede que incluso antes.

Agotamos nuestras existencias de bolas bastante rápido, y entonces nos vemos obligados a hacer como los demás: correr entre los árboles intentando encontrar un sitio en el que escondernos mientras lanzamos bolas a quienquiera que pase.

No paro de reírme como una hiena. Macy y Flint parecen desconcertados al principio, pero pronto empiezan a reírse conmigo, sobre todo cuando nos golpea alguna bola.

Después de una emboscada en la que Macy recibe su cuarto impacto y Flint y yo el tercero, decidimos ponernos serios. Encontramos los dos

árboles más grandes tras los que escondernos y nos arrodillamos para confeccionar bolas lo más rápido posible. Cuando ya tenemos unas treinta, Flint se quita el gorro y la bufanda, y empieza a apilarlas dentro.

—¿Qué haces? —digo—. Te vas a congelar aquí fuera.

—Estoy bien —me contesta mientras convierte su bufanda en una especie de saco—. Es nuestra oportunidad de vencer.

—¿Cómo? —pregunto.

Todo es caos a nuestro alrededor y, aunque los demás aún no han descubierto nuestro escondite, probablemente lo hagan en un par de minutos. Y, aunque tenemos munición, somos muchos menos que ellos.

—Subiéndonos a los árboles —me responde Macy.

Antes de poder expresar mi total incredulidad ante la idea de trepar a uno de los gigantes álamos sin hojas, cuyas ramas más bajas están a más de cuatro metros del suelo, mi prima corre hacia el tronco del árbol más cercano; entonces salta y coge bastante impulso como para salir despedida varios centímetros en diagonal, con los brazos extendidos para agarrarse a la rama de un árbol próximo. Se queda ahí colgada unos segundos, meciéndose hacia atrás y hacia delante para coger más impulso, y entonces salta a una rama cercana más alta.

Todo esto lo hace en cuestión de diez segundos.

—¿Acaba de hacer *parkour* contra ese árbol? —le pregunto a Flint antes de volverme hacia Macy—. ¿Acabas de hacer *parkour* en ese árbol?

—Pues sí —dice riéndose, y entonces extiende la mano para coger el gorro lleno de bolas de nieve que Flint le lanza hacia arriba.

—Ha sido fantástico. Pero, si esperáis que lo haga yo, vais listos.

—Tranquila, Grace —me dice Flint depositando la bufanda repleta de bolas de nieve en mis brazos—. Tú sujétame esto, ¿quieres?

—Por supuesto. ¿Qué vas a...? —Doy un chillido cuando me levanta del suelo y me pone sobre su hombro.

—No grites o revelarás nuestro escondite —me dice mientras empieza a trepar por el árbol como una especie de versión alaskeña de Spider-Man; sus manos prácticamente se pegan a la corteza mientras me sube por el tronco gigante—. Y que no se te caigan las bolas de nieve.

—Deberías haber pensado en eso antes de dejarme colgando boca abajo —le reprocho, pero agarro con más fuerza la bufanda.

No sé cómo lo está haciendo: si no lo estuviera viendo o, mejor dicho, viviendo, no me lo creería. Pero treinta segundos más tarde estoy sentada a horcajadas en una rama del árbol, con las bolas en la mano, esperando para tenderles una emboscada a los primeros que pasen.

Flint está en otra rama varios metros más alta que la mía. Está tan alejada del suelo que me entra vértigo con sólo mirarlo, pero él parece tan tranquilo, con la sonrisa en la cara, como si mantener el equilibrio en una rama cubierta de nieve fuera lo más fácil del mundo.

Que, por cierto, no lo es. Y lo sé porque estoy sentada en una y tengo la sensación de que voy a caerme en cualquier momento.

—¡Viene alguien! —susurra Macy desde un árbol más allá.

Miro hacia el suelo y veo que tiene razón. Quinn, Marc y dos chicos más vienen hacia aquí. Avanzan sigilosamente, como si supiesen dónde estamos. Y tal vez lo sepan, teniendo en cuenta el grito que he dado cuando Flint me ha subido aquí arriba.

De todas formas, da igual, porque sólo necesitamos que se acerquen un par de pasos más y...

¡Pam! Flint lanza una bola directa al pecho del líder. Macy continúa con un lanzamiento doble contra el tío que va detrás. De manera que sólo quedan Marc y Quinn. No puedo quejarme. Les lanzo una salva de bolas de nieve, una tras otra. Le doy a Marc dos veces y a Quinn al menos cuatro, lo cual, a juzgar por sus tacos y protestas, los deja completamente fuera de juego. Tampoco voy a quejarme de eso.

Flint casi lanza un grito triunfal al acabar con otro grupo que ha cometido el error de venir hacia aquí, y Macy se encarga de un par de guerreros solitarios que intentaban esconderse debajo de nosotros. Me reabastezco con la densa nieve de las ramas y espero a mi siguiente víctima.

Resulta que son dos chicas vestidas con ropa de abrigo color turquesa y azul marino que parecen estar disfrutando tanto como yo en el dentista.

Me planteo no cebarme con ellas, no hay motivo para hacerlas sentir peor, pero supongo que sólo estoy retrasando lo inevitable. Cuanto antes las elimine del juego, antes podrán regresar al castillo. Y antes podremos ganar esto.

Cojo mis últimas tres bolas de nieve y estoy esperando a tenerlas a tiro cuando, de repente, se levanta un fuerte viento que me hace perder el equilibrio. Me agarro al tronco del árbol y consigo aguantar mientras el viento sacude todo el árbol.

Flint maldice y también se agarra al tronco. Entonces me grita:

—¡Aguanta, Grace! Ahora mismo voy.

—¡Quédate ahí! —le respondo—. Estoy bien.

Entonces me vuelvo hacia Macy, preocupada por si mi prima está en peores condiciones que yo. Pero justo cuando giro la cabeza para mirar detrás de mí, otra ráfaga golpea el árbol con fuerza. Es un sonido escalofriante. El tronco empieza a mecerse bajo el azote del viento y me pongo cada vez más nerviosa. Sobre todo cuando otra ráfaga me golpea con tanta fuerza que apenas puedo agarrarme al árbol.

Por encima de mí, Flint maldice de nuevo, y Macy grita:

—¡Aguanta, Grace! ¡Flint, ve a por ella!

—¡Espera! —grito para que me oiga por encima del viento—. ¡No vengas!

Pero entonces Macy grita. Me vuelvo muerta de miedo temiendo que voy a ver cómo se precipita hacia la muerte. Y es entonces cuando la peor ráfaga golpea y me suelto del árbol completamente.

Intento agarrarme a algo, lo que sea, pero el viento tiene demasiada fuerza. La rama sobre la que estoy sentada se quiebra con un fatídico crujido.

Y caigo.

20

Nunca hay un paracaídas cerca cuando lo necesitas

Por un segundo, lo oigo todo perfectamente: el chillido de Macy, a Flint gritando mi nombre, el viento rugiendo como un tren de mercancías... Y, de repente, sólo oigo los intensos latidos de pánico de mi corazón cuando el terror se apodera de mí.

Me preparo para un impacto mortal, pero, justo antes de llegar al suelo, Flint me agarra, me estrecha contra su cuerpo y nos voltea en el aire. Golpea el suelo de espaldas y yo aterrizo sobre él, con el rostro enterrado en la curva de su cuello.

El choque es tan fuerte que me quedo sin aliento. Durante un segundo o dos o tres no puedo hacer nada más que quedarme ahí tumbada encima de él, intentando proveer de aire a mis maltrechos pulmones con desesperación.

Flint tampoco se mueve. Presa del pánico, me esfuerzo por apartar mi peso de él. Tiene los ojos cerrados y me aterra pensar que pueda estar herido, o algo más grave. Él se ha llevado la peor parte de la caída, al voltearnos deliberadamente para que no fuese mi cuerpo el que impactara contra el suelo duro cubierto de nieve.

Cuando logro sentarme, con las rodillas a ambos lados de sus muslos, por fin puedo inspirar una buena bocanada de aire. Y es también en ese momento cuando se desata el infierno.

Macy grita mi nombre mientras desciende del árbol y la gente se arremolina a nuestro alrededor desde todas las direcciones. Pero estoy demasiado ocupada sacudiendo a Flint y abofeteándolo en las mejillas, intentando que responda, como para prestar atención a lo que hacen los demás.

Al menos hasta que abre los ojos y dice:

—Estoy empezando a pensar que debería haberte dejado caer.

—¡Dios mío! ¡Estás bien! —Me quito de encima de él—. ¿Estás bien?

—Eso creo. —Se incorpora con un leve gruñido—. Pesas más de lo que parece.

—¡No deberías moverte!

Trato de empujarlo para que vuelva a tumbarse, pero se echa a reír.

—La nieve ha amortiguado la caída, Grace. Estoy bien.

Para demostrarlo, se pone de pie en un ágil movimiento. Cuando lo hace, veo que dice la verdad. Hay un hueco con la forma de Flint en la nieve. Por primera vez desde que me mudé a este estado, doy gracias por su absurdo clima. Al fin y al cabo, si te caes desde una altura de seis metros, la nieve es mucho más blanda que el suelo.

Sin embargo, si ése es el caso...

—¿Por qué has venido a por mí? Podrías haberte hecho daño.

No responde. Sólo se queda ahí plantado mirándome de forma extraña. No es ni preocupación, ni enfado, ni orgullo, ni ninguna otra expresión que pudiera esperar que tuviera en estos momentos. Más bien parece... vergüenza.

Pero eso no tiene sentido. Acaba de evitar que sufriera una conmoción cerebral o que me rompiera los huesos, como poco. No tiene de qué avergonzarse.

—¿Qué alternativa tenía? —dice Macy con la voz temblorosa como si acabase de recuperar la capacidad de hablar—. ¿Dejar que te hicieras daño?

—¿Acaso es mejor que se haga daño él? —pregunto desconcertada.

—Él no se ha hecho nada, ¿no? Y tú tampoco. —Se vuelve hacia él agradecida—. Muchísimas gracias, Flint.

Sus palabras hacen que me dé cuenta de que he estado tan ocupada preocupándome por Flint (y gritándole) que no he hecho lo que debería haber hecho de inmediato.

—Gracias. Te lo agradezco muchísimo.

Las palabras suenan algo raras después de mi reprimenda, pero no son nada comparado con la expresión que se dibuja en el rostro de Flint cuando mira por encima de mi hombro hacia la multitud. No sabría decir si está a punto de darle a alguien un puñetazo o si está deseando salir corriendo.

Imagino que lleva mal los agradecimientos. A mí se me dan fatal, así que lo entiendo. No obstante, cuando las voces en la multitud empiezan a acallarse y la gente se separa como un mar Rojo humano, me vuelvo.

Y casi me marchito al instante al ver la frialdad en los ojos de Jaxon. Lo único que evita que las rodillas me cedan por completo es el hecho de que va dirigida a Flint y no a mí. En la fiesta de bienvenida me pareció que sólo intentaba ser intimidatorio.

Pero ahora su expresión es absolutamente aterradora. Y los cinco chicos inescrutables a su espalda (deduzco que estoy ante la famosa Orden al completo por primera vez) sólo reafirman el hecho de que hay un problema.

Un problema muy gordo.

Ojalá supiera por qué.

Incluso Flint, que hasta ahora nunca había reaccionado ante Jaxon, parece algo asustado. Y eso es antes de que Jaxon le pregunte, con la voz más fría que te puedas llegar a imaginar:

—¿En qué cojones estabas pensando?

Más que su mirada, es el tono lo que me impresiona, y un escalofrío me recorre la espalda cuando me interpongo entre él y Flint antes de que empiecen a pelearse. Puede que no entienda del todo lo que está pasando, pero está claro que Jaxon está furibundo y más que dispuesto a pagarlo con Flint, lo que no tiene ningún sentido.

—Me he caído, Jaxon. Flint me ha salvado.

Por primera vez dirige esos fríos ojos hacia mí.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! El viento me ha hecho perder el equilibrio. Me he caído del árbol y Flint se ha lanzado a por mí. —Me vuelvo hacia Flint para pedirle que confirme mi versión, pero no me está mirando. Tampoco a Jaxon. Tiene la mirada perdida en la distancia, y la mandíbula y los puños apretados—. ¿Qué te pasa? —pregunto y extiendo la mano para tocarle el hombro—. ¿Es que sí te has hecho daño?

Un ligero temblor sacude la tierra, un minúsculo terremoto que agita las ramas de los árboles un poco, pero que no hace nada más. Sé que esto pasa en Alaska, así que no me sorprendo al ver que nadie reacciona. Ni siquiera yo me altero demasiado. En San Diego tenemos algún que otro temblorcillo cada dos meses o así. Flint ni siquiera lo nota. Está demasiado ocupado rechazando mi mano.

—Estoy bien, Grace.

—Entonces ¿qué te pasa? —Mi mirada oscila entre Jaxon y él—. No entiendo nada de lo que está sucediendo.

Ninguno de los dos responde, así que miro a Macy en busca de una explicación que vaya más allá de mi hipótesis de que Alaska saca lo peor de la gente. Pero ella parece tan confundida como yo, y mil veces más asustada.

En cuanto a los demás..., están atentos al drama, con los ojos fijos en Jaxon, que sigue sin apartar la vista de Flint, que sigue negándose a devolverle la mirada. No es la primera vez que pienso en Jaxon como

cazador, pero sí es la primera que pienso en Flint como presa. Los otros miembros de su grupo deben de estar de acuerdo conmigo, porque empiezan a moverse en cuestión de segundos, chicos y chicas por igual, y lo flanquean a ambos lados.

Su evidente apoyo a Flint no hace sino aumentar la tensión entre él y Jaxon, cuya expresión se torna aún más fría y perpleja.

Intento desesperadamente pensar en el modo de calmar las aguas sin que haya un derramamiento de sangre, cuando Macy sale de repente de su estupor y dice:

—Deberíamos volver a la habitación, Grace, para comprobar que estás bien.

—Estoy perfectamente —le garantizo. Como si fuera a dejar a Jaxon aquí con esa cara de querer rajarle la garganta a Flint sólo por respirar—. No pienso ir a ninguna parte.

—De hecho, es la mejor idea que he oído en toda la tarde. —Jaxon da un paso adelante hasta colocarse justo detrás de mí. No me toca. Ni siquiera me roza. Pero está tan cerca que no importa. Lo siento ahí—. Os acompaño.

La gente se encoge al escuchar esto. Se echan ligeramente atrás, con mirada temerosa, la boca abierta y cara de pasmo. No entiendo a qué viene esa reacción, a menos que se deba al hecho de que Jaxon aborte la pelea entre los dos chicos más populares del instituto antes de que haya empezado siquiera. Tampoco es que haya una pelea en realidad, ya que Flint se ha evadido de toda esta historia negándose incluso a reconocer la existencia de Jaxon.

Es sobre todo ese comportamiento tan inusitado en él lo que hace que me aparte de Jaxon y diga:

—Tengo que quedarme con Flint para asegurarme de que de verdad está...

—Estoy bien, Grace —dice Flint con los dientes apretados—. Vete.

—¿Estás seguro?

Extiendo la mano para tocarle el hombro de nuevo, pero de repente Jaxon se interpone entre nosotros e impide que llegue a posarla. Después da un paso adelante, alejándome lenta e inexorablemente de Flint en dirección al instituto.

Es lo más raro que he visto en mi vida. Y, desde luego, lo más raro que me ha pasado jamás. Y, aun así, dejo que suceda. Porque se trata de Jaxon y, al parecer, no puedo evitarlo.

—Venga, Macy —digo en voz baja a mi prima y la cojo de la mano—. Vámonos.

Asiente, y nos dirigimos juntos al castillo: Macy, Jaxon y yo. Espero en cierta medida que los demás miembros de la Orden nos acompañen, pero miro un momento hacia atrás y veo que no se mueven.

Nadie lo hace.

He de decir que estoy empezando a sentirme como Alicia en el País de las Maravillas, las cosas cada vez se vuelven más *curioríficas*. Tal vez aquel último trayecto en la avioneta con Philip fue en realidad un descenso por una madriguera enorme.

Caminamos en silencio un par de minutos y, a cada paso que damos, me voy dando cuenta de que a lo mejor no he salido de la caída tan ilesa como pensaba. Ahora que la adrenalina ha disminuido, me duele el tobillo derecho. Mucho.

Para no pensar en el dolor y que Jaxon y Macy no noten que estoy cojeando, pregunto:

—¿Qué hacías aquí fuera? Pensaba que no ibas a participar en la pelea.

—Menos mal que estaba aquí, a juzgar por la situación en la que te ha metido Flint —responde sin siquiera mirar en mi dirección.

—No ha sido para tanto —le digo, a pesar de que el tobillo ha dejado de dolerme algo para dolerme una barbaridad en cuestión de segundos—. Flint me ha salvado. Él...

—Flint no te ha salvado —responde tajante con una voz tan dura y quebradiza como el hielo que nos rodea, y entonces se vuelve hacia mí por primera vez—. De hecho... —Hace una pausa y entrecierra los ojos—. ¿Qué te pasa?

—¿Aparte de que no entiendo por qué estás tan cabreado?

Ignora la pregunta y me mira de la cabeza a los pies.

—¿Qué te duele?

—Estoy bien.

—¿Te has hecho daño, Grace? —Macy se une a la conversación por primera vez, la muy gallina.

—No es nada.

Llevamos ventaja, pero, si nos detenemos, los demás nos alcanzarán, y lo último que necesito ahora mismo es montar un espectáculo aún mayor. Yo sólo quería encajar... o, más bien, integrarme sin más y pasar desapercibida. Después de lo de hoy, será como ir pintada del naranja de los símbolos de riesgo biológico. Algo que me resulta especialmente irónico, ya que fue el propio Jaxon quien me dijo que no llamara la atención.

Pero, en serio. Es como si la historia de San Diego se repitiera. Allí era la chica cuyos padres habían muerto. Aquí soy la chica que se cayó de un árbol y que casi causa la Tercera Guerra Mundial entre los dos tíos más buenos del instituto.

Tierra, trágame.

Decidida a regresar al centro y a mi habitación antes de que los demás vayan hacia ahí, empiezo a andar de nuevo. O, mejor dicho, lo intento, porque apenas he dado dos pasos cuando Jaxon ya está bloqueándome el camino.

—¿Qué te duele? —pregunta de nuevo, y su expresión me indica que no va a dejarlo pasar.

Y, puesto que discutir con él sólo me servirá para perder el tiempo, cedo.

—El tobillo. Me lo habré torcido al caer al suelo.

Jaxon se arrodilla a mis pies antes de que haya terminado la frase y me palpa el pie y el tobillo por encima de la bota.

—No puedo quitártela aquí o se te congelará el pie, pero ¿te duele cuando hago esto?

Mi gemido es la única respuesta que necesita.

—¿Voy a por la motonieve? —pregunta Macy—. No tardaré.

No, por favor. Paso de montar el espectáculo.

—Puedo andar. En serio. Estoy bien.

Jaxon nos lanza a las dos una mirada de incredulidad mientras me ayuda a ponerme de pie. Después, sin mediar palabra, me coge en brazos.

21

Me gusta valerme por mí misma, pero dejarse llevar tampoco está tan mal

Durante varios segundos, no puedo moverme. No puedo pensar. Sólo me limito a mirarlo, en una especie de estado de shock, mientras el cerebro me cortocircuita. Porque... en realidad no estoy en los brazos de Jaxon, ¿verdad? A ver, no puede ser.

Pero es. Y es una sensación increíble. Tremendamente fantástica. Además, estar en sus brazos, como una novia recién casada, me permite ver su rostro de cerca. Y he de decir que es injustísimo que sea todavía más guapo a dos centímetros de distancia. Y encima huele de maravilla.

Su aroma, una mezcla de nieve y naranjas, es lo que me lleva al límite, lo que me lleva a forcejear con él como si estuviera loca en un intento de que me deje de nuevo en el suelo. Porque, si me lleva así hasta el instituto, con ese aspecto, y ese olor, y ese tacto, voy a acabar hecha un auténtico lío.

—¿Quieres dejar de moverte tanto? —dice mientras trato de librarme de sus brazos.

—Pues suéltame. —Miro a Macy buscando su apoyo, pero ella nos observa como si pensara que está siendo víctima de una cámara oculta. Puesto que está claro que no me va a ayudar, vuelvo a dirigirme a Jaxon—. ¡No puedes llevarme hasta el instituto!

Ni siquiera altera ligeramente el ritmo.

—Mira y verás.

—Jaxon, sé razonable. Está a un buen paseo.

—¿Y...?

Me retuerzo un poco más intentando obligarlo a dejarme en el suelo, pero lo único que consigo es que me coja con más fuerza.

—Pues que peso mucho. —Vuelve a mirarme con incredulidad—. Hablo en serio. —Apoyo las manos en su pecho y empujo con fuerza. Sus brazos no ceden ni un milímetro. Y, si soy sincera, en realidad no quiero que me suelte. El tobillo me está doliendo muchísimo ahora, y tener que caminar se me hace un mundo. Pero eso no significa que deba permitir que se haga daño intentando ayudarme—. Déjame en el suelo. Te vas a herniar.

—¿Que me voy a herniar? —La ceja enarcada en la que me pasé demasiado tiempo pensando anoche ha vuelto—. ¿Pretendes insultarme?

—Pretendo que me sueltes. No puedes llevarme todo el camino hasta el...

—Grace —me interrumpe.

Espero a que diga algo, pero no lo hace. Respondo un «¿Qué?», en un tono nada agradable.

—Cállate.

Una parte de mí se siente superofendida por sus palabras y por el modo que tiene de pronunciarlas, como si fuera lo más natural del mundo. Pero la parte que controla mi lengua lo obedece y cierro la boca. A ver, supongo que hay cosas peores en el mundo que dejarse llevar en brazos por un tío bueno en vez de ir muriéndote de dolor.

Así avanzamos tres veces más rápido que cuando iba cojeando a cada paso. Antes de que me dé cuenta, ya estamos en el castillo subiendo las escaleras.

Cuando llegamos a nuestra habitación, Macy abre la puerta, sostiene las cuentas y le dice a Jaxon:

—Pasa.

Segundos después, me deja en la cama y pienso que aquí acaba todo. Pero entonces se agacha y me quita la bota.

—Ya me apaño yo —le digo—. Gracias por la ayuda. —Me mira fatal y vuelve a indicarme que me calle, esta vez sin necesidad de pronunciar las palabras. Esto me avergüenza tanto que aparto el pie y empiezo a quitarme yo sola el calcetín—. Me he torcido el tobillo —le espeto con tono mordaz —. No me estoy muriendo de tuberculosis.

—Ya, bueno, la noche es joven.

—¡Oye! ¿Qué se supone que significa eso? —Lo fulmino con la mirada.

—Pues que sólo llevas aquí tres días, y ésta es la segunda vez que tengo que salvarte.

—¿En serio? ¿Pretendes responsabilizarme de que se haya levantado un vendaval?

—Sí. —Me envuelve la pantorrilla con la mano y, suave pero con firmeza, me apoya la pierna sobre la cama para examinarme el tobillo—. Macy no se ha caído del árbol en el que estaba, ¿verdad?

—No ha sido... —empieza Macy, pero de ninguna manera pienso permitir que me culpe por esto.

—¡Es que su rama no se ha roto! —interrumpo—. La mía, sí. ¿Qué querías que hiciera? Agarrarme al tronco y... ¡Au!

Intento apartar el pie de un tirón cuando me toca en un punto que me duele muchísimo. Ignora mis reacciones, pero empieza a palparme con más cuidado todavía.

—No está hinchado y sólo tienes algunos moratones, así que no creo que te hayas roto nada.

—Ya te he dicho que sólo era un esguince. —Aparto la pierna, pero con mucha menos fuerza esta vez. Hay algo en el tacto de sus manos sobre mi pierna, de su piel contra la mía, que me pone especialmente nerviosa—. Ya puedes irte.

Esta vez me mira con una expresión medio divertida, como queriendo decir «no tientes a la suerte», y supersexy al mismo tiempo. Lo cual es totalmente absurdo, pero no lo hace menos cierto. Heather se moriría si me viera en estos momentos, a punto de echarme a llorar y suspirando por un tío dominante a más no poder. Es asqueroso, y en condiciones normales lo pondría en su sitio. Pero el hecho de que esté malhumorado porque le preocupa que me haya hecho daño y quiera asegurarse de que estoy bien... No sé. De alguna manera hace que sea diferente.

—¿Voy a buscar hielo? —pregunta Macy por primera vez desde que Jaxon ha interrumpido su objeción.

Mi prima está de pie junto a su cama, retorciéndose las manos y esforzándose por ocultar lo mucho que la asusta que Jaxon esté en nuestra habitación. Me vuelvo para responderle con la intención de tranquilizarla un poco, pero entonces me doy cuenta de que se lo está preguntando a él. Sí, al tío contra el que se ha pasado diez minutos advirtiéndome antes de la guerra de bolas de nieve.

—¿Tú también, Brutus? —digo y pongo los ojos en blanco.

Se encoge de hombros algo avergonzada, y Jaxon responde:

—Sí, eso estaría muy bien.

Acto seguido, Macy corre hacia la puerta, al menos hasta que él le sonríe a modo de agradecimiento. Entonces se queda parada. Se queda literalmente parada a medio paso, con un pie en el aire.

—Y ¿tienes alguna venda elástica? —añade Jaxon—. Así le vendaré el pie antes de irme. —Ella no responde—. ¿Macy?

Sigue sin responder. Jaxon me mira, con las dos cejas enarcadas, pero yo sólo pongo una expresión de incredulidad y doy una palmada superfuerte para sacarla de su abstracción.

—¡Macy!

—Ah, sí. Hielo. Voy.

—Entonces ¿no tienes vendas? —pregunta Jaxon.

—Y vendas. Sí. Claro. Tengo unas cuantas, de hecho.

Parece que de pronto trastabilla con las palabras y con los pies mientras corre a su cómoda y empieza a abrir cajones como una loca. Por fin encuentra lo que estaba buscando en el último de ellos y da media vuelta con una venda elástica rosa eléctrico sin abrir en la mano.

—¿Te vale ésta?

—Es perfecta, gracias.

Se le ilumina la cara ante su reconocimiento, y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no soltarle una bordería. En serio, como no tenga cuidado, acabará convirtiéndose en una de sus secuaces. «Puedes contarme lo que te ha hecho.» Traidora. Alargo la mano para coger la venda, pero Jaxon se me adelanta.

—Oye, puedo hacerlo yo —le digo.

—A lo mejor quiero hacerlo por ti.

De camino a la puerta, Macy emite un sonido como si se estuviera empezando a derretir, y he de admitir que la frase ha sido magnífica. Pero bueno, convencerme a mí misma de que me guste Jaxon nunca me ha costado demasiado. Me ha atraído desde el principio, incluso cuando estaba inmensamente cabreada con él.

—¿Qué? ¿No protestas? —pregunta con un ligero aire burlón.

—¿Me lo vas a vendar o no? —refunfuño, y paso de responder a su pregunta porque hacerlo sería demasiado bochornoso.

Agacha la cabeza y se pone manos a la obra, pero alcanzo a ver la sonrisilla que se ha dibujado en su rostro. La cicatriz le llega a la comisura de los labios, pero sólo transforma su sonrisa en una sonrisita torcida que resulta un millón de veces más sexy de lo que debería.

Siento sus dedos fríos alrededor del tobillo, pero me lo venda con muchísimo cuidado. Al final me relajo. Mis músculos se relajan también bajo las caricias de su dedo en la pantorrilla.

Y cuando pronuncio su nombre esta vez, hasta yo percibo el deseo. Levanta la cabeza al instante, y su mirada, oscura y profunda, se clava en la mía.

La mano que me sostiene la pierna se vuelve más firme, más insistente, cuando se inclina ligeramente hacia ella. Su perfume, salvaje y sexy, parece aún más intenso que cuando me llevaba en brazos. Inunda todos mis sentidos, me vuelve la boca agua y provoca que mis manos se mueran por tocarlo. Hace que desee pegar mi rostro a la curva de su cuello y aspirarlo.

Ya estoy al límite por tenerlo tan cerca, y estos nuevos anhelos que despierta en mí me impiden respirar con normalidad. El corazón se me desboca y, cuando se inclina hacia mí un poco más, mi cuerpo entero se enciende como la aurora boreal que tanto deseo admirar.

—Grace. —Pronuncia mi nombre como si fuera una promesa.

Es la gota que colma el vaso. Gimo y siento que empiezo a derretirme completamente por dentro. Volvería a decir su nombre, pero he perdido el control de las cuerdas vocales. Y prácticamente del resto del cuerpo.

Levanta la mano para acariciar mi mejilla con delicadeza. Cierro los ojos y me pego a su gesto. Y casi me da un infarto cuando, de repente, la puerta se abre y aparta la mano de golpe.

—Tengo el hielo —anuncia Macy—. Lo he picado y...

Se para en seco y abre los ojos como platos al percibir la tensión que se respira en el aire. Jaxon sigue inclinado sobre mí, y no hace falta ser un genio para imaginar lo que acaba de interrumpir. Por un instante parece que va a dar media vuelta y salir de la habitación.

Pero el momento ha pasado, y Jaxon se pone de pie y se dirige hacia la puerta.

—Ponte el hielo veinte minutos a ver qué tal. Si no mejora, te lo vuelves a poner dentro de una hora. ¿Entendido?

—Sí, entendido —logro graznar con la garganta todavía constreñida.

—Muy bien.

Se aventura a sonreír de nuevo a Macy, y niega con la cabeza al ver que gimotea ligeramente otra vez. No dice nada más hasta que está a punto de salir del cuarto. Entonces se vuelve con la mano en el pomo y dice:

—Mantente alejada de Flint, Grace. No es lo que piensas.

Sus palabras terminan de eliminar los restos de mi parálisis vocal y de mi sumisión.

—Flint y yo somos amigos. Y no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

Me controlo lo suficiente como para no añadir: «Por mucho interés que despiertes en mí».

Espero que me responda algo, es lo bastante arrogante como para creer que todos debemos obedecerle al instante, pero, en vez de hacerlo, ladea la cabeza y se queda observándome durante varios segundos. Después dice:

—Muy bien.

—¿Muy bien? —Entrecierro los ojos recelosa de su conformidad—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Se vuelve para marcharse.

—No pensaba que fuera a ser tan fácil.

Me lanza su mirada inescrutable, esa que estoy empezando a odiar.

—Esto va a ser muchas cosas, Grace. Pero «fácil» no es una de ellas.

Y, sin más, se marcha. Como de costumbre.

Maldita sea.

22

Bonita, aquí hace mucho calor...

Han pasado varios segundos desde que Jaxon se ha marchado de la habitación y sigo esperando el inminente interrogatorio de mi prima. Exigirá saber qué está pasando entre nosotros, y sé que va a ser un problema en muchos sentidos. El más evidente es que no tengo ni idea de qué es lo que está pasando entre nosotros. Si es que está pasando algo.

Sí, Jaxon me ha buscado dos veces hoy, pero no tengo la menor idea de qué significa eso. Ni de si significa algo.

¿Y a qué ha venido esa frase de despedida? «Esto va a ser muchas cosas, Grace, pero "fácil" no es una de ellas.» ¿Quién dice algo así? ¿Quería decir que está interesado en mí? ¿O todo lo contrario?

Uf. ¿Por qué tienen que ser los chicos tan complicados?

Quizá sólo me esté tomando el pelo porque se aburre o algo. Soy carne fresca aquí, en medio de la nada. Pero no parecía aburrido después de la guerra de bolas de nieve. De hecho, parecía muy cabreado con Flint. Cosa que no tiene ningún sentido, ya que Flint me ha librado de sufrir un traumatismo o de romperme una pierna o algo peor.

Pero, si un chico no tiene interés, no reacciona como lo ha hecho Jaxon, ¿no? No le dan esas pataletas de ira (porque era una pataleta, a pesar del

frío que hacía) como la que le ha dado a él en medio de ese bosque sólo porque pensaba que Flint me había puesto en peligro. ¿No?

Al menos, eso creo..., pero, en fin, ¿qué sabré yo? Sólo he tenido un novio, y lo que sentía por Gabe no se parecía en nada a esto. A ver, era una relación decente, supongo. Éramos amigos desde hacía años y simplemente se transformó en algo diferente durante un tiempo. Íbamos juntos a los sitios, a veces nos enrollábamos, lo típico. Pero con Gabe todo era fácil. No me hacía sentir como Jaxon. Con él no me quedaba sin respiración ni me sudaban las manos ni sentía mariposas en el estómago cada vez que me miraba. No me pasaba horas obsesionada con cada una de sus palabras, ni ansiaba su tacto como ansío el de Jaxon.

Ojalá supiera qué es lo que siente él.

—Qué fuerte.

Al parecer, Macy ha salido por fin del coma inducido por Jaxon en el que ha estado sumida durante los últimos cinco minutos. La miro a modo de advertencia.

—No empieces.

—Qué. Fuerte. Qué-fuerte. Qué-fuerte. Qué-fuerte. ¿Qué acaba de pasar?

—Me he caído de un árbol. Flint ha evitado que muera. Jaxon me ha traído a la habitación porque me he torcido el tobillo —digo frívolamente intentando que suene desenfadado.

Si evito que Macy sepa el inmenso lío que tengo ahora mismo en la cabeza, lo dejará estar.

—Eso son sólo los detalles.

Se deja caer sobre mi cama con cuidado de no hacerme daño en el tobillo.

—Yo diría que los detalles son lo más importante en este caso.

—No. ¡En absoluto! Ahora mismo lo que importa es la situación general.

—¿Y cuál es, si se puede saber? —pregunto.

—Que los dos chicos más populares del instituto están obsesionados contigo.

Casi me estrangulo con la sudadera intentando verle la cara para comprobar si está de coña o no.

—Yo no diría que están obsesionados. —Consigo por fin liberarme desatando los cordones de la capucha y dejo de ahogarme en el proceso—. Además, ¿no acababas de advertirme que me alejase todo lo posible de Jaxon?

—Sí, pero eso ha sido antes.

—¿Antes de qué? —pregunto.

—De ver cómo te mira. —Cierra los ojos y hace un sonido muy parecido al que ha hecho cuando Jaxon le ha sonreído—. Ojalá Cam me mirase a mí así.

—¿Quieres que tu novio te mire como si fuera un capullo arrogante acostumbrado a salirse con la suya?

—Sí, bueno, eso ya lo hace —dice y pone los ojos en blanco—. Quiero que me mire como si le doliera físicamente no estar tocándome.

—Jaxon no me mira de esa manera —contesto, aunque empiezo a pensar que debe de ser así como lo miro yo a él.

Macy suelta una carcajada.

—Bonita, si ese chico te deseara más aún, entraría en combustión espontánea.

Sus palabras hacen que me suba la temperatura. Tengo la sensación de que soy yo la que va a entrar en combustión espontánea, sobre todo si sigo pensando en Jaxon. Ese chico está demasiado bueno... para mi paz mental. Y, si Macy está en lo cierto, si piensa tan sólo en una cuarta parte de las cosas que pienso yo de él...

—Hace calor aquí dentro, ¿no?

Empiezo a despojarme de las miles de capas de ropa que llevo encima.

—Después de verte estos tres días pasándolo tan mal por el frío, jamás pensé que dirías eso —bromea Macy mientras coge mis pantalones y empieza a tirar de ellos con tanta fuerza que me arrastra hasta la mitad de la cama—. Supongo que lo único que necesitas para entrar en calor es tener un encuentro íntimo y personal con el chico más peligroso del instituto Katmere.

Le doy una palmada en las manos.

—¿Qué haces?

—Intento ayudar. Es difícil quitarse esto si no puedes levantarte.

Tira de nuevo y sigue sin conseguir gran cosa.

—No te preocupes; puedo yo sola.

Le aparto las manos y me levanto apoyando el peso en la pierna que no me duele y me bajo los pantalones para la nieve y los polares, quedándome sólo con los pantalones interiores largos y los calcetines de lana, y mucho más cómoda que con las cinco capas de ropa que ya me estaban haciendo sudar.

Macy se quita su propia ropa y no dice nada más hasta que ambas estamos de nuevo sentadas en mi cama. Entonces me mira directamente a los ojos y dice:

—Ya lo has pospuesto bastante. Canta.

—No hay nada que cantar. —Me deslizo bajo las sábanas y apoyo la espalda contra la pared—. Tú misma dijiste que los distintos grupitos no se mezclan.

—Ya, bueno, pero tú aún no perteneces a ninguno, así que, al parecer, en tu caso esas reglas no se aplican. Y en cuanto a lo de no tener nada que cantar, venga ya. Llevas aquí justo setenta y dos horas, y yo he estado contigo la mayor parte del tiempo, por cierto. No todas ellas, evidentemente, porque no tenía ni la menor idea de que los dos tíos más buenos del instituto iban a competir por ver quién mea más lejos por ti

delante de todo el último curso. —Me mira con incredulidad—. ¿Cuándo ha sucedido todo esto? ¿Y cómo?

—No ha pasado nada, de verdad. Flint y yo sólo somos amigos...

—Ya, claro.

—En serio. Es majo y eso, pero nunca ha hecho ningún gesto que se salga de los límites de la amistad.

Macy pone los ojos en blanco.

—¿Como lo de llevarte por las escaleras o invitarte a su guerra de bolas de nieve?

—Fuiste tú quien le pidió que me llevara por las escaleras. Mal de altura, ¿recuerdas?

—Sí, ¿y también le he pedido que se lance en picado desde lo alto de un árbol para salvarte la vida?

—Seguro que ha pensado que se lo habrías pedido de haber tenido tiempo.

—¡Madre mía! Eres lo peor. —Se desploma sobre la cama—. No tengo claro si te estás mintiendo a ti misma o si simplemente eres así de ingenua.

—Ni una cosa ni la otra. —La miro con mi expresión más sincera—. Te lo juro, Macy. Entre Flint y yo no hay nada.

Me examina durante un segundo y, al final, asiente.

—Bueno, vale. Pero veo que no dices lo mismo sobre lo tuyo con Jaxon.

—Jaxon y yo... Jaxon es... A ver, somos... yo no... —balbuceo con las mejillas encendidas, porque hasta yo soy consciente de lo incoherente y ridículo que suena—. Uf.

—¡Vaya! —Ahora mi prima tiene los ojos abiertos como platos—. La cosa es seria, ¿eh?

No sé qué decir, así que no digo nada. Aunque Macy lleva estudiando aquí mucho más tiempo que yo, lo que significa que sabe mucho más de Jaxon que yo, y me gustaría aprovecharme de una parte de ese conocimiento.

—Es complicado.

Espero que me pregunte qué tiene de complicado, pero no lo hace. Sólo asiente como queriendo decir: «Claro que sí».

—En realidad no es tan peligroso como tú decías, ¿verdad?

Conozco la respuesta antes incluso de terminar la pregunta: «Joder, sí, sí que lo es. Y deberías mantenerte todo lo alejada de él que puedas».

Conmigo siempre ha sido muy cuidadoso, pero el hecho de que Jaxon no es como los demás chicos que he conocido es tan evidente como la cicatriz de su rostro. Todo en él anuncia el peligro, un peligro oscuro y brutal. Sus ojos, su voz, el modo en que se contiene y el modo en que se mueve.

Lo veo, lo reconozco. Pero, cuando estoy cerca de él, nada de eso importa. Cuando estoy cerca de él, sólo importa estar aún más cerca. Aunque es evidente que le han hecho daño en el pasado y que está decidido a protegerse. ¿Fue la muerte de su hermano la que le hizo esto? ¿O acaso Hudson no es más que una pieza de un puzle más grande? Algo me dice que es lo segundo, pero no lo conozco lo suficiente como para estar segura.

Se hace el silencio entre nosotras durante largos segundos. Observo a Macy, que tiene justo lo contrario a una cara de póquer mientras piensa en algo que decir. Tarda un poco, pero al final responde:

—No es peligroso en plan *El silencio de los corderos*. No va a meterte en una fosa y a dejar que te mueras de hambre para poder hacerse un traje con tu piel ni nada por el estilo.

Me echo a reír flipando.

—¿En serio? ¿No se te ocurre nada mejor que decir que no va a hacerse un traje con mi piel?

Se encoge de hombros.

—También he dicho que no va a dejar que te mueras de hambre en una fosa.

—Es Alaska. Necesitas una perforadora petrolera para cavar una fosa en el suelo congelado.

—Exacto. —Sacude las manos hacia delante en un gesto de obviedad—. ¿Ves? Ya te he dicho que eso no lo haría.

—¿Estás intentando infundirme seguridad? ¿O quieres acojonarme?

—Lo último. —Me mira pestañeando—. ¿Funciona?

—No tengo ni idea.

Suena mi teléfono, y me siento tentada de ignorarlo. Pero debe de ser Heather. Aquí en Katmere sólo Macy tiene mi número, y en estos momentos no me vendrá mal un poco de la cordura de mi mejor amiga.

¿Cómo ha ido el primer día de clase?
¿Hay algún tío bueno en tu clase?
¿O alguna tía buena? Es para alguien
que conozco...

Al final del último mensaje, añade el emoji de la cara pervertida, y me echo a reír sin remedio. Después le hago una foto a Macy, con su camiseta de tirantes y ropa interior larga, que finge hacer pucheros cuando le digo que es mi mejor amiga de San Diego, y respondo:

¡¡¡Muchas!!!

Ufff. Mala.
¿Qué tal las clases?

No he ido por el mal de altura.
Pero iré mañana.

Después, como sé que Heather podría seguir mandando mensajes durante horas y quiero terminar esta conversación sobre que Jaxon no es un asesino en serie de película, le escribo:

Ahora estoy liada.
Hablamos pronto.

Acto seguido, dejo el móvil a un lado y me vuelvo hacia mi prima, que está mirando su propio móvil, pero para en cuanto ve que he terminado de mandar mensajes y dice:

—Dime la verdad, Grace. ¿Te gusta Jaxon?

Gustar es una palabra muy insípida para describir las emociones que Jaxon remueve en mí. Hay algo en él que me atrae muy profundamente. Es como si hubiese algo roto en él que, de alguna manera, encajase con lo que hay roto en mí.

Sé que Macy no lo ve. Está demasiado ocupada temiendo su oscuridad y su estatus social como para prestar atención a lo que se esconde bajo la superficie. Pero yo sí lo veo, veo el dolor y la pérdida y el temor que se ocultan tras su rostro inexpresivo y sus ojos vacuos. Lo veo como no creo que nadie de este instituto lo vea.

Pero no le digo nada de esto. No soy nadie para hablar del sufrimiento de Jaxon. En vez de eso, respondo:

—¿Qué más da si me gusta o no?

—No me estás contestando.

—¡Porque no tengo una respuesta! —exclamo—. Llevo aquí tres días, Mace. ¡Tres días! Todo está boca abajo y del revés, y no tengo ni idea de qué pienso sobre nada... ni sobre nadie. ¿Cómo voy a saber lo que siento por un chico al que apenas conozco? Sobre todo si un momento pasa de mí y al siguiente me lleva en brazos a casa. Es distinto a cualquier persona que haya conocido nunca y... —El bufido de Macy interrumpe mi diatriba—. ¿Qué? —imploro—. ¿Por qué tengo la impresión de que sabes algo que no me estás contando?

—No tengo ni idea. Continúa.

—Suena a que sabes algo. —La miro con recelo.

—Perdona. —Levanta las manos en un gesto de rendición—. Es sólo que estoy... de acuerdo. Jaxon no se parece a nadie que hayas conocido antes.

—Lo dices como si fuera algo malo. Sé que no quieres que me guste...

—Oye, te dije que te mantuvieses alejada de él porque relacionarse con él no es fácil. O, al menos, nunca lo ha sido. Pero contigo...

—¿Qué?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Parece el típico cliché literario, pero es diferente cuando está contigo. Es como menos intenso, pero más intenso al mismo tiempo, no sé si me explico.

—Pues no. Para nada.

Macy suelta una carcajada.

—Ya. Bueno, me has preguntado tú. Supongo que lo que quiero decir es que me preocupa lo que sea que Jaxon y tú estéis haciendo, pero no estoy totalmente en contra. No como lo habría estado si no hubiese visto cómo se ha comportado contigo hoy.

Quiero profundizar en eso. Quiero preguntarle a qué se refiere exactamente. Pero una parte de mí está convencida de que ya me hago una idea bastante clara. Está hablando del Jaxon con el que me encontré en el pasillo aquel día, después de que Flint me hubiese subido por las escaleras. O del Jaxon que vi en la fiesta, tan frío y tan sombrío que me hizo salir corriendo. Literalmente. Si ése es el único Jaxon que ella conoce, no me extraña que sintiese la necesidad de advertirme contra él.

—Sigo sin saber lo que estamos haciendo —admito, y me hundo en las almohadas—. Ni si estamos haciendo algo. Ojalá supiera lo que piensa de mí, ¿entiendes? Saber si está jugando conmigo o si él también piensa algunas cosas como yo.

—¿Qué cosas piensas tú?

Lo pregunta con un tono tan natural que respondo sin pensar:

—Creo que estoy obsesionada con él. Pienso en él todo el... —Me interrumpo cuando me doy cuenta de lo que estoy diciendo—. Me has engañado.

Me mira con inocencia fingida.

—Sólo te he hecho una pregunta. No tenías por qué contestar.

—Sabías que estaba ensimismada y que no estaba pendiente de vigilar mis palabras.

—Bien. Me alegro de que hables sin censuras. Conmigo no tienes por qué hacerlo. —Alarga el brazo y me coge la mano—. En serio, Grace. Las cosas van a ser algo extrañas para ti aquí durante un tiempo. Pero no actuaremos de forma rara entre nosotras. —Hace un gesto entre las dos—. Incluso si no tienes a nadie más en quien confiar aquí, puedes confiar en que yo te guardaré las espaldas, incluso frente a Jaxon. Somos familia.

De repente se me hace un nudo del tamaño de Denali en la garganta y trago saliva un par de veces para intentar deshacerlo. No sabía cuánto necesitaba oír esas palabras hasta que las ha pronunciado. No sabía cuánto echaba de menos tener a alguien a mi lado de forma incondicional.

—Sabes que es recíproco, ¿verdad, Macy? Tú también puedes confiar en mí.

Sonríe de oreja a oreja.

—Ya lo hago. Sólo quiero que recuerdes lo que te he dicho. Y que estoy aquí, pase lo que pase. De tu parte.

Hay algo intenso en el modo en que lo dice, y en el modo en que me mira después. Como si estuviese intentando advertirme e infundirme confianza a la vez. Es tan raro que un escalofrío de inquietud me recorre la espalda llevándose el calorcito que me habían proporcionado las mantas y sustituyéndolo por una gelidez que nada tiene que ver con Alaska y que tiene todo que ver con la sensación de que estoy metida hasta el cuello en algo, aunque aún no sepa de qué se trata.

Intento pasar por alto esta sensación. Me digo a mí misma que es probable que no sean más que paranoias mías. Soy lo bastante lista, y lo bastante honesta, como para reconocer que últimamente tiendo a esperar lo peor de todas las situaciones.

Pero, en vez de regodearme en este malestar, asiento y digo:

—Vale. Me alegro.

Macy sonríe.

—Y ahora que ya hemos acabado con eso, hay algo de lo que quiero hablar contigo. —Se levanta y se dirige a la mininevera—. Aunque sé que no va a gustarte.

23

Nunca lleves una cuchara de helado a un tiroteo

Miro a Macy con recelo mientras abre la nevera y busca algo.

—¿Hasta qué punto no me va a gustar? —Levanta una tarrina de Ben & Jerry's de cereza con un sonido triunfal. Se me cae el alma a los pies—. ¿Tan malo es que vamos a necesitar helado?

—La verdad es que yo siempre necesito Ben & Jerry’s. —Quita la tapa al colorido recipiente y coge dos cucharas del portacubiertos morado brillante que hay encima de la nevera—. Y me parece un buen momento para darnos un capricho.

Acepto la cuchara que me ofrece.

—No sabía que lo vendieran aquí.

—Cuesta diez pavos la tarrina de medio litro, pero venderlo lo venden.

Esboza una sonrisa ante mi cara de espanto.

—Vaya. Qué...

Sonríe de oreja a oreja.

—Bienvenida a Alaska.

—Supongo que lo que tienes que decirme es muy serio si necesita un helado de diez dólares.

No responde nada a mi evidente intento de sonsacarle algo. Sólo me tiende la tarrina abierta para que coja una cucharada. Y lo hago. Ella también lo hace, y brindamos con el helado antes de metérnoslo en la boca. Brindar con la primera cucharada del helado es un ritual que nos inventamos el verano que pasamos juntas cuando teníamos cinco años.

Espero que Macy me cuente de una vez lo que sea que tenga que contarme, pero simplemente coge otra cucharada de helado. Y luego una tercera, y una cuarta, hasta que me rindo y hago lo mismo.

Llevamos ya media tarrina cuando por fin dice:

—Tengo que advertirte de algo.

Vaaale.

—¿No me has advertido ya sobre Jaxon? ¿No es eso lo que estábamos haciendo hace un momento?

—Esto no es sobre él. Bueno, supongo que en parte sí, pero no del modo en que estás pensando. —Se me debe de notar en la cara lo confundida que estoy, porque inspira hondo y suelta—: Si te gusta Jaxon, me parece bien, de verdad. Pero si te gusta, Grace, no puedes seguir relacionándote con Flint también. No funcionará.

Eso se aleja tanto de lo que pensaba que me iba a decir que tardo unos instantes en asimilar sus palabras. E incluso después de haber decidido que las he entendido, siguen sin tener ningún sentido para mí.

—¿Qué quieres decir con que no funcionará? Ahora mismo no estoy saliendo con ninguno de ellos, e incluso si así fuera... ¿por qué no iba a poder ser amiga del otro?

—Porque no. —Niega con la cabeza enfáticamente—. No puedes. Eso es lo que intento decirte.

Estoy casi segura de que me está tomando el pelo. Tiene que ser una broma. Pero parece tan seria que tengo que preguntárselo.

—¿Cómo que no puedo? ¿Qué es esto, *El club de los cinco*?

—Peor. Mucho peor.

—Desde luego, porque incluso en *El club de los cinco* llegaron a la conclusión de que daba igual a qué grupo pertenecieras.

—¿No es ésa también la película en la que Judd Nelson acosa sexualmente a Molly Ringwald colándose bajo su falda escondido bajo su mesa?

Dicho así...

—Vale, puede que no sea el mejor ejemplo.

Pone los ojos en blanco.

—No me digas.

—De todas maneras, todo esto de que Jaxon y Flint no sean capaces de comportarse civilizadamente el uno con el otro porque pertenecen a grupos diferentes es absurdo. ¿Sabes cuánta gente ha sido amable conmigo desde que he llegado aquí? —Levanto cuatro dedos y voy marcando los nombres según los pronuncio—: Tú, Jaxon, Flint y Lia. Ya está. Cuatro personas. Así que no me pidas que no hable con una de las cuatro personas en todo este lugar que no me trata como si tuviera la peste.

—Ay, Grace. —Parece afligida—. ¿Tan mal te has sentido?

—Bueno, fácil no ha sido precisamente, incluso dejando de lado las experiencias en las que casi muero. —Mis palabras parecen dolerle tanto que no puedo evitar recular un poco—: Pero no te preocupes, Mace. Todavía no he empezado las clases. Seguro que la gente se suelta más y deja de mirarme mal según me vaya conociendo.

Esto la anima.

—Lo harán, Grace. Te lo prometo. Sólo tienen que pasar algo de tiempo contigo. No suele venir demasiada gente nueva, y la mayoría de nosotros llevamos juntos mucho tiempo, incluso desde antes de Katmere.

—Eso no lo sabía.

—Sí. Hay otro instituto al que íbamos casi todos antes de cambiar a éste. Los cursos empezaban en quinto grado. Así que, si parecemos algo distantes, en parte es por eso.

—Ya, pero que os conozcáis desde hace tanto tiempo ¿no debería hacer precisamente que os llevaseis todos mejor?

—Debería. Y, durante un tiempo, así fue. No sabría explicarte en qué momento se torcieron las cosas; hace un año ocurrió algo espantoso y las cosas se descontrolaron. En apariencia todo parece ir bien, pero, si escarbas un poco, el daño sigue estando ahí. Y parte de lo que sucedió hace que sea casi imposible que Jaxon y Flint estén en el mismo lado de... nada.

Es probablemente la explicación más vaga que nadie me ha dado jamás sobre nada. Y, aun así, me quedo pensando, intentando encajar las pocas cosas de las que me he ido enterando desde que estoy aquí.

—¿Es por lo que le sucedió a Hudson Vega?

Formulo la pregunta sin ni siquiera pensarlo y, a juzgar por la expresión de Macy, debería haberlo hecho.

—¿Qué sabes sobre Hudson? —susurra en voz tan baja que es como si le diera miedo decir su nombre en alto.

—Lia me dijo que su novio había muerto, ¿recuerdas? Pero, después, Jaxon mencionó a su hermano, y yo sumé dos más dos cuando los vi discutir.

—¿Te dijo Jaxon que Hudson estaba muerto?

Si le hubiese dicho que me iba a volver volando a San Diego con mis propios poderes no le habría sorprendido tanto como esto; de repente, me asaltan un montón de dudas.

—¿Es que no lo está?

Si Jaxon me hubiese mentido sobre algo así, no sé qué haría. ¿Qué clase de persona...?

—Sí. Lo está. Es sólo que no suele hablar mucho de ello. Este asunto casi acaba con él, y me cuesta imaginar que se lo mencionara a... —Deja la frase inacabada.

—¿Una total desconocida?

—Exacto. —Parece sentirse algo culpable por admitirlo—. Aunque supongo que no sois tan desconocidos...

—A veces es más fácil así —interrumpo—. Hablar con tu mejor amiga sobre lo peor que te ha pasado en la vida es muy duro. Hablar con un desconocido que no tiene ningún interés particular... a veces duele menos.

Suena raro, pero es verdad. Es una de las cosas que aprendí el mes pasado.

—Tiene sentido, en cierta manera.

Deja el helado y se inclina para abrazarme. Le devuelvo el abrazo durante unos segundos, hasta que siento que las lágrimas, que nunca se alejan demasiado de la superficie, se me empiezan a acumular en los ojos. Entonces me aparto y sonrío para indicarle que me encuentro bien, aunque no sea así.

—A lo mejor es por eso por lo que Jaxon se comporta de manera diferente conmigo. Porque sabe que yo también he perdido a alguien.

—A lo mejor. —Parece dudarlo—. Pero si la atracción entre Jaxon y tú se debe a que ambos habéis perdido a alguien... Tú ten cuidado, ¿vale, Grace? Lo último que quiero es que te conviertas en el pañuelo de la cuerda de la que tiran Flint y él, porque, al final, serás tú la que acabe mal.

Intento ignorar sus palabras, y se me da bastante bien durante el resto de la noche. Pero, una vez en la cama, con las luces apagadas, no puedo evitar pensar en lo que Macy me ha dicho... y en el hecho de que parece más una premonición que una advertencia.

Al pensarlo, siento un inmenso pesar que me empuja contra la cama, que me aplasta hasta que el simple acto de darme la vuelta y hacerme un ovillo para protegerme me resulta imposible. Me conformo rodeándome la cintura con los brazos y diciéndome que se equivoca. Aunque una vocecilla en mi interior me dice que no es así.

24

Los gofres son la forma de ganarse del todo a una mujer

Me despierto lentamente con el sonido de un mensaje de texto. Gruño mientras pienso en ignorarlo, en quedarme envuelta entre las sábanas, calentita, cómoda y en la gloria. Pero he tardado mucho en responder a los mensajes de Heather desde que llegué a Alaska, y eso no está bien.

Sin embargo, al revolverme en la cama para coger el móvil, me doy cuenta de dos cosas. La primera, que son más de las diez de la mañana, lo que significa que me he saltado la primera clase. Y, la segunda, que el mensaje no es de Heather.

Y tampoco de Macy. Es de un número que no conozco.

¿Cómo tienes el tobillo?

«¿Será Flint? —me pregunto mientras me aparto el pelo de los ojos y me incorporo—. ¿O será otra persona?»

Por un momento me vienen a la mente los oscuros e inescrutables ojos de Jaxon, pero no creo que se trate de él. No cuando se ha comportado de ese modo tan inestable desde que nos conocemos. Y menos después de que anoche me dijera que las cosas iban a ser complicadas entre nosotros, signifique eso lo que signifique.

Decido ir sobre seguro y respondo:

¿Quién eres?

Se hace una larga pausa. Y entonces...

Jaxon.

Es sólo una palabra, y aun así parece estar cargada de indignación. Como si no pudiera concebir que no tuviese ya su número guardado en el teléfono y que no estuviera esperando a que se decidiera a escribirme. Esto debería cabrearme, pero me hace gracia. Tanta que no puedo evitar responder:

¿Qué Jaxon?

No conozco el remate.

¿Qué remate?

El del chiste de «toc-toc, ¿quién es?»
que estás intentando hacer.

Me echo a reír, porque por mensaje tiene un sentido del humor que no me ha mostrado en persona.

Se me dan fatal esa clase de chistes.

Por fin una buena noticia.

¡Oye!
¿Qué le dice el 1 al 10?

Hay una larga pausa y me imagino su cara perfectamente. Entonces contesta:

No sabía que los números hablaran.

Sí, es más o menos la respuesta que esperaba recibir.

(Emoji de los ojos en blanco)
Venga. Prueba.

Sólo quería saber cómo iba tu tobillo.

Intenta adivinarlo y te lo digo.

Otra larga pausa.

¿Hola?

¡¿¿Cómo que hola??!

Yo qué sé.
He puesto lo primero que se me ha ocurrido para que
me respondas de una vez.

(Dos emojis con los ojos en blanco)
Inténtalo otra vez.
¿Qué le dice el 1 al 10?

Esta pausa es tan larga que llego a convencerme de que la he fastidiado y que no va a contestarme. Pero entonces...

¿Qué le dice?

Casi se me cae el teléfono de la emoción, y sonrío con tanta fuerza que me duelen las mejillas. Es ridículo, lo sé, pero me estoy dando cuenta de que, en lo que respecta a este chico, soy ridícula.

Para ser como yo, tienes que ser sin-cero.

Anda, no está nada mal.

Vaya, gracias.

Que no se te suba a la cabeza.

Tranquilo.
(Tres emojis con los ojos en blanco)

¿Qué obtienes si mezclas a un vampiro
con un muñeco de nieve?

¿Qué? ¿Un chiste? ¿Del siempre serio Jaxon Vega? Me falta tiempo para contestar:

No tengo ni idea.

Un sorbete.

Me río en voz alta. ¿Quién es este Jaxon? Y ¿qué tengo que hacer para que no desaparezca?

Halloween y Alaska combinados, ¿eh?
Estoy impresionada.

Se hace otra larga pausa, pero esta vez algo me dice que no pierda la esperanza todavía. Que si no contesta no es porque haya guardado el móvil, sino porque está pensando qué decir. Lo cual es algo... absurdo. Me cuesta imaginarme a un Jaxon que no sepa qué hacer o qué decir en cualquier situación.

Por fin, el teléfono suena de nuevo.

Me has prometido que me dirías
cómo va tu tobillo.

Vaya, con lo bien que lo estábamos pasando. Pero cedo, porque la alternativa es no contestar y no quiero hacer eso. Al menos, no aún.

No lo sé. Acabo de despertarme. Mi tío debe de haber decidido que hoy tampoco hace falta que vaya a clase.

Diría que qué afortunada eres, pero...

¿Es que caerse de un árbol no te parece ser lo bastante afortunada?

¿Entiendes el significado
de la palabra *afortunada*?

Me entra la risa de forma tan inesperada que casi ronco. Me cubro la boca con la mano, aunque no hay nadie que pueda oírme.

Bueno, salí por mi propio pie, ¿no?

(Emoji de los ojos en blanco)

Creo recordar que tuve que llevarte yo.

Ah. Sí. Por cierto, gracias.

(Un montón de emojis con los ojos
en blanco)

Ahora que lo dice, yo también tengo curiosidad por saber qué pinta tiene mi tobillo, así que aparto las sábanas e intento levantarme de la cama. Grito de dolor en cuanto apoyo un poco el pie derecho. Vale, ahí tengo la respuesta. Con el problema añadido de que necesito ir a hacer pis.

¿Qué vas a hacer hoy?

Creo que me quedaré en la cama
compadeciéndome de mí misma.

Qué divertido.

Sí, bueno, resulta que el tobillo
aún me duele un poco.

¿Estás bien?

Claro.
Ahora vuelvo.

Uso la excusa del ibuprofeno para obligarme a atravesar la habitación hasta el baño. Cuando termino, me lavo las manos y cojo una pastillita redonda y una botella de agua antes de volver cojeando a la cama. Me obligo a tomarme las pastillas antes de coger el teléfono de nuevo, aunque me cuesta. Me muero por saber si Jaxon me ha respondido.

No lo ha hecho. Pero no pasa nada, me digo a mí misma. Al fin y al cabo he sido yo la que ha cortado la conversación bruscamente.

Ya estoy aquí.

No hay respuesta.

Siento haber tardado tanto.

Sigue sin haber respuesta.

Vaya. La he fastidiado.

Me enfado conmigo misma por haber cortado la conversación. Y me cabreo también por estar enfadada. Jaxon me ha mostrado más de sí mismo en los últimos cinco minutos que en todo el tiempo que llevo aquí. ¿Por qué debería molestarme que haya dejado de escribir?

A ver, el chico tiene que ir a clase y eso.

Por alguna razón, decírmelo sólo empeora las cosas. Bueno, eso y el hecho de que me muero de hambre, y la mantequilla de cacahuete está justo al otro lado de la habitación. Cómo no.

Me recuesto sobre las almohadas y le mando un par de mensajes a Heather. Después ojeo Snapchat e Instagram e incluso juego un par de partidas de *Pac-Man*, todo esto mientras me aseguro a mí misma que no estoy esperando a que Jaxon vuelva a escribir.

Pero, al final, el estómago me empieza a rugir, así que dejo el teléfono. No puedo vivir sólo de mantequilla de cacahuete, aunque ahora mismo tengo tanta hambre que estoy dispuesta a intentarlo.

Cojeo en dirección a la nevera, pero unos golpes en la puerta me distraen. Durante un segundo, sólo un segundo, me pregunto si será Jaxon. Pero entonces recobro el sentido común. Seguramente sea el tío Finn, que viene para ver cómo estamos mi maltrecho tobillo y yo.

Abro la puerta, pero no es el tío Finn. Tampoco Jaxon. Es una mujer con una bandeja repleta de comida.

—¿Eres Grace? —pregunta, y me echo a un lado para dejarla pasar.

—Sí. —Sonrío—. Muchísimas gracias. Me muero de hambre.

—De nada. —Me devuelve la sonrisa—. ¿Dónde quieres que la deje?

—Ya la cojo yo. —Hago ademán de coger la bandeja, pero su mirada me indica que no va a permitirlo—. Pues... en la cama, supongo.

Señalo hacia mi lado de la habitación.

Se dirige hacia mi cama y deposita la bandeja a los pies de ésta. Después pregunta:

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Ni idea, teniendo en cuenta que la comida está debajo de dos de esas campanas plateadas para que se mantenga caliente. Pero como tengo tanta hambre que me comería casi cualquier cosa, y además no acostumbro a hacer esperar a la gente, respondo:

—No, con esto sobra. Gracias.

Era de suponer que Macy se acordaría de mí hasta cuando está en clase. Mi prima es una diosa.

No obstante, cuando vuelvo a la cama, veo que en la bandeja hay un sobrecito negro en el que aparece mi nombre escrito con una letra masculina que, sin duda, no pertenece a Macy.

«El tío Finn», me digo, aunque me late el corazón el triple de rápido de lo normal.

«Porque no puede haber sido Jaxon», pienso mientras cojo el sobre con los dedos temblorosos.

«No puede haber sido Jaxon», me repito mientras extraigo la sencilla tarjeta negra.

«Definitivamente no puede haber sido Jaxon», me digo una vez más mientras abro la tarjeta y busco la firma.

Y, sin embargo... Sí. Es de Jaxon, y mi corazón amenaza con salírseme del pecho.

Aún no sé lo que te gusta, pero he supuesto que tendrías hambre. No apoyes el tobillo.

JAXON

Qué fuerte.

Qué-fuerte. Qué-fuerte. Qué-fuerte.

Qué. Fuerte.

A ver, no es la nota más romántica del mundo, pero no importa. Porque Jaxon me ha enviado el desayuno. Por eso no me ha respondido. Estaba ocupado haciendo esto.

Cojo el teléfono y le mando un mensaje rápido.

¡¡¡Gracias!!! Me has salvado la vida.

No me responde de inmediato, así que empiezo a husmear en la bandeja para ver lo que ha pedido que me traigan. La respuesta: de todo. Hay una taza de café y otra de té. Una botella de agua con gas y un vaso de zumo de naranja natural. Incluso hay una bolsa de hielo para el tobillo.

Levanto las campanas y me encuentro con un plato repleto de huevos con salchichas y un rollo de canela gigante que huele de maravilla. En el otro hay un gofre cubierto de mermelada de fresa y lo que parece ser nata recién montada... en medio de Alaska. En noviembre.

Estoy tan conmovida que creo que voy a llorar. Bueno, lo haría si no tuviera tanta hambre.

Aun así, es imposible que pueda comerme todo esto, y debería sentirme mal por desperdiciar la comida. Pero en estos momentos estoy demasiado ocupada sonriendo como para preocuparme de nada más.

El estómago me ruge de nuevo, esta vez más fuerte, y me lanzo al ataque, empezando por el gofre. Porque la nata montada más el sirope más las fresas es igual al nirvana.

Llevo la mitad de la delicia cubierta de nata cuando, por fin, mi móvil suena de nuevo. Y casi tiro la bandeja intentando cogerlo.

Perdona, estaba haciendo un examen.
¿Gofres o huevos?

Gofres, siempre.

Me lo imaginaba.
Ponte el hielo.

Vaya, qué autoritario.

Ya me lo he puesto. Sé cuidar de mí misma, ¿sabes?

¿Quién está siendo autoritaria ahora?

No sé si debería ofenderme por ese último comentario. Probablemente sí, pero un gofre así de bueno merece que le dé al chico un poco de margen. Además, supongo que me lo merecía.

¿Y tú? ¿Gofres o huevos?

Ninguno de los dos.

¿Y qué te gusta comer?

Tan pronto como le doy a «Enviar» me doy cuenta de que mandar ese último mensaje ha sido una muy mala idea y empiezo a agobiarme. Porque, madre mía, sonaba más insinuante de lo que pretendía. Joder. Va a pensar que soy una pervertida o me va a responder con algo muy desagradable y no quiero que ocurra ninguna de las dos cosas.

Ha pasado un buen rato desde que le he enviado el mensaje y no estoy preparada para que esto termine. No estoy preparada para dejar de hablar con Jaxon, que es ocurrente y sexy y me hace sentir cosas que no me ha hecho sentir nadie nunca. Además, es mucho más fácil hablar con él así que en persona, cuando se pone misterioso y taciturno.

Pasan varios segundos más y sigue sin haber respuesta. Me planteo arrojar el teléfono por la habitación o ahogarme en los restos de sirope de arce.

Al final no hago ninguna de las dos cosas. Sólo espero con impaciencia a que responda. Y, cuando por fin lo hace, contengo la respiración mientras desbloqueo la pantalla. Entonces me echo a reír con ganas cuando leo:

Creo que aún no hemos llegado
a ese punto, pero estoy seguro de
que me lo harás saber cuando así sea.

Buena. Respuesta.

25

Truly, Madly, Deeply

Me paso el resto de la mañana tumbada, esperando a que Jaxon me vaya mandando mensajes cuando tiene ocasión. Sé que no es muy feminista por mi parte, pero he dejado de intentar controlar mi cerebro en lo que a este chico se refiere. Además, tampoco es que tenga nada mejor que hacer. Ya me he leído todos los libros que tengo en el Kindle y no puedo ver más episodios de *Legacies* sin Macy. Y encima tengo el tobillo fastidiado y no puedo ir a ninguna parte, así que...

¿Cuál es tu película favorita?

Actual, *A todos los chicos de los que me enamoré.*
De todos los tiempos, *Una maravilla con clase.*
¿Y la tuya?

La jungla de cristal.

¿En serio?

¿Qué tiene de malo *La jungla de cristal*?

Nada.

Es broma. Es *Rogue One.*

¿¿¿La peli de *Star Wars* en la
que todo el mundo muere???

La peli de *Star Wars* en la que todo el mundo se
sacrifica por salvar la galaxia.
Hay formas peores de morir.

No es la respuesta que esperaba, pero, ahora que lo dice, entiendo que esa película pueda gustarle a un chico que no ha parado de rescatarme una y otra vez. Incluso *La jungla de cristal* tiene sentido desde ese punto de vista: un protagonista dispuesto a morir para mantener a salvo a otras personas.

Jaxon es mucho más que la persona que conocí al pie de las escaleras el primer día que llegué. A ver, sigue siendo el capullo que me dijo que no dejara que la puerta me golpeara al salir. Eso no se me va a olvidar de la noche a la mañana. Pero también es el chico que me salvó de Marc y Quinn. Y el que me llevó en brazos hasta la habitación anoche. Eso también cuenta, ¿no?

Además, no me puedo creer lo distinto que es cuando no hay nadie más. Cuando estamos solos los dos escribiéndonos mensajes y no está ocupado intentando convencerme de que no quiere tener nada que ver conmigo... y, sobre todo, que yo no debería querer tener nada que ver con él.

Ojalá pudiera pedirle al verdadero Jaxon Vega que se manifestara, pero la verdad es que espero que sea el chico con el que he estado intercambiando mensajes las últimas dos horas. Y, si no es así..., en fin, tampoco tengo por qué saberlo aún.

¿Sabor de helado favorito?

No tengo.

¿Porque te gustan todos?
Que, por cierto, es la única respuesta aceptable
para no tener un sabor favorito.

Creo que los dos sabemos que hay un millón de
motivos por los que no soy una persona aceptable, y

no tener un sabor de helado favorito apenas logra
entrar en la lista.

No debería derretirme con esa frase. No debería, sobre todo porque es evidente que se trata de una advertencia. Pero ¿cómo no hacerlo cuando lo dice el mismo chico que acaba de confesar que su peli favorita es *Rogue One*?

Es bastante obvio que Jaxon es el villano de su propia historia. Ojalá supiera por qué.

¿Canción favorita?

Uf, no puedo elegir una.

¿Y si te dijera que tienes que hacerlo?

No podría. Tengo muchas.
¿Y la tuya?

Yo he preguntado primero.

Uf. Das asco.

No sabes cuánto.

Bueno, vale.
Actual, *Put a Little Love on Me*, de Niall Horan, y
cualquier cosa de Maggie Rogers.
De todos los tiempos, *Take Me to Church,* de
Hozier, o *Umbrella*, de Rihanna.
¿Y la tuya?

Truly, Madly, Deeply, de Savage Garden.
Cualquier cosa de Childish Gambino
o Beethoven.
Pero *Brown-Eyed Girl*, de Van Morrison,
es mi nueva favorita.

Dejo caer el teléfono porque... ¿qué respondo a eso? ¿Cómo no me voy a derretir por este chico? En serio. ¿Cómo no me voy a derretir? Es imposible.

Vuelvo a coger el móvil con manos temblorosas. No me ha escrito nada más, pero, para ser sincera, tampoco espero que lo haga en un rato. Ya ha sido... mucho.

Abro Spotify y reproduzco *Brown-Eyed Girl* en bucle.

Aún estoy escuchándola cuando, sobre las doce del mediodía, Macy se pasa para ver cómo estoy.

—¿Qué estás escuchando? —pregunta con la nariz arrugada.

—Es una larga historia.

Me mira con aire inquisitivo.

—Ya, me imagino. Deberías contármelo todo sobre... —Deja la frase a medias cuando ve las sobras de mi inmenso desayuno—. ¿De dónde has sacado el gofre? —pregunta, y atraviesa la habitación y rebaña con el dedo los restos de nata montada del cuenco y se lo mete en la boca—. No es jueves.

Me quedo mirándola confundida.

—No sé qué significa eso.

—En la cafetería sólo preparan gofres los jueves. Y sólo nos dan nata montada en ocasiones especiales. —Vuelve a meter el dedo en el cuenco de nata y lo saca cubierto de la esponjosa crema blanca—. Hoy no es ninguna ocasión especial.

—Al parecer sí lo es —respondo encogiéndome de hombros, e intento pasar por alto el calor que me provocan sus palabras por todo el cuerpo—. Al menos para mí.

No voy a mentir, para mí sí es una ocasión especial. ¿Cómo no iba a serlo cuando tengo ahora mismo mensajes de Jaxon en el móvil en los que me dice cuál es su canción favorita?

—No me puedo creer que mi padre les haya pedido que te preparen... —Mi expresión debe de delatarme, porque se queda parada a media frase—. Este desayuno no te lo ha mandado mi padre, ¿verdad?

No sé cómo responder a eso. A ver, si intento fingir que lo ha mandado el tío Finn, le preguntará al respecto y descubrirá la verdad. Si le digo que es de otra persona, querrá saber de quién, y no estoy segura de estar preparada para decírselo. Me gusta la idea de guardarme a este Jaxon, el que me cuenta chistes de vampiros y me envía gofres con nata montada, como mi secreto. Al menos durante un tiempo.

Pero el rostro de Macy me indica que no va a dejarlo estar. Y que ya se hace una idea bastante clara de quién me ha mandado la comida, aunque todavía no le he contestado.

Eso sólo me deja una opción. Una versión descafeinada de la verdad.

—No es para tanto, ¿vale? Me dolía el tobillo y ha querido ayudarme.

—¿Flint? —pregunta con los ojos abiertos como platos—. ¿O Jaxon?

Esto último lo dice en un susurro.

—¿Importa? —pregunto.

—¡Qué fuerte! ¡Ha sido Jaxon! Le ha pedido a la chef Janie que te prepare gofres. Ni siquiera sabía que eso se podía hacer, es muy dura. Aunque, bueno, si alguien puede conseguir algo así, ése es Jaxon. El chico es terriblemente eficiente. Y siempre consigue lo que quiere. —Sonríe—. Estoy convencida de que lo que quiere ahora eres tú.

Se oyen unos golpes tras ella, y en mi vida había sentido tanto alivio al oír que alguien llama a la puerta.

—¿Abres tú? Aún me duele el tobillo.

—¡Claro! Además, quiero ser la primera en interrogar a Jaxon.

—No será Jaxon —le digo, pero la idea de que pueda ser hace que me suden un poco las palmas de las manos.

Me incorporo e intento desesperadamente arreglarme el pelo mientras Macy abre la puerta. Al parecer, me he alarmado para nada porque no es Jaxon. Es una mujer que lleva un sobre amarillo grande.

Me digo a mí misma que no debo sentirme decepcionada, aunque las mariposas que revoloteaban de repente en mi estómago caen al fondo con

fuerza. Al menos hasta que la mujer, a la que Macy llama Roni, le da el paquete.

—Me han pedido que le entregue esto a Grace.

Macy se vuelve para mirarme mientras acepta el sobre que le depositan en las manos. Tiene los ojos muy abiertos, pero no la juzgo. Seguro que los míos están igual.

No sé qué más le dice Macy a Roni para despacharla, porque toda mi atención se centra en el sobre que tiene en las manos. Y en mi nombre escrito en la parte delantera con la misma caligrafía de la nota que venía con el desayuno.

—¡Dámelo! —exclamo prácticamente rogando mientras me levanto.

Aún me duele el tobillo, pero por esto estoy dispuesta a sufrir.

Sin embargo, al parecer Macy está en modo gallina clueca total.

—¡Haz el favor de volver a sentarte! —grita mientras me hace un gesto de que vuelva a la cama.

—¡Dame el sobre! —Hago un ademán de agarrar algo con las manos.

—Te lo daré en cuanto vuelvas a estar en la cama con el pie sobre esa almohada.

Acto seguido, se queda mirándome muy seria, lejos de mi alcance, hasta que hago lo que me dice. Pero, en cuanto estoy sentada, su gesto severo desaparece y las estrellas vuelven a inundar sus ojos; me entrega el sobre y prácticamente chilla:

—¡Ábrelo, ábrelo, ábrelo!

—¡Eso hago! —le digo mientras rasgo el sello.

Es uno de esos sobres con burbujas por dentro, así que cuesta un poco, pero, al final, lo abro y me cae encima un libro negro grande de la biblioteca.

—¿Qué es? —Macy se sienta en la cama a mi lado para poder verlo mejor.

—No lo sé —respondo.

Entonces, le doy la vuelta y... es el último libro que habría esperado que me enviase.

—¿*Crepúsculo?* ¿Me ha enviado *Crepúsculo*?

Me vuelvo confundida hacia Macy. Ella sofoca un grito de sorpresa y desvía la mirada del libro a mí. Y entonces empieza a reírse sin parar.

Supongo que tiene cierta gracia... la idea de que un chico como Jaxon le envíe a una chica una novela romántica paranormal, pero no creo que sea tan divertido como para partirse como lo está haciendo mi prima. Además, siempre he querido leerlo, para ver por qué todo el mundo hablaba de él hace unos años.

—Me gusta —le digo algo desafiante.

Porque es verdad, casi tanto como el hecho de que Jaxon se haya molestado en elegirlo para mí.

—A mí también —contesta Macy entre otro ataque de risa—. En serio. Es... superencantador, de hecho.

—Yo también lo pienso.

Abro el libro y se me acelera el corazón cuando veo un pósit pegado en la parte de atrás. Escrita con la letra que ya reconozco como la de Jaxon, aparece esta cita de la novela:

> Te dije que sería mejor que no fuéramos amigos, no que no quisiera serlo.

—¡Oooh! —Macy se lleva las manos al pecho y finge desmayarse—. Si no besas pronto a ese chico, tendré que repudiarte. O lo besaré yo misma.

—Apuesto a que a Cam le encantaría que lo hicieras.

Acaricio con el dedo una por una las letras de cada palabra que ha escrito, aun a riesgo de que se me note lo ilusionada que estoy.

—Oye, Cam siempre está hablando de hacer cosas por el bien común. Es la ocasión perfecta para que predique con el ejemplo.

—¿Que tú beses a Jaxon es por el bien común?

Abro el libro por la primera página.

—Que yo bese a Jaxon en tu nombre es definitivamente por el bien común. Para que los dos dejéis de sufrir. —Bate las pestañas—. Aunque he de decir que no sería un gran sacrificio.

—¿Y si hacemos un pacto? Tú mantienes los labios lejos de Jaxon y yo mantengo los míos lejos de Cam.

—¡Ajá! —grita Macy tan fuerte que doy un brinco—. Sabía que te gustaba, con todo ese parloteo y con todo tu «yo... nosotros... él...».

—Yo no he dicho que me guste.

Aunque es difícil no prendarte de él aunque sea un poco después de una mañana como la de hoy.

—Tampoco has dicho que no.

Pongo los ojos en blanco.

—¿No tienes que irte a clase?

—¿Intentas deshacerte de mí? —me reprocha, pero se levanta de la cama y empieza a arreglarse el pelo en el espejo del tocador.

—Pues sí, la verdad. —Levanto el libro—. Quiero empezar a leer.

—Apuesto a que sí. —Me pone morritos—. Ay, Edward, te amo tanto... ¡Uy! Quiero decir... Jaxon.

Le tiro una almohada, pero ella se ríe y recoge su mochila. Se despide de mí con la mano y sale por la puerta.

En cuanto Macy se marcha, me hundo de nuevo en la cama con *Crepúsculo* pegado al pecho. Jaxon me ha enviado una historia de amor. A ver, sí, es sobre un vampiro, pero sigue siendo una historia de amor. Y esa cita... No he querido mostrarlo delante de mi prima, pero... se me cae la baba.

Cojo el móvil y le mando un mensaje a Jaxon.

(Emoji de los ojos de corazón)

No te emociones tanto.
Pretende ser una advertencia.
(Emoji que guiña el ojo y lanza un beso)

¿Sobre qué?

Sobre los monstruos que acechan.
Nunca se es lo bastante cauteloso.

Me gustan las historias de miedo.

Pero ¿te gustan los monstruos
que aparecen en ellas?

Supongo que depende del monstruo.

Supongo que ya lo veremos entonces, ¿no?

No sé qué significa eso.

Empiezo a escribir más, su estado de ánimo ha cambiado mucho en este rato y quiero saber a qué se debe, pero entonces alguien llama otra vez a la puerta.

Oye, ¿¿¿me has enviado algo más???

¿Por qué no abres la puerta y lo averiguas?

Eso suena a que sí.
No tienes por qué hacer esto, ¿sabes?
A ver, que te lo agradezco muchísimo.
Pero no es necesario.

Grace.
Abre la puerta.

Me dirijo hacia la puerta y me alegro al comprobar que el ibuprofeno ha empezado a hacer efecto: ya no me duele tanto al caminar y cojeo menos. Entonces, justo antes de abrir la puerta, escribo:

¿Cómo sabes que aún no la he abierto?

—Porque creo que me habría dado cuenta —responde desde el otro lado de la cortina de cuentas.

—¡Jaxon! —exclamo casi chillando su nombre, y me llevo automáticamente la mano libre al pelo para intentar arreglármelo un poco

—. ¿Qué haces aquí?

Enarca una ceja.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No, claro que no! Pasa. —Abro la puerta y me aparto.

—Gracias. —Se sacude un poco cuando atraviesa el umbral y roza las cuentas de Macy.

—No sé por qué Macy insiste en tener esto ahí puesto cuando a todo el mundo le da calambre —comento apartando la dichosa decoración para poder cerrar la puerta—. ¿Estás bien?

—No tengo ni idea.

Me mira a los ojos por primera vez, y la felicidad que bullía en mí desaparece al instante al ver que la inexpresividad ha vuelto.

—Vaya. —Agacho la cabeza, cohibida de repente en presencia de este chico con el que he estado hablando sin problema todo el día—. Gracias por el libro.

Niega con la cabeza, pero al menos sonríe cuando contesta:

—He pensado en darte algo que hacer mientras reposas el tobillo. —Y mira fijamente hacia mi pie.

—Oye, estaba en la cama. Has sido tú quien me ha hecho levantarme a abrir.

Sus ojos se entreabren cuando menciono que estaba en la cama, y entonces ambos hacemos lo único que podemos hacer en esta situación: mirar incómodos mis sábanas y mi colcha rosa eléctrico deshechas.

—Quieres... eh... —Me aclaro la garganta, que se me ha congestionado de repente—. ¿Quieres sentarte?

Hace un gesto raro y mueve la cabeza como diciendo que no, pero segundos después hace justo lo contrario y se deja caer a los pies de mi cama. Justo en la esquina, como si temiera que fuera a morderle o a abalanzarme sobre él.

Es algo tan poco característico de él que, durante un segundo, simplemente me quedo mirándolo. Pero entonces decido que a tomar por saco. No pienso pasarme la próxima hora sintiéndome incómoda. Ni hablar. Así que me dejo caer sobre la cama a su lado y le pregunto:

—¿Qué le dice una barra de pan a otra?

Me mira con recelo, pero relaja los hombros y el resto del cuerpo.

—No sé si quiero saberlo.

Hago caso omiso de su comentario.

—Te presento a una-miga.

Gruñe.

—Ése ha sido...

—¿Fabuloso? —bromeo.

Niega con la cabeza.

—No. Malísimo.

Pero sonríe y, por fin, puedo ver algo en la profundidad de sus ojos, algo real, en lugar de ese horrible vacío. Decidida a seguir haciéndolo, le digo:

—Es mi especialidad.

—¿Contar chistes malos?

—Contar chistes espantosos. Es un talento que heredé de mi madre.

Enarca una ceja.

—Entonces ¿lo de los chistes malos va en los genes?

—Sí, es totalmente hereditario —respondo—. Como lo del pelo rizado y las pestañas largas. —Pestañeo a modo de ejemplo, como ha hecho Macy hace un ratito.

—¿Estás segura de que no es algo que hayas heredado de las dos partes? —pregunta con una expresión totalmente inocente.

Lo miro con recelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Levanta las manos fingiendo rendirse—. Sólo que tus chistes son verdaderamente terribles.

—¡Oye! Has dicho que te ha gustado el de los números.

—No quería herir tus sentimientos. —Me coge de la pierna y apoya mi pie y mi tobillo en su regazo—. Me sabía mal decirte la verdad cuando estás en las últimas.

—¡Eh! Que sólo es un esguince, no estoy en las últimas.

Intento apartar el pie, pero Jaxon me lo impide, y sus dedos, largos y elegantes, encuentran como por instinto los puntos que más me duelen y los masajean. Gimo un poco porque el masaje es una auténtica delicia. Así como el hecho de que me lo esté haciendo él.

—¿Por qué se te da tan bien? —pregunto cuando por fin recupero el habla.

Se encoge de hombros y me lanza una sonrisa pícara.

—A lo mejor lo he heredado.

Es la primera vez que hace alguna mención a su familia, a excepción del críptico comentario de ayer sobre su hermano, y decido aprovecharlo.

—¿Ah, sí?

Se para en seco un momento. Ni siquiera respira. Sólo me mira con esos ojos en los que tanto me esfuerzo por encontrar alguna emoción. Y entonces responde:

—No.

Sus dedos retoman la actividad como si nunca se hubiesen detenido. Esto me frustra, pero no lo suficiente como para insistir cuando tiene carteles de NO PASAR escritos con enormes letras negras por todas partes. Lo cual dice mucho más sobre él de lo que pueda imaginar.

Pasamos el siguiente par de minutos en silencio mientras él me masajea el pie hasta que el dolor casi ha desaparecido. Sólo entonces, cuando sus dedos se detienen finalmente, dice:

—Mis ojos.

—¿Qué? —Me inclino hacia delante hasta que una vez más puedo ver las motas plateadas en contraste con la oscuridad de sus iris—. Tienes unos

ojos preciosos. —Y más cuando me mira como lo está haciendo ahora: algo divertido, algo intrigado y muy sorprendido—. ¿Has heredado algo más de tu madre? —pregunto dulcemente.

—Espero que no. —Sus palabras suenan graves y espontáneas, y es la primera vez que se muestra tan abierto conmigo.

Pienso en algo que decir que no rompa la atmósfera que se ha creado entre nosotros, pero es demasiado tarde. En el mismo instante en que se da cuenta de lo que ha dicho, todo el rostro de Jaxon se cierra en banda.

—Tengo que irme —me dice, y deposita mi pie con sumo cuidado sobre la cama antes de levantarse.

—Por favor, no te vayas —pido un poco más alto que un susurro, pero el sentimiento me viene desde lo más profundo de mi ser.

Tengo la sensación de estar frente al auténtico Jaxon por primera vez, y no quiero perder esta oportunidad.

Se detiene un momento y, por un instante, creo que va a hacerme caso. Pero entonces mete la mano en el bolsillo de su chaqueta de diseño y saca un trozo de papel enrollado atado con una cinta de satén negro. Me lo tiende. Lo cojo con las manos, esforzándome por que no tiemblen.

—No tenías por qué...

—Me ha recordado a ti.

Levanta la mano y coge con suavidad uno de mis rizos. Se ha convertido en un hábito, si bien esta vez no lo estira y deja que vuelva rebotando a su lugar. Simplemente juguetea con él entre sus dedos.

Nuestras miradas se cruzan y, de repente, parece que la temperatura ha subido unos seis grados en la habitación. Me quedo sin respiración y me muerdo el labio inferior en un esfuerzo por no decir, ni hacer, algo para lo que no estamos preparados.

Aunque Jaxon parece estar preparado para toda clase de cosas, con esa mirada fija en mi boca y su cuerpo meciéndose hacia mí sólo un poquito.

Y, entonces, extiende la mano y presiona el dedo pulgar contra mi labio hasta que capto la indirecta y dejo de mordérmelo.

—Jaxon.

Intento tocarlo, pero ya está al otro lado de la habitación, con la mano en el pomo.

—Reposa el tobillo —me dice mientras abre la puerta—. Si mañana lo tienes mejor, te llevaré a mi lugar favorito.

—¿Cuál es?

Enarca una ceja y ladea la cabeza. Pero no dice ni una palabra. Se limita a salir al pasillo y cierra al salir.

Me quedo mirando la puerta con el papel enrollado todavía en la mano. Y me pregunto cómo diablos voy a evitar que este chico tan guapo y tan hecho polvo parta en dos mi ya maltrecho corazón.

26

El uniforme no hace a la mujer, pero sin duda saca a relucir las inseguridades

¿Pantalones o falda?

Me quedo mirando el armario y todas las prendas perfectamente ordenadas, cortesía de mi prima. Sé que debería haber hecho esto anoche, pero después de una fuente gigante de nachos, seguida de tres episodios de *Legacies* y un maratón de cotilleos sobre mi ajetreado día, no me quedaba energía más que para meterme en la cama a pensar en Jaxon.

Me vuelvo hacia mi mesa, y hacia el papel que me dio Jaxon ayer, que está justo debajo de la copia de *Crepúsculo* que me hizo llegar. Y no porque no me guste, sino porque me gusta demasiado y no quiero compartirlo con nadie. Ni siquiera con Macy o Heather.

Es una página rasgada de una copia de los diarios de Anaïs Nin, no sé de cuál, porque no lo dice en el encabezado. Ayer estuve a punto de buscarlo en Google para averiguarlo, pero en no saberlo hay algo especial: me transmite cierta sensación de intimidad tener sólo esta página de su diario. Tener sólo estas palabras que Jaxon quería que viera.

«En lo más hondo, no soy distinta a ti. Te soñé, deseé tu existencia.»

La página contiene mucho más que una simple frase, pero, tras leerla y releerla unas cien veces ayer, éstas son las palabras que me llamaban la

atención cada vez que las repasaba. En parte porque son muy románticas, y en parte porque empiezo a sentir lo mismo por él. Por Jaxon, cuyos pensamientos más profundos y cuyo corazón y dolor parecen ser el eco de los míos.

Hay tanto que asimilar en general, y no digamos en mi primer día, que tengo la boca seca y me duele la barriga de los nervios.

Y precisamente por eso sigo aquí plantada, delante del armario, sin tener ni la menor idea de qué ponerme. Porque está claro que me preocupé por las cosas del primer día equivocadas...

¿Llevan las chicas el pantalón o la falda del uniforme? ¿O da igual? Intento recordar qué vestía Macy los últimos dos días, pero sólo consigo recordar los pantalones para la nieve de estampado tropical que lucía en la guerra de bolas de nieve.

—La falda —dice Macy al salir del baño con una toalla envuelta alrededor de la cabeza—. Y tienes leotardos de lana en el último cajón de la cómoda.

Cierro los ojos aliviada. Menos mal que existen las primas.

—Genial, gracias.

Cojo una de las faldas negras de la percha y me la pongo. Añado la blusa blanca y el *blazer* negro y me dirijo a la cómoda para buscar los leotardos negros.

—Si te pones la blusa tienes que ponerte también la corbata —me dice Macy abriendo uno de los cajones de mi cómoda y sacando una corbata negra con unas rayas moradas y plateadas.

—¿En serio? —pregunto, y mi mirada oscila entre la corbata y mi prima una y otra vez.

—En serio. —Me la pasa alrededor del cuello—. ¿Sabes hacer el nudo?

—Pues no. —Me dirijo de nuevo al armario—. Quizá debería ponerme uno de los polos, mejor.

—No te preocupes, yo te enseño. Es mucho más fácil de lo que parece.

—Si tú lo dices...

Sonríe.

—Sí, lo digo.

Empieza a colocarme la corbata, un lado más largo que el otro, alrededor del cuello y pasa el extremo más largo por encima del más corto. Un par de vueltas más, mete un extremo y tira hacia arriba, todo esto al tiempo que lo va explicando, y ya tengo una corbata perfectamente anudada al cuello, aunque me apriete un poco.

—Perfecta —dice Macy mientras se aparta para admirar su trabajo—. No es un nudo tan elegante como el que llevan algunos chicos, pero servirá.

—Gracias. Buscaré un par de vídeos en YouTube esta tarde para aprender antes de tener que anudármela de nuevo mañana.

—Es muy fácil. Lo dominarás enseguida. De hecho... —Unos golpes en la puerta la interrumpen.

—¿Esperas a alguien? —pregunto mientras me dirijo hacia la puerta y le indico con un gesto que vuelva al baño, porque sólo lleva puesta una toalla.

—No. Normalmente me reúno con mis amigas en la cafetería. —Abre los ojos como platos—. ¿Crees que será Jaxon?

Susurra su nombre como si temiera que él pudiera oírla a través de la puerta.

—No creo. —Pero ahora que lo dice... Uf, mi estómago ya nervioso empieza a dar volteretas—. ¿Qué hago?

Lo digo también susurrando de forma inconsciente. Me mandó un mensaje anoche antes de dormir, pero no lo he vuelto a ver desde que vino a visitarme ayer a la hora del almuerzo, y después de haberme pasado despierta media noche pensando en él, me siento bastante incómoda.

Me mira como si fuera evidente.

—¿Abrir la puerta?

—Vale.

Me seco las palmas sudorosas en los laterales de la falda y cojo el pomo. No sé qué hacer ni qué decir... aunque, a juzgar por lo mucho que me aprieta de repente la corbata, es posible que no pueda decir nada antes de que acabe de estrangularme.

Me vuelvo para mirar a Macy, que me alienta a abrir con un pulgar hacia arriba. Después inspiro lo más hondo que puedo antes de abrir la puerta.

Todos mis nervios se disipan al instante, en gran medida porque la persona que está al otro lado no es, ni por asomo, Jaxon Vega.

—¡Hola, tío Finn! ¿Cómo estás?

—Hola, Gracey. —Se inclina y me da un beso de forma distraída en la cabeza—. Sólo me pasaba para ver cómo va el tobillo y para entregarte tu horario. —Me tiende una hoja de papel de color azul—. Y para desearte buena suerte en tu primer día de clase. Estoy convencido de que te va a ir genial.

Yo no estoy tan convencida, pero sí decidida a tomarme el día con optimismo, así que sonrío y digo:

—Gracias. Estoy algo nerviosa pero emocionada. Y el tobillo aún me duele un poco, pero está bastante mejor.

—Estupendo. Me he asegurado de que estuvieras en esa clase de Arte que querías, y de que tengas a la mejor profesora del mundo, ya que es tu asignatura favorita. No obstante, échale un vistazo al horario para comprobar que no repites ninguna de las asignaturas. He puesto todo mi empeño, pero puede que haya cometido algún error.

Me pellizca la mejilla como si tuviera cinco años. Es un gesto tan paternal que se me encoge ligeramente el corazón.

—Seguro que está perfecto —le digo.

Macy se echa a reír.

—Tú compruébalo. Si lo ha hecho papá en vez de pedírselo a la señora Haversham, a saber en qué asignaturas te habrá matriculado.

—Lo ha hecho la señora Haversham —canturrea él guiñándole un ojo—. Yo sólo lo he supervisado, listilla.

Se acerca a ella y la abraza rodeándole los hombros con un solo brazo, y la besa en la cabeza como acaba de besarme a mí.

—¿Lista para el examen de Matemáticas? —pregunta.

—Llevo lista una semana —responde Macy algo molesta.

—Bien. ¿Y cómo va el proyecto de Inglés? ¿Has terminado de...?

—Estamos en un internado —lo interrumpe, y le da una palmadita en el brazo—. Eso significa que los padres no pueden someter a los hijos a un tercer grado sobre todas y cada una de las tareas.

—Eso es porque no se los informa de todas y cada una de las tareas. A mí, en cambio, sí. Lo que significa que puedo preguntarte siempre que quiera.

—Qué suerte tengo —responde Macy con sarcasmo.

Él simplemente sonríe.

—Pues sí.

—¿Te vas a largar de aquí para que pueda vestirme? Grace y yo aún tenemos que ir a la cafetería antes de clase. Después de todo, el desayuno es la comida más importante del día.

—No, si te dedicas a comer Pop-Tarts de cereza.

—Las Pop-Tarts de cereza son un grupo de alimentos en sí mismos. —Se vuelve hacia mí—. Apóyame en esto, Grace.

—Puede que dos grupos, si contamos el glaseado —coincido—. Como las de azúcar moreno.

—¡Exacto!

Ahora es el tío Finn quien se muestra algo molesto. Pero le da otro beso en la cabeza antes de dirigirse hacia la puerta.

—Hazle un favor a tu viejo y come algo de fruta con esas Pop-Tarts, ¿quieres?

—Las cerezas son fruta —bromeo.

—No, preparadas así dejan de serlo. —Me da un reconfortante apretón en el hombro—. Acuérdate de pasarte luego por mi despacho. Ahora que te encuentras mejor, quiero hablar contigo sobre algunas cosas y saber cómo te ha ido en tu primer día.

—Seguro que todo va bien, tío Finn.

—Espero que vaya mejor que bien. Pero, vaya como vaya, ven a hablar conmigo, ¿de acuerdo?

—Claro, por supuesto.

—Bien. Os veo luego, chicas.

Nos sonríe y desaparece por la puerta. Macy niega con la cabeza mientras saca su uniforme del armario.

—No le hagas caso. Mi padre es un pesado.

—La mayoría de los padres lo son, ¿no? —pregunto mientras me acerco al espejo de la puerta de mi armario para arreglarme el pelo—. Además, me recuerda a mi padre. Es agradable. —No responde nada a ese comentario y, cuando miro en su dirección, la veo observándome con tristeza, lo cual es, de lejos, lo segundo peor de haber perdido a mis padres: odio la compasión, odio que todo el mundo sienta lástima por mí y que nadie sepa qué decir—. Se supone que era un comentario positivo —le aseguro—. No tienes por qué sentirte mal.

—Lo sé. Es sólo que yo estoy muy feliz de que estés aquí y de que tengamos la oportunidad de conocernos. Y entonces me acuerdo de cuál es la razón de que hayas venido y me siento fatal por estar contenta —suspira —. Y parece que lo esté centrando todo en mí, pero no es así. Es sólo que...

—Oye —interrumpo lo que he aprendido que puede llegar a ser un larguísimo soliloquio—. Lo pillo. Y, aunque el motivo por el que estoy aquí da asco, yo también me alegro de que tengamos esta oportunidad, ¿vale?

Una sonrisita sustituye a su gesto de preocupación.

—Vale.

—Bien. Venga, vístete. Me muero de hambre.

—¡Voy! —gorjea, y se mete en el baño.

Veinte minutos después, por fin llegamos a las escaleras traseras (donde hay «muchíííísima menos gente», según Macy) que llevan a la cafetería tras pasar por delante de, al menos, siete armaduras, cuatro chimeneas gigantes y más columnas de las que había en toda la antigua Grecia.

Vale, lo último puede que sea un poco exagerado, pero sólo un poco. Además, el hecho de que sean negras en vez de blancas hace que, en mi opinión, ganen un montón de puntos. Y eso sin contar la filigrana dorada que decora la parte superior e inferior de las columnas.

Todo esto es increíble. En serio. Ir a un instituto en Alaska ya es de por sí una aventura. Pero estudiar en un auténtico castillo, con sus muros y sus techos rojos y sus arcos ojivales góticos... es una pasada.

Al menos si no cuentas a todas las personas que se me quedan mirando por los pasillos. Macy dice que es por lo de que soy nueva y tal, y que no haga ni caso. Sin embargo, cuesta bastante ignorarlos cuando, literalmente, se vuelven para mirarme cuando paso. Mi prima me contó que llevan todos juntos mucho tiempo, pero ¡venga ya! No es posible que yo sea la única persona nueva en llegar aquí, ¿no? Es absurdo. Los centros de educación reciben alumnos nuevos todo el tiempo, incluso los de Alaska.

—¡Ya estamos aquí! —exclama Macy interrumpiendo mi diatriba interna cuando llegamos delante de tres pares de puertas negras y doradas.

La madera está tallada e intento acercarme para ver mejor los diseños, pero mi prima tiene demasiada prisa por mostrarme la cafetería. Que... vista una, vistas todas, supongo.

Pero cuando abre una de las puertas de par en par con toda la pompa y el boato de la azafata de un concurso mostrándome el coche que se esconde detrás de la cortina número uno, está claro que me equivocaba. Una vez más. Porque esta cafetería no se parece en absoluto a ninguna que haya visto jamás. De hecho, me parece incluso despectivo referirse a ella con ese término tan mundano.

Estoy bastante segura de que es incluso más impresionante que la biblioteca.

Para empezar, el espacio es enorme, con largas paredes cubiertas de distintos murales de dragones y lobos y no sé qué más. Molduras negras y doradas bordean el techo y descienden por las paredes, enmarcando cada mural como un cuadro corriente. La artista que hay en mí está fascinada y quiere pasarse horas analizando cada uno de ellos, pero mi primera clase es dentro de media hora, así que tendrá que esperar. Además, aquí hay tanto que ver que no sé adónde mirar primero.

El techo es abovedado y está pintado de un color rojo vivo, revestido de molduras negras curvas con patrones geométricos muy elaborados. Una inmensa lámpara de araña de cristal pende del centro de cada bóveda iluminando la sala con un brillo suave que no hace sino resaltar aún más su grandeza.

No hay mesas estilo pícnic ni bandejas ni cubiertos de plástico. Tres largas mesas cubiertas con manteles de tonos dorados, negros y crema se extienden de un lado a otro de la estancia. Están rodeadas de sillas de respaldo alto con tapicería de terciopelo, y dispuestas con una vajilla de auténtica porcelana y cubertería de plata.

La música clásica flota en el ambiente, oscura y bastante inquietante. No sé mucho sobre este tipo de música, pero sé reconocer algo escalofriante cuando lo escucho, y esto sin duda lo es. Tanto es así que no puedo evitar decirle a Macy:

—Esta música es... eh... interesante.

—Es la *Danza macabra* de Camille Saint Saëns. Es horrible, lo sé, pero mi padre hace que suene aquí todos los años en Halloween. Junto con la banda sonora de *Tiburón* y algunos clásicos más. Es que aún no la han cambiado.

Recuerdo que Lia me dijo lo mismo sobre los cojines de la biblioteca. En mi antiguo instituto, el espíritu de Halloween consistía básicamente en leer

una historia de miedo en clase de Literatura y en celebrar un concurso de disfraces en el patio a la hora del almuerzo. Pero el instituto Katmere lleva la festividad a otro nivel.

—Mola —celebro mientras recorremos una de las mesas hasta que encontramos unos cuantos asientos vacíos.

—Es un poco exagerado, pero Halloween siempre ha sido la fiesta favorita de mi padre.

—¿En serio? ¡Qué curioso! Mi padre la odiaba. Siempre pensé que sería por algo que le pasó de niño; pero si a tu padre le gusta tanto, no debía de ser por eso.

Una vez, hace unos años, le pregunté a mi padre por qué le gustaba tan poco Halloween, y me respondió que me lo diría cuando fuera mayor. Al parecer, el universo tenía otros planes.

—Ya, es raro. —Macy mira a nuestro alrededor—. Pero ¿no te parece genial este lugar? Me moría por enseñártelo.

—Sí, es increíble. Me pasaría horas mirando los murales.

—Pues tienes todo el año, así que... —Me indica que me siente—. ¿Qué te apetece comer? Aparte de Pop-Tarts de cereza, claro.

—Voy contigo.

—El próximo día. Hoy es mejor que no fuerces el tobillo. Además, seguro que el día acaba siendo algo agobiante. Deja que te ayude en lo que pueda.

—Cualquiera dice que no a eso —confieso, porque tiene razón.

Ya estoy agobiada y apenas acaba de empezar. También me conmueve lo mucho que se está esforzando Macy por hacerme las cosas más fáciles. Sonrío a modo de agradecimiento.

—Pues no se hable más. —Me empuja en broma para que me siente—. Pero dime lo que quieres comer o te traeré un filete de foca con huevos revueltos. —El asco se me debe de reflejar en la cara, porque se echa a reír

con ganas—. ¿Qué tal un paquete de Pop-Tarts de cereza y un poco de yogur con frutos rojos en conserva?

—¿Frutos rojos en conserva? —pregunto confundida.

—Sí, nuestra chef, Fiona, los prepara ella misma cuando están de temporada. A partir de finales de otoño es difícil encontrar fruta fresca por aquí. El banquete de la fiesta del otro día era por ser una ocasión especial.

—Ah, vaya. —Me siento un poco tonta. Claro, ¿cómo iba a haber frutos rojos en Alaska en noviembre? Si una tarrina de Ben & Jerry's cuesta diez pavos, no me quiero ni imaginar cuánto costará un puñado de fresas—. Eso suena genial. Gracias.

—De nada. —Me sonríe—. Siéntate y relájate. Ahora mismo vuelvo.

Obedezco y cojo una silla de cara a la pared, en parte porque quiero estudiar el mural más cercano y en parte porque estoy harta de fingir que la gente no me mira. Al menos de espaldas al resto de la sala no tendré que verlos. Ni ellos a mí.

La parte negativa es que tampoco podré buscar a Jaxon, y me hubiese encantado verlo esta mañana. Sé que parezco desesperada, pero no puedo dejar de pensar en lo que pasó entre nosotros ayer. Esperaba que me mandara algún mensaje esta mañana, pero de momento no lo ha hecho.

Me gustaría saber qué quería decirme con esa página del diario, si significa que siente las mismas cosas intensas que yo. Es imposible imaginar que sea así, fui consciente de que estaba fuera de mi alcance el mismo día que lo conocí. Pero eso no hace que deje de desearlo, como tampoco lo hacen las advertencias de Macy. Ni el aire oscuro y misterioso que siempre lo rodea, como si fuera una insignia... o unos grilletes. Todavía no me he decidido.

Una parte de mí quiere echar un vistacito rápido por detrás, por si lo veo. Pero parece algo demasiado evidente, y más con la mitad de la cafetería observándome. Porque me están observando. Siento sus miradas hasta de

espaldas. Sé que Macy le resta importancia y dice que es sólo porque soy nueva, pero a mí me parece que es algo más que eso.

Aun así, no tengo tiempo de regodearme demasiado en ello, pues mi prima regresa con una bandeja repleta de cosas.

—Ahí llevas mucho más que Pop-Tarts y yogur —bromeo mientras la ayudo a dejar las cosas para que no derrame nada.

—Lo de la comida lo tenía claro, pero cuando he llegado a las bebidas no sabía si querías café, té, zumo, agua o leche, así que te he traído uno de cada.

—Madre mía, gracias. Eh, el zumo está bien.

—Menos mal. —Me tiende un vaso de líquido rojo—. Temía que dijeras que querías el café, y me iba a morir si lo hacías. Sobre todo porque Cam toma té, así que no puedo robarle el suyo cuando venga.

Se deja caer con gran dramatismo sobre la silla frente a mí.

—Tranquila, el café es todo tuyo —le digo entre risas—. Y has escogido el zumo correcto, el de arándanos es mi favorito.

—Genial. —Da un gran sorbo a su bebida caliente con gran satisfacción —. Pensaba que todas las californianas erais adictas a Starbucks.

—Supongo que Cam y yo tenemos algo en común. En mi casa siempre hemos sido más de infusiones. Mi madre era una herbolaria fantástica. Elaboraba sus propias mezclas, y siempre estaban buenísimas.

Ha pasado un mes, pero aún puedo saborear su infusión de limón, tomillo y verbena. Guardo algunas bolsitas en mi equipaje de mano, pero no quiero tomármelas. Y, la verdad sea dicha, me da miedo hasta olerlas por si me echo a llorar y no paro nunca.

—Me lo puedo imaginar.

Hay algo en su tono que me llama la atención y hace que me pregunte qué quiere decir. Espero a que añada algo más, pero sus ojos se abren como platos y de repente se atraganta con el café. Antes de que pueda volverme para ver qué la ha alterado tanto, alguien pregunta:

—¿Está ocupado este asiento?

Ya no necesito volverme. Reconocería esa voz en cualquier parte.

Jaxon Vega acaba de preguntar si puede sentarse a mi lado. Delante de todo el mundo.

Definitivamente, la vida es bella.

27

El ambiente que se respira en la mesa de los populares nada tiene que ver con los doce grados bajo cero de temperatura

—Eh, sí. Claro. Por supuesto.

Cuando me vuelvo hacia él, las palabras brotan de mi boca sin ton ni son haciendo que parezca, y que me sienta, como una auténtica idiota. Jaxon inclina la cabeza y enarca una ceja.

—Entonces ¿está ocupado?

¿Qué digo, parecer? Soy una auténtica idiota.

—¡No! Digo, sí. Digo... —Me detengo, inspiro hondo y exhalo despacio —. El asiento no está ocupado. Puedes sentarte si quieres.

—Quiero.

Coge la silla y la gira de manera que, cuando se sienta, está de cara al respaldo, con el codo apoyado con aire despreocupado por encima. Es una manera muy absurda de sentarse, y más en una silla tan elegante como ésta... pero también es supersexy. Y prácticamente ésta ha sido mi kryptonita desde que Moisés de la Cruz lo hizo en una fiesta en la piscina cuando estábamos en séptimo.

¿Qué puedo decir? Soy débil.

Aunque, al parecer, no soy la única débil aquí, porque Macy se atraganta de nuevo al mirar detrás de mí. Esta vez aún más que antes. Aparto los ojos de Jaxon el tiempo justo como para asegurarme de que ese trago de café no va a acabar con ella. Por suerte no es así, pero el hecho de que los demás miembros de la Orden se estén sentando a la mesa con nosotras puede que sí.

—¿Cómo va el tobillo? —pregunta Jaxon deslizando la mirada por mi cuerpo en un gesto que sé que es de preocupación, pero que siento ligeramente como una caricia.

—Mejor. Gracias por... lo de ayer.

—¿Qué parte?

Ahí está de nuevo esa media sonrisa y, esta vez, cuando me mira de arriba abajo, siento la caricia mucho más que ligeramente. Pero que esté algo nerviosa no significa que sea una pusilánime.

—La de los gofres, por supuesto.

Uno de los miembros de la Orden suelta una carcajada al escuchar mi respuesta. Acto seguido, mira a Jaxon mientras intenta sofocar el sonido. Sin embargo, Jaxon sólo pone los ojos en blanco y asiente levemente en su dirección. Lo que hace que el chico se ría de nuevo con el efecto añadido de que, de pronto, todos los demás se relajan.

—Por supuesto. —Niega con la cabeza y aparta la mirada, pero su sonrisa no se desvanece—. Entonces vas a ir a clase hoy.

No es una pregunta, pero la respondo igualmente:

—Sí, ya va siendo hora.

Asiente como si entendiera lo que quiero decir.

—¿Qué tienes a primera hora?

—No me acuerdo. —Saco del bolsillo de mi chaqueta el horario azul que el tío Finn me ha dado antes—. Parece que Literatura Británica con Maclean.

—Yo también tengo esa clase —comenta uno de los otros miembros de la Orden. Es negro, con unos ojos amables y las rastas más sexis que he visto jamás—. Te caerá bien la profesora. Es genial. Por cierto, soy Mekhi, y estaré encantado de acompañarte a clase si quieres para enseñarte dónde está.

Macy se atraganta de nuevo. Empiezo a pensar que su muerte es de verdad inminente. Después Jaxon responde:

—Sí, ¿por qué no?

Los demás chicos se echan a reír, pero no pillo la broma. Así que sonrío y digo:

—Gracias, Mekhi. Si eres tan amable, te lo agradecería.

Eso sólo hace que se rían con más ganas.

Miro a Jaxon sin entender nada, pero él sólo sacude la cabeza con desaprobación. Entonces se inclina hacia mí y dice:

—Yo te acompañaré a clase, Grace.

Está tan cerca que su aliento me hace cosquillas en la oreja y me provoca unos escalofríos que nada tienen que ver con Alaska, pero sí con el hecho de que deseo a este chico. Con el hecho de que, a pesar de todas las advertencias y de su mal comportamiento, creo que me estoy enamorando de Jaxon Vega.

—Eso estaría... —Mi voz se quiebra y necesito aclararme la garganta un par de veces antes de poder volver a intentarlo—. Eso estaría genial también.

—Estaría genial.

Hay cierto aire divertido en su tono, pero, cuando nuestras miradas se cruzan, en la suya no hay ni rastro de esas risas. Tampoco hay rastro de la frialdad tan propia de él, como el pelo moreno y largo, y su cuerpo fuerte y delgado. En cambio, percibo un calor, una intensidad, que hacen que me tiemblen las manos y se me aflojen las rodillas.

—¿Quieres que vayamos ya? —pregunto con la garganta seca.

Señala la bandeja con la mirada.

—Ahora quiero que comas.

—Tú también deberías comer algo.

Cojo el paquete plateado de mi bandeja y se lo tiendo. Me mira, mira el paquete y vuelve a mirarme de nuevo.

—Vaya, eso sí que me apetece.

Esta vez no es Macy la que se atraganta. Levanto la vista y sigo el sonido hasta su origen: el único miembro de la Orden que parece nativo de Alaska, un chico con la piel bronceada y el pelo largo y moreno recogido en una coleta en la nuca.

—¿Qué te hace tanta gracia, Rafael? —pregunta Jaxon con los ojos entrecerrados y un tono excesivamente suave.

—Nada de nada —responde, pero me mira mientras lo dice con una expresión traviesa y divertida—. Creo que me vas a caer bien, Grace.

—Con lo bien que iba el día.

Sonríe.

—Sí, definitivamente me vas a caer bien.

—No te emociones, Grace. Rafael no es precisamente el chico más exigente del mundo que digamos —interviene otro, un chico de ojos azules y titilantes con varios aros dorados en las orejas.

—¿Y tú sí, Liam? —le responde Rafael—. La última chica con la que saliste era una barracuda.

—Creo que eso es un insulto para todas las barracudas —mete cucharada otro de los amigos de Jaxon. Habla marcando mucho las erres con un bonito acento español.

—Luca sabe a qué me refiero —contesta Rafael.

—Sí, porque el historial de relaciones de Luca es digno de admiración... —comenta Jaxon, que se une a la conversación por primera vez.

Su intervención es tan inesperada, y tan parecida a lo que estoy acostumbrada a leer en sus mensajes pero no a escuchar en persona, que no

puedo evitar quedarme mirándolo. Pero bueno, todo lo que está sucediendo esta mañana está siendo totalmente inesperado, especialmente la dinámica existente entre los miembros de la Orden. Siempre que los he visto parecían duros e inaccesibles. Insensibles por completo.

Pero aquí sentados juntos, sin nadie más que Macy y yo como testigos, ya que cuando Cam y su grupo han entrado y han visto quiénes estaban sentados con nosotras se han ido en la otra dirección, se comportan de la misma manera que cualquier otro grupo de amigos. Y son más graciosos si cabe. Y mucho más sexis. Saber que tiene amigos así, y que él es capaz de ser un amigo así, hace que Jaxon me guste aún más.

En ese momento me pilla observándolo y me mira con aire inquisitivo.

Me encojo de hombros como si no fuera nada y me dispongo a beber zumo. Entonces casi me ahogo al ver sus ojos y el modo en que me observa. Porque veo sed en ellos, una desesperación oscura y devastadora que me deja sin respiración y provoca un creciente calor en lo más profundo de mi ser.

Me sostiene la mirada durante un segundo o dos y, después, parpadea lentamente. Cuando vuelve a abrir los ojos, su mirada está vacía otra vez.

Aun así, lo observo. Sigo sin poder apartar la vista de él. Porque hay algo tan hermoso y tan devastador en ese vacío como lo hay en su calor. Sin embargo, al final me obligo a bajar la mirada, principalmente porque, si no lo hago, temo que cometeré alguna locura como lanzarme a sus brazos delante de todo el instituto.

Me vuelvo y centro de nuevo la atención en la conversación que tienen entre manos, justo a tiempo para oír a Luca decir:

—Oye, ¿cómo iba a saber yo que Angie era un demonio chupaalmas?

—Ehhh, ¿porque te lo dijimos? —responde Mekhi.

—Ya, pero creía que estabais siendo prejuiciosos. Le cogisteis manía desde el principio.

—Porque era un demonio chupaalmas —repite Liam—. ¿Qué parte no entiendes?

—¿Qué queréis que os diga? —dice Luca encogiéndose de hombros con aire despreocupado—. El corazón quiere lo que quiere.

—Hasta que lo que el corazón quiere intenta matarte —lo provoca Rafael.

—A veces incluso entonces —sostiene con voz tranquila el chico con aire atormentado que está sentado a la derecha de Macy.

—Joder, Byron —protesta Mekhi—. ¿Por qué siempre tienes que cortar la conversación?

—Sólo estaba haciendo una observación.

—Sí, una observación deprimente. Tienes que relajarte, tío.

Byron se queda mirándolo, formando una minúscula sonrisa con los labios que lo hace parecer la encarnación actual del poeta con el que comparte el nombre.

«Loco, malo y peligroso de conocer.»

Me viene a la mente la famosa frase de lady Caroline Lamb. Pero no pienso en Byron, con su pelo ondulado y sus hoyuelos, cuando recuerdo sus palabras. No. En mi cabeza hablan de Jaxon, con su cicatriz en la cara, sus ojos fríos y esa sonrisa que roza la crueldad al menos la mitad del tiempo.

Definitivamente malo. Definitivamente peligroso. En cuanto a lo de loco... todavía no lo sé, pero algo me dice que lo voy a averiguar.

Cuando pienso en él así, me pregunto qué diablos hago planteándome incluso sentir lo que siento. Después de todo, en San Diego los chicos misteriosos y peligrosos no eran precisamente mi tipo. Aunque a lo mejor es porque nunca me había encontrado con uno auténtico allí. Aquí en Alaska... Bueno, lo único que digo es que si la mitad de las chicas del instituto se mueren por Jaxon es por algo.

Además, en su interior hay mucho más de lo que se percibe a simple vista. Por muy cabreado que esté, conmigo siempre ha sido muy amable.

Incluso el primer día, aunque estuvo muy desagradable, en ningún momento hizo nada que me hiciera sentir incómoda. Y jamás me ha hecho daño. Puede que para todos los demás sea tan peligroso como dice Macy, pero, a mi parecer, más que una persona maliciosa es un incomprendido; y más que ser mezquino, tiene el alma rota.

Además, Byron estaba en lo cierto al decir que el corazón quiere lo que quiere, incluso cuando está mal. Y por mucho que me adviertan sobre Jaxon, estoy bastante segura de que él es lo que mi corazón quiere.

De repente, un extraño repiqueteo interrumpe *La bruja del mediodía*, de Dvořák (si no me confundo), que suena en estos momentos por los altavoces de la cafetería.

—¿Qué es eso? —pregunto mirando a mi alrededor para ver si de pronto nos estaban invadiendo un puñado de guerrilleros tocando el triángulo.

—El timbre —dice Macy.

Son las primeras dos palabras que ha conseguido articular desde que la Orden se ha sentado con nosotras, y los siete nos volvemos hacia ella sorprendidos. Entonces esboza una sonrisita tímida antes de meterse en la boca media galleta Pop-Tart.

—No has comido nada —dice Jaxon, y me tiende una Pop-Tart.

—¿En serio? —La cojo porque sé que no va a parar hasta que lo haga, pero tengo que decirle algo al respecto. Soy lo bastante lista como para saber que, si dejo que se salga con la suya con las cosas pequeñas, intentará hacerlo también con todo lo demás—. Creo que soy capaz de saber por mí misma si tengo hambre o no.

Se encoge de hombros.

—Una chica tiene que comer.

—Una chica puede decidir eso sola. Y más si el chico que está sentado a su lado tampoco ha comido nada.

Mekhi lanza un grito divertido.

—¡Ja! Bien hecho, Grace. No dejes que te mangonee.

Jaxon le echa una mirada que me eriza el vello, pero Mekhi sólo pone los ojos en blanco, aunque no me pasa desapercibido que cierra la boca prácticamente por primera vez desde que se ha sentado. No me extraña. Si Jaxon me mirase a mí así, creo que saldría corriendo.

—¿A qué aula vas? —pregunta Jaxon mientras nos abrimos paso por la cafetería, ahora repleta de gente.

Resulta más fácil de lo que debería, teniendo en cuenta que todo el mundo se dirige en estampida hacia las puertas. Aun así, como Jaxon va delante, la marea de alumnos no sólo se aparta, sino que los que están más cerca prácticamente saltan lejos de nuestro camino.

Rebusco mi horario de nuevo, pero antes de que lo saque, Mekhi responde «La A246» antes de desaparecer entre la gente.

—Al parecer, a la A246 —repito con tono irónico.

—Al parecer.

Se adelanta un poco para abrir la puerta. La sostiene para que pase y nadie osa hacerlo antes que yo. Todos esperan pacientemente a que atraviese el umbral y, por un efímero instante, se me pasa por la cabeza que esto sobrepasa el hecho de que sea popular, es más que simple miedo.

Esto debe de ser lo que se siente al ser de la realeza.

Parece absurdo pensar siquiera en algo tan rocambolesco, pero he logrado pasar por la puerta y recorrer el pasillo sin que nadie, aparte de Jaxon, se acerque a más de metro y medio de mí. Y me da igual si estoy en un internado privado de élite en Alaska o en un instituto público de San Diego. Esto no es normal.

Ayer también advertí lo mismo antes de la guerra de bolas de nieve. No importa lo atestado que estuviera el vestíbulo, nadie osó tocar a Jaxon; ni a Macy ni a mí mientras él estaba con nosotras.

—¿Qué haces para merecer todo esto? —pregunto mientras avanzamos hacia la escalera.

—¿Para merecer el qué?

Pongo los ojos en blanco, dando por hecho que me está tomando el pelo. Pero por su expresión me doy cuenta de que no sabe de qué le hablo.

—Venga ya, Jaxon. ¿Es que no ves lo que está pasando?

Mira a nuestro alrededor claramente perplejo.

—¿Qué está pasando?

Como aún no sé si se está quedando conmigo o no, o si de verdad es tan obtuso, me limito a negar con la cabeza y digo:

—Da igual.

Acto seguido, continúo hacia delante y finjo que no me doy cuenta de que todo el mundo me está mirando, incluso a pesar de que se apartan de mi camino.

Sí, está claro que el plan de integrarme que estuve trazando en San Diego está oficialmente muerto.

28

«Ser o no ser» es una cuestión, no una frase para ligar

Jaxon me acompaña hasta la puerta del aula, a la que llegamos en lo que me parece un tiempo récord a juzgar por el hecho de que no hay nadie, ni siquiera la profesora.

—¿Seguro que es aquí? —pregunto cuando entramos.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? —Miro el reloj. La clase debería empezar en menos de tres minutos y no hay ni un alma—. A lo mejor tendríamos que comprobar si es que...

—Están esperando a que me siente o me marche, Grace. Cuando una de esas dos cosas ocurra, entrarán.

—A que te sientes o... —Lo miro y se me salen los ojos de las órbitas—. ¿Me estabas tomando el pelo en el pasillo? ¿Acaso sí que eres consciente de cómo te trata la gente?

—No estoy ciego. Y, aunque lo estuviera, seguiría siendo algo difícil de pasar por alto.

—¡Es una locura!

—Lo es —coincide.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Si sabes lo extraño que es, ¿por qué no haces nada al respecto?

—¿Como qué?

Me dedica esa sonrisa petulante del primer día, la que hizo que me entrasen ganas de darle un puñetazo. O de besarlo. La sola idea me provoca un millón de mariposas en el estómago y doy un cauteloso paso atrás.

A él no parece gustarle la distancia añadida, a juzgar por su mirada de recelo. Y por el modo en que da dos pasos hacia delante antes de continuar:

—¿Levantarme en pleno espectáculo de las animadoras y asegurarle a todo el mundo que no voy a comerme a nadie si se acercan demasiado? Algo me dice que no me creerían.

—Personalmente, creo que tienen más miedo de que los metan en la cárcel del instituto que de que se los coman.

Otra vez esa sonrisita.

—Te sorprendería.

—Bueno, pues entonces deberías infundirles seguridad. Sé amable. Demuéstrales que eres inofensivo.

Me siento ridícula incluso antes de que enarque la ceja.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que soy inofensivo?

Jaxon no parece sentirse insultado. Más bien parece sorprendido y, la verdad, no me extraña. Porque nunca había conocido a nadie menos inofensivo en mi vida. Sólo mirarlo da sensación de peligro. Estar junto a él es como caminar por una cuerda floja a treinta metros de altura y sin red. Y desearlo como yo lo deseo... es como abrirme las venas sólo para verme sangrar.

—Creo que eres tan peligroso como te considera la gente. Y también creo que...

—Oye, Jaxon, la clase tendrá que empezar en algún momento —me interrumpe Mekhi entrando en el aula. Al parecer es el único que no le tiene

miedo—. ¿Te vas a largar o vas a seguir dejando a la gente en la puerta mientras ve cómo intentas acojonar a esta chica?

Jaxon vuelve la cabeza y fulmina a Mekhi con la mirada, que levanta los brazos a la defensiva y da un gran paso atrás. Y todo esto antes de que la voz de Jaxon descienda una octava al rugir:

—¡Me iré cuando esté listo!

—Creo que deberías irte ya —le digo, aunque me apetece tan poco que se vaya como parece que a él irse—. La profesora tiene que empezar la clase. Además, ¿no fuiste tú quien me dijo que pasara desapercibida y que no llamase la atención?

—Ése era el antiguo plan.

—¿El antiguo plan? —Me quedo mirándolo confundida—. ¿Desde cuándo hay uno nuevo?

Me sonríe.

—Desde hace dos noches. Te dije que no sería fácil.

—Un momento. —Se me cae el alma a los pies—. ¿Me estás diciendo que lo de la cafetería, lo de acompañarme a clase...? ¿Todo esto es por Flint? —Sólo de pensarlo me siento fatal.

—¿Quién es Flint? —pregunta impávido.

—Jaxon.

—Todo esto es por ti —me dice. No sé si creerlo, pero antes de que intente indagar más levanta la mano y coge uno de mis rizos como suele hacer. Lo frota entre los dedos durante un par de segundos mientras me observa con esos ojos inescrutables que tiene—. Me encanta cómo te huele el pelo.

Entonces estira el rizo y lo suelta dejando que vuelva rebotando a su lugar.

—Tienes que marcharte —le repito, aunque las palabras suenan algo más ahogadas esta vez.

No parece hacerle mucha gracia, así que le dirijo una mirada intimidante. Le cuesta unos segundos, pero al final asiente. Da un paso atrás de mala gana, y sólo cuando se aparta me doy cuenta de que me late el corazón como la batería de una banda de heavy metal.

—Envíame una foto de tu horario —dice mientras se dirige hacia la puerta.

—¿Para qué?

—Para saber dónde buscarte después. —Su rostro se transforma en una sonrisa, y las mariposas que siento siempre cuando él anda cerca revolotean de nuevo en mi estómago—. Yo tengo Física Avanzada ahora, así que estaré en el laboratorio de Física y no me dará tiempo a volver antes de tu segunda clase. Pero me reuniré luego contigo. Si no puedo, enviaré a uno de los otros para que te acompañe.

Claro, eso me ayudará muchísimo a integrarme.

—No hace falta que hagas eso.

—No es ningún problema, Grace.

Suspiro.

—Lo que quiero decir es que no quiero que lo hagas. Quiero ir a las clases como todos los demás: sola.

—Lo entiendo. De verdad —continúa cuando lo miro con incredulidad —. Pero hablaba en serio cuando te dije que aquí no estás segura. Deja que al menos esté pendiente de ti unos días, hasta que aprendas cómo funciona todo.

—Jaxon...

—Por favor, Grace.

Ese «por favor» puede conmigo, ya que estoy segura de que Jaxon no es la clase de chico que pide las cosas cuando puede ordenarlas. Y, aunque creo que está exagerando, parece preocupado de verdad y, si así se queda más tranquilo, supongo que no pasa nada por dejar que lo haga unos días. Muy pocos días.

—Está bien. —Le digo con toda la dignidad posible—. Pero sólo hasta finales de semana, ¿de acuerdo? Después iré por mi cuenta.

—¿Qué te parece si renegociamos los términos al terminar la semana y vemos...?

—¡Jaxon!

—¡Vale, vale! —Levanta las manos—. Lo que tú digas, Grace.

—Sí, ya. Eso es un montón de... —Dejo la frase a medias porque ha desaparecido otra vez. Cómo no. Es la historia de nuestra vida. Él desaparece y yo me quedo plantada.

Un día de éstos se la voy a devolver.

Aun así, tiene razón. En cuanto se marcha la clase se llena de gente. Pretendo quedarme a un lado, esperando a ver dónde puede quedar un asiento vacío, pero Mekhi me señala la mesa que está a su lado en segunda fila.

Voy, aunque no sé si alguien suele ocupar ese asiento, porque es agradable tener a alguien con quien poder hablar en esta clase. Además, me está sonriendo, mientras que todos los demás siguen mirándome mal.

La profesora, la señorita Maclean, entra afanosamente cuando todo el mundo ha tomado asiento. Viste un caftán morado suelto y tiene la melena pelirroja recogida en la coronilla en un moño desenfadado que parece que se le vaya a deshacer en cualquier momento. No es joven, pero tampoco vieja. Tendrá unos cuarenta y algo, y luce una enorme sonrisa en la cara cuando indica a todo el mundo que abran *Hamlet* por el acto segundo.

La mitad de la clase tiene libros y la otra mitad portátiles, así que saco mi móvil y empiezo a buscar una copia de dominio público, ya que mi libro se quedó en California. Pero aún no he terminado de teclear «Hamlet» en la barra de búsqueda cuando la señorita Maclean deposita una copia con las esquinas dobladas sobre mi mesa.

—Hola, Grace —murmura en voz baja—. Puedes coger el mío prestado hasta que encuentres el tuyo online. Y, puesto que pareces bastante tímida a

pesar de que te relaciones con el estudiante más notorio de Katmere, no te pediré que te pongas en pie para presentarte. Pero quiero que sepas que eres bienvenida aquí y que, si necesitas algo, no dudes en pasarte por mi despacho en horario de tutoría. Está colgado en la puerta.

—Gracias. —Agacho la cabeza al notar que se me empiezan a calentar las mejillas—. Se lo agradezco.

—De nada. —Me aprieta suavemente el hombro antes de regresar ante la clase—. Nos alegramos de tenerte aquí.

Mekhi se inclina mientras cojo el libro y dice:

—Acto segundo, escena segunda.

«Gracias», articulo justo cuando la señorita Maclean da una palmada. Entonces, al auténtico estilo de una reina del drama, abre los brazos y recita con voz estruendosa:

> *Algo habéis oído de la transformación de Hamlet.*
> *La llamo así,*
> *puesto que ni en lo exterior ni en lo interior*
> *se asemeja al que antes era.*

Pasamos el resto de la clase discutiendo cómo Hamlet pasa de ser el príncipe perfecto a un deprimido total. Con la representación teatral de la señorita Maclean delante de toda la clase y con Mekhi susurrándome comentarios sutiles al oído cada dos minutos, es mucho más divertido de lo que parece. Puede que Mekhi intimide al verlo, pero es de carácter mucho más relajado que Jaxon, y muy divertido. Es fácil estar con él, y acabo disfrutando de la clase mucho más de lo que pensaba, sobre todo teniendo en cuenta que ya he leído la obra.

De hecho, estoy disfrutando tanto que me da pena cuando suena el timbre, al menos hasta que recuerdo que ahora tengo clase de Arte. Arte ha sido mi asignatura favorita prácticamente desde primaria, y me muero por saber cómo son aquí las clases. Pero para eso debo ir al estudio de Arte, lo

que significa que tendré que pasarme antes por mi habitación y ponerme al menos un par de capas más de ropa para protegerme contra el frío.

El estudio está a sólo diez minutos andando, así que no hace falta que me ponga todo lo de las últimas dos veces que salí. Pero necesito una sudadera calentita, un abrigo largo, los guantes y el gorro si no quiero congelarme, que, obviamente, es el caso.

Espero que me dé tiempo a ir a mi cuarto y regresar al estudio antes de que suene el timbre. Por si acaso, acelero un poco el paso con la esperanza de llegar a la escalera principal antes de que lo haga todo el mundo.

—¡Eh! ¿A qué vienen tantas prisas, chica nueva?

Me vuelvo hacia Flint con una sonrisa mientras se acerca por mi izquierda.

—Tengo nombre, ¿sabes?

—Ah, sí. —Finge pensar—. ¿Cómo era?

—¡Pues sí que tienes mala memoria! A ver si es que no te llega la sangre al cerebro.

—Interesante. Y yo que tú tendría cuidado al decir esa palabra por aquí.

—Qué palabra, ¿*sangre* o *cerebro*?

Lo miro con gesto de burla mientras nos abrimos paso por los pasillos. A diferencia de antes con Jaxon, nadie se aparta de nuestro camino. De hecho, atravesar el instituto con Flint se parece muchísimo a un videojuego al que solía jugar mi padre, en el que tenías que conseguir que una rana cruzase la calle sin que la chafase uno de los ocho millones de coches que atravesaban la carretera.

Dicho de otra manera: es como estar en un pasillo de instituto normal. Siento que me voy relajando poco a poco cada vez que estoy a punto de chocar con alguien.

—¿En serio vas a hacer como que no lo sabes?

—¿El qué?

Flint me observa y, cuando ve que le devuelvo la mirada con las cejas levantadas mostrándole claramente que no sé de qué me habla, niega con la cabeza.

—Nada. Olvídalo.

Algo en su tono me inquieta de repente. Es la misma sensación que tuve tras la caída del árbol, cuando Flint salió ileso excepto por unas pocas magulladuras.

La misma sensación que tuve cuando sorprendí a Lia entonando ese idioma antiguo en la biblioteca, a pesar de que no tenía ni idea de qué le estaba hablando cuando le mencioné las distintas lenguas nativas de Alaska.

—No soy tonta, Flint. Sé que aquí pasa algo raro, aunque aún no tengo claro qué es.

Es la primera vez que admito mis sospechas, incluso ante mí misma, y es un alivio expresarlas en vez de dejar que mis pensamientos se enquisten bajo la superficie.

—¿Ah, sí? —De repente Flint está justo delante de mi cara, con todo su cuerpo a tan sólo unos centímetros del mío—. ¿De verdad lo sabes?

No reculo a pesar de la desesperación que detecto en su voz.

—Pues sí. Así que ¿quieres contarme qué es?

Tarda un minuto, pero, cuando vuelve a hablar, la turbación ha desaparecido. Así como todo lo demás, excepto ese rollo bromista tan característico en él como sus ojos ambarinos y sus músculos. Es como si esa advertencia nunca hubiera tenido lugar, incluso al decir:

—¿Qué gracia tendría eso?

—Tienes una idea un poco particular de lo que es gracioso.

—No lo sabes bien. —Sube y baja las cejas varias veces con aire divertido—. Bueno, ¿qué haces ahora?

Me quedo mirándolo.

—¿Alguna vez terminas una conversación antes de empezar otra?

—Nunca. Forma parte de mi encanto.

—Ya, tú sigue intentando convencerte de eso.

—Lo haré. —Recorre varios metros más conmigo bailando alegremente al ritmo de una canción que está sólo en su cabeza—. ¿Adónde vas? Las clases son hacia el otro lado.

—Tengo que ir a mi cuarto a ponerme algo más de ropa. Tengo clase de Arte y me congelaré si salgo así.

—Un momento. —Se para en seco—. ¿Nadie te ha hablado de los túneles?

—¿Qué túneles? —Lo miro con recelo—. ¿Te estás quedando conmigo otra vez?

—No, te lo juro. Hay toda una red de túneles debajo del instituto que llevan a los distintos edificios exteriores.

—¿En serio? Pero si esto es Alaska. ¿Cómo cavaron los túneles en el suelo congelado?

—No lo sé. ¿Cómo se perforan los suelos congelados? Además, existe algo llamado «verano». —Me pone su mejor cara de *boy scout*—. De verdad. Los túneles son de verdad. No me puedo creer que el omnipotente Jaxon Vega olvidara mencionártelo.

—¿En serio? ¿Ahora vas a empezar a cargar contra Jaxon?

—Claro que no. Sólo digo que soy yo quien te está hablando de los túneles para evitar que se congelen las partes esenciales de tu anatomía. Podría habértelo comentado antes de enviarte a la intemperie en el crudo y frío invierno.

—Estamos en otoño. —Pongo los ojos en blanco—. Y ¿vamos a hacer esto cada vez que hablemos sobre Jaxon?

Levanta las manos en un fingido gesto inocente.

—En lo que a mí respecta, podemos no hablar nunca de Jaxon.

—Curiosa afirmación teniendo en cuenta que tú no paras de sacar el tema.

—Porque estoy preocupado por ti. En serio. —Dibuja una X sobre su corazón—. Jaxon es un tío complicado, Grace. Deberías mantenerte alejada de él.

—Qué curioso. Él dice exactamente lo mismo sobre ti.

—Ya, bueno, nada te indica que tengas que hacerle caso. —Pone cara de disgusto.

—Nada me indica tampoco que tenga que hacértelo a ti. —Le dedico una sonrisa de satisfacción—. Entiendes mi dilema, ¿no?

—Vaya. La chica nueva tiene uñas, después de todo. Me gusta.

Pongo cara de cansancio.

—Eres muy rarito. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto. Y a mucha honra.

No puedo evitar reír al ver la cara fea que me pone, con los ojos bizcos y sacando la lengua.

—Bueno, ¿vas a mostrarme dónde están esos túneles este año o voy a tener que convertirme en la abominable mujer de las nieves?

—Lo primero. Además, resulta que justo voy para allá. Vamos.

Me coge de la mano y gira bruscamente a la izquierda, tirando de mí por un estrecho pasillo que jamás habría visto si no me hubiera arrastrado hasta él.

Es largo y sinuoso, y va descendiendo tan poco a poco que tardo un minuto en darme cuenta de que estamos bajando. Flint sigue cogiéndome con firmeza de la mano mientras pasamos por delante de un par de alumnos que vienen del otro lado.

El pasillo es tan estrecho que los cuatro tenemos que pegar la espalda a la pared para evitar chocar.

—¿Está muy lejos? —pregunto cuando volvemos a caminar con normalidad.

O al menos todo lo normal que se puede cuando el techo empieza a descender también. Si esto sigue así, al final tendremos que andar

agachados como en las pirámides.

—En un minuto llegaremos a la entrada del túnel, y después son cinco minutos hasta el estudio de Arte.

—Ah, genial.

Saco el móvil para comprobar cómo vamos de tiempo. Siete minutos. Y veo que Jaxon me ha enviado dos mensajes. El primero no es más que un montón de interrogantes seguidos, que interpreto como un recordatorio de que le envíe el horario. Y el segundo es el principio de un chiste:

> ¿Qué dice el pirata en
> *La ruleta de la suerte*?

Madre mía. He creado un monstruo. Y me encanta.

Le respondo con un emoji que llora de risa seguido de un montón de interrogantes propios. También le mando una foto de mi horario, no porque me la haya exigido antes, sino porque quiero ver si cumple su promesa de reunirse conmigo. Una vez enviados los mensajes, vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo e intento convencerme de que me da igual si aparece o no. Pero es mentira, y soy perfectamente consciente de ello.

La luz es cada vez más tenue conforme avanzamos por este pasillo y, si no estuviera con alguien que no fuera Flint (o Jaxon o Macy), me pondría nerviosa. No necesariamente porque crea que va a pasar algo, sino porque no puedo evitar preguntarme: «Si el acceso a los túneles es así de aterrador, ¿cómo serán los túneles?».

—Bueno, allá vamos —dice Flint por fin cuando llegamos frente a una vieja puerta de madera.

La entrada está protegida por un teclado electrónico, cosa que me sorprende muchísimo. Jamás había visto algo tan incongruente como un sistema tan moderno en este pasillo húmedo y polvoriento, y para una puerta que tendrá como poco cien años de antigüedad.

Introduce un código de cinco dígitos tan rápido que no veo ningún número después del primer tres. Tarda un segundo, pero entonces la luz que

hay sobre la puerta cambia a verde al tiempo que ésta se abre.

Flint me mira por encima del hombro mientras alarga el brazo para tirar de la puerta.

—¿Estás lista?

—Sí, por supuesto.

Compruebo de nuevo la hora en el móvil y, si no nos damos prisa, llegaré tarde.

Flint sujeta la puerta para que pase, y sonrío en señal de agradecimiento, pero en cuanto uno de mis pies pisa el otro lado del umbral, una vocecita en mi interior empieza a chillarme que no siga adelante.

Me grita que corra.

Me grita que me largue de estos túneles de inmediato sin mirar atrás.

Pero Flint me está esperando. Además, si no me pongo en marcha, de verdad que voy a llegar tarde a clase de Arte. Y, definitivamente, no quiero que la profesora de mi asignatura favorita se lleve esa primera impresión de mí.

Además, estoy con Flint. El chico que saltó de un árbol y se llevó la peor parte de una caída muy fea sólo para salvarme. Es absurdo pensar que tenga que huir justo de él, diga lo que diga Jaxon.

Por eso decido pasar por alto las nuevas y extrañas dudas que me asolan de repente y atravieso el umbral.

29

Con amigos como éstos, todo el mundo necesita cascos

Flint me sigue y deja que la puerta se cierre con un golpe sordo.

Hay poca luz, menos todavía que en el pasadizo hasta aquí, y mis ojos tardan un minuto en adaptarse.

—¿Qué es este lugar? —pregunto cuando lo hacen—. No parece un túnel.

De hecho, parece más bien una cárcel. O, al menos, la zona donde se encierra a los presos. Hay varias celdas a lo largo de la pared que tenemos delante, cada una equipada con una cama y, lo que es más importante, dos pares de grilletes. Me da igual que estemos en un castillo y me da igual que estemos en Alaska. Lo que estoy viendo no me gusta. No me gusta nada.

—Creo que deberíamos volver —le digo tirando del pomo de la puerta sin éxito—. ¿Cómo se abre esta puerta?

No hay ningún teclado en este lado, ni nada que nos ayude a salir de aquí.

—Se abre desde el otro lado de esta sala —me dice Flint divertido—. Tranquila. Atravesaremos esto en un momento.

—Creía que íbamos a los túneles. Tengo clase de Arte, Flint.

—Éste es el camino a los túneles. Relájate, Grace.

—Pero ¿qué túneles? ¡Esto es una mazmorra! —exclamo.

Estoy completamente alarmada, y mi cerebro me dice que no conozco tanto a este chico, que aquí abajo podría pasar cualquier cosa. Que... Inspiro hondo para intentar controlar el pánico que me invade.

—Confía en mí.

Apoya la mano en mi cintura y empieza a guiarme hacia delante. No quiero ir, pero a estas alturas no es que tenga muchas alternativas. Puedo ponerme a aporrear la puerta con la esperanza de que alguien me oiga, o puedo confiar en que Flint cumpla su palabra y me lleve al túnel que he de atravesar. Teniendo en cuenta que hasta ahora siempre ha sido majo conmigo, dejo que me impulse hacia delante y rezo para no estar cometiendo un error.

Llegamos al final de la sala tras pasar cuatro celdas independientes y no he protestado ni una vez. Sin embargo, cuando Flint se detiene delante de la quinta celda e intenta hacerme entrar, mi confianza y mi paciencia se agotan por completo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, o más bien grito, según se mire—. No pienso entrar ahí.

Me contempla como si me estuviera comportando de un modo completamente irracional.

—La entrada del túnel está ahí.

—Yo no veo ninguna entrada —le espeto—. Sólo veo barrotes y grilletes.

—No es lo que parece, te lo juro. Son túneles secretos y, cuando construyeron el castillo hace cien años, se esforzaron mucho en ocultar la entrada.

—Demasiado, para mi gusto. Quiero volver arriba, Flint. Le pondré alguna excusa a la profesora de Arte por llegar tarde, pero...

—Tranquila. —Por primera vez parece preocupado—. Usamos estos túneles todo el tiempo. Te prometo que no dejaré que te suceda nada malo.

—Ya, pero... —Dejo la frase a medias cuando la puerta que hay al otro lado de la sala se abre.

Es Lia.

—¡Lia, sujeta la puerta! —le grito alejándome de Flint y corriendo como una loca hacia el único punto de salida evidente en este agujero.

Pero no me oye y la puerta se cierra. Maldita sea.

—¡Grace! —Parece sorprenderse al verme mientras se quita unos auriculares de las orejas—. ¿Qué haces aquí?

—La estaba llevando a los túneles. —Flint me mira exasperado cuando llega a mi lado—. Tiene clase de Arte.

—¿Ah, sí? ¿Con Kaufman? —Lia parece interesada.

—Sí.

—Genial. Yo también. —Le lanza a Flint una mirada fría—. Ya la acompaño yo desde aquí.

—No será necesario —responde—. Yo también voy en esa dirección.

—No tienes por qué molestarte.

—No es molestia, ¿verdad, Grace?

Me sonríe, pero esta vez me da la sensación de que enseña demasiado los dientes. Aunque, en fin, no me extraña. Sólo intentaba ayudarme y yo me he asustado sin motivo alguno.

—Si tú lo dices...

—Uy, pues claro. —Enhebra el brazo en el mío—. Estaré encantado de acompañarlas a clase, señoritas.

—Vaya, qué afortunadas somos.

La sonrisa de Lia es tan dulce como la sacarina mientras se coge a mi otro brazo y empieza a guiarnos de nuevo hacia el final de la sala. Mientras avanzamos, con cada uno agarrándome de un brazo, me siento como una pelota de pimpón atrapada entre ellos.

Lia no me suelta hasta que llegamos al final de la celda. Cuando entra, coge uno de los grilletes, como Flint pretendía hacer cuando me he

asustado, y tira de él con fuerza. La parte del muro de piedra al que van enganchados los grilletes se abre completamente. Se vuelve hacia nosotros con las cejas enarcadas.

—¿Preparados?

Flint me mira y ladea la cabeza como preguntándome si lo estoy. Siento que me ruborizo de nuevo, esta vez por la vergüenza.

—Lo siento. Me he asustado sin motivo alguno.

Se encoge de hombros.

—Tranquila. Supongo que paso por aquí tan a menudo que había olvidado el miedo que da.

—Da mucho miedo —le digo mientras entramos en la celda—. Y cuando has cogido esos grilletes...

Se echa a reír.

—No pensarías que iba a encadenarte aquí abajo, ¿verdad?

—Pues claro que lo ha pensado —responde Lia cuando atravesamos la puerta secreta y la cierra de un tirón—. Yo tampoco confiaría en ti. Pareces el típico pervertido con el que nunca debería quedarse sola.

—¿Y qué clase de pervertido es ése exactamente? —pregunta Flint mirándonos a las dos.

De repente, me viene a la mente lo que Macy dijo sobre Jaxon cuando intentaba advertirme acerca de él, y no puedo resistirme:

—Ya sabes, de esos que dejan que una chica se muera de hambre para poder hacerse un traje con su piel.

Ambos me miran como si hubiera perdido completamente la cabeza. Lia parece sorprendida pero divertida; en cambio Flint... Flint parece más ofendido de lo que lo ha estado nadie jamás. Es totalmente inapropiado, si bien no puedo evitar echarme a reír. Porque... ¡venga ya! ¿Quién no ha visto esa película o al menos ha oído hablar de ella?

—¿Disculpa? —pronuncia al cabo de un segundo, con una voz más fría que la nieve que rodea el instituto en el exterior.

—¡De *El silencio de los corderos*! Eso es lo que el asesino en serie que Jodie Foster intenta atrapar les hace a sus víctimas. Por eso necesita a Hannibal Lecter.

—No he visto esa película.

—En fin, pues secuestraba a chicas y...

—Ya, lo pillo. —Se suelta de mi brazo por primera vez desde que Lia ha aparecido—. Pues, para que conste, la ropa de piel no va mucho con mi estilo.

—Obviamente. Por eso he hecho la broma. —Al ver que no responde, choco mi hombro contra el suyo—. Venga, Flint. No te enfades. Sólo era una tontería.

—No malgastes energías —me dice Lia mientras nos adentramos en los túneles—. Es un dra...

—¡Chúpamela! —ruge Flint.

Ella lo mira con desprecio.

—Qué más quisieras.

—Quisiera que lo intentaras —le responde y le devuelve la mirada.

Vaya, ¿qué ha pasado de repente?

—¿No tenemos que ir a clase? —pregunto, decidida a interrumpir lo que sea que esté sucediendo antes de que la cosa vaya a peor—. El timbre sonará en cualquier momento.

—No te preocupes por eso —me dice Lia—. Kaufman sabe que llegar a su clase es un suplicio, así que no se molesta si llegamos tarde.

Pero acelera el paso tras lanzar a Flint un último gesto a medio camino entre un gruñido y una sonrisa burlona.

La sigo y dejo a Flint en la retaguardia, ya que imagino que todo irá mejor si actúo como parachoques entre ambos. Por primera vez desde anoche, cuando Macy intentaba explicarme que no puedo ser amiga de los dos, de Jaxon y de Flint, empiezo a creer que tenía razón. Está claro que Lia

está de parte de Jaxon, a pesar de lo que fuera que presencié el otro día entre ellos, y a juzgar por lo bien que está yendo esta excursioncita.

Ahora avanzamos rápido por los túneles, así que no puedo pararme a observarlos como me gustaría. Sin embargo, la tenue luz, por escasa que sea, me permite ver por dónde piso. Y he de decir que, a pesar de la muy aterradora entrada, son alucinantes.

Los muros están construidos con piedras de diferentes colores, la mayoría blancas y negras. Pero también distingo algunas rojas, azules y verdes, a pesar de la penumbra, y no puedo evitar tocarlas para notar su tacto. Están frías, claro, pero también suaves, pulidas, como piedras preciosas. Por un segundo me pregunto si es eso lo que son. Pero entonces pienso que no tiene sentido, porque ¿qué instituto, por muy pijo que sea el Katmere, tiene dinero para incrustar piedras preciosas en las paredes?

El suelo es de ladrillo blanco, como algunas de las columnas que dejamos atrás. Pero lo que me fascina es la cantidad de arte que hay aquí abajo: esculturas como de hueso se incrustan en las paredes, cuelgan del techo o incluso descansan sobre pedestales en distintas alcobas.

Es un claro homenaje a las catacumbas de París, donde siete millones de esqueletos descansan o sirven de macabra decoración por todas partes. Y no puedo evitar preguntarme si estas esculturas de «hueso» se habrán realizado en las clases de Arte del instituto. También quiero saber qué material plástico se ha utilizado para imitar al hueso.

Pero supongo que todo esto tendrá que esperar. Ojalá no lleguemos demasiado tarde.

Seguimos avanzando hasta una especie de sala redonda que hace que se me salgan los ojos de las órbitas. Está claro que es el centro en el que convergen los túneles, porque de ella salen otros once. Pero no es eso lo que me lleva a abrir los ojos como platos, aunque no tengo ni idea de cuál de los otros túneles debemos tomar.

No, lo que me deja boquiabierta y pasmada es la gigante lámpara de araña que pende en el centro, con unas velas apagadas a los extremos de cada brazo. Pero no es su inmenso tamaño ni el hecho de que haya velas de verdad lo que me llama la atención (aunque, ¿hola?, ¿prevención de incendios?). Es el hecho de que la araña, como muchas de las demás decoraciones aquí abajo, parece estar confeccionada completamente de huesos humanos.

Sé que sólo es arte, y que los huesos serán de plástico o de lo que sea, pero parecen muy reales ahí colgando, tanto que me producen escalofríos. Esto es más que un homenaje a las catacumbas. Es como si alguien hubiese intentado recrearlas.

—¿Por qué te detienes? —pregunta Flint siguiendo mi mirada.

—Esto es muy raro. Lo sabes, ¿no?

Sonríe.

—Un poco. Pero mola, ¿verdad?

—Muchísimo. —Me acerco un poco para verla mejor—. Me pregunto cuánto tiempo les llevó hacerla. Porque esto tuvo que ser un proyecto de la clase de Arte, ¿no?

No pudo hacerla un solo alumno.

—¿Un proyecto de Arte? —Flint parece confundido.

—No lo sabemos —interviene Lia—. Se realizó años antes de que nosotros llegáramos, y años antes de que tu tío o cualquiera de los demás profesores actuales vinieran. Pero, sí, tuvo que ser un proyecto de clase. Es imposible que un único artista pudiera hacer todo esto en un semestre, o en un año incluso.

—Es una pasada. Tiene tanto detalle y parece tan real. O... ¿entiendes a lo que me refiero?

—Sí —asiente.

Hay más huesos encima de cada uno de los túneles, así como unas placas con unas inscripciones escritas en un idioma que no conozco. Seguro que se

trata de una de las lenguas de Alaska, pero quisiera saber cuál. Así que saco el móvil y le hago una foto a la más cercana para buscar el texto después junto con el nombre de las casitas.

—Tenemos que irnos —dice Flint cuando me dispongo a hacer una segunda foto—. La clase va a empezar.

—Sí, claro. Lo siento. —Echo un vistazo a mi alrededor y me guardo el teléfono en el bolsillo del *blazer*—. ¿Por qué túnel es?

—Por el tercero a la izquierda —responde Lia.

Nos dirigimos en esa dirección y, justo cuando estamos a punto de llegar, un leve temblor sacude la sala. Al principio creo que me lo estoy imaginando, pero cuando los huesos de la lámpara empiezan a tintinear al chocar produciendo el sonido más espeluznante que uno pueda llegar a concebir, me doy cuenta de que no es así.

Estamos en medio de un túnel viejo y húmedo a punto de desmoronarse, y la tierra empieza a sacudirse, esta vez de verdad.

30

Tú haces temblar la tierra bajo mis pies... y todo lo demás también

Lia abre los ojos como platos al ver la lámpara balancearse sobre nuestras cabezas.

—Tenemos que salir de esta sala.

—¡Tenemos que salir de estos túneles! —respondo—. ¿Crees que resistirán?

—No van a derrumbarse —me asegura, pero empieza a dirigirse hacia el túnel que lleva al estudio de Arte a un paso bastante ligero. Y no me extraña. Flint y yo nos apresuramos también.

No es un gran terremoto, al menos no como los típicos que suelen darse en Alaska, pero tampoco es como los leves temblores que he estado notando desde que llegué. Según mi experiencia por los que he vivido en casa, éste podría ser perfectamente de siete grados de magnitud en la escala de Richter.

Lia y Flint deben de pensarlo al mismo tiempo que yo, porque, en cuanto llegamos al túnel, nuestro paso ligero se transforma en una carrera.

—¿Cuánto falta hasta la salida? —pregunto.

Me vibra el móvil en el bolsillo con una serie de mensajes entrantes seguidos. Los ignoro, pues el suelo sigue moviéndose.

—Unos ciento ochenta metros más —responde Flint.

—¿Crees que llegaremos?

—Pues claro que... —Un fuerte estruendo procedente del suelo lo interrumpe, seguido de una violenta sacudida.

Las piernas se me vuelven de goma y empiezo a tambalearme. Flint me agarra por encima del codo para estabilizarme y aprovecha para empujarme por el túnel hacia delante tan rápido que no sé si mis pies llegan a tocar el suelo. A diferencia del otro día en las escaleras, esta vez no me quejo.

Lia va por delante, corriendo aún más rápido, aunque no entiendo cómo es posible, teniendo en cuenta lo deprisa que nos movemos nosotros.

Por fin el suelo empieza a inclinarse hacia arriba, y siento un alivio inmenso. Ya casi estamos, ya falta poco para salir de este lugar y, por el momento, los túneles han aguantado. Veinte segundos más y una puerta aparece frente a nosotros. A diferencia de la anterior, por la que hemos entrado, ésta está repleta de dibujos de dragones, lobos, brujas y lo que diría que es un vampiro sobre una tabla de *snowboard*.

Tiene el estilo de un grafiti, con todos los colores imaginables. Y es una maravilla. Otro día, cuando la tierra no esté moviéndose, literalmente, bajo mis pies, me pararé a admirarlo. Por ahora, me limito a esperar que Lia introduzca el código: 59678 (esta vez observo con detenimiento), y acto seguido los tres atravesamos la puerta y salimos a lo que parece ser un enorme armario repleto de materiales artísticos.

El terremoto cesa justo en el momento en que la puerta se cierra tras nosotros. Exhalo aliviada. Flint me suelta del brazo y me inclino hacia delante para recobrar el aliento. Puede que él haya hecho la mayor parte del trabajo para traernos aquí, pero yo he movido las piernas todo lo rápido que he podido.

Tardo varios segundos en poder respirar sin sentir que los pulmones me van a estallar. Cuando lo consigo, retrocedo y advierto varias cosas al mismo tiempo. Una, que este armario está muy bien surtido. Dos, que la

puerta que da a la clase de Arte está abierta de par en par. Y tres, que Jaxon está en la entrada, con el rostro totalmente carente de expresión.

Se me cae el alma a los pies cuando le veo los puños apretados y la furia salvaje que le arde en las profundidades de los ojos. Y no porque esté asustada, sino porque salta a la vista que él lo está.

Durante largos segundos, nadie dice nada excepto Lia, que nos mira a Jaxon y a mí de manera algo maliciosa.

—No te preocupes, Jaxon, cariño; estoy bien —le dice, y le da unas palmaditas en la mejilla sin cicatriz cuando pasa por su lado hacia la clase de Arte, cerrando la puerta al salir.

Él ni siquiera mira en su dirección. Sus ojos completamente negros están fijos en Flint, que pone los suyos en blanco y dice:

—Están las dos bien. De nada.

Durante varios segundos, Jaxon no responde. No emite sonido alguno. Pero resulta que me equivocaba al pensar que antes Jaxon estaba cabreado. Porque, después del comentario de Flint, parece estar a un paso muy corto de sufrir un aneurisma. O de cometer una masacre.

—¡Lárgate de aquí! —ruge.

—No pensaba quedarme.

Pero Flint no se mueve. En vez de eso, se pone delante de mí y mira a Jaxon. Y ésa es la gota que colma el vaso para mí.

—Apártate —le ordeno y, al ver que no se aparta todo lo rápido que me gustaría, lo aparto de un empujón.

Por un instante, parece que va a detenerme, pero un leve gruñido de Jaxon lo hace retroceder. Y eso me cabrea todavía más. Entiendo que temiera por mí, pero eso no le da derecho a actuar como un psicópata.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaxon cuando doy un paso adelante.

—Sí.

Intento apartarlo a él también, pero, a diferencia de Flint, Jaxon no se mueve. Se queda ahí plantado, en mi camino, con los ojos oscuros y

repletos de ira... y de algo que no sabría decir qué es cuando me mira. Sea lo que sea, hace que sienta una efervescencia en mi interior, como una bebida carbonatada demasiado agitada. O lo haría, si lo permitiera. Pero ahora mismo estoy demasiado ocupada concentrándome en la ira como para distraerme con lo demás.

—Te dije que te alejaras de Flint ¿y tú te metes en los túneles con él? —espeta.

Es justo lo peor que podría decirme ahora mismo, que sigo cargada de adrenalina por el terremoto, y por la carrera, y el pánico que he pasado. Pero el hecho de que estuviera muerta de miedo hace unos minutos no significa que vaya a tolerar las exigencias de Jaxon. Como tampoco dejaré que me diga lo que tengo que hacer.

—No pienso hablar contigo de esto ahora —respondo—. Llego tarde a una clase a la que no quería llegar tarde por nada del mundo, y no tengo tiempo para este extraño teatrillo que os lleváis entre manos.

Incluyo a Flint en mi ira.

—No es ningún teatrillo, Grace. —Jaxon intenta cogerme de la mano, pero la aparto antes de que pueda hacerlo.

—Pues como quieras llamarlo. Me aburre, y me cabrea, y estoy harta. Así que apártate de mi camino y déjame ir a clase antes de que olvide que soy pacifista y te dé un puñetazo en la cara.

No sé qué le sorprende más, si lo del «puñetazo» o lo de «pacifista». Sin embargo, antes de que alguno de los dos lleguemos a una conclusión, Flint interviene:

—Eso es, Grace. Dile que deje de dar por culo.

Esta vez el gruñido de Jaxon es aterrador. Y también suena lo bastante alto como para que la clase que se encuentra al otro lado del armario se quede totalmente callada, hasta la profesora. Genial. Esto es genial.

Me vuelvo hacia Flint.

—Y tú cierra el pico, o pensaré en algo horrible que hacerte a ti también. —Me vuelvo de nuevo hacia Jaxon—. En cuanto a ti, apártate de mi camino o no volveré a hablarte nunca.

Al principio Jaxon no se mueve, pero creo que, a juzgar por su expresión, se debe más a que mis palabras lo han dejado atónito que a que quiera desafiarme deliberadamente. Sin embargo, al final levanta las manos y se aparta, tal y como le he ordenado.

—Gracias —digo con mucha más tranquilidad—. Y agradezco tu preocupación, en serio. Pero es mi primer día de instituto y sólo quiero ir a clase.

Acto seguido, sin aguardar su respuesta, paso por su lado y entro en el aula donde todo el mundo, incluso Lia y la profesora, me están mirando.

Sorpresa, sorpresa.

31

Las niñas mayores no lloran (a menos que quieran hacerlo)

—¡Grace! ¡Cuidado!

Me vuelvo hacia la voz de mi prima, la primera chica que me habla desde la bronca con Jaxon y Flint hace cinco horas, justo a tiempo de ver que una pelota de baloncesto viene directa hacia mi cabeza. Le doy un manotazo y aprieto los labios para evitar llorar del daño que me hago en la mano.

No entiendo cómo bloquear una pelota de baloncesto puede doler tanto, pero sea quien sea la persona que ha lanzado la bola lo ha hecho con todas sus fuerzas. Me duele el brazo entero del impacto, y ni siquiera sabía que eso era posible.

—Pero ¿qué coño...? —dice Macy al gimnasio en general mientras corre hacia mí—. ¿Quién la ha lanzado? —Nadie contesta—. ¿En serio? —Mi prima pone los brazos en jarras y fulmina con la mirada a un grupo de chicas que están junto a la puerta del vestuario—. ¿Habéis sido vosotras?

—No te preocupes —le digo—. Da igual.

—¿Que da igual? He oído lo fuerte que te ha dado la pelota en la mano. ¡Si te llega a dar en la cabeza, te habría causado una conmoción cerebral!

—Pero no ha pasado. Y estoy bien.

Decir que estoy bien es un poco exagerado, ya que aún me duele, pero ya he montado bastante el espectáculo por hoy, gracias. No pienso empezar a lloriquear por cuatro malotas. O muchas malotas, mejor dicho. Y una de ellas parece una futura jugadora profesional de baloncesto.

Sí, no negaré que ha sido un día raro. No he visto ni a Jaxon ni a Flint desde que he explotado esta mañana. Y, aunque Jaxon no se ha presentado en ninguna más de mis clases, Byron me estaba esperando al salir de Arte con una parka extra para que no tuviera que volver a atravesar esos horribles túneles. Menos mal. Rafael se ha sentado con Macy y conmigo a la hora del almuerzo y nos ha acompañado a Español, la clase que compartimos. Y Liam me ha acompañado de Español a Educación Física.

Ninguna de estas escoltas ha pasado desapercibida para el resto de los alumnos, y eso no ha actuado precisamente en mi favor. A ver, no es que esperase hacer un montón de amigos aquí, pero tampoco quiero que me lancen pelotas de baloncesto a la cabeza a cada segundo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Macy frunciendo el ceño al ver que meneo los dedos y agito la mano.

Paro de inmediato.

—Seguro. Estoy bien.

Lo último que quiero es que mi prima haga una montaña de algo que podría haber sido mucho peor. Niega con la cabeza, pero no dice nada más sobre lo de la pelota. Aunque si la sorprendiera mirando mal a algunas de mis compañeras de clase, no le diría nada. Yo también me cabrearía si alguien se metiera con ella.

Pero bueno, ya va siendo hora de cambiar de tema.

—¿Qué es todo esto? —pregunto señalando los leotardos negros y la falda de lentejuelas que lleva puestos.

—Estoy en el equipo de baile de las animadoras —responde sonriendo con orgullo—. Me han dado uno de los solos para el espectáculo del viernes.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —exclamo.

Nunca he sido muy fan de los equipos de animadoras, pero está claro que a ella le encantan, y eso es motivo más que suficiente para alegrarme.

—Sí. Voy a bailar...

El profesor de Educación Física hace sonar el silbato interrumpiéndola.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Que ha terminado la clase. Y, puesto que era la última, también significa que eres libre. —Macy sonríe—. Yo tengo que ensayar dos horas después de las clases, pero me reuniré contigo cuando acabe, así cenamos juntas. Si no hay otro terremoto, claro.

—Qué fuerte, ¿eh? —Ha habido varios temblores más esta tarde, nada grave, sólo réplicas leves, pero nos han puesto a todos nerviosos, incluso a mí—. Quién me iba a decir que iba a vivir más terremotos en cuatro días en un lugar remoto del centro de Alaska que en toda mi vida en la costa de California...

—Es curioso —coincide algo perpleja—. Es verdad que hay terremotos de vez en cuando, pero hacía mucho tiempo que no teníamos tantos seguidos. De hecho, no recuerdo que haya pasado nunca. Los habrás traído contigo.

—Vaya, lo siento —bromeo—. Intentaré moderarlos.

—Sí, por favor —responde sonriendo—. Te veo después de los ensayos.

—Muy bien.

Me despido de ella con la mano antes de volver a los vestuarios. Nadie me importuna mientras me cambio, pero tampoco me hablan. He dejado de intentar entablar conversación con alguien más o menos hacia la hora de comer. No necesito que todo el mundo me haga el vacío para captar el mensaje.

Me visto en tiempo récord y, acto seguido, cojo mi mochila y salgo. Probablemente debería volver a mi cuarto y ponerme a hacer los deberes,

pero no estoy acostumbrada a estar encerrada en una habitación todo el tiempo.

En casa siempre estaba fuera: en la piscina, en la playa, corriendo por el parque... Hasta hacía los deberes sentada en el columpio del porche, admirando cómo el sol se escondía en el mar.

Pasar de eso a estar aquí encerrada casi todo el tiempo es bastante duro.

Me planteo ir a la habitación para coger todo ese montón de ropa y dar un paseo. Pero tampoco me emociona la idea de tener que ponerme medio armario para aventurarme a salir con temperaturas bajo cero, así que al final me decido por un término medio: deambularé por el castillo para conocerlo mejor, ya que aún hay muchas zonas en las que no he estado, a pesar de que con las clases me he pasado el día yendo de un extremo a otro.

Por un instante, me viene a la cabeza lo que Jaxon me advirtió la primera noche, pero eso era para altas horas de la madrugada. Que el sol se haya puesto hace ya dos horas fuera del castillo no significa que esto no sea seguro por la tarde, cuando todo el mundo está despierto y yendo de una actividad a otra. Además, no pienso pasarme el próximo año y medio temiendo a las personas que estudian conmigo. Sin duda, los chicos de la otra noche eran unos capullos, pero me pillaron desprevenida. No permitiré que eso vuelva a suceder. Y no seré una prisionera en mi propio instituto.

Al pensar en Jaxon, saco el móvil y abro la aplicación de mensajería. Tengo seis mensajes suyos sin leer, todos enviados durante el terremoto. No los he abierto todavía porque al principio estaba demasiado enfadada como para querer saber lo que tenía que decir. Después, prefería estar sola para abrirlos. Tiendo a tener las emociones a flor de piel, y lo último que quiero es que alguien vea lo que siento por Jaxon, sobre todo cuando ni yo misma sé qué va a pasar entre nosotros, si es que pasa algo.

El primer mensaje ha llegado unos minutos después de que terminase la clase de Literatura Británica:

Hola, pensaba que te vería en Arte,
pero no estás aquí. ¿Te has perdido? ;)

Unos minutos después ha llegado el siguiente mensaje:

¿Necesitas que te envíe un equipo
de salvamento? o_O

El tercer mensaje ha llegado poco después del segundo, y a continuación los tres siguientes:

Siento ser pesado, sólo quería asegurarme de que
estás bien. No te estarán molestando Quinn y Marc,
¿no?
Oye, ¿estás bien?
Estoy preocupado. Sólo quiero que me confirmes que
esos capullos no han ido
a por ti otra vez. ¿Todo bien?
¿Grace?

Recuerdo que los he recibido durante el terremoto y que no les he prestado atención. Pero ahora que los leo me siento como una auténtica idiota. Y no por no contestarlos de inmediato por lo del terremoto. Y sí, ya sé que no tengo que responderle sólo porque él quiera que lo haga. Pero me siento culpable por atacarlo de esa manera en el estudio de Arte cuando estaba claro que sólo estaba preocupado por mí. Y por no haberle contestado en tanto rato cuando incluso se disculpa en sus mensajes, algo que estoy segura de que el gran Jaxon Vega no suele hacer casi nunca, como lo de pedir las cosas por favor.

En lo único que pensaba cuando estaba en ese armario era en lo mucho que me abochornaba que él estuviera ahí, discutiendo con Flint y dejándome en evidencia. No he pensado en el hecho de que se encontraba ahí porque se sentía inquieto por mí ni en que la pelea con Flint ha sido porque estaba muy nervioso.

En mi antiguo instituto sería absurdo y probablemente incluso algo preocupante que un tío estuviera así por mí. Pero no puedo culpar a Jaxon

por estarlo con razón, sobre todo teniendo en cuenta que ya me ha rescatado dos veces. Y menos cuando sus últimos mensajes han llegado en mitad de un maldito terremoto que ha puesto tan nervioso a todo el mundo que todos los profesores que he tenido después se han pasado diez minutos de clase repasando las medidas de seguridad en caso de réplicas.

Si todo el mundo estaba asustado por los temblores, no puedo enfadarme con Jaxon por estarlo también.

Como me siento mal por hacerle esperar una respuesta tanto tiempo, le mando unos cuantos mensajes seguidos.

Lo siento, he estado ocupada
y no he mirado el móvil.
¿Qué haces? ¿Quieres explorar
el castillo conmigo?
Y, oye, no me has dicho
el remate del chiste.

Al ver que no contesta de inmediato, me guardo el teléfono en el bolsillo del *blazer* y me aventuro por uno de los pasillos laterales sin ningún destino en mente. Paso por una sala donde hay dos personas practicando esgrima, con el uniforme blanco y las máscaras, y me paro para verlos durante un rato. Después deambulo hasta la sala de música, donde un chico de pelo rizado toca el saxofón. Reconozco la melodía como *Autumn Leaves*, y su mero sonido casi hace que me caiga de rodillas.

Cannonball Adderley sacó un álbum en 1958 titulado «Somethin' Else». Miles Davis y Art Blakey tocaban en él. Era el disco favorito de mi padre, sobre todo la canción *Autumn Leaves*. Solía ponerla sin parar cuando hacía cosas por casa, y me hizo escucharla con él al menos un centenar de veces, describiéndome cada una de las notas y explicándome una y otra vez cómo y por qué Adderley era un genio tan especial.

El último mes, desde que mis padres murieron, ha sido probablemente el mayor tiempo que he estado sin escuchar esa canción en toda mi vida, y

encontrarme con ella aquí, ahora, parece una señal. Por no hablar del dolor que me provoca.

Las lágrimas me inundan los ojos, y sólo pienso en largarme. Me vuelvo y salgo corriendo, sin importarme adónde voy. Sólo sé que necesito huir.

Cojo las escaleras secundarias y subo y subo y subo, hasta que llego a la torre más alta. La mayor parte del espacio lo ocupa la habitación que se esconde tras una puerta cerrada, pero hay una pequeña alcoba justo al lado de las escaleras con una enorme ventana, la primera que he visto en el castillo con las cortinas abiertas, que da a la parte frontal del instituto. Fuera está oscuro en estos momentos, pero las vistas siguen siendo impresionantes: la nieve iluminada por las farolas y el cielo azul oscuro repleto de estrellas hasta donde alcanza la vista.

El espacio está rodeado por unas estanterías encastradas, y en él hay también un par de sillones tapizados que parecen bastante cómodos. Se trata claramente de un rincón de lectura, y hay de todo, desde clásicos hasta autores modernos como Stephen King. Pero yo no he venido a leer, por mucho que me guste hacerlo.

En vez de eso, me dejo caer en uno de los sillones y por fin permito que las lágrimas fluyan.

Son muchas. No he llorado de verdad desde el funeral y, ahora que he empezado, no estoy segura de poder parar jamás. El dolor es una bestia indómita en mi interior, un animal rabioso que me desgarra por dentro y hace que todo duela.

Intento no hacer ruido, lo último que quiero es llamar más la atención, pero es difícil cuando duele tanto. En un gesto de autodefensa, me envuelvo con los brazos y empiezo a mecerme, desesperada por que cese el dolor. Y aún más desesperada por encontrar la manera de mantenerme de una pieza cuando todo en mi interior parece desmoronarse.

No funciona. Nada funciona, y las lágrimas siguen fluyendo, acompañadas de los desgarradores sollozos que me salen del pecho.

No sé cuánto tiempo paso aquí, combatiendo el dolor y la soledad que me producen el haber perdido a mis padres de repente y el haber perdido todo lo que me era familiar menos de un mes después, pero sé que es el suficiente como para que el cielo pase del azul oscuro del crepúsculo civil al negro total.

El tiempo suficiente como para que me duela el pecho. Más que suficiente como para que se me sequen las lágrimas. De algún modo, haberme quedado sin lágrimas hace que todo duela más.

Pero quedarme aquí sentada no va a cambiar eso. Nada va a cambiarlo, así que más vale que me vaya levantando. Macy debe de estar a punto de terminar el ensayo, y lo último que quiero es que tenga que venir a buscarme.

El miedo a que me vea así, o a que me vea cualquier otra persona, es lo que por fin me pone en marcha. Pero, cuando me levanto y me vuelvo, descubro que alguien ya lo ha hecho: Jaxon.

32

No es casualidad que «congelación» y «negación» compartan tantas letras

Jaxon está de pie al final de las escaleras. Su rostro es inexpresivo, pero sus ojos me examinan detenidamente.

Siento una ola de vergüenza que me sonroja la cara y hace que me falle la respiración. Pienso en preguntarle cuánto tiempo lleva ahí, pero da igual. Sé que lleva el suficiente.

Espero a que diga algo, a que me pregunte otra vez si estoy bien o que me pida que deje de llorar, o que diga una del millón de cosas que cabe decir entre esas dos reacciones.

Pero no lo hace. Se queda ahí plantado, observándome con esos ojos mágicos, hasta que vuelvo a perder el aliento..., esta vez por un motivo totalmente diferente.

—Lo... lo siento —consigo balbucear por fin—. Tengo que irme.

No responde, así que me dirijo a las escaleras, pero él las está bloqueando. Y sigue observándome, con la cabeza un poco ladeada, como si intentase entender algo mientras yo ruego que la tierra se abra y me trague. Lo único que digo es que éste sería un momento perfecto para otro de esos terremotos.

Cuando por fin habla, su voz suena algo oxidada.

—¿Por qué?

—¿Por qué tengo que irme? ¿O por qué estaba llorando?

—Ninguna de las dos cosas.

—No... sé qué se supone que tengo que contestar a eso. —Exhalo un largo suspiro—. Mira, siento haberte amenazado con pegarte antes en el estudio de Arte. Es que a veces... te pasas.

Enarca una ceja, pero, aparte de eso, su expresión vacía no cambia.

—Tú también.

—Ya. —Me río tímidamente y me señalo las mejillas aún húmedas—. Entiendo por qué piensas eso.

Estamos a tan sólo unos pasos de distancia el uno del otro, pero él reduce el espacio acercándose hasta estar a unos centímetros de mí. Se me seca la boca como el desierto.

Espero a que diga algo, pero no lo hace. Espero a que me toque, pero tampoco lo hace. Simplemente se queda ahí, tan cerca que siento su aliento en la mejilla. Tan cerca que seguro que nota el mío sobre la suya.

Y, sin embargo, sus ojos siguen oscuros, vacíos e inexpresivos.

Pasan unos segundos que más bien parecen minutos hasta que por fin, por fin, susurra:

—¿Qué se siente?

—Qué se siente ¿cuándo?

Esta pregunta me coge por sorpresa, y me da un poco de miedo acabar convirtiéndome en el remate de alguna broma.

—¿Qué se siente al poder dejarse llevar así?

—¿A qué te refieres? ¿A mi ataque de llanto? —Vuelvo a avergonzarme y me seco las mejillas intentando hacer desaparecer los restos de mis lágrimas—. Disculpa. No pretendía que me viera nadie. Yo...

—No sólo a eso. Me refiero a qué se siente al ser capaz de mostrar lo que tienes dentro y cómo te sientes, en cualquier momento, sin tener que preocuparte por... —Deja la frase a medias.

—¿Por qué? —pregunto—. Sin tener que preocuparte ¿por qué?

Durante varios segundos se queda mirándome. Después niega ligeramente con la cabeza y dice:

—Da igual.

Pasa por mi lado, abre la puerta de la habitación que está al otro lado de la salita y entra.

Me quedo mirándolo, sin saber qué se supone que tengo que hacer. Parece que nuestra conversación ha terminado, pero ha dejado la puerta abierta a modo de invitación.

Permanezco en el sitio durante un minuto más o menos, indecisa, hasta que asoma la cabeza por la puerta.

—¿Vienes? —pregunta.

Lo sigo al interior, ¿cómo no? Pero no estoy preparada en absoluto para lo que voy a encontrar ahí dentro. Es una habitación. Una estancia que parece mi país de las maravillas particular.

Hay libros por todas partes, apilados de cualquier modo sobre cualquier superficie disponible.

Hay tres guitarras en un rincón. También una batería. Al verla, se me hace la boca agua y mis dedos empiezan a moverse solos anhelando tocarla como solía hacer con la mía cuando aún tenía una.

Cuando aún tenía un montón de cosas.

En el centro hay un sofá negro de piel gigante repleto de cojines suaves y mullidos que parecen rogar que alguien se eche una siesta sobre ellos.

Quiero tocarlo todo, quiero pasar las manos por la batería para sentir su alma. Me esfuerzo por controlar mis impulsos, pero me cuesta. Me cuesta tanto que tengo que meterme las manos en los bolsillos para mantenerlas a raya.

Porque acabo de darme cuenta ahora de que se trata del cuarto de Jaxon, y decir que no me lo esperaba es quedarse cortísima.

Jaxon se muestra completamente indiferente ante lo que tiene a su alrededor, cosa que no acabo de entender, aunque sé que es porque son sus cosas. Las ve y las toca a diario. Pero una parte de mí sigue queriendo saber cómo puede pasar por alto la pila de libros de arte que tiene junto al sofá, o el cristal morado gigante que descansa sobre su mesa. Es la misma parte que me recuerda a gritos que, piense Jaxon lo que piense, no soy ni por asomo lo bastante buena como para estar aquí con él.

Puesto que no dice nada, me vuelvo para admirar los diseños de la pared: unas pinturas grandes y anárquicas de colores intensos y trazos que despiertan toda clase de ideas en mi interior. Y, colgado junto a su mesa, hay un pequeño dibujo a lápiz de una mujer con el pelo revuelto y mirada maliciosa, vestida con un voluminoso kimono.

Lo reconozco, o al menos eso creo, así que me acerco para verlo mejor. Y... efectivamente:

—¡Esto es de Klimt! —exclamo.

—Sí —confirma.

—No era una pregunta. —Está bajo un cristal, así que acerco la mano y toco la firma del artista en la esquina inferior derecha—. Es un original de Klimt, no una reproducción. —Esta vez no dice nada, ni siquiera un «sí»—. ¿Qué? ¿Te vas a quedar ahí con las manos en los bolsillos sin más? —pregunto—. ¿No vas ni a contestarme?

—Acabas de decir que no estabas preguntando.

—Y no lo hago. Pero eso no significa que no quiera conocer la historia.

Se encoge de hombros.

—No hay ninguna historia.

—Tienes un original de Klimt colgado al lado de la mesa. Créeme, tiene que haber una historia.

Me tiemblan las manos mientras trazo las líneas a través del cristal una vez más. Nunca había estado tan cerca de una de sus obras.

—Me gustaba. Me recordaba a alguien. Así que lo compré.

—¿Y ya está? ¿Ésa es tu historia? —Me quedo mirándolo sin poder creer lo que estoy oyendo.

—Ya te he dicho que no había ninguna historia. Te has empeñado tú en que la hubiera. —Ladea la cabeza y me observa con los ojos entrecerrados —. ¿Querías que te mintiera?

—Quiero que... —Niego con la cabeza y exhalo profundamente de nuevo—. No sé qué quiero que hagas.

Cuando digo esto, suelta una risita, la primera señal de emoción que muestra desde aquel frenético «¿Estás bien?» en clase de Arte.

—Conozco la sensación.

Está en el centro de la habitación, y una parte de mí anhela que estuviera más cerca, que estuviéramos en contacto físico.

Claro está, hay otra parte de mí a la que le sigue aterrando tocarlo, y a la que le aterra aún más que él me toque. Estar en su cuarto ya es demasiado. Ver que se muerde el labio inferior, revelando por primera desde que lo conozco sus nervios, también es demasiado.

Que me tocase, me abrazase o me besase sería demasiado. Temo que implosionaría al instante al sentir el roce de sus labios contra los míos. Entraría en combustión espontánea sin más. Y no habría nada que hacer. Un roce de su mano contra la mía y ¡puf! Adiós. Casi sucede cuando me llevó en brazos a mi cuarto la otra noche, y eso fue antes de que me enviase gofres y de que me acompañase a clase y me encandilase con sus mensajes. Mucho antes de haber visto este lugar.

Me pregunto si temerá lo mismo que yo, porque, en vez de contestar, se da la vuelta y entra en lo que imagino que será su dormitorio. Al menos hasta que ve que continúo demasiado ocupada observando el Klimt y todas las demás cosas fabulosas que hay aquí como para seguirlo.

Pone los ojos en blanco, pero entonces vuelve y me guía suavemente hacia el dormitorio, todo esto sin ponerme un dedo encima.

—Ven. Hay algo que quiero que veas.

Lo sigo sin dudar. Antes, con Flint, he tenido momentos de preocupación, de temer que no fuera seguro estar a solas con él. Ahora todo en mi interior me advierte que Jaxon es un millón de veces más peligroso que Flint, pero no siento la menor inquietud al estar a solas con él en su habitación, al estar donde sea y haciendo lo que sea con él.

No sé si eso me convierte en una imprudente o en una persona con buen juicio. Pero da igual, porque las cosas son como son.

Jaxon se detiene cerca del borde de su cama y coge la pesada manta roja que está doblada a los pies. Después abre el cajón superior de su cómoda y saca un par de guantes forrados de piel sintética y me los lanza.

—Póntelos y ven conmigo.

—¿Adónde? —pregunto perpleja.

Pero hago lo que me dice y deslizo las manos en los guantes.

Abre la ventana y una ráfaga de aire helado entra en la habitación.

—No puedes estar hablando en serio. No pienso salir ahí. Me voy a congelar.

Me mira por encima del hombro y me guiña el ojo. ¡Me guiña el ojo!

—¿A qué ha venido eso? —digo—. ¿Desde cuándo guiñas el ojo?

No responde nada, sólo tuerce un poco los labios. Y entonces sale por la ventana y salta un metro hasta el parapeto que hay justo debajo de la torre.

Debería ignorarlo. Debería darme la vuelta y largarme de esta habitación; alejarme de este chico que se piensa que estoy tan tonta como para deambular por las azoteas de Alaska en pleno noviembre sin nada más que un *blazer* encima para protegerme del frío. Eso es lo que debería hacer.

Por supuesto, que deba hacerlo no significa que vaya a hacerlo.

Porque, al parecer, cuando estoy con este chico pierdo por completo el sentido común. Y esa pérdida de sentido común me lleva a hacer exactamente lo que no debería, que, en este caso, es seguir a Jaxon por la ventana y hasta el parapeto.

33

Madonna no es la única con buena estrella

Cuando bajo o, mejor dicho, cuando me ayuda a bajar con muchísimo cuidado para que no me haga daño en el tobillo, que aún está sensible, Jaxon me envuelve con la manta, cabeza incluida, de manera que sólo tengo expuestos los ojos. Y he de decir que no sé de qué estará hecha esta manta, pero en cuando me cubre con ella dejo de temblar. No diré que estoy calentita, pero al menos no moriré de hipotermia de un momento a otro.

—¿Y tú qué? —pregunto cuando veo que sólo lleva una sudadera. Es una sudadera de abrigo, como la que vestía cuando lo vi ayer con Lia, pero, aun así, no es suficiente protección para este tiempo—. Podemos compartir la manta —digo, y se echa a reír.

—Yo estoy bien. No te preocupes por mí.

—Pues claro que me preocupo por ti. Hace un frío de muerte.

Se encoge de hombros.

—Estoy acostumbrado.

—Vale. Tengo que preguntártelo.

Todo en él se vuelve receloso.

—¿El qué?

—¿Qué eres? ¿Un extraterrestre?

Enarca las dos cejas a la vez, casi hasta el nacimiento del pelo.

—¿Disculpa?

—Que-si-eres-un-extraterrestre... No sé por qué te sorprende mi pregunta. Mírate.

Muevo el brazo arriba y abajo por debajo de la manta intentando abarcar toda su figura de una vez.

—No puedo mirarme a mí mismo.

Por primera vez, parece divertido.

—Ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no. —Se inclina de manera que sólo un par de centímetros separan nuestros rostros—. Vas a tener que explicármelo.

—Como si no supieras ya que eres, básicamente, el ser vivo más sexy del planeta.

Recula un poco, como si mis palabras le hubiesen golpeado, y no sé si se da cuenta siquiera de que se lleva la mano a la cicatriz cuando dice:

—Ya, claro.

Venga ya.

—Sabes que esa cicatriz te hace aún más sexy, ¿verdad?

—No.

Es una respuesta corta. Sencilla. Concisa, incluso. Y, a pesar de ello, revela mucho más de lo que él querría que nadie viese jamás.

—Pues es verdad. Eres supersexy —repito—. Y luego está la manera en que todo el mundo te lame el culo constantemente.

—No todo el mundo. —Me señala con la mirada.

—Casi todo el mundo. Y nunca tienes frío.

—Sí que tengo frío.

Mete la mano por debajo de la manta y me presiona el brazo con los dedos. Es verdad: está frío. Pero se encuentra muy lejos de congelarse, que es lo que me estaría pasando a mí si sólo llevase puesta una sudadera.

Lo miro e intento fingir que, a pesar de la gelidez, su mano en mi brazo no me inunda de calor todas y cada una de las células del cuerpo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—A ver si lo he entendido. Uno, soy el ser vivo más sexy del planeta. —Sonríe al decirlo—. Dos, hago que todo el mundo se incline ante mí. Y tres, no suelo tener frío. Y por ello has llegado a la conclusión de que soy un extraterrestre.

—¿Tienes una explicación mejor?

Hace una pausa planteándose la respuesta.

—Pues sí, la verdad.

—¿Y cuál es?

—Podría decírtelo, pero...

—Pero ¿entonces tendrías que matarme? —Pongo cara de incredulidad —. ¿En serio? ¿Hemos retrocedido hasta los viejos diálogos de *Top Gun*?

—No iba a decir eso.

—¿Ah, no? —Esta vez es mi turno de ladear la cabeza—. ¿Y qué ibas a decir?

—Iba a decir: «Tú no puedes encajar la verdad».

Lo dice totalmente serio, pero me echo a reír de todas formas. ¿Cómo no hacerlo cuando está citando *Algunos hombres buenos*?

—¿Qué eres, aficionado a las pelis antiguas en general o a las pelis antiguas de Tom Cruise en particular?

—Uf. —Pone cara de asco—. Desde luego, lo segundo no. Y, en cuanto a lo de las pelis antiguas, he visto unas cuantas.

—Entonces, si te hablo de dejar morir de hambre a unas mujeres para hacerse un traje con su piel, ¿sabrías que estoy hablando de...?

—¿De Buffalo Bill, de *El silencio de los corderos*? Sí.

Sonrío de oreja a oreja.

—Vaya, tal vez no seas un extraterrestre después de todo.

—No, claro que no lo soy.

Se hace el silencio durante un rato. No es incómodo. De hecho, es bastante agradable poder estar simplemente ahí. Pero al final el frío se abre camino a través de la manta mágica. Intento ceñírmela más y pregunto:

—¿Vas a decirme qué hacemos aquí fuera?

—Ya te dije ayer que hoy te llevaría a mi lugar favorito.

—¿Éste es tu lugar favorito?

Miro a mi alrededor con una nueva perspectiva, decidida a averiguar qué es lo que hace que le guste este sitio.

—Desde aquí puedo ver a kilómetros de distancia, y nadie me molesta nunca. Además... —Mira su móvil y después levanta la vista al cielo—. Lo entenderás dentro de tres minutos.

—¿Es la aurora boreal? —pregunto, y mi inquietud se transforma súbitamente en emoción—. Me muero por verla.

—Lo siento. Tienes que estar despierta en plena noche para poder ver la aurora boreal.

—Entonces ¿qué...?

Dejo la frase a medias cuando, de repente, algo que parece una enorme bola de fuego atraviesa el cielo. Segundos más tarde, aparece otra.

—¿Qué es eso? —pregunto en voz alta.

—Una lluvia de estrellas. Aquí no se dan muchas porque suelen tener lugar en verano, cuando hay luz casi todo el día, así que no podemos verlas. Pero, cuando hay una en invierno, es espectacular.

Sofoco un grito cuando otros tres meteoritos pasan volando, dejando estelas largas y brillantes a su paso.

—Decir que es espectacular es quedarse corto. Esto es increíble.

—He pensado que igual te gustaba.

—Y me gusta. Me encanta. —Lo miro tímida de repente, aunque no sé por qué—. Gracias.

No responde, aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

Nos quedamos ahí de pie en el parapeto durante al menos media hora, sin hablar, sin mirarnos mucho, observando el espectáculo más extraordinario que jamás he visto en el cielo. Y disfruto de cada segundo.

Es curioso, pero el hecho de estar aquí fuera, admirando el vasto cielo nocturno y las inmensas montañas nevadas, me hace ver las cosas desde otra perspectiva. Me recuerda lo minúscula que soy en el gran orden de las cosas, en lo fugaces que son mis problemas y mi dolor, por muy intensos que los sienta ahora.

Tal vez era eso lo que Jaxon pretendía al traerme aquí fuera.

La lluvia termina con seis o siete estrellas fugaces seguidas. No puedo evitar exclamar cada vez que una de ellas atraviesa el cielo. Cuando todo acaba, espero sentir una especie de tristeza, como suele ocurrir cuando termina una buena película o un buen espectáculo de fuegos artificiales. Esa punzada de decepción de que algo tan maravilloso haya acabado para siempre.

No obstante, en el caso de la lluvia de estrellas, lo que noto es algo parecido a la paz. Una paz que no había sentido en mucho tiempo.

—Deberíamos entrar —sugiere Jaxon al final—. Está bajando la temperatura.

—Estoy bien. Sólo quiero esperar un par de minutos más, si no te importa.

Inclina la cabeza en un gesto que parece significar «por supuesto».

Hay muchas cosas que quiero decirle y ha hecho muchas cosas por mí en un plazo muy corto de tiempo desde que nos conocemos. Pero, cada vez que intento buscar las palabras adecuadas, nunca acaban de sonar bien en mi cabeza. Así que, al final, me limito a decir:

—Gracias.

Se echa a reír, pero es un sonido totalmente carente de humor. No entiendo por qué hasta que lo miro a los ojos y veo que vuelven a estar completamente vacíos. No me gusta en absoluto.

—¿Por qué te ríes cuando te doy las gracias? —pregunto.

—Porque no tienes nada que agradecerme, Grace.

—¿Cómo que no? Has hecho algo muy bonito por mí...

—No es verdad.

—Eh... claro que sí. —Por debajo de la manta, levanto los brazos haciendo el gesto universal de «mira todo esto»—. ¿Por qué no lo admites? Aprende a aceptar los cumplidos.

—Porque no merezco el cumplido. —Las palabras parecen brotar de su boca sin su permiso y, ahora que lo han hecho, parece algo angustiado—. Sólo estoy haciendo mi...

—¿Tu qué? ¿Tu trabajo? —pregunto, y se me hace un nudo en el estómago—. ¿Te ha pedido mi tío que seas amable conmigo o algo?

Se echa a reír, pero sigue sin haber ni pizca de disfrute en ese sonido. Sólo un cinismo profundo que hace que se me inunden de nuevo los ojos de lágrimas, aunque por motivos totalmente diferentes.

—Soy la última persona a la que Foster le pediría que se hiciese amigo tuyo.

Si fuese más correcta y Jaxon me importase menos, lo dejaría estar. Pero ser correcta nunca ha sido una de mis virtudes, soy demasiado curiosa, así que, en vez de dejarlo estar, continúo interrogándolo.

—Y eso ¿por qué exactamente?

—Porque no soy buena persona. No hago cosas «bonitas». Nunca. Así que es absurdo que me agradezcas algo por tu percepción de lo que hago.

—¿En serio? —Lo miro con escepticismo—. Porque lamento ser yo quien te lo diga, pero animar a una chica triste es algo «bonito». Como también lo es llevarla en brazos hasta su habitación cuando se ha torcido el tobillo o espantar a unos tipos que creen que consideran divertidas las novatadas que pueden matar a la gente. O pedirle a la cocinera que le prepare gofres a la chica herida. Son todo cosas bonitas, Jaxon.

Por primera vez parece incómodo, pero sigue sin recular.

—No lo hice por ti.

—¿Ah, no? Entonces ¿por quién lo hiciste? —Como era de esperar, no tiene una respuesta—. Justo lo que pensaba. —Lo miro sonriendo de oreja a oreja, con arrogancia, porque en esta ocasión puedo permitírmelo—. Me temo que vas a tener que aceptar el hecho de que hiciste algo bueno. No arderás en la hoguera, te lo prometo.

—Sólo queman a las brujas.

Lo dice tan serio que no puedo evitar echarme a reír.

—Bueno, en ese caso seguro que estamos a salvo.

—No estés tan segura.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero al mismo tiempo un violento escalofrío me recorre el cuerpo. Con manta o sin ella, aquí fuera hace muchísimo frío, y Jaxon decide que ya está bien por hoy.

—Venga. Vamos dentro.

Es difícil discutir cuando tengo los dientes al borde del castañeteo. Sin embargo, cuando levanto la vista y miro la ventana por la que hemos bajado, no puedo evitar preguntar:

—¿Cómo vamos a entrar exactamente? Bueno, ¿cómo voy a entrar yo?

Una cosa es saltar un metro, y otra impulsarme para volver a subir. Pero Jaxon niega con la cabeza.

—No te preocupes. Yo te ayudo, Grace.

Antes de que me dé tiempo a averiguar por qué esas palabras me abrasan como un rayo ardiente, se agarra al alféizar, se impulsa y entra. Tarda aproximadamente uno coma cuatro segundos en hacer el movimiento, y he de admitir que estoy impresionada. Aunque, bien pensado, casi todo lo que Jaxon hace me impresiona, lo pretenda o no. Me impresiona siempre.

Es más, hace que me sienta menos sola cuando nunca lo había estado tanto.

Regresa al cabo de un momento y asoma la cabeza y el torso por la ventana.

—Dame las manos.

Levanto los brazos sin dudarlo ni un segundo. Me agarra los antebrazos, justo debajo de los codos, y tira. Segundos después, estoy en la habitación, a un par de centímetros de Jaxon.

Y, por una vez, sus ojos no están vacíos. Están en llamas.

Y están fijos. En mí.

34

Todo vale en el amor y en los terremotos

Le devuelvo la mirada sin saber qué esperar... ni qué hacer. Una parte de mí cree que va a apartarse, y otra desea con todas sus fuerzas que no lo haga. Una parte de mí se pregunta qué se sentiría al besarlo, y otra opina que debería salir corriendo de aquí, porque puede que Jaxon no sea un extraterrestre, pero tampoco tiene nada que ver con los chicos que he conocido antes. Y soy lo bastante honesta como para admitir que, por más que lo desee, es imposible que pueda encajar con él.

Al final no me besa. Pero tampoco se aparta. Yo tampoco lo hago. Así que nos quedamos ahí plantados durante no sé cuánto tiempo. Él mirando hacia abajo. Yo, hacia arriba. El ambiente cargado, pesado, eléctrico.

Sigo ahí, cautivada por todo lo que Jaxon es y todo lo que no es, pese a mis recelos. Aguardo a que realice algún movimiento, pero no lo hace. Se limita a continuar mirándome con sus ojos negros como la noche, con esa emoción que rara vez muestra bullendo bajo la superficie. Eso hace que lo anhele. Hace que me duela físicamente el recordar la pregunta que me ha formulado antes, la que ha provocado todo esto.

Al final encuentro las palabras o, mejor dicho en este caso, la palabra para responderle:

—Abrumador —digo cuando empieza a retirar la manta de mis hombros.

De repente se detiene, con la manta y las manos planeando en alguna parte a mitad de mi espalda.

—¿Y eso a qué viene?

—Antes me has preguntado qué se siente al dejarse llevar y purgar mis emociones. A veces es abrumador, y hasta un poco aterrador. Pero lo que tú acabas de hacer por mí... Has hecho que me sienta segura como hacía tiempo que no me ocurría. Así que, gracias. De verdad.

—Grace...

Doy un paso adelante, hasta que mis senos rozan su pecho. No sé qué estoy haciendo. En mi vida he dado yo el primer paso con un chico, y Jaxon no es cualquier chico. Me lanzo a ciegas, pero eso ahora no importa. Por alguna razón, lo único que importa es poder tocarlo.

Quiero sentir la fuerza de mis brazos al abrazarlo, la suavidad de mi cuerpo contra el suyo. Y quiero sentir su calor contra el mío.

Sólo que no está caliente en absoluto. Está claro que esa sudadera no era suficiente para protegerse del frío, dijera lo que dijese.

—¡Jaxon, estás helado!

Le quito la manta de las manos, se la pongo sobre los hombros y lo envuelvo con ella. Después froto sus brazos tapados con las manos sin parar, para intentar que entre en calor.

—Estoy bien —dice tratando de apartarse.

—Está claro que no. No había tocado a nadie tan frío en mi vida.

—Estoy bien —insiste.

Y esta vez da un paso atrás. Varios pasos, en realidad. Todo dentro de mí se detiene.

—Perdona. No pretendía invadir tu espacio personal...

Dejo la frase a medias porque no sé qué más decir. No sé qué es lo que he hecho mal.

—Grace... —empieza, dejando también la frase a medias.

Y en ese momento parece diferente a todas las otras veces. No está seguro de sí mismo, ni divertido, ni estoicamente callado como cuando le he gritado en el estudio de Arte. No. Ahora mismo parece... vulnerable.

Detecto deseo en su mirada. Un anhelo que nada tiene que ver con que me desee, sino más bien con que me necesita. Necesita mi consuelo. Necesita mis caricias.

No puedo negárselos, de la misma manera que no puedo saltar de esta torre y volar. Así que recorro el espacio que ha puesto entre nosotros hasta que mi cuerpo vuelve a entrar en contacto con la firmeza del suyo. Entonces coloco las manos sobre sus mejillas, acaricio sus pronunciados pómulos con los pulgares, y mis dedos dibujan los bordes irregulares de su cicatriz.

Por un instante deja de respirar. Lo oigo en su pecho y lo siento en mi rostro. Y, aunque mi corazón late a más del triple de su velocidad normal, no me aparto. No puedo hacerlo. Estoy hipnotizada, cautivada, embelesada.

Sólo pienso en él.

Sólo lo veo a él.

Sólo lo huelo y lo oigo a él.

Y nunca antes había sentido algo tan maravilloso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me acerco aún más a él, porque no puedo evitarlo. Porque no quiero evitarlo.

Durante un segundo creo que va a dar un paso atrás, pero no lo hace. En vez de eso, abre la manta y la envuelve también a mi alrededor, de manera que sus brazos me rodean la cintura y ambos quedamos cobijados dentro de ella.

—Por supuesto.

—¿A quién te recordaba el boceto de Klimt cuando lo compraste?

—A ti. —Responde rápida y sinceramente—. Sólo que aún no lo sabía.

Y así, sin más, me derrito. Así, sin más, este chico, este chico oscuro, herido y devastador, acaricia una parte de mí que ni siquiera sabía que aún

siguiera existiendo. Una parte de mí que quiere creer. Que quiere tener esperanzas. Que quiere amar.

Deseo abrazarlo, deseo aferrarme a él con todas mis fuerzas, pero no puedo. Estoy helada. Me aterra querer demasiado. Me aterra necesitar demasiado en un mundo en el que las cosas simplemente pueden desaparecer de un momento a otro.

—Grace.

Pronuncia mi nombre en voz baja, a medio camino entre un susurro y un ruego, mientras espera con paciencia a que lo mire. Pero no puedo. Ahora no. Aún no.

—¿Alguna vez...? —Mi voz se quiebra. Inspiro hondo y suelto el aire muy despacio. Vuelvo a inspirar y vuelvo a espirar. Entonces lo intento de nuevo—: ¿Alguna vez has querido algo tanto que te daba miedo tenerlo?

—Sí.

—¿Como si lo tuvieras ahí, justo delante de ti, esperando a que alargues el brazo para cogerlo, pero sientes tanto miedo de lo que pasará cuando lo pierdas que nunca llegas a tomarlo?

—Sí —repite con voz grave, profunda y reconfortante.

Levanto la cabeza hasta que nuestras miradas se encuentran y, entonces, susurro:

—¿Y qué hiciste?

Durante un largo instante no responde. No hace nada. Sólo me devuelve una mirada tan herida y tan rota como el resto de su ser. Entonces dice:

—He decidido cogerlo de todas formas.

Y se inclina y pega sus labios a los míos.

No es un beso apasionado, ni un beso intenso. Y, desde luego, no es un beso salvaje. Es sólo el roce de una boca contra otra, tan suave como un copo de nieve, tan delicado como el permafrost que se extiende por todas partes.

Pero el efecto que tiene, al menos para mí, es igual de potente. Tal vez más.

Y, entonces, de repente, me agarra de los antebrazos. Sus dedos me aprietan con fuerza y me estrechan contra él mientras su boca se vuelve loca en la mía.

Labios, lengua, dientes..., me toma en una disonancia de sensaciones, un caos de placer, desesperación y necesidad en uno. Y me toma, y me toma, y me toma... y me da todavía más.

Me alegro de que me esté sosteniendo, porque, en cuanto su lengua lame la mía, todo me da vueltas y me tiemblan las rodillas, como les pasa a las protagonistas de las novelas románticas. Me habían besado otras veces, pero ninguno de esos besos me hizo sentir así. Forcejeo con él. Intento deslizar los brazos alrededor de su cuello, pero sus manos están fijas en mis bíceps y no me permiten moverme, de modo que sólo puedo aceptar lo que él me da.

Y me da mucho. Ladea la cabeza y su boca sigue entregándose a la mía. Me mareo un poco más, y mis rodillas se vuelven aún más débiles. Incluso juraría que siento que el suelo tiembla bajo mis pies. Pero, aun así, el beso continúa.

Los temblores empeoran y, cuando se me doblan las rodillas, caigo en la cuenta. No es sólo por nuestro beso. La tierra se está sacudiendo de nuevo.

—¡Es un terremoto! —consigo gritar apartando mi boca de la suya.

Al principio Jaxon no me escucha, únicamente sigue mis labios como si quisiera seguir besándome toda la eternidad. Y casi dejo que lo haga, casi vuelvo a fundirme con él; después de todo, soy una chica de California. Si fuera grave, las cosas ya habrían empezado a caerse de las paredes.

Pero justo cuando estoy a punto de olvidarme de los temblores y volver a lo nuestro, Jaxon parece caer en la cuenta, porque no sólo me suelta, sino que además atraviesa media habitación en un abrir y cerrar de ojos.

Observo cómo aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo mientras respira lenta y profundamente... una y otra y otra vez, y el suelo sigue moviéndose.

—No pasa nada —le digo—. Sólo es un terremoto pequeño, no tiene nada que ver con el de esta mañana. Terminará en cualquier momento.

—Tienes que irte.

—¿Qué?

Debo de haberlo oído mal. No puede ser que me estuviera besando como si quisiera devorarme hace tan sólo unos segundos y que ahora me pida que me vaya con una voz tan fría como el aire del exterior.

—No pasa nada.

—¡Sí que pasa! —grita, y es el único signo de emoción que detecto en él ahora que su rostro y sus ojos vuelven a carecer de ella—. Tienes... que... ¡irte!

—Jaxon. —No puedo evitar intentar tocarlo—. Por favor...

De repente, todas las ventanas de su dormitorio estallan en mil pedazos y los cristales salen disparados en todas las direcciones. Suena como una explosión, y lanzo un grito ahogado cuando los fragmentos de cristal me golpean la ceja, y el cuello, la mejilla y el hombro.

—¡Vete! —grita Jaxon, y esta vez sé que no debo desafiarle.

No cuando parece estar tan fuera de control.

Entonces avanza hacia mí, flexionando los dedos y con los ojos encendidos como el carbón y el rostro rojo de ira.

Me vuelvo y corro todo lo rápido que me permiten mis debilitadas rodillas, decidida a llegar hasta la escalera, hasta la libertad, antes de que esta extraña y monstruosa versión de Jaxon me alcance.

No lo consigo.

35

El suflé Alaska es más que un simple postre delicioso

Me despierto en mi habitación con apósitos en el cuello, la cara y el hombro, y no recuerdo cómo he llegado aquí.

Macy está sentada con las piernas cruzadas a los pies de mi cama, mi tío está junto a la puerta, y una mujer, que imagino que será la enfermera del instituto, está revoloteando encima de mí. Tiene el pelo negro y largo hasta la cintura, las uñas de color rojo sangre y una expresión severa. Su aspecto no tiene nada que ver con el de ninguna enfermera que haya visto antes, pero lleva un estetoscopio colgado al cuello y un rollo de venda en la mano.

—¿Lo ves, Finn? Ya está despierta. Te dije que el sedante no la mantendría dormida mucho tiempo.

Me sonríe y, aunque su sonrisa es abierta y amable, sigue intimidándome un montón. Creo que es por su nariz, larga como un pico, pero también podría ser por el medicamento que dice que me ha dado. Estoy despierta, pero me siento muy confundida, como si nada fuera lo que parece ser.

—¿Cómo te encuentras, Grace? —pregunta.

—Bien —respondo, porque no me duele nada.

De hecho, me siento calentita y todo parece flotar a mi alrededor.

—A ver. —Se inclina sobre mí—. ¿Cuántos dedos hay aquí?

—Tres.

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—¿Dónde estás?

—En Alaska.

—Genial. —Se vuelve hacia mi tío—. ¿Lo ves? Te dije que estaría bien. Sólo ha perdido un poco de sangre, pero...

—¡Jaxon! —La sensación cálida y flotante desaparece e intento incorporarme. No sé cómo he podido haberme olvidado—. ¿Está bien? Él estaba...

Me detengo al darme cuenta de que no tengo ni idea de cómo continuar. Porque no tengo ni idea de qué es lo que ha pasado en realidad en esa torre.

Recuerdo que Jaxon me estaba besando... y probablemente lo recordaré durante el resto de mi vida.

Recuerdo el terremoto.

Recuerdo salir corriendo, aunque no sé por qué.

Y recuerdo la sangre. Recuerdo que había sangre, pero no sé por qué.

—No te esfuerces demasiado —me dice la enfermera dándome una palmadita en el dorso de la mano—. Irás recordando si no intentas forzarlo.

No tengo la sensación de que eso vaya a suceder. Es como un borrón, como si mis sinapsis no estuvieran conectando como deberían. ¿Qué clase de sedante me ha dado esta enfermera exactamente?

—¿Macy? —Me vuelvo hacia mi prima—. Yo...

—Jaxon está bien —me asegura.

—Él te ha salvado —me dice mi tío—. Te ha llevado a ver a la enfermera, Marise, antes de que te desangraras.

—¿Desangrarme?

Marise es quien responde ahora:

—Cuando la ventana ha estallado, los cristales han salido disparados y uno de ellos te ha perforado una arteria en el cuello. Has perdido mucha

sangre.

—¿Una arteria?

Me llevo la mano al cuello, aterrorizada por primera vez. Así es como murió mi madre, a causa de una hemorragia arterial. La ambulancia no llegó a tiempo.

—Estás bien —dice mi tío con voz grave y tranquilizadora, mientras me coge la mano y me da unas palmaditas—. Afortunadamente Jaxon estaba ahí. Él ha contenido la hemorragia y te ha llevado a la enfermería antes de...

—Antes de que me muriera —digo lo que él no va a decir.

Mi tío se pone pálido.

—No pienses en eso ahora, Grace. Estás bien.

Porque Jaxon me ha salvado. Otra vez.

—Quiero verlo.

—Claro —asiente mi tío—. Cuando te recuperes...

—No. Quiero verlo ahora. —Empiezo a patalear para desprenderme de las sábanas y la colcha, que parecen pesar una tonelada—. Tengo que comprobar que está bien. Necesito...

Dejo la frase a medias. No sé qué necesito, sólo que tengo que ver a Jaxon. Necesito verle la cara, tocarlo, notar su aliento y saber que de verdad está bien.

Además, me volveré loca si no averiguo lo que siente después del beso que compartimos. Pronto.

—Oye, oye. —Marise presiona mi hombro con una mano firme y me empuja para que vuelva a acostarme—. Podrás ver a Jaxon mañana. Ahora tienes que quedarte aquí y descansar.

—No quiero descansar. Quiero...

—Sé lo que quieres, pero eso no es posible en estos momentos. Estás débil. —Ahí está de nuevo esa mirada severa, y se ha multiplicado por diez —. Creo que no eres consciente de lo grave que es esta lesión. Debes recuperarte.

—Sé perfectamente lo grave que es una hemorragia arterial —insisto, y la cara de mi madre aparece flotando en mi mente durante unos segundos hasta que parpadeo y consigo borrarla—. No pienso ir a practicar *snowboard* por las laderas del Denali. Sólo quiero ver a mi...

Me detengo, porque estaba a punto de llamar a Jaxon «mi novio», y no. Sencillamente no. Un beso no hace que sea mi novio. Ni aunque haya sido el mejor beso de mi vida. Puede que el mejor beso en la historia de la humanidad. Al menos hasta que estallaron las ventanas.

Intento hacerme la tonta quitándole bolitas a la colcha, pero los ojos muy abiertos de Macy me indican que no cuela.

Marise y el tío Finn me examinan asimismo con más atención, aunque no hacen ningún comentario sobre mi desliz. En vez de eso, Marise se limita a volver a taparme con la colcha y a decir:

—Compórtate o tendré que administrarte otro sedante. Y esta vez me aseguraré de que te deje KO varias horas.

Habla en serio, lo veo en sus ojos, así que cejo en mi empeño de ver a Jaxon y me recuesto sobre las almohadas fingiendo ser una buena paciente.

—Me portaré bien —prometo—. No tiene que administrarme ningún sedante.

—Ya veremos —puntualiza—. Debes descansar, y mi trabajo consiste en comprobar que lo hagas. El cómo depende de ti.

—Él está bien —me asegura Macy al ver que no digo nada más—. En serio, Grace. Ahora está ocupado limpiando la torre.

Ah, claro. Las hemorragias arteriales no suelen ser muy limpias.

—¿Hay mucho desastre? —Sé que es absurdo, pero me da vergüenza haber llenado de sangre la torre de Jaxon y haber preocupado a tanta gente —. ¿Necesita ayuda?

—Ya me he ocupado yo —me contesta mi tío con sequedad—. Afortunadamente, el terremoto sólo ha ocasionado daños menores en el resto del castillo, así que toda mi gente está arriba en el cuarto de Jaxon.

—¿Seguro?

Es una pregunta para Macy, no para el tío Finn. No sé por qué estoy siendo tan insistente, pero algo dentro de mí me dice que algo pasa. Que Jaxon está metido en algún tipo de problema. Probablemente sea el sedante, que me hace pensar cosas raras, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Tengo que asegurarme de que está bien.

—Te lo juro, Grace. —Alarga el brazo desde su sitio a los pies de la cama y me aprieta la mano—. Todo está bajo control en lo que respecta a Jaxon. Él está bien, su habitación estará lista pronto, y nadie más ha salido herido en el terremoto. Puedes relajarte.

Me cuesta pensar en relajarme cuando el temor sigue en la boca de mi estómago como una bola. Pero no tengo elección, puesto que todo el mundo revolotea a mi alrededor.

Aunque es lo último que quiero hacer en estos momentos, me relajo sobre las almohadas. Tal vez, si me muestro más cooperativa, Marise y el tío Finn se marchen y me dejen en paz un rato.

—¿Tienes sed, Grace? —pregunta Marise al cabo de un momento—. ¿Quieres un poco de zumo?

Por primera vez me doy cuenta de que sí que tengo sed. Pero que mucha mucha sed. No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí una necesidad tan grande de beber.

—Sí, por favor. O agua. Cualquier cosa me vale.

—Empezaremos con un zumo de arándanos y manzana. El azúcar te hará bien, y después ya veremos.

—¿Por qué necesito azúcar? —pregunto mientras acepto la botella que me tiende. Me la bebo de un trago y finjo que no veo la mirada que intercambia con el tío Finn—. ¿Puedo tomar otro?

—Por supuesto.

Aparece una segunda botella en su mano, aunque juraría que ni siquiera se ha vuelto. Aun así, tengo demasiada sed como para pararme a pensar en

eso, así que la acepto murmurándole las gracias. Intento tomármela más despacio, pero acabo bebiéndomela de un trago también.

Cuando termino, el tío Finn me quita la botella de las manos. Acto seguido me acaricia el pelo, lo que hace que me acuerde de mi padre, y dice:

—Lo siento, Grace.

—¿El qué? —pregunto confundida por sus palabras y por la aflicción que refleja su rostro.

—Primero el mal de altura, ahora un terremoto. Te traje a Alaska porque quería que te sintieras segura, quería que hallaras un nuevo hogar. Y, en vez de eso, no has parado de sufrir desde que llegaste aquí.

—No estoy sufriendo —le digo y, cuando veo que no me cree, lo cojo de la mano—. A ver, Alaska es totalmente distinta a San Diego, pero eso no significa que odie este lugar. Pensaba que lo haría, pero no es así. —Lo empiezo a decir para que no se sienta mal; sin embargo, conforme lo voy expresando, me doy cuenta de que lo siento de verdad. Alaska es un lugar ajeno a mí, pero de no haber venido no habría conocido a Jaxon. No habría vivido ese beso tan maravilloso. Y no estaría viviendo con mi prima, forjando una amistad que estoy convencida de que durará toda la vida—. Además, el mal de altura ya pasó. Y en San Diego también había terremotos. —Sonrío—. Es prácticamente lo único que el sur de California y Alaska tienen en común.

—Ya, pero debería haberte orientado y presentado mejor el instituto Katmere. Supongo que pensé que el desconocimiento te mantendría a salvo.

—No creo que un recorrido por el centro hubiese evitado que me hiciera daño en un terremoto, tío Finn.

Sonríe con un aire de tristeza.

—No me refiero a eso.

Mi radar, por muy aturdida que esté, se activa de nuevo.

—¿A qué te refieres entonces?

—Se refiere a que, como en cualquier otro instituto, hace falta un poco de tiempo para ver cómo funcionan las cosas —interviene Marise, y mira a mi tío como queriéndole decir que éste no es el momento para hablar de ciertas cosas—. Seguro que Macy te ayudará mucho con eso. Además, eres una chica lista. Estoy convencida de que pronto encajarás perfectamente aquí.

Yo no estoy tan segura, pero no pienso discutírselo, porque eso sólo hará que tanto ella como mi tío permanezcan aquí más tiempo del necesario. Así que decido cambiar de tema, con la esperanza de que, al concluir todos mis asuntos médicos, se marchen.

—¿Y los otros cortes? —Me llevo la mano a la mejilla vendada—. ¿Son graves?

—No, en absoluto. Sanarán muy rápido, y ninguno de ellos era lo bastante profundo como para dejarte cicatriz.

—Menos el del cuello.

—Sí. —Parece que le cueste admitirlo—. Te quedará una pequeña cicatriz en el cuello.

—Bueno, supongo que es mejor que la alternativa. —Sonrío—. Gracias por cuidar de mí, de verdad.

—De nada, Grace. Eres una paciente modélica.

Ya veremos si sigue pensando eso cuando me escape esta noche de la habitación para ir a la de Jaxon. Necesito verlo, necesito asegurarme de que no está herido. Y quiero saber qué siente respecto a nuestro beso, si aún piensa en él... o si ha decidido que es mejor pasar de mí porque no hago más que darle problemas.

También quiero saber qué es lo que ha ocurrido en el espacio de tiempo desde que se han roto las ventanas hasta que me ha llevado a la enfermería, y es el único que puede contármelo. Detesto no poder recordar nada. Hace que me sienta impotente y no soporto esa sensación. Me aumenta la

ansiedad, tanto que creo que me hallaría al borde de un ataque de pánico si no estuviera medio sedada.

—¿Es normal que aún esté tan grogui? —pregunto, no porque tenga ganas de echar una cabezadita sino porque quiero que todo el mundo deje de revolotear a mi alrededor, sobre todo mi tío.

—Claro —responde Marise—. El efecto del sedante te durará seguramente hasta mañana por la mañana. —Se vuelve hacia mi tío—. ¿Qué tal si nos marchamos ya, Finn? Así Grace podrá descansar. Volveré a ver cómo está antes de la hora de dormir y, entretanto, seguro que Macy nos hará saber si hay algún problema.

—Por supuesto que sí.

Macy mira a su padre con la expresión más virtuosa que le he visto poner a nadie jamás. Si no estuviera tan impresionada, a la par que desesperada por que el tío Finn se marche, seguramente me partiría de risa.

—¿Qué dices? —me pregunta mi tío acariciándome la coronilla—. ¿Te parece bien que nos vayamos para que puedas dormir?

—Claro que sí. Me sabe mal dormirme si estáis aquí, pero es que me caigo de sueño, tío Finn. —Resulta que Macy no es la única capaz de dorarle la píldora.

—Bien, entonces me marcho. Macy, ¿por qué no vienes conmigo un momento? Así coges algo de comer para Grace y para ti antes de que Marise se marche. —Me mira—. Debes de tener hambre.

Ahora que lo dice, la verdad es que sí. De hecho, me muero de hambre.

—Sí, me encantaría comer algo.

—Algo ligero —ordena Marise—. Una sopa y tal vez un postre para empezar. Si no lo vomita, ya hablaremos de algo más sustancioso.

—De acuerdo.

Macy me mira para infundirme seguridad y enhebra el brazo en el de su padre.

—Venga, papi. Vamos a por algo de papeo para Grace antes de que se duerma.

Mi tío sale tras ella y me digo a mí misma que tengo que acordarme de hacer algo bonito por Macy para pagarle su ayuda con él. Le haré la colada durante un mes o limpiaré el baño las próximas veces.

Cuando se marchan, me incomoda un poco quedarme a solas con la enfermera, pero parece contentarse con dejarme dormitar y pienso aprovecharme de ello. Ahora que los efectos del sedante han disminuido, me siento como si un quitanieves me hubiese pasado por encima... dos veces. Seguro que es por haber perdido tanta sangre, así que no me preocupa. Pero la sensación es muy desagradable.

Pasamos unos minutos en silencio, si bien Marise debe de haberse dado cuenta de que no estoy dormida de verdad, porque dice:

—¿Tienes alguna otra pregunta sobre tu estado, Grace?

—No, ninguna —respondo, pero entonces me viene algo a la cabeza—. Bueno, de hecho querría saber cuánto tiempo tendré que llevar los puntos.

—¿Los puntos? —Mi pregunta parece confundirla, cosa que no tiene ningún sentido.

—Para el desgarro arterial. Habrá tenido que coser la arteria, ¿no? ¿O es que eso es algo que sólo hacen en *Anatomía de Grey*?

—Ah, claro. Por supuesto —dice, pero parece muy incómoda—. Los puntos que he usado en la arteria se disolverán, así que no te preocupes por eso.

—¿Y los de fuera? ¿Los que cierran la herida?

—También se disolverán —responde. Su respuesta me parece un poco rara, pero no soy enfermera, así que estoy dispuesta a aceptarla. Al menos hasta que continúa—: De todas formas, no te destapes el corte. Ven a verme mañana y yo te cambiaré el vendaje. No debes destapártelo tú durante al menos una semana.

—¿Una semana? ¿Y qué hago cuando me duche?

—Te daré un protector impermeable para que te lo pongas sobre el apósito. Evitará que se moje, incluso cuando te laves el pelo.

Parece mucho trabajo para una herida que se supone que tiene que sanar con normalidad, pero no voy a cuestionarla. Al menos aún no. Así que simplemente digo:

—Gracias.

Y esta vez, cuando cierro los ojos, intento dormirme de verdad. Pero no funciona porque, por mucho sueño que tenga, aquí hay algo que no encaja, incluido el hecho de que la enfermera de un centro educativo me haya cosido la arteria... y que después pareciera extrañada al mencionarle los puntos. De donde yo vengo, las suturas son cosa de médicos, así de simple.

Pero, bueno, esto es Alaska, y estamos a noventa minutos del rastro de civilización más cercano. Probablemente sea normal que la enfermera del Katmere pueda hacer más cosas que una enfermera de instituto normal. A lo mejor es una enfermera facultativa o ha hecho algún máster de Medicina y por eso puede recetar sedantes y arreglar arterias.

Sea como sea, me alegro un mundo cuando Macy regresa por fin. Sigo haciendo como que estoy dormida hasta que Marise se marcha, pero en cuanto la puerta se cierra, salto como un resorte en la cama.

—¿Qué me estáis ocultando? —le pregunto a mi prima, que grita y casi suelta la bandeja que lleva en las manos.

—¡Creía que estabas dormida!

—Sólo quería que Marise se fuera.

Aparto las sábanas, saco las piernas y apoyo los pies en el suelo.

—Tienes que tumbarte —me reprende Macy.

—Necesito saber qué es lo que me ha pasado de verdad —respondo—. ¿Qué probabilidades hay de que una ventana estalle durante un terremoto y de que un cristal justo me perfore la arteria? Me parece muy raro. Y luego Marise me ha dicho que no me mire la herida. ¿Por qué no iba a poder hacerlo?

—No querrá que te asustes al verla si el corte es muy feo o algo.

Macy deja la bandeja en su mesa, pero no se vuelve para mirarme. Se entretiene con los platos hasta que me entran ganas de gritar. Después de todo, ¿cuánto tiempo puedes tardar en preparar un plato de sopa que ya está hecha?

Así que me levanto, pasando por alto lo mareada que estoy, y me acerco a ella. Todo me da vueltas antes de haber recorrido la mitad de la habitación, por lo que me apoyo en la pared para estabilizarme.

Un cortecito..., y un cuerno. No me encuentro nada bien.

Macy se da la vuelta y grita sin parar cuando ve el estado en el que estoy.

—¡Vuelve ahora mismo a la cama! —ordena, y me agarra del brazo y se lo coloca sobre los hombros—. Venga, te ayudo.

—Dime la verdad. ¿En serio se me ha perforado la arteria o hay algo más que no me estás contando? —replico, negándome a dejar que me mueva hasta que responda a mi pregunta.

—Te has perforado la arteria. Yo misma he visto la sangre.

—No te he preguntado eso.

—Ya, pero es todo lo que sé. Yo no estaba allí cuando Jaxon te ha llevado a la enfermería. Estaba ensayando danza.

—Ah, es verdad. —Suspiro resistiéndome al impulso de arrancarme un par de mechones de pelo—. Perdona. Es que hay algo que no me cuadra en esta historia.

—No sé, Grace. A mí me parece todo normal. Lo que sí que creo es que tienes la peor suerte del mundo. Primero la rama que se rompe, ahora la ventana. Es muy raro.

—Sí que es raro. Eso es lo que estaba pensando antes. A ver, ¿qué probabilidades había de que me pasara lo que me ha pasado? No sé qué pensar.

—Ahora mismo no tienes que pensar en nada que no sea en volver a meterte en la cama y dormir. Marise me mataría si te viera paseándote por

la habitación.

—¿Y qué pasa con ella? —digo mientras dejo que Macy me ayude a llegar a la cama—. Es la enfermera más aterradora que he visto en la vida.

—No es para tanto. Sólo es... seria.

Pesco el estuche de lápices de mi mesa al pasar. Dentro hay un espejo, y quiero ver los daños.

—Sí, se la podría describir así.

—¿Qué sopa prefieres? —pregunta Macy mientras me ayuda a acomodarme en una cama cuyas sábanas parecen mucho más lisas que cuando me he levantado de ella. Cosa que no tiene sentido, ya que Macy ha estado al otro lado de la habitación todo el tiempo.

—Oye, ¿has hecho tú la cama?

—¿Qué?

—La cama. Estaba hecha un desastre cuando me he levantado de ella.

—Ah, sí. Yo... eh... —Mueve la mano horizontalmente, como alisando algo.

—¿Cuándo?

Debo de estar peor de lo que pensaba. Ni siquiera he visto que haya venido a este lado de la habitación.

—La he hecho cuando estabas apoyada contra la pared. Has cerrado los ojos durante un minuto, y no quería molestarte mientras te orientabas.

Una vez más, algo no me cuadra. Estoy segura de que ha venido directa hacia mí al ver que estaba en pie. Pero bueno, soy yo la que está totalmente drogada, y ella conserva todas sus facultades intactas. Además, ¿qué más da? La cama no puede haberse hecho sola.

—Bueno, da igual, muchas gracias —digo mientras me tapo.

—De nada. —No obstante, parece algo pálida cuando se dispone a coger la bandeja—. He traído sopa de fideos con pollo y patata, y sopa de verduras con maíz. No sé qué clase de sopa te gusta.

—La verdad es que tengo tanta hambre que me comería lo que fuera. Elige la que más te guste y yo me tomaré la otra.

—No. Tú eres la que está enferma.

—Exacto. Estoy tan drogada que me da igual. Además, la única sopa que no me gusta es la de tomate, así que cualquier otra me vale.

Al final, me pasa la de verduras con maíz y un cuenco de frutas en conserva: melocotones esta vez.

Acabo engullendo medio plato en tres minutos exactos. Macy come a un ritmo más pausado. Toma un par de cucharadas y pregunta:

—Oye, ¿qué hacías exactamente en la habitación de Jaxon? Lo último que sé es que te estaba evitando.

Lo último que me apetece es contarle a Macy que estaba llorando. No quiero que se preocupe por mí y, desde luego, no quiero que se sienta mal ni un segundo, porque se ha portado de maravilla conmigo desde que llegué aquí.

—Estábamos hablando y se ha ofrecido a enseñarme la lluvia de estrellas.

—¿La lluvia de estrellas? ¿No se te ocurría nada mejor?

—Es la verdad. Ha sido preciosa. Nunca había visto una tan brillante.

Sigue escéptica.

—¿Y cómo vas a ver la lluvia de estrellas desde dentro de su habitación?

—Estábamos en el parapeto que hay fuera de su cuarto. Acabábamos de volver a entrar por la ventana cuando ha empezado el terremoto.

—El terremoto.

—Sí, el terremoto. Ya sabes, eso que hace que se mueva el suelo que ha pasado sobre las cinco y media de la tarde. Debe de haber sido una réplica del de esta mañana.

—Ya, sé de qué terremoto hablas. Todos lo hemos notado.

—¿Y por qué actúas como si estuviera loca?

—No lo hago. Sólo pensaba... Bueno, es probable que sea una tontería. Pero ¿qué estabais haciendo Jaxon y tú exactamente cuando ha comenzado el terremoto?

La pregunta me deja de piedra y desvío la mirada hasta la pared que tiene detrás. Pero da igual hacia dónde mire porque noto cómo se me calientan las mejillas.

—Madre mía. ¿Estabais...? —Baja la voz—. ¿Te lo estabas montando con él?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —Estoy segura de que mis mejillas han pasado de rosa a rojo intenso—. Estábamos...

—¿Qué?

—Besándonos. Me estaba besando, ¿vale?

—¿Y ya está? ¿Sólo besándoos?

—Pues ¡claro que ya está! Hace sólo una semana que lo conozco.

—Ya, pero... pensaba que sería algo más que eso.

—¿Por qué? Si ni siquiera estoy segura de si le gusto.

Macy empieza a decir algo, si bien parece que lo piensa dos veces porque, al final, simplemente niega con la cabeza y se queda mirando la sopa como si de repente fuera lo más interesante del planeta.

—¿Macy? —imploro—. No puedes hacer eso. Yo he respondido a todas tus preguntas. ¡Responde tú a las mías!

—Ya. Es sólo que... —Unos golpes en la puerta la interrumpen a media frase, cómo no—. Será mi padre, que querrá ver cómo estás otra vez. —Se levanta—. No se le da muy bien lo de quedarse al margen, y menos cuando alguien que le importa está enfermo.

Dejo lo que me queda de sopa en la mesilla de noche y me acurruco bajo las sábanas.

—¿Se ofenderá si hago como que estoy dormida? Ahora mismo no me apetece hablar con nadie más.

—Claro que no. Finge dormir. Dejaré que te eche un vistazo y lo echaré.

—Eres la mejor compañera de habitación del mundo.

Cierro los ojos y me pongo de lado, de cara a la pared, mientras Macy va a abrir la puerta. Oigo un profundo murmullo de quien sea que esté al otro lado, pero no distingo las palabras.

Aun así, debe de ser mi tío porque mi prima responde:

—Está bien. Ha comido un poco de sopa y ahora está durmiendo.

Más murmullos de esa voz profunda y entonces Macy sugiere:

—Pasa si quieres y lo compruebas. La enfermera Marise le ha dado mucha medicación. Está supersedada.

Se oyen más murmullos, no muchos. Y luego Macy cierra la puerta.

—Ya está —dice, pero hay algo raro en su voz.

—Oye, siento que hayas tenido que mentir a tu padre. Si quieres volver a llamarlo...

—No era mi padre.

—Ah. ¿Y quién era? ¿Cam?

—No. —Parece que le cueste un mundo contestar—. Era Jaxon.

Salto en la cama por tercera vez esta noche.

—¿Jaxon? ¿Ha estado aquí? ¿Por qué no lo has dejado entrar?

Aparto las sábanas, me levanto de la cama y busco mis Converse, pero no están por ninguna parte.

—Le he dicho que pase, pero no ha querido.

—Porque le has dicho que estaba durmiendo.

Abandono la búsqueda del calzado y me dirijo a la puerta.

—¡¿Adónde vas?! —grita Macy.

—¿Tú qué crees? —Abro la puerta—. A buscar a Jaxon.

36

Sin daño, todos delincuentes

Salgo corriendo de la habitación pensando que alcanzaré a Jaxon a unas puertas de distancia. Pero el pasillo está totalmente vacío. Aun así, no puede andar lejos, por lo que me dirijo hacia la escalera principal. En el peor de los casos, sé dónde se encuentra su cuarto, y me da igual que esté el equipo de limpieza allí.

Al final lo veo en las escaleras, bajándolas de tres en tres. Pero no está solo: Liam y Rafael lo acompañan, y los tres parecen tener mucha prisa.

Debería dejarlos estar, pero es él quien ha venido a mi habitación, no al revés. Quería verme.

Al pensar esto, grito su nombre mientras me desplazo hasta el descansillo.

Se detiene de inmediato. Los tres lo hacen, y todos se vuelven hacia mí con la misma mirada vacía. Tengo un segundo para intentar absorber el impacto directo de toda esta belleza e intensidad masculinas, que no es poca cosa, antes de que Jaxon suba saltando las escaleras.

Liam y Rafael observan durante un instante con ese gesto inexpresivo que estoy empezando a odiar. Pero entonces ambos me saludan con la mano. Rafael incluso añade un pulgar hacia arriba antes de que ambos se den la vuelta y bajen corriendo las escaleras.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunta Jaxon, que ya está delante de mí.

Pero ahora su rostro no es inexpresivo. Está rojo por una mezcla de odio hacia sí mismo y arrepentimiento. Sus ojos, de un negro incandescente, hacen que me estremezca por los motivos equivocados.

—Macy me ha dicho que me estabas buscando.

—No te estaba buscando. He venido a comprobar que estabas bien.

—Ah. —Extiendo los brazos y me encojo de hombros a modo de autocrítica—. Bueno, pues, como puedes ver, estoy bien.

Suelta un bufido.

—Supongo que es cuestión de opiniones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que parece que vayas a desmayarte en cualquier momento. No sé en qué estabas pensando al salir corriendo por los pasillos después de haber estado a punto de morir desangrada. Vuelve a la cama.

—No quiero volver a la cama. Quiero hablar contigo sobre lo que ha pasado esta tarde.

La palabra *inexpresivo* no describe su gesto. Es mucho más que eso. Ni siquiera es un vacío. Es algo peor. No hay ni rastro del Jaxon con el que he presenciado la lluvia de estrellas. Y, definitivamente, no queda nada del chico que me ha besado hasta que se me han doblado las rodillas y casi me estalla el corazón.

Parece un desconocido. Un desconocido frío e insensible que tiene todas las intenciones de pasar de mí. Pero, entonces, contesta por fin.

—Has resultado herida. Eso es lo que ha pasado.

—Eso no es todo lo que ha pasado.

Acerco la mano a su brazo. Quiero tocarlo. Quiero sentirlo. Pero él se aparta antes de que mis dedos lleguen siquiera a rozar su camisa.

—Es lo único que ha pasado que importa.

Au. Se me cae el alma a los pies de golpe mientras intento asumir que está metiendo nuestro beso en el saco de todas las cosas que, según él, no

importan.

Me quedo sin saber qué decir durante unos segundos eternos. Pero entonces formulo la única pregunta que me ha estado torturando desde que me he despertado.

—¿Tú estás bien?

—No es por mí por quien tienes que preocuparte.

—Pero me preocupo —digo, aunque me cueste admitirlo, sobre todo cuando se está esforzando tanto por echar por tierra todo lo que ha habido entre nosotros, pero es la verdad—. Pareces...

Me mira a los ojos.

—¿Qué?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No pareces estar bien.

Aparta la mirada.

—Pues lo estoy.

—Vale. —Está claro que no quiere hablar conmigo ahora mismo, así que retrocedo un paso—. Entonces supongo que voy a...

—Lo siento. —Suena como si las palabras salieran solas de su boca.

—¿El qué? —La disculpa me deja pasmada.

—No haberte protegido.

—¿De un terremoto?

Vuelve a mirarme a los ojos y, durante un segundo, sólo un segundo, atisbo algo en los suyos. Algo poderoso, terrible y devastador. Pero tal como viene, se va. Y regresa la nada.

—De un montón de cosas.

—Según tengo entendido, me has salvado la vida.

Resopla.

—Ésa es la historia. Que tú no entiendes nada. Por eso deberías volver a tu habitación y olvidarte de todo lo que ha pasado antes.

—¿Olvidarme del terremoto? —pregunto—. ¿O bien olvidarme de que me has besado?

No sé cómo he tenido las agallas para sacar el tema... pero la verdad es que, más que valor, es desesperación. Necesito saber qué piensa Jaxon y por qué lo piensa.

—Olvídalo todo —responde.

—Sabes que eso no va a pasar.

Intento tocarlo de nuevo, y esta vez no se aparta. Se limita a observarme cuando apoyo la mano en su hombro con la esperanza de que el contacto le recuerde lo que ha sentido al tocarme; con la esperanza de que derribe las barreras que ha levantado entre nosotros.

—Ya, bueno, pues tiene que pasar. No tienes ni idea de lo que hemos hecho.

—Nos hemos besado, Jaxon. Eso es todo lo que hemos hecho.

Parecía que se paraba el mundo, parecía importante, al menos para mí, pero, desde un punto de vista general, sólo ha sido un beso.

—Ya te he dicho que eso no funciona así aquí. —Se lleva la mano al pelo con frustración—. ¿No lo entiendes? Has sido un peón desde que llegaste aquí. Una pieza de ajedrez que mover sobre el tablero para obtener el resultado deseado. Pero ahora... ahora hemos subido las apuestas. Esto ya no es un juego.

Puede que me esté diciendo todo esto como una advertencia, pero siento sus palabras como auténticos puñetazos.

—¿Eso es lo que he sido para ti? ¿Un juego?

—No me estás escuchando. —Sus ojos se vuelven incandescentes en un esfuerzo por contener unas emociones que no soy capaz ni de empezar a interpretar, por más que quiera hacerlo—. En el momento en que te he besado, en el momento en que has resultado herida, todo ha cambiado. Ya corrías peligro antes, pero ahora... —Se interrumpe con la mandíbula apretada y entonces dice—: Ahora prácticamente te he puesto un blanco en medio de la espalda y he retado a alguien a disparar.

—No lo entiendes. Tú no has hecho nada.

—Lo he hecho todo. —Se mueve tan veloz como las estrellas fugaces que hemos visto juntos, hasta que su rostro está justo encima del mío—. Escúchame. Tienes que mantenerte alejada de mí. Yo debo estar lejos de ti.

Sus palabras me producen un escalofrío y hacen que se me seque la boca y que me suden las manos. Y, aun así, no puedo marcharme sin más. No cuando lo tengo aquí delante.

—Jaxon, por favor. Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido.

—Porque te niegas a entenderlo. —Se aparta—. Tengo que irme.

Las palabras flotan entre nosotros, oscuras y sombrías, pero no se marcha. No hace nada. Sólo se queda ahí, mirándome con ojos atormentados.

Así que decido hacer algo yo. Doy un paso adelante hasta que nuestros cuerpos apenas se rozan el uno contra el otro. No es mucho, pero basta para que el calor se me acumule en el vientre y la electricidad me crepite bajo la piel.

—Jaxon. —Susurro su nombre porque mis cuerdas vocales han olvidado cómo funcionar.

No me responde, pero tampoco se aparta. Durante un segundo, dos, sigue ahí, mirándome a los ojos. Con el cuerpo pegado al mío.

Susurro su nombre de nuevo y casi es suficiente. Lo veo flaquear, siento que se pega más a mí. Pero, de repente, sale de ese estado y dice con una voz tan cortante como el cristal:

—Aléjate de mí, Grace. —Y así, sin más, da media vuelta, baja los escalones de tres en tres y no se detiene hasta que está en el descansillo, tres metros más abajo. Entonces, sin volverse siquiera, añade—: Es la única manera de que salgas de este instituto con vida.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto más abatida de lo que me gusta admitir, ante él o ante mí misma.

—Yo no amenazo. —El «no lo necesito» se queda flotando en el aire.

Antes de que pueda responder, apoya las manos en la barandilla de hierro y salta por encima. Lanzo un grito ahogado y corro a asomarme, temiendo ver su cuerpo destrozado en el suelo. Pero no sólo no se ha matado tres pisos más abajo, sino que además ha desaparecido. Se ha esfumado en el aire.

37

No hagas la pregunta si no puedes encajar la respuesta

Me quedo ahí, mirando hacia abajo, hacia donde Jaxon debería estar pero no está, durante varios segundos. No puede haber desaparecido así sin más. Es imposible.

Empiezo a bajar para ir a buscarlo, por las escaleras, como la gente normal, pero apenas he descendido cuatro escalones cuando alguien me llama por detrás.

—¡Hola, Grace! ¿Adónde vas?

Me vuelvo y veo que Lia viene por el descansillo en mi dirección. Va toda de negro, como de costumbre.

—Quería hablar con Jaxon, pero es demasiado rápido para mí.

—Menuda novedad. Cuando Jaxon no quiere que lo alcancen, es demasiado rápido para cualquiera. —Me pone una mano suavemente en el hombro—. Pero, Grace, cielo, ¿estás bien? No lo pareces.

Seguro que sólo está siendo amable. Debo de tener un aspecto espantoso, así que niego con la cabeza.

—Ha sido un día raro. Y largo.

—Siempre lo es si Jaxon está involucrado —me dice, y acompaña su comentario con una carcajada—. Lo que necesitas es un poco más de mi té

y pasar un rato de chicas. Deberíamos organizar algo para más adelante.

—Sí, desde luego.

—Mientras tanto, tal vez deberías ir a buscar a Jaxon. De lo contrario, a saber cuánto tiempo estará comiéndose la cabeza.

Me lo planteo, de verdad. Pero no tengo ni idea de adónde ha ido, ni si sigue en el castillo. Y si no está dentro, tampoco es que pueda salir a perseguirlo en pijama. De ahí que al final exhale una especie de suspiro y diga:

—Creo que de momento voy a volver a mi cuarto. Le enviaré un mensaje.

—Ah, sí, claro, puedes hacer eso. —Suena un poco condescendiente, pero a lo mejor sólo me lo parece porque estoy algo irritada. Por eso intento no cabrearme cuando contesta—: Bueno, venga, te ayudo a volver a tu habitación. Tienes pinta de ir a desmayarte en cualquier momento.

Tengo la sensación de que me voy a desmayar en cualquier momento, pero supongo que eso no es asunto de nadie más que mío. Sobre todo en este instituto, donde toda debilidad física parece un defecto de carácter.

Así que, en vez de contestarle, me asomo por última vez por las escaleras para buscar a Jaxon, sin éxito, antes de volverme y regresar por donde había venido. Lia parece pensar que voy a caerme en cualquier instante, porque camina a mi lado, con la mano levantada, como si estuviera preparada para cogerme si lo hago. Cosa que no va a ocurrir. Ya he causado suficientes problemas esta semana.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta mientras avanzamos lentamente hacia mi cuarto—. Creía que te vería a la hora de cenar, pero no estabas.

—Ah, sí. He tenido un pequeño... accidente.

—Ya veo. —Observa los apósitos que cubren demasiadas de mis superficies visibles—. ¿Ha sido grave? Porque parece que hayas estado luchando contra un oso polar. Y que hayas perdido.

Niego con la cabeza y me río.

—Nada, han sido los cristales de una ventana que ha estallado durante el terremoto de esta tarde, nada serio.

—Ah, ya. El terremoto. —Me examina por un segundo—. ¿Sabes? Hemos tenido más temblores desde que tú has llegado que en todo el año pasado. Estoy empezando a pensar que los has traído contigo, chica de California.

Suelto una risotada.

—Ya. Ya he tenido esta misma conversación hoy. Pero he de decirte que nunca había sufrido heridas como éstas en California.

—¿No? Bueno, ya sabes lo que dicen de Alaska.

—¿Del norte al futuro? —respondo mencionando el lema que encontré en internet cuando buscaba cosas sobre el estado.

Se echa a reír.

—No, más bien que todo aquí puede matarte en diez segundos o menos.

—Pensaba que eso era Australia.

—Seguro que se aplica a cualquier lugar que empiece y termine por a.

Sonríe, pero hay algo en sus palabras que me recuerda lo mal que se pueden poner las cosas aquí. Tal vez yo me haya caído de un árbol y me haya cortado con unos cristales desde que llegué, pero Lia ha perdido a su novio y Jaxon, a su hermano.

—¿Cómo estás? —pregunto cuando nos vamos aproximando a mi habitación.

—¿Yo? —Parece sorprendida—. Eres tú la que está llena de cortes.

—No me refiero a físicamente. Me refiero a... —Inspiro hondo y exhalo despacio—. A lo de Hudson. ¿Cómo lo llevas?

Durante un segundo veo un destello de rabia en sus ojos. Terrible, pura, infinita. Pero entonces parpadea y aparece una expresión insulsa, afable, que de alguna manera es mil veces peor que la furia que oculta.

—Pues bien —responde con una extraña sonrisita que me despierta compasión—. A ver, bien no estoy. Nunca estaré bien. Pero ya he aprendido

a decir que no, y eso ya es algo.

—¿A decir que no?

—Sí, ya hablamos de esto la otra vez. Todo el mundo quiere que pase página, y no puedo hacerlo. Me dicen que nada tiene por qué cambiar, que Jaxon es un sustituto perfecto...

—¿Jaxon?

Mi cuerpo entero se tensa al oír su nombre vinculado al de ella. No puede estar hablando en serio... ¿o sí?

—Ya. Es absurdo. Hudson y él no se parecen en nada. Y no me importan ni la política ni las dinastías familiares, aunque a él sí. Yo sólo quiero que Hudson vuelva.

Empiezo a marearme al asimilar la noticia de que se supone que Jaxon y ella tienen que estar juntos, y ante la insinuación de que él parece estar de acuerdo con ello. Pero Lia se ve tan pequeña cuando lo dice, tan vulnerable, que siento lástima por ella.

Además, no tiene ningún sentido. No después de cómo se aferraba a mí esta tarde. Después de cómo me besaba. No estaba haciendo ninguna de esas cosas como un chico que tiene a otra chica en la cabeza. Las hacía como un chico que se moría tanto por mí como yo por él.

Sí, ha intentado restarle importancia en las escaleras hace unos minutos, pero algo así no se puede borrar. No cuando nunca me había sentido tan cerca de alguien en toda mi vida, y juraría que él tampoco.

Entonces ¿de qué va todo esto? ¿Adónde quiere Lia ir a parar? ¿Y por qué me lo cuenta precisamente a mí?

No tengo respuestas para esas preguntas y, con toda probabilidad, no las encontraré en el pasillo de los dormitorios. Y menos cuando la combinación de los sedantes y la pérdida de sangre siguen nublándome el cerebro y haciéndome sentir como que mi cuerpo ni siquiera está aquí.

El lado bueno es que por fin nos encontramos frente a la puerta de mi habitación. Estoy agotada y más que lista para volver a meterme en la cama.

Y también más que lista para alejarme de Lia, al menos hasta que descubra si estoy siendo paranoica o si está intentando advertirme sutilmente contra Jaxon porque lo considera de su propiedad.

Si eso es lo que está haciendo, no va a funcionar. No cuando ya he sentido esta conexión con él. Sé que es extraño, teniendo en cuenta que nos hemos pasado el mismo tiempo discutiendo que hablando; pero cuanto más tiempo paso con él, más quiero seguir haciéndolo. Es como si algo me empujara hacia él y me hiciera desearlo. Y su sutil discursito de que todo el mundo quiere que Jaxon y ella estén juntos por motivos familiares no va a cambiar eso.

Levanto la mano y llamo a la puerta. Tenía tanta prisa por llegar hasta el evanescente Jaxon Vega que he olvidado coger la llave, pero la puerta se abre de par en par en cuanto mi puño roza la madera.

—¡Menos mal! —exclama Macy—. Estaba a punto de salir a bus...

Deja la frase a medias cuando ve que Lia me acompaña.

—Uy, hola, Lia. —Se atusa el pelo con nerviosismo—. ¿Qué tal?

—Bien —responde Lia sin ningún interés antes de volverse hacia mí con una expresión de preocupación—. Descansa, ¿vale, Grace? Mañana me pasaré a ver cómo estás y te traeré una mezcla de hierbas especiales que te ayudarán a recuperarte antes.

—No tienes por qué molestarte. —Atravieso la cortina de cuentas y entro en mi habitación—. Pero te agradezco mucho que me hayas acompañado hasta aquí.

—De nada, mujer. Y lo de la infusión no es ninguna molestia. —Sonríe con dulzura—. Descansa un poco.

—Lo haré. Gracias. —No me molesto en sonreír.

—Gracias por traerla de vuelta. De verdad —le dice Macy con una sonrisa agradecida que me pone de los nervios.

Lia pasa de ella.

—Te puedo traer la infusión ahora si la quieres, Grace.

—No, gracias. Estoy bien. —Muevo la mano en su dirección mientras me dejo caer sobre la cama—. Sólo quiero dormir.

Por si no ha quedado claro, me tumbo en la cama recién hecha —otra vez— y me vuelvo de cara a la pared, dándoles la espalda a la puerta y a Lia. Sé que es de mala educación, pero ahora mismo me da igual. Estoy harta de esta conversación y, en estos momentos, estoy harta de Lia también. No por lo de Jaxon, sino porque no me gusta nada cómo trata a mi prima. No soporto lo cortante que es con ella, como si fuera un cachorro molesto que no para de mordisquearle los zapatos.

Oigo unos murmullos en la puerta. Seguro que es Macy disculpándose con Lia por mi grosero comportamiento; después la puerta se cierra con suavidad.

Me doy la vuelta de inmediato y, cuando lo hago, me encuentro cara a cara con la bolsa de galletas y el zumo que mi prima me ha dejado en la mesilla de noche.

—Macy, en serio, eres la mejor prima del mundo —le digo mientras me incorporo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Pues sí —asiente, y se sienta a mi lado en la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—¿La verdad?

—Siempre.

—Fatal. Debería haberte escuchado.

Pero es absurdo. Y lo odio. Lo único que he hecho ha sido correr por el pasillo detrás de Jaxon, y ahora me siento débil y exhausta.

—No jodas. —Coge el vaso de zumo y me lo tiende—. Anda, bebe.

Por primera vez pienso en la cantidad de sangre que debo de haber perdido. Es ese pensamiento el que hace que acepte el vaso y que me beba el zumo de un par de tragos. También hace que me coma una galleta, aunque tengo el estómago algo revuelto y lo último que me apetece es comer.

Macy me observa como un halcón. Después sonríe con aprobación cuando consigo engullir una segunda galleta además de un vaso de agua. Sólo entonces me dice:

—Bueno, ¿me vas a explicar cómo es que has salido detrás de Jaxon y has vuelto con Lia?

—No hay mucho que decir. Jaxon ha hecho lo que hace siempre.

—¿Que es...?

—Ha desaparecido.

—Ya —contesta Macy asintiendo.

Pienso en la cara de Jaxon cuando he intentado hablar con él en las escaleras, y entonces pienso en lo que se le acaba de «escapar» a Lia.

Pienso en cómo Jaxon se las ha apañado para ayudarme cada vez que algo malo me sucede. Y en lo fácil que le resulta largarse una y otra vez.

Es suficiente como para hacer que mi cerebro, que bastante confundido está ya, pida clemencia.

—Deberíamos dormir un poco —dice Macy y, por primera vez, caigo en la cuenta de que ya tiene puesto el pijama—. Son más de las dos.

—¿De verdad es tan tarde? ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Bastante. —Me da un abrazo antes de bajarse de mi cama—. Duérmete. Ya hablaremos con más detalle sobre cómo funciona el cerebro de Jaxon Vega mañana.

Asiento e intento hacer lo que sugiere. Pero no puedo dejar de pensar en lo tarde que es. Y en cuánto tiempo he perdido. Debo de haber estado fuera mucho más de lo que pensaba si de verdad son las (cojo el móvil para comprobar la hora) 2.31 de la madrugada.

Tengo un par de mensajes de Heather sobre lo mucho que apesta Cálculo y cuánto le gustaría reunir el valor suficiente como para hablar con Verónica, la chica de la que está colgada. Le respondo un par de mensajes. Nada sobre mi reciente experiencia próxima a la muerte. Sólo la animo respecto a Verónica y al Cálculo. Y lloriqueo un poco sobre Jaxon.

No contesta, seguramente estará durmiendo. Así que me paso unos cuantos minutos ojeando Instagram. Mientras miro las fotos sin gran interés, no puedo evitar pensar en lo de esta tarde. No puedo evitar preguntarme qué ha pasado en el espacio de tiempo que no logro recordar.

¿Ha sido tal y como ha dicho Marise? ¿Que Jaxon me ha llevado corriendo a la enfermería y ella me ha sedado para poder reparar la arteria? ¿O hay algo más que explique por qué mi tío estaba tan nervioso y por qué Jaxon está tan decidido a poner distancia entre nosotros?

Son estos pensamientos los que me mantienen despierta mirando al techo hasta casi las tres de la madrugada.

Son estos pensamientos los que hacen que, al final, me levante para ir al baño y cierre la puerta entre Macy y yo.

Y son estos pensamientos los que hacen que me quite el vendaje que he prometido no quitarme hasta que pase al menos una semana para verme el corte en el cuello.

O, para ser exacta, los dos agujeros perfectamente redondos y perfectamente separados a unos cinco centímetros de un corte irregular.

38

Nada dice «me gustas» mejor que un colmillo en la garganta

Huelga decir que no duermo en absoluto después de eso.

No hago nada más que mirarme y remirarme la garganta unas mil veces durante las siguientes dos horas mientras espero a que los efectos del último fármaco, y de lo que confío en que sea alguna especie de alucinógeno extraño, se pasen.

Porque si esto no es una alucinación inducida por algún medicamento, las arterias perforadas y los extraterrestres son lo último por lo que debería preocuparme.

Una parte de mí quiere levantarse e ir a dar una vuelta para despejarme la cabeza, pero aún tengo fresco el recuerdo de lo que sucedió la otra vez que lo intenté. Después del día que he tenido y de lo que acabo de ver en el espejo, estoy segura de que si alguien intentase molestarme esta noche me volvería loca de furia. Y más al ver por la ventana que la luna sigue en lo alto del cielo.

Esto no debería importar en un mundo normal, pero eso de «normal» se convirtió en un recuerdo lejano en el momento en que puse un pie en este lugar. Ese pensamiento hace que me lleve los dedos al vendaje del cuello y

empiezo a darle vueltas al tema en la cabeza mientras intento dilucidar qué podría haber causado esas heridas.

Sí, si estuviera viviendo en una novela de miedo, la explicación para esas marcas redondas y perfectamente espaciadas estaría clara. Pero yo no soy Bram Stoker, y esto no es Transilvania, así que debe de haber otra razón.

¿Una serpiente? ¿Dos inyecciones en el cuello? ¿Una broma pesada?

Algo tiene que ser, pero aún no logro deducir qué.

No puedo evitar recordar la advertencia de Jaxon sobre la luna llena y su desdeñoso comentario sobre que Marc y Quinn eran unos animales, cosa que no me facilita mucho poder pensar con lógica. Como tampoco lo hacen las advertencias de Macy acerca de que Flint y Jaxon vienen de mundos totalmente distintos, que son demasiado diferentes como para llevarse bien.

Tiene que ser la medicación, ¿no? Tiene que ser eso.

Porque lo que me ronda la mente es totalmente absurdo. Una auténtica locura. Los monstruos no existen, sólo la gente que hace cosas monstruosas.

Como ésta.

Si Marise no me administró un par de inyecciones en el cuello, tiene que ser por fuerza una mala broma. Jaxon tiene que estar tomándome el pelo. Tiene que ser eso. No hay otra explicación plausible.

Me aferro a esta idea durante las siguientes dos horas, repitiéndome el mantra una y otra vez. Y, aun así, en cuanto el reloj del móvil marca las seis de la mañana, me levanto y me ducho con cuidado de no mojarme el apósito, como me ha indicado la enfermera.

Después de todo, ¿qué sé yo de mordeduras de vampiros? Lo último que necesito es empeorar la cosa...

No digo que esto sea una mordedura de vampiro ni nada de eso, lo único que digo es que a estas alturas no doy nada por sentado.

Una vez vestida, con una falda negra, leotardos negros y un polo morado esta vez, me arreglo el pelo de manera que me cubra el apósito del cuello y el corte de la mejilla, cojo la sudadera con forro de lanilla y salgo a

hurtadillas de la habitación antes de que suene el despertador de Macy. Una parte de mí necesita despertarla y hacerle la pregunta que no puedo quitarme de la cabeza, pero no quiero que me mienta.

Tampoco estoy segura de querer que me diga la verdad.

Jaxon, en cambio... Como me mienta pienso clavarle una estaca en su negro corazón. Y sí, sé que eso no tiene ningún sentido. Pero resulta que en este preciso momento me da absolutamente igual.

Emprendo la marcha por el instituto como una mujer con una misión. El hecho de que aún esté algo mareada (pero ¿cuánta sangre he perdido?) hace muy interesante el trayecto; aun así, no pienso quedarme tumbada en la cama a esperar a hablar con él ni un segundo más.

Llego a la torre en cinco minutos exactos, lo cual tiene que ser un récord teniendo en cuenta que está en la otra punta del castillo. No obstante, cuando atravieso la alcoba a toda prisa y toco a la puerta de Jaxon, no hay respuesta.

Sigo llamando y, al ver que no funciona, le mando un mensaje. Y lo llamo. Y vuelvo a aporrear la puerta. Porque esto no puede estar pasando. No puede no estar cuando más necesito sus respuestas.

Pero, al parecer, así es. Maldita sea.

Frustrada, cabreada y más preocupada de lo que me gusta admitir, me dejo caer sobre uno de los sillones del espacio de lectura y me quedo mirando a la ventana, ahora tapiada, que empezó todo esto para poder fingir que no me doy cuenta de que la alfombra que estaba aquí ayer ya no está.

Después me apoyo en el respaldo y me preparo para esperar con paciencia a Jaxon Vega.

Quince minutos después, prácticamente estoy que me subo por las paredes. Media hora después le empiezo a mandar mensajes más que desagradables a ese capullo furibundo. Y cuarenta y cinco minutos después me planteo prenderle fuego a la puta torre... al menos hasta que aparece Mekhi adormilado y con aire divertido.

—¿Por qué sonríes? —pregunto con un tono nada amable.

—Estás muy mona cuando te enfadas.

—No estoy enfadada.

—Ah, es verdad. Estás «cabreada de la hostia y más que dispuesta a arrancarle a Jaxon su grueso y negro corazón del pecho para después pisotearlo».

Cita uno de mis peores mensajes con la intención, imagino, de avergonzarme. Pero no me avergüenza en absoluto. Vamos a ver: tengo marcas de colmillos en el cuello. ¡Marcas de colmillos!

—Exacto —respondo mirándolo mal—. Y no es que esté parafraseando *Daddy*, de Sylvia Plath ni nada de eso.

—No, qué va. Para nada.

—Como sigas así me cabrearé también contigo —añado. Sonríe, pero antes de que pueda decir nada que haga que me entren ganas de pegarle un puñetazo en esa cara tan absurdamente bonita que tiene, espeto—: ¿Dónde está Jaxon? ¿Y por qué se esconde de mí? ¿Y por qué te enseña mis mensajes?

—No se esconde de ti.

—¿Ah, no? —Me acerco a la puerta y llamo de forma ceremoniosa de nuevo. Y, de nuevo, no hay respuesta—. Pues yo diría que sí.

—¿Sí? ¿Y por qué iba a tener que esconderse de ti exactamente? —Mekhi se cruza de brazos y me sonríe, con las cejas enarcadas y la cabeza ladeada.

—Por esto.

Levanto la mano, me arranco el vendaje de la garganta y ladeo la cabeza para que Mekhi vea lo que yo he visto. Siento una perversa satisfacción al comprobar cómo se le borra la sonrisa de la cara, cómo abre los ojos como platos y se queda pasmado.

—¡Joder! ¿Quién te ha mordido?

Madre mía. Se me revuelve el estómago y, por un instante, creo que voy a vomitar. No ha negado que alguien me haya mordido. Sólo ha preguntado quién lo ha hecho, como si fuese algo de lo más normal que tenga dos agujeros en el cuello.

Como si fuera de lo más natural que pueda haber alguien o, a juzgar por su pregunta, muchas personas en este instituto que puedan ir por ahí mordiendo a la gente. Un escalofrío me recorre la espalda ante su insinuación y hace que se me erice el vello de los brazos y de la nuca.

—¿Grace? —insiste Mekhi al ver que no digo nada, pero estoy demasiado ocupada intentando no hiperventilar como para responderle—. ¿Quién te ha mordido?

—¿Cómo que quién? —Casi me ahogo con mis palabras—. Pues Jaxon. Obviamente.

—¿Jaxon? —Niega con la cabeza con los ojos algo desorbitados—. No. Estoy convencido de que eso no puede ser.

—Pero ¿qué dices? Claro que sí. Estábamos aquí los dos, me corté con un cristal y Jaxon me mordió. No me cabe duda.

—¿Recuerdas que pasara así con exactitud? ¿Recuerdas que te mordiera?

—Pues no. —Estoy segura de que a estas alturas mis ojos deben de estar tan desorbitados como los suyos—. Pero si no fue él, entonces ¿quién demonios fue?

—No tengo ni idea —contesta mientras saca el móvil y envía varios mensajes.

La cabeza me da vueltas. Por todo lo que ha dicho y por todo lo que no. Los únicos que muerden a las personas son los animales y... no. Aún no estoy preparada para eso. No puedo ni siquiera pensar en la palabra. Me explotaría el cerebro.

—Te juro por Dios que como os estéis quedando conmigo, Mekhi... Como esto sea alguna bromita pesada os vais a enterar. Pienso mataros a

todos. Os voy a destripar vivos y le daré de comer vuestras entrañas al primer oso polar hambriento que encuentre. ¿Queda claro?

—Cristalino. —Su teléfono vibra al recibir varios mensajes en respuesta, y su expresión se vuelve aún más seria después de leerlos—. Definitivamente no ha sido Jaxon.

El escalofrío de mi espalda se torna aún más gélido, tanto que apenas puedo pensar. Apenas puedo respirar.

—¿Cómo sabes que dice la verdad?

—Porque Jaxon nunca me miente. Y porque se ha puesto como un loco. —Su móvil vibra de nuevo y lee el último mensaje antes de continuar—: Quiere que lo esperes aquí. Dice que viene de camino, que llegará dentro de unas horas.

—¿Que viene de camino? —La cabeza me va a estallar. Literalmente. Creo que me va a explotar de un momento a otro. Y entonces ya no importará quién me haya dejado estas marcas ni por qué—. ¿Adónde ha ido exactamente?

—A las montañas.

—¿A las montañas? ¿Al Denali?

Mekhi no me mira cuando contesta.

—Más lejos.

—Más lejos... ¿De cuánto más lejos estamos hablando?

—No te preocupes por eso —replica negando con la cabeza.

—No me digas que no me preocupe. —Le hundo un dedo en el hombro —. Soy yo la que tiene marcas de colmillos en el cuello por la bromita de algún gilipollas, y Jaxon fue la última persona en verme aparte de la enfermera. Así que pienso preocuparme hasta que vuelva aquí y me dé una explicación. ¿Vale?

—¡Vale, vale! —Finge frotarse el punto en el que le he tocado—. Joder, tía. Desde luego sabes hacerte entender.

—Ya, bueno, pues a ver si se lo transmites a tu amigo el alpinista. Y, por cierto, ¿por qué no te sorprende que tenga marcas de colmillos en el cuello?

—¡Claro que me sorprende! A Jaxon le sorprende. A todos nos sorprende.

—Ya, pero te sorprende porque no sabes quién me ha mordido. ¡No por el hecho de que alguien me haya mordido!

—Ah... ya... —Se mete las manos en los bolsillos y mira a todas partes menos a mí—. Creo que será mejor que deje que Jaxon te lo explique.

—Claro, como le gusta tanto hablar...

Ahora mismo estoy superharta de los dos, por no hablar de la situación en general, así que... a la mierda. A la mierda. Me levanto de la silla y me dirijo hacia la puerta. Pero Mekhi llega antes que yo (madre mía, sí que es rápido) y me bloquea el paso.

—Eh, ¿adónde vas?

—A mi habitación, a por mis cosas. Tengo clase. —Y una prima a la que pienso torturar hasta que me diga la verdad si es necesario.

Me dispongo a sortearlo, pero se mueve y sigue sin dejarme pasar.

—Te he dicho que Jaxon quiere que esperes. Así que..., no sé, coge un libro y una manta y acurrúcate junto al fuego —comenta señalando la chimenea vacía.

—No hay ningún fuego.

—Yo te lo enciendo. Será cosa de cinco minutos, te lo prometo.

—Mekhi —digo lentamente y en el tono más razonable que soy capaz de poner en esta situación, pero veo que eso sólo hace que se vuelva más receloso.

Chico listo.

—¿Sí, Grace?

—Si Jaxon quiere que espere, tal vez él debería haber hecho lo mismo. Ahora mismo está en alguna montaña a saber dónde, haciendo a saber qué, y yo estoy aquí con unas inexplicables marcas de colmillos en el cuello que

alguien me ha hecho mientras estaba inconsciente. —El pánico se apodera de nuevo de mí, así que me centro en la ira. Es mucho más fácil lidiar con ella—. Como tú comprenderás, en estos momentos me importa una mierda lo que Jaxon quiera.

—Eh, ya. Lo entiendo perfectamente. —Me enseña una sonrisa de oreja a oreja que estoy segura de que por lo general lo ayuda a conseguir todo lo que quiere en la vida y más, pero no pienso caer. No con todo lo que está pasando—. ¿Y si llegamos a un acuerdo? Vuelves a tu habitación y te relajas allí hasta que Jaxon vuelva. Así estarás segura, y después podréis hablar de esto los dos.

—¿En serio crees que necesito esconderme de algún capullo que vaya por ahí con un quitagrapas o con una serpiente de mascota?

—Esas marcas no son de ningún quitagrapas, Grace. Ni de una serpiente. Creo que lo sabes perfectamente, o no estarías aporreando la puerta de Jaxon a las seis de la mañana.

Que admita la presencia del elefante en la habitación o, mejor dicho, del monstruo hace que una especie de calma me inunde el cuerpo desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Puede que sean los medicamentos, o puede que esté entrando en shock, o tal vez sólo sienta alivio de que por fin alguien sea sincero conmigo.

Sea lo que sea, inspiro hondo y me aferro a ello con las manos mientras reproduzco en la mente mi primera conversación con Jaxon. «Hay más cosas en el cielo y en el infierno, Horacio, que las que contempla tu filosofía.» Entonces, como necesito oírlo en voz alta, pregunto:

—¿De qué son estas marcas?

Durante varios segundos no responde. Y, de repente, cuando ya he perdido la esperanza de que vaya a hacerlo, dice:

—Lo cierto es, Grace, que a veces la respuesta más obvia es la correcta.

39

Nunca tienes un alucinógeno a mano cuando lo necesitas

Mekhi y yo no tenemos mucho más que decirnos después de esa encantadora revelación, aparte de su insistencia en acompañarme de vuelta a mi cuarto. A ver, es que realmente no hay mucho que decir, y más teniendo en cuenta que no sé si puedo confiar en él o no. No lo conozco. Vale, sí, sé que Jaxon confía en él. Pero es el mismo que ahora está desaparecido en combate, así que eso no es garantía de nada.

El hecho de que Jaxon haya estado inundando mi teléfono de mensajes durante los últimos quince minutos tampoco tiene demasiada importancia para mí. Le he escrito antes y su única respuesta ha sido enviarme a Mekhi. Así que ahora puede preguntarle a él si quiere saber de mí, porque no pienso contestar.

¿Infantil? Quizá. ¿Prudente? Desde luego. Porque, en el estado de ánimo en el que me encuentro, temo decirle algo de lo que me pueda arrepentir. Lo mejor será que me tranquilice y que hable con él en persona cuando vuelva. Y, por cierto, como intente mentirme, cortaré lo que sea que está naciendo entre nosotros de raíz.

Mekhi trata de entablar conversación varias veces de camino a mi cuarto, pero estoy demasiado aturdida ahora mismo como para participar. No es

que pase de él; es sólo que la cabeza me da vueltas. Esto tiene que ser una pesadilla. Es la única explicación posible.

Al final Mekhi se rinde. Debería sentirme aliviada, pero eso sólo ocasiona un gran silencio entre nosotros. Puede que sea el silencio más incómodo de mi vida, así que espero que se largue en cuanto me deje delante de la puerta. Sin embargo, espera a que la abra.

—No voy a invitarte a entrar —le digo sin molestarme en mirarlo a la cara.

—No esperaba que lo hicieras.

Aun así, en cuanto abro la puerta, pega la palma abierta en ella para evitar que la cierre. Pero no entra. Sólo se queda lo más cerca posible del umbral sin llegar a traspasarlo. Cosa que me parece bastante extraña porque las cuentas deben de estar dándole un montón de calambres, al menos hasta que recuerdo una de las primeras reglas del folklore vampírico: que no pueden pasar a menos que se los invite a entrar.

Eso sólo hace que su comportamiento me ponga aún más nerviosa, incluso antes de que resulte evidente que no va a dejar que cierre la puerta hasta que decida que todo está bien.

—¡Eh! ¿Qué haces?

Lo agarro del brazo y empiezo a intentar apartárselo. No me hace ni caso.

—Tranquila. No voy a acercarme más. —Entonces sonríe a mi prima—. Hola, Macy.

—Hola, Mekhi. ¿Qué hay?

Aún está medio dormida y en pijama, probablemente por eso no se percata de la lucha de poderes que tenemos entre manos. La taza de café que está sujetando atestigua que no la hemos despertado nosotros, pero me alegro de que no esté en ropa interior o algo así.

—Nada. Ya se marcha. —digo mientras le lanzo una mirada a modo de advertencia.

Ni siquiera finge estar avergonzado cuando replica:

—Jaxon no quiere que tu prima vaya a clase hoy.

—De acuerdo. —Ni siquiera se queda parada ni por un momento.

—¡¿Cómo que «de acuerdo»?! —exclamo indignada—. Jaxon no es nadie para decirme...

—Mi padre ya ha informado a los profesores de que no va a asistir después de lo que pasó ayer. Así que no hay problema. —Me mira con el ceño fruncido—. Deberías estar en la cama.

—¿Vas a quedarte con ella? —pregunta Mekhi antes de que pueda defenderme.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Todavía no lo sé. Pero estoy convencido de que eso es lo que Jaxon pretende averiguar.

Macy se pone tensa.

—Pero ¿ha pasado algo?

—Aún no lo sé. —Mekhi me señala con la barbilla—. Que te lo cuente ella.

—Sabéis que estoy presente, ¿no? Podéis hablar conmigo en vez de sobre mí.

Mekhi frunce el ceño.

—¿Ah, sí? Porque mira que lo he intentado...

—Oye, mira, no hagas que me hierva la sangre. Ay, espera. No puedes. ¡Porque alguien me la ha chupado toda!

Macy vuelve la cabeza hacia mí inmediatamente.

—¿Qué has dicho?

—Lo sabe, Mace.

Mi prima se queda aún más pálida, si acaso eso es posible.

—¿Qué sabe exactamente, Mekhi?

—Ya puedes irte —insisto agarrándome del borde de la puerta y tirando de ella con el objetivo de apartarlo del umbral.

—Oye, Grace, lo siento muchísimo —dice antes de que cierre la puerta.

Me detengo.

—¿Me mordiste tú?

—¿Qué? ¡No! Claro que no.

—Entonces no tienes que disculparte. —Suspiro mientras parte de la rabia se disipa—. No estoy enfadada contigo personalmente, Mekhi. Sólo estoy enfadada... y asustada.

—Lo entiendo. —Parece dudar—. ¿Significa eso que tampoco estás enfadada con Jaxon?

—No, no. Tengo toda mi ira almacenada esperando a Jaxon, así que no te atrevas a decirle lo contrario.

—Créeme, no lo haré. —Mekhi sonríe—. Lo último que quiero es meterme en medio de esa discusión. Además, ya va siendo hora de que alguien le baje un poco los humos.

—¿Un poco? —Resoplo—. Y ahora, largo. Tengo cosas que hacer.

Sin más, le cierro la puerta en las narices. Y ahora que estamos Macy y yo solas, de repente todo parece volverse muchísimo más real. Tardo un segundo en tranquilizarme, en intentar ordenar lo que quiero decir. Pero Macy interviene antes de que pueda salir de mi estupor.

—Grace, no es...

Me vuelvo hacia ella.

—Voy a hacerte una única pregunta, Macy. Sólo una. Y quiero que seas totalmente sincera conmigo. Porque, si no... si no lo eres, haré las maletas y me volveré a California. Me quedaré con Heather. Solicitaré la emancipación. Haré lo que tenga que hacer. Pero te juro que jamás volverás a verme o a saber de mí. ¿Entendido?

Se pone más pálida todavía, si es que eso es posible. Además, como abra más los ojos le ocuparán toda la cara. Pero eso no impide que asienta y que diga:

—Sí.

—¿Eres una vampira? —No me puedo creer que le esté haciendo esta pregunta.

—¿Qué? —Niega con la cabeza con vehemencia—. No.

Me desinflo, tremendamente aliviada..., al menos hasta que me doy cuenta de que con una pregunta no basta. Tengo decenas.

—¿Tu padre es un vampiro?

—No.

—¿Era mi padre un vampiro?

—No, claro que no. —Acerca la mano para tocarme—. Ay, Grace. ¿Es eso lo que temes?

Exhalo un largo suspiro cuando el nudo más grande que tenía en el estómago se deshace.

—En este momento no sé qué es lo que temo, Macy. Pero, puesto que no estás actuando como si se me hubiese ido la cabeza, y puesto que tengo la marca de un mordisco en el cuello en estos momentos, he de suponer que los vampiros existen.

—Sí, existen.

—Y que estudian aquí.

Asiente.

—Sí.

—Y que Jaxon es un vampiro. —Contengo la respiración mientras espero su respuesta.

—Creo que eso deberías hablarlo con él, Grace. Porque...

—Macy —digo sin ira y mostrándole el miedo y la frustración que me atenazan—. Por favor. —Entonces me mira abatida—. Creía que éramos amigas, no sólo familia.

—Y lo somos. Claro que lo somos.

—Entonces dime la verdad. ¿Es Jaxon Vega un... vampiro?

Macy suspira resignada.

—Sí.

Esperaba esa respuesta, la verdad, y aun así me estalla en la cara como una granada. Las rodillas me flaquean y caigo redonda al suelo.

—¡Grace! —Macy está a mi lado en un visto y no visto—. ¿Estás bien?

—No tengo ni idea. —Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la puerta, que, afortunadamente, está cerca de donde me he caído—. Por eso puede salir al exterior sin chaqueta.

—Sí.

—Entonces, eso significa que Lia...

—Sí.

Asiento.

—¿Y Flint?

—No, no. Flint no es un vampiro. —Cierro los ojos aliviada, al menos hasta que continúa—: Él es un...

—¿Qué? —Abro un ojo—. ¿Él es un qué?

—No sé si estás preparada.

—¿Y lo estaré algún día? Termina la frase, por favor. Él es un...

—Dragón.

Ahora abro mucho los ojos.

—¿Puedes repetirlo?

Suspira.

—Él es un dragón, Grace. Flint es un dragón.

—Por supuesto que lo es. ¿Quieres decir que tiene...? —Levanto los brazos y los muevo arriba y abajo.

—Sí, tiene alas.

—Y... ¿lanza fuego? —Respondo a mi propia pregunta—: Claro que sí. Flint significa «pedernal». Con un nombre como ése, ¿cómo no va a lanzar fuego?

El cerebro me va a implosionar. Siento que se convierte en pulpa y se pliega sobre sí mismo bajo el peso de toda esta información. ¿Quién necesita LSD cuando estudias en Monster High?

Pero algo me dice que aún no hemos acabado. Lo que me lleva a preguntar con sarcasmo:

—Y entonces ¿tú qué eres? ¿Un hada?

—No soy un hada. —Parece sentirse insultada.

—No eres un hada, no eres una vampira, no eres una... ¿una dragona?

Macy suspira.

—Soy una bruja, Grace.

Reproduzco sus palabras en mi cabeza una vez, o cinco. De todo lo que he oído hoy, es lo que menos sentido tiene.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. —Ahora me sonríe de oreja a oreja—. Y ¿quieres saber algo más?

—Ahora mismo, no. No. Para nada. Ya es suficiente. Mi cerebro...

—Tú también deberías haberlo sido.

40

Cuidado con lo que brujeas

Sus palabras estallan como una bomba dentro de mí. No puede ser. No puede ser verdad. ¡Es absurdo!

—Lo siento, pero acabas de fastidiarla. —Miro a mi prima por enésima vez en los últimos diez minutos como si al palo de su escoba le faltase paja. O, más bien, como si estuviera sobrevolando el dormitorio en una escoba con un sombrero de punta negro—. No sé qué clase de broma es ésta o qué clase de alucinógeno tomáis todos aquí, pero con ese comentario has ido demasiado lejos. Porque puedo ser muchas cosas, pero no soy, ni seré jamás, una bruja. —Meneo la mano como si tuviera una varita mágica—. ¿Lo ves? No pasa nada. No se funde el cristal ni te he enviado a un nido de víboras. Tampoco tengo unos chapines de rubíes con los que golpearme los talones para volver a casa. Ni manzanas envenenadas ni espejitos mágicos. Así que... no, definitivamente no soy una bruja.

Macy se ríe. Se ríe con ganas.

—No he dicho que lo seas. Sólo digo que es probable que lo fueras si tu padre no se hubiera enamorado de tu madre y no hubiese perdido su magia.

—Un momento. ¿Estás diciendo que mi padre era una bruja?

—Un brujo. Sí. Como mi padre. Y yo soy una bruja. Es cosa de familia.

Estoy segura de que mi mente ha llegado todo lo lejos que puede llegar antes de colapsarse.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que mi padre fuera un brujo y que yo no lo supiera?

—Cuando se enamoró de tu madre perdió sus poderes. Se supone que las brujas no deben casarse con humanos ordinarios, debilita el linaje. Así que, normalmente, cuando una bruja se enamora de uno, pierde los poderes.

—Entonces mi padre era un brujo, pero no lo era. ¿Y por eso yo no soy bruja?

Al parecer, me equivocaba: aún puedo flipar más.

—Básicamente, sí.

—¿Te estás quedando conmigo, Macy? —Tengo que preguntárselo—. Porque todo esto tiene que ser una broma, ¿verdad?

—No me estoy quedando contigo, Grace.

—¿Seguro? ¿Seguro seguro?

Se inclina sobre mí y me abraza.

—Seguro seguro.

—Ya, eso me temía. —Me quedo ahí sentada un minuto intentando asimilar lo que me está revelando—. ¿Y a mi padre le parecía bien? ¿Lo de perder los poderes?

—Según dice mi padre, estaba muy enamorado de tu madre. Así que sí.

—La amaba. Se amaban locamente. —No puedo evitar sonreír al recordarlo—. Eran de esos padres que siempre están el uno encima del otro. Yo les decía que era asqueroso, pero la verdad es que era bonito, ¿sabes? Ver a dos personas que se querían tanto después de tantos años.

—Me lo imagino. —Macy suspira con melancolía.

—Entonces —digo intentando fingir que estoy bien después de todo lo que acabo de descubrir— estoy emparentada con las brujas, ¿eh?

—Sí. Es raro, ¿verdad?

—Un poco. —La observo con aire especulativo—. Entonces... ¿puedes volar por la habitación o algo así?

—¿Para demostrarte que no te estoy tomando el pelo? —pregunta con una ceja enarcada.

—Puede. —«Por supuesto.»

—No, no puedo volar por la habitación.

—¿Por qué no? —pregunto extrañada y decepcionada a partes iguales.

—Sabes que esto es la vida real y no un libro, ¿verdad? Esas cosas no pasan de verdad.

—Bueno, pues ¿qué clase de bruja eres si no puedes hacer algo que puede hacer hasta un niño de once años?

—Una de las que no salen de la brillante imaginación de J. K. Rowling.

Menea una mano en dirección a la hervidora eléctrica que está siempre encima de la nevera y ésta empieza a echar vapor y a silbar al instante. Me digo a mí misma que ha estado encendida todo el tiempo, pero al echar un vistazo veo que ni tan sólo está enchufada. Claro que no. ¿Para qué iba a estarlo?

Pero, después de lo de la hervidora, menea la mano de nuevo y murmura algo entre dientes. Observo con fascinación cómo prepara una taza de té sin moverse del sitio.

—¿Es una taza de té de verdad? —pregunto mientras la veo flotar por la habitación hacia nosotras.

—Pues claro que sí. —Atrapa la taza en el aire y me la tiende—. ¿Quieres un traguito?

En estos momentos preferiría beber veneno para ratas.

—Creo que paso, gracias.

Se encoge de hombros y se lleva la taza a los labios. Sopla unas cuantas veces y da un sorbito.

—¿Por qué no me hablaste de esto cuando llegué aquí? ¿Por qué no lo hizo tu padre?

Por primera vez, parece avergonzada.

—Creo que pensaba hacerlo, pero no has parado de hacerte daño, y nunca parecía buen momento.

—No sé si existe un buen momento para decirle a alguien que los monstruos son reales. —Niego con la cabeza e intento acordarme de cómo se respira—. No me puedo creer que esto esté pasando. Es que... no me lo creo.

—Claro que te lo crees —dice con una sonrisa pícara—. De lo contrario no estarías tan acojonada.

—No estoy acojonada. A ver, sí, estoy en el suelo y no me siento las piernas, pero, aparte de eso, creo que estoy gestionando todo esto bastante bien.

—Claro, claro. —Sonríe—. Excepto por el hecho de que todas las palabras que han salido de tu boca en los últimos diez minutos parecían una especie de chillido.

—Eso es... —Me detengo un momento y me aclaro la garganta porque, tal vez, sólo tal vez, estoy hablando con un tono un poco más agudo de la cuenta—. ¿Qué esperabas? Mekhi y tú estáis intentando convencerme de que vivo en medio de una versión menos sangrienta de *Juego de tronos*. Y el invierno ya ha llegado.

Macy se echa a reír.

—No creerás de verdad que este instituto es una versión menos sangrienta de *Juego de tronos*, ¿verdad? Porque ¿cuántas veces has estado a punto de morir desde que llegaste?

—Ya, pero eso sólo han sido accidentes. Porque... eran accidentes, ¿verdad?

—Probablemente. —Inclina la cabeza—. Sí, lo eran. Pero Jaxon está asustado. Y él nunca se asusta, así que...

—¡Está asustado porque alguien me ha mordido! Alguien que no es él, quiero decir.

Me quito el apósito por segunda vez y ladeo la cabeza para que vea las marcas que tengo justo debajo del corte.

—¡Ah! ¿Todo este lío es por eso?

Suena demasiado aliviada teniendo en cuenta que acabo de decirle que un vampiro me ha hincado el diente sin mi permiso. Aunque, bien pensado, ¿alguna vez piden permiso antes de morder? Y, en tal caso, ¿quién en su sano juicio diría que sí? Otra pregunta que añadir al centenar que tengo esperando para Jaxon.

—Yo puedo explicártelo todo —dice Macy como si tal cosa.

—Ah, vaya, pues muy bien. —Hago un gesto exagerado como diciendo «Adelante», y continúo—: Por favor, no te cortes. Explica, explica.

—Eso te lo hizo Marise.

—¿La enfermera? —No sé por qué me sorprende tanto, pero así es—. ¿Marise también es vampira?

—Pues sí. Y lo hizo porque no tenía elección. Tenía que morderte si quería reparar el desgarro arterial.

La miro con recelo.

—Pensaba que sólo había sido un cortecito pequeño.

—Fue un desgarro. Y casi mueres. De hecho, habrías muerto si Jaxon no hubiese estado allí y no hubiese hecho lo que hizo para salvarte.

—¿Te refieres a lo de llevarme corriendo a la enfermería? —digo, y el chillidito ha vuelto.

—Me refiero a que te selló la herida para que no te desangraras de camino a la enfermería. —Deja la taza de té a un lado y me coge las manos. Después, mientras las aprieta con fuerza, continúa—: El veneno de vampiro tiene muchas propiedades, dependiendo de lo que pretenda hacer el vampiro. Jaxon no te mordió, pero usó su veneno para sellar el corte. Y, por lo que tengo entendido, lo hizo tan a fondo que Marise no podía atravesarlo para suturarte la herida.

—Entonces ¿me mordió y accedió a ella a través de los orificios?

Intento no echarme a temblar al pensar en sus dientes clavándose en mi cuello. Cuando creí que había sido Jaxon, me asusté, pero no me dio repelús. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de que otra gente me hinque los dientes.

—Te mordió y te inyectó su propio veneno usando sus propiedades anticoagulantes en lugar de las coagulantes. Con eso bastó para deshacer lo que Jaxon había hecho y pudo curarte bien.

—Entonces ¿los vampiros pueden hacer eso? ¿Anular el veneno de los otros?

—A ver, yo no soy vampira, pero...

—Ya. Tú «sólo» eres bruja.

Hace caso omiso a mi interrupción.

—No creo que puedan hacerlo. Al menos, no habitualmente. Pero ella es una vampira más longeva y madura. Y, además, es una sanadora, lo que le confiere habilidades adicionales en esa clase de situaciones. Por eso es la enfermera del instituto. Pero, por lo que dijo mi padre, para deshacer lo que Jaxon hizo se requirieron mucha habilidad y mucho veneno. Ese chico estaba decidido a salvarte.

No voy a mentir. Escuchar eso hace que me sienta bien. No obstante, sigo enfadada con él, aunque ahora mismo, no sé muy bien por qué. Pero...

—Entonces ¿me estás diciendo que en este momento corre por mis venas el veneno de dos vampiros?

Macy se echa a reír y pone los ojos en blanco.

—Ya sabía yo que te ibas a centrar en eso.

—Lo siento, pero es difícil no hacerlo cuando todas las pelis de vampiros que he visto se están reproduciendo en mi mente en este instante. Lo que quiero saber es si voy a... —Me acerco la mano a la boca y gesticulo con dos dedos como si me estuvieran saliendo colmillos. Empieza a desternillarse, tanto que se pone a rodar por el suelo partiéndose el culo—. ¡Eso no es un no! —protesto.

Se sienta y se seca las lágrimas de los ojos, aunque sigue riendo por lo bajini.

—No, Grace, no te van a salir colmillos ni vas a empezar a chuparle la sangre a la gente. Estás bien. De hecho, el único motivo por el que sigues con vida es porque había un vampiro contigo. Y no un vampiro cualquiera, sino Jaxon. A la mayoría de los demás les habría costado un mundo contenerse para no...

—¿Dejarme seca? —termino lo que claramente no quería decir.

Se muestra sorprendida.

—Sí. Aunque yo no lo habría expresado así.

—Pero es la verdad, ¿no?

Macy no contesta, sólo coge su té y se levanta. La sigo. No pienso dejar que se vaya ahora, con todas las preguntas que tengo en el tintero. Sobre vampiros. Y brujas. Y dragones, por el amor de Dios. ¿Cómo es posible que existan los dragones y que el resto de la humanidad no lo sepa?

Por cierto...

—No habrá más criaturas por aquí que no me hayas mencionado, ¿verdad? Quiero decir que no hay zombis, ni unicornios, ni...

—Hombres lobo.

—Eso. Ni hombres lobo.

—No estaba diciendo que no, Grace. Estaba respondiendo a tu pregunta.

—Ah. —Trago saliva—. Entonces... hay vampiros, dragones, brujas y hombres lobo.

—Bueno, hablando en términos técnicos, son metamorfos, más que hombres lobo.

Por supuesto, hablemos en términos técnicos; a buenas horas...

—Y ¿la diferencia es...?

—Los hombres lobo necesitan la luna llena. Los metamorfos pueden cambiar cuando quieran. Como los dragones.

—Entonces ¿Flint puede convertirse en dragón cuando él quiera?

—Flint es un dragón todo el tiempo. Lo que puede hacer es alternar entre su forma dragontina y su forma humana cuando quiera.

—Tengo muchísimas preguntas. —Y la mayoría de ellas empiezan y terminan con «¿cómo es posible?».

—Normal. —Se inclina y me da otro abrazo.

—¿Y Marc y Quinn...? —Pienso en cómo ambos intentaron dejarme fuera en la nieve la primera noche—. ¿Son metamorfos?

—Sí. Y, al parecer, la cosa se les va un poco de las manos cuando hay luna llena. —Niega con la cabeza, claramente cabreada todavía—. Capullos.

—No te lo voy a discutir. Fueron unos gilipollas. —De repente, pienso en algo y digo—: Pero obedecieron a Jaxon, aunque él sea un vampiro.

Macy resopla.

—Perdona, ¿es que no te has dado cuenta? Todo el mundo obedece a Jaxon.

—Ya. —Como ayer en clase de Literatura Británica, cuando no entraba nadie—. ¿Y por qué lo hacen?

—Es una historia muy larga y complicada, que te contaré con mucho gusto. Pero me muero de hambre. ¿Te importa si seguimos hablando delante de un desayuno en el comedor?

—Claro, por supuesto. Pero le he prometido a Mekhi que nos quedaríamos aquí hasta que llegara Jaxon.

—Ya le he dicho que no vamos a ir a clase. Y, si tu mordedura del cuello es lo que los tiene tan alarmados, no hay problema. Sabemos quién te mordió y que no pasa nada. Así que vamos a desayunar algo rápido, y seguro que estamos de vuelta antes de que venga Jaxon.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Además, no voy a estar aquí esperando a las órdenes de Jaxon. Puede que todos aquí le obedezcan, pero yo no soy una criatura sobrenatural. Soy humana, y éste es un momento tan bueno

como cualquier otro para que Jaxon sepa que no pienso seguir las mismas reglas raras, retorcidas y aterradoras que todos los demás.

—Suena bien —le digo—. La verdad es que yo también tengo hambre de repente.

—No me extraña. Es lo que tiene perder tantísima sangre —dice Macy mientras desaparece en el baño con un pantalón de chándal del instituto y una camiseta de deporte en las manos.

Sale dos minutos después, y no sólo se ha vestido, sino que además tiene el pelo engominado hacia atrás en un peinado adorable, y parece que haya estado media hora maquillándose delante del espejo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto.

—Nada, sólo me he dado un toque glamuroso. —Menea los dedos delante de su cara—. Y he de decir que es un alivio que ya lo sepas todo. Mi vida va a ser mucho más fácil en adelante.

—Eso parece. —Ahora me siento algo cohibida, así que cojo el neceser de mi mesa y saco el brillo de labios de melocotón que siempre guardo en el bolsillo interior y me lo aplico mientras salimos por la puerta—. ¿Y cómo haces eso del glamur exactamente?

—Ah, es sólo un truquito que conocen todas las brujas.

—Ya, bueno, lo de volar sigue molando más —bromeo.

—Tal vez. —Cierra la puerta cuando salgo—. Pero puedo hacer muchas más cosas que todavía no sabes.

—¿Como qué? —pregunto totalmente fascinada.

—Averígualo...

41

Vampiros, dragones y hombres lobo: ¡qué fuerte!

Los pasillos están repletos de gente de camino al comedor. Faltan treinta y cinco minutos para que comience la primera clase y, al parecer, todos los alumnos intentan comer durante el mismo periodo de media hora. Y lo entiendo. Si no tuviera que preocuparme por unas extrañas marcas de colmillos en el cuello o por intentar encajar en un instituto nuevo, yo tampoco querría levantarme ni un minuto antes de lo necesario.

Aun así, ahora que lo sé, todo se me hace aún más raro que de costumbre. La gente pasa por nuestro lado, empujando a Macy, chocando conmigo o incluso esquivándonos, como hicieron ayer. Sin embargo, hoy los miro a todos y pienso «¿Será vampiro?, ¿lobo?, ¿bruja?, ¿dragón?». Es como si me hubiera metido entre las páginas de una novela fantástica... o en una película de terror, según cómo vaya la cosa.

Conforme avanzamos, voy asignándole un monstruo a la gente por sus características físicas, pero no sé si acierto o no. Por ejemplo, los atléticos que recorren el pasillo con gran energía, imagino que deben de ser lobos. Pero Jaxon se mueve rapidísimo cuando quiere, así que podría estar completamente equivocada.

Quiero preguntarle a Macy, para ver si he atinado alguno. Pero es de mala educación ir susurrando sobre... ¿la especie?, ¿la identidad?, de otra gente en medio del pasillo, donde todos pueden oírme. Lo es el mero hecho de susurrar respecto a todo esto.

Aun así, por otro lado, ¿no es mejor que lo sepa? Por ejemplo, si me hago un corte en un dedo delante de un dragón, imagino que no tendrá ninguna importancia. Pero ¿qué ocurre si sucede delante de un vampiro? ¿Tengo que salir corriendo o no pasa nada?

¿Y por qué hay vampiros en el salón si beben sangre? Bueno, vi a Jaxon comerse esa fresa en la fiesta de bienvenida, pero ayer no probó la comida durante el desayuno. Y, ahora que lo pienso, tampoco lo hicieron ninguno de los otros chicos.

Y si Jaxon bebe sangre con regularidad, ¿de dónde la saca? ¿De dónde la sacan todos los vampiros en general? Porque no creo que secuestren una unidad móvil de donación de sangre a diario. Se me antoja una hazaña imposible, y más aquí, en medio de la nada, en Alaska. ¿De dónde la sacan?

Y lo que es más importante: ¿de verdad quiero saber la respuesta a esa pregunta?

Además, vi a Jaxon y a Lia en el exterior de día. Vale que no es que hiciera mucho sol, pero tampoco estaba oscuro como la noche. ¿Significa eso que lo de que los vampiros no pueden estar al sol es un mito? En tal caso, ha habido montones de relatos a lo largo de la historia que estaban equivocados.

Es muy confuso. Tremendamente confuso, y por un lado sigo pensando que Macy y Mekhi me están tomando el pelo. A ver, sí, he visto lo que ha hecho con la taza de té, pero... ¿Brujas? ¿Dragones? ¿Vampiros?

Empiezo a echar de menos mi teoría de los extraterrestres.

Sobre todo cuando entramos en la cafetería y, sorpresa, sorpresa, todo el mundo me está mirando. Como de costumbre. Creía que era por lo de ser la nueva y tal, pero ahora no puedo evitar pensar que es porque soy la

humana. Lo que me lleva a temer si alguno de ellos tendrá intenciones de comerme.

¿Los metamorfos se comen a los humanos? ¿O sólo lo hacen los vampiros? ¿Y qué hay de los dragones? ¿Qué comen?

Espero que los humanos no estemos en su lista de exquisiteces. Aunque desear algo no me ha llevado a ninguna parte durante el último mes. No puedo esperar que aquí me sirva de gran cosa.

—¿Sabes qué? —le digo a Macy de camino a la mesa bufé al frente del comedor—. Tal vez debería volver a la habitación.

—¿Qué pasa? —Me examina el rostro con el ceño fruncido de preocupación—. ¿Te sientes mal? ¿Estás mareada?

—Me siento... fuera de lugar.

—Ah. —Pone cara de entenderme—. Son las mismas personas con las que fuiste a clase ayer. Y las mismas con las que estuviste librando la guerra de bolas de nieve el día anterior.

—Las mismas personas que me han estado observando desde el momento en que llegué. Pensaba que a estas alturas ya habría pasado, que ya se habrían acostumbrado a mí. Pero nunca van a acostumbrarse a que haya una humana entre ellos.

—Detesto ser yo quien te lo diga, Grace, pero el que te sigan mirando tiene más que ver con Jaxon que contigo.

No me molesto en ocultar mi confusión.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, él aquí es muy importante. Eso es algo que salta a la vista. Y ha mostrado tener un gran interés por ti. Lo que implica que ahora tú también eres importante. Y también te convierte en la persona a la que el ochenta por ciento de la población femenina quiere asesinar.

—Porque están celosas, ¿no? No por...

—Sí, Grace. —Pone los ojos en blanco—. Porque están celosas. Les gustaría estar en tu lugar.

—¿Vendadas, heridas, con el tobillo dolorido y con una mordedura de vampiro en el cuello? —bromeo.

—Exacto —responde sarcásticamente—. Y ahora, ¿podemos ponernos a la cola? Hoy es el día de los cruasanes de chocolate, y se acaban enseguida.

—Por supuesto. —La invito a precederme—. ¿Quién soy yo para interponerse entre una chica y su cruasán de chocolate?

—Ésa es una pregunta que todo chico se hace al menos una vez cada miércoles —dice una voz familiar justo detrás de mí.

—Hola, Flint. —Me vuelvo hacia él con una sonrisa algo forzada.

Y no porque el que sea un dragón haga que me caiga peor, sino porque el que sea un dragón ¡me acojona viva!

—Hola, chica nueva. —Me mira de arriba abajo—. He de decir que no me apasiona demasiado tu nuevo look.

Me toco las vendas tímidamente.

—Ya, a mí tampoco.

—Apuesto a que no. —Extiende la mano y me frota el brazo sano para infundirme ánimos—. No tienes muy buen aspecto. Siéntate, ya te llevo yo el desayuno.

—No tienes por qué hacer eso.

—Ya sé que no tengo por qué. Pero todavía me siento culpable por lo de la caída del árbol. Deja que te lo compense con esto. —Me mira con ojos suplicantes.

—¿Culpable de qué? Evitaste que me hiciera aún más daño.

Por primera vez, me pregunto si aquel día no se hizo nada por el hecho de ser un dragón. En tal caso, me alegro de que no sea humano, me alegro de que no corriese peligro por mi culpa.

Lo miro, a esa cara tan increíblemente atractiva, esos ojos ambarinos y esa sonrisa encantadora, y me pregunto si estaré viendo al dragón o al humano. O puede que esté viendo a los dos. A saber.

Entonces sube y baja las cejas varias veces y me pregunto qué importancia tiene eso cuando Flint, independientemente de qué o de quién sea, se porta como un amigo.

—Por cierto, gracias otra vez por eso. De verdad.

—Deja de agradecérmelo, Grace. De no ser por mí no habrías estado ahí arriba.

—Me temo que vamos a tener que aceptar nuestras diferencias en este caso —le digo.

—Vale. Las aceptaremos... cuando me permitas que te lleve el desayuno.

Me regala su sonrisa más encantadora, la que casi seguro que haría que se me cayeran las bragas si no hubiese visto a Jaxon primero.

Pero vi a Jaxon primero y ahora es básicamente lo único que puedo ver, vampiro o no.

Discuto con Flint un poco más. Estoy harta de que todo el mundo me trate como si fuera inválida. Pero estamos bloqueando la cola. Y, como lo último que quiero es seguir llamando la atención, al final cedo.

—Bien. Píllame un cruasán de chocolate, si logras hacerte con uno.

—Me haré con uno —me garantiza.

—No lo dudo. Y algo de fruta, si hay.

—Muy bien. ¿Y qué quieres beber?

Sonrío.

—Sorpréndeme.

Sus ojos se oscurecen y, por un instante, algo destella en ellos. Pero, antes de que me dé tiempo a saber qué es, ha desaparecido, y vuelven a adoptar su claridad habitual. Entonces bromea:

—Créeme, lo intento.

Acto seguido, me coge de los hombros y me da media vuelta.

—Yo me siento allí. —Señala hacia el extremo de la mesa central—. Hay unos cuantos sitios libres. Ve sentándote y ahora voy yo con lo nuestro.

—De acuerdo. —Hago lo que me dice y me detengo sólo un momento para informar a Macy de dónde vamos a sentarnos.

Flint no me quita el ojo de encima, pero imagino que es porque no confía en que vaya a sentarme. Lo que no sabe es que, cuando la alternativa es esperarlo aquí de pie, incómoda, mientras todo el mundo me mira, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no salir corriendo a sentarme. A ser posible en el sitio más recóndito del comedor.

Sobre todo cuando veo que Mekhi y Luca vienen hacia mí, con el ceño fruncido en medio de su por lo general relajado rostro. Me planteo esperarlos, pero no quiero oír lo que tengan que decir. Y no quiero explicarles por qué Macy y yo hemos decidido que estaría bien venir al comedor, al menos no delante de la mayor parte del cuerpo estudiantil.

Así que, en vez de esperar a que lleguen, hago lo que haría cualquier chica que no sabe cómo lidiar con un chico, salgo disparada hacia el territorio de otro. En este caso, la mesa a la que se sientan Flint y sus amigos.

Puede que no sea un movimiento muy valiente o inteligente por mi parte, pero sin duda es la ruta más fácil. Hoy no estoy para grandes esfuerzos, y no me avergüenza admitirlo.

Y estoy segura de que habría funcionado, ya que la Orden y Flint se odian tanto mutuamente, hasta que oigo un chirrido espantoso que atraviesa el aire directo sobre mí justo cuando me aproximo a la zona de Flint de la mesa.

42

Menos mal que las tortitas no están en el menú de hoy

Es un ruido horrible. Levanto la mirada para intentar averiguar qué puede estar causándolo justo a tiempo de ver la lámpara de araña de cristal más grande de todas soltarse de la placa que la mantiene sujeta al techo. Tengo medio segundo para pensar: «¡Mierda!», y entonces alguien aparece y me golpea con su cuerpo.

El impacto me deja sin aliento, o tal vez sea a consecuencia del segundo impacto, el que me he dado de cara contra la pared más cercana. El caso es que no puedo respirar, sobre todo teniendo en cuenta que alguien grande y fuerte está pegado a mí presionándome la espalda y atrapándome los brazos a ambos lados.

Al mismo tiempo oigo un fuerte estruendo. Durante un segundo lo único que puedo percibir es el tintineo del cristal cuando se hace añicos y sale volando. El chico que tengo detrás gruñe y me envuelve todavía más con su cuerpo. Es entonces cuando lo sé. Puede que aún no pueda respirar bien del todo, pero me llega el suficiente oxígeno como para que mi cerebro vuelva a funcionar. Y, al recuperar la actividad, mi cerebro registra algo por encima de todo lo demás: el chico que está encima de mí, protegiéndome, es Jaxon.

—¿Estás bien? —pregunta en cuanto los cristales dejan de saltar.

No le contesto. No puedo. Mis pulmones siguen sin funcionar a plena capacidad, y aún no he recuperado el habla. Intento asentir, pero está claro que eso no le basta, porque me da la vuelta, me palpa el cuerpo y me ordena:

—¡Respóndeme, Grace! ¿Estás bien?

—Estoy bien —logro jadear.

Puede que yo esté bien, pero al mirarlo me doy cuenta de que él no lo está en absoluto.

—Estás sangrando.

—Estoy bien. —Le quita importancia—. ¿Te duele algo?

—No soy yo la que está herida. —Le paso el dedo suavemente por el lado derecho de la cara, deteniéndome en todos los puntos ensangrentados —. ¿Qué haces aquí? Creía que tardarías un par de horas más en volver.

Sus ojos me miran acusadores.

—Ya veo.

No sé qué responder a eso, y no parece que esté de humor para escucharme, así que me llevo la mano al bolso y saco un minúsculo botiquín de primeros auxilios que guardo en él. Es una costumbre que adopté después de que mis padres murieran en el accidente de coche. Es absurdo, lo sé, ya que habrían necesitado más que un botiquín de primeros auxilios para salvarse con las lesiones que tenían. Aun así, la madre de Heather me lo sugirió cuando estaba tan asustada después de su muerte y, por algún motivo, me ayudó a calmarme. Aunque hoy es la primera vez que va a ser de utilidad.

—Siéntate —le digo y, al ver que no se mueve, le pongo las manos en el pecho y empujo suavemente. No cede—. Por favor —suplico, y desplazo la mano hasta la mejilla donde tiene la cicatriz, ahora ilesa—. Estás herido. Deja que cuide de ti. —Durante unos segundos no se mueve. Sólo me mira sin parpadear. Me entran escalofríos. Creo que nunca había visto a Jaxon tan furioso. Pero... me da igual. Puede estar todo lo enfadado que quiera

siempre y cuando deje que le cure las heridas—. Por favor —repito, y esta vez lo acompaño de un empujón algo más fuerte en el pecho.

Sigue sin decir nada, pero despacio y de mala gana deja que lo guíe hasta la silla más cercana.

Macy llega hasta nosotros justo cuando consigo que Jaxon se siente. Está llorando desconsoladamente cuando me rodea el cuello con los brazos.

—¡Madre mía, Grace! ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —le digo mientras intento librarme de su abrazo.

¿Qué les pasa a los dos? ¿Es que no ven que es él el que está herido? Puede que no pase nada si los vampiros sangran; no lo sé. Pero a mí me importa.

Saco una toallita desinfectante del botiquín y la presiono con cuidado contra su mejilla. No hace ninguna mueca. De hecho, no se mueve en absoluto, sólo mira impasible hacia delante. Aun así, le limpio la herida con cuidado y me aseguro de que no tenga ningún cristal clavado antes de aplicarle un antiséptico y ponerle una tirita. Por un momento me pregunto si los vampiros necesitan antiséptico. ¿Se les infectan las heridas? Pero él no me detiene, y Macy tampoco, así que imagino que, aunque no sea necesario, tampoco le hará daño.

Ahora el comedor se ha llenado de adultos, de profesores examinando heridas e intentando evacuar la sala lo más rápido posible. Sorprendentemente lo hacen sin armar demasiado jaleo, y apenas les presto atención mientras paso a curar el corte que Jaxon tiene en el brazo.

Estoy segura de que parece peor de lo que es, teniendo en cuenta que no ha sangrado mucho y de que ya ha empezado a coagular. Me pregunto si tal vez el veneno no sea lo único que contenga agentes coagulantes en su cuerpo. Aun así, le limpio la herida lo mejor que puedo, como la de la mejilla. He de admitir que me sorprende un poco que ningún profesor se

haya acercado para intentar llevarlo a la enfermería, pero quizá haya gente con heridas más graves y yo no me haya enterado.

Hasta que no termino de vendarle el brazo no me doy cuenta de que hay un buen motivo por el que nadie ha intentado llevar a Jaxon para que reciba atención médica. Es el mismo motivo por el que la estancia está tan silenciosa a pesar de todo lo que ha pasado.

Los otros cinco miembros de la Orden nos rodean.

Están a varios metros de distancia, pero han formado un perímetro alrededor de Jaxon y de mí que nadie más que Macy ha podido traspasar. Aunque tampoco es que haya mucha gente intentando hacerlo. Flint está discutiendo con Byron, que no cede, pero, aparte de eso, todo el mundo se mantiene al margen. Observando y claramente esperando, aunque no sé a qué.

Es escalofriante sentir que esperan sin saber a qué, y eso hace que se me caiga el alma a los pies y que se me pongan los pelos de punta. Supongo que es porque he hecho algo malo, pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Dejar que sangrase?

—Lo... siento —digo atropelladamente mientras guardo el botiquín de primeros auxilios—. Supongo que no debería haber hecho eso.

—No te disculpes —gruñe Jaxon mientras se levanta—. Y no agaches la cabeza de esa manera. Aquí nadie tiene derecho a decirte nada en absoluto.

—Yo sólo quería ayudar. Y gracias por salvarme.

—No tendría que haberte salvado si te hubieses quedado en tu cuarto, donde se suponía que tenías que estar. Donde te dije que estuvieras. —Dice esto último con los dientes apretados.

Lo de «donde te dije que estuvieras» me ofende un poco, pero, teniendo en cuenta que aún sigue agitado, decido no entrar en el tema. De momento. En vez de eso, le explico:

—Es que teníamos hambre. Además, hemos resuelto el misterio de la mordedura, así que pensamos que no pasaba nada por bajar a desayunar.

Resulta que la enfermera...

—Las lámparas no se caen solas —me dice—. Y tampoco las ramas de los árboles.

—La rama del árbol no se cayó sin más. Hacía muchísimo viento.

—En este comedor hay al menos doscientas personas capaces de provocar esa clase de viento. Y casi tantas capaces de hacer caer esa lámpara. —Está hablando en voz baja, tanto que tengo que esforzarme por oírlo, aunque está justo delante de mí—. No paro de intentar advertirte, pero no me escuchas. Alguien está tratando de matarte, Grace.

43

Lo que no te mata te da un susto de muerte

Al principio no asimilo las palabras. Cuando por fin lo hago, tardo más de unos cuantos latidos en recordar cómo articular las mías propias.

—¿Matarme? —susurro mientras se me cae el alma a los pies y un escalofrío me recorre la espalda.

O, mejor dicho, intento susurrar, porque me cuesta bastante hablar bajito ahora que ha vuelto el chillidito agudo. En una situación normal sentiría vergüenza, pero, la verdad, creo que tengo mucho por lo que chillar: ha sido una mañana horrible y los golpes no paran de llegar.

—Eso es absurdo —digo, aunque me seco las manos repentinamente sudorosas en la falda—. ¿Por qué?

—Aún no lo sé.

Inspiro hondo e intento controlar mi corazón mientras me esfuerzo en pensar a pesar del pánico que me invade. Tardo un minuto, pero por fin consigo que la ansiedad disminuya lo suficiente como para poder contestar.

—No tiene sentido. Soy inofensiva.

Y más en este instituto. Si no supongo ninguna amenaza en un instituto normal, menos aún lo voy a ser en éste, donde una cuarta parte de los alumnos puede escupir fuego y volar.

—Podría usar un montón de palabras para describirte, Grace, e *inofensiva* no es una de ellas. —Otea el comedor con los ojos entrecerrados, no sé si porque está cavilando o lanzando una advertencia—. Y si yo sé que no lo eres, ellos también.

—Jaxon. —Me cruzo de brazos a la altura de la cintura y retrocedo un poco para intentar convencerlo de que entre en razón—. No puedes hablar en serio. Sólo estás nervioso porque podría haber sucedido una catástrofe. No piensas con claridad.

—Yo siempre pienso con claridad.

Parece que va a decir algo más, pero entonces algo a mi espalda llama su atención, y entrecierra de tal manera los ojos que el corazón me empieza a bombear a toda velocidad de nuevo.

Me vuelvo y sigo su línea de visión. Está mirando la cuerda que sujeta la lámpara y que permite que pueda bajarse para su limpieza. O, mejor dicho, lo que queda de ella, porque incluso desde aquí puedo ver que está partida en dos.

—Se ha roto —digo, aunque sin demasiada seguridad en mi voz.

Porque... ¿qué probabilidades hay de que se rompan esas cuerdas?

—A veces, las cuerdas...

—Ha llegado tu tío —me interrumpe, y señala con la barbilla.

—¿Y...? Quiero hablar de esto.

—Después.

Antes de que pueda expresar otra objeción, el tío Finn se aproxima.

—Grace, cariño, siento haber tardado tanto en llegar. Estaba fuera del edificio. —Me abraza con fuerza.

En una situación normal, su gesto me resultaría reconfortante, ya que su comportamiento y su olor me recuerdan mucho a los de mi padre. Pero, ahora mismo, en lo único que puedo pensar es en la expresión en los ojos de Jaxon cuando ha dicho que alguien intenta matarme. Su rostro se ha vuelto completamente frío, completamente inescrutable. Aun así, en lo más

profundo de sus ojos, donde nadie se acerca lo suficiente como para poder mirar, ardía la ira más aterradora que he percibido jamás.

No quiero dejarlo solo con ella; no quiero que se quede atrapado en su propia mente. Pero, por más palmaditas que le doy a mi tío en la espalda, y por más que le aseguro que estoy bien, no parece tener intención de soltarme en un plazo corto de tiempo.

—No te imaginas cuánto lamento que te haya tenido que pasar esto —dice cuando por fin se aparta. Sus ojos azules, como los de Macy y los de mi padre, están tristes y ensombrecidos—. Una vez ya es inaceptable. Dos veces en dos días...

Supongo que tengo suerte de que no sepa lo de la caída del árbol hace unos días. Tres experiencias cercanas a la muerte en una semana son demasiadas para cualquiera. Si me paro a pensarlo de esa manera, de repente Jaxon ya no me parece tan paranoico. Y tal vez yo no lo esté siendo lo suficiente.

—Bueno, vamos a sacarte de aquí —dice mi tío—. No ibas a ir a clase hoy de todos modos, pero me gustaría hablar contigo antes de que vuelvas a tu habitación.

—Claro.

No sé de qué querrá hablarme. ¿Qué más hay que decir aparte de «Uf, por los pelos»? Pero si eso hace que se sienta mejor, de acuerdo.

Sin embargo, todos mis instintos me gritan que no deje a Jaxon, que no es el mejor momento para alejarme de él, aunque no sé por qué.

—Pero ¿te importa que me pase por tu despacho un poco más tarde? Antes tengo que hacer un par de cosas...

—Jaxon ya se ha ido, Grace. —Me vuelvo y veo que mi tío tiene razón: Jaxon ha desaparecido—. Y de todas formas querría hablar contigo antes de que lo veas otra vez.

No sé qué significa eso, pero no me gusta cómo suena. Como tampoco me gusta el hecho de que, una vez más, Jaxon se haya largado sin

despedirse siquiera.

«¿Cómo lo hace?», me pregunto mientras sigo a mi tío de mala gana. ¿Cómo se las apaña para desaparecer sin hacer el menor ruido y sin que me percate de que se está moviendo? ¿Es una habilidad de los vampiros? ¿O sólo de Jaxon? Estoy convencida de que es cosa suya, pero, de camino hacia las puertas del comedor, veo que los demás miembros de la Orden se han esfumado también. Se han marchado todos, y no me había dado ni cuenta.

Lo cual no hace sino respaldar lo que le estaba diciendo a Jaxon antes de que mi tío apareciera. No soy más que una humana inofensiva, así que ¿por qué iba nadie aquí a creer que soy lo bastante peligrosa como para querer matarme?

Si fuese Jaxon, lo entendería. Me sorprende que no lo esperen todos alrededor del castillo para pegarle un tiro. Todo en él denota un poder total y absoluto. Estoy convencida de que lo único que lo mantiene a salvo es que eso mismo denota también un gran peligro. No creo que nadie sea lo bastante estúpido como para desafiarlo. Incluso Flint reculó tras la caída en la guerra de bolas de nieve. Por eso comprendería que alguien quisiera soltarle una lámpara de araña encima. Pero ¿a mí? ¡Venga ya! Un mal hechizo, un ataque de lobo o incluso un terremoto, y adiós muy buenas. ¿Por qué molestarse en dejar caer una lámpara así de grande sobre mi cabeza cuando una ventana rota casi acaba conmigo sin más?

El tío Finn y yo caminamos hacia su despacho en silencio. He de admitir que me sorprende ver que toma el pasillo menos ornamentado de todo este lugar hasta que se detiene delante de una puerta que no tiene nada de especial. No encaja precisamente con mi idea de despacho de un director, y menos del director de un instituto que ha aceptado la responsabilidad de educar a alumnos de una gran variedad de orígenes paranormales.

Mi decepción se acentúa cuando abre la puerta y me insta a entrar en la habitación más aburrida sobre la faz de la tierra. Alfombra gris, paredes

grises, sillas grises. Lo único que le da un toque de color, por decirlo de alguna manera, a este despacho es la mesa de madera de cerezo maciza repleta de pilas de papeles, archivos y un ordenador portátil abierto.

Básicamente es como el despacho de cualquier otro director que haya visto, excepto por el hecho de que las cortinas de las ventanas son más tupidas y, la alfombra, un poco más ostentosa.

Me descubre mirando y sonríe.

—¿Sorprendida?

—Un poco. Pensaba que sería más...

—¿Más...? —Tiene una expresión interrogante.

—Sí, más. No te ofendas, tío Finn, pero éste tiene que ser el despacho más aburrido que he visto en la vida. Supongo que esperaba que un brujo tuviese algo más de estilo.

—Vaya, pues menos mal que no soy ningún brujo, ¿eh?

—¿Qué? —No entiendo nada—. Pensaba... Macy me ha dicho... Yo no...

—Tranquila, Grace —dice mi tío entre risas—. Sólo intentaba relajar el ambiente. Macy me ha dicho que te lo ha contado todo.

—La verdad es que es un poco difícil seguir ocultando todo esto cuando tengo marcas de colmillos en el cuello.

—*Touché*. —Inclina la cabeza y me señala una de las insulsas sillas grises que hay delante de su mesa—. Siéntate. Lamento que hayas tenido que enterarte de esta manera —continúa una vez sentados los dos—. No es lo que pretendía.

Parece sentirse fatal, y quiero decirle que no pasa nada, pero sí que pasa.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿O mi padre? ¿Por qué nunca me dijo que era un...?

Dejo la frase a medias, pues aún me cuesta asimilar el hecho de que mi padre era un brujo de verdad. O que, al menos, nació siéndolo.

—Supongo que la palabra que buscas es *brujo* —dice mi tío pronunciando la palabra que a mí tanto me cuesta decir (y creer) con una

sonrisa empática—. Y, sí, tu padre era un brujo, y uno muy poderoso, además.

—Pero renunció a todo por mi madre.

—Es un poco más complicado que eso. —Hace una mueca y empieza a mover la cabeza hacia atrás y hacia delante—. Ningún brujo renuncia a su poder voluntariamente, pero algunos, como tu padre, están dispuestos a arriesgarlo todo por el bien común.

No es así como Macy me lo ha descrito, y eso hace que me pregunte qué desconoce mi prima sobre mi padre. Y qué sabe el suyo.

—¿Qué... qué quieres decir? —pregunto mientras mi corazón se salta un latido—. ¿Qué hizo?

Durante un segundo mi tío aparta la mirada, pero sus ojos se despejan con mi pregunta.

—Es una historia muy larga —me dice—. Ya te la contaré otro día. Bastante has tenido ya por esta mañana.

—Creo que he tenido bastante ya para muchas mañanas. Para todas las mañanas, más bien.

—Sí, es verdad. —Suspira—. De eso precisamente quería hablarte. Menuda semana has vivido, jovencita.

Decir eso es quedarse muy corto. Espero a que añada algo más, espero a que suelte la siguiente bomba, aunque tengo la sensación de que ya han estallado cientos de ellas. Aun así, el tiempo pasa y no dice nada. En vez de eso, se queda ahí, formando una pirámide con las manos delante de la barbilla y mirándome desde el otro lado de la mesa. No sé si lo está haciendo porque espera a que diga yo algo, o si sólo está pensando en la mejor manera de expresar lo que tiene que comunicar. Supongo que es lo segundo, porque yo no he hecho nada malo. No tengo ningún secreto que revelar, y menos en comparación con un hombre que dirige un instituto para monstruos.

No obstante, el silencio prolongado me da tiempo para pensar. En todo lo malo. Incluido el hecho de que, esta última semana, el poco control que tenía sobre mi vida ha desaparecido por completo.

En serio. Morir aplastada por una lámpara de araña debe de ser una de las maneras de morir más raras y rocambolescas del mundo. Es ridículo, por más que diga Jaxon. Pero perder a mis padres de la manera en que los perdí (de pasar de estar felices y vivos a fríos y muertos de un minuto a otro) me ha enseñado lo fácil que es que se extinga la vida. Es tan sencillo como pestañear, como chasquear los dedos, como doblar la esquina equivocada en el momento equivocado...

Cierro los ojos con fuerza mientras las imágenes vuelven a mi mente, desesperada por borrarlas antes de que me inunden la cabeza. Antes de que se apoderen de mí y me hundan en el dolor del que estoy empezando a aprender a salir a rastras.

El sufrimiento se me debe de reflejar en la cara, porque de repente mi tío interrumpe el silencio y pregunta:

—¿Seguro que estás bien, Grace? Esa lámpara era enorme... y aterradora.

Sí que era enorme y aterradora, y no entiendo cómo es posible que mi vida se haya descontrolado de esta manera. Hace cinco semanas, Heather y yo estábamos comprándonos vestidos para la fiesta de comienzo de curso y quejándonos de la clase de Inglés. Ahora soy huérfana, convivo con media enciclopedia de criaturas sobrenaturales y eludo la muerte sin cesar. A este paso, mi única esperanza es que el universo no me tenga preparada una especie de *Destino final*.

—Estoy bien —respondo, porque físicamente lo estoy. No tengo ni un rasguño, al menos ninguno nuevo—. Sólo algo conmocionada.

—No me extraña. Hasta yo estoy traumatizado, y eso que no estaba presente. Me sorprende que sólo estés algo conmocionada.

Alarga el brazo y me da unas palmaditas incómodas en la mano que tengo apoyada en la mesa. Sé que intenta reconfortarme, pero sus ojos examinan mi rostro cargados de preocupación.

Me esfuerzo al máximo por dejar claro que no va a encontrar nada ahí, y debo de haberlo conseguido porque al final niega con la cabeza y vuelve a apoyarse en el respaldo de la silla.

—Eres igual que tu madre, ¿sabes? Ella también encaraba lo que fuera que lanzase la vida de frente. Sin lágrimas, sin histerismos, con calma y determinación.

Su mención casual de mi madre en estos momentos en que tanto la echo de menos me destroza. Aprieto con fuerza los puños y me clavo las uñas en las palmas en un esfuerzo por mantener la compostura.

Afortunadamente, el tío Finn no se detiene a regodearse en las increíbles habilidades de mi madre para tomarse las cosas con filosofía, cosa que no he heredado, pese a lo que pueda pensar. En vez de esto, busca algo en el ordenador y lo imprime.

—¿Seguro que estás bien? ¿No quieres que Marise te eche un vistazo? —pregunta por enésima vez.

No. Ni hablar. Sé que Macy me ha dicho que me mordió para poder repararme la arteria, pero no me apetece en absoluto volver a tenerla cerca de mi cuello, ni de ninguna otra parte de mi anatomía.

—Te prometo que estoy bien. Es por Jaxon por quien deberías estar preocupado. Él me ha protegido de los cristales.

—Ya le he pedido a Marise que le eche un vistazo —me dice—. Y lo llamaré después para darle las gracias por haber protegido del peligro a mi sobrina favorita.

—Soy tu única sobrina —le recuerdo volviendo al juego que llevamos jugando toda la vida.

Por fin un poco de normalidad en este día que es de todo menos normal, y me aferro a ello con ambas manos.

—Única y favorita —responde—. Una cosa no quita la otra.

—Está bien, tío favorito. Supongo que tienes razón.

—¡Por supuesto!

Su sonrisa anterior, ligeramente forzada, se torna auténtica. Pero no dura demasiado, ya que el silencio vuelve a hacerse entre nosotros.

Esta vez no puedo evitar mostrarme inquieta; no porque esté nerviosa, sino porque deseo salir de aquí e ir a buscar a Jaxon. Parecía estar a punto de estallar hace un rato, y sólo quiero asegurarme de que no le pasa nada malo, ni a él ni a los demás.

Pero está claro que el tío Finn interpreta mis movimientos repetitivos como algo totalmente diferente, porque se pasa la mano por el pelo, suspira pesaroso y dice:

—Bueno, ahora que se ha levantado la liebre...

—¿Te refieres a lo de los hombres lobo y demás? —pregunto enarcando una ceja—. ¿O es que también hay gente que se transforma en liebre por aquí?

Se echa a reír.

—No, sólo lobos y dragones, de momento.

—Sólo. —Mi tono está cargado de ironía.

—Debes de tener un montón de preguntas.

¿Un montón? Qué va. Sólo dos o tres millones. Empezando por la pregunta que le he hecho antes y que ha decidido no responder.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podrías habérmelo dicho cuando me pediste que me mudase a Alaska, cuando viniste al funeral.

—Bastante tenías con lo que tenías. Lo último que necesitabas era que intentase convencerte de que los vampiros y las brujas existen.

Tiene parte de razón. Aun así...

—¿Y cuando llegué aquí?

Exhala un largo suspiro.

—Pretendía ir revelándotelo poco a poco. La primera noche quise haberte dicho que las cosas aquí funcionaban de manera diferente a la esperada, pero te encontrabas fatal por el mal de altura. Después pasó todo lo demás, y me pareció más fácil ocultártelo durante un tiempo. Y más cuando la doctora Wain-wright me dijo que, tras haber hablado con la doctora Blake, pensaba que lo mejor sería dejar que te acostumbrases a Alaska y este gran cambio en tu vida antes de enfrentarte al hecho de que todo lo que has oído en tu vida sobre el mundo sobrenatural es real.

—¿Todo? —pregunto mientras me vuelvo sorprendida.

—Bueno, puede que no todo. Pero una gran parte sí.

Supongo que lo que dice tiene sentido, pero sigo escéptica, sobre todo cuando aún no he tenido ocasión de conocer a la doctora Wainwright. Aunque ¿cómo se les ocurrió pensar que podrían ocultarme el hecho de que este instituto está lleno de monstruos?

A ver, cuando pienso en Flint saltando de un árbol para salvarme, o en Macy haciendo su magia delante de mí, o en los metamorfos yendo por ahí sólo en vaqueros, o en Jaxon... haciendo lo que sea que haga..., es imposible que alguien creyese que no me daría cuenta. Es verdad que pensé en extraterrestres en vez de en vampiros, pero sabía que aquí pasaba algo muy muy raro.

El escepticismo se me debe de reflejar en la cara, porque mi tío hace una mueca de arrepentimiento.

—Ya. Visto con perspectiva, fue un mal plan desde el principio. No es precisamente fácil ocultar el hecho de que los vampiros y los dragones existen cuando estamos en plena disputa territorial.

—¿Disputa territorial? —pregunto, porque mi prima ya había hecho referencia al mismo concepto, aunque pensaba que hablaba de las típicas gilipolleces entre grupitos de instituto.

Sin embargo, ahora que sé que estamos hablando de especies sobrenaturales... su advertencia cobra mucho más sentido. Y da mucho más

miedo.

Niega con la cabeza.

—Eso ya lo hablaremos otro día. Seguro que ya has tenido suficiente por hoy. Yo, al menos, sí. Lo que me lleva al motivo por el que te he hecho venir aquí.

Es el cambio de tema más brusco del mundo, y casi le digo algo porque sé que detrás de todo esto hay más cosas que no me está contando. Muchas más. También estoy segura de que hay muchas más historias de las que no tengo ni idea, por no hablar de los detalles que las conforman. Pero no creo que discutir con él sea la mejor forma de sacarle información.

De modo que, en vez de exigir respuestas a mis numerosísimas preguntas, me muerdo la lengua y espero a que el tío Finn diga lo que tenga que decir.

—He estado pensando que te han pasado muchas cosas horribles desde que llegaste aquí.

—En realidad no me ha pasado nada —le recuerdo—. Jaxon me ha salvado un montón de veces.

—Sé que lo ha hecho, pero no podemos contar con que Jaxon esté siempre ahí. Aquí suceden cosas que no suceden en otros institutos, como has podido comprobar. Lo que ocurrió durante el terremoto fue un desafortunado accidente, y estoy convencido de que lo de la lámpara también. Pero me ha dado que pensar. ¿Qué te pasará cuando alguien pierda el control de sus poderes y ni Jaxon ni Flint ni Macy estén ahí para ayudarte? ¿Si acabas haciéndote daño de verdad? —Niega con la cabeza—. No podría vivir conmigo mismo.

—¿Crees que es eso lo que pasó? ¿Que alguien perdió el control de sus poderes?

—No estamos seguros, pero es lo que vamos a dar por hecho por el momento. Alguna bruja estaba intentando averiguar lo que podía hacer y

¡pam! Aunque nunca se había caído una lámpara de araña antes, sí que hemos tenido varios episodios de cristales que estallan. Entre otras cosas.

Ésa podría ser la mejor noticia que he oído en todo el día, porque eso significaría que probablemente Jaxon se esté preocupando por nada. Nadie intenta matarme..., es sólo que a alguien se le ha ido la mano con sus poderes y resulta que yo estaba en medio. Lo cual tiene mucho más sentido que pensar que alguien pueda querer ir a por mí.

—En fin. —Mi tío vuelve a formar una pirámide con las manos—. Por eso quiero enviarte de vuelta a San Diego.

44

Alaska: hogar, dulce hogar

—¿Enviarme de vuelta? —Una sensación de espanto me atraviesa deslizándose como un avión sobre una pista de hielo: de forma rápida, desesperada y arrasadora—. ¿Qué quieres decir? Allí no hay nada para mí.

—Lo sé. —Niega con la cabeza apesadumbrado—. Pero estoy empezando a pensar que aquí tampoco hay nada para ti, Grace. Al menos allí estarás segura.

—¿Segura como lo estaban mis padres? —Las palabras me salen del alma, desgarradas y cargadas de dolor y de miedo.

Regresar a San Diego significa dejar a Jaxon, y no quiero hacer eso. No puedo hacerlo, no ahora que es evidente que hay algo entre nosotros. No ahora que se ha convertido en lo primero en lo que pienso al despertarme y en lo último en lo que pienso antes de quedarme dormida.

—Eso fue un desafortunado accidente.

—Los accidentes ocurren en cualquier parte. Y, si tiene que pasarme algo, prefiero que sea aquí, que estoy con Macy, contigo y...

Me interrumpo en mitad de la frase. Me cuesta expresar algo que apenas acabo de empezar a comprender. Que, en tan sólo una semana, Jaxon Vega ha pasado a significar algo para mí.

Pero, al parecer, mi tío es más perspicaz de lo que pensaba, porque termina la frase por mí.

—¿Jaxon? —pregunta tranquilamente.

No respondo. No puedo hacerlo. Sea lo que sea lo que haya entre nosotros dos, es entre nosotros dos. No voy a intentar explicárselo a mi tío.

Pero, una vez más, mi falta de respuesta es una respuesta en sí misma.

—Sé que Jaxon puede ser... —Se detiene por un momento y exhala otro largo suspiro—. Seductor. Sé el efecto que causa en las chicas, y lo entiendo. Es...

—¡Tío Finn! ¡No!

Me pongo las manos en las orejas para evitar oír a mi tío calificar al chico del que me estoy enamorando como «seductor».

—¿No? —dice confundido—. ¿No te sientes atraída por...?

—¡Lo que quiero decir es que NO! ¡No! No sé lo que hay entre Jaxon y yo, si es que hay algo, pero... —señalo entre los dos varias veces— no vamos a hablar de ello.

—¿Ah, no?

—No. —Niego enfáticamente—. Ni ahora, ni nunca.

—Vaya, hablar contigo de chicos es tan difícil como con Macy —resopla cansado y pone los ojos en blanco—. Cada vez que le pregunto por Cam actúa como si le hubiese pedido que se tragase un ojo de tritón o algo así. Pero está bien. No hablaremos de chicos. Aun así, debo advertirte que Jaxon es...

—Peligroso. Ya, Macy ya me ha metido eso a fondo en la cabeza. Y tal vez lo sea, pero conmigo siempre se ha portado muy bien, así que...

—No iba a decir eso. —Por primera vez, detecto cierto enojo en su voz —. Y lo sabrías si dejaras de interrumpirme.

—Ah. —Empiezo a sonrojarme—. Perdón.

Niega con la cabeza.

—Lo que iba a decir es que Jaxon no es como los demás chicos que hayas podido conocer.

—Eso es evidente.

Hago con los dedos el mismo gesto de los colmillos que le hice a Macy, y el tío Finn se echa a reír también.

—No lo digo sólo por el hecho de que sea un vampiro, aunque, sí, por eso también.

Vaya. Sus palabras me provocan mariposas en el estómago, aunque aún no sé por qué.

—¿Por qué más? —pregunto, ya que soy incapaz de no hacerlo—. Sé lo de su hermano...

—¿Te ha hablado de Hudson? —Ahora mi tío parece sorprendidísimo.

—Sólo me dijo que murió.

—Ah, ya. —El modo en que su rostro se relaja me indica que hay mucho más detrás de esta historia que quiero conocer. Bueno, eso y el hecho de que todo el mundo tenga la misma reacción cuando menciono que sé lo de Hudson—. Con la muerte de Hudson, una gran responsabilidad recayó sobre los hombros de Jaxon, y ahora tiene las suyas propias y las de su hermano.

—Me lo puedo imaginar.

—No, Grace, no puedes. —Jamás lo había visto tan sombrío—. Porque ser un vampiro no es como ser una persona normal.

—Claro. Supongo. Pero fue una persona normal en su día, ¿no? —Pienso en todas las películas que he visto y en todas las novelas que he leído sobre vampiros en mi vida—. Porque...

—No. Ése es el tema. Jaxon nació siendo vampiro.

Ahora soy yo la que se queda de piedra.

—¿Qué quieres decir? Creía que todos los vampiros...

—No, todos no. Los vampiros pueden volverse, como es el caso de la mayoría de ellos. Pero también pueden nacer así. Jaxon nació así, al igual

que los demás miembros de la Orden. Y eso... tiene una gran importancia en nuestro mundo.

No me puedo ni empezar a imaginar lo que eso implica, porque sigo alucinando con el descubrimiento de que los vampiros pueden nacer así.

—Pero ¿cómo es posible? Pensaba que era necesario que te mordieran para convertirte en vampiro.

—Normalmente sí. Pero eso es en el caso de que ellos quieran convertirte. Si no es así, sólo te muerden. Como...

—Como lo que me hizo Marise.

—Exacto —asiente.

—Pero eso no explica cómo es posible que puedan nacer.

Una parte de mí tiene la sensación de que voy a ahogarme con toda esta nueva información, y otra parte dice: «Ah, pues vale. No es para tanto». Supongo que después de haber dado el salto de aceptar que todas estas criaturas existen, el cómo lo hagan tampoco me impacta tanto.

—Como muchas otras cosas, el vampirismo es una mutación genética. Rara, excepcionalmente rara, pero una mutación genética al fin y al cabo. Los primeros casos documentados datan de hace unos pocos miles de años, pero, desde entonces, se han dado más casos.

—Un momento. ¿Tenéis casos documentados de que hubiera vampiros hace miles de años? ¿Cómo es posible? ¿Cómo podéis demostrarlo?

—Porque siguen vivos, Grace.

—Ah. Claro. —Otra cosa que no me esperaba, aunque seguramente tendría que haberlo hecho—. Porque los vampiros no mueren.

—Sí que mueren, sólo que lo hacen de una forma mucho más lenta que el resto de nosotros, porque sus células se desarrollan de manera diferente a las nuestras.

—¿Y Jaxon es uno de estos vampiros? ¿Uno de los milenarios?

Al pensarlo, las mariposas se transforman en buitres. Cosa que me sorprende, porque, a ver, estoy totalmente dispuesta a aceptar lo de que sea

vampiro y eso, así que, ¿por qué me agobia tanto lo de la antigüedad?

—Jaxon nació en el seno de la familia de vampiros más antigua. Pero no, no tiene cuatro mil años, si es lo que quieres saber.

Uf, menos mal.

—Entonces ¿estas familias son las que pueden concebir vampiros? Porque los vampiros no pueden nacer de personas normales, ¿no?

—Es una mutación genética, así que, sí, los vampiros pueden nacer de personas normales, aunque no suele pasar. Generalmente, los vampiros de nacimiento proceden de una de las seis familias antiguas, pero también puede haber otros nacidos fuera de éstas. Ésos son los que suelen aparecer en las historias, porque no saben quiénes o qué son, así que...

—Van por ahí matando al primero que se les cruce.

—Yo no lo diría así —dice mirándome con exasperación—. Pero sí. Ésos son los que tienden a crear otros vampiros, porque no conocen otra alternativa. O porque se sienten solos y quieren formar una familia. O por muchos otros motivos más. Pero las familias más antiguas no son así.

—¿Qué significa eso? ¿No matan a gente?

He de admitir que es un gran alivio. Al menos hasta que mi tío se echa a reír y dice:

—No nos dejemos llevar por el entusiasmo.

—Ah, vale. Entonces ¿Jaxon ha...?

—No tengo por costumbre hablar de los alumnos con otros alumnos, Grace. Y esta conversación ya ha ido mucho más lejos de lo que pretendía que fuera.

Es cierto, pero he aprendido mucho, así que estoy más que satisfecha con hasta dónde ha llegado la conversación. Aunque la risa que acompañaba el «no nos dejemos llevar por el entusiasmo» me ha provocado un escalofrío aterrador.

—No quiero volver a San Diego, tío Finn.

Es la primera vez que digo esto en voz alta. La primera vez que lo he pensado y la primera vez que lo he sentido. Pero en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que son verdad. Por más que eche de menos la playa, el calor y la vida que tenía con mis padres, regresar allí no es lo que quiero. Mis padres nunca volverán, y nada de lo que haya en San Diego me tira tanto como Jaxon.

Nada.

—Grace, me alegro de que te guste el instituto Katmere. De corazón. Aun así, no sé si es seguro. Creía que podría protegerte, pero está claro que ser una persona normal en un instituto para seres paranormales es peligroso.

Teniendo en cuenta la semanita que he tenido, decir eso es quedarse corto. Y, sin embargo...

—¿Acaso no tengo derecho a decidir?

—Claro que sí. Pero no puedes basar tu decisión en un chico.

—No tomo esta decisión por Jaxon. O al menos no sólo por él. —Esto también es verdad—. La estoy tomando por Macy. Y por ti. Y hasta por Flint. La estoy tomando porque añoro San Diego y mi vida allí, pero esa vida ya no existe. Mis padres están muertos y, si me quedo allí, volveré al mismo instituto y a la misma vida que tenía, pero sin ellos, y será como un bofetón en toda la cara. Un recordatorio diario de lo que he perdido.

»Y no creo que pueda hacerlo, tío Finn. No creo que pueda superarlo allí, pasando por delante de mi casa de camino al instituto todos los días. Yendo a todos los lugares a los que solía ir con mis padres.

Mi voz se quiebra, y aparto la mirada para esconder las lágrimas que me inundan los ojos. Me avergüenza lo débil que me siento cada vez que pienso en mamá y papá.

—Está bien. —Esta vez, cuando alarga el brazo por encima de la mesa, me coge las manos entre las suyas—. Está bien, Grace. Si es así como te sientes, sabes que puedes quedarte. Siempre serás bienvenida allí donde estemos Macy y yo. Pero tenemos que hacer algo con todos estos

accidentes, porque no quiero que te pase nada malo bajo mi custodia. El día que naciste le prometí a tu padre que cuidaría de ti si algo le pasaba, y no pienso decepcionarlo.

—Eso suena de maravilla porque, la verdad, a mí tampoco me hace mucha ilusión estar en peligro.

Se echa a reír.

—Apuesto a que no. ¿Y qué...?

El interfono de su mesa lo interrumpe.

—Director Foster, su llamada de las nueve está en la línea tres.

—Ah, sí. Gracias, Gladys. —Me mira—. Por desgracia, tengo que atender esta llamada. ¿Por qué no vuelves a tu habitación y te relajas el resto del día? Ya pensaré en qué vamos a hacer para que estés segura y me pasaré a la hora de comer para hablar contigo y con Macy de ello. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo.

Recojo mi mochila del suelo y me dirijo hacia la puerta. Sin embargo, una vez abierta, me vuelvo hacia mi tío.

—Gracias.

—No me las des todavía. Aún no se me ha ocurrido ningún plan.

—No, gracias por venir a San Diego a por mí. Y gracias por acogerme aquí. Gracias por...

—¿Por ser familia? —Niega con la cabeza—. No tienes que darme las gracias por eso, Grace. Te quiero. Macy te quiere. Y podrás quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras. ¿De acuerdo?

Me trago el nudo que se me ha formado de repente en la garganta.

—De acuerdo.

Salgo por la puerta antes de echarme a llorar a moco tendido por segunda vez en el mismo número de días. Pero, apenas cierro la puerta y recorro tres pasos por el pasillo, el suelo bajo mis pies empieza a temblar. Otra vez.

45

Siempre supe que había fuego entre nosotros, pero no imaginaba que fuese tu aliento

No es demasiado fuerte. El suelo sólo se mueve ligeramente. Pero es suficiente para ponerme nerviosa. Y más que suficiente como para hacer que me cobije en el umbral más cercano, como nos enseñaron en la escuela primaria. No me hace ninguna ilusión volver a lesionarme... ni estar a punto de palmarla otra vez.

Cuando la réplica cesa unos segundos después, saco el móvil y le envío un mensaje a Jaxon para que sepa que estoy bien y asegurarme de que él también lo está. Además, me gustaría mantener una conversación con él en la que ninguno de los dos esté herido ni nos esté mirando medio instituto.

¿Dónde estás? ¿Nos vemos?

Espero impacientemente su respuesta. No llega, y me pongo aún más nerviosa. Ojalá le hubiese pedido a Mekhi el número esta mañana para poder escribirle también a él, pero no lo he hecho, así que empiezo a pasearme por los pasillos esperando a que Jaxon me conteste.

Sin saber qué más hacer, subo las escaleras hacia la torre de Jaxon. Pero lo cierto es que no me apetece volver a instalarme ante su puerta sin

invitación. Es él quien me ha dejado plantada en la cafetería y quien no está respondiendo mis mensajes. Quiero verlo, quiero hablar con él, pero no voy a seguir persiguiéndolo. Esta vez tendrá que venir él a mí.

Lo que significa que, probablemente, no debería volver a mi cuarto, donde estaré todo el rato dándole vueltas a dónde se encontrará y qué estará haciendo en vez de hacer algo productivo. Y hoy ya he perdido bastante tiempo pensando en ese chico, supongo que demasiado teniendo en cuenta cómo está pasando de mí.

Y es ese pensamiento más que ningún otro el que me guía hasta la biblioteca en cuanto llego al segundo piso. Llevaba tiempo queriendo pasarme en el horario habitual para poder echar un vistazo con calma y tal vez incluso encontrar algunos libros interesantes. Al parecer, tengo mucho que aprender sobre las criaturas paranormales, y éste es tan buen momento como cualquier otro para empezar. Además, supongo que mi tío y Macy no se quejarán de que no esté descansando si me paso el día acurrucada sobre un montón de cojines de películas de terror y un buen libro.

En estos momentos hay clase, así que la biblioteca está casi tan vacía como cuando vine la primera vez, cosa que me parece genial. Cuanta menos gente me encuentre, menos probabilidades tendré de sufrir más «accidentes».

Me planteo empezar por la sección de mitología, para ver si hay algún libro sobre las distintas criaturas paranormales que estudian conmigo. Es por donde empezaría en una biblioteca normal, pero aquí en Katmere los monstruos son reales. Así que ¿dónde estarán los libros que hablan de ellos? ¿En la sección de no ficción o en la de biología? Me va a costar un montón acostumbrarme a esto de que los monstruos sean reales.

Decido pasarme por la mesa de la bibliotecaria y preguntarle por dónde debería comenzar. Y la verdad es que me muero por conocerla desde que descubrí este lugar el otro día. Por su tino para elegir las pegatinas y colocar las gárgolas, estoy segura de que tiene que ser una persona genial.

Mis impresiones se reafirman cuando por fin la tengo delante. Es alta y guapa, con una radiante piel cobriza. Tiene el cabello largo, oscuro y trenzado con espumillón naranja y plateado: sobras, imagino, de Halloween. Y viste como una auténtica hippie, con un vestido fluido de manga larga acampanada y botas. Además, una sonrisa gigante aparece en su cara al acercarme, algo que no he visto mucho aquí, en el oscurísimo y gotiquísimo instituto Katmere.

—¿Señorita Royce? —pregunto cuando llego a la mesa.

—Llámame Amka. Muchos alumnos lo hacen. —Su sonrisa se vuelve aún más amistosa si cabe—. Tú debes de ser Grace, la alumna nueva que está causando tanta sensación.

Me pongo colorada.

—Yo no lo diría así, pero sí. Supongo que sí.

—Es un placer. Tenía ganas de conocer a la chica que está revolucionando el *statu quo* por aquí. Les vendrá bien.

—¿A quiénes?

Se ríe y se inclina hacia delante ligeramente. Después, con un sonoro susurro teatral, dice:

—A los monstruos.

Abro los ojos como platos ante su descripción, y una inmensa sensación de alivio me invade al pensar en lo que ha dicho mi tío.

—Entonces ¿tú también eres humana?

—La mayoría somos humanos, Grace. Lo que pasa es que también tenemos alguna cosilla más, eso es todo.

—Ah. —Me siento como una gilipollas—. Perdona, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho.

Extiende la mano con la palma hacia arriba. Segundos después, un ligero viento recorre la biblioteca, me revuelve el pelo y agita las hojas de las revistas del estante que tengo detrás.

—¡Ah! ¡Eres bruja! —Levanto la cara para poder sentir la brisa.

—Así es. De la tribu Inupiat —responde—. Y tengo afinidad con los elementos.

—¿Los elementos? —repito, marcando la ese final—. Entonces ¿no es sólo el viento?

—No sólo el viento —confirma.

Cuando cierra la mano, el viento cesa al instante. Unos segundos después, con tan sólo chasquear los dedos, las velas de todos los candeleros de las paredes comienzan a arder.

—También el fuego. Y te mostraría el agua, pero imagino que ya estarás harta de tanta nieve.

—Pues sí —convengo—. Pero... si no te importa, me gustaría verlo igualmente.

Asiente y, segundos después, unos copos de nieve empiezan a caer del techo directamente sobre nuestras cabezas. De forma instintiva, saco la lengua y saboreo uno.

—Es lo más genial que he visto en la vida —le digo.

—Mantén los ojos bien abiertos —responde—. Hay un montón de cosas geniales que ver en Katmere.

—Estoy deseándolo —digo con total sinceridad.

Porque ver cómo manipula los elementos me relaja y me hace pensar que tal vez las cosas no den tanto miedo como me temo.

—Bien. —Me guiña el ojo—. Bueno, ¿qué te trae hoy por mi biblioteca?

—Pues, la verdad, sólo quería explorar un poco más. Estuve aquí el otro día y me enamoré de ella. Has hecho un trabajo increíble.

—Los libros son fascinantes y divertidos, y creo que las salas que los albergan deberían serlo también.

—Pues lo has conseguido. —Me vuelvo para mirar detrás de mí—. Lo de las pegatinas es una pasada. Podría pasarme el día entero leyéndolas todas. Y lo de las gárgolas. ¿Y qué decir de los cojines? Me encanta todo.

—Es que ¿qué gracia tiene trabajar en un sitio así si no puedo divertirme un poco?

—¡Exacto! —Suelto una carcajada—. Lo que me lleva al segundo motivo por el que he venido. Esperaba encontrar algunos libros en los que obtener más información sobre los distintos tipos de personas que estudian aquí.

Sonríe ante mi torpe intento de incorporar la primera lección que me ha enseñado en mi solicitud: que la mayoría son humanos, sólo que diferentes.

—Admiro tu mentalidad abierta y tu disposición a aceptar lo que has descubierto.

—Lo intento. Pero supongo que tengo mucho que aprender.

—Tienes tiempo —dice, y me coge las manos y las sostiene entre las suyas.

Su gesto me sorprende, pero no me ofende, así que no las aparto. Aunque empiezo a desear haberlo hecho cuando sus ojos comienzan a girar en espiral.

No es para tanto, me digo a mí misma. Macy también ha hecho un encantamiento y no ha pasado nada. Esto no tiene por qué ser diferente.

Pero tengo la sensación de que sí lo es. Es como si estuviera examinándome por dentro, como si pudiera ver más de lo que yo quiero que ella, o cualquiera, vea.

Lo cual es ridículo. Que sea bruja no significa que pueda leer la mente. Pero justo cuando he logrado convencerme a mí misma de que no está pasando nada raro, susurra:

—No tengas miedo.

—No lo tengo —respondo.

¿Qué otra cosa iba a decir? ¿Que eso de los ojos me está acojonando un poco?

—Eres más de lo que crees que eres —continúa.

—Yo... no sé qué significa eso.

Sonríe y sus ojos vuelven a la normalidad.

—Lo sabrás cuando tengas que saberlo. No te preocupes.

—Gracias —digo, porque ¿qué otra cosa se dice en situaciones como ésta?

Supongo que debería pensar en algunas respuestas ingeniosas, ya que voy a estar por aquí un rato.

—Ten. —Amka arranca un trozo de papel de una libreta que tiene sobre la mesa y garabatea algo en él. Después, lo dobla por la mitad y me lo tiende—. Quizá deberías echarles un vistazo a los últimos estantes un par de pasillos más allá.

—¿Qué sección es?

La emoción me invade y ahuyenta la inquietud que sentía hace apenas unos instantes.

—La de los dragones. —Sonríe y le sale un hoyuelo en la mejilla—. Siempre es un buen lugar por el que empezar.

—Desde luego. —Pienso en Flint y en todas las preguntas que tengo sobre él—. ¡Gracias!

—De nada. Cuando encuentres lo que estás buscando, sabrás qué hacer con esto. —Señala el trozo de papel que me ha entregado.

Después, mete la mano debajo de su mesa y saca una botella de agua.

—Toma esto también. Y bébetela. Necesitarás mantenerte hidratada a esta altitud.

—Ah, sí. —Acepto la botella—. Gracias de nuevo.

Me indica el camino. Me dirijo al pasillo que me ha señalado, preguntándome qué clase de libros sobre dragones encontraré allí, sobre todo teniendo en cuenta que parece que estoy en la sección de libros de misterio. Pero, en cuanto llego al final, la sonrisa de Amka cobra sentido, al igual que sus indicaciones. Porque, sentado a una de las mesas redondas, con los auriculares puestos y un libro antiguo abierto por una sección con una escritura rara, se encuentra Flint.

La sección de dragones.

Avanzo hacia él y levanta la vista. Su rostro adopta una expresión que soy incapaz de descifrar, seguida rápidamente de una inmensa sonrisa que hace saltar uno de sus AirPods.

—¡Hola, chica nueva! ¿Qué haces por aquí?

Es imposible no devolverle la sonrisa.

—Investigar sobre dragones, al parecer.

—No me digas. —Da unas palmaditas en la silla que tiene al lado—. Pues parece que has venido al lugar adecuado.

—Eso parece. —Antes de sentarme, le entrego la nota que me ha dado Amka—. Creo que esto es para ti.

—¿Ah, sí? —Frunce un poco el ceño al coger el papel. Mientras lo lee, miro el móvil para ver si he recibido algún mensaje de Jaxon. Nada—. ¿Y bien? —dice Flint evitando deliberadamente mirarme a los ojos mientras deja la nota sobre la mesa junto al libro que está leyendo—. ¿Qué quieres saber acerca de los dragones?

—Podemos hablar de esto después. No quiero interrumpir lo que sea que estás haciendo.

—Tranquila, no es nada.

Cierra el libro antes de que pueda ver nada y lo aparta. Sin embargo, consigo ver el idioma de la cubierta.

—¡Oye! ¿Eso es acadio?

Abre mucho los ojos.

—¿Cómo es que conoces el acadio?

—Lo descubrí hace un par de días. Lia estaba investigándolo para un proyecto. ¿Vais a la misma clase?

—Ah, sí —dice sin ningún entusiasmo, lo cual no me sorprende precisamente teniendo en cuenta lo mucho que parecen detestarse el uno al otro.

—¿Qué asignatura es? —Cojo el libro—. Me gustaría estudiarla el próximo semestre, si puedo.

—Lenguas Mágicas Antiguas. —Me quita el libro antes de que pueda abrirlo y lo guarda en su mochila—. ¿Qué quieres averiguar sobre los dragones?

—Lo que sea. Todo. —Levanto las manos y me encojo de hombros en un gesto como de que no tengo ni idea—. Todo esto de que las criaturas mágicas existen es... abrumador.

—Qué va. Te acostumbrarás enseguida.

—Lo dudo bastante.

Se echa a reír.

—Venga. Dispara la primera pregunta.

—Ah, pues no había pensado ninguna pregunta en concreto. Aunque... Macy dice que tienes alas. ¿Significa eso que puedes volar? —Alucino sólo de pensarlo.

—Sí, puedo volar. —Sonríe—. Y también puedo hacer otras cosas.

—¿Como qué? —Me inclino hacia él fascinada.

—Uf, vaya, si vamos a entrar en este tema, creo que necesitamos algo de sustento. —Alcanza su mochila.

—Ay, lo siento. No pretendía...

—No pasa nada, chica nueva. —Saca una bolsa de nubes ya empezada del bolsillo delantero de la mochila y me la tiende—. ¿Quieres una? Son mi *snack* favorito.

—El mío también —digo mientras cojo una—. A ver, me gustan en los cuadraditos de Rice Krispies, pero sueltas tampoco te las voy a rechazar.

Empiezo a metérmela en la boca, pero me agarra del brazo y me detiene.

—Oye, ésa no es forma de comerse una nube.

—¿Qué quieres decir?

Sube y baja las cejas varias veces. Entonces, lanza la nube al aire, sopla y una pequeña llama de fuego envuelve la golosina.

Lanzo un chillido y me tapo la boca de inmediato, medio pasmada, medio encantada, mientras la dulce esponjita se tuesta perfectamente en el aire. Segundos después, Flint cierra la boca y la chuchería le cae en la mano.

Me la ofrece.

—Así es como se come una nube.

—¡Y que lo digas! —La acepto y me la meto en la boca—. ¡Madre mía! ¡Quema! —Me lanza una mirada como diciendo «No jodas»—. ¡Y está muy bien tostada!

No me puedo creer lo genial que es todo.

—Por supuesto. Llevo mucho tiempo haciendo esto. —Vuelve a tenderme la bolsa—. ¿Quieres otra?

—¿Estás de coña? Las quiero todas. Todas las nubes, a todas horas.

Sonríe.

—Mi tipo de mujer.

—¿Puedo lanzarla yo? —Cojo otra.

—Me ofendería que no lo hicieras.

Suelto una risita tonta y lanzo el dulce al aire. Esta vez doy un auténtico grito cuando Flint lo envuelve en una llamarada de fuego.

Cuando termina, cierra la boca y la nube me cae directamente en la mano. Está tan caliente que quema, así que hago malabares con ella durante un segundo para que se enfríe. Entonces se la tiendo.

—Ésta es para ti.

Mira la nube y me mira a mí con aire sorprendido.

—Vaya, gracias —dice. Y se la mete en la boca.

Asamos el resto de la bolsa, una tras otra, a veces de dos en dos o de tres en tres, y Flint no para de hacer bromas. Cuando se acaban las golosinas, me duele el estómago, en parte de haberme reído tan a gusto y en parte porque he comido una tonelada de esponjitas. Pero me duele por algo

bueno, a diferencia de otras muchas cosas en este lugar, así que no voy a quejarme.

Tanto azúcar me da sed, y cojo la botella de agua que me ha ofrecido Amka. Al hacerlo, me pregunto si me la habrá dado porque sabía que iba a necesitarla. ¿Acaso las brujas pueden ver el futuro? Algo más que tengo que investigar.

Empiezo a abrir la botella, pero Flint me la quita de las manos antes de que pueda romper el sello.

—Beber agua caliente es cosa de plebeyos —bromea.

Entonces, abre la boca y lanza un chorro de aire gélido directamente al agua.

Segundos después me pasa la botella, ahora superfría, y me mira divertido.

—¡Uau! ¡Qué pasada! —Sacudo la cabeza fascinada—. ¿Sabes hacer algo más?

—¿Qué pasa? ¿Poder volar y echar fuego y hielo por la boca no es suficiente para ti?

—¡Sí! Claro que sí. —Me siento como una auténtica capulla—. Perdona. Es que...

—Tranquila, sólo te estaba tomando el pelo.

Extiende la mano, como ha hecho Amka antes cuando ha invocado al viento. Pero Flint no se conforma con algo tan aburrido como el viento; observo boquiabierta cómo un puñado de flores de color azul pálido surgen de la palma de su mano.

—Madre mía —susurro mientras empiezo a percibir su sutil fragancia—. Madre mía. ¿Cómo has hecho eso?

Se encoge de hombros.

—Soy uno de los afortunados —contesta tendiéndome las flores.

Paso un dedo suavemente por uno de sus delicados pétalos. Parecen de seda.

—Se llaman «nomeolvides». Es la flor representativa del estado de Alaska.

—Son preciosas. —Sacudo la cabeza.

—Tú eres preciosa —responde.

Entonces se inclina hacia delante y entrelaza el tallo de las flores entre mis rizos, por encima de mi oreja izquierda. Sus labios se aproximan a dos centímetros de los míos y se me cae el alma a los pies. «Ay, no. ¡Ay, no!»

Como por instinto, doy un brinco atrás en la silla, con los ojos abiertos como platos y la respiración acelerada. Pero Flint sólo se ríe.

—Tranquila, chica nueva. No te estaba tirando los tejos.

Uf, menos mal. Suspiro aliviada.

—No pensaba que lo estuvieras haciendo... Es que...

—Ay, Grace. —Flint se ríe y sacude la cabeza—. Eres un caso. ¿Lo sabías?

—¿Yo? Tú eres el que lanza fuego y hielo, y crea flores de la nada.

—Bien visto. —Inclina la cabeza y me observa con esos ojos de color ámbar fundido que tiene—. Pero voy a prometerte algo, ¿vale?

—Vale.

—Cuando te tire los tejos, será porque tú quieras que lo haga. Y los dos sabremos exactamente qué está pasando cuando lo haga.

46

Caeréis en mi poder, tú y tu perro

No sé qué responder a la promesa de Flint, lo cual seguramente sea bueno, ya que de repente tengo la garganta tan seca que, aunque supiera qué decir, no podría hacerlo de todos modos.

Y no porque quiera que Flint me tire los tejos, que no es el caso. Y no porque sus palabras me hayan ofendido, que no lo han hecho. Sino porque, cuando miro a sus sonrientes ojos ámbar, cuando veo su sonrisa contagiosa, sé que, si no hubiese un Jaxon, recibiría de buena gana cualquier movimiento que este dragón decidiese hacer.

Pero hay un Jaxon, y estar aquí sentada con Flint de repente se me hace un millón de veces más incómodo.

Bebo un gran trago de agua para humedecer mi garganta... y darme un tiempo para pensar qué decir para que se relaje la situación. Pero antes de que se me ocurra algo, el móvil de Flint vibra al recibir una serie de mensajes de texto. Coge el teléfono para leerlos. Entonces toda su postura cambia.

—Está pasando algo.

Pienso inmediatamente en Jaxon.

—¿Qué? ¿Qué está pasando?

Flint no me contesta, sólo recoge su mochila y empieza a meter cosas dentro a toda prisa. Al hacerlo, la nota que Amka le ha escrito se cae al suelo y no puedo evitar leerla:

Hay mil maneras de llegar a alguna parte, pero no todos los caminos son el correcto.

No tengo tiempo de pararme a pensar en su significado, porque Flint la recoge rápidamente y me dice con sequedad:

—Venga, vamos.

Cojo el bolso y lo sigo, llena de temor, intentando dilucidar qué ha podido provocar esta reacción.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto de nuevo.

—No lo sé. Pero la Orden se está movilizando.

—¿Qué se está movilizando? ¿Qué significa eso?

Casi tengo que correr para seguir el ritmo de las largas zancadas de Flint.

—Significa que va a haber problemas —masculla como si las palabras le supieran mal.

No se lo reprocho. Me he visto envuelta en más problemas en los últimos días que en toda mi vida, y ya he tenido más que suficiente.

—¿Qué clase de problemas?

Estoy justo detrás de él cuando abre las puertas de la biblioteca y empieza a correr por el pasillo.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

Rebusco mi móvil en el bolsillo, decidida a obtener una respuesta por parte de Jaxon. Pero, cuando llegamos a la zona de paso principal que está cerca de las escaleras, ya no tengo que hacerlo porque en el primer piso está la Orden caminando en fila india en un adusto silencio.

Avanzan rápido y, aunque están de espaldas a nosotros, veo que Flint tiene razón. Hay un problema, y bien gordo. Lo sé por la rigidez de sus hombros y la tensión que emana de ellos, como un cable cargado de corriente.

Llamo a Jaxon, pero o pasa de mí o no me oye. Sea como fuere, es otra mala señal, teniendo en cuenta que normalmente sabe justo lo que está pasando a su alrededor en todo momento.

La idea de que pueda estar metido en algún problema me lleva a apresurarme por las escaleras tras Flint, decidida a llegar hasta ellos antes de que suceda algo terrible.

Pero Jaxon también se mueve muy deprisa, y acabamos siguiéndolo por el pasillo, pasando de largo el laboratorio de Física y varias aulas. Se detiene durante un segundo frente a la puerta de un aula en la que aún no he estado (creo que es una de las salas de alumnos) y grito su nombre de nuevo. Estoy al otro extremo del largo pasillo, así que no me sorprende que no me oiga.

Byron, en cambio, sí lo hace. Se vuelve y me mira directamente a mí. Estoy demasiado lejos como para verle bien los ojos, pero la expresión de su rostro es aterradora. Su mirada oscila entre Flint y yo. Entonces sacude la cabeza deprisa de un lado a otro.

Es evidente que quiere que los deje en paz, pero lo lleva claro, no lo haré al menos hasta que sepa qué está pasando ahí. Así que decido echar a correr, resuelta a llegar hasta Jaxon antes de que haga... lo que sea que pretende hacer.

No lo consigo, y Flint tampoco. Jaxon entra en la sala, seguido de los otros cinco miembros de la Orden, incluido Byron, que no vuelve a mirar en mi dirección.

Presa del pánico, corro aún más deprisa que antes pasando por alto cuánto me duelen el cuello y el brazo. Pasando por alto que me estoy mareando a causa del dolor. Pasándolo todo por alto excepto la necesidad que tengo de llegar hasta Jaxon, de asegurarme de que no haga nada por mí que no pueda deshacer.

Ignoro por qué, pero sé que esto tiene algo que ver conmigo; lo sé.

Llego a la puerta justo en el momento en que Jaxon arroja todos los muebles de la habitación por los aires, en todas las direcciones.

A mi lado, Flint maldice. Pero no interviene, ni siquiera cuando Jaxon lanza a un chico, que estoy bastante segura de que es Cole, despedido por los aires también, estampándolo contra una mesa y una silla volcada.

Mi respiración se queda atrapada en un grito ahogado. Sabía que era poderoso, sabía que era peligroso, todo el mundo me lo ha estado advirtiendo desde que llegué, pero hasta ahora no tenía ni idea de qué estaban hablando. Sin embargo, cuando Jaxon estampa al chico (que, efectivamente, es Cole) contra la pared con sólo chasquear los dedos y después lo deja suspendido a unos cuatro metros en el aire sólo con la mente, empiezo a entenderlo.

Aun así, ninguna advertencia, ninguna leyenda sobre vampiros, nada que me hubiesen dicho podría haberme preparado para lo que viene a continuación.

Varios alumnos corren hacia él (doy por hecho que son metamorfos, ya que Quinn y Marc se encuentran entre ellos), pero, como en la cafetería, Mekhi, Byron y los demás forman un perímetro a su alrededor. A los cambiantes no parece importarles, porque siguen corriendo directamente hacia ellos en un intento de rescatar al chico que Jaxon mantiene a unos cuatro metros en el aire. Entonces se desata el caos, y los cinco miembros de la Orden se enzarzan en una pelea sin cuartel con el triple o el cuádruple de lobos.

Es algo rápido, violento y aterrador. Algunos metamorfos luchan como humanos; otros, como lobos. Sacan los dientes y las garras, y desgarran la espalda de Luca y el brazo de Liam mientras los vampiros los cogen del pelaje y estampan a los lobos contra el suelo. Jaxon debe de ser el único que tiene telequinesis, porque la Orden lucha a la vieja usanza: a puñetazos y patadas, y a lo que estoy segura de que son colmillazos.

Me vuelvo hacia Flint con la esperanza de que intervenga, pero se limita a observar la reyerta con los puños apretados y los ojos entrecerrados.

No obstante, otros alumnos no se muestran reticentes y se incorporan a la melé: más metamorfos y vampiros luchando los unos contra los otros en una pelea que no sé cómo va a terminar, pero el suelo ya está cubierto de pelo y sangre. Si alguien no detiene esto pronto, va a morir gente.

Jaxon debe de pensar lo mismo porque, de repente, deja caer a Cole, que impacta contra el suelo con fuerza cayendo de culo antes de levantarse a duras penas. Al mismo tiempo, Jaxon extiende el otro brazo formando un arco violento que detiene a todo el mundo en seco. Algunos incluso caen al suelo.

Aunque sigo en el umbral de la sala, su poder me alcanza también a mí. Y a Flint. Ambos acabamos tambaleándonos hacia atrás, agarrándonos al marco de ancho doble para no caernos.

Sé que yo sólo soy humana, pero Flint no lo es, y él también se ve impelido hacia atrás. No me puedo ni imaginar la fuerza que habrán recibido los que se encuentren cerca de Jaxon. No me extraña que tantos hayan acabado en el suelo.

Creo que todo ha terminado, la pelea o lo que fuera que Jaxon pensara hacerle a ese lobo, de modo que, cuando la fuerza de la sacudida se disipa, doy un paso hacia delante.

—¡Jaxon! —grito con la esperanza de captar su atención y de hacerlo pensar en medio de toda esta locura. Mira en mi dirección durante un segundo, dos. Jamás había visto esa expresión en sus ojos. No hay vacío en ellos. Ni hielo. Sino fuego. Un furioso infierno arde en su mirada—. Jaxon —digo de nuevo, esta vez con más suavidad y, por un momento, creo que mis palabras logran llegar hasta él.

Al menos hasta que vuelve la cabeza ignorándome por completo. Bloqueándome.

Segundos después levanta una mano y Cole vuelve a flotar por los aires. Sin embargo, esta vez todos los presentes contenemos la respiración esperando a ver qué viene ahora. No tardamos en averiguarlo.

Cole empieza a forcejear, con los ojos muy abiertos e intentando quitarse algo de la garganta mientras Jaxon lo va atrayendo hacia él, arrastrándolo lentamente hasta que lo tiene de nuevo justo delante, con el cuello lleno de marcas rojas de arañazos. Los ojos se le salen de las órbitas, cargados de terror.

Ya es más que suficiente. Sea lo que sea lo que esté haciendo, sea lo que sea lo que intenta demostrar, ya está bien. Todo el mundo en esta sala sabe lo que es capaz de hacer.

—Jaxon, por favor —digo con dulzura sin saber si puede oírme, pero incapaz de quedarme callada cuando está a punto de matar a ese chico, a punto de destruir al metamorfo y a sí mismo en un momento de ira descontrolada.

Todo dentro de mí me dice que vaya hasta él, que me interponga entre él y Cole antes de que Jaxon haga algo que no tenga vuelta atrás. Pero, cuando intento avanzar hasta él, es como si corriese directa contra una pared.

No puedo avanzar.

No puedo dar ni un solo paso.

No soy yo. Yo puedo moverme o andar como quiera, pero hay una barrera invisible delante de mí, tan fuerte como la piedra y doblemente impenetrable.

Ahora entiendo por qué Flint no ha hecho nada para interrumpir esta pesadilla. Debía de saber que el muro estaba ahí.

Es cosa de Jaxon, por supuesto, y me enfurece que haya hecho eso, que me haya apartado de él y de su lucha.

—¡Ya basta, Jaxon! —grito, y golpeo el muro invisible porque no puedo hacer otra cosa—. Para. ¡Tienes que dejarlo ya!

No me escucha, y el terror se apodera de mí. No puede hacerme esto. No puede...

De repente, me tambaleo hacia delante cuando mi mano y mi brazo atraviesan la barricada mental que Jaxon ha levantado.

—Pero ¿qué coño...? —dice Flint junto a mí, pero estoy demasiado ocupada intentando llamar la atención de Jaxon como para responder.

O como para intentar retroceder.

—¡Jaxon! —digo casi gritando su nombre—. ¡Para, por favor!

No sé qué ha cambiado, si es porque he conseguido traspasar la barrera de alguna manera o si ha llegado a la misma conclusión que yo. Sea como sea, el poder psíquico que ha estado utilizando para asfixiar a Cole desaparece. El cambiante casi cae de rodillas mientras intenta recuperar la respiración y llenar sus pulmones de oxígeno.

Siento un alivio tremendo, yo, y el resto de los presentes. Por fin ha terminado. Y todo el mundo sigue con vida. Algunos han salido peor parados que otros, pero al menos están v...

Jaxon ataca tan rápido que casi no me da tiempo a verlo. Saca los dientes, agarra a Cole de los hombros, se inclina hacia delante y hunde sus colmillos a la izquierda de su garganta.

Alguien grita y, por un segundo, creo que soy yo, hasta que me doy cuenta de que tengo un nudo demasiado grande en la garganta como para emitir sonido alguno. Pasan los segundos, no sé cuántos, y Jaxon bebe y bebe. Al final, el metamorfo deja de pelear y cae.

Es entonces cuando lo suelta por fin. Levanta la cabeza y deja caer a Cole, que termina hecho un despojo flácido en el suelo. Su extrema palidez es preocupante, pero sigue vivo, con los ojos muy abiertos y asustado. Dos hilos de sangre brotan de las marcas de los colmillos en el cuello. Entonces Jaxon mira a toda la sala y masculla:

—Ésta es la única advertencia que vais a recibir.

Después se vuelve y viene directo hacia mí, sin tan siquiera echar un vistazo atrás.

Y, cuando me agarra del codo con tanta delicadeza como firmeza, voy con él. Porque... ¿qué otra cosa voy a hacer?

47

La primera mordedura es la más profunda

Jaxon no dice ni una palabra mientras me guía por el pasillo, y yo tampoco. Después de lo que acabo de ver, estoy demasiado... No sé cómo expresarlo. Quiero decir *impactada*, pero no es la palabra exacta. Tampoco lo son *disgustada* ni *horrorizada*, ni ninguna de las otras descripciones, ninguna de las otras emociones que alguien ajeno a esto pueda esperar sentir.

Ver cómo Jaxon casi deja seco a ese chico no ha sido algo agradable precisamente, pero es que es un vampiro. Morder cuellos y beber sangre es lo que hacen, ¿no? Me parece algo hipócrita escandalizarme sólo porque lo haya visto en vivo y en directo, y más cuando está claro que Jaxon tenía una buena razón para hacer lo que ha hecho. De lo contrario, ¿por qué iba a ponerse tan furioso? ¿Y por qué iba a anunciar al instituto entero que ésta era la única advertencia que iban a recibir?

Me preocupa más saber por qué se ha visto en la necesidad de lanzar esa advertencia que lo que ha hecho en sí. Sobre todo porque me aterra que pueda haber tenido algo que ver conmigo y con su temor a que alguien esté intentando hacerme daño.

No quiero que Jaxon se meta en problemas por mí, y por supuesto no quiero ser la responsable de que le haga daño a alguien, o algo peor.

Una vez más, me llevo la mano a las marcas que tengo en la garganta y me pregunto qué habría pasado si Marise no hubiese parado. Si me hubiese mordido por un fin distinto al de ayudarme a sanar. ¿Tendría una actitud tan laxa respecto a lo que Jaxon le ha hecho a ese chico si yo hubiese estado a punto de morir de la misma manera?

No lo sé. Sólo sé que, ahora mismo, me preocupa más el estado mental de Jaxon que un chico al que ni siquiera conozco. Un chico que, si Jaxon está en lo cierto, me quiere muerta.

¿Y en cuanto al resto? ¿En cuanto a lo de la telequinesis, el control absoluto que Jaxon ha ejercido sobre todos los presentes, incluida yo misma? ¿En cuanto a la absurda cantidad de poder que ha ejercido con tan sólo mover la mano? Tampoco sé qué pensar al respecto. Aunque, al igual que lo de la violencia, no me asusta como probablemente debería asustarme.

Jaxon no me asusta como probablemente debería asustarme.

Siento una punzada de dolor en el tobillo al doblar una esquina, supongo que a causa de la carrera que nos hemos pegado antes, pero me aguanto el grito. Jaxon avanza rápido, imagino que porque quiere que lleguemos a alguna parte donde podamos hablar antes de que le alcancen las consecuencias de lo que acaba de pasar.

Porque, sí, esto es un instituto sobrenatural, y es muy posible que las normas sean distintas a las que estoy acostumbrada, pero no creo que se lo tomen a la ligera si una de las especies paranormales empieza a comerse a otra en plena sala de estudios.

Por mucho que se lo merezca.

Por eso no me quejo de la velocidad que impone Jaxon mientras atravesamos varios pasillos hasta las escaleras traseras. Hasta que no empezamos a subir no me doy cuenta de adónde me está llevando. No es a mi habitación, como había esperado, sino a la suya. A juzgar por la

expresión de su rostro, con los ojos vacíos, la mandíbula y los labios apretados, espera que objete.

Sin embargo, no tengo intención de discutir con él. No hasta que sepa por qué se supone que discutimos. Y, además, estoy bastante convencida de que nadie va a querer volver a cabrear a Jaxon en breve, lo que significa que tal vez pueda pasarme cuarenta y ocho horas seguidas sin estar a punto de morir. No voy a mentir, eso también cuenta, aunque me siento un poco maquiavélica por pensarlo.

En cuanto llegamos a lo alto de la torre, Jaxon me suelta el codo y pone toda la distancia posible entre nosotros en su pequeña alcoba de lectura. Lo que me deja... desorientada.

No ha cambiado nada desde que he estado aquí hace unas horas. Las ventanas están entablilladas, sigue faltando la alfombra, y el libro que he tratado de leer mientras lo esperaba continúa en el mismo sitio.

Y, sin embargo, tengo la sensación de que ha cambiado todo.

Tal vez porque lo haya hecho. No lo sé, y no lo sabré hasta que Jaxon abra la boca y hable conmigo en lugar de quedarse ahí plantado junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos y mirando a todas partes menos a mí.

Quiero iniciar la conversación, quiero decirle... algo. Pero todo en mi interior me advierte que es una mala idea. Que si tengo alguna esperanza de saber qué es lo que está pasando aquí, antes de abrir la boca debo tratar de descifrar qué tiene Jaxon en la cabeza para no salir con algo que lo fastidie todo.

Así que espero, con las manos en los bolsillos de la sudadera y observándolo sólo a él, hasta que, por fin, ¡por fin!, se decide a mirarme.

—No voy a hacerte daño —dice con voz grave y herrumbrosa, y tan vacía que me duele hasta escucharla.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —Me mira como si me hubiese crecido otra cabeza... o tres.

—No he pensado en ningún momento que fueses a hacerme daño, Jaxon. De lo contrario no estaría aquí.

Mis palabras parecen sorprenderlo o, más bien, lo dejan pasmado. Su boca se abre y se cierra como la de un pez fuera del agua mientras se esfuerza por encontrar una respuesta decente. Cuando por fin llega, es del todo decepcionante.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —pregunta—. ¿Es que tienes tendencias suicidas?

Ahora es mi turno de poner en práctica su truco favorito y enarco la ceja.

—No te pongas tan dramático.

—Eres imposible. —Casi se ahoga con las palabras.

—Me temo que no soy yo la imposible en esta... —Me interrumpo porque no tengo ni idea de cómo llamar a lo que hay entre Jaxon y yo. *¿Relación? ¿Amistad? ¿Desastre?* Al final, me decido por *cosa*, que es probablemente la peor descripción posible de lo que sea que tenemos, y remato—: Al fin y al cabo eres tú el que no para de huir.

Intento relajar el ambiente fúnebre que nos rodea y hacer que sonría un poco. O, si no sonríe, al menos que deje de fruncir tanto el ceño.

Pero no funciona. De hecho, parece aún más ceñudo que hace un par de minutos.

—Has visto lo que he hecho, ¿no?

—Sí —asiento ante la obviedad.

—¿Y me estás diciendo que eso no te asusta? —Parece escéptico. Receloso. Y, para mi sorpresa, incluso algo disgustado—. ¿Que no te aterra?

—¿Qué parte?

Me muero por extender la mano y tocarlo, pero está claro que éste no es el momento. No cuando tiene levantadas todas las barreras. O, mejor dicho,

tiene todas las almenas armadas.

—¿Cómo que qué parte? ¿Qué narices significa eso?

—Que qué parte de lo que he visto debería temer. ¿La parte en la que has lanzado a todo el mundo por la habitación? ¿O la parte en la que has dejado a alguien suspendido en el aire y lo has asfixiado con la mente? —Paso por alto el escalofrío que me desciende por la espalda al recordarlo—. ¿O debería inquietarme sólo la parte de la mordedura?

—¡Da igual, Grace! —ruge mientras se pasea de un lado a otro delante de la chimenea—. Has visto lo que le he hecho a Cole, todo. Pensaba que estarías horrorizada.

Viéndolo, no creo que sea yo la que está horrorizada aquí. Creo que Jaxon lo está, por lo que es capaz de hacer y lo que acaba de hacer. Y es mi deber convencerlo de que lo que he visto no cambia mi opinión sobre él. Pero debo andarme con tiento.

—¿Así se llama ese chico? ¿Cole? —Finjo desconocimiento.

Quiero acercarme a él, quiero reducir la distancia que ha puesto entre nosotros, pero el Jaxon agresivo parece que estallará en cuanto dé un paso en falso.

—Sí. —Ha dejado de mirarme otra vez, así que decido esperar, no suelto prenda hasta que al final, de mala gana, vuelve a mirarme—. ¿Por qué me miras así? —susurra.

—¿Cómo?

—Como si lo entendieras. No es posible que...

—¿Se merecía lo que le has hecho? —lo interrumpo.

Su cuerpo se vuelve rígido.

—Ésa no es la cuestión.

—De hecho, creo que es la cuestión más importante. —No pienso dedicarme a mortificarlo emocionalmente cuando bastante lo está haciendo él ya—. ¿Se lo merecía?

—Se merece algo aún peor —escupe por fin—. Se merece estar muerto.

—Pero no lo has matado.

—No. —Niega con la cabeza—. Pero quería hacerlo.

—Da igual lo que quisieras hacer. Sólo importa lo que has hecho. No has perdido el control ni una sola vez con Cole. De hecho, nunca había visto a nadie mantener el control como tú lo has hecho en esa sala. Tienes un poder... inconmensurable.

Me mira extrañado pero tensa los hombros, como si se estuviese preparando para el siguiente golpe.

—¿Y aterrador?

—Apuesto a que Cole estaba aterrorizado.

—Me importa una mierda lo que sintiera Cole. Estoy hablando de ti.

Se hunde la mano en el pelo con frustración, pero esta vez no deja de mirarme a los ojos. Inspiro hondo y espiro lentamente. Después, le digo la verdad que tan desesperado está por escuchar:

—No me das miedo, Jaxon.

—Que no te doy miedo —dice con tono medio sarcástico, medio escéptico.

Niego con la cabeza.

—No.

—¿No?

—No —repito—. Y he decir que estás empezando a sonar como un loro. —Le pongo una cara fea—. Deberías tratar de controlar eso si quieres mantener intacta tu reputación de malote.

Entrecierra los ojos.

—Mi reputación de malote es bastante sólida en estos momentos, gracias. Eres tú la que me preocupa.

—¿Yo? ¿Por qué estás preocupado por mí?

Estoy harta de esperar al otro lado de la habitación a que se tranquilice. No nos está llevando a ninguna parte y necesito tocarlo, abrazarlo. Es una necesidad física.

Con esto en mente, me saco las manos de los bolsillos y camino hacia él, con cuidado, de forma lenta y decidida. Sus ojos se abren cada vez más a cada paso que doy y, por un segundo, creo que está contemplando la idea de huir.

No voy a mentir: pensar que le doy miedo a Jaxon Vega me fascina en un montón de sentidos diferentes.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —pregunta cuando el silencio entre nosotros se alarga demasiado.

No tengo ni idea. Sólo sé que detesto el aspecto que tenía cuando ha venido hacia mí en la sala de estudios. Y detesto todavía más el aspecto que tenía cuando me ha traído a esta habitación. Receloso, solitario, avergonzado..., porque no creo que tenga nada de lo que avergonzarse.

—¿Qué crees tú que está pasando aquí?

—¿Quién es el loro ahora? —Agita las manos en el aire, cargado de frustración—. ¿Estás bien? ¿Estás en shock?

—Estoy bien. Eres tú el que me preocupa.

—¿Yo? Yo... —Deja la frase a medias y se me queda mirando, en silencio, mientras registra que he repetido sus palabras deliberadamente—. Acabo de aterrorizar a todo el instituto. ¿Por qué cojones estás preocupada por mí?

—Porque no pareces muy contento al respecto que digamos, ¿no?

—No hay nada por lo que estar contento.

Y ésa, justo ésa, es la razón por la que no le temo.

Estoy a tan sólo unos pasos de él ahora, y los recorro lentamente, bajo su atenta y atribulada mirada.

—¿Y qué sientes respecto a lo que acaba de pasar? —pregunto.

Su rostro se torna inexpresivo.

—No siento nada.

—¿Estás seguro de eso? —Por fin estoy lo bastante cerca como para intentarlo. Extiendo la mano y agarro la suya con firmeza. En cuanto

nuestras pieles se tocan, empieza a sacudirse como si se estuviera electrocutando, pero no se aparta. Se queda ahí, y observa cómo entrelazo nuestros dedos—. Porque tienes pinta de sentir muchas cosas ahora mismo.

Da un paso atrás sin soltarse de mi mano.

—Tenía que hacerse.

—Está bien.

Doy un paso hacia delante. Si seguimos así no tardaré mucho en tenerlo atrapado contra la estantería, como me atrapó él contra la mesa de ajedrez el primer día: justicia divina.

—Deberías irte.

Esta vez da dos pasos atrás. Y se suelta de mi mano.

Siento profundamente la pérdida del contacto, pero eso no me impide volver a recortar la distancia. No me impide extender la mano y posarla sobre su fuerte bíceps. No me impide acariciar la parte interna de su brazo con el pulgar.

—¿Es lo que quieres?

—Sí —responde casi atragantándose con la palabra.

Pero esta vez no huye de mi tacto. No huye de mí.

Y, aunque una parte de mi ser no se puede creer que esté haciendo esto, que me esté abalanzando sobre Jaxon, otra parte de mí está deseando que se rinda.

Es la misma parte que se crece al ver que está siendo incoherente. La misma que no puede evitar notar el ligero temblor que recorre su cuerpo y entusiasmarse con él. La misma que anhela desesperadamente volver a sentir su boca en la mía y que está decidida a no marcharse de aquí sin que eso ocurra de nuevo.

—No te creo —susurro.

Entonces doy el último paso y elimino toda distancia entre nosotros, pegando mi cuerpo, también trémulo de repente, contra el suyo.

—No sabes lo que me estás pidiendo —me dice con una voz grave, mortificada y cualquier cosa menos fría.

Es verdad. No tengo ni idea de cuánto le estoy pidiendo. Pero sé que si no se lo pido, si no lo presiono, no tendré otra oportunidad. Y éste será el fin de la discusión. Es más, será el fin de lo nuestro.

Y no estoy lista para eso. Ni siquiera sé si hay un «nosotros», ni qué pasará dentro de un día o de una semana o de tres meses si es que lo hay. Lo único que sé es que no estoy preparada para alejarme de él ni para lo que sea que pueda pasar después de eso. Por eso me acerco de nuevo a su boca y susurro:

—Pues muéstramelo. —Pasan varios segundos, tal vez minutos, y Jaxon no se mueve. Apenas respira—. Jaxon —susurro cuando ya no soporto más la angustia de esperar—. Por favor.

Mi boca está casi pegada a la suya. Sigue sin responder.

Mi seguridad en mí misma, que tiende a flaquear cuando más la necesito, está a punto de abandonarme por completo. Después de todo, no hay nada como abalanzarse sobre un chico y que él se transforme en una estatua humana para que una chica se sienta deseada.

Pero me queda un último intento, una oportunidad más para hacer que Jaxon entienda que confío en él, y que me da igual lo que haya hecho en esa sala. Que lo quiero, sea vampiro o no.

Hace dos meses me habría largado. Probablemente habría salido corriendo a esconderme debajo de la cama para siempre. Pero hace dos meses mis padres no estaban muertos, y todavía no me había dado cuenta de lo efímera y frágil que es la vida.

De modo que me trago los miedos y la vergüenza, y deslizo la mano por el brazo de Jaxon hasta la suya. Una vez más, entrelazo nuestros dedos y levanto nuestras manos hasta mi pecho. Pego su palma contra mi corazón y murmuro:

—Te deseo, Jaxon.

Algo destella en sus ojos.

—¿Aun sabiendo lo que soy?

Su pregunta me confunde.

—Sé quién eres. Y eso es lo que importa.

—Eso dices ahora, pero no sabes lo que me estás pidiendo.

—Pues muéstramelo —susurro—. Dame lo que te pido.

Sus ojos se oscurecen con las pupilas totalmente dilatadas.

—No digas eso si no lo dices en serio.

—Lo digo en serio. Te necesito, Jaxon. Te necesito.

Tensa la mandíbula y flexiona los dedos con fuerza sobre los míos.

—¿Estás segura? —masculla—. Necesito saber que estás segura. No quiero asustarte, Grace.

Me tiemblan las rodillas como a la protagonista de alguna novela medieval con la intensidad de su voz y su mirada. Pero no pienso fastidiarla ahora, no cuando estoy tan cerca de conseguir lo que quiero.

No cuando estoy tan cerca de que Jaxon sea mío.

Así que bloqueo las rodillas para controlarlas, lo miro a los ojos y le digo lo más alto y lo más claro que he dicho nada jamás:

—Lo que me asusta no es que seas un vampiro, Jaxon. Lo que me asusta es pensar que vas a desaparecer y que voy a tener que pasarme toda la vida preguntándome qué se siente.

Y así, sin más, ataca. Me agarra con las manos, asoma los colmillos y envuelve mi cuerpo con el suyo tan rápido que apenas alcanzo a entender lo que está pasando. Me da la vuelta, mi espalda contra su torso, enreda mi pelo en su mano y tira de mi cabeza hacia atrás.

Y, entonces, hunde los colmillos en mi cuello, justo debajo de la mandíbula.

48

¿Es una estaca de madera lo que tienes en el bolsillo o es que te alegras de verme?

Durante un par de segundos, el pánico me inmoviliza de tal manera que no puedo ni sentir ni pensar ni respirar, mientras espero... al dolor, al vacío, a la muerte.

Pero el tiempo pasa y el tormento que espero sufrir no llega. Mi adrenalina deja de dispararse como un géiser, y me doy cuenta de que lo que sea que Jaxon me está haciendo no duele en absoluto. De hecho, es muy muy... agradable.

Un placer como de miel fundida me inunda las venas, relajando mis terminaciones nerviosas y llenándome de una intensidad y una necesidad que jamás habría pensado que pudiera sentir. Las rodillas me ceden por completo y me dejo caer contra él, permitiendo que me sostenga con su cuerpo alto y fuerte y sus brazos firmes mientras ladeo la cabeza para facilitarle el acceso.

Gruñe ante la invitación. Es un sonido ronco y grave que me llega a lo más hondo, incluso a pesar de que el suelo se mueve un poco bajo mis pies. Entonces el placer aumenta, encendiéndome, volviéndome del revés, haciéndome temblar mientras se me olvida cómo respirar, cómo ser.

Me pego un poco más contra él y levanto los brazos por encima de mi cabeza para poder hundir los dedos en su pelo y cogerlo de la mandíbula para empujar mi piel todavía más contra su boca mientras cierro los ojos y me dejo llevar.

Necesito más con desesperación. Necesito a Jaxon y lo que sea que quiera darme o quitarme. Pero está claro que tiene más autocontrol de lo que imaginaba, porque justo cuando el placer amenaza con apoderarse por completo de mí, levanta la cabeza, se aparta ligeramente y lame con suavidad las marcas de sus colmillos. La caricia desata una nueva ráfaga de emociones dentro de mí.

Me quedo donde estoy, con el cuerpo contra el suyo, agarrándome a cualquier parte de su cuerpo que pueda alcanzar, dependiente de él, de que evite que me caiga mientras un millón de pequeños dardos de placer continúan aguijoneándome. Acto seguido me entra una flojera cada vez mayor que hace que me resulte casi imposible levantar los párpados, y totalmente imposible apartarme de Jaxon.

Como si fuese a hacerlo.

—¿Estás bien? —me murmura al oído con una voz dulce y cálida como nunca la había oído antes.

—¿Estás de broma? —respondo con la misma dulzura—. Creo que no he estado tan bien en mi vida. Ha sido... increíble. Eres increíble.

Se echa a reír.

—Ya, bueno. Ser vampiro no tiene muchas ventajas, así que has de aprovechar todas las que tengas.

—Obviamente.

Con los ojos aún cerrados, vuelvo la cabeza. Levanto la cara hacia la suya, pongo morritos y rezo para que Jaxon no me rechace.

No lo hace. Pega sus labios a los míos en un beso tan tierno que me deja de nuevo sin respiración, aunque por motivos muy diferentes. Pasan varios instantes, y empieza a apartar la cabeza, pero lo retengo. Quiero un poco

más de él. Sólo un poco más de este chico que es capaz de albergar tanto poder y tanta ternura a la vez.

Me lo concede. Mueve su boca contra la mía y me acaricia con la lengua el labio inferior hasta que, por fin, reúno las fuerzas suficientes para dejar que se separe de mí.

Me aparto ligeramente y abro los ojos poco a poco. Jaxon me está mirando, y su oscura mirada está cargada de tanta emoción que no sé si reír o llorar.

—Nadie volverá a hacerte daño, Grace —susurra.

—Lo sé —susurro también—. Te has asegurado de ello.

La sorpresa centellea en las profundidades de sus ojos de obsidiana.

—No pensé que supieras...

Se interrumpe cuando el suelo empieza a retumbar bajo nuestros pies.

—Deberíamos cobijarnos bajo el marco de la puerta —le digo mirando hacia el que tenemos más cerca.

Sin embargo, él sólo cierra los ojos y respira hondo. Momentos después, el suelo vuelve a su estado normal. Entonces caigo en la cuenta alucinada.

—Tú... —Mi voz se quiebra y me aclaro la garganta para intentarlo de nuevo—. Los terremotos, ¿los provocas tú? —Asiente algo receloso—. ¿Incluso los grandes? —pregunto, y noto que mis ojos se abren como platos —. ¿Todos ellos?

—Lo siento mucho. —Sus dedos me acarician el cuello aún cubierto por el apósito—. No pretendía hacerte daño.

—Lo sé. —Vuelvo la cabeza y beso la palma de su mano, aunque sigo estupefacta. ¿Cómo puede alguien ser tan poderoso como para mover la tierra? Es incomprensible, inimaginable—. ¿Y te pasa a menudo?

Niega con la cabeza y se encoge de hombros, como si estuviera tan desconcertado como yo.

—Nunca había pasado... antes.

—¿Antes?

—Antes de que tú llegaras. —Me estrecha más contra él—. Aprendí a controlarme pronto, a mí mismo y mis habilidades. Tuve que hacerlo o...

—¿Se vendrían abajo ciudades enteras? —pregunto con tono sarcástico.

—Yo no lo diría exactamente así. Pero te juro que ya lo tengo bajo control. No volveré a hacerte daño.

Su boca se desliza por mi mejilla, sobre mi mandíbula y por mi cuello. En cuanto sus labios me rozan, me invade un intenso calor. Hace que me estremezca. Me llena de deseo. Atraigo su boca de nuevo hasta la mía y dejo que la necesidad y el placer se apoderen de mí.

Y así permanecemos, pegados, hasta que nos quedamos sin aliento. Temblando. Desesperados.

Me arqueo contra él en un intento de estar aún más cerca. Deslizo las manos por sus brazos, sus hombros, su espalda. Mis dedos se enredan en su pelo y emite un gruñido gutural. Me muerde suavemente el labio, chupándolo sólo un poquito, hasta que siento los fuegos artificiales del Día de la Independencia en mi interior.

Jadeo, me estremezco, y Jaxon utiliza la debilidad de mis rodillas como excusa para apartarse. Intento retenerlo, mantener sus labios y su piel y su cuerpo pegados a los míos. Pero entonces me acaricia el pelo y susurra:

—Vamos.

Me coge de la mano y tira de mí hacia su habitación.

Lo sigo, por supuesto, pero, mientras me guía, no puedo evitar percatarme de que esta alcoba, que hace un rato estaba ordenada, está hecha un auténtico desastre.

Hay libros por el suelo, algunos boca abajo, otros de pie, otros apoyados de cualquier manera en los muebles o a punto de caerse. El sofá está boca abajo y la preciosa mesita de café que tanto me gustaba se ha visto reducida a astillas.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —exclamo agachándome para recoger algunos libros que están directamente en mi camino.

Jaxon me los quita de las manos, niega con la cabeza y los tira sobre el sofá, que ahora está boca arriba de nuevo.

—Te he prometido que lo del terremoto no se va a repetir —responde—. Pero me llevará un tiempo aprender a controlar todas las cosas que me haces sentir.

—¿Y esto es aprender a controlarlas?

Paso sobre una pila de escombros que juraría que antes era una estantería y finjo que sus palabras no me derriten por dentro. Cuando me mira me vuelve loca, y cuando me besa me mata. Pero ¿esto? Esto me hace sentir que tal vez, sólo tal vez, siente por mí lo mismo que yo por él.

Se encoge de hombros.

—Esta vez el suelo apenas se ha movido y no se ha roto ninguna ventana. Eso es un avance.

—Supongo que sí. —Me trago las mariposas que me hace sentir por dentro y me quedo mirando con aire teatral las astillas de madera—. Me gustaba esa mesita de café.

—Encontraré una que te guste más. —Tira de mi mano—. Vamos.

Entramos en su cuarto, que por suerte parece haberse librado de la destrucción que ha sufrido la alcoba de lectura. Está exactamente igual que la última vez que vine, lleno de bonitas pinturas en las paredes e instrumentos musicales en un rincón.

—Me encanta tu habitación —le digo mientras paso la mano por la cómoda de camino a la batería. La última vez me contuve, y sé que debería hacerlo también esta vez, ya que tenemos mucho de que hablar después de lo que ha sucedido hoy.

Pero han pasado semanas desde la última vez que me senté detrás de una batería, desde que tuve unas baquetas en las manos, y necesito tocarla. Necesito pasar la mano por los parches.

—¿Tú tocas? —pregunta Jaxon cuando apoyo la mano en uno de los toms.

—Sí, antes... —Dejo la frase a medias.

No quiero hablar de mis padres ahora. No quiero llenar de tristeza mi primera conversación con Jaxon después de... lo que sea que haya sido eso.

Parece entenderlo, porque no insiste. En vez de eso, sonríe. Es una sonrisa auténtica que le ilumina toda la cara. Ilumina toda la habitación. Y definitivamente ilumina todos los lugares oscuros y tristes a los que me he estado aferrando durante demasiado tiempo.

Hasta que no veo su sonrisa no me doy cuenta de lo mucho que ha estado conteniendo, de lo mucho que ha estado reprimiendo durante a saber cuánto tiempo.

—¿Quieres tocar algo ahora? —pregunta.

—No.

Ahora es mi turno de cogerlo de la mano. Tiro de él hacia la cama y espero a que escoja en qué lado quiere sentarse antes de dejarme caer en el otro.

—Quiero que hablemos.

—¿Sobre qué? —responde inexpresivo, aunque detecto cierto recelo en su mirada que no había visto desde que me ha mordido.

—No sé. ¿Del tiempo? —bromeo, porque estoy intentando mostrarme tranquila con todo este asunto.

Trato de decirme a mí misma que descubrir que el chico del que me estoy enamorando es un vampiro capaz de hacer temblar el suelo no es para tanto.

Pone los ojos en blanco, pero lo estoy observando detenidamente y veo que las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba formando la sonrisa que se está esforzando por ocultar.

Eso hace que mi intento de mostrarme despreocupada merezca la pena, aunque he de admitir que me está costando un poco asimilar todo lo que ha pasado hoy. Y todo lo que ha pasado en los últimos seis días. Porque una ínfima parte de mí sigue flipando con el hecho de que haya dejado que me

muerda un vampiro, aunque ese vampiro sea Jaxon. Y aunque lo haya disfrutado mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Pero éste no es el momento de flipar; no cuando Jaxon ya está empezando a ponerse nervioso. Así que decido lanzarle en broma una mirada como diciendo «No te pases conmigo» y me tumbo en un lado de su cama.

Jaxon parece intrigado y observa cómo me pongo cómoda. Después se tumba a mi lado. No se me pasa por alto el hecho de que se asegura de no tocarme al hacerlo. Cosa que me parece totalmente inaceptable. Estoy procurando acortar las distancias entre nosotros, no aumentarlas. Pero agradezco que se esté esforzando por no asustarme. Aunque ojalá se diera cuenta de que no soy yo la que está asustada.

Quiero borrarle el recelo de la cara, así que decido abordar ese tema más adelante. Por ahora opto por empezar diciendo:

—¿Has oído ese chiste sobre el techo?

—¿Qué?

Sube una ceja con absoluto desdén, y me cuesta una vida no empezar a reírme.

—Nada, déjalo. —Lo miro con una sonrisa exagerada—. Seguro que te ronda por la cabeza.

Empiezo a señalar hacia arriba.

Se me queda mirando desconcertado durante varios segundos. Después niega con la cabeza y dice:

—No sé cómo te las apañas, pero cada vez son peores.

—Ni te lo imaginas.

Me doy la vuelta y me pongo boca abajo. Luego ruedo hacia él hasta que el lado derecho de mi cuerpo toca su izquierdo.

—¿En qué se diferencia una cocina del mar?

Esta vez levanta ambas cejas, e incluso responde:

—No sé si quiero saberlo.

—En que en la cocina hay «cacerolas» y en el mar ya están hechas.

Lanza una carcajada que nos sobresalta a ambos. Después niega con la cabeza y me dice:

—Lo tuyo es una enfermedad, ¿no?

—Es diversión, Jaxon. —Le lanzo una sonrisa detestable—. Sabes lo que es la diversión, ¿no?

Pone los ojos en blanco.

—Creo que tengo un vago recuerdo de esa sensación, sí.

—Bien. ¿Cómo llamas a un dinosaurio que...?

Me interrumpe con un beso y tirando de mí hacia su cuerpo. El beso me hace enroscar los dedos de los pies, pero el tirón... el tirón hace que se me enrosque todo lo demás. Sobre todo cuando me coloca encima de él de manera que me quedo a horcajadas sobre su cadera, mi melena formando una cortina a nuestro alrededor.

Jaxon coge uno de mis rizos y observa cómo se enrolla en su dedo.

—Me encanta tu pelo —dice tirando del rizo sólo para soltarlo y verlo regresar a su sitio.

—Ya, bueno, a mí también me gusta bastante el tuyo —respondo hundiendo los dedos entre sus mechones negros.

Al hacerlo, la palma de mi mano roza su cicatriz. Entonces se pone tenso y aparta la cabeza para que deje de tocarla.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

Lo miro como diciéndole: «Sabes perfectamente a qué me refiero».

—Ya te dije que eres el chico más sexy que he visto en mi vida, y eso incluye a un montón de dioses del surf de San Diego bastante impresionantes. Así que no entiendo por qué te molesta tanto que te vea la cicatriz.

Se encoge de hombros.

—No me molesta que me veas la cicatriz.

No creo que sea verdad, pero lo dejo pasar, hasta cierto punto.

—Vale, no te molesta que la vea, pero sí que te molesta que la toque.

—No. —Niega con la cabeza—. Eso tampoco me molesta.

—Vale, perdona, pero eso es mentira.

Para demostrarlo, me inclino y empiezo a darle un montón de besos apasionados en la mandíbula. No le toco la cicatriz a propósito, pero tampoco la esquivo. Y, por supuesto, apenas tarda unos segundos en hundir los dedos en mi pelo y dirigir mi cabeza hacia el hueco donde el hombro se une al cuello.

Antes de que pueda hablar, inspira hondo y dice:

—No es que crea que te va a dar asco la cicatriz ni nada de eso, no eres tan superficial.

—Entonces ¿por qué te molesta tanto que me acerque a ella?

No responde de inmediato, y se hace un silencio tan largo entre nosotros que creo que tal vez no vaya a responderme. Pero cuando ya había perdido la esperanza, dice:

—Porque me recuerda cómo me la hice, y no te quiero cerca de ese mundo para nada. Y desde luego no quiero a ese mundo cerca de ti.

49

«Al final el mundo nos rompe a todos»

Su voz alberga tanto dolor que mi corazón se ralentiza y me late con dificultad en el pecho.

Por supuesto, una parte de mí no se puede ni llegar a imaginar a qué clase de mundo se refiere, teniendo en cuenta que ya estoy viviendo en medio de una novela de fantasía repleta de criaturas fantásticas y montones de secretos. Pero hay otra parte de mí más grande que quiere que sepa que no me importa a qué clase de mundo se refiera ni lo que le sucedió en él: yo estoy de su lado.

Me tomo mi tiempo pasando las palmas de las manos por su pecho y besando la poderosa columna que es su garganta. Huele a naranjas de nuevo, y a aguas profundas, y me deleito en su esencia, en su glorioso sabor, su tacto y su sonido.

Me agarra de las caderas y emite un gruñido gutural cuando se arquea contra mí. Es una sensación increíble. Estar con él es increíble. Nunca antes había intimado tanto con un chico; nunca he querido hacerlo, pero con Jaxon lo quiero todo. Deseo sentirlo todo, experimentarlo todo. Quizá no ahora que nuestro tiempo es limitado, pero sí pronto.

Pero también necesito saber qué le hace daño. No tanto para borrar ese dolor, pues sé que es imposible, como para poder compartirlo con él. Para poder entenderlo. Por eso me quito de encima de él justo cuando las cosas empiezan a ponerse interesantes de verdad.

Gira conmigo, claro, de manera que quedamos tendidos de lado, mirándonos el uno al otro, con su brazo en mi cintura y su mano en mi cadera. Una parte de mí sólo quiere volver a pegarse a él y dejar que pase lo que tenga que pasar.

Pero Jaxon merece algo mejor. Y yo también.

Por eso levanto la mano, cojo con cuidado su mejilla sin cicatriz y me inclino hacia delante hasta que nuestras bocas están tan cerca que respiramos el mismo aire.

—Créeme, entiendo perfectamente que no te apetezca hablar de lo que te pasó —susurro—. Pero quiero que sepas que, si alguna vez deseas compartirlo conmigo, te escucharé con mucho gusto.

Mis palabras no son seductoras, ni tampoco muy ingeniosas, pero sí sinceras y sentidas. Jaxon debe de notarlo también porque, en lugar de desestimar mi ofrecimiento como había esperado que hiciera, me mira con unos ojos que revelan más de lo que nunca habría imaginado.

Entonces me besa. Es un beso largo, lento y profundo. Después se incorpora y se sienta, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Yo también lo hago; no puedo dejarlo solo en esto... sea lo que sea. Lo envuelvo con los brazos por detrás y le doy besitos en los hombros y la nuca.

—Cuéntame —digo, porque creo que necesita que lo haga casi tanto como explicarme la historia que le quema por dentro.

No sé cómo espero que me narre lo sucedido, si de forma fragmentada o todo de golpe. Lo que sí sé es que jamás habría podido anticipar lo que me dice cuando por fin empieza a hablar.

—Yo maté a Hudson.

Me quedo de piedra.

—¿A Hudson? ¿A tu...?

—Hermano. Sí. —Se pasa la mano sobre la cara.

Esas cuatro palabras me producen un millón de emociones distintas: una estupefacción que no es realmente estupefacción sino espanto, pena, preocupación, compasión, dolor. Y la lista sigue y sigue. Pero la que sin duda destaca sobre las demás es la incredulidad. Por muy peligroso que sea, no creo que Jaxon hiriera nunca a nadie que le importara deliberadamente. Los demás, bueno. Pero no a aquellos a quienes considera bajo su protección. Si he aprendido algo esta semana, es eso.

Lo que significa que algo terrible de verdad debió de pasar. ¿Cómo será vivir con la clase de poder que él posee? ¿Cómo será vivir sabiendo que, si baja un momento la guardia o pierde el control, puede perderlo todo?

—¿Qué ocurrió? —pregunto por fin cuando transcurren los minutos y no dice nada.

—No importa.

—Claro que sí. No creo que le hicieras daño a tu hermano a propósito.

Entonces se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de esa vacua negrura que estoy empezando a odiar con todas mis fuerzas.

—Pues crees mal.

La oscuridad de su voz me provoca escalofríos.

—Jaxon. —Apoyo con ternura la mano en su brazo.

—No tenía intenciones de matarlo, Grace. Pero ¿acaso importan las intenciones cuando alguien está muerto? No puedes hacer que vuelva sólo porque no querías hacerlo.

—Lo sé perfectamente. —Sigue atormentándome la discusión que tuvimos mis padres y yo justo antes de que murieran.

—¿Ah, sí? ¿Sabes lo que se siente cuando puedes hacer esto con sólo mover la mano? —Segundos después, todo lo que hay en la habitación,

excepto la cama en la que estamos sentados, flota en el aire a nuestro alrededor—. ¿O esto?

Todo cae de golpe al suelo. La guitarra queda destrozada. Uno de los marcos de cristal se hace añicos.

Me tomo un minuto. Dejo que la impresión se pase antes de aventurarme a decir algo que tenga sentido.

—Puede que tengas razón —respondo por fin—. Tal vez no sepa lo que se siente al ser capaz de hacer algo así. Pero sé que tu hermano no querría que te castigases por lo que sea que le sucedió. No querría que te torturases.

Jaxon responde con una carcajada auténtica.

—Está claro que no conoces a Hudson. Ni a mis padres. Ni a Lia.

—¿Lia te culpa por la muerte de Hudson? —pregunto sorprendida.

—Lia culpa a todos y a todo por la muerte de Hudson. Si ella tuviera mi poder, su ira haría arder el mundo entero.

Se ríe de nuevo, pero esta vez es un sonido cargado de dolor.

—¿Y tus padres? No pueden responsabilizarte de algo que no podías controlar.

—¿Quién ha dicho que no podía controlarlo? Pude elegir. Y elegí. Lo maté, Grace. Intencionadamente. Y lo volvería a hacer.

Su confesión y la frialdad en su voz me provocan un nudo en el estómago. Pero conozco lo bastante bien a Jaxon como para saber que él siempre se ve a sí mismo desde el peor prisma posible. Siempre se pinta como el villano, aunque en realidad sea la víctima. Sobre todo cuando es la víctima.

Pero señalarle eso no va a servir de nada en estos momentos, así que espero a que diga algo más. Y hay más. De lo contrario no tendría tanto miedo de perder el control y hacerme daño.

—Hudson era el primogénito —continúa por fin—. El príncipe que un día sería rey. El hijo perfecto que pasó a ser aún más perfecto tras su muerte.

No hay amargura en sus palabras, sólo hechos que hacen que sea demasiado fácil leer entre líneas. Aun así, no puedo evitar preguntar:

—¿Y tú eres...?

—No. —Se ríe—. Pero está bien. Más que bien, la verdad. Ser rey nunca ha sido mi aspiración, precisamente.

—¿Rey? —repito extrañada, porque, cuando lo ha dicho la primera vez, pensaba que era una metáfora: su hermano, el príncipe; pero ahora que lo ha vuelto a repetir, refiriéndose a sí mismo como rey, no puedo dejar de preguntar.

—Sí, rey. —Enarca una ceja—. ¿No te lo ha dicho Macy?

—No.

«¿Rey de qué?», quiero preguntar, pero no parece ser el mejor momento para hacerlo.

—En fin, pues aquí me tienes. —Hace una pequeña reverencia burlona —. El futuro monarca a su servicio.

—Aaah. —No sé qué otra cosa decir ante semejante revelación, excepto —: ¿Tenía que ser Hudson, pero ahora que está muerto...?

—Exacto. —Emite un chasquido con la lengua como diciendo «Ahí le has dado»—. Yo soy su sucesor. El nuevo heredero.

Y futuro rey. Estoy alucinando. ¿Y cuál es la función de un rey vampiro? ¿Es ésa la razón por la que todo el mundo trata a Jaxon con tanta deferencia? ¿Porque pertenece a la realeza? Pero ¿qué tiene que ver la realeza vampírica con los dragones? ¿O con las brujas?

—Además, también soy el asesino del anterior heredero —continúa Jaxon—, cosa que en otras especies podría causar algunos problemas. Pero en el mundo de los vampiros, la fortaleza de uno depende de cuánto pueda defender... y de cuánto pueda arrebatar. Así que lo único que tuve que hacer para convertirme en el vampiro más temido y reverenciado del mundo fue matar a mi hermano mayor.

Se encoge de hombros en un gesto que se supone que pretende demostrar lo divertido que encuentra todo esto, lo poco que le importa. Pero no cuela ni por un segundo.

—Pero tú no lo mataste por eso —añado, porque creo que necesita oírmelo decir.

—Creía que ya habíamos discutido que los motivos no importan. La percepción acaba convirtiéndose en la realidad antes o después, aunque sea errónea. —Esas últimas tres palabras transmiten una enorme cantidad de dolor, si bien el tono que usa está completamente desprovisto de emoción —. Sobre todo cuando es errónea. Después de todo, la historia la escriben los vencedores.

Apoyo la cabeza en su hombro en un pequeño gesto de consuelo.

—Pero tú eres el vencedor.

—¿Lo soy?

No tengo respuesta para eso, así que ni lo intento. En su lugar, le pregunto por la verdad. Su verdad.

—¿Por qué mataste a Hudson?

—Porque era necesario. Y yo soy el único que podía hacerlo.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire mientras intento asimilarlas, desentrañar su significado.

—Entonces, Hudson era tan poderoso como tú.

—Nadie es tan poderoso como yo.

No se está jactando de ello. De hecho, parece casi avergonzarle que esto sea así.

—¿Y cuál es el motivo exactamente? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—La genética. Cada generación de vampiros que nace tiende a ser más poderosa que la anterior. Hay excepciones, claro, pero por lo general siempre ha sido así. Por eso somos tan pocos, supongo que es el modo que tiene la naturaleza de mantener el equilibrio. Y, puesto que mis padres

provienen de las dos familias más fuertes y poseen poderes increíbles, no es de extrañar que, al reproducirse, sus descendientes...

—Puedan hacer que el suelo tiemble, literalmente.

Sonríe tímido: la primera sonrisa que le veo desde que hemos iniciado esta conversación.

—Algo así, sí.

—Entonces ¿entiendo que Hudson no era muy responsable con su poder?

—Muchos vampiros jóvenes no lo son.

—Eso no es una respuesta.

Espero en silencio y espero a que me mire. Tarda más de lo que debería.

—¿Y te parece que yo soy muy responsable?

Me clava los ojos, interrogante, y luego pasea la mirada por el desastre que ha formado a nuestro alrededor cuando me estaba besando.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sé lo que crees que quieres decir. Hudson... —Suspira—. Los planes de Hudson eran siempre muy osados. Siempre buscaba dar a los vampiros más poder, más dinero, más control, lo cual no es malo de por sí.

Me siento tentada a discrepar. Después de todo, si planeas obtener más poder, más dinero y más control, antes tienes que quitárselo a otros. Y la historia ha demostrado que tomar cualquiera de esas tres cosas tiende a ser algo bastante cruel con las personas a las que se les arrebata.

Pero ése es un tema para otra ocasión, no para ésta, ahora que por fin se está abriendo conmigo.

—Pero en algún momento, se le fue la cabeza —continúa Jaxon—. Estaba tan obsesionado con lo que podía conseguir y cómo podía lograrlo que no se paraba nunca a preguntarse si debía hacerlo.

»Intenté que entrara en razón, pero Lia y mi madre no paraban de susurrarle un montón de gilipolleces sobre que era el Elegido al oído, y era imposible llegar hasta él. Era imposible hacerle entender que su supuesto

destino manifiesto no era... aceptable, y menos cuando esos planes incluían... —Se queda callado durante un minuto, y por su mirada sé que, mentalmente, Jaxon ya no está en esta habitación. Está muy lejos de aquí, en otro tiempo y en otro lugar—. La relación entre los vampiros y los metamorfos siempre ha sido tensa —continúa por fin con cierto aire defensivo en su voz que no había detectado antes—. Nunca nos hemos llevado bien con los lobos y los dragones; no confían en nosotros; y, desde luego, nosotros no confiamos en ellos.

»Por eso, cuando Hudson ideó un plan para "poner a los metamorfos en su sitio" —dice formando unas comillas en el aire con los dedos—, mucha gente pensó que tenía sus motivos para ello.

—Pero tú no.

—Yo pensaba que detrás de todo aquello había mucho prejuicio. Y que la cosa empezaba a parecerse mucho a un genocidio. Sobre todo cuando comenzó a añadir a otras criaturas sobrenaturales, e incluso a vampiros convertidos, a la lista. La cosa se puso fea.

—¿Cómo de fea? —pregunto, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

No cuando la expresión de Jaxon es más sombría que nunca y está empleando palabras como *genocidio*.

—Muy fea. —Se niega a dar más explicaciones—. Sobre todo teniendo en cuenta nuestra historia. —De nuevo, los vacíos en mi base de conocimiento me impiden entender a qué historia se está refiriendo. En lugar de preguntar, me anoto mentalmente que tengo que ir a la biblioteca o preguntarle a Macy—. Intenté razonar con Hudson, intenté convencerlo de que lo dejara estar. Incluso fui a ver al rey y a la reina para ver si podían hacer algo con él.

No me pasa desapercibido el hecho de que se refiere a sus padres como «el rey» y «la reina» en vez de como «mamá» y «papá», y por un instante me viene a la mente el día que lo conocí: la mesa de ajedrez, la reina

vampiro y las cosas que me dijo sobre lo que en su momento pensaba que era sólo una figura del juego. Ahora todo cobra mucho más sentido.

—Y no pudieron.

—No quisieron —me corrige—. Así que intenté volver a hablar con Hudson. Y Byron, y Mekhi y unos cuantos más que se habrían graduado con él. Pero no nos escuchó. Y un día inició una pelea que habría acabado con el mundo de no haberse detenido.

—Fue entonces cuando tuviste que intervenir.

—Pensé que podía arreglar las cosas. Pensé que podía disuadirlo. Pero no fue así. —Cierra los ojos, y parece que está tan lejos... Pero entonces los abre y compruebo que se encuentra en un lugar mucho más distante de lo que imaginaba—. ¿Sabes lo que se siente cuando te das cuenta de que tu hermano, al que siempre has admirado, es un auténtico sociópata? —pregunta con una voz que resulta aún más terrible por la racionalidad de sus palabras—. ¿Te imaginas lo que se siente al saber que, tal vez si no hubieses estado tan ciego, tan ocupado venerando a tu héroe, y lo hubieses visto antes como lo que era en realidad, mucha gente seguiría aún con vida?

»Tuve que matarlo, Grace. No había alternativa. Y, la verdad sea dicha, ni siquiera lamento haberlo hecho. —Dice esto último en un susurro, como si le avergonzase admitirlo.

—No me lo creo —le replico. La culpa que irradia me inspira una lástima que jamás había sentido por nadie—. Creo que era necesario. Creo que hiciste lo que tenías que hacer. Pero no me creo ni por un segundo que no te arrepientas de haberlo matado.

Se ha pasado demasiado tiempo torturándose a sí mismo como para que pueda ser verdad. No responde de inmediato, y me pregunto si habré dicho algo fuera de lugar. Si habré empeorado las cosas.

—Lamento que la cosa llegara al punto de tener que matarlo —dice por fin tras un largo silencio—. Lamento que mis padres lo convirtiesen en el

monstruo que era. Pero no lamento que ya no esté. Si no estuviera muerto, nadie estaría a salvo en todo el planeta.

Se me cae el alma a los pies. Quiero negar sus palabras, pero he visto el poder de Jaxon. He visto lo que es capaz de hacer cuando lo controla y lo que puede llegar a hacer cuando no. Si los poderes de Hudson se parecían algo a los suyos, sin la moralidad de Jaxon para mantenerlos a raya no quiero ni imaginar lo que podría haber pasado.

—¿Teníais el mismo poder o...?

—Hudson podía convencer a cualquiera de hacer cualquier cosa. —Las palabras son tan sombrías como su tono, como sus ojos—. Y no me refiero a que pudiera engañar a la gente; me refiero a que tenía el poder de hacer que las personas hicieran lo que él quería que hicieran.

»Podía hacer que torturasen a otra persona, podía hacer que matasen a alguien. Podía iniciar guerras y lanzar bombas. —Un escalofrío me recorre la espalda al escucharlo y se me ponen los pelos de punta incluso antes de que me mire a los ojos y continúe—: Podía hacer que te suicidaras, Grace. O que lo hiciera Macy. O tu tío. O yo. Podía hacer lo que quisiera, y lo hacía. Una y otra vez.

»Nadie podía detenerlo. Nadie se le podía resistir. Y él lo sabía. Así que tomaba todo lo que quería y pasaba al siguiente plan. Y cuando decidió que iba a matar a los lobos, a aniquilarlos a todos, supe que no se detendría ahí. Después irían los dragones. Y las brujas. Los vampiros convertidos. Los humanos...

»Habría acabado con todos ellos... sólo porque podía hacerlo. —Aparta la vista, creo que porque no quiere que le vea la cara. Pero no necesito mirarlo a los ojos para saber cuánto le duele todo esto. No cuando es tan evidente en su voz y en la tensión de su cuerpo contra el mío—. Mucha gente lo apoyaba, Grace. Hubo mucha gente dispuesta a plantarse delante de mi hermano para protegerlos a él y a la visión que tenía de nuestra especie. Asesiné a muchas de esas personas para poder llegar hasta él.

»Y entonces lo maté. —Esta vez, cuando cierra los ojos y los abre de nuevo, la distancia ha desaparecido. Y en su lugar veo la misma determinación que tuvo que necesitar en su momento, no sólo para enfrentarse a Hudson, sino también para vencerlo—. Así que no, no lamento haberlo matado. Lo que lamento es no haberlo hecho antes.

Cuando por fin se vuelve para mirarme, veo el sufrimiento, la devastación que se oculta tras el vacío de sus ojos. Y siento un inmenso dolor por él, un dolor que no había sentido jamás, ni siquiera por mis padres.

—Ay, Jaxon.

Lo rodeo con los brazos e intento consolarlo, pero su cuerpo se tensa.

—Su muerte destrozó a mis padres, y rompió a Lia en tantos pedazos que no creo que llegue a recuperarse jamás. Antes de que todo esto sucediera, era mi mejor amiga. Ahora no soporta ni mirarme. El hermano de Flint murió combatiendo al ejército de Hudson en la misma contienda, y Flint tampoco ha vuelto a ser el mismo. Solíamos ser amigos, ahí donde nos ves. —Inspira hondo de manera entrecortada y se deja caer contra mí. Lo abrazo con todas mis fuerzas mientras él me lo permite, que no es demasiado. Se aparta mucho antes de que esté lista para dejarlo ir—. Nada ha vuelto a ser igual desde que Hudson hizo lo que hizo.

»Las distintas especies han estado en guerra tres veces en los últimos quinientos años. Ésta casi fue la cuarta. Y, aunque la detuvimos antes de que llegase demasiado lejos, la desconfianza que ha existido contra los vampiros desde hace siglos ha vuelto a hacerse patente. Y el hecho de que muchos fueran testigos de mi poder tampoco ayuda. Y no los culpo. ¿Quién les dice que no se me va a ir la cabeza como le ocurrió a mi hermano?

—Eso no va a pasar —digo con absoluta certeza.

—Probablemente no —replica no tan seguro—. Pero esto es lo que me llevó a advertirte sobre Flint, y lo que me ha llevado a hacer lo que he hecho hoy en la sala de estudios. Han ido a por ti desde que llegaste aquí.

No sé qué lo inició. No sé si es por el hecho de que seas humana o si hay alguna otra razón que desconozco. Pero estoy seguro de que si la cosa ha continuado, y empeorado, es porque eres mía. —El tormento ha vuelto, y es aún peor que antes—. Por eso he intentado mantenerme alejado de ti —añade—, pero ambos sabemos lo bien que ha salido eso.

—Claro —susurro cuando todo lo que ha dicho y hecho desde que llegué aquí empieza a cobrar sentido—. Por eso actúas de esa manera.

—No sé de qué estás hablando.

Su rostro se vuelve inexpresivo, pero detecto cierto recelo y cierto anhelo en sus ojos que me indica que he dado en el clavo.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. —Coloco la mano sobre su mejilla, pasando por alto cómo se encoge cuando le toco la cicatriz —. Actúas de esa manera porque crees que es la única vía para mantener la paz.

—Es que es la única vía para mantener la paz. —Las palabras salen de su garganta como si se las arrancaran—. Estamos andando por una cuerda floja muy muy fina y cada día, cada minuto, es un ejercicio de equilibrismo. Un paso en falso y el mundo se irá al garete. No sólo el nuestro, sino el tuyo también, Grace. Y no puedo dejar que eso suceda.

Claro que no.

Cualquier otra persona pasaría de todo y diría que no es su responsabilidad. Se diría a sí misma que no hay nada que pueda hacer.

Pero Jaxon no funciona así. Ésas no son las reglas por las que se rige. No, Jaxon se lo carga todo a las espaldas. Y no sólo el desastre que causó Hudson y que lo dejó con todo lo que sucedió antes y todo lo que ha sucedido desde entonces.

—¿Y eso qué quiere decir según tú? —pregunto con dulzura, pues no quiero agobiarlo más de lo que ya está—. ¿Qué tienes que renunciar a todo lo bueno en tu vida para mantener el orden para todos los demás?

—No estoy renunciando a nada. Esto es lo que soy.

Aprieta los puños e intenta apartarse. No se lo permito. No ahora que estoy empezando a entender las distintas maneras en las que ha conseguido torturarse a sí mismo, por la muerte de Hudson y por este nuevo papel que no quiere tener, pero al que no puede renunciar.

—Eso es una estupidez —le digo con suavidad—. Llevas la indiferencia como una máscara; blandes la frialdad como un arma, pero no porque no sientas nada, sino porque sientes demasiado. Te has esforzado tanto en hacer que todo el mundo crea que eres un monstruo que has empezado a creértelo tú mismo. Pero no eres ningún monstruo, Jaxon. Ni de lejos.

Esta vez se aparta sacudiéndose como si un cable cargado de electricidad rodease todo su cuerpo.

—¡No sabes de lo que estás hablando! —ruge.

—Crees que si la gente te tiene miedo, si te odian lo suficiente, no se atreverán a cruzar la línea. Que no se atreverán a iniciar otra guerra, porque también acabarías con ella, y con ellos, claro.

Joder. El dolor y la soledad de su existencia me arrollan como una avalancha. ¿Qué se sentirá estando tan solo? ¿Qué se sentirá...?

—No me mires así —me ordena con una voz tan tensa como el cable del que hablaba hace un momento.

—¿Cómo? —susurro.

—Como si fuera una víctima. O un héroe. No soy ninguna de las dos cosas.

Es ambas cosas, y muchísimas más. Pero sé que no me creerá si intento decírselo, como sé que no permitirá que siga consolándolo en estos momentos, no cuando acaba de abrirse en canal.

Así que hago lo único que puedo hacer: hundo las manos en su pelo, atraigo su boca hacia la mía y le doy lo único que aceptará de mí.

50

Él, que vive en torres de piedra, jamás debería lanzar dragones

Durante un segundo, justo después de que nuestras bocas se encuentren, todo desaparece. Lo que me ha contado acerca de su hermano, lo que me ha contado sobre estar en peligro..., todo. En estos momentos, mientras sus labios se mueven sobre los míos, su lengua explora mi boca y sus dientes devoran suavemente mi labio inferior, sólo puedo pensar en él. Lo único que puedo querer, sentir y necesitar es a Jaxon.

Y a él debe de pasarle lo mismo, porque hace un ruido desde lo más profundo de su garganta mientras me rodea con los brazos. Entonces empieza a acercarme a él poco a poco, me levanta hasta que las curvas de mi cuerpo encajan a la perfección con sus firmes y eróticas formas. Y pronto mi beso de consuelo se transforma en algo completamente distinto.

Me coge de las caderas. Nuestro pecho, nuestro vientre y nuestros muslos están pegados, y sólo puedo pensar «sí». Sólo puedo pensar «más».

Más, y más, y más, hasta que se me nubla la mente, y el corazón casi se me sale del pecho, y siento que si vuelve a deslizar las manos o a empujar con las caderas una sola vez más estallaré en mil pedazos.

De sólo pensarlo, emito un sonido grave y cargado de necesidad, un sonido al que Jaxon responde agarrándome con fuerza de las caderas. Pero

entonces aparta su boca de la mía y empiezo a descender lentamente de nuevo hasta el suelo.

—No —susurro intentando retenerlo el mayor tiempo posible—. Por favor.

Ni siquiera sé qué es lo que estoy suplicando, sólo sé que no quiero que esto acabe. No quiero que Jaxon vuelva a ese lugar frío y desolador en el que tanto tiempo se ha autoexiliado. No quiero volver a perderlo ante esa oscuridad.

Pero, entonces me murmura algo con ternura y me acaricia la mejilla, el pelo y la parte superior del hombro con los labios. Luego, muy despacio, se aparta un poco más.

—Foster no tardará en presentarse aquí, y quiero hablar contigo antes de que llegue.

—Claro, de acuerdo.

Suspiro y entierro el rostro en su pecho mientras inspiro hondo un par de veces. Me pasa las manos por la espalda arriba y abajo para calmarnos a ambos, creo, y entonces me sienta sobre la cama dejando una pequeña distancia entre nosotros.

—Quiero hablar contigo sobre tu seguridad.

Cómo no.

—Jaxon...

—Hablo en serio, Grace. Tenemos que hablar de esto, quieras o no.

—No es que trate de evitar la conversación. Sólo digo que, después de lo que ha pasado antes, no creo que quien sea que la tuviera tomada conmigo vaya a hacer nada, al menos durante un tiempo. Ni aunque pretendan hacerte daño a ti.

Me mira muy serio.

—Ya te he dicho que no se trata sólo de mí. Si así fuese, Flint no habría intentado matarte en tu segundo día aquí. Entonces aún no había nada entre

nosotros, así que no podría haberlo hecho para hacerme daño. Lo que significa...

Por fin me recupero lo suficiente de la conmoción que me causan sus palabras como para interrumpirlo.

—Pero ¿qué dices? Flint no intentó matarme. Él me salvó. Es mi amigo.

—No lo es.

—Sí que lo es. Sé que no te gusta, pero...

—¿Quién te dijo que pasaras por debajo de la lámpara de araña, Grace? —pregunta Jaxon mirándome fijamente.

—Flint. Pero la cosa no fue así.

Aun así, se me instala una sensación de angustia en el estómago. Una cosa es pensar que unos desconocidos anónimos pretendan ir a por mí; y otra, que una de las pocas personas a las que considero amigas aquí quiera...

—Flint no haría algo así. ¿Por qué iba a querer tirarme una lámpara encima después de haberme salvado cuando me caí de ese árbol?

—Es lo que quería decirte. Él no te salvó.

—Eso es imposible... Ni siquiera estaba en la misma rama que yo.

Jaxon entrecierra los ojos como diciendo «¿Me tomas el pelo?».

—Tampoco estaba debajo de la lámpara contigo.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que le pidió a uno de los metamorfos que dejara la rama medio rota antes de la guerra de bolas de nieve sabiendo que iba a hacer viento?

—Más bien que hizo que uno de sus amigos dragones provocase el viento que ocasionó todos los problemas. Eso es lo que intentaba decirte, Grace. No se puede confiar en los dragones. Y mucho menos en Flint.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué iba a lanzarse desde esa rama para evitar que impactase contra el suelo si pretendía matarme?

Jaxon no responde. De repente, se me ocurre algo que hace que se me encoja el corazón.

—Me salvó de la caída, ¿no?

Jaxon sigue sin responder. En lugar de hacerlo, aparta la mirada y cavila durante varios segundos antes de decir:

—Fue Cole quien hizo caer la lámpara de araña, pero es demasiada coincidencia que Flint se asegurase de que tú fueras en esa dirección en lugar de ir a sentarte con las brujas. Y yo no creo en las coincidencias. Y, en cuanto consiga demostrarlo, me ocuparé de él también.

La angustia se transforma en auténticas náuseas al recordar la expresión en el rostro de Flint cuando le di las gracias por no dejar que me estampase contra la nieve. Y lo rápido que llegó Jaxon después de la caída.

—Sigues sin responder a mi pregunta, Jaxon: ¿saltó Flint de esa rama para salvarme o lo tiraste tú?

Jaxon evita mirarme a los ojos por segunda vez en el mismo número de minutos. Entonces dice:

—Yo no estaba cerca del árbol.

Ahora es mi turno de mascullar.

—Como si eso fuese un impedimento para ti...

—Bueno, ¿y qué querías que hiciera? —replica agitando los brazos en el aire con desesperación—. ¿Dejarte caer? Pensé que si te detenía en el aire y te bajaba al suelo poco a poco te asustarías aún más, por no hablar de la cantidad de preguntas que tendrías y que nadie estaba preparado para contestar.

—Entonces ¿hiciste que Flint se lanzase a por mí?

—Lo lancé para salvarte, sí. Y lo volvería a hacer. Haría lo que fuera para mantenerte a salvo, aunque para ello tenga que enfrentarme a todos los metamorfos de este lugar. Y especialmente a los dragones capaces de generar un viento como el que rompió la rama.

Qué fuerte. Flint no me salvó. Por un instante, creo que voy a vomitar. Pensaba que estaba de mi lado. Pensaba que éramos amigos.

—Lo siento —dice Jaxon al cabo de varios segundos—. No quiero hacerte daño. Pero no puedo permitir que sigas confiando en él o en

cualquiera de los otros metamorfos cuando están intentando hacerte daño. Y menos cuando aún no sé la razón.

—En todos los metamorfos —digo recordando de nuevo lo que ha pasado en la sala de estudios—. Incluido el alfa.

—Incluido el alfa.

No sé qué decirle en estos momentos, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que ha hecho para mantenerme a salvo desde la primera noche. Incluso antes de que supiera que iba a surgir algo entre nosotros. Es ese pensamiento el que me lleva a apoyar la cabeza en el hueco de su cuello y entonces susurro:

—Gracias.

—Gracias ¿por qué? —pregunta, y se tensa bajo los besitos que no paro de darle en la marcada línea de su mandíbula y en la cicatriz que tanto se esfuerza por esconder.

—Por salvarme, claro. —Lo acerco más a mí y acaricio con los labios su mejilla y la cicatriz que ha iniciado toda esta conversación, depositando un beso cada dos centímetros más o menos—. Por no pretender llevarte el mérito y por preocuparte por mi seguridad.

Ahora está del todo rígido, con la espalda tiesa como una vara, claramente incómodo por lo que estoy haciendo. Por lo que estoy diciendo. Pero no me importa, porque lo tengo entre mis brazos y me abruman mis intensos sentimientos hacia él.

Son esos mismos sentimientos los que me impulsan a montarme en su regazo. Los que me impulsan a ponerme a horcajadas sobre sus caderas, con una rodilla a cada lado de sus muslos, y a rodearle el cuello con los brazos.

Y son esos sentimientos los que nos llevan de nuevo a donde estábamos antes de que Jaxon decidiera interrumpirlo. Y lo beso, y lo beso, y lo beso. Son besos largos, lentos, prolongados. En la frente, en la mejilla, en la

comisura de la boca. Lo beso una y otra vez. Lo saboreo. Lo toco. Le susurro una y otra vez todas las cosas que me gustan y que admiro de él.

Poco a poco, tan despacio que al principio apenas me doy cuenta, se relaja. La rigidez desaparece de su columna vertebral. Sus hombros se curvan ligeramente hacia delante. Las manos, que hace un momento estaban cerradas en puños sobre la cama, se abren y envuelven mi cintura.

Entonces empieza a besarme también. Me besa con ganas, con la boca abierta, buscándome con la lengua, y sus manos se mueven, sedientas, desesperadas. Tira de mí y me arqueo sobre él, pegando mi boca a la suya hasta que su aliento se convierte en mi aliento y su necesidad en mi necesidad.

Deslizo las manos por debajo de su camisa y acaricio la suave piel y los fuertes músculos de la espalda. Jaxon gime un poco, al igual que yo, y se acerca buscando el contacto. Entonces mi móvil empieza a sonar al mismo tiempo que se oyen unos fuertes golpes en la puerta...

Los sonidos rompen el hechizo entre nosotros e intenta apartarse entre risas. Me aferro a él, pues aún no estoy preparada para dejarlo marchar. No estoy preparada para que esto termine. Sin embargo, Jaxon debe de sentir lo mismo, porque sus manos se aferran a mi cintura aún con más fuerza y pega su frente a la mía.

—Deberías coger el teléfono —dice mientras éste sigue sonando—. Foster debe de andar preocupado al no saber dónde estás.

Los golpes en la puerta se vuelven más fuertes e insistentes.

—O estará asustado porque sabe perfectamente dónde estoy.

—Sí, eso también puede ser. —Me sonríe. Sus manos permanecen en mi cintura un segundo más hasta que empiezo a apartarme de su regazo—. ¿Abres tú la puerta o voy yo?

—¿Por qué iba yo a...? —De pronto me invade el terror—. No creerás que es mi tío el que está aporreando la puerta, ¿no?

—¿Quién más crees que puede ser teniendo en cuenta que a su querida sobrina se la ha visto por última vez en compañía del chico que acababa de buscar pelea con todos los lobos del instituto?

—¡Qué vergüenza!

Busco a mi alrededor un espejo en el que mirarme para arreglarme el pelo lo justo como para que no se note que me he pasado la última hora liándome con un vampiro. Pero me quedo pasmada al ver que no hay nada que se le parezca por la habitación.

—Entonces ¿son ciertas la viejas leyendas? —pregunto peinándome con poco más que los dedos y una oración—. ¿Los vampiros no se reflejan en los espejos?

—La verdad es que no.

—¿Cómo es eso posible? —Me meto la camiseta por dentro y me aseguro de bajarme la sudadera hasta las caderas—. ¿Y cómo sabes qué aspecto tienes?

Levanta el móvil.

—¿Has oído hablar de los selfis? —Se dirige hacia la puerta, que está prácticamente vibrando con la fuerza de los golpes de mi tío—. ¿En serio quieres hablar de eso ahora?

La verdad es que un poco sí. Ahora que todo esto de los vampiros se ha destapado, me he dado cuenta de que tengo un millón de preguntas. Cosas como cuánto tiempo viven, o si son inmortales, como dicen las leyendas. Lo que me lleva a preguntarme si los nacidos vampiro envejecen de la misma manera, o son como una especie de Yoda bebé y su crecimiento es mucho más lento que el de los humanos no mágicos. Y, en tal caso, ¿cuántos años tiene Jaxon exactamente? Y, por otro lado, cuando Mekhi no ha entrado en mi habitación esta mañana, ¿ha sido por respeto o porque no podía atravesar el umbral sin haber sido invitado?

Tengo muchísimas más preguntas, pero Jaxon tiene razón. Éste no es el momento de pensar en todo esto.

—Claro que no. —Señalo con la barbilla hacia la puerta—. Ábrela y acabemos con esto de una vez.

—Todo irá bien —me asegura con una sonrisita malévola que me hace pensar que va a ser justo todo lo contrario.

Sobre todo si el tío Finn se parece en algo a mi padre. Aunque, bien pensado, el hombre es un brujo y dirige un centro educativo para seres sobrenaturales... así que es probable que no tengan tanto en común después de todo.

—Que sea lo que tenga que ser —le digo intentando sonar lo más zen posible y fracasando estrepitosamente.

Pero, venga ya, es difícil no preocuparse cuando estoy segura de que van a expulsar al chico que me vuelve loca.

Jaxon me guiña el ojo e incluso me lanza un beso antes de volver a adoptar ese gesto vacío y abrir la puerta.

—Qué amable por tu parte dejarme pasar —dice mi tío con tono sarcástico—. Lamento que te hayas visto en la necesidad de apresurarte.

—Lo siento, Foster, pero Grace tenía que volver a vestirse.

—¡Jaxon! —exclamo, y me pongo de todas las tonalidades de rojo existentes—. Estaba totalmente vestida, tío Finn. Te lo juro.

—¿En serio estás para bromas después de la que acabas de liar ahí abajo? —dice mi tío. Pero antes de que Jaxon pueda responder, se vuelve hacia mí—. ¿Y tú no se suponía que ibas a volver a tu cuarto hace más de una hora?

—E iba a hacerlo. Pero me he...

—¿Desviado? —Termina mi frase por mí con una ceja enarcada.

Estoy convencida de que a estas alturas el rubor ya debe de haber alcanzado todo mi cuerpo, incluidos las pestañas y el pelo.

—Sí.

—Si te encuentras lo bastante bien como para estar aquí arriba, probablemente también lo estés para ir a clase, ¿no te parece?

—Sí, probablemente sí.

—Bien. —Echa una ojeada a su reloj—. La primera hora debe de ir por la mitad. Estamos intentando ajustar el tiempo de todas las asignaturas de antes del almuerzo debido al incidente con la lámpara... y otras cosas. —Fulmina a Jaxon con la mirada—. Será mejor que vayas tirando.

Pienso en protestar, pero tiene la misma mirada que tenía mi padre cuando lo llevaba al límite de su paciencia. Quiero quedarme con Jaxon, quiero saber qué va a pasar con él, pero tengo miedo de hacer algo que pueda cabrear a mi tío más todavía. Es lo último que me apetece cuando está a punto de decidir el destino de Jaxon.

De modo que, en vez de exigir quedarme, que es lo que quiero hacer, asiento y me dirijo a la habitación para coger mi bolso donde Jaxon lo ha dejado.

—Sí, tío Finn.

Juraría haber percibido por un segundo un destello de sorpresa en los ojos de mi tío, pero éste desaparece tan rápido que no sé si me lo habré imaginado. Aunque, bien pensado, Macy no parece precisamente una de esas hijas dóciles y obedientes, así que tal vez no esperase que accediera tan rápido. O le ha sorprendido que mi bolso estuviera en el cuarto de Jaxon, cosa que... prefiero no pensar.

Sea como sea, ya es demasiado tarde para discutir, así que me vuelvo hacia Jaxon.

—¿Nos vemos luego? —Evito de forma deliberada establecer contacto visual con mi tío mientras espero su respuesta.

—Sí. —En su tono viene implícito un «obviamente», aunque opta por usar palabras en deferencia a mi tío—. Luego te escribo.

No es la respuesta que estaba esperando, pero, una vez más, no estoy en posición de discutir, así que le dedico una sonrisita y me dirijo a la puerta.

Intento no entrar en pánico cuando lo último que oigo antes de que el tío Finn cierre la puerta de golpe es «Dame un solo motivo para que no envíe

tu culo a Praga, Vega. Y más te vale que sea bueno».

51

Prueba de fuego de dragón

Cojo el móvil de camino a las escaleras que llevan al aula de Literatura Británica y veo que tengo unos veinte mensajes de texto esperándome. Cinco de ellos de Heather, que se queja de lo aburrido que es el instituto sin mí y me envía varias fotos de ella disfrazada para la representación teatral de otoño.

Le escribo un mensaje para decirle lo magnífica que está vestida del Gato de Cheshire y otro empatizando con lo del aburrimiento. Quiero contarle lo de Jaxon (no lo de que es vampiro y eso, sólo lo de que es mono y tal), pero sé que no debo abrir este tema hasta que no decida qué puedo y qué no puedo contarle a mi mejor amiga acerca de él. Porque, cuando Heather quiere sonsacarte información, es absolutamente implacable.

Además, nunca le he mentido, y no quiero empezar ahora. A ver, está claro que si estoy con Jaxon voy a tener que mentir en algún momento, no puedo ir por ahí anunciando a los cuatro vientos que es un vampiro sin que tengamos que esquivar un montón de estacas de madera y ristras de ajos. Pero necesito pensar bien qué voy a decir. Y es que encima se me da fatal mentir. Cuando hablo con Heather canto en diez segundos, y eso no puede pasar.

Por eso no voy a decir nada más hasta que no me quede más remedio, aunque una parte de mí se muere por saber su opinión sobre..., ay, no sé, todo lo que tenga que ver con tíos buenos.

La mayoría del resto de los mensajes son de Macy. Tengo siete de ella hablando sobre lo que ha pasado en la sala de estudios. Ella no estaba, pero está claro que la noticia de lo que Jaxon le ha hecho al lobo alfa se ha extendido como la pólvora. Cosa que ya me esperaba; si lo ha hecho en público es por algo. Además, el hecho de que el tío Finn se haya presentado en la torre demuestra lo lejos y lo rápido que han viajado las nuevas.

Mi tío también me ha enviado varios mensajes, y en todos me pregunta dónde estoy. No me molesto en contestarle, puesto que ya me ha encontrado, muy a mi pesar.

Los últimos dos mensajes son de Flint, y esto me sorprende y me cabrea tanto que casi me salto un escalón y me doy de bruces. Pero entonces caigo en que el muy gilipollas no sabe lo que yo sé. No tiene ni idea de que sé que ha estado intentando matarme en vez de ayudarme.

Aun así, me cabrea tanto toda la situación que no me molesto en contestarle. Me juro a mí misma que jamás volveré a hacerlo. Me da igual qué explicación se invente ni cuántas excusas me ponga.

Una parte de mí desea encontrárselo en estos momentos y zanjar este asunto. Pero ya he llegado al aula de Literatura Británica, y acabo de darme cuenta de que se me ha olvidado por completo ponerme el uniforme. Así que vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo delantero de la sudadera y me dirijo a mi habitación para cambiarme rapidísimamente. Diez minutos después, entro en clase y el aula se queda en absoluto silencio en cuanto todo el mundo me ve. Cualquiera diría que ya debería estar acostumbrada después de la última semana, pero hoy, con todo lo que ha pasado, es un millón de veces más incómodo que de costumbre.

Aun así, la verdad, no se lo reprocho. Si yo fuera ellos también me quedaría mirando. Porque, a ver, sobrenaturales o no, siguen siendo

alumnos de instituto, y yo sigo siendo la chica que ha provocado una pelea entre el lobo alfa y el vampiro más poderoso que jamás haya existido. Lo raro sería que no me miraran.

Aunque eso no hace que el trayecto hasta mi mesa me resulte más fácil. Incluso a pesar de la sonrisa de apoyo de Mekhi.

—Acabamos de empezar el acto cuarto, escena quinta —me susurra cuando me deslizo en mi asiento—. Podemos compartir el libro.

—Gracias —respondo, y saco un boli y un cuaderno de notas pequeño del bolso.

No sé por qué no he cogido la mochila antes de venir, pero no lo he hecho, así que me las tendré que apañar con esto.

—Todo el mundo va a leer hoy, Grace —me indica la profesora desde su mesa al frente de la clase—. ¿Por qué no lees la parte de Ofelia de esta escena?

—Vale —respondo, preguntándome por qué me tiene que tocar justo a mí hacer de damisela en apuros.

Porque ya he leído la obra, y conozco la escena en la que Ofelia se vuelve loca, o al menos, en la que el público empieza a percatarse de su locura. Intento no tomarme como algo personal el hecho de que me vea apta para el papel...

Mekhi interpreta a Laertes, mi hermano, lo que hace que me resulte un poco más fácil leer las líneas de una chica loca que acaba de perder a su padre y se siente sola en el mundo. Pero siguen atragantándoseme, sobre todo la última parte.

—«Ésta es una margarita. Bien os quisiera dar unas violetas, pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin. Un solitario de plumas vario me da placer.»

Mekhi lee la frase de Laertes, claramente preocupado por el estado de mi salud mental. Y por «mi estado» quiero decir el de Ofelia, me recuerdo a mí misma mientras paso a recitar mis últimas líneas de la escena, y de la obra:

—«Nos deja, se va, y no ha de volver. No, que ya murió, no vendrá otra vez... Se fue, ¡dolorosa partida!, se fue...».

La campana suena antes de que termine sus líneas, y me detengo mientras el resto de la clase empieza a embutir los libros en las mochilas lo más rápido que pueden.

—Gracias, Grace. Mañana lo retomaremos por donde te has quedado.

Asiento y, seguidamente, guardo mis cosas en el bolso esforzándome al máximo por no pensar en la escena sobre la muerte que acabo de leer. Por no pensar en mis padres y en Hudson. En el dolor de Jaxon por quién era Hudson y lo que eso le llevó a hacer.

Me cuesta más de lo que me gustaría, sobre todo cuando me doy cuenta de que ahora tengo clase de Historia Universal de los Procesos por Brujería (y sí, vale, ahora que sé lo del rollo paranormal, que haya clases como ésta tiene mucho más sentido).

No es la asignatura lo que me preocupa; es el tener que atravesar esos espeluznantes túneles. Y más ahora que me pregunto qué me habría sucedido ahí abajo sola con Flint si Lia no hubiese aparecido cuando lo hizo.

Pero tengo que ir a clase, así que de nada me sirve perder el tiempo pensando en lo que podría haber pasado. Sobre todo ahora que Jaxon prácticamente me ha convertido en intocable. Entiendo que lo que ha ocurrido en esa sala ha sido algo horrible de presenciar, pero no voy a mentir: dejar de temer que se me vayan a caer lámparas en la cabeza o que unos lobos cualesquiera me echen al exterior para que muera congelada no está nada mal.

Y cuando Mekhi me acompaña por el pasillo en vez de irse corriendo a su siguiente clase, me doy cuenta de que la protección de Jaxon va más allá de lo que pensaba. Ha lanzado la amenaza, y estoy segura de que todo el mundo ha tomado nota, a juzgar por cómo me está evitando toda la gente, pero sigue sin ser suficiente para él. Quiere asegurarse por todos los medios

de que esté a salvo, tanto que les ha pedido a los demás miembros de la Orden que se cercioren de que lo esté.

Tal vez debería preocuparme.

Y, la verdad, si esto fuera un instituto normal o una situación normal, probablemente me cabrearía tener un... ¿novio? tan protector. Pero estoy rodeada de metamorfos, vampiros y brujas; seres que juegan con unas reglas que desconozco por completo. Además, no han pasado ni tres horas desde que esa lámpara casi me aplasta. Rechazar la protección de Jaxon y Mekhi sería una insensatez por mi parte, al menos hasta que las cosas se calmen un poco por aquí.

Me vuelvo para darle las gracias a Mekhi por acompañarme, pero me pego un buen susto cuando Flint prácticamente se abre paso entre nosotros a empujones.

—¡Hombre, Grace! ¿Cómo te encuentras? —pregunta todo dulzura e interés—. Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí o preocupado porque la lámpara no ha cumplido su función? —pregunto, y acelero el paso aunque sé que es inútil intentar alejarse de él.

No deja de caminar, pero todo en él se queda parado cuando le expongo lo que me ha contado Jaxon, y la expresión de su cuerpo me dice todo lo que necesito saber. Y, pese a eso, intenta hacerse el loco.

—¿Qué quieres decir? Pues claro que estaba preocupado por ti.

—Venga ya, Flint. Sé lo que has estado tramando.

Por primera vez en toda nuestra «amistad», la ira asoma en sus ojos.

—Querrás decir que sabes lo que esa garrapata te ha dicho que he estado tramando —masculla.

Mekhi se pone lívido al escuchar cómo insulta a Jaxon y se interpone entre los dos al instante.

—Lárgate de aquí, dragoncito.

Flint pasa de él y continúa hablando conmigo.

—No tienes ni idea de lo que está pasando en realidad, Grace. No puedes confiar en Jaxon...

—¿Por qué? ¿Porque lo digas tú? ¿Acaso no has sido tú el que ha estado intentando matarme desde que llegué?

—No es por los motivos que tú crees. —Me mira con ojos suplicantes—. Si confiases en mí...

—¿Que no es por los motivos que yo creo? —repito—. ¿En serio crees que existe un buen motivo para matarme? ¿Y pretendes que confíe en ti?

Agito la mano en su dirección como diciendo «Ven y dímelo a la cara».

—Muy bien. Cuéntame la verdad sobre lo que pasó en la guerra de bolas de nieve. ¿Te lanzaste de ese árbol para salvarme o te tiró Jaxon?

—Yo... No fue... Jaxon reaccionó de forma exagerada. Yo iba a...

Lo dejo tartamudeando durante unos segundos antes de interrumpirlo.

—Ya, justo lo que pensaba. Aléjate de mí, Flint. No quiero tener nada que ver contigo de ahora en adelante.

—Vaya, pues lo siento, porque no pienso esfumarme.

—¿Sabes? Hay un adjetivo para los tipos que siguen persiguiendo a una chica después de que ella les haya dicho que la dejen en paz —le señala Mekhi cuando giramos hacia el acceso que da a los túneles.

Flint pasa de él.

—Grace, por favor. —Extiende la mano y me agarra del brazo.

Antes de que me dé tiempo a decirle que no me toque, Mekhi interviene, mostrando los colmillos y lanzando un gruñido gutural de advertencia.

—Aparta tus sucias manos dragontinas de ella —masculla.

—¡No voy a hacerle nada!

—Por supuesto que no. Apártate, Montgomery.

Flint emite un profundo sonido de frustración pero, al final, obedece. Creo que lo hace sobre todo porque, de lo contrario, habría empezado una pelea aquí, en el acceso. Una en la que el vampiro probablemente intentaría hacerlo pedazos.

—Venga, Grace —implora—. Es importante. Escúchame sólo un minuto.

Me detengo, porque a estas alturas está claro que no piensa largarse.

—Está bien. Si quieres hablar, habla. ¿Qué es tan importante?

Me cruzo de brazos sobre el pecho y espero a que diga lo que tiene que decir.

—¿Quieres que lo haga ahora? ¿Delante de todo el mundo? —Dice esto último entre dientes, mirando a Mekhi.

—Desde luego no pienso ir a ninguna parte sola contigo. Puede que desconozca tu mundo, pero no soy tan estúpida.

—Es que no puedo. Yo... —Se pasa una mano por el pelo con frustración —. No puedo hablar contigo delante de un vampiro. Tiene que ser a solas.

—Entonces no hablarás con ella —dice mi escolta interponiéndose de nuevo entre los dos—. Vamos, Grace.

Me dejo llevar por él, alejándome de un Flint cada vez más cabreado. ¿Cómo tiene tanta cara? ¿Intenta matarme con una lámpara de araña y ahora se permite cabrearse? ¿Dónde está la lógica?

—¡Maldita sea, Mekhi, al menos hazme el favor de no dejarla sola, ¿de acuerdo?! —nos grita—. En serio, Grace. No vayas sola a ninguna parte. No es seguro.

52

If You Can't Live Without Me, Whay Aren't You Dead Yet

No me pasa desapercibido lo irónico de esa afirmación. Y a Mekhi tampoco, a juzgar por el gruñido que le lanza.

—¡No jodas! ¿Qué crees que estoy haciendo?

Flint no responde, y no me molesto en mirar atrás mientras Mekhi y yo nos dirigimos hacia los túneles. No dice nada, ni sobre Flint ni sobre ninguna otra cosa cuando atravesamos la primera puerta. Pero el silencio sólo hace que me sienta peor por lo que acaba de pasar. Y por haber confiado en Flint desde el principio, sobre todo después de que Jaxon me advirtiera que no lo hiciera.

Ojalá supiera por qué quiere hacerme daño, si yo nunca le he hecho nada. Lo que más me duele es que haya estado fingiendo ser mi amigo todo este tiempo mientras planeaba matarme.

—Con los dragones nunca se sabe. —No me doy cuenta de que he hablado en voz alta hasta que Mekhi me contesta—. Son supersigilosos. Nadie sabe nunca lo que están pensando.

—Eso parece. —Sonrío débilmente—. Siento mucho todo esto, y que tengas que acompañarme a clase. Pero te lo agradezco.

—Tranquila. Hace falta más que un dragón cabreado para fastidiarme el día. Además, si llego un par de minutos tarde a clase de Cálculo, me estarás haciendo un favor. —Me sonríe mientras seguimos el acceso a los túneles.

Cuando ya hemos atravesado todas las puertas, incluidas las paradas para introducir los códigos de seguridad y todo lo demás que tuve que hacer con Flint, me sorprende lo distinto que se me hace todo con Mekhi. Con Flint, todo mi ser estaba en alerta y algo me advertía que me fuera corriendo lo más rápido posible.

Con Mekhi, este paseo hacia los túneles me resulta muy normal. No, mejor que normal. Es como ir con un viejo amigo, uno con el que me siento totalmente cómoda. Ninguna vocecilla me advierte que tenga cuidado ni siento ningún tipo de escalofrío. Lo que me dice que todas esas malas sensaciones estaban vinculadas a Flint, y no a este lugar.

Aun así, espero a que esa misma voz me hable cuando nos adentramos en el túnel, si no para advertirme, al menos para felicitarme a mí misma por seguir viva contra todo pronóstico. Algo que demuestre que no estoy loca por pensar que oigo una voz dentro de mí que me dice lo que tengo que hacer.

He de admitir que nunca me había pasado nada de eso. Sólo tenía la típica conciencia que todos tenemos a la hora de decidirnos entre el bien y el mal. Pero lo que pasó la última vez que estuve aquí es diferente. Parecía algo con conciencia propia, como si existiese fuera de mi consciente y mi subconsciente.

Y hace que me pregunte qué diablos está pasando. Me pregunto qué es lo que Jaxon, el instituto Katmere o la dichosa Alaska han despertado en mí.

Si es que han despertado algo.

Sea lo que sea, me alegro de que esa aciaga sensación haya desaparecido. De momento, me limitaré a aceptar este hecho y ya me preocuparé por el resto cuando tenga la oportunidad de respirar un poco,

cosa que no sucederá hasta que no sepa con seguridad lo que el tío Finn ha decidido hacer con Jaxon.

Él no parecía tener miedo de que lo expulsaran, pero eso no significa gran cosa. No se me antoja como alguien que tenga miedo a nada, y mucho menos a lo que el director del instituto pueda hacerle. Pero que no pareciera preocupado no significa que el tío Finn no pueda obligarlo a dejar el centro temporalmente... o para siempre.

Miro el móvil mientras atravesamos la última puerta antes de entrar en los túneles. Jaxon aún no me ha escrito.

—¿Sabes algo de él? —pregunto mientras iniciamos el largo camino hacia el edificio de Arte.

—No.

—¿Y eso es normal? Quiero decir, ¿suele mantenerte al tanto o...?

Mekhi se echa a reír.

—Jaxon no da explicaciones de su vida a nadie, Grace. Creía que a estas alturas ya te habrías dado cuenta.

—Ya. Sí me he dado cuenta. Pero es que... ¿Qué crees que va a pasar?

—Creo que Foster va a soltarle un sermón, y a otra cosa, mariposa.

—¿Soltarle un sermón? —Ni siquiera me esfuerzo en ocultar mi sorpresa —. Pero ¡si casi mata a ese chico!

—Casi matar y matar son cosas muy diferentes aquí, por si no te habías dado cuenta. —Me mira y me sonríe—. En algún momento u otro todos la cagamos aprendiendo a usar nuestros poderes.

—Ya, pero esto no ha sido un accidente. Ha sido un ataque deliberado.

—Puede. —Se encoge de hombros—. Pero también era necesario. No creo que Foster vaya a castigar a Jaxon por intentar protegerte. Ni que sea tan estúpido como para enviarlo lejos cuando es el único que se interpone entre tú y Dios sabe qué. En mi opinión, el lobo alfa tiene más papeletas para ser expulsado.

—Las reglas del instituto no se basan en mí, ni siquiera siendo mi tío el director. Además, creía que Jaxon era el motivo por el que los metamorfos iban a por mí, porque querían hacerle pagar por todo lo que pasó con Hudson.

Porque ¿qué otra cosa podría ser? Yo no le he hecho nada a ninguna de estas personas, ni tengo nada de sobrenatural. No tengo poderes, ni cambio de forma ni me entran deseos repentinos de morder los cuellos de la gente. Así que, a menos que estén jugando al emocionante juego de «Aterroriza al humano», no sé qué otra cosa podría llevar a los metamorfos a querer matarme.

—Eso es lo que él supone, porque es lógico teniendo en cuenta cuánto tiempo han esperado para encontrar algo que le importe, algo que puedan arrebatarle.

El corazón se me acelera al escuchar las palabras de Mekhi y ante la insinuación de que todo el mundo sabe que a Jaxon le importo. Posiblemente sea ridículo emocionarse con esa idea, si es que tiene algo de cierta, ya que esos sentimientos me convierten en una diana andante. Pero después del tiempo que he pasado hoy con él en su habitación, no me importa tanto como debería. Quiero estar con él.

—Y ¿cómo era Hudson? —pregunto cuando llegamos a la última parte de los túneles.

Tal vez sea una pregunta indiscreta, pero ¿cómo, si no, voy a averiguar algo sobre la relación que Jaxon tenía con su hermano? Estoy casi segura de que él no me lo va a contar.

Mekhi me mira y, esta vez, hay algo diferente en su expresión, algo de recelo y de temor al mismo tiempo. Se parece muchísimo a la que Jaxon tenía al hablar de Hudson, menos por la angustia palpable de la que carece la de Mekhi, y me pregunto quién era ese tipo. Y por qué su presencia sigue tan viva a pesar de llevar muerto casi un año.

—Hudson era... Hudson —dice Mekhi acompañando sus palabras de un suspiro—. Supongo que la mejor manera de describirlo es como una versión *light* de Jaxon.

—¿Una versión *light*? —No es lo que esperaba oír, y menos después de lo que me ha contado antes Jaxon—. Creía que era un...

Dejo la frase inacabada porque no quiero calificar de «monstruo» al antiguo heredero al trono vampírico, aunque es justo lo que estoy pensando.

—No digo que fuera *light* en plan más débil —se explica Mekhi cuando llegamos a la rotonda de los túneles—, sino *light* en comparación con Jaxon. Era el hermano mayor y algo así como el hijo pródigo. Sus padres lo adoraban, al igual que muchas otras personas importantes en nuestra especie.

»Pero ser capaz de hacer creer a la gente que eres carismático no es lo mismo que serlo. Y si algo tengo claro es que Hudson no era ni una cuarta parte de la persona que es Jaxon. Era demasiado egoísta, demasiado egocéntrico, demasiado oportunista. A Hudson sólo le importaba él mismo. Sólo se le daba bien fingir que le importaban las cosas que los que estaban en el poder querían que le importasen.

No sé qué responder a eso, así que opto por no decir nada. Después de todo, nunca conocí a Hudson, y no me interesa lo más mínimo más allá del hecho de que Jaxon esté usando la muerte de su hermano para castigarse.

Pero he de admitir que la descripción de Mekhi se aproxima mucho a la imagen que me había hecho leyendo entre líneas el relato de Jaxon. Se está castigando duramente por lo que sucedió entre ellos, pero, desde mi punto de vista, le hizo un gran favor al mundo al sacar a Hudson de él. Y me da igual lo que él crea.

Oímos algo por detrás, y al instante Mekhi me empuja a su espalda y se vuelve levantando las manos y adoptando claramente una postura combativa. Aunque se relaja de inmediato cuando ve que el ruido procedía de Lia, que corre por el túnel hacia nosotros.

Y cuando digo «correr», me refiero a «galopar». ¡Madre mía! Sí que puede ser rápida cuando quiere. No es algo que me sorprenda; he visto cómo se mueve Jaxon y es increíble la velocidad a la que puede llegar hasta mí cuando quiere.

Pero, hasta ahora, cuando se ha movido tan deprisa ha sido porque yo tenía algún problema y deseaba salvarme. Uno de esos problemas que me impedían prestar atención a lo que él estaba haciendo porque estaba ocupada intentando no morir.

Ver a Lia corriendo sin que haya ninguna razón de seguridad es algo distinto. Es algo muy intenso. Tarda menos de un minuto en recorrer el túnel cuando nosotros hemos tardado cinco.

Y al alcanzarnos, ni siquiera le falta el aliento.

—¡Eh, tía! ¡Ni que tuvieras que apagar un incendio! —le grita Mekhi cuando pasa corriendo por nuestro lado.

Me sorprende su tono y el hecho de que gran parte de la calidez con la que me estaba hablando a mí ha desaparecido. A ver, tampoco es que ella sea la simpatía personificada cuando responde:

—Ah, hola. Es que quiero aprovechar mi hora libre para trabajar un poco en el estudio de Arte.

Mekhi enarca una ceja.

—¿Desde cuándo usas tu tiempo libre para hacer algo productivo?

Ella aparta la mirada y aprieta la mandíbula y, por un segundo, estoy casi segura de que no va a contestarle. Pero entonces se encoge de hombros y dice:

—Estoy trabajando en un retrato de Hudson.

—¡Anda! ¡Era él! —exclamo al recordar la obra en la que estaba trabajando ayer—. Es muy guapo.

—Ni te lo imaginas. —Sus labios se curvan formando lo más parecido a una sonrisa que he llegado a ver en su cara—. Pero mi talento no alcanza a hacerle justicia.

—¿Falsa modestia? —se burla Mekhi—. Eso no es propio de ti, Lia.

—¿Y tú qué sabrás? Anda, no me toques las narices —responde ella poniendo los ojos en blanco.

—No pienso tocarte nada, no quiero coger la rabia.

Uf. Se respira tan mal rollo entre ellos que empiezo a temer que estoy a punto de presenciar el segundo ataque vampírico del día. Al parecer, al truncarse su relación con Jaxon también se truncó con el resto de la Orden, porque Mekhi parece querer partirle el cuello. Sin embargo, justo cuando estoy intentando determinar cómo calmar los ánimos, Lia le hace una peineta. Después enhebra su brazo en el mío y dice:

—Vamos, Grace. No merece la pena.

—Ah, verás es que... Mekhi me está acompañando a clase.

No me gusta estar en medio de los dos, pero eso no significa que vaya a dejar tirado a Mekhi a la primera de cambio. Justo suena el timbre en ese momento y Mekhi se encoge de hombros ligeramente y da un paso atrás.

—Yo estoy conforme con ir tirando a clase de Cálculo si tú estás conforme con que Lia te muestre el resto del camino.

—Estoy convencida de que seré capaz de llevarla a su clase sana y salva —responde Lia con tono mordaz.

Sonrío a Mekhi con gratitud. Me gusta el hecho de que no se tome tan a rajatabla lo de no dejarme sola ni un solo segundo. Se limita a asegurarse de que todas las bases están cubiertas sin armar un follón. Para eso ya está Jaxon.

—Claro —le digo con sinceridad.

Aquí abajo, rodeada de gente en la que Jaxon confía, aunque ellos no confíen el uno en el otro, se me hace mucho más fácil lidiar con todo lo que ha pasado.

—Ve a clase de Cálculo.

—Unas palabras que absolutamente ninguna persona normal ha querido oír jamás —responde, y suspira.

Pero retrocede y se despide haciendo un saludo con dos dedos. De forma impulsiva, recorro la distancia que nos separa y le doy un abrazo.

—Gracias por acompañarme, de verdad.

Mi humana muestra de emoción parece cogerlo por sorpresa, así que me aparto temiendo haber hecho algo malo. Pero, cuando lo miro, la sonrisa tonta que tiene en la cara me indica que no le ha molestado en absoluto. Y entonces me da unas palmaditas en la cabeza como si fuera un chihuahua de concurso o algo.

Pese a ello, es genial contar con la aprobación de uno de los amigos de Jaxon, así que le sonrío y me despido de él imitando ese ridículo saludo con dos dedos. Se echa a reír. Después, gruñe un poco a Lia, por puro teatro, creo, antes de darse la vuelta y regresar por donde había venido.

Me quedo observándolo un momento, esperando que empiece a galopar como Lia, pero se toma su tiempo y camina sin prisa, como si estuviera en una de esas películas del Oeste que solía ver mi padre.

Eso hace que Mekhi me caiga mejor todavía. Está dispuesto a darnos a Lia y a mí algo de intimidad, pero no tiene ninguna prisa por dejarme sola con nadie. Ni siquiera con otra vampira.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —le pregunto a Lia tras echar otro vistazo al móvil y comprobar que sigo sin noticias de Jaxon y que faltan dos minutos para que empiece la clase.

—Diría que soy yo la que tendría que hacerte a ti esa pregunta después de la escenita en la sala de estudios.

Enarca las dos cejas como diciendo «¿Qué cojones...?».

—Ah, eso. Eh... Jaxon...

No sé cómo seguir, no sé qué decir sobre lo que ha pasado. Lia se echa a reír.

—No tienes que explicarme nada. Hudson era igual de sobreprotector y hacía lo que hiciera falta para cuidar de mí. Incluso si no había nada de lo que protegerme.

Me planteo corregirla y contarle lo que ha estado pasando para que me dé su opinión, pero casi hemos llegado a las casitas y de repente hay muchísima gente: vampiros, brujas y metamorfos. Y, puesto que ya hay bastantes cotilleos circulando por ahí sobre mí, supongo que lo que menos necesito es añadir más leña al fuego.

De modo que, en vez de informar a Lia de todo lo acontecido los últimos días, me encojo de hombros y me río.

—Ya sabes cómo son los tíos.

—Sí, lo sé. —Pone los ojos en blanco—. Lo que me recuerda... Estaba pensando que igual te apetece alejarte de todo ese machismo un rato. ¿Hacemos una noche de chicas? Podemos ponernos mascarillas, ver alguna comedia romántica, inflarnos a chocolate... E incluso hacernos esas manicuras y pedicuras de las que hablábamos el otro día.

—Ah. —Echo otro vistazo a mi móvil: nada de Jaxon. Probablemente mi tío lo haya desterrado a Praga o a Siberia después de todo—. Sí, vale.

—¡Vaya! —Me mira fingiendo estar ofendida—. Menudo entusiasmo.

—Perdona. Esperaba que Jaxon me preguntara si quería pasar un rato con él esta noche. Pero... —Levanto el teléfono y suspiro—. De momento no me ha dicho nada.

—Ya, bueno. Tampoco te agobies. Lo de hacer planes no es precisamente el *modus operandi* de Jaxon.

Detecto una tristeza oculta bajo el tono de amargura que utiliza cuando habla de él, y no puedo evitar pensar que, a pesar de sus palabras, añora su amistad tanto como él. Y es una auténtica lástima, teniendo en cuenta lo mucho que están sufriendo los dos.

No soy quién para meterme en su relación. Yo no conocí a Hudson ni estaba aquí cuando las cosas se torcieron entre Jaxon y Lia, pero sé lo efímera que puede ser la vida, incluso para los vampiros. Lo rápido que puede acabar todo, sin previo aviso, sin darte la oportunidad de arreglar las cosas.

Y también sé lo mucho que le pesan a Jaxon sus problemas con Lia; cómo le recuerdan a diario su papel en lo que le sucedió a Hudson. Y me pregunto si a ella le pesarán también... y si podrían empezar a sanar sus heridas si fueran capaces de perdonarse el uno al otro, y a sí mismos.

Cualquier cosa tiene que ser mejor que esta enemistad entre ellos. Ella está destrozada, él está devastado, y ninguno de los dos puede mirar al futuro porque están traumatizados por el pasado.

Por eso, al final no puedo evitar decir:

—Te echa mucho de menos, ¿sabes?

Me mira a los ojos al instante.

—No sabes de lo que hablas —dice a medio camino entre un susurro y un siseo.

—Sí lo sé. Me ha contado lo que pasó. Y no me puedo ni imaginar el dolor que debes...

—Tienes razón. No te lo puedes imaginar. —Empieza a acelerar el paso cuando nos dirigimos a la última pendiente—. Así que no lo hagas.

—Vale. Perdona. —Prácticamente tengo que correr para seguirle el ritmo —. Es sólo que creo que te sentirías algo mejor si intentases conectar con Jaxon un poco. O con quien sea, Lia, en serio. Sé que estás triste; sé que sólo quieres que te dejen en paz porque todo lo demás es demasiado angustioso como para pensarlo siquiera. Créeme, lo sé. —Joder que si lo sé —. Pero el caso es —continúo— que así no estás mejorando nada. Sigues donde estás, ahogada en tu dolor, y seguirás ahogándote hasta que no decidas dar el primer paso.

—¿Qué crees que estaba haciendo cuando te he invitado a mi cuarto esta noche? —pregunta con un hilo de voz—. Estoy cansada de llorar hasta quedarme dormida todas las noches, Grace. Estoy cansada de sufrir. Por eso pensé que podría intentar empezar de cero contigo. Porque eres simpática y porque no conocías a Hudson ni a la persona que yo era antes. Pensé que podíamos ser amigas. Amigas de verdad.

Aparta la cara, pero sé que se está mordiendo el labio, intentando no llorar. Me siento como una auténtica capulla.

—Pues claro que somos amigas, Lia.

Sin pensarlo, rodeo sus hombros con el brazo y la estrecho contra mí. Al principio se pone tensa, pero al final se relaja y se apoya en mi abrazo. Antes era de esas personas que nunca se soltaban del abrazo primero, hasta que murieron mis padres. Después recibí tantos abrazos que no quería de gente bienintencionada que no sabía qué otra cosa hacer, y apartarme se convirtió en un modo de supervivencia.

Por Lia, vuelvo a mi etapa previa al accidente y la abrazo hasta que decide que ya es suficiente. Tarda más de lo que pensaba en hacerlo, lo que, en mi mente, demuestra mi teoría de que hay que abrazar hasta que la otra persona se aparta, porque nunca se sabe por lo que está pasando o si necesita consuelo.

Cómo no, mi móvil decide ponerse a vibrar justo en medio de nuestro abrazo, y me cuesta un mundo no cogerlo. Pero las amigas de verdad son importantes, además de escasas, así que espero y no me aparto hasta que ella decide hacerlo.

El móvil vibra tres veces más, para y vuelve a vibrar. Lia pone los ojos en blanco, pero de un modo amistoso que me indica que la tormenta ha pasado.

—¿Por qué no respondes y pones fin a su sufrimiento? Seguro que está acojonado pensando que los metamorfos han decidido hacerse una barbacoa de Grace para desayunar a pesar de su advertencia.

Debe de tener razón, pues recibo dos mensajes más antes de sacarme el móvil del bolsillo. Lia se ríe y niega con la cabeza.

—«¡Cómo han caído los héroes!»

No voy a mentir, mi corazón se salta un latido, o cinco, al oírla decir eso, aunque una parte de mí teme que esté expresando sus deseos. Sin embargo, me cuesta no sonreír cuando leo los mensajes que me ha enviado.

¿Ves? Ya te decía yo que
no te preocuparas.
He vivido para hacer frente a un nuevo día.
¿O debería decir que he vivido para hincarle el diente
a un nuevo día?
Oye, ven a mi cuarto esta noche,
cuando estés libre.
Quiero enseñarte algo.

En parte porque se ha puesto en contacto en cuanto ha terminado de hablar con mi tío. Y, sobre todo, porque me ha pedido salir esta noche. Bueno, o lo más parecido que se pueda hacer aquí, en un lugar perdido en el centro de Alaska.

Perdona, estoy hablando con Lia.
¡Vale! ¿A qué hora?
Me alegro de que haya ido bien.

Vacilo un instante, y entonces le escribo lo que he estado pensando desde que he leído su comentario sobre hincarle el diente a un nuevo día. Que es lo mismo que he estado pensando desde que me he ido de su habitación hace un par de horas.

Me gusta cuando hincas el diente.

Me ruborizo un poco cuando lo envío, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Porque es la verdad, y porque ya me he abalanzado sobre este chico. ¿Qué sentido tiene andarse ahora con remilgos?

El móvil vibra inmediatamente, y casi tengo miedo de mirarlo.

Miedo de haberme pasado. Miedo de ir demasiado deprisa.

Me alegro, porque a mí
me gusta cómo sabes.

Es una respuesta cursi y nada original, pero no me importa en absoluto, porque me parece supermono. Para ser alguien que intenta dar esa imagen de tipo duro, Jaxon es un encanto. En serio. ¿Qué chica podría resistirse a

un mensaje así? ¿O al chico que lo ha escrito, cuando encima es capaz de luchar contra lobos y dragones y lo que sea que vaya a por ella? Yo no, desde luego.

Lia, en cambio, finge que le entran arcadas cuando lee el mensaje por encima de mi hombro.

—Vaya con Jaxon. Qué pasteloso.

—A mí me gusta.

Sin embargo, apago la pantalla y meto el móvil en el bolsillo. No tiene por qué leer nada más que Jaxon decida escribirme. Siento un ligero hormigueo de pensarlo.

—Entonces ¿posponemos lo de esta noche y dejamos lo de las mascarillas para mañana? —dice Lia mientras abre la puerta que da al estudio de Arte.

Parece un buen plan. Pero después de todo lo que me ha revelado, no puedo evitar preguntarle:

—¿Estás segura? Puedo ir a ver a Jaxon después de nuestra noche de chicas.

—¿Y hacerme responsable de interferir con el amor verdadero? —responde con sarcasmo—. De eso nada.

—¿Qué? No es nada de eso —le digo, aunque una parte de mí se derrite al escuchar su descripción de lo nuestro—. Sólo vamos a... pasar el rato.

—¿Apostamos algo? —pregunta Lia, y resopla—. Porque el Jaxon Vega que yo he conocido toda mi vida no se dispone a casi iniciar una guerra por una chica con la que sólo quiere «pasar el rato».

53

Si este beso va a iniciar una guerra, más vale que merezca la pena

Las palabras de Lia aún resuenan en mis oídos varias horas después mientras intento decidir qué ponerme para ir al cuarto de Jaxon para lo de nuestra... cita. Lógicamente, sé que a él le va a dar igual, pero a mí no. No me he esforzado mucho en lo que a cuidar mi aspecto se refiere desde que llegué al instituto Katmere con todo lo que ha pasado y tal, y aunque sea por una vez me gustaría dejarlo impresionado.

—Deberías ponerte el vestido rojo —dice Macy, que está sentada cruzada de piernas sobre mi cama, viéndome agonizar con el tema de la ropa—. A los chicos les encanta el rojo. Y ese vestido es una pasada.

Es verdad. El vestido es increíble, pero...

—¿No te parece demasiado sugerente?

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunta—. Estás loca por él. Y está claro que él siente lo mismo por ti, o no habría estado a punto de partirle el cuello a Cole esta mañana en la sala de estudios. No tiene nada de malo dejar que sepa que te has vestido para él.

—Ya lo sé. Pero es que... —Le enseño el vestido por enésima vez—. Tampoco quiero ir demasiado vestida.

—No hay suficiente tela como para que vayas «demasiado» vestida —bromea.

—Ya, a eso me refiero.

Sin duda, el vestido rojo es impresionante, y seguro que a Macy le queda de maravilla. Pero con todos esos cortes y ángulos geométricos, y la absoluta falta de tela alrededor de las partes más importantes, se aleja completamente de mi estilo habitual. Cosa que está bien, supongo, pero lo que sea que tenga que pasar (o no pasar) con Jaxon esta noche, quiero que pase sintiéndome yo misma.

—Creo que voy a ponerme el amarillo —decido, y cojo el vestido en cuestión.

Los tirantes son finitos también, pero el escote es un poco más cerrado que el del rojo, y debería llegarme por debajo de las rodillas una vez puesto, y no sólo hasta la parte superior del muslo como el otro.

—¿En serio? A mí es el que menos me gusta de todos. —Mi prima hace ademán de quitármelo, pero me aparto para que no pueda cogerlo—. A ver, lo escogió mi padre para mí.

—Pues a mí me gusta. Como también me gusta que no grite a los cuatro vientos que estoy deseando quitarme la ropa con él.

—Dijo la chica que ha estado haciendo toda clase de cochinadas con él en su habitación —suelta con una sonrisilla burlona.

—¡No tendría que habértelo contado! Además, no nos hemos desnudado. Sólo nos hemos enrollado. —Me quito el uniforme y me pongo el vestido —. El vestido es sólo para demostrarle algo.

—¿Y qué le quieres demostrar exactamente? —Se levanta de la cama y empieza a tirar de la falda para colocármela bien sobre mis ridículas curvas —. Ah, ya. Que te mueres por ese cuerpo tan supersexy que tiene.

—Creía que no te gustaba Jaxon. —La miro con suficiencia—. ¿No eras tú la que me avisó de lo peligroso que era y de que debía mantenerme lo más alejada posible de él?

—Y mira el caso que me hiciste.

Se dirige al tocador y empieza a abrir y cerrar el sinfín de puertecitas del joyero que tiene sobre la superficie.

—Además, que me dé miedo no significa que no pueda apreciar lo atractivo que se pone contigo —dice poniendo adrede una voz grave y divertida—. ¿Y esa marca de mordedura que te ha dejado en el cuello? Uf. Me muero.

Es verdad. Me derrito cada vez que la veo en el espejo.

—Todo en Jaxon me parece maravilloso —le confieso cuando vuelve a donde estoy con un par de pendientes colgantes dorados en la mano.

—Intenta no babearme el vestido. Ya está pasado de moda.

Le saco la lengua, y ella me pone los ojos bizcos.

—Guárdatela para Jaxon.

—¡Por Dios! ¿Estás intentando avergonzarme antes siquiera de que llegue a su habitación?

—¿Por qué iba a avergonzarte eso? Te mueres por él, y él por ti... ¡Adelante!

—¿Puedes, por favor, darme ya los pendientes para que pueda largarme de aquí? —digo extendiendo la mano para que me los dé.

—Espera, yo te los pongo. Son difíciles de cerrar. —Se inclina y me pasa uno por el agujero—. Uf... hueles para comerte... Ups. Digo, para beberte.

—Macy, en serio...

—Vale, vale. Ya paro. —Cambia de lado para ponerme el segundo pendiente. Por fin lo cierra y se aparta—. ¿Cómo puedes permanecer tan quieta? —pregunta mientras me estira la falda del vestido—. Eres como una estatua. Parecía que ni respirabas cuando te he puesto ese pendiente.

—Tenía miedo de que resbalaras y me arrancaras la oreja. O me sacaras un ojo —bromeo.

Me dedica una mueca fea mientras deslizo los pies en los bonitos tacones que he traído conmigo. Son color *nude* y con tiras finas, así que pegan con

casi todo, incluso, afortunadamente, con este vestido amarillo.

—Bueno, ¿qué tal estoy?

Doy una vuelta en el centro de la habitación.

—Estás que vas a necesitar otra transfusión de sangre para cuando Jaxon acabe contigo.

—¡Macy! ¡Para!

Mi prima sonríe, y yo me dispongo a marcharme.

—En serio, estás fantástica. Ese vampiro se va a quedar boquiabierto cuando te vea.

Esta vez, cuando me ruborizo, es de emoción.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé. —Me hace un gesto para que me dé otra vuelta, y lo hago—. Además, me apuesto diez pavos a que a ese vestido le van a faltar botones cuando vuelvas.

—Vale, ¡se acabó!

La fulmino con la mirada en broma y me dirijo a la puerta. En respuesta, sólo sonríe y bizquea, y me entra una risa tremenda. Pero también me tranquiliza, que sé que es justo lo que pretende.

Se me hace rarísimo. Antes de venir aquí, llevaba diez años sin ver a Macy. Somos prácticamente unas desconocidas. Y ahora no me imagino volver a una vida sin ella.

—No me esperes despierta —insinúo mientras salgo.

—Ya, ni que hubiese pensado hacerlo —contesta, y suelta un bufido—. Y, por cierto, necesitaré todos los detalles. Y con «todos», quiero decir «todos». Así que más te vale prestar mucha atención a cualquier cosa que pase para poder contármelo bien.

—Por supuesto —respondo siguiéndole el rollo—. Cogeré apuntes. Así no me olvidaré de nada.

—Tú tómatelo a broma, pero hablo en serio. Lo de los apuntes no es mala idea.

Pongo los ojos en blanco.

—Adiós, Macy.

—¡Vamos, Grace! Deja que una chica disfrute a través de ti, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no te vas a buscar a Cam y vives un poco tú también?

Lo considera.

—Tal vez lo haga.

—Bien. Y deberías ponerte el vestido rojo. Después de todo, a los chicos les encanta que se lo sirvas todo en bandeja. —Me saca el dedo y me tira una almohada que logro esquivar por los pelos—. Qué mal carácter... —bromeo, y salgo pitando antes de que decida lanzarme algo que duela.

O echarme alguna maldición que haga que se me caiga el pelo. Al fin y al cabo, convivir con una bruja tiene sus riesgos.

Me sudan las manos y el corazón me late un poco demasiado deprisa de camino a la torre. Quizá debería haber venido después de clase, como pretendía hacer, porque lo único que han conseguido todos estos preparativos (el pelo, el maquillaje, lo del vestido...) es darme más tiempo para pensar. Y más tiempo para ponerme nerviosa.

Cosa que no tiene ningún sentido. Estamos hablando de Jaxon, que me ha visto caerme de un árbol y desangrarme casi hasta morir. Me ha salvado la vida en varias ocasiones desde que llegué aquí. Me ha visto en mi peor momento. ¿Por qué de repente quiero que me vea en todo mi esplendor? En realidad no creo que le importe nada si me aliso el pelo o me pongo tacones altos.

Me voy diciendo todo esto de camino a su cuarto, e incluso llego a creérmelo. Pero las manos me siguen temblando cuando llamo a su puerta. Y también las rodillas.

Jaxon abre la puerta con una sonrisa sexy que se borra de su rostro en cuanto me ve. No es la reacción que esperaba después de haberme pasado las últimas dos horas arreglándome, desde luego.

—¿He llegado demasiado pronto? —pregunto de repente muy incómoda —. Si quieres, vuelvo más tarde.

Me dispongo a marcharme cuando me agarra de la muñeca y tira de mí con suavidad hacia el interior de su habitación y me abraza.

—Estás fantástica —me susurra al oído mientras me estrecha con fuerza —. Absolutamente preciosa.

El nudo de tensión que tenía en el estómago desaparece en cuanto me envuelve con los brazos.

En cuanto huelo su aroma a naranjas y a agua fresca.

En cuanto siento la fuerza y la potencia de su cuerpo alrededor del mío.

—Tú tampoco estás nada mal —le digo.

Está guapísimo, con unos vaqueros rotos y un jersey azul intenso de cachemira.

—Creo que es la primera vez que te veo vestido de otro color que no sea negro.

—Ya, bueno, que quede entre nosotros.

—Por supuesto. —Rodeo su cintura con los brazos y le sonrío—. No quiero arruinar tu reputación de malote.

Pone los ojos en blanco.

—¿Qué te pasa con mi reputación? Estás obsesionada.

—Pues que todo el mundo se ve en la obligación de advertirme que debo alejarme de ti. Obviamente. Nunca había salido con alguien como tú.

Estoy de broma, pero en cuanto las palabras abandonan mi boca, quiero retirarlas. Después de todo, justo esta mañana me estaba diciendo lo mucho que le preocupa hacerme daño. Que yo considere que no tiene motivos para preocuparse teniendo en cuenta que conmigo siempre ha sido supercuidadoso no significa que él no se lo tome muy muy en serio.

Como era de esperar, Jaxon se aparta. Intento retenerlo, pero es imposible hacerlo si él no quiere.

—Te hice daño una vez, Grace —dice al cabo de un segundo totalmente serio—. No volverá a pasar.

—En primer lugar, hablemos claro. Tú no me hiciste daño. Un trozo de cristal salió despedido y me hirió. Y, en segundo lugar, sé que estoy segura contigo. Ya te lo he dicho antes. De lo contrario no estaría aquí.

Me observa por un momento, como si intentase determinar si estoy siendo sincera. Al parecer decide que sí, porque al final asiente y se acerca de nuevo. Esta vez tira de mí contra él, inclina la cabeza y me da un beso en los labios.

Es un beso distinto al que hemos compartido antes, más suave, más tierno. Pero me llega al alma igualmente. Me enciende. Me vuelve del revés con todo lo que siento por él y todo lo que espero que él sienta por mí.

Pero esta noche no es para pensar en lo que podría ser, sino para celebrar lo que es, de modo que encierro ese pensamiento dentro de mí y me aferro a Jaxon con todas mis fuerzas. Y con todo lo que soy.

El beso dura una eternidad, el suave susurro de su boca contra la mía, y aun así me parece que se aparta demasiado pronto. Sigo abrazada a él, con los dedos enredados en su jersey y tirando de su cuerpo en un intento desesperado por retenerlo a mi lado un poco más.

Pero cuando por fin lo dejo ir, cuando por fin abro los ojos, el Jaxon que me mira no es el que estoy acostumbrada a ver. No hay remordimiento en sus ojos oscuros ni frunce el ceño. Nunca se había mostrado tan desenfadado y feliz.

Da gusto verlo, tanto que me quedo sin aliento por un sinfín de motivos diferentes. Me pregunto si él sentirá lo mismo al verme a mí, porque durante varios segundos ninguno de los dos nos movemos. Nos quedamos mirándonos a los ojos, conteniendo la respiración con los dedos entrelazados.

Una gran emoción bulle dentro de mí y se acrecienta con cada segundo que paso mirándolo. Con cada segundo que paso tocándolo. Hacía tanto

tiempo que no la sentía que tardo varios minutos en reconocer que se trata de felicidad.

Al final se aparta, y la falta de contacto me provoca un dolor físico en mi interior.

—¿Qué haces? —pregunto al verlo rebuscar en su armario.

—Por mucho que me guste ese vestido, necesitas algo de abrigo —responde, y saca una chaqueta tipo sudadera con capucha y con forro de pelo de The North Face. Negra, claro.

Desliza mis brazos por las mangas y me sube la cremallera. Me coloca la capucha en la cabeza, coge la manta roja que descansa a los pies de su cama y dice:

—Vamos.

Me tiende la mano, que acepto con gusto (¿cómo no hacerlo?). Ahora mismo lo seguiría hasta el fin del mundo. Y digo esto antes de que retire las cortinas que cubren la ventana y de ver lo que nos espera al otro lado.

54

¿Qué podría ser más interesante que besarme?

—¡Qué fuerte! —exclamo, y corro hacia la ventana—. ¡Qué-fuerte! ¿Cómo lo has sabido?

—Sólo las has mencionado como tres veces —responde, y abre la ventana y salta a los parapetos antes de tenderme la mano.

Lo sigo al exterior, con la vista fija en el cielo que se extiende ante nosotros. Está iluminado como un arcoíris gigante: el fondo de un intenso color morado, mientras se arremolinan tonos violeta, verdes y rojos sobre él.

—La aurora boreal —exhalo tan absorta en su incomparable belleza que apenas noto el frío..., ni que Jaxon me ha envuelto con esa manta tan calentita.

—¿Es como esperabas? —pregunta abrazándome por detrás.

—Es aún mejor —respondo algo asombrada al ver lo intensos que son los colores y lo rápido que se mueven las luces—. Sólo había visto fotos, y no sabía que se movía así.

—Esto no es nada —responde, y me abraza más fuerte—. Aún es pronto. Espera y verás.

—¿Es que hay más?

—Mucho más. Cuanto más rápidos son los vientos solares que golpean la atmósfera, más deprisa danzan las auroras —contesta riendo.

—Y los colores son por los elementos, ¿verdad? Los verdes y rojos son por el oxígeno, y los azules y morados por el nitrógeno.

Parece impresionado.

—Sabes mucho sobre ellas.

—Me gustan desde que era una niña. Mi padre pintó un mural en la pared de mi habitación cuando yo tenía siete años. Me dijo que un día me llevaría a verlas.

No puedo evitar pensar en que no ha podido cumplir su promesa. Y en todas las promesas que se perdieron con él.

Jaxon asiente y me estrecha aún más. Entonces me da la vuelta para que esté de cara a él.

—¿Confías en mí?

—Pues claro que sí —contesto automáticamente, y la respuesta me sale de dentro, desde la parte más primitiva de mi ser.

Él también lo sabe. Lo percibo en el modo en que abre los ojos y lo noto en la forma en que su corazón late de repente con fuerza contra el mío.

—Ni siquiera has tenido que pensarlo —susurra acariciándome la cara con reverencia.

—¿Qué hay que pensar? —Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él para darle un beso—. Sé que cuidarás de mí.

Entonces cierra los ojos y apoya la frente en la mía durante unos instantes antes de tomar mi boca con la suya. Me besa como si tuviera sed de mí. Como si su mundo dependiera de ello. Como si yo fuese lo único importante.

Le devuelvo el beso de la misma manera, hasta que casi no puedo respirar, hasta que los colores que veo detrás de mis ojos son más intensos que los de la aurora boreal. Hasta que tengo la sensación de estar volando.

—Quizá debería haberte preguntado si tienes miedo a las alturas —murmura Jaxon al cabo de unos minutos, con los labios todavía pegados a los míos.

—¿A las alturas? Pues no... —respondo, y entierro los dedos en su pelo intentando que vuelva a besarme.

—Bien. —Mueve mi mano derecha hasta la altura de mi garganta para que pueda cerrarme la manta a mi alrededor agarrando los bordes con el puño—. Ciérrate bien la manta.

En ese momento me coge de la mano izquierda y me da una vuelta rápida, como las de esos bailes de swing antiguos. Sofoco un grito ante lo súbito del movimiento y al darme cuenta de que no noto el suelo bajo mis pies al hacerlo. Apenas un par de segundos después, grito al contemplar el cielo por primera vez desde que Jaxon ha comenzado a besarme.

Ya no estamos en el parapeto, sino flotando a unos treinta metros por encima del castillo y, de alguna manera, tengo la sensación de estar en medio de la aurora boreal.

—¿Qué haces? —pregunto cuando por fin logro articular palabra—. ¿Cómo es posible que estemos volando?

—Creo que «flotando» es una descripción más acertada de lo que estamos haciendo —puntualiza Jaxon con una sonrisa.

—Volando, flotando. ¿Acaso importa? —Me aferro a su mano con todas mis fuerzas—. No me sueltes.

Se ríe.

—Tengo poderes telequinésicos, ¿recuerdas? No te preocupes.

—Ah, claro.

Cuando caigo en la cuenta, relajo la mano con la que me agarro a él, pero sólo un poco. Y, por primera vez desde que hemos empezado a flotar, admiro el cielo que nos rodea.

—Madre mía —susurro—. Es lo más increíble que he visto en mi vida.

Jaxon se echa a reír y tira de mí una vez más. Esta vez me coloca con la espalda contra su pecho para que pueda apreciarlo todo bien y sentirlo a mi alrededor al mismo tiempo.

Y entonces empezamos a girar y a girar entre las luces de la aurora.

Es una pasada, mil veces mejor que cualquier atracción del mejor parque de atracciones del mundo. No paro de reír, disfrutando de cada segundo.

Disfrutando de la emoción de estar girando en el cielo en mitad de la aurora.

Disfrutando de la sensación de estar bailando a través de las estrellas.

Y disfrutando más todavía de poder hacerlo en los brazos de Jaxon.

Nos quedamos así horas, bailando, flotando y girando en el espectáculo de luces más increíble del mundo. Por un lado, sé que tengo frío a pesar de llevar puesta la chaqueta, de tener a Jaxon abrazándome y de estar rodeada de la aurora boreal, pero, por otro y más importante, apenas lo siento. ¿Cómo podría, cuando el placer de estar aquí viviendo este momento con Jaxon me impide centrarme en nada más?

Sin embargo, al final volvemos al parapeto. Quiero protestar, quiero rogarle que sigamos un poco más, pero no sé cómo funciona su telequinesia. No sé cuánta energía y poder tiene que emplear para mantenernos ahí arriba todo el tiempo que lo ha hecho.

—Y tú que creías que los vampiros sólo sabían morder cosas —me susurra al oído cuando estamos de nuevo en tierra firme.

—Yo nunca he dicho eso. —Me vuelvo hacia él y pego la boca en su cuello, deleitándome en el modo en que contiene la respiración en cuanto mis labios le rozan la piel—. De hecho, creo que eres bueno en muchas cosas.

—¿Ah, sí? —Me estrecha contra él y me besa en los ojos, las mejillas, los labios.

—Pues sí. —Deslizo las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y disfruto al verlo temblar cuando lo toco—. Aunque, no voy a mentir, lo de

morder también es una pasada.

Levanto la boca para recibir otro beso, pero se aparta antes de que pueda pegar mis labios a los suyos. Empiezo a seguirlo, pero él sólo sonríe y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Si empiezo a besarte ahora, no voy a querer parar.

—Me parece bien —respondo, intentando que nuestros cuerpos recuperen el contacto.

—Ya lo sé. —Sonríe—. Pero hay algo que quiero hacer primero.

—¿Qué podría ser más interesante que besarme?

—Nada en absoluto. —Me planta otro beso en los labios y da un gran paso atrás—. Aunque espero que esto esté a la altura. Cierra los ojos.

—¿Por qué?

Suspira con fingida exasperación.

—Porque yo te lo he pedido. Obviamente.

—Bueno. Pero más te vale seguir estando aquí cuando los abra.

—Estás en mi habitación. ¿Adónde iba a ir?

—No lo sé, pero por si acaso. —Lo miro con los ojos entrecerrados a modo de advertencia—. Tienes la mala costumbre de desaparecer cuando las cosas se ponen... interesantes.

Sonríe de oreja a oreja.

—Eso era porque me daba miedo morderte si me quedaba más tiempo. Pero ahora que sé que no te importa, no tendré que huir tan rápido.

—O podrías no huir en absoluto.

Ladeo la cabeza en un claro gesto de invitación. Sus ojos pasan de su oscuridad normal al negro absoluto de las pupilas totalmente dilatadas, y me estremezco de placer al pensar en lo que viene. Al menos hasta que dice:

—No vas a conseguir despistarme, Grace. Así que haznos un favor a los dos y cierra los ojos.

—Vaaale. —Hago un pucherito, pero obedezco. Después de todo, cuanto antes terminemos con esto, antes podré volver a besarlo—. Date prisa.

Se ríe y su cálido aliento me roza la oreja.

—Qué impaciente.

Espero con los ojos cerrados a que haga lo que tenga que hacer, hasta que siento su pecho pegado a mi espalda y sus brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Qué...?

—Ya puedes abrir los ojos.

Al hacerlo casi me caigo de la impresión.

—¡¿Qué...?!

—¿Te gusta? —pregunta con una voz dulce y un tanto insegura que nunca le había oído poner.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. —Levanto una mano temblorosa hasta el collar que está sosteniendo a unos centímetros de mí y acaricio con el dedo la inmensa piedra preciosa con los colores del arcoíris que pende en el centro de la cadena de oro—. ¿Qué es?

—Es un topacio místico. Algunos joyeros la llaman la «piedra de la aurora boreal» por el modo en que se mezclan los colores.

—No me extraña. —El corte de la piedra es increíble, cada faceta está tallada para resaltar los azules, los verdes y los morados que contiene, de manera que se mezclan entre sí al tiempo que destacan por su cuenta—. Es preciosa.

—Me alegro de que te guste. —Baja el collar hasta que la piedra me queda justo debajo de la clavícula y me lo abrocha en la nuca. Después, se aparta para admirarlo—. Te queda muy bien.

—No puedo aceptarlo, Jaxon —digo, aunque todo en mi ser me grita que me aferre al collar y que no lo suelte jamás—. Es...

Enorme. Y no me quiero ni imaginar cuánto habrá costado. Seguro que más que todas mis posesiones juntas.

—Perfecto para ti —dice apartando un poco el colgante y dándome un beso en la piel que cubría.

—La verdad es que creo que sería perfecto para cualquier mujer. —Por su propia voluntad, mi mano asciende para tocar la piedra. No quiero devolverla—. Es maravilloso.

—Entonces la vuestra es la combinación perfecta.

—Por Dios —refunfuño—. Eso ha sido superpasteloso.

—Ya —asiente y se encoge de hombros como diciendo «¿Qué le vamos a hacer?»—. Y tú eres superpreciosa.

Me río, pero antes de que pueda decir nada más me besa. Es un beso intenso, y lo que fuera que iba a decir sale volando de mi cabeza.

Me entrego a él. Disfruto del modo en que sus labios se mueven sobre los míos. Disfruto aún más del modo en que su lengua roza las comisuras de mi boca antes de arañar con suavidad mi labio inferior con el colmillo.

Me estremezco cuando su boca se desplaza más abajo y sus labios recorren mi mandíbula en dirección a mi cuello. Jamás había sentido algo así. Jamás había imaginado que podría experimentar algo como esto. Es tan intenso, física y emocionalmente, que resulta casi abrumador, pero en el sentido más positivo posible.

—Tienes frío —dice malinterpretando mi estremecimiento—. Vamos dentro.

No quiero ir dentro. No quiero que esta noche mágica y mística acabe. Pero cuando Jaxon se aparta, el frío se apodera de mí y tirito de nuevo. Es todo lo que hace falta para que me coja en brazos y me meta por la ventana.

Después entra él y cierra la ventana de golpe. Extiendo la mano para tocarlo. Me siento algo desolada ahora que estamos de vuelta en el mundo real en vez de danzando por el cielo. Pero estoy empezando a darme cuenta de que cuando a Jaxon se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo saque de ahí, y menos si ese algo tiene que ver con mi seguridad o mi bienestar.

De modo que con los dedos envuelvo el colgante que no quiero quitarme jamás y espero a que termine de hacer lo que sea que esté haciendo.

En cuestión de minutos estoy envuelta en otra manta más y ambos tenemos una infusión en las manos. Bebo un trago para su tranquilidad, y luego otro porque está muy muy bueno.

—¿Qué es? —pregunto, y me llevo la taza a la nariz para percibir sus aromas.

Tiene naranja, canela, salvia y un par de esencias más que no acabo de identificar.

—Es mi mezcla favorita de Lia. Me la ha traído esta tarde, como una especie de ofrenda de paz, o algo así.

—¿Lia? —No puedo ocultar la sorpresa en mi voz, teniendo en cuenta la conversación que he mantenido con ella esta mañana.

Bebo otro sorbo. Sabe distinto a la infusión que me hizo la semana pasada, más especiada, pero muy buena.

—Ya, a mí también me ha sorprendido. Cuando he abierto la puerta era la última persona que esperaba ver al otro lado. —Se encoge de hombros—. Pero me ha dicho que ha estado hablando contigo esta mañana y que no había podido dejar de pensar en mí desde entonces. No se ha quedado mucho, sólo me ha traído la mezcla y me ha dicho que estaba dispuesta a intentar que las cosas fueran como antes si yo estaba de acuerdo.

—¿Y lo estás? —pregunto emocionada al pensar que Jaxon pueda recuperar una pequeña parte de todo lo que perdió.

—Quiero intentarlo. No sé si será posible ni qué significa, pero voy a intentarlo. Gracias a ti.

—Yo no he hecho nada. Es cosa vuestra.

—Permíteme que lo dude.

—Es la verdad. En realidad...

Interrumpo mi frase mientras apura su infusión y deja la taza a un lado. Los ojos le brillan como lo hacen siempre que quiere algo, y siento un

hormigueo en el estómago al darme cuenta de que lo que quiere es a mí. Aparto mi taza a un lado y extiendo la mano para tocar a Jaxon. Todo mi ser anhela estar cerca de todo su ser.

Tira de mí con un gruñido, entierra el rostro entre mi cuello y mi hombro, y besa apasionadamente la sensible piel de la clavícula. Me estremezco un poco y me pego más a él, disfrutando del modo en que su boca se desliza por mi hombro y desciende por mi brazo hasta el hueco del codo. Y disfrutando de la misma manera del modo en que su mano me acaricia la espalda por encima de la fina tela del vestido.

Normalmente, cuando estoy con él estoy cubierta de capas de ropa: jerséis, sudaderas, pantalones con forro... Pero ahora siento el calor de la palma de su mano sobre la tela. Al igual que siento la suavidad de su piel cuando sus dedos me acarician los omóplatos.

Es una sensación increíble. Tanto que me inclino hacia él y dejo que me toque donde quiera y como quiera.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, tocándonos, besándonos y acariciándonos.

El tiempo suficiente como para convertirme en cera derretida por dentro.

El tiempo suficiente como para que ardan todas las células de mi cuerpo.

El tiempo suficiente como para que me enamore todavía más de Jaxon Vega.

Huele tan bien, sabe tan bien y su tacto es tan agradable que no puedo pensar en otra cosa que no sea él. Sólo lo quiero a él.

Y cuando arrastra sus colmillos por la delicada piel de mi garganta, todo en mí se detiene anticipando lo que está por venir.

—¿Puedo? —murmura, y siento su aliento en la piel.

—Por favor —respondo, y arqueo el cuello para proporcionarle mejor acceso.

Dibuja un vago círculo justo encima de mi corazón con los colmillos.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo, y su reticencia, su cuidado, sólo hace que lo desee aún más. Que desee esto aún más.

—Sí —logro exhalar mientras deslizo las manos alrededor de su cintura para sostenerlo más cerca de mí—. Sí, sí, sí.

Debo de sonar convincente porque, segundos más tarde, ataca y me clava los colmillos profundamente.

Me invade al instante el mismo placer de esta mañana. Caliente, lento, dulce. Me entrego a la sensación, me entrego a él, porque sé que puedo hacerlo. Porque sé que Jaxon sería incapaz de arrebatarme demasiada sangre.

Jamás haría nada que pudiera hacerme daño.

Deslizo las manos por su espalda hasta hundirlas en la sedosidad de su cabello mientras ladeo la cabeza al máximo para que chupe a placer. Gruñe ligeramente ante mi invitación, pero entonces noto que sus colmillos se clavan más hondo y que la presión de su succión se torna más intensa.

Cuanto más chupa, más placer siento y más quiero darle.

Pero, poco a poco, el calor que percibo en sus brazos acaba siendo reemplazado por una gelidez que procede de mis huesos y que parece apoderarse de todo mi ser. Viene acompañada de un creciente letargo que me impide pensar y más aún moverme y respirar.

Por un momento, sólo un momento, un atisbo de instinto de supervivencia asoma la cabeza y me lleva a pronunciar el nombre de Jaxon. Me lleva a arquearme hacia atrás y a forcejear débilmente contra él.

Ante mi resistencia, gruñe con ferocidad y me agarra con más y más fuerza, estrechándome contra él. Sus colmillos se hunden más en mí y el momento de lucidez se esfuma en cuanto empieza a succionar en serio.

Pierdo por completo la noción del tiempo y el concepto de mí misma. Entonces me estremezco, lo rodeo con los brazos y me entrego a Jaxon y a lo que sea que quiera de mí.

55

De nada sirve llorar sobre la infusión derramada

Después de eso, todo se desvanece, de modo que no sé cuánto tiempo pasa hasta que Jaxon me aparta de él de un empujón. Impacto contra la cama y me caigo desplomada, donde permanezco aturdida varios segundos. Hasta que Jaxon ruge:

—¡Levántate, Grace! ¡Vete de aquí!

Hay una desesperación en su voz que atraviesa el letargo, al menos un poco. Una urgencia que me obliga a abrir los ojos y a intentar fijarlos en él.

Está erguido sobre mí, con la sangre goteando de sus colmillos y el gesto desfigurado por la rabia. Sus manos están cerradas en dos puños y un gruñido gutural emana desde lo más profundo de su garganta.

«Éste no es mi Jaxon», me grita la voz de mi interior. Esta caricatura de todas las películas de serie B de vampiros que existen no es el chico al que amo. Es un monstruo. Un monstruo a punto de perder el control.

—¡Vete! —me ruge de nuevo, y sus ojos oscuros por fin encuentran los míos.

Sólo que no son sus ojos en realidad, y me encojo al ver las profundidades frías e insondables que me miran mientras la voz en lo más hondo de mi interior repite sus palabras.

«¡Vete, vete, vete!»

Algo le pasa. Algo muy malo. Y, aunque una parte de mí le tiene un miedo atroz, ahora mismo hay una parte mucho mayor de mí que siente un miedo atroz por él. Y es justo esa parte la que toma el control de mi cuerpo cuando me levanto de la cama procurando no hacer ningún movimiento que pueda interpretar como mínimamente agresivo.

Jaxon me sigue con la mirada y el gruñido se vuelve más intenso conforme avanzo hacia la puerta. Pero no se mueve. No hace ni el más mínimo ademán de detenerme. Sólo me observa con los ojos entrecerrados y los colmillos relucientes.

«¡Corre, corre, corre!», grita mi voz interior, y estoy más que dispuesta a escucharla. Sobre todo cuando Jaxon sisea con los dientes apretados:

—Vete. Ya.

El temor y la urgencia de su voz me atraviesan como un rayo y salgo disparada hacia la puerta, sin importarme un cuerno si esto despierta al asesino que hay en él. Ya se ha despertado y, si no hago caso de su advertencia, la única culpable de lo que suceda seré yo. Sobre todo cuando está claro que está haciendo todo lo que está en su mano para darme la oportunidad de escapar.

Con eso en mente, me tambaleo hasta la puerta lo más rápido que pueden llevarme mis piernas temblorosas. Pesa mucho, así que la agarro con las dos manos y tiro con todas mis fuerzas. Pero estoy débil por la pérdida de sangre, y la primera vez apenas se mueve. Siento que Jaxon se aproxima, que se cierne sobre mí mientras intento desesperadamente reunir las fuerzas suficientes como para hacer que la puerta se mueva.

—Por favor —suplico—. Por favor, por favor, por favor.

En estos momentos no sé si hablo con Jaxon o conmigo misma. Él tampoco debe de saberlo porque, de repente, coloca la mano en el pomo de la puerta y la abre de par en par.

—¡Vete! —silba por un lado de la boca.

No hace falta que me lo diga dos veces. Atravieso a duras penas el umbral y la alcoba de lectura, desesperada por llegar a las escaleras y alejarme de esta siniestra encarnación de Jaxon todo lo posible.

Es una alcoba pequeña, tan sólo unos metros me separan de la libertad, pero estoy tan mareada ahora mismo que apenas puedo mantenerme erguida, y me tambaleo de un lado a otro con cada paso que doy.

Aun así, estoy decidida a llegar a las escaleras. Decidida a ahorrarle a Jaxon el dolor de haber matado a otra persona que le importa. Lo que está pasando no es culpa suya; a pesar del lamentable estado en el que me encuentro, veo que hay algo que no va nada bien.

Pero si algo llega a sucederme, no habrá manera de convencerlo de que esto, sea lo que sea, no es culpa suya en absoluto. Así que pongo todos mis esfuerzos y mi empeño en salvarme... para salvar así a Jaxon.

Debo emplear cada gramo de la poca energía que me queda para llegar a las escaleras, pero al final lo consigo. «Bájalas a rastras si es preciso —dice la voz en mi interior—. Haz lo que tengas que hacer.»

Me apoyo en la pared, me empujo por el borde de las escaleras y me preparo para dar el primer y tembloroso paso. Pero antes de llegar a darlo, me topo con Lia.

—¿Te encuentras mal, Grace? —pregunta, y su voz tiene un tono extraño que no había oído antes—. ¿Qué te pasa?

—Lia, ¡menos mal! Ayúdalo, por favor. A Jaxon le sucede algo. No sé qué es, pero está perdiendo el control. Está...

Me da un bofetón con tanta fuerza que me estampo contra la pared más cercana.

—No te haces una idea de cuánto tiempo llevo queriendo hacer eso —me dice—. Ahora, siéntate y cierra la boca, o dejaré que Jaxon te alcance.

Me quedo mirándola totalmente descolocada. A mi lento cerebro le cuesta asimilar este giro de los acontecimientos. Pero cuando Jaxon sale

corriendo y rugiendo de su habitación, el inmenso terror que me invade hace que empiece a verlo todo con cierta claridad.

Estoy convencida de que Lia no es rival para Jaxon en una situación normal. Nadie lo es. Pero ahora que está en este estado, no estoy tan segura.

—¡Jaxon, para! —grito, pero está demasiado ocupado interponiéndose entre Lia y yo como para escucharme.

—¡Apártate de ella! —ordena, y las cosas empiezan a flotar de las estanterías a nuestro alrededor.

Lia se limita a suspirar.

—Sabía que tendría que haber hecho más fuerte esa infusión. Pero temía matar a tu mascota, y no podía dejar que eso sucediera. Aún no, al menos. —Se encoge de hombros y entonces dice con voz algo cantarina—: Pero no pasa nada.

Y saca una pistola del bolsillo y dispara a Jaxon directamente en el corazón.

56

Girl Gone Wild

Grito e intento llegar hasta él, pero sólo consigo caerme de rodillas. Estoy débil y mareada, y tengo náuseas... muchas náuseas. La habitación me da vueltas y siento frío en todo el cuerpo. Un frío que me tensa los músculos y me impide respirar o moverme.

Y aun así trato de alcanzar a Jaxon. Lloro y grito mientras me arrastro por el suelo, muerta de miedo de que haya podido matarlo. Sé que no es fácil matar a un vampiro, pero estoy segura de que, si alguien sabe cómo hacerlo, es otro vampiro.

—¡Joder! ¿Quieres callarte de una vez? —Lia me da una patada tan fuerte en el estómago que me deja sin aliento—. No lo he matado, sólo lo he sedado. Estará bien en unas horas. Tú, en cambio, no tendrás tanta suerte como no pares de gimotear.

Tal vez espera que me ponga histérica otra vez ante esa amenaza, pero lo cierto es que no me sorprende. Por muy drogada e incapaz de pensar que esté ahora mismo, mi mente sigue funcionando lo bastante bien como para saber que no saldré de ésta con vida. Que ya es decir, teniendo en cuenta que apenas soy capaz de recordar mi propio nombre en estos momentos.

—Deberías haber tomado más infusión —me dice claramente disgustada —. Todo sería más fácil si hubieses hecho lo que se suponía que tenías que

hacer, Grace.

Me mira como si estuviera esperando que me disculpase, cosa que no va a pasar. Además, ¿qué espera que diga «Uy, perdona por hacer que te cueste más matarme»? ¡Venga ya!

Lia sigue hablando, pero cada vez me es más difícil seguir lo que dice. Todo me da vueltas, tengo la cabeza hecha un lío y sólo puedo pensar en Jaxon.

En Jaxon haciéndome girar en mitad de la aurora boreal.

En Jaxon mirándome con esos ojos diabólicos.

En Jaxon diciéndome que corra, intentando protegerme a pesar de estar totalmente drogado.

Y eso es suficiente para que me dé la vuelta; suficiente para hacer que trate de arrastrarme hasta él a pesar de que ya no tengo fuerzas ni para ponerme de rodillas.

—Jaxon —susurro, pero su nombre sale de mi boca como un sonido arrastrado que no entiendo ni yo.

Aun así, lo intento otra vez. Y otra. Porque la voz de mi interior me grita que, si Jaxon sabe que tengo problemas, removerá cielo y tierra para llegar hasta mí. Incluso si eso significa sobreponerse de un ataque imprevisto con un tranquilizante.

Lia debe de saberlo también, porque se yergue sobre mí y sisea:

—Para.

Pero eso sólo hace que le ponga más empeño.

—Jaxon —lo llamo de nuevo.

Pero esta vez es poco más que un susurro. Mi voz me abandona, como todo lo demás.

—No quería hacer esto a las malas —dice Lia levantando la pistola y apuntándome directamente a mí—. Cuando te despiertes y te sientas como si una manada de elefantes te hubiese pisoteado la cabeza, recuerda que has sido tú la que ha elegido esto.

Y aprieta el gatillo.

57

«Doble, doble confusión, y un montón de problemas y turbación»

Me despierto tiritando. Tengo frío... tanto que los dientes me castañetean y todo —y cuando digo «todo» quiero decir «todo»— me duele. La cabeza, lo que más, pero el resto está prácticamente en el mismo estado lamentable. Es como si hubiese pasado por un potro de tortura, y los huesos me duelen desde la médula. Además, me cuesta un mundo respirar.

Estoy lo bastante consciente como para saber que algo no va bien, nada bien, pero no tanto como para recordar qué es. Quiero moverme, quiero al menos cubrirme con la manta que hay sobre mi cama, pero mi voz interior ha vuelto. Y me está ordenando que me quede quieta. Que no me mueva, que no abra los ojos y que no respire demasiado profundamente.

Cosa que no será un problema, ya que siento como si tuviera un peso de veinticinco kilos aplastándome el pecho, como cuando tuve neumonía con catorce años, sólo que un millón de veces peor.

Quiero pasar por alto lo que me dice la voz, darme la vuelta y encontrar la manera de volver a sentir calor. Pero los recuerdos empiezan a regresar a mi mente como fogonazos, y me asusto tanto que decido quedarme muy muy quieta.

Jaxon, con el fuego del infierno en los ojos, gritándome que corriera.

Lia apuntando con un arma.

Jaxon cayendo al suelo inconsciente.

Lia gritándome que todo es culpa mía justo antes de...

¡Dios mío! ¡Disparó a Jaxon! ¡No-no-no!

El pánico se apodera de mí y abro los ojos como platos sin pensarlo dos veces. Intento incorporarme, decidida a llegar hasta él, pero no puedo moverme. No puedo sentarme. No puedo volverme. No puedo hacer nada más que menear los dedos de las manos y de los pies, y mover ligeramente la cabeza, aunque aún no alcanzo a entender por qué.

No, hasta que giro la cabeza y veo que tengo el brazo derecho estirado hacia el lado y atado a un aro de hierro. Cuando echo un vistazo rápido al otro lado, veo que el izquierdo ha sufrido la misma suerte.

No hace falta ser un genio para imaginar que también tengo las piernas atadas y, conforme se me va despejando la mente, me doy cuenta de que estoy abierta de brazos y piernas sobre una especie de fría superficie de piedra. Y, para colmo de males, no llevo encima más que un fino vestido de algodón.

Hay que ser mezquina. Me ha drogado, me ha disparado, me ha atado. ¿Es preciso que me congele también?

Conforme me van viniendo los recuerdos, la adrenalina va inundando mi sistema. Intento contenerla, dejar a un lado el pánico que me invade para poder pensar. Pero, entre el frío, los narcóticos y la adrenalina, pensar con claridad no me resulta nada fácil en estos momentos.

Aun así, necesito averiguar qué le ha pasado a Jaxon. Tengo que saber si está vivo o si lo ha matado. Ha dicho que no iba a hacerlo, pero es difícil confiar en nada de lo que diga si tenemos en cuenta su invitación para hacernos tratamientos de belleza esta noche en su cuarto y consideramos en qué situación estamos ahora.

La sola idea de que haya podido pasarle algo a Jaxon me provoca un vacío insoportable y hace que mi miedo se convierta en absoluto terror.

Tengo que encontrarlo. Tengo que averiguar qué le ha pasado. Tengo que hacer algo.

Por primera vez desde que llegué al instituto Katmere, deseo tener poderes sobrenaturales propios. Como, por ejemplo, el poder de romper cuerdas. O el de teletransportarme. Joder, incluso una mínima parte de la telequinesis de Jaxon me vendría bien en estos momentos, lo que fuera con tal que desatarme y levantarme de esta horrible piedra.

Niego un poco con la cabeza en un intento de desprenderme de esa horrible sensación de embotamiento. Y trato de pensar en cómo narices voy a librarme de estas ataduras antes de que Lia regrese a saber en qué estado de ánimo infernal.

No sé dónde estoy, pero está oscuro. No negro del todo, claro, porque puedo verme las manos y los pies, y un poco más allá de donde estoy tumbada. Pero ya está. Sólo veo a cosa de un metro de distancia de mis manos y mis pies en todas las direcciones, pero, más allá de eso, todo está oscuro. Muy oscuro.

Cosa que no me aterra en absoluto; ¿por qué iba a hacerlo si, total, sólo estoy en un instituto plagado de monstruos? No se puede tener peor suerte.

Me planteo gritar, pero el frío ambiental me indica que ya no estoy en el edificio principal, lo que significa que probablemente no me oirá nadie más que Lia, y lo último que quiero es atraer su atención antes de tiempo.

Así que hago lo único posible en mi situación: tirar de las cuerdas con todas mis fuerzas. Sé que no voy a poder librarme de ellas, pero la cuerda se estira si tiras de ella el tiempo suficiente y con la suficiente fuerza. Si consigo dejar algo de espacio alrededor de una de mis muñecas, podré deslizar la mano y al menos tendré una posibilidad de escapar.

Vale, puede que no, puede que, en todo caso, sea sólo una posibilidad ínfima. Pero, dada la situación, cualquier cosa es mejor que nada. Cualquier posibilidad, por pequeña que sea, es mejor que quedarme aquí tumbada esperando la muerte. O algo peor.

No sé cuánto tiempo tiro y forcejeo con las cuerdas, pero me parece una eternidad. Probablemente no hayan sido más que unos ocho o diez minutos, pero aquí, muerta de miedo y sola en la oscuridad, se me antojan muchos más.

Intento concentrarme en lo que estoy haciendo, intento centrar toda mi atención en escapar y nada más. Pero es difícil cuando no sé dónde está Jaxon; cuando no sé qué le ha sucedido ni si sigue con vida. No obstante, si no salgo de aquí, nunca lo sabré.

Y es ese pensamiento el que me hace tirar con más fuerza, hacia delante y hacia atrás, con más determinación que nunca. Ahora me duelen las muñecas (sorpresa, sorpresa). Las tengo en carne viva del roce de la cuerda. Puesto que no puedo hacer nada contra el dolor, intento pasarlo por alto y tiro más rápido al tiempo que aguzo el oído para estar alerta a cualquier ruido que me indique que Lia está de regreso.

Por ahora, no oigo nada más que el sonido de mis muñecas al rasparse, pero a saber cuánto dura eso.

«Por favor —susurro al universo—. Por favor, ayúdame un poco. Ayúdame a soltarme de un brazo. Por favor. Por favor. Por favor.»

Los ruegos no funcionan. Aunque la verdad es que en el fondo no esperaba que lo hicieran, pues tampoco funcionaron cuando murieron mis padres.

Ahora la irritación de las muñecas ha dado paso a un intenso dolor y a una resbaladiza humedad que me temo que es sangre. Sin embargo, el fluido hace que me resulte más fácil retorcer las muñecas, así que tal vez no sea lo peor que podría haber ocurrido en esta situación si me ayuda a salir de aquí antes de que un vampiro (o siete) aparezcan para acabar conmigo.

Por primera vez entiendo de verdad por qué un animal atrapado en una trampa es capaz de devorar su propia pata para escapar. Si creyese que eso me daría alguna posibilidad, y si pudiese alcanzarme la muñeca, me sentiría tentada de hacer lo mismo. Y más viendo que tanto tirón no parece estar...

Mi mano izquierda resbala y casi sale de la cuerda. Estoy tan sorprendida que por poco lo echo todo a perder gritando de alivio. Paranoica por no emitir sonido alguno (aunque no creo que pueda considerarse paranoia en la situación en la que me encuentro), aprieto la mandíbula para mantener los sonidos de emoción y de dolor a raya en esta oscura habitación.

Pasando por alto el dolor, pasando por alto el miedo, pasándolo todo por alto excepto el hecho de que estoy a punto de liberar una mano, me retuerzo y forcejeo con todas mis fuerzas durante tanto tiempo que me quedo algo descolocada cuando por fin lo consigo.

El dolor es insoportable, y siento la sangre escurriéndose por mi mano, deslizándose entre los dedos y por la palma. Pero no me importa, pues estoy muy cerca de hallar la forma de salir de ésta. Arqueo el cuerpo para llegar a la otra muñeca. No es fácil. Con las piernas separadas, sólo puedo volverme un poquito, pero es suficiente para alcanzar la mano derecha.

Suficiente para tener una posibilidad de liberarme por completo.

Deslizo los dedos entre la cuerda y mi muñeca derecha, y empiezo a tirar con todas mis fuerzas. El extraño retorcimiento añade más dolor a la mezcla, pero vuelvo a ignorarlo. Estoy segura de que el dolor que siento ahora no es nada comparado con el que sentiré cuando Lia decida... hacer lo que sea que piense hacer.

Al final la cuerda cede también y consigo liberar la mano derecha. De alguna manera, la esperanza que acompaña a esa pequeña libertad me produce más pánico aún, y me esfuerzo por no llorar mientras me incorporo y empiezo a forcejear con las cuerdas que me rodean los tobillos.

Cada segundo me parece una eternidad mientras aguzo el oído en un intento desesperado de oír si viene Lia. No sé por qué me importa tanto; no es que vaya a poder tumbarme y a fingir que sigo atada si aparece. Toda esta sangre me niega esa posibilidad.

Esto hace que doble mis ya frenéticos esfuerzos, y tiro de las cuerdas hasta que mis dedos y mis tobillos están tan irritados y ensangrentados como mis muñecas.

La cuerda que me rodea el tobillo derecho por fin cede un poco. No lo suficiente como para sacar el pie, pero sí como para que me concentre sólo en ese lado.

Minuto y medio después, calculo, consigo liberar el pie derecho, de modo que sólo me queda centrarme en el izquierdo con todas mis fuerzas. Al menos hasta que un grito agudo atraviesa el aire gélido y me pone todos los pelos del cuerpo de punta, sobre todo cuando resuena por todas partes y a mi alrededor.

Es Lia. Lo sé. Se me hiela la sangre y, por un instante, me quedo paralizada y soy incapaz de pensar. Pero entonces mi voz interior atraviesa el miedo y me ordena que me dé prisa.

Empiezo a tirar desesperadamente de la cuerda sin importarme las heridas que me pueda hacer en la piel con tal de escapar.

—Por favor, por favor, por favor —mascullo al universo de nuevo—. Por favor.

No tengo ni idea de dónde estoy, ni de si conseguiré salir de este lugar sin congelarme si logro liberarme. Y la idea de quedarme aquí atrapada desata de nuevo mi pánico.

«Ataquemos los problemas de uno en uno —me recuerdo a mí misma—. Libérate de las ataduras y ya nos preocuparemos luego de lo que venga después. Sea lo que sea, no puede ser peor que estar atada a una mesa de piedra como una especie de sacrificio humano.»

Al pensarlo, me falta la respiración y siento ganas de llorar, pero dejo las lágrimas donde están. Ya lloraré después. Después podré hacer muchas cosas.

Ahora tengo que liberarme de este altar o lo que demonios sea. Tengo que huir y averiguar qué le ha pasado a Jaxon. Todo lo demás puede

esperar.

La cuerda cede (gracias-gracias-gracias) y consigo sacar el pie sin sacrificar demasiadas capas de piel.

En cuanto me libero, salto de la mesa... y casi me caigo redonda al suelo. Ahora que estoy de pie, me doy cuenta de lo grogui que estoy todavía. Creía que la adrenalina habría contrarrestado el efecto de los fármacos que permanecen en mi sistema, pero deben de ser muy fuertes. O a lo mejor es que no he estado tanto tiempo aquí tumbada como pensaba...

Aun así, inspiro hondo y me centro. A pesar del mareo, intento averiguar dónde estoy... y cómo narices salir de aquí antes de que vuelva la loca de Lia.

Otro grito atraviesa el aire. Me quedo helada y, acto seguido, echo a correr. Ni siquiera sé hacia dónde voy, pero imagino que, si me voy desplazando pegada a las paredes, acabaré encontrando una puerta y, con suerte, será más pronto que tarde.

Pero apenas he dado un paso cuando un rugido sigue al grito. Es un sonido grave, potente y totalmente animal. Por un segundo, sólo un segundo, pienso que puede ser Jaxon, y vuelvo a entrar en pánico.

Entonces la lógica me dice que no puede ser él. He oído a Jaxon emitir muchos sonidos distintos, pero ninguno como éste. Ninguno como el de un animal sin ninguna calidad humana.

Se oye un segundo rugido, seguido de un sonido de algo impactando contra una pared. Otro grito, algunos gruñidos, algo que se rompe, algo que golpea la pared de nuevo.

Está claro que Lia está peleando, y debería aprovechar la oportunidad para encontrar una salida y salir corriendo como alma que lleva el diablo. Pero ¿y si estoy equivocada? ¿Y si quien emite esos rugidos y gruñidos sí que es Jaxon? ¿Y si está tan mareado como yo y no logra vencerla? ¿Y si...?

Salgo corriendo hacia la pared contra la que oigo los golpes. Es un movimiento estúpido, el más estúpido de todos, pero tengo que saber si se

trata de Jaxon. Tengo que saber si está bien o si Lia le está haciendo a él lo que pensaba hacerme a mí.

Me doy con algo en las rodillas mientras intento llegar al otro lado de lo que ahora veo que es una habitación enorme. Lo que sea que golpeo se vuelca y un líquido se derrama sobre mis pies y sobre el vestido largo de algodón que me ha puesto Lia por alguna extraña razón.

Es una sensación superdesagradable. El líquido chapotea entre mis dedos y empapa el vestido, pero paso por alto la sensación y salgo corriendo de nuevo lo más rápido que puedo, que no es mucho teniendo en cuenta el efecto de los fármacos y que tengo los pies doloridos y mojados, pero me esfuerzo. Al menos hasta que lo que parecen ser un millar de velas cobran vida a mi alrededor, todas a la vez.

Cuando las llamas iluminan la habitación, me paro en seco, deseando con todas mis fuerzas que no se hubiese hecho la luz.

58

Nunca practiques un ejercicio de confianza con alguien que puede volar

Al menos ahora sé dónde estoy: en los túneles. No en la parte en la que ya había estado, sino en una de las estancias laterales a las que llevan que no había visto con anterioridad. Aun así, estoy segura de que es ahí adonde me ha traído Lia. La decoración de la arquitectura, por no hablar de las lámparas de araña y los candelabros de hueso, resultan difíciles de olvidar.

Los portavelas de huesos, sin duda humanos, constituyen lo menos aterrador del lugar. No puedo decir lo mismo de las, como mínimo, dos docenas de vasijas de cristal de un metro de altura llenas de sangre que rodean lo que sólo puede describirse como un altar en el centro de la habitación, en cuyo núcleo se encuentra una losa de piedra con cuerdas ensangrentadas.

Así que no estaba tan equivocada al pensar en lo del sacrificio humano: genial.

Me miro las piernas y veo por qué el «agua» que chapoteaba entre mis dedos me resultaba tan desagradable. Y es que no es agua. Es sangre.

Estoy cubierta de la sangre de otra persona.

Es curioso que eso me aterrorice más que ninguna otra cosa en esta pesadilla. Pero así es. Consigo tragarme el grito que pugna por salir de mi

garganta, pero ha faltado poco. Tan poco que al final se me escapa un pequeño gemido.

Y esto es antes de volverme y ver un dragón verde gigante volando directo hacia mí, batiendo las alas a gran velocidad y con las garras extendidas.

No voy a mentir: me acojono. Me acojono muchísimo, con gritos incluidos, por supuesto. Me agacho e intento hacerme lo más pequeña posible mientras corro hacia la puerta, pero sé que es demasiado tarde incluso antes de que una salva de llamas pase justo a mi lado e impacte contra la pared de piedra que tengo a la derecha.

Pego un brinco hacia atrás, trato de darme la vuelta, pero ese pequeño retraso es todo lo que el dragón necesita para alcanzarme. Sus garras se cierran alrededor de mis antebrazos, apretándome los bíceps, me levanta del suelo, se gira y sigue volando.

Forcejeo contra sus garras intentando que me suelte antes de que ascienda demasiado, pero pasa de apretarme la piel a atravesarla. Grito de dolor, pero el dragón se sale con la suya: dejo de luchar, temerosa de que me haga pedazos.

Aunque también me da miedo que me mate por no hacer nada, así que me agarro a sus patas y procuro levantar las garras para librarme de ellas. Sé que me voy a caer, pero no se me ocurre un plan mejor. Y, encima, mi voz interior, que no ha parado de decirme lo que tengo que hacer desde hace días, ahora de pronto está ausente.

Por desgracia, mis intentos sólo consiguen que el dragón hunda más las garras y, por un segundo, lo veo todo negro. Inspiro hondo unas cuantas veces, concentrándome en combatir el dolor. Y me pregunto cómo es posible que me hayan secuestrado un vampiro y un dragón en una misma noche.

San Diego nunca me había parecido tan lejano.

De repente, el dragón planea bajo, tan bajo que casi puedo tocar el suelo con los pies. Atravesamos las puertas dobles que hay al otro lado de la estancia (al parecer antes estaba corriendo en la dirección opuesta), y eso podría no ser un problema, excepto por el hecho de que están cerradas y que el dragón tiene las... ¿manos?, ¿patas?, ¿zarpas? ocupadas conmigo.

Me encojo y me preparo para el impacto que, estoy segura, supondrá mi muerte inminente. Pero más o menos un segundo antes de atravesarlas, las puertas se abren y pasamos a través de ellas y por encima de Lia, que no para de gritar enfurecida.

El dragón no se detiene, sólo extiende las alas y empieza a volar aún más rápido por el largo pasillo que creo que lleva al pórtico central donde está la inmensa lámpara de huesos.

Lia corre por debajo de nosotros, y es lo bastante rápida como para seguirnos el ritmo. En este punto estoy muy cerca de rendirme. Porque estar atrapada entre un dragón y un vampiro confiere un nuevo significado al manido cliché de estar entre la espada y la pared, y eso nunca sale bien para la persona que se encuentra en medio.

Además, estoy empezando a hartarme de que criaturas sobrenaturales me arrastren de un lado a otro. A ver, sí, quiero pensar que este dragón, ya sea Flint o cualquier otro compañero del instituto, está intentando rescatarme, pero las garras que me atraviesan la carne de los brazos me dicen otra cosa.

Estoy convencida de que, en el mejor de los casos, sólo puedo elegir entre si prefiero morir a manos de un dragón o de un vampiro. Por desgracia, no sé qué será menos doloroso. Aunque, ¿importa eso teniendo en cuenta que al final acabaré muerta de todas formas?

Avanzamos a una velocidad de locura, así que llegamos al núcleo de los túneles en cuestión de segundos. ¿Cuál es el problema? Que volamos directos hacia la lámpara gigante de huesos, con sus centenares de velas encendidas, y que el dragón no parece tener intención de aminorar el vuelo. Entiendo que es un dragón y supongo que el fuego no le hará nada. Lástima

que no pueda decir lo mismo de mí o del vestido de algodón que llevo puesto.

De repente, morir a causa de la mordedura de un vampiro no me parece tan mala idea. No cuando la alternativa es morir quemada viva en el aire.

Pero, en el último segundo, el dragón levanta las patas pegadas a su cuerpo, conmigo todavía entre sus garras, desciende en picado y pasa justo por debajo de la lámpara de araña. Está claro que su objetivo es atravesarla manteniéndose lo más alto a la mayor velocidad posible. Pero ese descenso es justo lo que Lia estaba esperando, porque pega un salto y se agarra a la cola del dragón.

El dragón ruge e intenta quitársela de encima, pero ella se aferra con firmeza. Segundos después tiene la cola completamente rodeada con los brazos y nos lanza hacia el suelo con todas sus fuerzas. Que, por cierto, son muchas. Sobre todo teniendo en cuenta que el dragón no me suelta mientras caemos.

Impactamos contra el suelo con gran estruendo. El lado bueno es que el dragón me suelta a causa del golpe y, por primera vez desde hace varios minutos, no tengo unas garras clavadas en los brazos. El malo, que me he golpeado el hombro contra el suelo y estoy viendo las estrellas, pero no las que a mí me gustan.

Además, casi no puedo mover el brazo izquierdo, y a eso se le añade el hecho de que sigo sangrando por las muñecas, los tobillos, los dedos y ahora también los brazos. Y, ah, sí, me persigue una vampira totalmente desquiciada que quiere matarme mediante algún rito espantoso.

Y yo que pensaba que Alaska sería aburrida.

Oigo gruñidos y gritos detrás de mí. Me pongo de rodillas a duras penas e intento pasar por alto el dolor de mi hombro ¿torcido?, ¿roto?, ¿dislocado?, cuando me vuelvo justo a tiempo de ver a Lia y al dragón en plena lucha. El dragón da un zarpazo con su garra y le abre la mejilla a Lia antes de que ella se aleje de su alcance. Segundos más tarde, la vampira

responde saltando sobre su espalda y tirando de su ala hacia atrás con tanta fuerza que el animal grita de dolor mientras se retuerce y le lanza fuego.

Ella esquiva las llamaradas, pero se quema un poco, lo que parece cabrearla todavía más. Se pega a su espalda como un apósito y, de un puñetazo, le agujerea la otra ala.

El dragón grita de nuevo. Entonces su cuerpo se desdibuja y se transforma en un rutilante arcoíris de todos los colores durante varios segundos. Cuando el efecto de color se pasa, vuelve a ser un chico, y no uno cualquiera, sino Flint. Y está sangrando. No tanto como yo, pero está claro que el golpe en el ala le ha hecho mucho daño a juzgar por cómo se encoge mientras intenta ponerse de pie.

Va vestido con una versión hecha jirones de la ropa que llevaba hoy, y ahora tiene muchos más cortes y magulladuras. Lia parece haber sufrido también la caída, pero carga contra él lanzando un grito primitivo que me pone todos los pelos de punta. Flint se encuentra con ella a medio camino, y sus músculos se hinchan mientras intenta evitar que le hinque los colmillos. Cuando por fin la tiene bien sujeta, es su turno de lanzarla al suelo. Después, la agarra de la cabeza y empieza a golpearla contra el suelo de piedra una y otra vez.

Ella se resiste, sacudiéndose, gruñendo y haciendo todo lo que está en su poder para librarse de él. Pero él la sostiene con firmeza mientras le brama algo indescifrable. Al ver que están tan concentrados el uno en el otro, aprovecho el momento para salir corriendo lo más rápido y lo más lejos posible.

Trastabillo, pasando por alto el dolor y el hecho de que el hombro magullado me impide hacer nada más que inclinarme hacia mi izquierda. Pero un avance es un avance, incluso en este mundo, y no puedo quedarme en un lugar en el que Flint y Lia siguen intentando matarse el uno al otro.

Con el oído atento a lo que sucede detrás de mí, empiezo a correr/cojear por el pórtico buscando el túnel que me llevará de vuelta al edificio

principal. El túnel que me devolverá al Katmere.

Atravieso el centro de la estancia hasta el túnel que está justo al lado del que se encuentra directamente enfrente de donde Lia y Flint están luchando. Pero cuando empiezo a recorrerlo no sé si ponerme a gritar pidiendo ayuda o si es mejor intentar pasar desapercibida un poco más. Y por «un poco más» quiero decir el tiempo suficiente como para tambalearme por el túnel hasta llegar al instituto, donde supongo que mi tío Finn pondrá fin a esta locura.

Antes de que todo el mundo estalle.

Pero apenas he logrado atravesar la entrada del túnel que creo que me llevará al castillo cuando Flint me alcanza. Me agarra del pelo y me estampa de cara contra la pared más cercana.

—Flint, para, por favor —consigo jadear a pesar del intenso dolor en el hombro.

—Ojalá pudiera, Grace. —Su voz es adusta, vencida—. Creía que podría sacarte de aquí, pero Lia no me lo va a permitir. Y no puedo dejar que las garrapatas se salgan con la suya y te usen para sus planes.

—¿Para qué planes? No sé de qué me hablas.

—Todo ha sido un plan de Lia desde el principio. Por eso te trajo hasta aquí.

—Lia no me trajo aquí. Mis padres murieron...

—¿No lo pillas? Ella mató a tus padres con el objetivo de que tú acabases aquí. Lo supimos con total certeza cuanto llegaste y los lobos se acercaron lo bastante a ti como para olfatearte.

»Estábamos convencidos de que podríamos acabar con esto mucho antes de llegar a este punto, pero una cosa es eliminaros a ti y a Lia, y otra es eliminar a Jaxon. Cuando nos dimos cuenta de que él también estaba implicado en el plan, la cosa cambió completamente.

Me echo hacia atrás. Sus palabras me golpean con la fuerza de una bola de demolición mientras me esfuerzo por intentar verles el sentido.

—¿Qué estás...? ¿Mis padres...? ¿Jaxon...? ¿Cómo es po...? —Hago una pausa y tomo aire; intento respirar a pesar del dolor y de la confusión y del espanto que todo esto provoca en mí.

—Mira, no tengo tiempo de ponerte al día de todo. Además, tampoco cambiaría nada. Quiero salvarte, Grace. De verdad. Pero no puedo dejar que Lia haga esto. Significaría el fin del mundo. Así que tienes que morir. Es la única manera de evitar que esto suceda.

Acerca la mano y me agarra del cuello. Y entonces empieza a apretar.

59

Carpe Kill-em

—¡Para! —digo sin aliento intentando por todos los medios apartar su mano con los dedos ensangrentados—. Flint, por favor. No hagas esto.

Pero Flint no me escucha. Sólo me mira afligido, con los ojos llenos de lágrimas, y aprieta cada vez más.

Estoy muerta de miedo. Me aterra que de verdad vaya a hacerlo. Que vaya a matarme... y, lo que es peor, que vaya a hacerlo antes de que sepa la verdad que hay detrás de lo que les pasó a mis padres.

—¡Flint, para!

Quiero sacarle más información, quiero rogarle que me explique de qué está hablando, pero la presión en mi garganta es demasiado fuerte. Ya no puedo hablar, no puedo respirar, apenas puedo pensar y el mundo empieza a oscurecerse a mi alrededor.

—Lo siento, Grace. —Parece destrozado, devastado, pero sus dedos no flaquean—. Ojalá no tuviera que ser así. Nunca quise hacerte daño. Nunca quise...

Lanza un grito y, de repente, la presión del cuello desaparece. Sus dedos se doblan hacia atrás apartándose de mi piel de forma antinatural.

Jadeo e intento proveer de aire a mis pulmones a través de mi maltrecha garganta. Duele, duele mucho, pero el dolor no importa en este momento.

Nada importa más que el hecho de poder respirar otra vez.

Cuando por fin absorbo el suficiente oxígeno como para pensar con semiclaridad, busco a Lia con la mirada. La encuentro tirada en el suelo en el mismo lugar donde Flint había estado golpeando su cabeza contra la piedra con la fuerza del dragón de su interior.

Convencida de que no es ninguna amenaza, al menos por el momento, vuelvo a centrarme en Flint, que ahora está postrado de rodillas. Se está agarrando las manos y su rostro está desencajado por el dolor. Durante un segundo, sólo un segundo, siento lástima por él. Lo cual es extraño teniendo en cuenta que hace unos momentos estaba usando esos mismos dedos para estrangularme.

Echo a un lado la compasión y me alejo de él deslizándome por la pared de la manera más discreta que puedo considerando mi estado. No sé qué está pasando aquí, no sé cuál de las numerosísimas fuerzas sobrenaturales que nos rodean es la responsable del sufrimiento de Flint, pero puedo hacerme una idea bastante clara. Y si estoy en lo cierto, las cosas se van a poner un millón de veces más feas. Si estoy en lo cierto, Flint está a punto de pasarlo muy...

Jaxon irrumpe en la sala como un misil rastreador de dragones, con toda su atención fija en Flint mientras atraviesa la habitación a una velocidad inimaginable. Sus ojos, encendidos, furiosos y llenos de violencia, se encuentran con los míos durante un segundo antes de escanear cada centímetro de mi cuerpo como si estuviese catalogando mis heridas. Momentos después se abalanza sobre Flint, lo agarra del pelo y lo lanza volando por la habitación contra la pared de enfrente.

Flint impacta de espaldas con tanta fuerza que hace temblar la pared. Jaxon vuelve a por él, y sus gruñidos de rabia inundan la habitación y resuenan en el techo. Una parte de mí quiere correr hacia él y suplicarle que me abrace y que cuide de mí después de ocuparse de Flint. Pero hay otra parte que no puede quitarse de la cabeza las palabras de Flint. Que no puede

quitarse de la cabeza que ha dicho que Jaxon formaba parte del absurdo plan de Lia.

No tiene ningún sentido. Si Jaxon hubiese participado en su plan desde el principio, ¿por qué iba ella a darle esa infusión para drogarlo? ¿Y por qué iba a dispararle esos sedantes?

«No. Flint tiene que estar equivocado», me digo a mí misma mientras unos sollozos que me niego a dejar escapar amenazan con desgarrarme el pecho. Jaxon no me haría daño a propósito y, por supuesto, no es posible que tenga nada que ver con la muerte de mis padres. Él nunca haría algo así. Es imposible. No después de todo lo que pasó con Hudson.

De repente Flint ruge en respuesta a uno de los gruñidos de Jaxon, y entonces empieza a contraatacar. Jaxon lo lanza de nuevo despedido por los aires. Esta vez impacta de cabeza contra otro muro.

Cualquier otra persona habría muerto tras este golpe, pero está claro que los dragones están hechos de otra pasta muy distinta a la de los humanos, incluso cuando adoptan su forma humana, porque simplemente sacude la cabeza y se vuelve para encarar a Jaxon una vez más.

Pero cuando levanta las manos para luchar, sus manos ya no son humanas. Son garras, y ataca con ellas, intentando alcanzar el corazón de Jaxon.

Dejo escapar un grito ahogado y me llevo la mano ensangrentada a la boca, desesperada por evitar atraer la atención mientras Jaxon esquiva el golpe. Entonces extiende la mano para envolver con los dedos la garganta de Flint como éste acaba de hacer conmigo; pero, antes de que pueda alcanzarlo, Flint empieza a transformarse.

Le lleva unos segundos, y Jaxon intenta detenerlo o, al menos, eso es lo que yo creo que está haciendo cuando hunde la mano en el mágico resplandor de colores que aparece cada vez que Flint cambia de forma. Pero su mano lo atraviesa directamente sin agarrar nada mientras ambos

esperamos para ver qué monstruosa versión de Flint puede añadir esta nueva edición a la historia.

Obtenemos la respuesta cuando vuelve a materializarse con su forma completa de dragón. Grande, majestuoso y de un centelleante verde esmeralda, centra toda su fuerza, todo su poder, toda su determinación y todo su fuego en Jaxon. Que ni se inmuta. Tan sólo se queda ahí plantado, mirando a un puto dragón como si fuera una lagartija, esperando a que ataque o vete tú a saber qué.

Sin embargo, Flint parece ser tan paciente como Jaxon, incluso en su forma de dragón, y ambos pasan varios segundos dando vueltas sin quitarse los ojos de encima.

Jaxon parece haberse calmado. Su mirada ha vuelto casi a la normalidad, y su rostro es totalmente inexpresivo, totalmente inescrutable. Lo cual es bueno, porque...

De repente, el túnel empieza a sacudirse con la fuerza de un terremoto de ocho grados de magnitud. «Vale, parece que no está tan calmado», pienso cuando mis temblorosas rodillas ceden y caigo al suelo con fuerza. Espero a que el temblor cese, a que Jaxon se controle, pero no parece tener intenciones de hacerlo. Las paredes comienzan a venirse abajo y los huesos caen de la lámpara gigante en el centro de la estancia.

Flint lanza un chorro de fuego directo a Jaxon, que levanta la mano y lo desvía hacia la pared más cercana. El movimiento parece enfurecer al dragón, que arroja otra ráfaga de fuego, esta vez tan caliente que puedo sentirlo desde el otro lado. Y no ceja. Continúa escupiendo fuego sin parar, pero Jaxon sigue bloqueándolo.

Lo bueno es que el suelo deja de sacudirse, ya que Jaxon está concentrando todo su poder en no acabar calcinado, mientras que Flint concentra el suyo en intentar calcinarlo. Al principio parece que por fin hemos llegado a un punto muerto: Flint dispara fuego y Jaxon lo mantiene a raya. Aun así, conforme van pasando los segundos, veo que Jaxon está

haciendo algo más que limitarse a desviar el fuego. Está volviéndolo hacia Flint y empleando su telequinesis para, muy lentamente, devolverle el chorro de fuego al dragón.

Una parte de mí quiere quedarse para ver lo que sucede; para asegurarse de que Jaxon sale bien parado de todo esto. Pero mi voz interior ha vuelto por fin, y me ordena que corra, que me marche, que deje a Flint y a Jaxon a su suerte y que me salve.

En cualquier otro momento haría caso omiso a esa voz y me quedaría, por si pudiera encontrar la manera de ayudar a Jaxon. Pero no puedo quitarme de la cabeza las palabras de Flint sobre que Jaxon forma parte del plan de Lia, sobre que Lia es la responsable de la muerte de mis padres y sobre que hay que evitar a toda costa que hagan lo que tengan pensado hacer.

Sigo sin saber si lo que ha dicho es cierto o no, pero si lo es... si lo es, no puedo contar con que Jaxon, ni ninguna otra persona, me vaya a ayudar. Tengo que huir. Y tengo que hacerlo sola.

Con eso en mente, empiezo a moverme hacia el túnel de salida. Trato de obligarme a levantarme, a intentarlo al menos, pero me encuentro demasiado débil y mareada como para hacer algo más que reptar. Y eso es lo que hago. Me arrastro hacia el túnel, y con cada movimiento el dolor en el hombro y en las manos en carne viva me mata.

Afortunadamente, Jaxon y Flint están demasiado sumidos en su batalla como para percatarse de mi progreso, lento pero seguro. Espero que siga siendo así hasta que llegue a la boca del túnel.

«Sólo un poco más», me digo cuando doblo la esquina.

«Sólo un poco más», repito como un mantra cuando me apoyo un segundo en la pared para dejar que el dolor se disipe.

«Sólo un poco más», digo una vez más cuando me impulso y me levanto del suelo.

Me permito un segundo más para evaluar la situación: tengo el estómago revuelto, me tiemblan las rodillas y me duele todo el cuerpo. Pero entonces pienso «Qué le den», y empiezo a tambalearme por el túnel todo lo rápido que me lo permiten mis pobres tobillos.

Tan sólo he recorrido unos seis metros cuando algo me golpea por detrás y me caigo hacia delante contra el suelo de nuevo. El dolor que siento cuando mi hombro impacta contra el suelo es tan intenso que creo que voy a desmayarme.

Pero, segundos después, el sufrimiento desaparece y, cuando intento alejarme a rastras, me doy cuenta de que ya no me duele. O, al menos, no tanto como hace un par de minutos. Debe de haberse colocado en el sitio al caer sobre él. O, más concretamente, cuando me han empujado sobre él.

Siento un subidón de adrenalina y me pregunto si será Jaxon quien me ha encontrado. O si será Flint. Quiero que sea Jaxon, incluso a pesar de lo que Flint ha dicho sobre que está aliado con Lia, pero la brusquedad del empujón me dice lo contrario, como la patada que recibo en el costado.

Ahora me invade el pánico, me aterra pensar que Jaxon pueda estar herido... o algo peor. ¿Acaso mentía Flint? ¿Y si Jaxon no forma parte del absurdo plan de Lia y acabo de dejarlo ahí solo?

Doy media vuelta, con las manos levantadas en un intento de defenderme contra lo que estoy segura de que va a ser fuego de dragón. Pero me encuentro de frente con los ojos furibundos y desquiciados de Lia. Unos ojos que se tornan aún más dementes cuando dice:

—No creerás de verdad que vas a salir de aquí, ¿no?

60

Algunos lo llaman «paranoia», pero yo lo llamo «una zorra retorcida que intenta usarte como sacrificio humano»

—No digas ni una puta palabra —continúa Lia.

Me agarra del pelo y empieza a arrastrarme por el túnel. El dolor es insoportable, enloquecedor. Ante el atroz sufrimiento, me llevo las manos a la cabeza intentando buscar un poco de alivio.

No funciona y, durante un segundo, el dolor es tan intenso que no me deja ni pensar. Aunque no hace falta ser un genio para saber que Lia me está arrastrando hasta mi muerte. Dejo que me lleve de regreso a esa sala de la sangre y el altar. Voy a morir, y probablemente lo haga de la forma más espantosa posible.

Así que, a la mierda su advertencia y a la mierda lo de quedarme callada. Inspiro una buena bocanada de aire y suelto el grito más fuerte y más histérico que puedo mientras le clavo las uñas en las manos con tanta fuerza que le hago sangre.

Lia maldice y me golpea la cabeza contra la pared por la que me ha estado arrastrando. Esto me deja más aturdida de lo que ya estaba, pero no me silencia. «Nada lo hará», me prometo a mí misma mientras grito y grito sin parar al tiempo que intento liberar mi pelo.

No obstante, no está dispuesta a permitirlo. Esta vez se vuelve y me da una patada en la cara. No con tanta fuerza como para fracturarme la mandíbula, pero lo bastante como para lanzarme hacia atrás, con el efecto añadido de que me callo a pesar de mis firmes intenciones, pues todo a mi alrededor empieza a volverse negro.

—Ah, no. De eso nada, zorra —sisea, y me da un bofetón en la mejilla —. No vas a volver a dormirte. El motivo por el que estamos en este lío ahora mismo es que necesito que estés despierta para esto.

Es lo que más me gustaría en estos momentos, poder desmayarme otra vez. Pero, por desgracia, dudo que vaya a pasar, pues el dolor que siento en el pelo me mantiene despierta. Sólo espero no quedarme completamente calva si sobrevivo a esto, o incluso si no.

Llevamos medio túnel recorrido y Lia se detiene. Al principio, creo que es para descansar. Supongo que, teniendo en cuenta su descomunal fuerza vampírica, arrastrarme a mí no debe de suponerle un gran esfuerzo. Pero con su ropa, normalmente impecable, hecha jirones y el pelo ensangrentado pegado a la cara, no tiene muy buen aspecto ahora mismo. Lo que significa que tal vez esté más herida o agotada de lo que pensaba.

Esto me da esperanzas y empiezo a luchar de nuevo, pero al parecer tenía algo más planeado, porque no está descansando. Me agarra con más fuerza del pelo hasta que dejo de moverme. Después apoya la otra mano contra una de las piedras que hay a media altura de la pared y empuja con todas sus fuerzas.

La pared se resiste y protesta, pero al final se abre una nueva sección y revela un pasadizo supersecreto en este laberinto lleno de pasadizos ya de por sí secretos.

Es estrecho y oscuro, y no hay nada en el mundo que me apetezca menos ahora mismo que estar en este pasillo de ambiente cargado y sin ventilación con Lia. Pero hace que me levante tirándome aún del pelo, así que no tengo mucha elección. Me empuja al interior y me obliga a caminar a la fuerza.

Apenas hemos dado unos pasos cuando la puerta secreta se cierra tras nosotras. Entonces me invade la angustia al darme cuenta de que ya está. He agotado todas mis opciones y ahora voy a morir en este absurdo laberinto de túneles, víctima de una vampira que se ha vuelto total y absolutamente loca.

Y no hay nada que pueda hacer.

Esto me destroza y, por un momento, me lleva a un estado más allá de la desesperación, más allá de la esperanza. Porque, a menos que algo cambie rápido, lo único que me queda es rezar para que lo que tenga que pasar acabe pronto. Bueno, eso y asegurarme de no darle a Lia la satisfacción de ver que me vengo abajo, me haga lo que me haga.

Tengo la desagradable sensación de que va a ser imposible, pero voy a intentarlo igualmente. Porque si he venido a Alaska a morir, quiero hacerlo a mi manera, no a la suya.

Por eso, a pesar del agotamiento, sigo poniendo un pie delante del otro. Sigo aproximándome al lugar en el que voy a perder la vida. Y, a cada paso que doy, mi profunda desesperanza se transforma en ira, y la ira, en cólera. Una cólera que llena el vacío, que se antepone al dolor hasta que lo único que me queda es un fuego en la boca del estómago. Una llama incandescente que sólo ansía justicia.

Para mí y, sobre todo, para mis padres.

Estoy aquí, en Alaska, porque Lia me quería aquí.

Mis padres murieron porque Lia decidió que tenían que morir.

Ha jugado a ser Dios con la vida de demasiadas personas sólo para salirse con la suya. Y por muy débil, cansada y rota que esté, y por muy humana que sea, sé que eso no está bien. Como también sé que no debe llevar adelante la locura que tenga planeada. Lo que significa que voy a tener que hacer lo que haga falta para llevármela conmigo cuando muera.

Ojalá supiera cómo hacerlo.

Mi cerebro traza y descarta diversos planes febriles mientras caminamos durante lo que se me antoja una eternidad. Pero, por lo visto, por fin hemos llegado, porque Lia me detiene de un tirón. Apoya la mano contra la pared y, segundos después, ésta se abre igual que el muro al principio de este pasadizo.

Casi riéndose de placer, me empuja a través de la entrada abierta hacia la habitación donde me había atado hace lo que me parecen mil años. Me resulta raro pensar que probablemente hace tan sólo una hora o así desde que me he despertado atada sobre esa fría losa de piedra.

Aunque me resulta más raro todavía pensar que, después de todo el dolor y la frustración por los que he pasado en este breve espacio de tiempo, aquí estoy de nuevo, a punto de ser atada otra vez.

«¡A tomar por culo!, que le den a Lia también.»

—¡Venga! —me gruñe, y me empuja a través de los centenares de velas encendidas hacia el altar elevado en el centro de la estancia—. Es casi la hora.

—¿Casi la hora? —pregunto, pensando que tal vez si la hago hablar pueda ganar algo de tiempo para que se me ocurra algo.

O para que Jaxon y Flint me encuentren..., aunque no sé si eso me ayudaría mucho en esta situación.

La respuesta de Flint a la locura de Lia es matarme antes que ella para impedirle hacer lo que sea que pretenda hacer, y Jaxon podría formar parte de su absurdo plan. No son precisamente los héroes que una elegiría, pero mi madre siempre decía que, a buena hambre, no hay pan duro, y ahora mismo me comería lo que fuera con tal de no convertirme en el primer sacrificio humano del instituto Katmere.

—Los astros se alinean a las 12.17.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero conforme nos vamos aproximando cada vez más al altar, sé que me queda muy poco tiempo para hacer lo que sea que tenga que hacer para detener esta locura.

Porque una vez que me vuelva a atar, todo habrá acabado sin remedio.

Sin más ideas ni opciones, finjo que las piernas no me sostienen.

—¡Camina! —me chilla.

No le hago caso y dejo caer la cabeza hacia atrás. Después, haciendo uso de toda la fuerza de voluntad que me queda, cierro los ojos y apuesto todas mis fichas a que no va a matarme aquí y ahora. Entonces me dejo caer al suelo ignorando el intenso dolor en el cuero cabelludo cuando se me arrancan varios pelos en el proceso.

Lia aúlla con furia cuando me escapo de sus manos.

El sonido rebota en el techo y resuena por la estancia como una macabra advertencia que me incita a huir, a alejarme a rastras, a poner toda la distancia posible entre ella y yo. Incluso mi voz interior me grita que me levante, que me ponga en marcha.

No obstante, incluso en mi mejor día, Lia es diez veces más rápida que yo y veinte veces más fuerte. Superarla no es una opción, ni aunque fuera capaz de moverme a más velocidad que a este patético ritmo rastrero al que me veo limitada.

De modo que, en vez de correr, me hago la muerta. No corro, no me muevo. Ni siquiera respiro cuando me grita que me levante. Cuando los gritos no funcionan, intenta abofetearme unas cuantas veces. Y, cuando eso no funciona, se abalanza sobre mí, me carga sobre su hombro y empieza a tambalearse hacia el altar con mi cabeza colgando sobre su espalda.

Eso me indica que su estado es mucho peor de lo que aparenta. Está claro que Flint la ha herido más de lo que creía. Bien por él.

Me duele muchísimo el hombro en esta posición, pero lo paso por alto, aunque me permito abrir los ojos un segundo.

Todo está exactamente igual que estaba cuando he huido de este lugar, incluida la vasija de sangre que he volcado. Lia rodea los recipientes de cristal. Pasamos una especie de púlpito de piedra con un libro abierto en su superficie. Tengo el tiempo justo para preguntarme si será el mismo libro

que estaba leyendo en la biblioteca el otro día. Entonces cierro los ojos de nuevo y me hago la muerta o, al menos, la inconsciente, mientras me deja caer sobre el altar.

Ésta es la mejor, y quizá la única oportunidad que voy a tener de liberarme, así que espero a que me dé la espalda y empiece a intentar deshacer el nudo de la cuerda con la que me había atado una de las manos. Entonces la agarro del pelo, me abalanzo sobre ella empujándola hacia delante y le golpeo la cabeza contra el borde del altar con todas mis fuerzas.

Lia aúlla como una loca.

Al ver que no me ataca inmediatamente, tiro de su cabeza hacia atrás y repito el movimiento, esta vez con más fuerza. Entonces retrocedo con dificultad a la mayor velocidad que me permite mi cuerpo maltratado.

No llego demasiado lejos cuando se vuelve hacia mí lanzando un rugido digno de un episodio sobre grandes felinos de *Animal Planet*. Pero esto no me detiene. Sólo me hace apresurarme aún más pese al dolor. Sin embargo, esta vez no corro buscando la puerta, sino que voy directa hacia el púlpito y hacia el libro que Lia ha dejado preparado en él.

Tarda un segundo en caer en lo que pretendo hacer, pero, cuando lo hace, lanza un grito que no se parece a nada que haya oído antes. Y entonces viene a por mí, abandonando el altar con un único salto y aterrizando justo al lado del atril. Pero es demasiado tarde.

Yo ya estoy ahí.

Cojo el libro y arranco las páginas por las que lo tiene abierto, y un par más a ambos lados, por si acaso. Después, casi grito de alivio cuando Lia pierde completamente la cabeza.

Grita e intenta atacarme, pero uso la última gota de fuerza que me queda para dar un brinco atrás mientras rompo las hojas por la mitad.

La tengo encima en cuestión de segundos, tratando de arañarme y morderme en un intento desesperado de arrebatarme lo que supongo que es un antiguo conjuro.

—¡Dámelo! —chilla mientras me araña el bíceps con los dedos—. ¡Dámelo ahora mismo!

Me aferro a los papeles con todas mis fuerzas a pesar de la nueva sangre que fluye por mis brazos. Entonces hago lo único que puedo hacer para evitar que se haga con él. Empiezo a girar con ella encima y nos dejo caer del altar al suelo de piedra que está unos metros por debajo.

Aterrizamos con un golpe sordo. Lia apenas parece notar la caída, pero yo estoy medio convencida de que me he vuelto a dislocar el hombro... y puede que me haya roto la espalda. Aun así, tengo una oportunidad de frustrar su plan, sea el que sea aparte de matarme de la forma más dolorosa posible. Así que paso por alto el dolor como puedo y acerco la mano a una de los cientos de velas que arden a nuestro alrededor.

Y hundo el conjuro en el fuego.

61

Los palos y piedras podrán lastimarte, pero los vampiros pueden matarte

El papel seco y viejo prende al instante, y el sonido que emite Lia al verlo no se parece a nada que haya oído antes. Es un grito enloquecido, desesperado, inhumano, que me pone los pelos de punta.

Pero también me indica lo que ya sabía: que el poco tiempo que me quedaba se ha agotado. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Lia se lanza a por el papel y se hace con los restos a pesar de que las llamas ya lo están devorando. Su piel se abrasa con el contacto, pero es demasiado tarde. Ya no sirve para nada.

Se vuelve hacia mí, rugiendo:

—¡Voy a disfrutar arrancándote la carne de los huesos!

—No me cabe la menor duda.

Mi voz interior quiere que me levante, que corra, pero ya no me quedan fuerzas. Estoy agotada, rota, sin mis padres a quienes acudir..., sin Jaxon. No veo motivos para seguir esforzándome tanto. He frustrado su plan, he evitado que haga lo que pretendía hacer, aquello por lo que asesinó a mis padres.

Con eso tendrá que bastar.

Está sobre mí en cuestión de segundos, y aguardo el golpe mortal, las nuevas oleadas de dolor. Pero en vez de despedazarme como había esperado, me coge en brazos y vuelve a depositarme en el altar.

—¿Crees que necesito ese libro? —pregunta, y me arrastra hasta el centro de la losa de piedra—. Me he pasado meses preparándome para esto. ¡Meses!

Arranca un trozo de tela de algodón del vestido que llevo puesto.

—He memorizado cada palabra, cada sílaba de esa página.

Se coloca sobre mí y me agarra el brazo izquierdo. Ahora es mi turno de gritar cuando tira de él para colocarlo por encima de mi cabeza. Ella se echa a reír mientras me ata a la anilla de metal de antes y dice:

—Quien ríe el último...

Arranca otra tira de mi vestido y, aunque le doy una patada, ambas sabemos que no voy a conseguir nada con ello. Ni siquiera se molesta en devolvérmela con un bofetón. Sólo se vuelve para poder atarme también el brazo derecho.

—Me pasé meses buscándote —me dice mientras se pone de pie—. Y, cuando por fin te encontré, estuve semanas planeando el accidente de tus padres y plantando las semillas con Finn para que vinieras aquí. Después, más semanas todavía asegurándome de que Jaxon estaba listo para ti. ¿Y crees que puedes echarlo todo a perder por quemar un conjuro de mierda? No tienes ni idea.

Se tambalea hasta el púlpito de nuevo y recoge el libro del suelo.

—¡No tienes ni puta idea! —repite blandiendo el libro como si fuera un arma—. Ésta es mi única oportunidad. Mi única oportunidad de traerlo de vuelta. ¿Y crees que voy a dejar que lo fastidies todo? ¿Tú? Patética e insignificante...

—¿... humana?

Termino la frase por ella a pesar de estar flipando con lo que está diciendo. ¿Traerlo de vuelta? ¿A quién? ¿A Hudson?

—¿Eso es lo que crees que eres? ¿Una humana? —Se echa a reír—. Joder, eres aún más ridícula de lo que pensaba. ¿De verdad crees que montaría todo este lío por una simple humana? Una visita a la ciudad y podría conseguir cientos de ellas sin ningún esfuerzo.

No sé de qué está hablando, ni si está diciendo la verdad. Y, aun así, sus palabras me atraviesan como un rayo; despiertan algo en mí que no reconozco, pero que, por algún motivo, me resulta ligeramente familiar. ¿Acaso soy una bruja, después de todo, pese a lo que dijo el tío Finn? ¿Es eso lo que explica la voz que no paro de oír en mi cabeza?

¿Y qué si lo soy? Hay más de un centenar de brujas en este instituto. ¿Qué me hace especial? ¿El hecho de que crea que soy la pareja de Jaxon? ¿O es algo más?

No tengo tiempo de pararme a pensar en todo este lío ahora mismo. No, si es cierto que se sabe el conjuro. Además, el reloj avanza inexorablemente hacia las 12.17.

—¿En serio estás tratando de resucitar a Hudson? —pregunto y, aunque sé que Lia está loca y quiere matarme, una minúscula parte de mí sigue sintiendo lástima de ella..., o la sentiría, si no fuera también la responsable de la muerte de mis padres.

El hecho de que fuera la muerte de Hudson lo que provocó esto en ella, lo que la dejó tan perdida y rota como para acabar ideando este plan tan absurdo y enrevesado para traerlo de vuelta... es patético y conmovedor al mismo tiempo.

Pero si una décima parte de lo que Jaxon me ha contado sobre él es verdad, y sé que lo es, hay que impedir por todos los medios que logre su objetivo. Ahora entiendo por qué Flint y el resto de los metamorfos estaban tan obcecados en hacer lo que tuviesen que hacer para detenerla, aunque eso significase matarme. Pero es una locura que pudieran llegar a pensar que Jaxon participaría en este plan. Él jamás intentaría resucitar a su hermano. Es imposible.

Esta certeza hace que me sienta superculpable por haber dudado de él.

—No puedes hacer esto, Lia.

—Voy a hacerlo. Voy a traer a Hudson de vuelta —responde—. Y tú me vas a ayudar.

—Eso es imposible, Lia. Puedes matar a tanta gente como quieras, y buscar todos los conjuros que consideres necesarios, pero no puedes hacer volver al chico al que amas de entre los muertos. No funciona de ese modo.

—No me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer —me replica, y se saca el móvil del bolsillo y me lo muestra para que vea la hora—. Dentro de cinco minutos conocerás la verdad. Todo el mundo lo hará.

Espero que no sea cierto. El año pasado leí *Frankenstein*. No me quiero ni imaginar qué clase de abominación podría traer de entre los muertos en caso de que su plan funcionase. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a responder, las puertas principales de la sala vibran en sus bisagras. Segundos más tarde toda la pared tiembla, pero las piedras se mantienen en su sitio. Como las puertas.

—Ya está cerca —anuncia Lia arrastrándose hasta el borde del altar y poniéndose de pie.

—¿Quién? ¿Hudson? —pregunto.

Un escalofrío de terror me recorre la espalda al pensar en la posibilidad de que un vampiro resucitado atraviese esas puertas para después hacer ¿qué?, ¿alimentarse de mí por ser lo que Lia crea que soy?

—Jaxon —me responde—. Lleva un rato ahí fuera, intentando encontrar la manera de llegar hasta ti.

Jaxon. Jaxon está ahí fuera. Por primera vez desde que me he despertado atada a este maldito altar, siento que podría haber una posibilidad de detener a Lia. Y de salvar mi vida.

—¿Cómo lo sabes?

La pregunta escapa de mis labios sin que sea consciente de que iba a formularla.

—Porque puedo sentirlo. Está desesperado por llegar a ti. Pero ningún vampiro puede entrar en ningún sitio si no lo invitan a hacerlo, ni siquiera el más poderoso. Si quiere entrar aquí tendrá que usar más poder del que sabe que posee. —Se echa a reír y, esta vez, su sonrisa delata claramente su locura—. Espero que esté sufriendo. Espero que sepa lo que te está pasando aquí dentro y que le esté matando el hecho de no poder llegar a ti. Estoy deseando que cumplas tu propósito para que mueras y que por fin se dé cuenta del dolor tan insoportable que se siente al perder a tu compañero.

Al parecer, después de todo esto aún soy capaz de sorprenderme.

—Te equivocas, Lia. Yo no soy... yo no soy la compañera de Jaxon. Ni siquiera sé qué significa eso, pero estoy segura de que, si fuera importante, Jaxon o Macy me lo habrían comentado.

—Es enternecedor que creas eso. Pero no importa lo que tú creas. Lo que importa es que es verdad. Y que él sí lo cree así. —Se encoge de hombros —. Aunque, bueno, también cree que puede saltarse miles de años de salvaguardas y derribar estas puertas para llegar hasta ti. Así que bien podría estar delirando. A saber. Y ¿a quién le importa? Mientras sufra cuando mueras, me da igual lo que crea.

Como si eso le hubiera dado pie, las puertas traquetean, y las bisagras chirrían por la presión que ejercen sobre ellas los poderes de Jaxon.

—¡Jaxon! —grito su nombre desesperada por que me oiga.

El traqueteo se detiene durante un segundo.

—¡Grace! ¡Aguanta! ¡Ya casi estoy!

La puerta se sacude con tanta fuerza que las piedras que la rodean empiezan a desmoronarse.

—¡Entra! ¡Puedes pasar! ¡Por favor! ¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! —grito con todas mis fuerzas para que me oiga.

Lia se echa a reír.

—No es tu habitación, Grace. No eres quién para invitarlo a entrar. Lamento bajarte de la nube.

La alarma de su móvil empieza a sonar antes de que pueda contestar y, de repente, se pone manos a la obra.

—Es la hora.

Levanta los brazos por encima de su cabeza e inicia su cántico, con voz grave, rítmica y fuerte, muy fuerte.

No duda en absoluto, no se le atascan las palabras, a pesar de que el texto escrito ha desaparecido hace mucho rato. Al parecer no mentía cuando ha dicho que lleva meses practicando. Lo que significa que me he tirado desde este altar para nada.

Mi hombro no está nada contento.

A ver, lógicamente esto no va a funcionar. Es imposible que pueda traer a Hudson de entre los muertos. La vida no funciona así. Lo sé muy bien.

Pero no voy a mentir: cuando de pronto siento una ráfaga de aire procedente de ninguna parte que me mueve el pelo y me roza la piel, me quedo helada. Como lo hago al percibir la repentina electricidad que se forma acto seguido en el ambiente.

Se me ponen todos los pelos de punta. Esto, combinado con el cántico de Lia, que se vuelve cada vez más extraño, es más que suficiente para hacerme gritar el nombre de Jaxon como si nos persiguieran los perros del infierno.

Él ruge en respuesta, un sonido primitivo que procede de sus adentros y que me lleva a tirar de las ataduras de mis muñecas con todas mis fuerzas. Duele, joder si duele, pero eso no importa. Nada importa ahora más que detener a Lia y llegar hasta Jaxon.

Esta vez toda la pared tiembla bajo la fuerza de su poder. Estoy de espaldas a la puerta, pero oigo el ruido de las piedras al desprenderse y al impactar contra el suelo. Está cerca, muy cerca, y todo en mí lucha por acercarme a él y alejarme de la locura de Lia.

No me puedo creer que haya dejado que Flint me envenenara con sus palabras; no me puedo creer que pensara ni por un segundo que Lia y Jaxon

estaban conchabados. Y, desde luego, no me puedo creer que haya dejado solo al único chico al que he amado jamás. Jaxon nunca participaría en algo como esto. Y menos si eso implica hacerme daño. Ahora lo sé.

Además, ¿cómo he podido olvidar lo mucho que Lia odia a Jaxon? Jamás lo incorporaría a su *Proyecto Lázaro* particular.

Soy una estúpida. Y eso es lo que me va a matar.

El cántico de Lia se vuelve cada vez más intenso y resuena por toda la sala mientras saca un cuchillo ceremonial de dentro del púlpito. Observo con espanto cómo se raja la muñeca y deja que la sangre que brota de sus venas gotee sobre el altar.

Cuando la primera gota alcanza el suelo, crepita y se convierte en un nocivo humo negro. El viento se levanta de nuevo y empieza a transformar el humo en una especie de minitornado que provoca que tire de mis ataduras con todas mis fuerzas mientras grito el nombre de Jaxon.

Empiezo a pensar que esto de la resurrección de Hudson podría funcionar y, si es así, no quiero tener nada que ver con ello. No quiero ser el catalizador que lo haga posible.

Sin embargo, está claro que Lia tiene otros planes, porque se acerca a mí con el cuchillo. Su sangre sigue brillando en el filo y por un momento pienso «Por favor, que lo limpie antes de tocarme con él». Sé que es absurdo, teniendo en cuenta que, uno, ¿no debería estar suplicando que no se acerque a mí con él? Y, dos, ¿qué más da si ya estoy cubierta de su sangre, mi sangre y la sangre de algún desconocido? ¿Qué importa un poco más?

Aun así, encojo las piernas e intento hacerme un ovillo. No me resulta de gran protección o, mejor dicho, de ninguna, pero es lo único que puedo hacer hasta que Jaxon logre traspasar las viejas salvaguardas.

Espero a que Lia empiece a rebanarme con el cuchillo nada más aproximarse, pero, en vez de eso, se alza sobre mí con los brazos extendidos y el cuchillo apuntando a mi abdomen.

«Ah, no va a cortarme. Va a apuñalarme. Estupendo.»

Me preparo para sentir más dolor, pero el cuchillo nunca desciende. En vez de eso, el humo negro nos rodea y se enrosca más y más conforme la brisa se acelera y Lia por fin deja de entonar su cántico.

—¡Abre la boca! —me grita cuando el humo se centra directamente sobre mí.

De eso nada. Puede matarme si quiere. De hecho, a estas alturas es libre de hacerlo, porque no pienso abrir la boca y tragarme ese humo asqueroso y aterrador que podría ser o no el hermano muerto de Jaxon. No va a pasar.

—¡Grace! —grita Jaxon desde el otro lado de la puerta—. Grace, ¿estás bien? ¡Aguanta! ¡Aguanta sólo un poco más!

No le contesto; para hacerlo, debería abrir la boca y, ahora mismo, tengo la cara pegada a mi brazo y la mandíbula lo más apretada posible. No pienso permitir que Lia se salga con la suya.

—¡Hazlo o te mato! —chilla Lia—. Aquí y ahora.

Como si eso fuese a asustarme. Ya hace rato que me he resignado a morir, así que su amenaza de muerte no tiene mucho peso ahora mismo. Además, sé que me matará de todas formas una vez que haya conseguido lo que quiere. Así que ¿por qué iba a dárselo? Sobre todo si eso implica convertirme en una especie de huésped para un antiguo ritual vampírico.

Lia se deja de amenazas y se abalanza sobre mí intentando forzarme a abrir la boca con los dedos.

«No permitas que lo haga —me advierte mi voz interior—. Persevera.»

Me dan ganas de contestarle con un rotundo «¡No jodas!», pero estoy demasiado ocupada intentando quitarme a Lia de encima.

No funciona, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que es una vampira cabreada con una fuerza sobrehumana y que yo sólo soy una humana en un estado verdaderamente lamentable. Pero eso no significa que vaya a rendirme. No significa...

De repente un estruendoso sonido inunda el aire. Lia se detiene al instante sobre mí mientras unas piedras salen despedidas en todas las direcciones. Y ahí está Jaxon.

—¡No! —grita ella mientras recoge una de las piedras que han aterrizado cerca de nosotras y se la arroja con todas sus fuerzas—. ¡No puedes estar aquí! ¡No te he invitado!

Jaxon desvía la roca con poco más que una mirada.

—Si no hay pared, no necesito invitación.

Atraviesa la sala de un solo salto. Aterriza junto a nosotras sobre el altar, me arranca a Lia de encima y la lanza por los aires hasta el otro lado de la estancia.

Impacta con fuerza contra una pared, pero vuelve directa hacia él. Jaxon, mientras tanto, susurra:

—Lo siento, Grace. —Y hace un movimiento con la mano sobre mí. Las ataduras de mis muñecas simplemente desaparecen. Después se agacha a mi lado y me acaricia el rostro—. Lo siento mucho.

—No es... —Mi voz se rompe cuando una inmensa sensación de alivio se apodera de mí—. No es culpa tuya.

Su voz es amarga.

—¿De quién es, entonces?

Me dispongo a contestar pero, sorpresa, sorpresa, Lia no va a rendirse sin luchar.

—¡Cuidado! —grito cuando veo que va directa hacia Jaxon.

Él espera a que se acerque más y en ese momento utiliza su propio impulso para lanzarla volando lejos del altar, de nuevo hasta el otro lado de la estancia.

Aterriza con un espantoso crujido de huesos, pero eso tampoco la detiene. Se pone de pie tambaleándose, levanta los brazos y empieza a entonar de nuevo ese horrible cántico. El humo negro responde: rodea a Jaxon, me rodea a mí y nos impide ver a Lia y el resto de la habitación.

—¿Qué está pasando? —dice Jaxon.

No le respondo ahora que el humo está a justo a mi lado de nuevo, temiendo abrir la boca aunque sólo sea para emitir el más mínimo sonido.

Jaxon emplea sus poderes para intentar apartar el humo de nosotros, pero debe de ser lo único en el universo que no puede controlar, porque, en lugar de disiparse, se arremolina más y más a nuestro alrededor, hasta que apenas puedo ver a Jaxon, y mucho menos el resto de la estancia.

Al parecer, es justo lo que Lia pretendía, porque en cuanto Jaxon se vuelve buscando una salida, Lia se abalanza sobre él. Salta encima de su espalda lanzando un grito de guerra primitivo y hunde el cuchillo en su pecho.

Ahora es mi turno de gritar, o lo más parecido a un grito que puedo expresar con la mandíbula totalmente cerrada. Intento llegar hasta él, pero Jaxon extiende una mano y usa su telequinesis para retenerme donde estoy. Entonces se lleva esa misma mano al pecho y se arranca el cuchillo de un tirón, que cae al suelo produciendo un gran estrépito.

Le sangra mucho la herida, pero él no parece darse ni cuenta: está demasiado centrado en Lia. Se lleva la mano atrás, agarra a la vampira del pescuezo, la pasa por encima de su cabeza y la lanza a sus pies.

Espero que use sus poderes con ella ahora, pero, en vez de eso, hunde la mano con la intención de agarrarla del cuello. Lia se aparta rodando en el último instante e intenta darle una patada en la cara. Pero él la coge de la pierna y se la retuerce en un rápido y brusco movimiento.

Un nauseabundo crujido inunda el aire, seguido de los alaridos de dolor de Lia. Jaxon la coge del pelo y se dispone a partirle el cuello y a sacarnos a todos de nuestra miseria, pero antes de que pueda hacerlo, el humo negro le rodea el cuello y empieza a asfixiarlo.

Se lleva las manos al cuello, intenta quitárselo de la garganta, pero no cede, por más que forcejee contra él.

No sé cómo lo hace, pero Lia se levanta de nuevo. Su pierna derecha está doblada en un ángulo antinatural, pero se pone en pie con los brazos en alto e inicia de nuevo su horrible cántico. El conjuro parece conferir más fuerza al humo, que continúa estrangulando a Jaxon.

Éste está blanco como la cal cuando se postra de rodillas e intenta forcejear con algo que no se puede agarrar. La sangre continúa manando de la herida de su pecho, y sé que, si no hago nada, Jaxon morirá delante de mí.

No puedo permitirlo.

Gateo hacia delante con la mano estirada buscando... Mis dedos se topan con el frío acero del cuchillo ceremonial de Lia, y me aferro a él con la escasa fuerza que me queda. Está afilado y me corto, pero apenas siento el dolor. Me levanto del suelo y, de un solo movimiento, incrusto el cuchillo en el pecho de Lia con todas mis fuerzas.

Está totalmente abierta, con los brazos extendidos a los lados, así que le doy de pleno. El cuchillo hace un repugnante sonido húmedo cuando se hunde en su piel, en su carne y en los órganos que hay debajo.

Esta vez no grita. Sólo retrocede emitiendo un extraño borboteo y se cae de espaldas al suelo.

El desagradable estertor que sale de su pecho me indica que le he perforado un pulmón en vez del corazón, pero no puede importarme menos. Mientras esté fuera de juego, yo contenta. O lo estaré cuando averigüe cómo quitarle ese humo negro y grasiento de encima a Jaxon, que no tiene mejor aspecto que Lia en estos momentos.

Si él no es lo bastante fuerte como para librarse del humo, con o sin su telequinesis, sé que yo no tengo ninguna posibilidad. Así que hago lo único que se me ocurre, lo único que sé que conseguirá que lo suelte.

Abro la boca e inspiro lenta y profundamente.

62

Donde hay humo,
hay un vampiro muerto

Le lleva unos segundos, pero el humo, o lo que sea esa cosa, por fin obedece. Deja de ahogar a Jaxon y se dirige directo hacia mí. Cosa que, he de decir, casi seguro que es lo más terriblemente aterrador que me ha pasado en la vida.

No obstante, teniendo en cuenta que la alternativa es quedarme ahí plantada viendo morir a otra persona a la que quiero, no tengo opción. Así que abro los brazos y atraigo al humo hacia mí. Una vez que me está rodeando, inspiro con la boca abierta y me dispongo a tragármelo.

—¡No! —ruge Jaxon.

De repente, caigo de espaldas, prácticamente vuelo alejándome del altar y atravesando la estancia por los aires mientras Jaxon intenta ponerse de pie. Está casi gris, pero consigue erguirse y levanta las manos por delante de su rostro. Entonces, muy muy despacio, tanto que creo que me va a dar un ataque al corazón de verlo, empieza a comprimir el aire entre las manos otorgándole una forma esférica. Mientras lo hace, toda la estancia, todo el túnel, empieza a temblar y a desmoronarse a nuestro alrededor.

A pesar de ello, Jaxon no se detiene. Sigue comprimiendo la esfera. Sus manos se mueven poco a poco en círculo mientras concentra cada vez más

energía y añade cada vez más masa.

El humo se aplana y empieza a dirigirse en la otra dirección, pero Jaxon no piensa permitirlo. Concentra energía con más fuerza, hasta que las piedras y las velas y las vasijas repletas de sangre empiezan a volar por la estancia hacia él. Lo reúne todo. Lo concentra en la esfera y busca más, hasta que incluso el aire de la habitación se dirige hacia él formando una especie de tornado. Y, con el aire, también va el humo, por más que intente resistirse a su poder.

Cada vez se hace más difícil respirar, puesto que Jaxon ha absorbido casi todo el oxígeno presente, pero me da igual. Me limito a dejarme caer al suelo, como me enseñaron en el colegio cuando hacíamos los simulacros de incendio, e intento absorber lo que quede aquí abajo mientras lo veo atraer inexorablemente al humo, cada vez más cerca de él.

Pronto, Lia y yo nos vemos también atrapadas en la absorción de energía, arrastradas por el suelo por el poder de Jaxon y su indómita voluntad. No intento resistirme. No hago nada que pueda dificultar más las cosas para él. Me entrego a Jaxon y confío en que, de alguna manera, me mantendrá a salvo, incluso de sí mismo.

Siempre lo hace.

Ahora tiene el humo en las manos, flotando entre ellas mientras se esfuerza por condensarlo, por transformarlo en lo que necesita que se convierta para que el vórtice o lo que sea que está formando lo absorba.

Pero el humo no caerá sin luchar. Cada vez que parece que Jaxon lo tiene dominado, un pequeño hilo escapa de entre sus manos y debe empezar de nuevo. Aun así, Jaxon tiene una voluntad de hierro y alberga más poder del que jamás habría podido imaginar. No se rendirá.

Entonces comienza a girar la esfera entre sus palmas más y más deprisa. El techo empieza a ceder y las paredes a desmoronarse. Incluso las piedras del suelo se hacen añicos. Aun así, Jaxon se mantiene firme y continúa ejerciendo su fuerza de atracción.

El oxígeno se está agotando, y me cuesta seriamente respirar. A él también debe de costarle, pero nadie lo diría por el modo en que sigue manipulando todas y cada una de las cosas de este lugar.

El humo intenta escapar una vez más, pero, con un rugido, Jaxon lo devuelve al centro de la esfera de una vez por todas. Y, a continuación, tan sólo la apaga; desconecta el conducto o la absorción de energía o lo que sea para que todo a nuestro alrededor vuelva a la normalidad.

La sala deja de temblar, las paredes y el suelo dejan de hacerse pedazos, las velas que quedan caen al suelo y el oxígeno poco a poco vuelve a estabilizarse. Me quedo tumbada en el suelo y respiro durante unos segundos mientras veo a Jaxon condensar la esfera en las manos y transformarla en un orbe brillante poco más grande que una pelota de tenis.

Entonces echa la mano atrás y lanza la bola contra Lia.

Impacta en su estómago, y todo su cuerpo se arquea levantándose del suelo. Profiere un último jadeo aterrador mientras absorbe la energía, la materia, el humo. Luego mira directamente a Jaxon y susurra:

—Sí. Por fin. Gracias.

Segundos más tarde, estalla en una nube de polvo que, lentamente, se asienta en el suelo.

Todo ha acabado. Dios mío. Por fin ha acabado.

—¡Jaxon!

Me vuelvo hacia él e intento arrastrarme hacia el único chico que he amado jamás. Pero estoy muy débil, y el altar está demasiado lejos. Así que extiendo la mano y grito su nombre una y otra vez.

Jaxon se tambalea por el altar en mi dirección. Después medio salta, medio se deja caer al suelo, donde lo estoy esperando. Me coge la mano y se la lleva a los labios.

—Lo siento muchísimo —susurra antes de desplomarse a mis pies.

—¡Jaxon! —grito frenéticamente—. ¡Jaxon, despierta! ¡Jaxon!

No se mueve y, durante un aterrador segundo, ni siquiera sé si respira. De alguna manera reúno las fuerzas suficientes como para darle la vuelta. Coloco la mano en su pecho y siento ese leve movimiento ascendente y descendente. Casi lloro de alivio. Pero no hay tiempo para eso. Aún le sangra la herida que le ha provocado Lia, y no tiene buen color.

—Ya está —le susurro mientras arranco una de las tiras que Lia ha dejado en mi vestido. Formo una bola con ella y presiono con firmeza la herida en un intento por detener la sangre—. Ya está.

Pero no está. Podría morir en cualquier momento. Ha perdido mucha sangre, más que yo a estas alturas, y no sé qué hacer. Si lo dejo aquí y voy a buscar ayuda, podría desangrarse mientras no estoy. Pero, si no lo hago, podría desangrarse de todos modos, ya que mis intentos no parecen funcionar.

Desesperada, busco con la mirada si queda alguna vasija de sangre intacta de las que Lia había colocado alrededor del altar. Pero no queda ninguna. Las que no están derramadas por el suelo las ha absorbido Jaxon en el vórtice.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? —me pregunto intentando poner en funcionamiento mi cerebro asustado y confundido.

El ritmo cardíaco de Jaxon está disminuyendo, al igual que su respiración. Tengo que hacer algo, lo que sea, para salvarlo. Y pronto.

Al final sólo se me ocurre una cosa: lo único que puedo hacer en esta situación. Me abro con las uñas una de las heridas de mis muñecas hasta que empieza a sangrar de nuevo. Entonces presiono la muñeca contra su boca y susurro:

—Bebe.

Mi sangre gotea y empapa sus labios sin respuesta. Pasan los segundos, tal vez un minuto entero, y empiezo a desesperarme. Si no bebe, morirá. Si no bebe, ambos...

Recupera la consciencia con un rugido. Entonces se aferra a mi brazo con fuerza, me muerde directamente encima de la vena y chupa y chupa.

No siento nada, y lo siento todo, como siempre pasa cuando bebe de mí. Hay placer, sí, pero también mucho dolor, ya que me arrebata toda la sangre que puede con cada trago. A pesar del dolor, siento un inmenso alivio cuando la estancia se vuelve negra.

Esta vez no forcejeo. No es necesario porque no estoy sola. Jaxon está aquí conmigo, y eso es lo único que importa. De modo que cuando la siguiente ola de negrura se apodera de mí, no lucho, sino que me entrego a ella, y a Jaxon, y confío en que, de alguna manera, todo va a ir bien.

Confío en que Jaxon se encargará de ello.

63

Una herida para recordar

Lo primero que noto al despertarme es que tengo calor, mucho calor. Algo que, por algún motivo, me da mala sensación, aunque no entiendo por qué. Aunque hay muchas cosas que no acabo de entender mientras vago lentamente entre el sueño y la vigilia.

Como qué es ese extraño pitido que oigo.

O por qué me duele el brazo como si algo me lo estuviera aplastando.

O por qué mi cuarto huele a manzana y canela.

Al final, es la segunda pregunta la que me despierta del todo, la que hace que abra los ojos y agite el brazo para intentar que pare el dolor.

Lo primero que percibo al abrir los ojos es a una mujer vestida con un caftán negro y morado que sostiene un portapapeles y está comprobando la lectura de una maquinita que hay al lado de mi cama. Y resulta que esa maquinita es la que emite el pitido. Y la que hace que me duela el brazo, porque, en cuanto aprieta un botón, la presión desaparece.

Porque, al parecer, la presión sanguínea es una cosa real. Como las vías intravenosas, a juzgar por la aguja que tengo clavada en el dorso de la mano y el tubo que está conectado a ella.

De repente todo me vuelve a la mente de golpe: Flint, Lia, la pelea.

—Jaxon. —Me incorporo y empiezo a mirar asustada por la habitación —. ¡Jaxon! ¿Está bien? Está...

—Jaxon está bien, Grace —me dice la mujer dándome unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro—. Y tú también, aunque ha faltado poco. Para los dos.

Siento sus palabras como un horrible *déjà vu*. Aunque mucho de lo que sucede esta mañana es como un *déjà vu*. Después de todo lo que acaba de suceder, cuesta imaginar que hayan pasado sólo dos días desde que descubrí la existencia de los vampiros. Y ahora he ayudado a matar a uno de ellos.

«Y a salvar a otro, espero», me recuerdo a mí misma mientras me deslizo por la cama inclinada del hospital hasta que paso las barandillas y saco las piernas por el borde.

—¿Dónde está? —pregunto a la mujer de pelo corto que está junto a mí —. Tengo que asegurarme de que...

Me detengo, porque no puedo ni decirlo en voz alta.

—Está bien —me asegura la enfermera con tono tranquilizador—. De hecho, está fuera de tu habitación.

»Le pedí que esperase ahí mientras te medía las constantes vitales, pero, excepto cuando se lo ha pedido el personal sanitario, el resto del tiempo no se ha apartado de tu lado ni un segundo desde que te trajo aquí.

—¿Puede ir a avisarlo? —pregunto después de lamerme los labios secos —. Necesito un minuto a solas con él.

Supongo que, si estoy aquí, es porque Jaxon logró salir de esa horrible mazmorra. Pero en estos momentos la emoción supera a la lógica, y necesito verlo. Necesito oír su voz y sentir su mano, su cuerpo, para creer de verdad que salió de allí con vida.

Para creer que la pesadilla ha terminado por fin.

—Ahora mismo —me dice—. Si vuelves a tumbarte en esa cama. Se te está disparando el pulso, y acabamos de estabilizártelo. Tienes que relajarte.

Quiero gritarle que se me ha disparado el pulso porque estoy muerta de miedo. Jaxon estaba prácticamente muerto la última vez que lo vi.

Pero no lo hago. En vez de eso, me limito a susurrar un «gracias» mientras me tumbo de nuevo sobre la cabecera inclinada de la cama. Me tiemblan las manos, así que las escondo bajo las sábanas. No hace falta revelar que ya me siento agotada de haber sufrido un pequeño subidón de adrenalina.

—De nada —responde—. Y, por si quieres saber lo que está pasando, estás en la enfermería del instituto Katmere, donde llevas dos días. Soy la enfermera Alma, y he estado cuidando de ti junto a Marise. Como te he dicho antes, estás bastante débil y has perdido mucha sangre. Además, te has dislocado el hombro, así que ahora que te has despertado, probablemente Marise querrá que lleves una férula varios días. Pero gozas de buena salud en general. Jaxon te trajo aquí antes de que la pérdida de sangre pudiera ocasionar algún daño permanente. En unos días estarás como nueva.

Sé que debería importarme lo que me está diciendo, y lo hará... pronto.

—¿Y Jaxon? —pregunto nerviosa—. Lo apuñalaron. Él también perdió mucha sangre. ¿Está...?

—Por lo que tengo entendido, cuidaste muy bien de él. Pero deja que vaya a buscarlo para que te tranquilices. Él te pondrá al día de su estado mientras llamo a tu tío para decirle que te has despertado.

Observo con ansiedad cómo Alma sale por la puerta hacia el pasillo. Habla muy bajito, así que no oigo lo que dice, pero, segundos después, Jaxon entra a toda prisa. Vivo y parece estar bastante bien.

El alivio es tremendo y por fin siento que puedo respirar de verdad. A ver, sí, tiene un aspecto horrible, o al menos todo lo horrible que puede estar alguien como él, pero está vivo. Y camina por su propio pie. Algo es algo.

Cuando se acerca, veo que su tez sigue estando algo grisácea, lo que hace que su cicatriz resalte en la mejilla. También parece haber perdido al

menos un par de kilos en los dos días que llevo dormida. Cosa que es imposible, lo sé, pero parece muy cansado, delgado y consumido. Nada que ver con la fuerza de la naturaleza a la que me tiene acostumbrada.

—Estás despierta —dice y, sólo un segundo, juraría ver lágrimas en sus ojos oscuros.

Pero entonces parpadea y no veo nada más que fuerza en ellos... y algo más que ni siquiera intento interpretar, pues todo me da vueltas y apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Ven aquí —le digo estirando los brazos hacia él.

Cuando los miro, veo que tengo las muñecas vendadas y que los muchos cortes de las manos y los brazos parecen sellados con un líquido brillante. Estoy hecha un asco, pero un asco desinfectado, al fin y al cabo.

Se aproxima, pero no se sienta en la cama. Y tampoco me toca.

—No quiero hacerte daño en el hombro...

—Mi hombro está bien —le aseguro, y es la verdad, gracias a los fármacos o hierbas o hechizos que Alma me ha administrado—. Así que ven aquí. O iré yo a por ti.

Aparto las sábanas preparándome para hacerlo. Con el movimiento, rozo mis tobillos en carne viva y hago una mueca de dolor. Cuando miro, veo que también están vendados. Menuda sorpresa.

Para ser sincera, empiezo a sentirme como una momia. Y una momia no deseada, a juzgar por la reacción de Jaxon.

—No te muevas —me regaña, y da un par de pasos más hacia mí.

—Pues ven aquí y cuéntame qué pasa. Porque estoy empezando a pensar que tengo la peste o algo.

—Sí, ése es el problema. Que tienes la peste.

Pero al menos acepta mi mano extendida y se sienta a regañadientes en el borde de la cama.

—No estés tan gruñón —digo y apoyo la frente en su hombro—. Al fin y al cabo te he salvado la vida. Deberías ser bueno conmigo.

—Ya, y en respuesta a tu amabilidad, casi te mato. Deberías quererme lo más lejos posible de ti.

Pongo los ojos en blanco, aunque el agotamiento amenaza con apoderarse de mí.

—¿Eres siempre así de dramático o sólo en ocasiones especiales?

La expresión de asombro en su rostro no tiene precio. Como tampoco su tono malhumorado cuando responde:

—No creo que preocuparme por ti me convierta en alguien dramático.

—No, pero echarte la culpa de todo por algo que claramente fue cosa de la locura de Lia, sí. —Le doy un par de besos en el cuello, deleitándome al notar que no puede evitar estremecerse cuando mis labios le rozan la piel—. Así que relájate un poco, ¿quieres? Estoy cansada.

Sus cejas desaparecen bajo su pelo completamente revuelto, y caigo en la cuenta de que es la primera vez desde que lo conocí que no lo veo con el pelo perfecto.

—¿Quieres que me relaje? —repite.

—Sí. —Me echo a un lado para hacerle un hueco en la cama y me muerdo la mejilla por dentro para no gritar cuando me hago daño en el hombro—. Venga, ven aquí. —Doy unas palmaditas en la cama a mi lado. La mirada de Jaxon oscila de mi cara a la cama y de la cama a mi cara, pero no se mueve. Así que suspiro y digo—: Ven. Sabes que quieres hacerlo.

—Quiero muchas cosas que no te convienen.

—Qué coincidencia. Yo también, aunque estoy segura de que discreparemos respecto a lo que me conviene y lo que no.

Suspira.

—Grace...

—Chisss. —Lo interrumpo—. Por favor, Jaxon, no. Estoy demasiado cansada como para discutir contigo ahora. ¿Tengo que deletreártelo? Necesito que me abraces.

Y así, sin más, su resistencia se derrite. En vez de discutir, se recuesta en las almohadas conmigo y me rodea con los brazos, procurando no hacerme daño en el hombro.

Permanecemos así, en silencio, varios minutos, y no me relajo del todo hasta que no apoya la mejilla sobre mi cabeza y me besa el pelo.

—Me alegro de que estemos bien.

—Sí. —Suelta una carcajada áspera—. Yo también.

—No lo digas así. Somos afortunados.

—Ahora mismo no pareces una persona muy afortunada.

—Ya, bueno, tú tampoco. Pero lo somos. —Inspiro hondo y exhalo muy despacio—. Podríamos estar...

Dejo la frase a medias, incapaz de terminarla.

—¿Muertos, como Lia y Hudson? —Jaxon rellena los huecos por mí.

—Sí. Pero no lo estamos, así que lo considero una victoria.

Se detiene un momento, pero entonces asiente y suspira.

—Sí, yo también.

—¿Y Flint? —pregunto al cabo de un segundo.

—No me digas que quieres hablar de ese dragón en este momento.

—Tienes razón —respondo, y le froto el brazo en un gesto reconfortante.

—Está vivo, si es lo que quieres saber. Y en mejor forma que tú y que yo, aunque no debería ser así.

—Pensaba que estaba haciendo lo correcto.

—¿Estás de coña? —Jaxon se aparta de mí y me mira con incredulidad —. Sus amigos y él han intentado matarte en numerosas ocasiones, después hizo esa estupidez en los túneles que lo único que consiguió fue empeorarlo todo, ¿y crees que sólo pretendía hacer lo correcto?

—Es que es la verdad, por raro que suene. A ver, no estoy muy contenta con él, pero me alegro de que no haya muerto.

—Ya, bueno, pues yo no puedo decir lo mismo —masculla mientras vuelve a recostarse—. Debería haberlo matado cuando tuve ocasión.

Lo abrazo con toda la fuerza que me permite mi hombro herido.

—Creo que ya nos hemos manchado bastante las manos de sangre.

—Querrás decir que ya me he manchado bastante las manos de sangre, ¿no?

—No, no es eso lo que he dicho. —Ahora es mi turno de apartarme de él, pero sólo porque quiero mirarlo a los ojos cuando digo esto—: Esto no es culpa tuya. Ni mía. Ni de Flint y el resto de los metamorfos. Es culpa de Lia. Ella fue la que ideó ese plan. Y la que provocó todo lo que sucedió. —Mi aliento se queda atascado en mi garganta—. ¿Te lo contaron los metamorfos? ¿Lo de mis padres?

—Me lo dijo Flint. Él y Cole nos lo contaron todo a Foster y a mí, incluida la razón por la que no compartían lo que sabían con las brujas y los vampiros.

—Supongo que no se lo dijeron a los vampiros porque pensaron que, por alguna razón, todos conspiraríais. Pero ¿por qué no a las brujas?

—Tú no eres bruja, pero tu familia sí. Pensaron que Foster no sería capaz de ver más allá de que eres su sobrina y que no tendría en cuenta el peligro que suponía para todos el hecho de tenerte aquí en Katmere.

Lo miro molesta.

—Ya, bueno, yo diría que el peligro en todo caso ha sido para mí, no por mí, pero muchas gracias.

—Debería haberlo imaginado antes.

Jaxon parece mortificado.

—¿Piensas superar ese complejo de Dios que tienes en algún momento? —le espeto—. ¿O estamos todos obligados a vivir con ello?

—Vaya. Llevas despierta sólo quince minutos y ya me has llamado «dramático» y me has acusado de tener complejo de Dios. —Enarca las cejas—. ¿Seguro que no estás enfadada conmigo?

—Segurísimo —respondo, y acerco su rostro al mío para besarlo.

Se encoge un poco cuando mi mano roza su cicatriz, como de costumbre. Joder, hemos pasado por mucho como para que esto siga igual. Me aparto antes de que nuestros labios lleguen tan siquiera a rozarse.

—¿Qué pasa? —Me mira preocupado.

Suspiro y deslizo los dedos por su mandíbula.

—Sé que no tengo ningún derecho a decirte lo que tienes que sentir, pero ojalá pudieras verte como yo te veo. Ojalá pudieras ver lo maravilloso que eres para mí. Lo fuerte, poderoso y extraordinario que eres.

—Grace. —Vuelve la cabeza y me besa la palma de la mano—. No tienes por qué decir eso. Sé qué aspecto tengo.

—Ése es el tema. ¡No lo sabes! —Levanto la mano y lo agarro con fuerza pese al intenso dolor que siento en el brazo al hacer el movimiento —. Sé que odias esa cicatriz porque Hudson te la hizo durante los momentos más horribles de tu vida...

—Te equivocas —me interrumpe.

Me quedo mirándolo.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a todo. No odio mi cicatriz. Me avergüenza el haber dejado que me la hicieran. No fue Hudson. Fue la reina vampiro. Y los peores momentos de mi vida no fueron cuando maté a Hudson. Fueron cuando recuperé la consciencia en ese altar y vi que te había quitado demasiada sangre. Ese momento y todos los que tardé en traerte aquí serán siempre los peores segundos y los peores minutos de mi vida.

Acaba de decir tantas cosas importantes que no sé por dónde empezar. Aunque...

—¿Tu madre? ¿Tu madre te hizo esto? —susurro horrorizada.

Se encoge de hombros.

—Al matar a Hudson interferí en sus planes. Tenía que castigarme.

—¿Rompiéndote la cara?

—Es difícil hacerle una cicatriz a un vampiro; nos curamos muy rápido. Al hacer esto y asegurarse de que no sanase, me dejó una marca de debilidad para que todo el mundo la viera.

—Pero podrías haberla detenido sin problemas. ¿Por qué no lo hiciste?

—No quería enfrentarme a mi madre, y desde luego no quería infligirle más daño del que ya le había hecho. —Se encoge de hombros de nuevo—. Además, necesitaba castigar a alguien por lo que había pasado, herir a alguien para poder sentirse mejor. Mejor yo que cualquier otro que no tuviera ninguna culpa. —Estoy horrorizada, pero Jaxon sólo se ríe un poco —. No te preocupes por eso, Grace. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? —Me esfuerzo por tragarme la rabia que se acumula en mi interior—. Esa mujer es un monstruo. Es mala. Es...

—La reina. Y no hay nada que podamos hacer al respecto. Pero, gracias —me susurra ahora él a mí rozando mi pelo con los labios.

—¿Por qué? —Casi me atraganto con las palabras.

—Por preocuparte. —Agacha la cabeza buscando un beso.

Pero nuestros labios aún no han llegado a tocarse cuando alguien llama a la puerta.

—Lamento la interrupción —dice Marise asomando la cabeza—, pero, ahora que te has despertado, quería ver cómo andaba mi paciente favorita.

Echo un vistazo a la sala vacía.

—Querrás decir tu única paciente.

—Sí, bueno, me das mucho trabajo. Además, he tenido a Jaxon y a Flint aquí durante al menos un día. Tú sólo necesitas un poco más de atención, eso es todo.

Me sonríe.

—Ya, bueno, esto de ser humana aquí escuece bastante —digo mirándome los brazos.

En mi interior, la voz se despierta y me susurra que no debería apresurarme tanto en llamarme «humana». Lo cual es absurdo, aunque... lo

que dijo Lia sobre todo lo que tuvo que hacer para encontrarme y traerme hasta aquí no se me va de la cabeza.

Hace que me pregunte qué tengo de especial. Incluso si fuera una bruja, y no estoy segura de serlo, hay un montón de brujas en este instituto entre las que escoger. ¿Es porque soy realmente la compañera de Jaxon? Y, si lo soy, ¿qué significa eso en este mundo? Y ¿cómo iba ella a saberlo? Y ¿qué importancia tiene eso? ¿Qué tiene que ver a quién ame Jaxon con el regreso de Hudson de entre los muertos?

Ahora que Lia ha desaparecido y que su plan ha fracasado, tengo más preguntas que antes de su muerte. Quiero preguntarle a Jaxon si tiene alguna de las respuestas, pero no es el momento para pensar en esto, y menos ahora que Marise enseña los colmillos y dice:

—Esas heridas no son las únicas que escuecen por aquí.

—Eso parece —respondo con una sonrisita.

Tarda sólo unos minutos en echarme un vistazo y su pronóstico es prácticamente el mismo que me ha dado Alma. Un montón de cortes y heridas que Alma, que resulta ser una bruja sanadora, ya se ha encargado de minimizar. Y un hombro dislocado medio curado que tendré que llevar entablillado un par de semanas para terminar lo que Alma ya ha empezado.

También está el asuntillo de la transfusión de sangre, un poco más de dos litros, que ojalá no hubiese mencionado delante de Jaxon. Pero, en general, me encuentro bien y probablemente pueda volver a mi habitación dentro de dos o tres días si mis constantes se mantienen estables.

O eso dice Marise mientras se marcha despidiéndose con la mano.

—¡No es culpa tuya! —le digo a Jaxon en cuanto sale por la puerta.

—Es totalmente culpa mía —responde—. Casi te dejo seca.

—Dos litros es una cantidad que ni se aproxima de lejos a dejarme seca.

—Se aproxima a vaciarte lo suficiente como para que mueras. Que para mí ya es bastante. —Niega con la cabeza—. Lo siento mucho, Grace. Haberte hecho daño. Lo de tus padres. Todo.

—Tú no me has hecho nada. Me has salvado. Alma me ha dicho que me trajiste aquí antes de que pudiera sufrir ningún daño permanente. —No responde. Sólo sacude la cabeza y aprieta la mandíbula con rabia—. Te di mi sangre porque, sin ella, habrías muerto. —Le tomo el rostro entre mis manos y lo miro directamente a los ojos para que vea que estoy hablando muy en serio—. Y lo cierto es que no fue ningún sacrificio. Fue un acto bastante egoísta, porque, ahora que te he encontrado, no quiero estar en un mundo en el que tú no existas.

Durante varios segundos sigue sin decir nada. Después niega con la cabeza y dice:

—¿Qué se supone que tengo que responder a eso, Grace?

—Que me crees. Que sabes que no es culpa tuya. Que...

—Te quiero.

Sofoco un grito, y me sale una lenta y temblorosa exhalación mientras unas lágrimas que ni me molesto en ocultar inundan mis ojos.

—O eso. Puedes responder eso sin problemas.

—Es la verdad —susurra—. Estoy completamente enamorado de ti.

—Bien, porque yo también estoy enamorada de ti. Y ahora que el plan de Lia ha acabado para siempre, podemos tratar de estar enamorados sin que nadie intente matarnos.

Se pone rígido, aparta la mirada y el frío del que creía haber conseguido escapar repta de nuevo por mi columna vertebral.

—¿Qué pasa, Jaxon?

—No... —se interrumpe y sacude la cabeza—. No creo que podamos hacer esto, Grace.

Ante sus palabras, el frío se congela y transforma mi cuerpo en hielo.

—¿Qué quieres decir? —susurro—. Acabas de decirme que me quieres.

—Y te quiero —asegura con énfasis—. Pero a veces el amor no es suficiente.

—No sé qué significa eso.

Ahora es mi turno de apartar la vista, de mirar a cualquier parte menos a él.

—Claro que lo sabes.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Se queda ahí sentado en la cama, junto a mí, rodeando mi hombro con el brazo y acurrucado contra el mío mientras me arranca el corazón del puto pecho.

—No será siempre así —le susurro por fin.

—Ahí es donde te equivocas. Siempre será así. El hecho de que yo te ame significa que siempre serás un objetivo. Siempre estarás en peligro.

—Esto no tenía nada que ver con eso. —Me vuelvo hacia él, enredando desesperadamente los dedos en su jersey y le digo—: Lo sabes muy bien. Tú no eras más que una complicación. Lia me dijo que me quería a mí. Que tenía que ver conmigo. Y si los metamorfos fueron a por mí fue porque sabían que ella quería usarme para... —Dejo la frase a medias, pues no quiero volver a mencionarle el nombre de Hudson jamás.

—No creerás de verdad que los metamorfos van a olvidarse de esto, ¿no? Ahora que Lia ha desaparecido, puede que no te maten ahora, pero eso no significa que no reconsideren la idea la primera vez que mi familia o yo los cabreemos. Ahora que saben lo importante que eres para mí corres más riesgo que nunca.

Puede que sus temores sean fundados o puede que no. Pero hay una cosa cierta:

—Me da igual.

—Pues a mí no, Grace.

Sin embargo, su mirada inescrutable ya no está vacía. No esta vez. Puedo ver el dolor al fondo y sé que decir estas cosas le hiere tanto como me está hiriendo a mí. Eso es suficiente para que deslice las manos hasta su rostro, coja con cuidado sus mejillas entre mis palmas y lo mire a esos ojos que me cautivaron desde el primer momento en que lo vi.

—Ya, bueno. Pero resulta que tú no eres el único en esta relación —le digo, y me inclino hacia delante y beso suave y desesperadamente su frente, las comisuras de su boca, sus labios—. Y eso significa que no puedes tomar todas las decisiones por los dos.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que es. —Me toma las manos, que siguen sobre sus mejillas. Entrelaza sus dedos con los míos con sumo cuidado de no hacerme daño—. No puedo alejarme si me lo pones difícil.

—Pues no te alejes —le imploro con la boca tan cerca de la suya que puedo sentir su aliento en mi piel; tan cerca que puedo ver esas pequeñas motas plateadas girando en sus ojos—. No le vuelvas la espalda a esto, a mí, sin habernos dado la oportunidad de intentarlo siquiera.

Deja caer la frente sobre la mía y cierra los ojos con un gruñido agónico.

—No quiero hacerte daño, Grace.

—Pues no me lo hagas.

—No es tan sencillo.

—Claro que sí. Es así de sencillo. O quieres estar conmigo o no quieres.

Su risa es oscura, atormentada.

—Por supuesto que quiero estar contigo.

—Pues hazlo, Jaxon. —Lo rodeo con los brazos, con el cable del gotero y todo, y lo estrecho lo más cerca posible de mi pobre y desesperado corazón—. Hazlo. Ámame. Y deja que te ame.

Durante unos largos segundos no se mueve, no responde, ni siquiera respira, mientras la desesperación y la esperanza libran una batalla en mi interior. Pero entonces, justo cuando estoy a punto de tirar la toalla, inspira hondo y se estremece contra mí.

Acto seguido, coloca las manos en mi rostro y me besa como si fuera la cosa más importante del mundo. Le devuelvo el beso de la misma manera, y nunca había sentido algo tan bueno. Porque ahora mismo, en este momento, todo es, por fin, como tiene que ser.

64

Bien está lo que acaba con nubes de azúcar

—Por favor.

—No. —Jaxon me mira como si fuera de otro planeta.

Me acurruco más cerca y pestañeo con intensidad.

—Por favooor.

Enarca una ceja.

—¿Se te ha metido algo en el ojo o llamo a la enfermera y le digo que te está dando un ataque?

—Jo. Qué asco das.

Me cruzo de brazos y finjo hacer pucheros. Pero, después de tres días encerrada en mi habitación recuperándome, no sé hasta qué punto el gesto es fingido. Y aunque sé que no estaré aquí eternamente, se me sigue haciendo un mundo.

—Por favor, Jaxon. Si continúo mirando estas cuatro paredes más tiempo, me va a dar algo.

Jaxon suspira, pero sé que lo está pensando, así que tiento a la suerte.

—¿No podemos ir a algún sitio? ¿Sólo un ratito? Puedes incluso llevarme en brazos si me canso mucho.

Pruebo lo del pestañeo otra vez, ésta intentando parecer menos un pájaro asustado y más una mujer fatal.

—Ya, como si fuese a picar —dice, y suelta un bufido.

Bueno, vale. Tiene parte de razón. No me hace mucha gracia la idea de que me lleve en brazos a ninguna parte, sobre todo ahora que las cosas parecen haberse calmado por aquí. Pero, aun así, el aburrimiento es real... y se torna más real a cada momento que pasa.

—Venga, Jaxon. Sé que sólo estás siguiendo las instrucciones porque Marise dijo que tenía que reposar un par de días más, pero no estoy pensando en participar en la carrera de trineos Iditarod. Sólo quiero dar una vuelta unos minutos, nada más.

Examina mi rostro durante un momento y debe de llegar a la misma conclusión que yo: que voy a salir con o sin él, porque al final asiente de mala gana y se levanta de mi cama, donde llevamos un par de horas tendidos.

—El crepúsculo civil acaba de empezar, así que iremos fuera un ratito. Pero no nos alejaremos del castillo. Y prométeme que en cuanto empieces a estar cansada me lo dirás.

—Lo haré. Te lo juro.

Estoy tan emocionada que salto de la cama tras él. Entonces deseo no haberlo hecho, porque me duele todo, sobre todo el hombro recientemente dislocado. Ahora que me lo han puesto en el sitio está mucho mejor que antes, aunque sigue doliendo un montón. Pero no pienso decírselo a Jaxon, claro, porque podría cambiar de idea y porque sé que se culpa por todo lo que sucedió con Lia.

Lo cual es absurdo, pero Jaxon es de esos chicos que cargan con todo el peso del mundo sobre sus hombros y se toman esa responsabilidad muy en serio. Así que no pienso decirle lo mucho que me duele todo y lo mal que me sigo encontrando, porque sé que se torturará por ello.

—Bueno, y ¿qué quieres hacer? —pregunto en un intento de distraerlo del hecho de que cojeo, y no poco.

Me observa con recelo y con una expresión que me indica que no lo estoy engañando. Pero sólo dice:

—Se me ocurren un par de ideas. Vístete. Yo voy a coger unas cosas y vuelvo dentro de quince minutos.

—Podemos vernos abajo... —empiezo, pero dejo la frase a medias cuando me mira con las cejas levantadas—. O podemos vernos aquí.

—Sí. Mejor.

Se inclina y me besa en los labios. Iba a ser un besito rápido, pero no puedo evitar rodearle el cuello con el brazo bueno, pegarme a él y besarlo con intensidad. Jaxon se queda quieto, pero noto que se le corta la respiración un instante. Segundos más tarde, desliza las manos hasta mis caderas y me estrecha más contra él. Entonces arrastra un colmillo por mi labio inferior en un movimiento que sabe que transforma todos mis músculos en gelatina.

El aliento se me queda atrapado en la garganta cuando me ofrezco a él. Cuando me pego más todavía. Cuando me entrego a Jaxon y a la explosión de calor, placer y luz que desata dentro de mí con un simple beso. Una sola caricia. Una mirada.

No sé durante cuánto tiempo nos besamos.

Sé que es el tiempo suficiente como para que mi respiración se torne entrecortada.

El tiempo suficiente como para que mis rodillas tiemblen con cada caricia de sus dedos en mi cadera.

El tiempo más que suficiente como para que me replantee lo de salir ahora que las cosas aquí dentro se han puesto mucho más interesantes.

Pero, al final, Jaxon se aparta con un gruñido. Apoya la frente contra la mía y nos quedamos un rato así, respirando. Entonces interrumpe todo contacto físico y, con una voz profunda, vibrante y supersexy, dice:

—Vístete. Vuelvo enseguida.

Y, como siempre, desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

Yo tardo un poco más en recuperarme. Tiene que pasar más o menos un minuto hasta que mi corazón se estabiliza y mis rodillas recuperan la fuerza necesaria para sostenerme. Cuando por fin me recompongo, empiezo a enfundarme en todas las capas necesarias para sobrevivir en el exterior en Alaska. Durante todo este tiempo, siento un hormigueo en los labios.

Menos mal que me he dado prisa, porque Jaxon regresa, llama a la puerta y entra antes de que me haya dado tiempo a ponerme los calcetines. Para ser justos, cuesta más vestirse con un hombro dislocado. Pero, aunque estuviera completamente bien, me sería imposible competir contra la velocidad de Jaxon.

Lleva una mochila que deja junto a la puerta cuando ve que tengo problemas con los calcetines.

—Espera, deja que te ayude —dice, y se arrodilla ante mí y me coloca el tobillo sobre su muslo.

Y así, sin más, vuelvo a quedarme sin aliento. Porque si algo he aprendido en el tiempo que llevo aquí, es que Jaxon Vega no se arrodilla por nadie. Y, sin embargo, aquí está, arrodillado ante mí como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Qué? —pregunta mientras me desliza los calcetines por los pies y por encima de los tobillos.

Yo sólo niego con la cabeza porque ¿qué voy a decir? Sobre todo cuando las puntas de sus dedos permanecen en mis pantorrillas, trazando patrones sobre mi piel, que de repente se ha vuelto supersensible.

Debo de parecer tan aturdida como me siento, porque me sonríe de oreja a oreja y desliza el segundo calcetín sobre el primero antes de hacer lo mismo con el otro pie.

Niego con la cabeza y aparto la vista para no derretirme y transformarme en un charco.

Un par de minutos después, tras haberme puesto también las botas, se pone en pie y me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—¿Ya has decidido adónde vamos a ir? —pregunto de camino a la puerta.

Recoge la mochila (algo que nunca lo he visto llevar, si no es en clase) y responde:

—Sí.

Espero a que me dé más explicaciones, pero Jaxon es Jaxon. Casi nunca revela más de lo necesario. Aun así, me lanza una sonrisa pícara y dejo de pensar en ello. Si quiere sorprenderme, ¿quién soy yo para negarme? Además, sus sorpresas suelen ser una pasada.

Caminamos de la mano por los pasillos y los tres tramos de escaleras hasta la puerta principal. Casi todo el mundo está en la última asignatura del día (Jaxon también debería estar en clase, pero ha hecho novillos), de modo que, para mi fortuna, las zonas comunes están casi desiertas. Aún no estoy preparada para enfrentarme a ellos después de todo lo que ha pasado.

—¿Estás bien? —pregunta Jaxon mientras salimos al frío exterior y bajamos aún más escalones. Lo que es genial. Porque, claro, no es que me duelan todos los músculos del cuerpo ni nada de eso...

Aun así asiento; no quiero que sepa que lo estoy pasando mal porque la gélida temperatura me coge por sorpresa. Es absurdo: estamos en Alaska y sé perfectamente el frío que hace fuera. Pero mi sistema sigue quedándose impactado cada vez.

No debo de estar ocultando mi malestar tan bien como creía ya que Jaxon echa un vistazo a mi rostro y dice:

—Podemos volver dentro.

—No. Quiero hacer algo contigo. Solos los dos.

Sus ojos se abren como platos al escuchar estas palabras, y la cautela desaparece de sus ojos. Durante un segundo, sólo un segundo, consigo ver al auténtico Jaxon (un poco incómodo, un poco vulnerable, muy enamorado

de mí) y me quedo sin aliento una vez más. Porque yo siento todo eso y mucho más por él.

—Vamos, entonces.

Nos dirigimos en la dirección opuesta a la que tomé el primer día que salí a explorar. En lugar de ir por las casitas de las clases, atravesamos la prístina nieve hacia el bosque que ocupa gran parte de los terrenos del instituto.

Avanzamos despacio, en parte porque cuando empiezas a moverte no sientes tanto el frío y en parte porque caminar sobre la nieve no es nada fácil, y menos si hace menos de una semana que has estado a punto de perder la vida. Al final llegamos a un pequeño claro en el bosque. No es muy grande, tendrá más o menos el tamaño de mi habitación, pero hay un par de bancos a un lado.

Jaxon deja la mochila en uno de ellos y saca un termo largo y negro. Coge la taza que hay en la parte superior, abre el termo y vierte algo en ella. Acto seguido me la tiende con una sonrisa.

—¿Chocolate caliente? —exclamo encantada.

—Sí, bueno. He pensado que preferirías dejar las infusiones una temporada.

Me echo a reír.

—Tienes razón. —Me dispongo a dar un sorbo, pero Jaxon me detiene.

Entonces echa la mano a la mochila y saca una bolsita de nubes.

—No entiendo mucho sobre beber cacao caliente, pero sé que normalmente va a acompañado de nubes. —Saca unos cuantos cuadraditos de aspecto casero y los deja caer en mi taza.

En serio, casi me explota el corazón, aquí, en medio de un montón de árboles, mientras la oscuridad desciende lentamente a nuestro alrededor. Porque incluso después de todo lo que hemos pasado, sigo alucinando al ver que Jaxon siempre piensa en mí. En qué me puede gustar o qué puede hacerme sentir bien o qué puede hacerme feliz. Y siempre siempre acierta.

Bebo un gran sorbo y no me sorprende nada que sea el mejor chocolate caliente que he tomado en la vida.

—¿A quién has persuadido para que prepare esto? —pregunto observándolo por encima del borde de la taza.

Me mira fingiendo estar confundido.

—No sé de qué me hablas.

Pero detecto cierta diversión en la profundidad de sus ojos que contradice sus palabras y me hace reír.

—Bueno, quienquiera que sea, dile que está muy bueno.

Se le escapa media sonrisa.

—Lo haré.

Doy otro sorbo y le ofrezco la taza.

—¿Quieres un poco?

—Gracias, pero no me va mucho. —Ahora sonríe abiertamente.

—Ah, claro. —Esto despierta el millón de preguntas que he estado acumulando en mi cabeza—. ¿Y cómo funciona eso?

Enarca una ceja.

—Cómo funciona ¿qué?

—He visto que bebes infusiones, pero no cacao. Te comiste una fresa durante la fiesta, pero no te he visto comer nada más. Excepto... —Dejo la frase a medias y me ruborizo.

—¿Excepto tu sangre? —pregunta con malicia.

—Pues sí.

—Los vampiros beben agua como el resto de los mamíferos del planeta, y las infusiones son básicamente agua caliente. Si empiezas a añadir leche o cacao, eso ya es otra historia.

—Ah. Claro. —Tiene todo el sentido del mundo—. ¿Y la fresa?

—Ya, eso fue sólo puro teatro. Me estuvo doliendo la tripa toda la noche.

Ahora es su turno de parecer avergonzado.

—¿En serio? ¿Y por qué lo hiciste?

—¿La verdad? —Niega con la cabeza y aparta la mirada—. No tengo ni idea.

No es la respuesta que esperaba, pero, al mirarlo, está claro que es sincero. Así que lo dejo estar. Y añado:

—Una pregunta más.

—¿Lo de la sangre? —Parece entre receloso y divertido.

—¡Pues claro! Y lo de salir cuando hay luz. Creía que los vampiros sólo podían salir de noche.

Parece incómodo por un momento, pero cuadra los hombros y dice:

—Eso depende.

—¿De qué?

—De qué tipo de sangre beban. Aquí, en el instituto, Foster sirve sangre animal. Si bebemos sólo eso, podemos salir cuando hace sol. Sin embargo, si decidimos... suplementarlo con sangre humana, tenemos que esperar a que esté oscuro.

Pienso en lo que ha dicho en mi cuarto, lo de que podíamos salir, puesto que ya había comenzado el crepúsculo civil.

—Entonces, cuando llegué aquí, te vi fuera porque sólo bebías sangre animal. Pero ahora...

Me pongo colorada y ahora es mi turno de mirar hacia otro lado. No porque me avergüence lo que Jaxon y yo hacemos, sino porque me parece algo muy íntimo hablar del hecho de que él...

—¿Quieres decir ahora que he estado bebiendo tu sangre más habitualmente?

Y el rubor se intensifica más todavía.

—Sí.

—Sí. Bebí de ti. Y de Cole. Y después de ti otra vez en los túneles. Así que nada de luz para mí.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto, porque han pasado días desde lo de los túneles, y no ha vuelto a beber de mí desde entonces.

Aunque he estado deseándolo. Pero, al parecer, el hecho de que estuviera a punto de morir por la pérdida de sangre le ha quitado todas las ganas de clavarme los colmillos en el cuello.

—Hasta que el subidón hormonal que se produce al metabolizar sangre humana se pase. —Al ver que no lo acabo de entender, continúa—: Es como los humanos y la insulina. Cuando tomas carbohidratos, la insulina se dispara y tarda un tiempo en bajar. Cuando bebo sangre humana, mi cuerpo segrega una hormona que hace que sea imposible que esté bajo el sol. Y esta hormona tarda más o menos una semana en desaparecer por completo. La sangre animal no activa esa hormona.

Hago la cuenta en mi cabeza.

—Han pasado seis días desde lo de los túneles. Así que mañana deberías poder volver a estar al sol.

Se encoge de hombros.

—Mejor al día siguiente, para ir sobre seguro. Y eso si no...

—Si no me muerdes otra vez.

Una repentina oleada de calor me recorre todo el cuerpo. Ahora es él quien parece incómodo.

—Algo así, sí.

—¿Algo así? —Dejo la taza en el banco y rodeo su cintura con el brazo bueno—. ¿O justo eso?

Me mira con los ojos oscuros y un gesto algo peligroso.

—Justo eso —murmura.

Y sé que si no fuera cubierta de montones de capas de ropa de la cabeza a los pies, me mordería aquí y ahora. La sola idea me provoca un estremecimiento que no me esfuerzo en ocultar.

—Deja de mirarme así —me advierte Jaxon—. O voy a tener que llevarte de vuelta a tu habitación, y no haremos eso por lo que te he traído hasta aquí.

No voy a mentir. De repente lo de volver a la habitación suena muy bien. Aunque...

—¿Para qué hemos venido?

—¿Para qué va a ser? —Busca en su mochila y saca una zanahoria larga y un gorro—. Para hacer un muñeco de nieve.

—¿Un muñeco de nieve? —exclamo—. ¿En serio?

—Flint no es el único que sabe jugar en la nieve por aquí.

Su rostro permanece relativamente inexpresivo, pero sus palabras contienen cierta mordacidad que hace que me pregunte un montón de cosas. Incluido si es posible que Jaxon esté celoso..., cosa que me parece absurda, teniendo en cuenta que Flint ha intentado matarme en tres ocasiones distintas. Eso no tiene nada que pueda inspirar celos.

—Bueno, ¿qué? ¿Vienes? —pregunta Jaxon mientras se agacha y empieza a recoger nieve para formar una bola gigante—. ¿O te vas a quedar ahí mirando?

—Tengo unas buenas vistas —le digo observando descaradamente su culo perfecto, cubierto de muchas menos capas que el mío—. Pero te ayudaré.

Me mira y pone los ojos en blanco. Pero menea el culo un poco, y eso me hace reír. Mucho.

Poco tiempo después, ambos estamos partiéndonos de risa admirando el que debe de ser el muñeco de nieve más torcido del mundo. En mi caso tengo excusa, ya que soy de San Diego. Pero Jaxon lleva años en Alaska. Tiene que haber hecho más de un muñeco de nieve ya.

Me dispongo a preguntárselo, pero hay algo en el modo en que observa el muñeco que hace que me muerda la lengua. Entonces pienso que tal vez Jaxon no haya tenido mucho tiempo de jugar en su vida, ni siquiera cuando no era el primero en la línea de sucesión al trono.

Esto me entristece; mientras tanto, él busca unas piedras para ponérselas de ojos al muñeco. Ha sufrido mucho en esta vida. Me fascina que haya

pasado por tantas cosas y que haya logrado salir así, siendo un chico que siente de esta manera, que se preocupa tanto y que es capaz de intentar jugar por mí.

Siento que no estoy a su altura, aunque me muero por él.

Entonces me viene a la mente la pregunta que me ha estado rondando la cabeza desde que me desperté en la enfermería hace tres días.

—¿Jaxon?

—Dime. —Algo en su voz debe de haberlo puesto sobre aviso, porque su sonrisa se transforma en un gesto de preocupación—. ¿Qué pasa?

—Llevo un tiempo queriendo saber... —Inspiro hondo y suelto la pregunta que tanto me he esforzado por olvidar—: ¿Adónde fue Hudson? Los dos vimos morir a Lia. Pero ¿adónde fue el humo negro? ¿Murió con ella? O... —No termino, porque la idea es demasiado espantosa.

Pero Jaxon nunca ha sido de edulcorar las cosas ni de evitarlas. Su rostro se torna adusto cuando responde:

—Todavía no lo he averiguado. Pero lo haré. Porque no pienso arriesgarme por nada del mundo a que Hudson ande suelto por la tierra por segunda vez.

Su tono es tan vehemente que duele, sobre todo sabiendo lo mucho que ha sufrido ya a causa de su hermano. Detesto que haya tenido que pasar por tanto, y detesto más todavía el hecho de que la amenaza de que Hudson pueda regresar siempre se cernirá sobre nosotros.

Después de todo, cuesta relajarse cuando un sociópata homicida te la tiene jurada, a ti... y al resto del mundo.

Está claro que Jaxon controla su miedo mejor que yo, o tal vez sea sólo que ha tenido más tiempo para vivir con esa amenaza. Sea lo que sea, es capaz de regalarme una sonrisa auténtica cuando por fin forma la cara del muñeco de nieve con las piedras y la zanahoria que ha traído para la nariz.

—Venga. Culmina la obra —dice, y me pasa el gorro.

Es la primera vez que me paro a mirarlo y, cuando lo hago, me desternillo de risa. Porque puede que mi impresión de antes no fuera tan absurda. Puede que Jaxon sí que esté celoso de Flint, al fin y al cabo. Me mira y niega con la cabeza.

—¿Vas a ponerle el gorro o no? —pregunta.

—Sí, por supuesto que sí.

Doy un paso hacia delante y lo hago antes de volver junto a Jaxon para que ambos podamos admirarlo.

—¿Qué te parece? —pregunta al cabo de un momento.

Y aunque suena como si estuviera a punto de hacer una broma, detecto cierta vulnerabilidad en su voz. Una minúscula necesidad de mi aprobación que jamás habría esperado.

Así que me vuelvo y miro nuestro pobre muñeco de nieve inclinado hacia un lado y casi derretido de nuevo a pesar de la nieve. Para mí es perfecto. Absolutamente perfecto.

Pero no lo digo. No puedo hacerlo sin revelarle a Jaxon que veo en él mucho más de lo que se imagina. De modo que pronuncio la única verdad que puedo.

—El gorro de vampiro le da un toque genial.

Sonríe de oreja a oreja.

—Sí, eso pensaba yo también.

Busca mi mano en el momento exacto en que yo busco la suya. Y es una sensación maravillosa. Increíble.

Es como que todo está donde tiene que estar.

Y, por primera vez, me permito pensar en lo que Lia dijo antes de morir respecto a que yo fuera la compañera de Jaxon. No sé qué significa eso; no obstante, cuando me estrecha en sus brazos y su calor se me extiende por todo el cuerpo, no puedo evitar pensar que tal vez debería averiguarlo.

65

¿Por qué no puede una tener un final feliz normal y corriente hoy en día?

Cuatro días después, por fin reanudo las clases, esta vez de verdad, con los deberes de Literatura Británica y un proyecto de investigación sobre los juicios a las brujas de Salem hechos y mi primera cita con la doctora Wainwright. Y con un montón de trabajo extra para compensar todo lo que me he perdido estando convaleciente después de que una vampira psicópata intentara matarme. Cosa que me parece un poco injusta, la verdad, pero quién soy yo para quejarme cuando puedo pasarme todas las mañanas, todas las comidas y casi todas las noches con Jaxon, que se está esforzando mucho por vivir el momento y dejar a un lado los problemas.

De hecho, estamos juntos ahora, cogiendo el desayuno en la cafetería y bromeando sobre la última debacle sentimental de Luca, que hasta yo tengo que admitir que es un desastre.

Estoy comiendo Pop-Tarts de azúcar moreno. Macy ha cogido el último paquete de las de cereza porque es así de perversa. Y Jaxon y el resto de la Orden están tomando la ración matutina de sangre de uapití que les proporciona el instituto en unos vasos opacos. Al final resulta que aquellos enfriadores de bebidas grandes y naranja eran para eso: para alimentar a los vampiros.

Cam todavía no se atreve a unirse a nosotros, pero Macy tiene todas sus esperanzas puestas en que al final lo hará. Yo no estoy tan segura. Jaxon se ha vuelto más intimidante todavía desde lo que pasó con Lia, y casi todo el mundo le da aún más espacio que antes. Yo no paro de decirle que se relajarían un poco si sonriera más, pero hasta ahora no ha seguido mi consejo. En realidad creo que es porque cree que, cuanto más miedo tengan, más segura estaré.

Yo no estoy del todo de acuerdo, pero he de admitir que las cosas han estado sorprendentemente tranquilas los últimos días. Nadie ha intentado envenenarme ni convertirme en un sacrificio humano en las últimas noventa y seis horas. Es todo un récord que espero que se alargue lo máximo posible.

Suena el timbre mientras bebo mi último trago de té y, cuando levanto la vista, veo que Jaxon me está mirando con una (muy) ligera sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras recojo el envoltorio de las Pop-Tarts y la taza.

—Nada. Sólo te miraba. —Se inclina y me besa en la comisura de la boca—. Y me preguntaba en qué pensabas.

—En ti —respondo—. Como siempre.

Rafael finge una arcada.

—No es por nada, pero ¿podríais cortaros un poco para que no nos dé a todos un subidón de azúcar?

—Los vampiros no metabolizan el azúcar como los humanos —le informo con una sonrisa de oreja a oreja—. Así que no tienes de qué preocuparte.

—Mira lo que has conseguido —interviene Mekhi—. Has creado un monstruo de la investigación. Está obsesionada.

—Me temo que eso es cosa de la bibliotecaria —responde Jaxon secamente—. Amka le tiene preparados al menos cinco libros todos los

días.

—Oye, si voy a convivir con vampiros, tengo que saber todo lo que pueda sobre ellos —les digo mientras me levanto y coloco bien la silla—. Es normal querer conocer tu entorno.

—¿Sabes qué otra cosa es normal? —pregunta Jaxon mientras se inclina hasta que su boca está a apenas unos centímetros de la mía.

—Tengo una idea bastante clara —respondo. Y levanto la cara para que nuestros labios se encuentren—. Míranos —susurro contra su boca unos segundos después—. Siendo normales.

Arrastra un colmillo por mi labio inferior y me lanza esa mirada que me derrite por dentro.

—Casi normales.

—Me parece bien.

Sonríe.

—Sí, a mí también.

Entonces me da otro beso, uno que me deja sin sentido y hace que me tiemblen las rodillas. Nunca me han gustado mucho las demostraciones públicas de afecto, pero Jaxon me ha hecho cambiar todas mis reglas, y estoy segura de que yo ejerzo el mismo efecto en él. Sobre todo si Lia tiene razón y estamos destinados a ser compañeros.

Aunque a él no le he dicho nada de eso. Bastante miedo le da ya todo esto de la relación. Si le menciono una palabra que parece tener tanto peso, algo que Macy se pasó un buen rato explicándome hace un par de días, estoy segura de que el terremoto que generaría haría que se viniera abajo el instituto entero.

Ahora es el turno de Mekhi de bromear sobre lo harto que está de llegar tarde a clase porque «algunas personas» no son capaces de controlarse. Jaxon le enseña el dedo, pero sus palabras parecen surtir efecto porque se aparta de mí y coge mi mochila.

—Venga. Te acompaño a clase.

—No hace falta. —Miro el reloj—. Llegarás tarde a Física.

Me mira como diciendo «¡Venga ya!».

—Seguro que sobrevivirán sin mí cinco minutos.

No estoy tan segura, pero conozco a Jaxon y a su mandíbula testarudamente apretada lo suficiente como para saber cuándo discutir y cuándo dejarlo estar. Además, permitir que me acompañe a clase tiene una ventaja adicional. Con él a mi lado, nadie va a chocar contra mi hombro aún dolorido ni contra ninguna de mis otras lesiones: es todo positivo.

Al menos hasta que nos cruzamos con un grupito de dragones de camino a las puertas de la cafetería. Jaxon pasa de ellos y yo intento hacerlo también, pero Flint está justo en el centro. Y está intentando llamar mi atención.

Quiero ignorarlo, en serio. Pero, como le dije a Jaxon el otro día, una parte de mí entiende por qué hizo lo que hizo. A ver, no estoy preparada para empezar a comer nubes tostadas con él ahora mismo, pero tampoco lo odio. Y no puedo pasar de él.

Así que intercambio la mirada con él durante un par de segundos. Sus ojos se abren y me regala esa sonrisa que tanto me ha hecho reír desde mi primer día aquí. Esta vez no me río, pero sonrío un poco al pasar de largo. Y, por ahora, es suficiente.

Espero que Jaxon diga algo sobre lo que acaba de suceder mientras avanzamos por los pasillos, pero no lo hace. Supongo que no soy la única que está aprendiendo a ceder en ciertas cosas. Le aprieto la mano un poco más fuerte a modo de agradecimiento silencioso, pero él sólo niega con la cabeza en respuesta.

Todo parece muy normal. Todo parece ser como tiene que ser.

Sé que a Jaxon aún le preocupa, y le preocupará, que estar con él me convierta en un objetivo. Y una parte de mí sabe que tiene razón; que nunca estaré segura mientras estemos juntos.

Pero, piense lo que piense, no es responsabilidad suya protegerme. He sabido desde el primer día que él no estaba destinado a ser el héroe de mi historia. Y me parece muy bien.

Porque ahora sonríe como nunca lo había hecho antes. Se ríe. Y eso es mil veces mejor que sentirse segura, y más sabiendo que esa seguridad no te la garantiza nada.

Lo que me recuerda...

—Oye, no llegaste a decirme cómo acababa el chiste del otro día.

Nos detenemos a unos metros de mi aula, en parte para aprovechar que el pasillo está casi vacío y en parte para no volver a acojonar a toda mi clase de Literatura Británica.

—¿Qué chiste? —pregunta confundido.

—El del pirata. ¿No te acuerdas? El de qué dice el pirata en *La ruleta de la suerte*.

—¡Ah! —Jaxon se echa a reír—. Dice...

Nunca llego a oír el remate. Un destello por encima de su hombro llama mi atención, seguido de inmediato de una siniestra nube de humo negro. Empiezo a retroceder, arrastrando a Jaxon conmigo. Pero es demasiado tarde. Porque, cuando el humo desaparece, aparece alguien que sólo puede ser Hudson Vega, apuntando con un sable gigante directamente a la cabeza de su hermano.

Se me debe de reflejar el horror en la cara, porque Jaxon empieza a volverse por encima del hombro. Pero la hoja ya está en movimiento. No hay tiempo para que vea la amenaza, y mucho menos para que reaccione a ella.

Aterrorizada, lo agarro de los brazos y tiro de él hacia mí. Pero incluso cuando veo que cae hacia delante sé que no va a funcionar. Sigue en el camino de la hoja. Por un instante, sólo un instante, recuerdo lo guapo que estaba anoche cuando estábamos tendidos en su cama. Él se encontraba de

lado junto a mí, apoyado sobre el codo. Con una sonrisa soñolienta y los ojos nublados de deseo.

El pelo le caía sobre la cara, y se lo aparté con la mano para poder verle los ojos... y, por primera vez, no se encogió cuando le rocé la cicatriz con la mano. No dejó de sonreír ni agachó la cabeza. No se apartó. Se quedó ahí, conmigo. Viviendo el momento.

Relajado.

Contento.

Completo.

Y entonces caigo en la cuenta. Jaxon no podía ser el héroe de mi historia... porque yo tenía que ser la heroína de la suya.

Así que, al final, hago lo único que puedo hacer. Lo envuelvo con mis brazos y nos doy la vuelta de manera que mi espalda queda expuesta a la espada. Y entonces cierro los ojos y aguardo el golpe que siempre he sabido que llegaría.

0

Ella persistió
(Jaxon)

—¿Cuándo cojones va a volver, Foster?

—No lo s...

—¡No vuelvas a decirme eso, joder! ¡No me digas que no lo sabes! —Me vuelvo hacia la bibliotecaria y la profesora de Biología de Criaturas Antiguas, que están sentadas frente a la mesa del director, y pregunto—: ¿No se supone que tendríais que ser capaces de averiguar qué diablos está pasando aquí? ¿Qué puto sentido tiene poneros a cargo de este instituto si ninguno de vosotros es capaz de responder a una sencilla pregunta?

—No es una pregunta sencilla, Jaxon. —El director se pinza el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Claro que lo es. Un momento, Grace estaba en mis brazos, bloqueando el ataque de Hudson.

Se me cierra la garganta al pensar en esos momentos frenéticos. En cómo intentó apartarme y en cómo se interpuso entre nosotros al ver que no funcionaba.

Dejo de pensar en ello antes de perder los papeles. Porque si pienso en ello ahora, si pienso en lo que hizo... El suelo bajo mis pies empieza a

temblar. Joder. Maldita sea. Lo único que me impide echar abajo el puto instituto es saber que podría hacer daño a Grace en el proceso.

Inspiro hondo antes de continuar.

—Un minuto, estaba ahí. Y ahora Grace... Grace ha... —No puedo ni decirlo. Joder, no puedo ni decir que se ha ido, porque si lo digo en voz alta, no podré retirarlo. Si lo digo en voz alta, será real—. Estaba ahí, Foster —repito—. Caliente y viva. Estaba ahí. Y entonces...

El suelo tiembla de nuevo, y esta vez ni siquiera intento controlarlo. En lugar de eso, me dirijo al rincón donde está lo que queda de Grace, de mi Grace.

—¿Por qué no puede volver? —pregunto por enésima vez—. ¿Por qué no podéis hacerla volver?

—Sé que esto es duro para ti, Jaxon —dice la doctora Veracruz por primera vez—. Para nosotros también lo es. Pero hacía mil años que no veíamos algo así. Necesitamos tiempo para averiguar qué ha salido mal.

—¡Habéis tenido cuatro días! Cuatro días. ¿Y aún no podéis decirme nada más? ¿Cómo voy a llegar hasta ella si ni siquiera sabéis decirme qué le pasa?

—Me temo que vas a tener que aceptar el hecho de que no puedes llegar hasta ella —anuncia Foster, y por primera vez me doy cuenta de que está tan destrozado como yo—. Me temo que vamos a tener que aceptar el hecho de que no va a volver hasta que no quiera hacerlo.

—Eso no puede ser —le digo con voz ronca y formando puños con las manos cerradas en un esfuerzo por no perder completamente los papeles—. Grace jamás me dejaría así de forma voluntaria. Jamás me abandonaría.

—Todo lo que he leído en los cuatro últimos días indica que debería ser capaz de volver por sus propios medios —me dice Amka—. Lo que significa que sólo hay dos posibilidades.

—No lo digas —le advierto.

—Jaxon...

—Hablo en serio. ¡No lo digáis! Grace no está muerta. No puede estar muerta.

Porque me romperé sin remedio si lo está.

Arrasaré este instituto hasta los cimientos. Y, si la tiene Hudson... Si le está haciendo daño... Sólo de pensar en lo que es capaz de hacer y en lo que ella podría estar sufriendo por ello me llena de terror y me revuelve las tripas. Como le haya hecho daño de alguna manera, lo encontraré. Y entonces le prenderé fuego y lo veré arder.

—No está muerta —les digo de nuevo mientras admiro su precioso rostro.

Tiene los ojos cerrados, como lo estaban en el último segundo en ese pasillo, pero eso no importa. No necesito verle los ojos para saber lo que siente por mí. Lo tiene escrito en la cara. Me ama casi tanto como yo a ella.

—Si no está muerta, y coincido contigo en que no lo está —dice la doctora Veracruz—, la única otra opción que hay es que esté escogiendo no volver.

—Eso no lo sabéis. Podría estar atrapada...

—Sí que lo sabemos —me recuerda Amka con severidad—. Las gárgolas no pueden quedarse atrapadas en su forma de piedra. Si no cambian a su forma humana es porque no quieren.

—Eso no es verdad. Hudson le está haciendo algo. Él...

—Jaxon. —La voz de Foster corta mis negativas—. ¿De verdad crees que Grace volvería si creyera que iba a traer consigo una amenaza al instituto Katmere? —El director me sostiene la mirada con ojos solemnes y feroces al mismo tiempo, mientras ruego por dentro para que no diga lo que está pensando. Lo que ambos pensamos—. ¿O a ti?

El dolor se apodera de mí y me destroza. Me mata por dentro. No puedo pensar. No puedo respirar. No soporto saber que tiene razón; saber que Grace podría estar sufriendo en estos momentos para salvarme.

Yo le hablé de Hudson, le hablé de mi madre. Sabe que matarlo casi acabó conmigo. Si regresar significa traer a Hudson consigo, si significa que tendría que volver a matar a mi hermano, sé que Grace jamás lo hará. Jamás permitiría que tuviera que volver a enfrentarme a eso.

—Me está salvando, ¿verdad? —susurro sólo para mí.

Pero Foster me oye, y me aprieta el hombro con la mano.

—Me temo que sí, que podría estar haciéndolo.

No hay condicional que valga. Porque Grace me quiere. Ya me salvó una vez. No me cabe duda de que permanecerá transformada en piedra todo el tiempo que haga falta para mantener a salvo a todas las personas a las que quiere.

Y permanecerá transformada eternamente si es lo que hace falta para salvarme de nuevo. El corazón se me acelera al darme cuenta de esto. Me tiemblan las manos, me tiemblan las piernas y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para mantenerme en pie.

No puedo dejar que lo haga. He sobrevivido a duras penas cuatro días sin Grace. No sobreviviré una eternidad sin ella.

Durante un efímero instante, me permito recordar todas las cosas que me gustan de ella, pasando por alto el hecho de que cada recuerdo me rompe un poco más.

El modo en que su mirada se suaviza cuando me toca.

El modo en que entrecierra esos mismos ojos cuando está a punto de desafiarme.

El modo en que se ríe cuando cuenta esos chistes tan malos.

Porque mira que eran malos. Pero eso no importaba cuando le entraba esa risita, tan orgullosa de sí misma.

Joder, la echo de menos.

Echo de menos su aroma a galletas de azúcar y a fresa.

Echo de menos su suavidad y el modo en que las curvas de ese cuerpo tan sexy que tiene encajaban perfectamente con el mío.

Echo de menos sus rizos.

Esta vez no acerco la mano para acariciarle el pelo, sino para coger con delicadeza su fría mejilla como ella solía hacerlo con la mía.

Y le digo a Foster algo que espero con todas mis fuerzas que Grace pueda oír también:

—Voy a encontrar el modo de separarla de Hudson. Y voy a contenerlo o a matarlo o a hacer lo que tenga que hacer para asegurarme de que nunca más vuelva a ser una amenaza para nadie.

—Eso podría no ser suficiente, Jaxon —dice Amka—. Ella podría elegir...

—Será suficiente —les aseguro.

Porque ella me quiere. Porque sabe que no sobreviviré mucho tiempo sin ella.

Me inclino hacia delante y pego mi frente a la suya durante un par de segundos. Entonces susurro:

—Voy a encontrar la manera de detenerlo, Grace. Te lo juro. Y entonces volverás conmigo. Porque te necesito. Necesito que vuelvas a casa conmigo.

Cierro los ojos y me trago todo lo demás que quiero decir. Porque no importa. Nada importa sin ella.

Tiene que volver. Porque, si no lo hace, me romperé en mil pedazos. Y esta vez no estoy seguro de ser lo bastante fuerte como para no llevarme el mundo entero conmigo al hacerlo.

Pero ¡espera! ¡Aún hay más!

Sigue leyendo para disfrutar en exclusiva de tres capítulos desde el punto de vista de Jaxon.

Nunca nada volverá a ser igual...

Sólo crees que eres un príncipe si no tienes una torre (Jaxon)

No me puedo creer que Foster haya hecho esto. En serio, no me lo puedo creer. Me paso cada puta hora de cada puto día intentando evitar que este sitio se convierta en un caos, y coge y hace esto. Joder, es increíble.

—¿Es ella? —pregunta Mekhi desde su sitio en el sofá detrás de mí.

Miro a la chica, que en estos momentos se está bajando de la motonieve delante del instituto.

—Sí.

—¿Y qué dices? —interviene Luca—. ¿Parece un buen cebo?

—Parece...

Exhausta. Lo veo en el modo en que inclina la cabeza tras quitarse el casco. En cómo encorva los hombros. En la forma en que mira las escaleras como si fuesen el mayor obstáculo que ha visto en su vida. Exhausta y... ¿derrotada?

—¿Qué? —Byron aparece detrás de mí y echa un vistazo por encima de mi hombro; al cabo de un minuto murmura—: Ah. Indefensa.

Y sí, ésa es la palabra exacta que estaba buscando. Parece indefensa. Lo cual, sin duda alguna, la convierte en un cebo perfecto. También hace que me sienta como el culo. ¿Cómo cojones voy a usar a una chica que ya da la impresión de que la vida le ha dado una patada en la boca una decena de veces?

Y, sin embargo, ¿cómo voy a permitirme no hacerlo? Algo se está tramando. Algo serio. Algo horrible. Lo percibo, como también lo percibe el resto de los miembros de la Orden. Llevamos días intentando sacar algo de información, pero nadie habla..., al menos no con nosotros. Y, puesto que no queremos delatarnos y empezar a presionar para que el responsable de lo que promete ser un desastre de proporciones monumentales no se nos escabulla, si no encontramos algún cebo al que seguir estamos jodidos.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunta Liam como el capullo que es. Lo fulmino con la mirada mientras coge un termo de sangre de la mininevera que hay en la parte inferior de una de mis estanterías. Levanta una mano a modo de semidisculpa y se explica—: Lo que quiero decir es que hará que quien sea que esté detrás de lo que sea esto tenga una falsa sensación de seguridad.

—O hará que sea mucho más fácil que la maten —responde Rafael.

Sus palabras son despreocupadas, pero su tono no lo es. Cosa que no me sorprende, ya que siempre ha sentido debilidad por las damiselas en apuros. También es el único que se ha opuesto a este plan desde el principio.

Pero no sé qué otra cosa hacer. No puedo permitirme pasar por alto lo que sea que esté sucediendo bajo la superficie. No si quiero evitar otra guerra... o algo peor.

Me vuelvo y veo que ya ha subido los escalones, pero parece que esté a punto de desmayarse. Quiero verle la cara, pero está tan tapada que no puedo ver nada más que un rizo rebelde que sobresale por debajo de su gorro rosa eléctrico.

—Y ¿qué vas a hacer? —pregunta Mekhi—. ¿Qué le vas a decir?

No tengo ni puta idea. Sé lo que tenía pensado decirle. Lo que debería decirle. Pero, a veces, lo que se debería hacer dista mucho de lo que se hace. Hudson me lo enseñó bien... y nuestra madre también.

Por eso, en vez de responder a mi mejor amigo, pregunto:

—¿Qué más tengo que saber?

—Jaxon... —empieza Rafael, pero lo silencio con la mirada.

—¿Qué más?

—Los dragones han vuelto a los túneles —se ofrece Luca a responder con ese marcado acento español que hace que la cosa no parezca tan mala como lo es en realidad—. Aún no sé qué hacen ahí, pero lo averiguaré.

—¿Y los lobos?

Liam suelta una carcajada sarcástica.

—Tan capullos como siempre.

—Como si eso fuera a cambiar algún día —dice Mekhi con un golpe de puño.

—Nunca cambiará —coincido—. Pero, aparte de lo de siempre, ¿hay algo que deba saber sobre ellos?

—Nada más allá de que aúllan a la luna como una panda de criminales. —Byron sigue mirando por la ventana, y sé que está pensando en Vivian—. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

—Son lobos, By. Aullarle a la luna es básicamente a lo que se dedican.

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sé.

—No van a herir a nadie más como la hirieron a ella. Cole me dio su palabra.

—Ya. —Suelta un bufido—. Como si se pudiera confiar en él. O en cualquiera de esa manada de chuchos sarnosos. —Han pasado cinco años, pero en años vampíricos eso no es nada. Sobre todo cuando se trata de perder a una compañera—. Está entrando —murmura Byron.

Echo un vistazo a la entrada del instituto y veo que tiene razón. El gorro rosa y la chica que lo porta ya no están.

—Ahora vuelvo —les digo, y me quito la sudadera roja con capucha del instituto Katmere que he llevado todo el día puesta y la tiro sobre el respaldo de la silla más cercana.

Después de todo, nada intimida más que una sudadera de instituto...

Desciendo los escalones de tres en tres. No tengo ni idea de qué estoy haciendo ahora mismo, si es que estoy haciendo algo, pero quiero ver a la chica nueva. Quiero ver qué clase de problema supone. Porque, si algo sé, es que va a ser un problema.

Es una sensación que se reafirma en cuanto la veo ahí sola, de espaldas a la escalera y a cualquiera que quisiera acercarse sigilosamente a ella mientras observa la mesa con el tablero de ajedrez medio escondida junto a la alcoba al final de las escaleras.

Y ¿qué cojones...? Lleva sólo dos minutos en el instituto ¿y Macy y Foster ya la han dejado sola aquí, donde cualquiera podría acercarse a ella? Y, por acercarse a ella, me refiero a molestarla... o algo peor.

De hecho, ni siquiera he terminado de bajar las escaleras y Baxter ya se está acercando furtivamente a ella, con los ojos encendidos y los colmillos asomando un poco.

Llamo su atención y le lanzo una mirada advirtiéndole que la deje en paz. No es que me importe que deje seca a la pequeña humana (y pequeña es, apenas medirá un metro sesenta), pero existen ciertas reglas. Y, por supuesto, una de ellas es no comerse a la sobrina del director. Lo cual es una lástima, porque huele de maravilla. Una combinación de vainilla y madreselva subyace bajo el ligero olor a demasiadas horas de viaje.

Me pregunto cómo sabrá.

Pero puesto que beber de ella, dejándola seca o no, queda descartado, aparto este pensamiento y desciendo el último tramo de escaleras de un salto.

Sigue sin darse cuenta, y me pregunto si tendrá tendencias suicidas o es que simplemente no es nada observadora.

Espero que sea lo segundo, porque lo primero complicaría mucho las cosas. Especialmente aquí, en Katmere, donde en estos momentos que las cosas se mantengan civilizadas pende de un hilo.

Llego hasta ella mientras recoge una pieza de ajedrez y empieza a observarla como si fuera lo más fascinante del mundo. Curioso contra mi propia voluntad, me asomo por encima del hombro para ver qué le parece tan interesante. Pero, cuando veo la pieza que está examinando (la de mi querida madre en todo su esplendor), no puedo evitar inclinarme un poco más y advertirle:

—Yo que tú tendría cuidado con ésa. Su mordedura es muy dolorosa.

Pega un brinco como si la hubiese mordido en lugar de prevenirla del peligro. Lo que me confirma que, efectivamente, es poco observadora, no una suicida. La cosa va mejorando.

Me dispongo a advertirle que no debe darle la espalda a nadie en este lugar, pero se da la vuelta antes de que articule las palabras. Entonces nuestras miradas se encuentran y pierdo todo el sentido de lo que iba a decir.

Porque... joder. Joder.

Es tal y como la había imaginado, y a la vez todo lo contrario.

Es frágil, como todos los humanos. Muy fácil de romper. Con un giro de mi mano o una dentellada, estaría muerta en un visto y no visto. Problema resuelto. Pero, claro, esto desataría la ira de Foster.

Aun así, cuando me mira con esos ojos sobresaltados del color del más suculento chocolate con leche, no pienso en matarla. Pienso en lo suave que parece su piel. En lo mucho que me gusta el modo en que sus rizos enmarcan su rostro con forma de corazón. En si el conjunto de pecas que tiene en la mejilla izquierda forma una flor o una estrella.

Y, por supuesto, pienso en lo que sentiría clavándole los dientes en ese punto justo debajo de la oreja. En cómo sonarían sus palabras al pedirme que lo hiciera. En qué sentiría al tenerla pegada a mi cuerpo cuando se ofreciese a mí. En su sabor... Si se parece en algo a su olor, me temo que no sería capaz de parar. Y yo siempre puedo parar.

No es una realidad con la que me sienta muy cómodo, sobre todo teniendo en cuenta que he bajado para echarle un vistazo y asegurarme de que no iba a causar ningún problema cuando las cosas ya están bastante revueltas. Y, sin embargo, aquí estoy, pensando en...

—¿Quién tiene una mordedura dolorosa? —Su voz tiembla e interrumpe mis pensamientos.

Miro hacia la mesa de ajedrez... y hacia la pieza que se le ha caído cuando la he sobresaltado. Extiendo la mano y recojo a la reina vampiro, aunque es lo último que me apetece tocar, y la levanto para que la sobrina de Foster, Grace, la vea.

—No es muy simpática.

Me mira perpleja.

—Es una pieza de ajedrez.

Su confusión me divierte, así como su determinación por fingir que no me tiene miedo. Se muestra insolente, cosa que podría funcionar con otros humanos, pero no conmigo. Yo huelo su miedo... y algo más que hace que me detenga a prestar atención.

—¿Y...? —pregunto, porque pinchar a la humana es divertido de la hostia.

—Pues que es una pieza de ajedrez —responde y, por primera vez, es lo bastante valiente como para mirarme a los ojos. Cosa que me gusta más de lo que debería—. Está hecha de mármol —continúa al cabo de un momento —. No puede morder a nadie.

Inclino la cabeza como diciendo «Nunca se sabe».

—«Hay más cosas en el cielo y en el infierno, Horacio, que las que contempla tu filosofía.» —Teniendo en cuenta el lío actual en el que nos encontramos, un poco de *Hamlet* parece más que apropiado.

—En la tierra —responde.

Enarco una ceja. No sólo conoce la cita, sino que además no tiene miedo de corregir mi «error».

—La frase es «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio».

—¿Ah, sí? Creo que me gusta más mi versión.

—¿Aunque esté mal?

—Sobre todo porque está mal.

Suena bastante escéptica, y también lo parece. Cosa que me divierte, aunque también me preocupa. Porque eso quiere decir que acerté con mi primera impresión: no es nada observadora. Por no hablar de que está claro que no tiene ni puta idea de nada de lo que pasa aquí. Lo que significa que la van a masacrar o que va a provocar una guerra. O las dos cosas.

No puedo dejar que eso suceda... por el bien de todos. No cuando me he estado esforzando tanto, y renunciando a todo, para evitar que eso pase.

—He de irme. —Tiene los ojos muy abiertos y su voz suena aguda y un poco chillona.

Esto es la gota que colma el vaso. Porque, si no es capaz de gestionar una conversación básica conmigo cuando me comporto bien, ¿cómo va a sobrevivir un día aquí?

—Sí, por supuesto. —Doy un pequeño paso atrás y señalo con un gesto hacia la sala común y hacia la entrada del instituto—. La puerta está por ahí.

Se queda alucinada y me suelta:

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que no me golpee al salir?

Me encojo de hombros antes de darle una respuesta que me garantice que se vaya corriendo. Me da igual quedar como un auténtico capullo y que la pobre nunca sepa por qué le hablo así.

—Mientras te largues de aquí, me da igual si te golpeas o no. Ya le advertí a tu tío que aquí no estarías segura, pero está claro que no te tiene mucha estima.

La ira asoma a su rostro, sustituyendo a la perplejidad.

—¿Y quién se supone que eres tú? ¿El comité de recibimiento desagradable de Katmere?

—¿Recibimiento desagradable? —repito—. Créeme, éste es el recibimiento más agradable que vas a tener aquí.

—¿Ah, sí? —Enarca las cejas y extiende los brazos a su alrededor—. ¿La gran bienvenida a Alaska?

Su comentario sarcástico me sorprende y me intriga a partes iguales, lo cual no es nada aceptable... en ningún sentido. Así que le contesto:

—Más bien, bienvenida al infierno. Venga, lárgate —digo más como una advertencia hacia mí mismo que como un intento de acojonarla viva.

Lamentablemente, no cumple ninguno de los dos propósitos. Porque ni se asusta ni, desde luego, sale corriendo. Sólo me mira desde detrás de esa preciosa naricita que tiene y me suelta:

—¿Es el palo que tienes metido en el culo lo que hace que seas tan capullo? ¿O es tu encantadora y natural personalidad?

Me quedo de piedra. Nadie se atreve a hablarme así. Nunca. Y mucho menos una humana de pacotilla a la que podría matar con sólo pensarlo. Cosa que me frustra un poco, porque estoy intentando salvarle la vida y ella no parece querer darse por enterada.

Tengo que cambiar eso, y rápido. La miro con los ojos entrecerrados y le espeto:

—He de decirte que si ésa es tu mejor arma, te doy como máximo una hora.

Ahora es su turno de enarcar las cejas.

—¿Antes de qué?

—Antes de que alguien se te coma. —Obviamente.

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco—. Y no pensarás hacerlo tú, ¿verdad?

La cabeza no, pero si supiera las ganas que tengo de comerle el cuello... Cuanto más se enfada, mejor huele. Por no hablar de lo guapa que está con las mejillas encendidas y el pulso latiendo el doble de rápido en su garganta.

—Pfff, paso —le digo aunque la boca se me hace agua y mis colmillos amenazan con alargarse con cada uno de los rápidos latidos de su corazón. Quiero saborearla. Quiero sentir la suavidad de su cuerpo contra el mío mientras me sacio. Mientras bebo y bebo... Corto en seco este pensamiento y me obligo a mirarla de arriba abajo con desprecio antes de contestar—: No me servirías ni de merienda. —Doy un paso hacia ella, decidido a intimidarla, decidido a conseguir que se marche de aquí antes de que se desate el caos y resulte herida—. Aunque tal vez como aperitivo...

Chasqueo los dientes rápido y con fuerza y me esfuerzo por ignorar cómo tiembla al oír el sonido. Joder, me está costando mucho más de lo que debería. Sobre todo cuando se resiste a dar su brazo a torcer, como lo haría cualquier otro.

—¿Qué narices te pasa? —pregunta.

Y, joder. Casi me entra la risa:

—¿Tienes un siglo o tres?

Con ese tiempo tal vez bastaría para rascar la superficie de mi respuesta más sincera.

—¿Sabes qué? No tienes por qué ser tan...

A nuestro alrededor, todo el mundo merodea intentando captar nuestra conversación. Nadie es tan estúpido como para acercarse demasiado, pero siento su presencia. Siento que nos escuchan. Que aguardan. Que trazan estrategias.

De modo que ya es suficiente. Ha llegado el momento de que me ponga serio en lo que a ahuyentarla se refiere.

—No me digas lo que tengo que ser o lo que no —le gruño—. No cuando no tienes ni idea de dónde te has metido viniendo aquí.

—¡Ay, no! —Finge un gesto de terror—. ¿Ahora viene cuando me hablas de los horribles monstruos del lugar y de la hostil fauna de Alaska?

Y, joder, me deja impresionado. Sí, es frustrante de la hostia que no se tome nada de esto en serio, pero no puedo culparla cuando lo único que

sabe es lo que le estoy diciendo yo. De hecho, me asombra lo bien que se defiende. No mucha gente puede medirse conmigo.

Por eso, respondo:

—No, ahora viene cuando te muestro a los horribles monstruos de este castillo.

Doy un paso hacia delante y reduzco la escasa distancia que ella había logrado poner entre nosotros. Tiene que saber que si va a ir por aquí desafiando así a la gente, habrá consecuencias. Será mejor que lo aprenda de mí que de cualquiera de los metamorfos, que son más de arañar primero y preguntar después.

Debe de verme las intenciones porque da un tembloroso paso atrás. Y después otro. Y otro. Pero yo la sigo, y avanzo a cada paso que ella retrocede hasta que la tengo atrapada contra el borde de la mesa de ajedrez.

He de asustarla, he de asegurarme de que huya de este lugar lo más rápido posible. Pero, cuanto más me acerco a ella, cuanto más me inclino sobre ella, menos ganas tengo de que se largue. Huele tan bien que me cuesta centrarme en el objetivo del juego.

—Pero ¿qué...? —El aliento se le queda atrapado en la garganta—. ¿Qué haces?

No respondo de inmediato, porque no tengo una respuesta más allá de «Lo incorrecto. Estoy haciendo lo incorrecto». Pero ser consciente de ello no parece importar cuando la tengo delante de mí, con esos ojos marrones repletos de un millón de emociones diferentes que me hacen sentir cosas que hacía muchísimo tiempo que no me permitía sentir.

Y no puedo contestarle nada de eso. Ni siquiera debería estar pensándolo. Así que, en vez de decir lo que realmente quiero, cojo una de las figuras con forma de dragón, se la muestro para que la vea y respondo:

—Eras tú quien quería ver los monstruos.

Apenas mira la pieza un instante y responde:

—No me dan miedo los dragones de ocho centímetros.

Chica estúpida.

—Ya, bueno, pues deberían dártelo.

—Ya, bueno, pues no me lo dan.

Su voz empieza a sonar forzada, y pienso que tal vez mis palabras estén empezando a hacer mella en ella. Aunque la verdad es que no huele a miedo. De hecho, huele a... Joder, no. No pienso ir ahí, por más que de repente quiera hacerlo.

En vez de eso, me aparto lo justo para dejar algo de espacio entre nuestros cuerpos. Y para ver cómo se agobia un poco cuando el silencio entre nosotros se alarga cada vez más.

Al final soy yo quien lo interrumpe, junto con la tensión que se había formado, porque sé que ella no lo va a hacer.

—Y si no temes a los monstruos, ¿a qué le tienes miedo?

Y entonces me esfuerzo en fingir que su respuesta me da igual. Hasta que dice:

—Cuesta temer algo cuando ya has perdido todo lo que te importa.

Me quedo de piedra mientras sus palabras me golpean como cargas de profundidad que se hunden en lo más íntimo de mi ser y explotan tan rápido y con tanta fuerza que temo estallar en mil pedazos aquí mismo, delante de ella. Un intenso dolor que creía que ya había superado hace mucho tiempo me invade de nuevo, desgarrándome por dentro. Haciéndome sangrar cuando pensaba que ya no me quedaba más sangre que perder.

Descarto el dolor, intento ignorarlo por todos los medios. Y no puedo entender por qué sigue ahí, delante de mí, hasta que caigo en la cuenta de que, esta vez, el dolor que estoy viendo es el suyo.

Es horrible y aterrador ver que carga con las mismas heridas que yo, si bien no con las mismas cicatrices. Y saberlo hace que me resulte mucho más difícil apartarme. Hace que me resulte casi imposible hacer lo que sé que tengo que hacer.

Extiendo la mano y cojo suavemente uno de sus rizos. Me gustan porque tienen tanta vida, tanta energía, tanta alegría que tocar uno me hace olvidar todos los motivos por los que no puedo permitir que se quede.

Estiro el rizo y observo cómo se enrosca en mis dedos él solo. Es sedoso y fresco y un poco grueso, pero me provoca una sensación de calidez que hacía demasiado tiempo que no experimentaba. Entonces coloca las manos entre nosotros y me empuja los hombros.

Pese a ello, no me aparto. No puedo hacerlo. No, hasta que susurra:

—Por favor.

Tardo un segundo, o puede que dos, o tres, en reunir por fin la fuerza de voluntad suficiente como para apartarme. En hallar las fuerzas para soltar ese único rizo, esa única conexión.

Frustrado conmigo mismo, con ella y con toda esta puta situación, me llevo la mano al pelo. Su mirada va directa a mi cicatriz, y me arrepiento al instante de haberlo hecho. Odio esa puta marca. Odio lo que es, odio lo que me la provocó y odio todavía más lo que representa.

Aparto la mirada. Y echo la cabeza hacia abajo para que el pelo vuelva a cubrírmela.

Pero es demasiado tarde. Lo percibo en su rostro y en sus ojos.

Lo oigo en su aliento, que se queda atrapado en su garganta.

Lo siento en el modo en que se mueve hacia mí por primera vez, en lugar de alejarse.

Y, cuando me toca, cuando toma mi mejilla marcada con su mano fría y suave, quiero apartarla. Quiero salir corriendo lo más rápido posible. Lo único que me mantiene en el sitio es la ironía: pensar que he bajado aquí para ahuyentarla por su propia seguridad, y ahora estoy planteándome huir por la mía.

Pero entonces nuestras miradas se encuentran y me atrapa. Me quedo cautivado por la suavidad y la fuerza de sus ojos mientras me acaricia la mejilla con el pulgar una y otra vez.

No había sentido algo así jamás en mi desmesuradamente larga vida, y nada, nada de nada, podría hacerme romper esa conexión ahora. Al menos hasta que susurra:

—Lo lamento. Esto tuvo que dolerte muchísimo.

El sonido de su voz combinado con los movimientos de su pulgar sobre mi piel me provoca una reacción eléctrica en todo el cuerpo. Todas mis terminaciones nerviosas gritan de dolor y de éxtasis mientras una única palabra me viene a la mente una y otra vez: *compañera*.

Esta chica, esta humana frágil cuya vida está ya al borde de un enorme precipicio, es mi compañera.

Por un momento me permito asimilar este conocimiento, asimilarla a ella. Cierro los ojos y presiono la mejilla contra la palma de su mano. Inspiro de forma profunda y entrecortada e imagino lo que sería ser amado de esa manera. De forma absoluta, irrevocable e incondicional. Imagino lo que sería construir una vida con esta chica lista, respondona, valiente y destrozada.

Jamás había sentido algo tan increíble.

Pero estamos rodeados de gente que nos observa, que me observa, y no puedo dejar que esto continúe. Así que hago lo que no quiero hacer, lo que todas las células del cuerpo me gritan que no haga. Me aparto y pongo distancia entre nosotros por primera vez desde que he bajado esas escaleras hace lo que ahora me parece una vida entera.

—No te entiendo.

No son las palabras que querría decir, pero tengo que decirlas.

—«Hay más cosas en el cielo y en el infierno, Horacio, que las que contempla tu filosofía» —responde, usando deliberadamente mi frase errónea con una sonrisa que me atraviesa.

Sacudo la cabeza en un vano intento de aclarármela. Inspiro hondo de nuevo y expulso el aire muy despacio.

—Si no te vas...

—No puedo irme —me corta—. No tengo adónde ir. Mis padres...

—Han muerto. Lo sé. —La rabia me quema por dentro, por ella, por lo que ha sufrido, y por todas las cosas que quiero hacer por ella pero no puedo—. Bien, pues si no vas a marcharte, tienes que escucharme muy pero que muy atentamente.

Abre mucho los ojos confundida.

—¿Qué quieres...?

—Intenta pasar desapercibida. No mires durante demasiado rato a nadie ni a nada. —Me inclino hacia delante hasta casi pegar los labios a su oído, controlando los instintos que cobran vida en mi interior cada vez que respiramos, y termino—: Y ándate siempre con ojo, siempre.

Antes de que pueda contestar, Foster y Macy vienen por el pasillo hacia nosotros. Se vuelve hacia ellos y yo hago lo que tengo que hacer para mantenerla a salvo, lo único que puedo hacer en estas absurdas circunstancias: me desvanezco hasta las escaleras. La velocidad me ayuda a fingir que cada paso que me alejo de ella no me desgarra como un cristal roto.

Mi intención es volver a mi habitación, pero no llego tan lejos. Me detengo en la esquina y escucho su voz mientras habla con Foster. No lo que dice, sólo su voz, porque no he tenido suficiente y aún no estoy preparado para renunciar a ella.

Pronto tendré que hacerlo.

Pronto tendré que mantenerme lo más alejado de ella posible. Porque si ya me parecía mal lo de usarla como cebo, eso no es nada comparado con el peligro que supone ser la compañera de un vampiro siendo humana. Y no de un vampiro cualquiera, sino de uno que tiene el destino del mundo en sus manos.

Sólo hace falta un vampiro sexy para ganar una guerra de bolas de nieve
(Jaxon)

Observo a Grace salir por la puerta con Flint y Macy, y me digo que tengo que dejarlo estar. Que no hay nada de lo que preocuparse. Que estará bien. Y sé que, por mucho que intente convencerme a mí mismo, voy a seguirlos de todos modos. A seguirla de todos modos.

Ahora están ahí fuera en la nieve, moviéndose lo bastante despacio como para que cualquier depredador con malas intenciones pudiera atraparlos (dando un tranquilo paseo hacia atrás). Aguardo a que Flint se harte, a que intente apresurar a Grace, pero no lo hace. Se acerca a ella, se ríe de lo que sea que le está diciendo y la hace reír a su vez.

Es suficiente para hacerme hervir la sangre teniendo en cuenta que es mi compañera a la que está intentando encandilar. Y también podría estar intentando matarla. Ese pensamiento hace algo mucho peor que hervirme la sangre. Hace que se me hielen todas las partes del cuerpo, todos los nervios, a causa del terror. Y me provoca una ira tan gélida que me quema como el hielo.

A pesar de mi determinación de pasar inadvertido, me aproximo más a ellos. Suenan todas las alarmas dentro de mí y me obligan a romper todas las reglas que me he impuesto a mí mismo en el último año. Me fuerzan a hacer cosas que en otro momento ni me plantearía.

Aunque, bueno, durante todo este último año he estado haciendo cosas que jamás habría imaginado. Cosas que no le desearía a nadie, ni siquiera a un monstruo como yo. Y aquí estoy ahora, siguiendo al que fue mi amigo entre la nieve mientras intento averiguar qué está tramando exactamente.

Hubo un tiempo, no hace tanto, en el que habría confiado en él de manera incondicional. Y él habría confiado en mí de la misma manera. Pero ha pasado mucho desde entonces. Y ahora... ahora no confío en él ni para una simple guerra de bolas de nieve.

Y, desde luego, no confío en él en lo que a mi compañera se refiere.

Por fin llegan al claro donde todo el mundo está esperando. Yo me quedo escondido entre los árboles, observando a Flint mientras se dirige al centro del grupo. Suelta un par de bromas, relaja el ambiente, y entonces enumera las reglas más ridículas del mundo. Lo sé muy bien. Las inventamos juntos hace años. Cuando aún podía al menos fingir ser como todos los demás.

Grace lo observa todo el tiempo, cosa que me saca de quicio... y me hace sentir como una especie de acosador. Sólo estoy aquí porque todos mis instintos me dicen que algo no va bien, que mi compañera se halla en peligro, pero es difícil justificar que esté espiándola desde detrás de un árbol como una especie de pervertido. Sobre todo cuando parece estar tan centrada en otro tío.

Durante un minuto, sólo un minuto, me planteo volver dentro. Pero entonces Flint termina de enumerar las reglas y les hace señas a Grace y a Macy como si fuera una especie de príncipe para que vayan con él. Y lo hacen, por supuesto. Y Grace levanta la mano y tira de su estúpido gorro de dragón. Flint se ríe e inclina la cabeza para darle mejor acceso, y me invade la ira.

Me cuesta un mundo controlarme y permanecer donde estoy, con los puños y los dientes apretados, mientras intento dilucidar a qué está jugando Flint exactamente. Si es que está jugando a algo.

Se agacha para hablar con Grace. Le susurra algo al oído que no alcanzo a oír, ni siquiera con mis sentidos aumentados. Y cuando sus putos labios casi rozan la delgada línea de piel expuesta en lo alto de sus mejillas, los colmillos me explotan en la boca.

De repente estoy mucho más cerca de ellos sin haber tomado la decisión consciente de moverme, y pensamientos homicidas de todo tipo invaden mi mente.

Los descarto. Intento ignorarlos. Y me digo a mí mismo que no voy a analizar cada movimiento de Flint como si fuera un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Cálmate —me dice Mekhi desde su posición detrás de un árbol a varios metros de distancia.

Por primera vez me alegro de que él y el resto de la Orden me hayan impedido venir aquí solo. Supuestamente era por mi propia protección, o eso me han dicho, pero ahora no puedo evitar preguntarme si no sería también por la de todos los demás.

Joder. Cierro los ojos y me paso una mano por la cara. Tengo que aclararme las ideas con respecto a Grace... y pronto. Porque el universo puede haber decretado que sea mi compañera, pero eso no significa nada si ella no está de acuerdo. Y la mochila de Flint es mucho menos pesada que la mía. No sé de qué me sorprendo cuando la oigo reírse con tantas ganas con él.

Necesito apartarme, dejarles un poco de espacio y tal vez controlar mi sed de sangre.

Pero entonces empieza el juego, y Grace, Macy y Flint corren a esconderse entre los árboles que hay al otro lado del claro. Dejo que vayan, decidido a vigilarlos desde aquí. Sin embargo, al parecer, cuando esta chica anda por en medio, no tengo ningún tipo de autocontrol, y mi determinación dura unos cinco segundos hasta que me dirijo a ellos con sigilo. No tengo por qué explicarle a nadie más lo que estoy haciendo cuando ni yo lo sé.

Esquivo a un grupo de brujas que ni siquiera se están molestando en formar bolas de nieve. Se están tirando chorros de nieve sin ton ni son entre sí en lo que parece ser un ejercicio inútil pero increíblemente divertido. Al menos hasta que una bruja llamada Violet consigue reunir la nieve suficiente como para enterrar a sus oponentes, que gritan y al mismo tiempo intentan desenterrarse, y me quedo sonriendo mientras paso inadvertido por su lado. Al parecer, el hechizo de la nieve no era tan inútil después de todo.

Grace está ahora varios árboles por delante de mí, fabricando un arsenal de bolas de nieve, tal y como yo le he sugerido. Se está riendo, y caigo en la cuenta de que es la primera vez que la oigo hacerlo desde que llegó aquí. Es un sonido bonito y alegre, y sonrío a pesar de que el responsable de su risa haya sido ese dragón de tres al cuarto. Es agradable oírla feliz.

Me agarro a la rama de un árbol y me impulso hacia arriba como lo hace la gente normal. Es rápido y mucho más divertido que usar la telequinesis para levitar. Una vez en lo alto del árbol, tengo unas vistas perfectas de todo el entorno.

Algunos de los lobos siguen en el claro, lanzándose bolas superpotentes hasta dejarse inconscientes los unos a los otros. Las brujas están dejando caer la nieve y los carámbanos de los árboles cercanos sobre cualquiera que sea lo bastante estúpido como para pasar por debajo de uno de ellos. Los dragones por el momento se mantienen fuera de la acción, haciendo acopio de bolas y almacenándolas como hacen con sus joyas en los túneles que hay bajo el instituto. Sin duda es la estrategia más pragmática; no tardarán en disponer del arsenal suficiente como para derribar a cualquiera que se acerque, pero mentiría si dijera que el de las brujas no es el que más admiro. Tender una emboscada a cualquiera que pase dejándole caer un montón de nieve encima es algo ingenioso y muy divertido de ver.

El grito cercano de una voz familiar hace que mi atención se centre en Grace con precisión de láser. Entonces sonrío como un idiota al ver que intenta desesperadamente limpiarse la cara llena de nieve. Al menos hasta

que veo que Flint se acerca y la ayuda a sacudir la bufanda con las manos demasiado cerca de la suave piel de sus mejillas. La misma piel que he estado anhelando tocar desde que tomó mi mandíbula en su mano.

Y cuando ella levanta la vista para mirarlo con una sonrisa y sacudiendo sus rizos, con el gorro rosa eléctrico incluido, un leve gruñido que no puedo controlar emana de mi garganta. Incluso antes de que Flint le pase ese puto gorro de dragón y la ayude a llenarlo de bolas de nieve.

El rugido no hace sino intensificarse cuando le pone las manos encima, la levanta y se la echa sobre el hombro como si ése fuera su lugar. Y cuando le pasa el brazo por encima del muslo para sostenerla en el sitio, juro que puedo sentir su yugular bajo mis colmillos.

Como la suelte..., joder, como se le rompa aunque sólo sea un pelo de la cabeza, lo mataré. Y si no..., puede que lo mate de todas formas. Sobre todo si no le quita las manos de encima en los próximos cinco segundos.

Siento un alivio inmenso cuando deposita a Grace sana y salva en una de las ramas inferiores, y respiro de verdad después de lo que se me antojan horas.

Entonces me acomodo para disfrutar del espectáculo mientras Grace bombardea a todo aquel que pasa con una bola tras otra. Está en muy buena forma para no haber librado nunca una guerra como ésta.

Al menos hasta que un fuerte viento surge de ninguna parte. Grace pierde un poco el equilibrio, y se me cae el alma a los pies al verla agarrarse a la rama para no caerse. Y para cuando una segunda ráfaga sacude el árbol con más fuerza todavía, ya estoy en marcha, descendiendo por mi propio árbol mientras examino la zona para ver si el viento es natural o si alguien lo está provocando.

El resto de la Orden está justo detrás de mí.

Bajo del árbol y estoy a medio camino de llegar hasta Grace, y a punto de decidir que el viento es natural a pesar de la extraña coincidencia, cuando veo a Bayu a varios metros de distancia. El dragón mantiene su

forma humana, pero está de cara al árbol de Grace con la boca abierta por completo. Todo lo que hay entre él y ella, la nieve, los árboles, la gente, recibe el fuerte golpe del viento.

La furia me invade. Con una agitación de la mano y un poco de poder telequinésico, lo levanto varios metros por encima del suelo y lo lanzo contra el tronco más cercano.

La fuerza del impacto es tal que se queda inconsciente, y me conformo con eso. Una parte de mí quiere ir a por él y dejarlo seco por haber pensado siquiera en amenazar a Grace, pero ahora mismo tengo cosas más importantes de las que preocuparme. Como, por ejemplo, el hecho de que, aunque el dragón que provocaba el viento ya está fuera de juego, la última ráfaga que ha liberado no lo está. Y va directa a mi compañera.

Salgo disparado hacia Grace, pero, por rápido que corra, no llegaré a tiempo. El viento ha estado sacudiendo el árbol, y a ella, durante demasiado tiempo. Oigo cómo la rama se quiebra desde aquí. Y Flint, el muy cabrón, no está haciendo absolutamente nada por ayudarla.

Un millón de pensamientos se me pasan por la cabeza en un instante, como bajar a Grace de esa rama haciéndola flotar hasta el suelo de forma segura, envolver la garganta del traidor de Flint con una mano telequinésica y apretar hasta que se le salgan los putos ojos de las órbitas, o sostener la rama del árbol en su sitio hasta que pueda llegar allí y rescatarla.

Pero al oír que la rama cruje de nuevo, opto por la solución más diligente y más fácil de explicar a alguien que no sabe nada de la existencia de vampiros o dragones, y lanzo a Flint árbol abajo justo cuando Grace empieza a caer.

Es un tío grande (los dragones lo suelen ser) y constituye un punto de aterrizaje perfecto para reducir el impacto de su caída.

Evidentemente, Flint sabe que he sido yo el que lo ha tirado, y me parece estupendo. En cuanto impacta contra el suelo, levanta la cabeza intentando

encontrarme. Pero si algo aprendí al enfrentarme a Hudson fue a valorar la guerra de guerrillas: nunca dejes que te vean hasta que ya estén muertos.

Lo de hoy no es ninguna excepción y encuentro un gran deleite en imaginarme que le arranco la puta cabeza de ese cuerpo tan traicionero que tiene. Y es entonces cuando mi compañera intenta apartarse de él, pero se queda sentada a horcajadas encima, con las rodillas a ambos lados de sus caderas.

Trata de asegurarse de que está bien después de que el muy cerdo haya participado en un atentado contra su vida.

Lo irónico de la situación me resulta tremendamente doloroso, sobre todo cuando el muy capullo le dice que está bien. Y coloca las manos en sus caderas en un gesto que provoca que todas las células de mi cuerpo ansíen la destrucción. Es un sentimiento que no se pasa, ni siquiera cuando Grace se aparta de él y empieza a alternar entre regañarlo y darle las gracias por haberse lanzado desde ese árbol para salvarla. Y cuando da un paso adelante como si quisiera comprobar personalmente que se encuentra bien, renuncio a todo intento de mantener la calma.

A la mierda el decoro. A la mierda el arte de la sorpresa. A la mierda todo. No pienso permitir que mi compañera le ponga otra vez las manos (ni ninguna otra parte del cuerpo) encima a ese cabrón. No mientras siga sin saber que Flint había planificado su caída.

Me desvanezco y recorro el espacio que nos separa, que es más o menos del tamaño de tres campos de fútbol, en un abrir y cerrar de ojos. Hay un montón de gente arremolinada alrededor de Grace y de Flint, pero, en cuanto ven que estoy ahí, se apartan. Rápido.

Y ahí estoy, mirando a esta chica cuya mera existencia lo ha cambiado todo para mí, y deseando desesperadamente haberla conocido hace un año, antes de que todo en mi vida y el mundo que nos rodea se fuera a la puta mierda.

Es un anhelo tan intenso que por un segundo llego a olvidarme de Flint.

O de mis amigos, que de repente se han alineado detrás de mí en una evidente muestra de solidaridad.

O de la multitud, que observa cada segundo de la escena con ojos morbosos. En lo único que puedo pensar es en Grace.

Pero entonces Flint se mueve, no sé si en un intento de disculparse o de echarme la bronca. Y me da igual. Ha subido a Grace a ese árbol adrede para que Bayu pudiera tirarla de él y, si cree que voy a dejar que se vaya de rositas, es que ha perdido completamente el sentido de la realidad.

Los actos tienen consecuencias y, desde luego, este intento de asesinato las va a tener, aunque todavía no sepa muy bien cómo se lo voy a hacer pagar. Lo que sí sé es que me va a tener que dar alguna especie de respuesta sobre este desaguisado antes de que nos marchemos. O le arrancaré las extremidades una a una aquí mismo.

—¿En qué cojones estabas pensando? —le digo cuando por fin tiene los huevos de mirarme a la cara.

Flint no me responde de inmediato, el muy cobarde, y me dispongo a preguntarle de nuevo, esta vez de forma más enérgica. Pero Grace se interpone entre los dos antes de que pueda hacerlo y susurra:

—Me he caído, Jaxon. Flint me ha salvado.

Es como si alguien disparase un cohete dentro de mí. Escuchar mi nombre en sus labios por primera vez es una sensación jodidamente maravillosa, pero oír cómo defiende a Flint hace que casi me explote la cabeza.

—¿Ah, sí? —digo, volviendo a adoptar el sarcasmo en un intento de no despedazar a Flint.

—¡Sí! El viento me ha hecho perder el equilibrio. Me he caído del árbol y Flint se ha lanzado a por mí.

Estoy a punto de cuestionar la veracidad de esa afirmación, al menos desde el punto de vista de Flint, cuando Grace extiende la mano y toca su hombro como si él fuera el gran héroe que la ha salvado.

—¿Qué te pasa? —pregunta, y me hierve la sangre—. ¿Es que sí te has hecho daño?

Hay un montón de cosas que quiero responder a eso, pero no puedo. No aquí y en este momento, así que, una vez más, me las guardo para mí y finjo que no están.

Segundos después, un pequeño temblor sacude la tierra.

Detrás de mí, Byron pronuncia mi nombre en voz baja, y corto esa mierda al instante. Me cuesta más de lo que debería, teniendo en cuenta que el único modo que he encontrado de salir adelante este último año después de todo lo que he tenido que hacer ha sido encerrando mis emociones hasta llegar a olvidarme de que soy capaz de sentir algo.

No sé si alguien más se percata del temblor, porque nadie dice nada. Flint rechaza la mano de Grace.

—Estoy bien, Grace —dice, lo que significa que es más listo de lo que aparenta.

Pero, por desgracia, ella no se lo traga.

—Entonces ¿qué te pasa? —pregunta, y su mirada oscila entre él y yo—. No entiendo nada de lo que está sucediendo.

No hay nada que decir, así que no respondo. Flint tampoco lo hace, probablemente por el mismo motivo. Grace parece confundida, y todos a nuestro alrededor dan la impresión de estar a punto de frotarse las manos de gozo, sobre todo cuando los dragones se colocan detrás de Flint para dejarnos claro a los de la Orden y a mí que piensan defenderlo.

Como si eso importase algo si decidiera acabar con él.

Macy debe de intuir el creciente peligro, porque de repente dice desde alguna parte:

—Deberíamos volver a la habitación, Grace, para comprobar que estás bien.

Su voz es mucho más aguda que de costumbre.

—Estoy perfectamente —le asegura ella, mirándonos de nuevo al dragón y a mí como si pensase que voy a hacer alguna estupidez. Y no voy a mentir, tal vez la haga si no nos largamos pronto de aquí. Entonces, continúa—: No pienso ir a ninguna parte.

Cosa que no me viene nada bien. No cuando está rodeada de a saber cuánta gente que lo que quiere es hacerle daño. O algo peor.

Doy un par de pasos hacia Grace hasta que estoy justo detrás de ella, tan cerca que puedo oler su esencia a canela y vainilla.

—De hecho, es la mejor idea que he oído en toda la tarde. Os acompaño.

No pienso dejar que vaya sola a ninguna parte.

La gente alucina al oír mis palabras. En serio, veo literalmente cómo se echan un poco hacia atrás, con los ojos abiertos como platos, la boca también abierta y cara de pasmo. No me sorprende, estoy actuando de una forma anómala por completo. Todo el mundo quiere mirar, pero nadie quiere interponerse en mi camino.

Chicos listos. En el estado en el que me encuentro ahora mismo, el primero que se atreva a desafiarme podría acabar muerto perfectamente. O al menos con dos marcas bien distintivas en el cuello.

Es una sensación que sólo se reafirma cuando Grace dice:

—Tengo que quedarme con Flint para asegurarme de que de verdad está...

—Estoy bien, Grace —dice Flint con los dientes apretados—. Vete.

—¿Estás seguro?

Extiende la mano para tocarle el puto hombro de nuevo. Pero esta vez me interpongo entre ellos, evitando que esa mano llegue a posarse en él. Entonces avanzo obligándola a apartarse lenta e inexorablemente de Flint y en dirección al instituto.

No objeta, aunque por la expresión de su rostro parece tener una decena de preguntas. Puede que incluso más.

—Venga, Macy —dice cogiendo a su prima de la mano—. Vámonos.

Ésta asiente y, juntos, nos dirigimos al castillo: Macy, Grace y yo. Hago un gesto con la cabeza a la Orden para que permanezcan donde están hasta que la gente se disperse, y eso es justo lo que hacen.

Grace y yo caminamos en silencio durante un par de minutos, hasta que se vuelve hacia mí y pregunta:

—¿Qué hacías aquí fuera? Pensaba que no ibas a participar en la pelea.

No tengo una respuesta que darle, así que respondo con evasivas:

—Menos mal que estaba aquí, a juzgar por la situación en la que te ha metido Flint.

Evito mirarla a propósito para no acabar diciendo alguna estupidez.

—No ha sido para tanto —me asegura, pero detecto algo extraño en su tono incluso antes de que continúe—. Flint me ha salvado. Él...

—Flint no te ha salvado —respondo tajantemente. Su empeño en defender a ese dragón me saca de quicio como pocas cosas lo han hecho en mucho tiempo. Me detengo para mirarla a la cara, resuelto a dejarle claras las cosas—. De hecho... —Dejo la frase a medias y entrecierro los ojos al detectar durante un segundo un gesto de dolor en su rostro—. ¿Qué te pasa?

—¿Aparte de que no entiendo por qué estás tan cabreado? —responde ignorando mi preocupación.

Pero eso no impide que la examine de la cabeza a los pies.

—¿Qué te duele?

—Estoy bien —insiste.

—¿Te has hecho daño, Grace? —Macy se une a la conversación por primera vez, y me avergüenza admitir que casi había olvidado que estaba con nosotros.

Aunque, bueno, al lado de Grace todo el mundo queda en un segundo plano.

—No es nada —repite Grace, pero no suena muy convincente.

Y menos cuando continúa andando y hace una mueca a cada paso que da. Aprieto los dientes y me esfuerzo un mundo por no hacer un comentario

sobre lo tremendamente testaruda que es. En vez de eso, pregunto de nuevo:

—¿Qué te duele?

Y le lanzo una mirada para que sepa que no pienso parar hasta que me diga la verdad. Me devuelve la misma mirada dándome justo lo que ella recibe. Pero al final cede a regañadientes y suspira malhumorada.

—El tobillo. Me lo habré torcido al caer al suelo.

En cuanto sé lo que le pasa, me arrodillo y empiezo a palparle el tobillo por encima de la bota con la máxima suavidad que puedo. En un momento dado, sofoca un grito, y el hecho de hacerle daño, aunque sea sin querer, me atraviesa como si me estuviera dando una corriente especialmente fuerte.

—No puedo quitártela aquí o se te congelará el pie, pero ¿te duele cuando hago esto?

Gime y dejo de tocarla, cabreado por haberle hecho daño otra vez. Y más cabreado todavía por haber dejado que se hiciera daño en un principio.

—¿Voy a por la motonieve? —pregunta Macy—. No tardaré.

—Puedo andar. En serio. Estoy bien —dice Grace, pero su voz suena tan lastimera como su aspecto.

La miro con incredulidad y me agacho para ayudarla a levantarse. Después, como está claro que no puede andar, la levanto y hago todo lo posible por pasar por alto el hecho de que tenerla en brazos es la mejor sensación que he experimentado en mis cien años de existencia.

Si quieres sentirte mejor, nunca le hagas una pregunta a un vampiro perverso (Jaxon)

Salgo por la puerta antes de que Grace pueda siquiera bajar el primer escalón.

Sé que probablemente debería quedarme por aquí cerca, pero no puedo hacerlo. Ahora mismo no. No, cuando tiene ese vendaje en el cuello y otros tantos en el brazo y en la mejilla. Y no cuando sé que he sido yo el capullo que le ha hecho esto.

Cierro los ojos tan sólo un instante, y todo me vuelve a la mente. El terremoto. La ventana estallando con la fuerza de mi poder. El momento en el que el cristal se le clava en el cuello a Grace.

No había estado tan aterrorizado en mi vida. El miedo no es algo que experimente con mucha frecuencia. Cuando eres el ser más temible en la noche, tiendes a no preocuparte por qué otras cosas acechan a tu alrededor. Pero ver cómo ese cristal se incrustaba en Grace, ver cómo la sangre salpicaba toda la habitación y darme cuenta de que le había cortado una arteria... No, lo de aterrorizado se queda muy muy corto para describir lo que sentí.

Los cinco minutos siguientes están difusos. Recuerdo que le lamí la garganta hasta cerrársela para intentar detener la hemorragia. Recuerdo más o menos llevarla en brazos, y que me desvanecí por completo hasta llegar a la enfermería de Marise, con Grace totalmente pálida y quieta en los brazos.

Casi la mato por no saber controlarme.

Casi la mato porque estar cerca de ella me hace sentir cosas tan intensas que no puedo dominarlo.

Casi la mato porque, en lo que a ella se refiere, soy débil. Tanto que inconscientemente dejé que la energía se acumulara y casi me apareo con ella sin ni siquiera pedirle permiso.

Es humillante... y horrible. Me he pasado toda la vida protegiendo a la gente del terrible poder y del descontrolado egoísmo de mi familia. Y ahora, sólo tres días con mi compañera y de repente hago estallar ventanas, temblar el puto suelo y casi intimo con ella sin comentarle siquiera lo que está pasando.

¿En qué cojones estoy pensando?

Pero se acabó. No he estado pensando con claridad. No, desde que bajé esas escaleras aquella primera noche y vi a Grace de pie junto a la mesa de ajedrez. Desde ese momento, en lo único en lo que he pensado es en hacerla mía. Y lo único que he conseguido es que casi muera dos veces, y todo porque soy incapaz de controlarme lo suficiente como para cuidar de ella como debería.

Pero ¿qué otra alternativa tengo si los dos estamos encerrados aquí? ¿Abandonar el instituto Katmere, centro educativo para los hijos de los monstruos más influyentes del mundo, justo ahora que está a punto de iniciarse otra guerra, causada principalmente por los actos de mi propia familia?

¿O debería hacer que Grace se marchara? Eso ya lo intenté el primer día. Casi le ordené que se largara porque la deseaba más de lo que jamás había deseado nada, una sensación que no para de aumentar cada día que pasa aquí. No se fue cuando se lo dije porque no podía, porque no tiene adónde ir.

«Porque el instituto Katmere es su lugar —me gruñe mi voz animal interior—. Porque su lugar está conmigo.»

Porque es mi compañera. Mi compañera.

Incluso después de que hayan pasado cinco días, aún no he conseguido superar la sorpresa y el terror que una simple palabra provoca en mí.

Todos los vampiros tienen un compañero de vida, pero encontrarlo en tus primeros doscientos años es prácticamente imposible. Byron no tardó en dar con Vivien, pero eso fue porque tuvieron la suerte de nacer en el mismo pueblo de Francia, donde se criaron juntos como amigos mucho antes de saber que estaban destinados a ser el uno para el otro. El resto de nosotros tenemos que ir de aquí para allá hasta encontrar a nuestra otra mitad..., y eso si tenemos suerte.

No le he contado a nadie lo de Grace, ni siquiera a Mekhi o a Byron, porque etiquetarla como tal la pondría en un peligro aún mayor del que ya corre. Que, al parecer, es enorme, ya que ni siquiera su compañero es capaz de protegerla de sí mismo.

No debería haberme pasado por su habitación hoy. Debería haberla dejado en paz. Pero soy egoísta y débil, y era incapaz de no verla. De no comprobar su estado, de no asegurarme de que estaba bien, aunque hacerlo jodiera las cosas aún más.

Pero eso ha sido antes de verla por encima del hombro de Macy, repleta de cortes y moratones a causa de los cristales. Magullada, vendada, rota. Entonces me he dado cuenta de que, sea mi compañera o no, lo mejor que puedo hacer por ella es dejarla en paz de una vez.

Al pensarlo, el monstruo que albergo en mi interior se revuelve y grita de rabia. Pero eso sólo hace que avance más deprisa, desesperado por poner tanta distancia entre ella y yo como sea posible.

Ahora nos separan varios kilómetros, y sigue sin ser suficiente. Aún siento cómo me llama su sangre, su sabor, y eso es algo que nunca me había pasado antes. Cuando lamí esa gotita de sangre de mi pulgar aquella primera noche, casi me caigo de rodillas al sentir su sabor. Lo de anoche fue peor. Quería su sangre, a pesar de que estaba empapado en ella, a pesar de

que intentaba por todos los medios detener el flujo que, de no lograrlo, acabaría con su vida.

Ya sé que soy un monstruo, pero ¿en qué me convierte esa necesidad, esa sed, en plena situación de vida o muerte? ¿En un desesperado? ¿Un miserable? ¿En alguien irredimible?

¿Y en qué momento sucedió eso? ¿Cuando maté a Hudson? ¿O años o décadas antes?

Sigo desvaneciéndome, atravesando la nieve a gran velocidad, aunque no tengo ni idea de adónde voy. Aunque tampoco importa, siempre y cuando sea lejos del instituto... y de Grace. No puedo pensar cuando la tengo tan cerca, cuando su sangre me llama... Una tentación más a la que no puedo permitirme ceder.

No, si quiero mantenerla a salvo.

No, si quiero mantenerla de una pieza.

Y quiero. Más incluso de lo que deseo hacerla mía.

Y es ese pensamiento el que por fin me inspira un rumbo. Un vistazo rápido al GPS del móvil me indica lo cerca que me encuentro ya de mi destino recién decidido. Tan cerca que no puedo evitar preguntarme si mi subconsciente ya me estaba guiando hacia aquí.

Giro a la izquierda a los pies de una montaña que un día levanté treinta metros del suelo para un ejercicio de entrenamiento cuando tenía doce años, y me desvanezco otros treinta kilómetros más a través de la nieve hasta llegar a una cueva de hielo cuya entrada está prácticamente oculta por la nieve a los pies de las montañas que la rodean.

Me detengo al llegar, me tomo un minuto para dominar con firmeza mis pensamientos y el resto de mi ser. Puede que la Sangradora fuera la mentora que me enseñó casi todo lo que sé, pero eso no hace que me resulte más fácil entrar ahí. La Sangradora, la vampira más feroz y más poderosa sobre la faz de la tierra, es experta en detectar debilidades. Y en usarlas para destruirte con poco más que una palabra o dos.

Pasé veinticinco años de mi vida aquí, en esta cueva, por exigencia de la reina, aprendiendo a dominar mis poderes. Y a usarlos para destruir a cualquier enemigo del trono, también por exigencia de la reina. La Sangradora se aseguró de que consiguiera hacer todo eso... y mucho más. Lo cual ha sido una bendición y una maldición al mismo tiempo.

Cuando por fin consigo dominar mis defensas, guardarme todo pensamiento sobre Grace en lo más profundo de mi interior, inspiro hondo unas cuantas veces y empiezo a adentrarme en el hielo.

Hay salvaguardas en la entrada, protecciones entreveradas en el aire, la roca y el hielo tan antiguas como la propia Sangradora. Las desarmo sin pensarlo siquiera, como aprendí todos esos años atrás. O, para ser precisos, como acabé aprendiendo a través de una dolorosísima técnica de ensayo y error.

El suelo desciende abruptamente y se convierte en un estrecho camino labrado en el hielo y la roca ígnea. Lo atravieso rápidamente, guiándome de memoria por las preciosas y letales formaciones de hielo. Al final, llego a una bifurcación y tomo el camino de la derecha a pesar de la sensación de temor que me invade en cuanto pongo un pie en él.

Más salvaguardas, que también anulo, asegurándome de volver a dejarlas efectivas antes de seguir adentrándome en la cueva. Lo normal es que este tramo se haga en total oscuridad, pero hoy hay unas velas encendidas a ambos lados del camino. Me pregunto si la Sangradora está esperando a alguien... o si se ha llevado a cabo hace poco algún sacrificio por parte de alguien que anda buscando la esencia del conocimiento que tan avaramente comparte.

Giro una vez más, atravieso una bifurcación más, esta vez a la izquierda, y paso un conjunto de salvaguardas más. Después, por fin llego a la antecámara que hay antes de su morada. Es una sala enorme, repleta también de velas que iluminan las brillantes formaciones de hielo y roca que bordean las paredes y el techo en todas las direcciones.

Un pequeño río de hielo atraviesa el centro de la sala. En estos momentos está totalmente congelado, pero también lo he visto cuando corre el agua por él. En pleno verano y, por supuesto, cuando la Sangradora chasqueaba los dedos. Cuando era joven creía que se trataba del río Estigia, que conducía las almas de todos los que no habían logrado pasar las pruebas del Sangrador directamente al infierno sin la ayuda de un barquero.

Más de una vez me lancé a sus aguas con la esperanza de que un viaje sólo de ida al infierno acabase por fin con mi tormento. No fue así.

Miro a mi alrededor y me tomo un segundo para serenarme una vez más. Y me esfuerzo por pasar por alto los cadáveres humanos que penden boca abajo en un rincón, desangrándose en unos grandes cubos que hay en el suelo. Más pruebas de que nada ha cambiado. La Sangradora atrae a los humanos hasta la cueva en lugar de salir a cazar. A algunos se los come frescos y a otros... los almacena para cuando las condiciones meteorológicas son tan adversas que esta zona se queda prácticamente desierta. Es una manera más eficiente de emplear el tiempo para todos los implicados, según me decía.

Justo antes de castigarme por no vaciar por completo a mis víctimas..., y no hablemos de lo que sucedía cuando las dejaba con vida.

Aparto la vista de la carnicería, inspiro hondo de nuevo y atravieso un pasaje abovedado hacia el salón de la Sangradora.

Está tal y como lo recordaba. Las paredes están pintadas de un bonito azul violeta y unas llamas chasquean en la chimenea de roca que impera en una de las paredes laterales. Unas estanterías repletas de primeras ediciones cubren dos de las otras paredes, y una alfombra abstracta con las tonalidades del amanecer se extiende por el suelo de hielo.

En el centro de la habitación, de espaldas a la chimenea, hay dos sillones orejeros antiguos de piel marrón. Frente a ellos, separado por una mesa de cristal cuadrada, hay un sofá de terciopelo violeta oscuro.

Y, sentada en ese sofá, vestida con un brillante caftán amarillo, con las piernas cruzadas por debajo de ella, se encuentra la Sangradora, tejiendo lo que sin duda es un gorro de invierno con el diseño de un vampiro con los dientes totalmente expuestos.

—Has tardado lo tuyo en atravesar las salvaguardas. —Levanta la vista y me mira por encima de un par de lentes de media luna—. ¿Vas a quedarte ahí todo el día o vas a pasar y a sentarte?

—No lo sé. —Es la respuesta más sincera que he dado jamás.

Sonríe y deja de tejer sólo el tiempo suficiente como para atusarse sus cortos rizos grises un par de veces e indicarme que me siente.

—Ven. Te estoy haciendo un regalo.

El gorro está casi terminado, lo que quiere decir que empezó a tejerlo mucho antes de que yo decidiese venir aquí..., lo cual tampoco me sorprende demasiado, ahora que lo pienso.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con un gorro? —pregunto, aunque sigo sus instrucciones.

Sonríe, y sus brillantes ojos verdes contrastan con la calidez marrón de su piel cuando contesta:

—Bueno, seguro que se te ocurre algo.

No sé qué responder a eso, así que asiento y espero a que diga algo más. A la Sangradora nunca le ha gustado que los demás hablen primero.

Y, al parecer, en este momento no tiene ningunas ganas de hablar. Así que me quedo sentado en el sillón de cuero durante casi una hora, viendo cómo da los últimos retoques a un gorro de vampiro que no tengo el menor interés en ponerme.

Cuando termina, recoge el ovillo y lo deja todo a un lado en el sofá.

—¿Tienes sed? —pregunta señalando con un gesto hacia el mueble bar que hay en el rincón.

Lo cierto es que sí, pero al recordar a los humanos desangrándose ahí fuera niego con la cabeza.

—No, gracias.

—Como quieras. —Se encoge delicadamente de hombros y se levanta —. Bien, vamos entonces. Demos un paseo.

Me levanto y la sigo por un segundo pasaje cerca del fondo de la sala. En cuanto lo atravesamos, el suelo helado y las paredes de lo que recuerdo vagamente como mi sala de entrenamientos se transforman en un prado veraniego, repleto de flores silvestres y con un sol radiante que nos calienta con sus rayos.

—¿Y bien? —dice después de caminar varios minutos en silencio—. ¿Vas a contarme qué te preocupa?

—Estoy seguro de que ya lo sabes.

Emite un sonido afirmativo y pone un gesto que dice «Tal vez sí», pero no ofrece ninguna información.

—¿Cómo estás? —pregunto al cabo de unos segundos—. Siento no haber venido en tanto tiempo.

Hace un gesto con la mano como restándole importancia.

—Ay, niño, no tienes de qué preocuparte en lo que respecta a ese frente. Has tenido cosas más importantes que hacer.

Pienso en Hudson y en mi madre, y en la pesadilla que ha supuesto evitar que las distintas facciones entrasen en una guerra civil.

—Sí, podría decirse que sí.

—Lo estoy diciendo. —Levanta la mano y la apoya en mi hombro—. Estoy orgullosa de ti, mi niño.

Es lo último que esperaba que me dijera y se me forma un nudo inesperado en la garganta que me comprime las cuerdas vocales y me obliga a tragar varias veces antes de poder hablar.

—Yo no puedo decir lo mismo.

—No te hagas eso. —La mano en mi hombro pasa de reconfortarme a darme un cachete en la nuca en un instante—. Has hecho más por esta raza

que nadie en los últimos mil años. Siéntete orgulloso. Y siéntete orgulloso de haber encontrado a tu compañera.

—Entonces sí que sabes por qué he venido.

—Sé por qué crees que has venido.

Aparto la mirada, sólo para acabar contemplando un área de flores silvestres de color rosa eléctrico que asociaré con Grace hasta mi último aliento.

—¿Cómo lo hago? —pregunto, y el anterior nudo en mi garganta no era nada comparado con lo que siento ahora; apenas puedo respirar.

—¿Tomarla como compañera? —Enarca ambas cejas.

—Sabes que no me refiero a eso. —Aprieto los puños y me esfuerzo por ocultar las ganas que me está dando esta conversación de golpear algo... o de vomitar. O las dos cosas.

Suspira con pesadez.

—Existe un modo.

—Dímelo.

—¿Estás seguro, Jaxon? Cuando lo hayas hecho, ya no habrá vuelta atrás. No puedes reparar lo que se ha hecho pedazos.

—No querré repararlo —digo con los dientes apretados.

—Eso no lo sabes.

Menea una mano y el prado se transforma en la habitación de Grace.

Ella está acurrucada en la cama, leyendo algo en el móvil, mientras Macy revolotea a su alrededor. Está preciosa y parece frágil, y sólo quiero rodearla con los brazos. Protegerla de todo... incluso si ese todo me incluye a mí. Especialmente si es así.

—Encontrar a tu compañera es algo maravilloso —continúa la Sangradora—. Y encontrarla siendo tan joven es aún más especial. ¿Por qué ibas a renunciar a eso si no es necesario?

—Ya están yendo a por ella. Todavía no sé por qué, pero es el peón de algún plan para hacer Dios sabe qué. ¿Derrocar a los vampiros? ¿Iniciar la

guerra civil que tanto me he esforzado por evitar? ¿Vengarse por los actos de Hudson? No lo sé. Sólo sé que no puedo dejar que le hagan daño por decisiones que tomé que nada tienen que ver con ella.

Siento cada palabra que digo, pero eso no hace que duela menos. Nunca he tenido nada que fuera mío. Mi madre se encargó bien de ello. Y, sin embargo, aquí está Grace, justo delante de mí. Está destinada a ser mía. Y aun así no puedo permitirme tenerla. No si eso supone algún riesgo para ella.

—Sabes que nunca estará segura en este mundo. Sabes que la matarán sólo para hacerme sufrir.

La Sangradora menea la mano y, de nuevo, caminamos por el prado. Tengo que morderme el labio para evitar suplicarle que vuelva a mostrarme a Grace, pero entonces responde:

—Sé que lo intentarán.

—Y acabarán consiguiéndolo —digo más para recordármelo a mí mismo que para ella—. Siempre lo hacen.

—No siempre. —Me mira y enarca una ceja como para recordarme lo que pasó hace un año, como si fuera necesario—. Ten un poco de fe, ¿quieres?

Suelto un bufido.

—¿En mí mismo?

—En ti y en tu compañera.

—Tengo toda la fe en Grace. Pero es humana. Vulnerable. —Vuelvo a recordar la sangre salpicando por todas partes, los profundos cortes en su hombro y su cuello—. Rompible.

Se echa a reír.

—Todos lo somos, mi niño. Es lo que tiene estar vivo. —Me señala con el dedo—. Y tu Grace podría sorprenderte, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —pregunto. Entonces, harto de tanto acertijo y consejo a medias, no puedo evitar demandar—: ¿No puedes simplemente

decirme lo que quieres decir? ¿Decirme lo que tengo que hacer?

—Nadie puede decirte lo que tienes que hacer, Jaxon. Ésa ha sido tu mayor fortaleza, y tu mayor problema, desde siempre. ¿Por qué cambiarlo ahora?

La impaciencia se acumula dentro de mí, agotando la escasa falsa calma que me quedaba.

—¡Maldita sea! ¡Sólo quiero saber cómo puedo romper el vínculo que nos convierte en compañeros!

Esta vez, cuando sonríe, muestra por un instante sus afilados incisivos.

—Ojito con cómo me hablas, mi niño. Que te tenga cariño no significa que no vaya a vaciarte para el invierno. Tienes muy buen sabor, si no recuerdo mal.

Es una vieja amenaza, una a la que ninguno de los dos hace demasiado caso ya. Pero cierro la boca porque hay otra amenaza implícita en ella: principalmente que no me ayudará después de todo.

Caminamos en silencio durante varios minutos, hasta que casi empiezo a temblar de desesperada impaciencia, convencido de que voy a volverme loco de un momento a otro. Entonces me coge de la mano.

—Esto te indicará cómo hacer lo que pretendes —me dice presionando un trozo de papel doblado en la palma de mi mano y cerrándome los dedos sobre él.

Quiero preguntarle de dónde ha salido el papel, pero la verdad es que me da igual ahora que tengo los medios para salvar a Grace de mí.

—Pero asegúrate de que realmente es lo que quieres. —Repite su advertencia de antes—. Porque una vez que rompas lo que existe entre Grace y tú, no podrás volver a recuperarlo.

Me duele profundamente oírla decir eso, imaginar una vida eterna sin mi compañera. Sin Grace. Pero, cuando la alternativa es verla sufrir, y morir, a manos de gente que sólo pretende hacerme daño, no tengo otra opción.

—Gracias —digo a la Sangradora, y me guardo el papel en el bolsillo.

—De nada, mi dulce niño. —Esta vez, cuando levanta la mano es para darme unas palmaditas en la mejilla—. Ya sabes que te quiero.

—Sí, lo sé —respondo, porque, de alguna extraña manera, es verdad.

—Y si una vampira vieja y gruñona como yo puede quererte, estoy convencida de que una chica tan fuerte como Grace también puede hacerlo. —Me guiña el ojo antes de apartar la mano y alejarse—. Además, olvidas una cosa.

—¿Qué? —pregunto, y una pequeña llama de esperanza cobra vida en mi interior pese a mis grandes esfuerzos.

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que contempla tu filosofía.

Retrocede un paso más y se transforma en una criatura alada que no reconozco justo delante de mis ojos. Y entonces se aleja volando, dejándome con la respuesta que buscaba y un montón de preguntas que no sé ni cómo contestar.

Una parte de mí quiere quedarse a esperarla para poder hablar con ella un poco más. A veces está dispuesta a hacerlo después de haber comido. Pero en cuanto regreso a su morada principal, el teléfono empieza a sonar con una serie de mensajes de texto de Grace y de Mekhi.

Llegan desordenados, así que salgo de la cueva para buscar cobertura y enterarme de qué ha pasado. Entonces comienzan a llegar cada vez más. Mientras los leo, me olvido por completo de lo de esperar a que regrese la Sangradora. Me olvido de todo. Sólo pienso en llegar hasta Grace, hasta mi compañera, lo antes posible. Tengo que asegurarme de que está bien, y tengo que asegurarme de que quien sea que se haya atrevido a morderla sepa la terrible decisión que ha tomado.

Y es justo mientras corro de regreso a Denali cuando caigo en la cuenta.

No importa a quién tenga que enfrentarme para mantenerla a salvo. No importa lo que tenga que hacer para conservarla a mi lado. Grace es mi compañera, y no pienso renunciar a ella. Pase lo que pase.

Además, ¿cómo se me ha podido ocurrir la ridícula idea de romper nuestro vínculo sin que ella sepa siquiera que existe? Ésa es una decisión que tenemos que tomar los dos juntos, y he sido un auténtico gilipollas al pensar que era sólo cosa mía.

Por eso, lo primero que hago en cuanto vuelvo al Katmere es echarme la mano al bolsillo y sacar la nota que me ha entregado la Sangradora. Ni siquiera me molesto en abrirla antes de romperla y tirar los pedazos en la papelera más cercana que encuentro de camino a las escaleras.

Después de todo, tengo que una compañera de la que ocuparme, y absolutamente nada me lo va a impedir.

Agradecimientos

Si has llegado al final de este libro tan grueso, tengo que empezar por darte las gracias a ti. Gracias por escoger *Anhelo*, gracias por leer las más de ciento cincuenta mil palabras que contiene y gracias por dejar que comparta el mundo de Jaxon y Grace contigo. Estoy superemocionada de que hayas decidido vivir esta aventura con nosotros. Gracias, gracias, gracias.

En segundo lugar, quiero dar las gracias a Liz Pelletier, a la que adoro profundamente. Liz, me has enseñado tanto sobre la escritura y sobre mí misma y sobre la amistad que no sé ni por dónde empezar a darte las gracias. Eres una editora y una amiga increíble, y te estaré agradecida durante el resto de mi vida por haberme elegido para vivir esta aventura contigo. Gracias por todo lo que has hecho para conseguir que este libro fuera lo mejor que podía ser. Estoy deseando que llegue el siguiente.

Stacy Cantor Abrams, me encanta el hecho de que llevemos trabajando juntas más de diez años. Eres una editora fantástica y una persona más fantástica todavía y me entusiasma la idea de que haya más por venir. Muchas gracias por tu constante entusiasmo en lo que respecta a este libro y por tu flexibilidad en medio de todo el caos que hizo falta para hacer que tomara forma. Significa muchísimo para mí. Me alegro de poder contar contigo.

Jessica Turner, muchas gracias por todo tu entusiasmo por este libro y por las maravillosas ideas que se te han ocurrido para promocionarlo. Eres una mujer alucinante y una gran amiga, y me siento muy afortunada de poder contar con tu apoyo. ¡Gracias por ser tan fabulosa!

A Bree Archer, por darme LA MEJOR PORTADA DEL MUNDO. En serio. LA MEJOR PORTADA DEL MUNDO. Desde lo más profundo de mi corazón, gracias.

A Toni Kerr, por cuidar tanto de mi bebé. Cada página es preciosa, y te lo debo a ti. Muchas muchas gracias.

A Meredith Johnson, por soportar todo el caos que ha conllevado este libro. Muchas gracias por ayudarme a dirigir a esta bestia desde mi imaginación hasta los estantes de las tiendas.

Jen, gracias por tus comentarios y observaciones. ¡Eres increíble!

A todo el equipo de Entangled y Macmillan, gracias por vuestra paciencia y entusiasmo por *Anhelo*. Me alegra muchísimo que este libro tenga una editorial tan fantástica y un equipo tan fantástico detrás.

Emily Sylvan Kim: no sé ni qué decirte. No era consciente de lo afortunada que era el día que accediste a ser mi agente, y doy gracias al universo a diario. Gracias por estar siempre de mi lado y por encontrar en todo momento la manera de superar cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino. Eres la mejor.

A Eden Kim, por ser la primera persona aparte de mí en leer *Anhelo*. Gracias por tu entusiasmo. Hizo que todo lo que vino después del primer borrador fuera mucho más fácil.

A Jenn Elkins, por ser mi mejor amiga en lo bueno y en lo malo durante más años de los que nos gusta admitir. Gracias por estar siempre ahí para mí y por ser tan auténtica. Besos y abrazos.

A las maravillosas Emily McKay, Shellee Roberts y Sherry Thomas: sois las mejores amigas y las mejores personas con las que hacer una tormenta de ideas que se pueda desear. Gracias de todo corazón.

A Stephanie Marquez, por toda tu ayuda y apoyo durante la escritura de este libro. Tú me recuerdas todos los motivos por los que me encanta escribir, y todos los motivos por los que decidí hacerme escritora. Te quiero mucho y estoy deseando conocer lo que está por llegar.

A mi madre, por toda tu ayuda para que mi vida cotidiana transcurra de una manera (más o menos) fluida. Sé que armamos mucho lío, pero ¡muchísimas gracias por soportarnos! ¡Te quiero!

Y, por último, a mis tres chicos, a los que amo con locura. Hemos pasado unos años difíciles, y sólo quiero daros las gracias por aguantar y por ser los hijos más maravillosos y más estupendos del mundo entero. Me sorprendéis cada día, y me siento muy muy afortunada de ser vuestra madre.

Anhelo (Serie Crave 1)
Tracy Wolff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Crave*

Diseño de la portada, Bree Archer and Liz Pelletier
© de la ilustración de la portada, Lola L. Falantes / Getty images, Renphoto / Gettyimages, Gluiki / Gettyimages, & Artistmef / brusheezy.com

© Tracy Wolff, 2020
Primera edición en Estados Unidos bajo el título Crave: Crave series #1. Publicado por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Vicky Charques (Traducciones Imposibles, S.L.), 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23386-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

